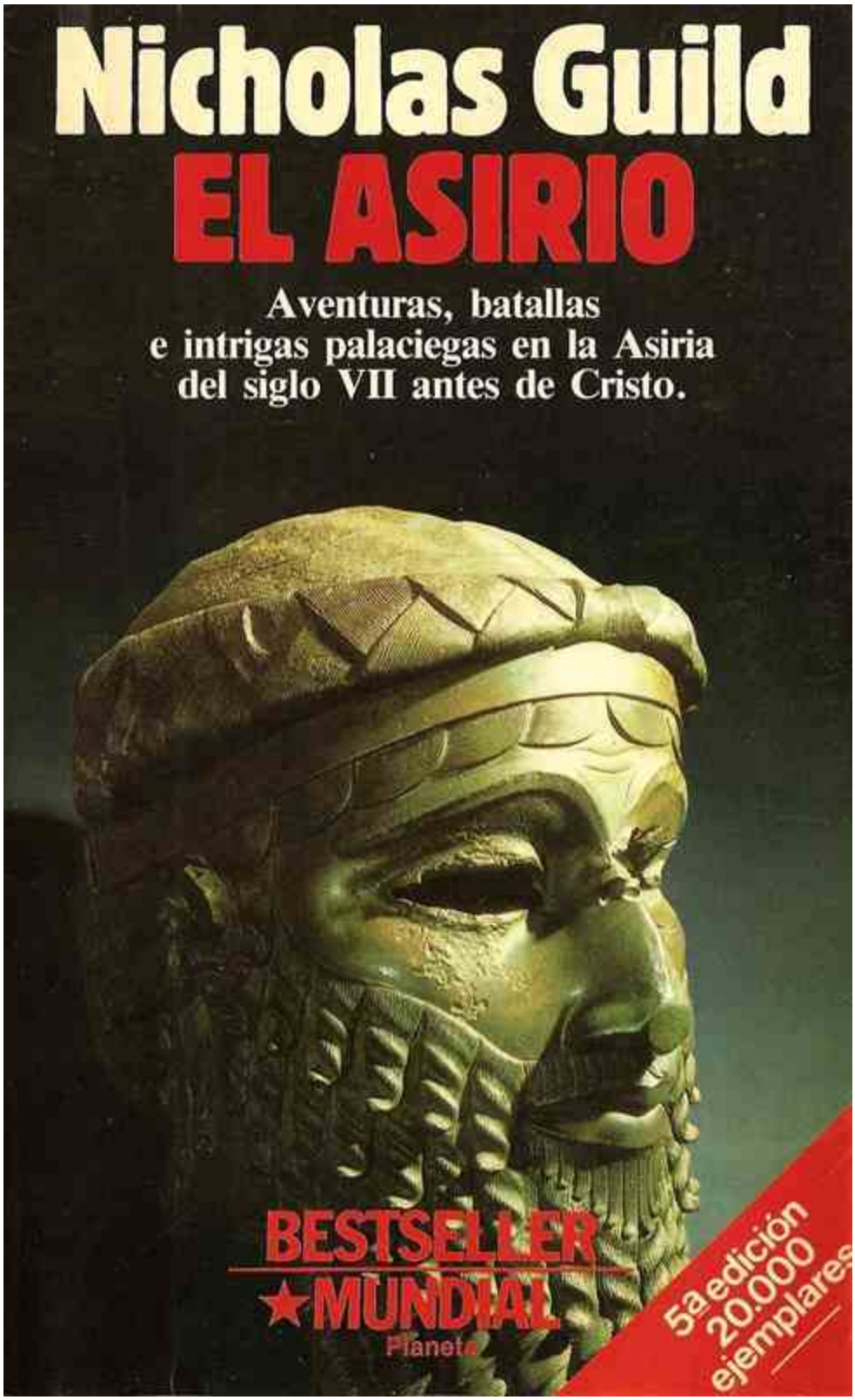


OceanofPDF.com

El asirio

Nicholas Guild



OceanofPDF.com

Título: El asirio
© 1989, Nicholas Guild
Título original: *The assyrian*
Traductor: Josefina Guerrero
Editorial: Planeta
ISBN: 9788408028154

Reseña:

«El asirio», espectacular epopeya de amor y conflictos bélicos que se desarrolla durante el siglo VII a. de C, cuando la antigua Asiria se hallaba en la cima de su gloria.

En el palacio real de Nínive, Tiglath Assur y Asarhadón, hermanastros y excelentes amigos, rivalizan por el trono y comparten mujeres, sueños y secretos. Uno de ellos llegará a convertirse en rey de Asiría; el otro, en un legendario guerrero. Según predicen los augurios, su prima, la encantadora princesa Asharhamat, se desposará con el heredero de la corona… Sin embargo se convierte en esposa de uno y amante del otro.

Pero el ansia de poder consume tan febrilmente como el anhelo amoroso. Tras la designación del sucesor, una plaga de suicidios y asesinatos conduce a Asiria al borde de la guerra civil mientras tribus bárbaras invaden el país. Son tiempos terribles en que se suceden traiciones, actos de crueldad, brutales torturas y matanzas sangrientas, y muchos ven sus sueños destrozados. Las pasiones chocan con la política y los hermanos se enfrentan entre sí. Tras la caída de Babilonia se produce el auge de Nínive y se plantea una terrible elección entre la voluntad de los dioses y los deseos de los protagonistas que cambiará el destino de un imperio.

«El asirio», de Nicholas Guild, es una inolvidable epopeya de intrigas amorosas y apasionantes aventuras que discurren en la Asiria de hace veintisiete siglos.

OceanofPDF.com

I

De noche, desde mi lecho, oigo gemir el viento entre los árboles. Los grandes abetos, tan viejos como el propio mundo, que yerguen sobre nosotros sus ramas cargadas de agujas, son azotados por la tormenta que crece en intensidad a medida que muere el día. Me revuelvo en mi jergón, despierto y vigilante, porque los ancianos necesitamos poco descanso. Los demás sólo distinguen el viento, pero yo percibo en él las silenciosas palabras del dios Assur, rey de los cielos. El viento, que es su mensajero, me transmite las voces de los moribundos.

Aún aquí, en este rincón del mundo, persiste en mi olfato el hedor a cadáveres. Estas gentes que desconocen el implacable sol de mi patria no parecen creer en presagios, pero yo sé que, en oriente, la tierra donde se hallan enterrados mis padres está empapada de sangre: los dioses han sido sometidos a esclavitud e incendiadas sus ciudades. Veo los fértiles campos de cebada, ondulantes mares de hierba, convertidos en erial: me basta con cerrar los ojos.

Pero ¿y si estos fantasmas tan sólo fuesen fruto de mis noches de insomnio? A veces, cuando la existencia humana languidece día a día, la mente es invadida por las sombras.

Sin embargo creo que hay algo más. Cuando yo era niño, el dios Assur juzgó conveniente desvelar el futuro ante mis ojos y aún no me ha abandonado. Los muros de Nínive han caído y su pueblo sucumbe bajo las armas extranjeras. Todo estaba escrito: es un secreto que he guardado en mi pecho en el transcurso de estos años, una negra visión de lo que debía ser. Todo cuanto veo con los ojos del alma ha sucedido… o sucederá.

Y si debe llegar el fin, ¿quién mejor que yo, que he fundado mi hogar entre extranjeros y cuyos nietos se expresan en una lengua extraña, para recordar sus comienzos?

Así pues, daré inicio a mi narración porque el dios que dispone de esta vida y de la otra conduce nuestros pasos por senderos inescrutables. Soy Tiglath Assur, hijo del Glorioso Sennaquerib, Terror de las Naciones, y mis palabras son tan auténticas como monedas de plata.

Mi madre, Merope, fue entregada como tributo al rey de las Cuatro Partes del Mundo por uno de los siete reyes de Chipre. El rey, que se encontraba en el crepúsculo de su existencia, la donó a su futuro sucesor, a quienes los dioses ya habían concedido varios hijos varones de sus dos esposas legales. Y así fue como aquella desconocida, una extranjera en la ciudad del rey de Dur—Sharrukin, me llevó en su seno entre los muros del gineceo, en el palacio del príncipe heredero, el señor Sennaquerib. Allí aguardó, viendo abultarse su vientre, mientras maduraban los designios del dios.

Y cuando mi madre sintió que se acercaba el momento, el gran rey Sargón, Señor del Mundo y padre de mi padre, guerreaba en el país de los kullumitas, enfrentándose a un pueblo que habitaba en tiendas y vagaba de uno a otro lugar en busca de pozos de agua. Sargón condujo los ejércitos de Assur a las montañas del este decidido a demostrar su poder a aquellos nómadas y a arrojarlos al desierto para que nunca más volvieran a hollar las ricas tierras de Acad y Sumer ni las rápidas corrientes del Tigris.

Los kullumitas moran en lugares inhóspitos. Entre las duras piedras apenas asoma una brizna de hierba y hombres y bestias no conocen ningún solaz. En aquellas tierras montañosas el carro real tuvo que ser transportado a hombros de los soldados y el propio soberano se vio obligado a abandonar su montura y a escalar como una cabra, por su propio pie, los duros senderos sembrados de rocas. Pero Sargón ya era viejo.

El vigésimo día, cuando los ejércitos mojaron sus sandalias en el caudaloso río Turnat, el rey dispuso que el ejército acampase en una planicie, bajo un acantilado de rocas esquistosas y calizas y junto a un arroyo de cantarinas aguas que manaba como sangre de una fresca herida. Sargón decidió que se instalarían en aquel lugar dos días para descansar y reparar fuerzas. Los esclavos montaron la tienda real y el soberano se sentó en su puerta apoyando las manos en las rodillas mientras las huestes de Assur se cobijaban bajo su poderosa sombra. Reaparecieron los pucheros, y aquellos hombres que habían olvidado los rostros de sus esposas y el sabor del cordero recién sacrificado se despojaron de sus armaduras y refrescaron sus sudorosos rostros y chapotearon en los transparentes charcos, como si

fuesen criaturas. Los soldados se conforman con poco y encuentran acomodo donde y cuando les es posible, y el rey sonreía como un padre al verlos, recordando otros tiempos.

Hacía diecisiete años que el señor Sargón reinaba en el ancho mundo. Había sometido a su yugo a los reyes de Tiro y Sidón en las orillas del mar del norte y a las opulentas ciudades de Carquemish, Alepo y Damasco y asumido el poder de manos de Marduck y proclamándose rey de Babilonia. Desde lugares tan remotos como Egipto y Lidia, e incluso de los desiertos páramos de Arabia, los hombres le enviaban ricos presentes y temblaban ante el eco de su voz porque su poder no conocía límites ni su cólera fronteras. El país de Assur había sido cuna de insignes monarcas, conquistadores infatigables al paso de cuyos ejércitos temblaba la tierra, pero Sargón era el más grande.

En su cuerpo viejo aunque vigoroso aparecían las cicatrices de múltiples heridas porque sus campañas se remontaban a los tiempos ya lejanos de su imberbe juventud. Era valiente como un jabalí y astuto como una víbora, y sus soldados le querían y veneraban como si personificase al propio dios.

Y, sin embargo, estaba viejo y cansado y le había abandonado el entusiasmo por la lucha: sobre su cabeza revoloteaba la muerte como negro pájaro.

Aquella noche cenaba con sus oficiales compartiendo con ellos pan y negra cerveza y escuchaba los relatos de sus compañeros aguardando el momento de retirarse a descansar. En torno a los fuegos del campamento los soldados jugaban a suertes, reían y olvidaban las penalidades de la campaña. Pero los kullumitas vigilaban desde las montañas aguardando a que transcurrieran las horas.

Nunca he sabido qué sucedió. Los anales, que, de todas formas, siempre han estado plagados de mentiras, guardan silencio sobre este punto y, con el transcurso del tiempo, hasta que se me ocurrió indagar, los recuerdos se habían ido esfumando. Los supervivientes de aquella terrible noche fueron escasos y, ¿por qué no decirlo?, bastante reacios a comentar lo sucedido. Después de todo ¿quién osaría censurar al Gran Sargón hablando con su propio nieto? Pero, según he podido constatar personalmente, cuando los hombres pasan mucho tiempo sin ver al enemigo cometen imprudencias y también suele suceder que los ejércitos de una gran nación que luchan contra salvajes suelen considerarse

invencibles. Fueran cuales fuesen las razones, no enviaron observadores a las montañas y los centinelas de la poderosa hueste real estuvieron sordos y ciegos.

Y en la sombría hora que precede al primer resplandor del alba, los kullumitas llegaron en sus caballos y con los rostros ennegrecidos irrumpieron en el campamento y derribaron y prendieron fuego con sus antorchas a las tiendas donde dormían nuestros soldados. Los hombres, viendo interrumpidos sus plácidos sueños, se precipitaron entre la oscuridad parpadeando como lechuzas y fueron asesinados sin que pudiesen ofrecer resistencia. Antes de que lograsen comprender lo que sucedía cayeron derribados y sus sesos y entrañas cubrieron el suelo. Muchos valientes soldados de Assur sucumbieron ante las largas lanzas de puntas de cobre y las curvas e implacables espadas. Los caballos relinchaban como si estuviesen poseídos por el diablo y batían con sus cascos el duro suelo que retumbaba como tambores. Sonaban gritos de guerra, chillidos de pánico y los gemidos de los moribundos. La tierra se empapó de sangre: la cruel Ereshkigal, diosa de los muertos, se sació aquella noche de carroña.

«Después, todo concluyó. El enemigo se retiró tan rápidamente como había acudido. Regresaron a sus montañas cargando en sus monturas los despojos obtenidos, sintiéndose felices, ricos y gloriosos. Los pocos que habíamos quedado con vida éramos presa de confusión y temor. Únicamente comprendíamos que habíamos estado a un paso de la muerte: sólo podíamos pensar en eso. Era como estar muriendo: nos debatíamos entre el pánico y la impotencia, y el cerebro y los sentidos nos palpitaban igual que una herida. Pese a su sólida apariencia, sentíamos como si el mundo que nos rodeaba fuese a desaparecer ante nuestros ojos, igual que si nos hubiésemos convertido en fantasmas. Y de pronto descubrimos algo que nos devolvió a la realidad. Porque tendido en el polvo, con su camisón manchado de sangre, los kullumitas habían abandonado el cuerpo del Gran Sargón, descuartizado y atravesado con una lanza. Su muerte fue obra de muchos porque él, príncipe, jamás hubiera sucumbido ante un solo adversario.»

Tal fue la versión que me contaron muchos años después. De modo que Sargón murió en las montañas. Sucumbió en el campo de batalla, asesinado por bandidos hábiles únicamente en el robo y el pastoreo, y su

hijo, mi padre, tuvo que pagar una fuerte suma para rescatar el cadáver de sus asesinos.

No me molestaré en referir el retorno a la patria del resto del gran ejército, cómo se vieron acosados los soldados por los salteadores y el hambre y los padecimientos que sufrieron y cuántos de ellos perecieron por el camino. No pretendo narrar su historia. Transcurrieron muchas semanas antes de que en la tierra de Assur se conociera su destino y la muerte de Sargón. Y aunque los súbditos del monarca lo desconocían, intuyeron lo sucedido porque los dioses, a quienes nada se oculta, les enviaron una señal. La noche en que murió Sargón apareció una estrella en oriente, casi rozando las montañas. Los hombres temblaron al verla y se ocultaron en sus casas murmurando oraciones para alejar la desdicha del país porque era una estrella de mal augurio y roja como la sangre.

Y aquella misma noche, en el gineceo del palacio de Sennaquerib, el *marsarru*, el heredero ya rey, aunque lo ignoraba, mi madre me trajo al mundo entre vagidos. De modo que los llantos que vertí al nacer fueron los primeros plañidos que brotaron por el monarca fallecido.

—¡Verás cómo lo consigues, mi pequeño Lathikadas! Lograrás cuanto te propongas: todos los misterios serán desvelados para ti. ¿Ves cuan fácil es, mi pequeño príncipe?

Así se expresaba mi madre mientras me enseñaba a caminar cabeza abajo valiéndome de las manos sobre las frías baldosas del porche que rodeaba nuestro jardín. Digo nuestro jardín, y lo recuerdo como si así lo fuese, pero en realidad era común a cuantos residíamos en el gineceo: las esposas, las concubinas y los hijos del rey. Mi madre me sostenía por los pies para evitar que cayese, pero yo podía soportar mi propio peso y caminar en línea recta hasta que llegábamos junto al gran surtidor cuyas aguas caían con musical sonido. Merope deseaba fortalecer mis brazos, decía que me sería necesario porque el dios había impreso su marca en mí. Yo tendría entonces cuatro o cinco años.

—La estrella es el distintivo de Ishtar, diosa de la sensualidad y reina de las batallas y, el rojo, color de luto: esa señal de nacimiento que tiene tu pequeño no presagia nada bueno.

Naquia sonreía entornando los párpados como si me tomase las medidas para mi sepultura. Estaba sentada en el borde del surtidor y nos observaba apoyando los codos en las manos, igual que un hombre. Era una de las dos esposas legales del soberano y, según todos, su favorita, pero no ostentaba el rango de primera dama de palacio porque aún vivía la madre del heredero. Se decía que su belleza era tal que podía ablandar las entrañas de un ídolo de piedra, mas los niños no aprecian tales cosas y a mí solamente me asustaba. Abrigaba muchas ambiciones hacia su hijo y odiaba a Merope y a mí; a ella, por haberme concebido. El pequeño Asarhadón nos miraba asido a las faldas de su madre. Le saqué la lengua y se escondió a su espalda.

—¡Pon a ese niño de pie, mujer! ¿No ves cómo le baja la sangre a la cabeza?

Mi madre me soltó y yo me apoyé en el suelo, di unas volteretas tal como ella me había enseñado y me quedé erguido como una trampa que se cerrase de golpe.

—Al punto se advierte que es jonio, un extranjero como tú. Acabará sus días fabricando adobes para los muros de la ciudad.

—¿Le auguras un futuro de esclavitud como a toda tu familia, Zakutu?

Porque todos sabíamos que Naquia era una liberta babilonia que el gran rey Sennaquerib había comprado a un tabernero de Borsippa. En su época de esplendor resultaba peligroso mencionarle tales inicios como asimismo recordarle que el nombre acadio que el rey le había dado significaba «la liberta», aunque no por ello fuese menos cierto.

La sonrisa se fundió de labios de Naquia al igual que la escarcha bajo los rayos del sol.

—Mi hijo, Zakutu, será un gran hombre en tierras de Assur —añadió Merope cogiéndome en brazos y estrechándome contra su pecho. Tomó mi mano cubriendo la marca de nacimiento, aquella estrella roja como el fuego que se recortaba en la suave y blanca palma—. Esto es profético: está escrito desde el instante en que nació porque los dioses le protegen.

Aunque siempre he amado ciegamente a mi madre, en aquellos momentos comprendí que no obraba con prudencia.

Y Naquia, cuya mente siempre albergaba siniestros pensamientos, permaneció sentada al borde del surtidor, alisando con las puntas de los dedos la orilla de su negro velo. Aún me parece verla en aquellos

momentos, hace ya una eternidad, no como era entonces sino como la recordaba cuando comencé a ser un hombre, hermosa todavía, pero con algunas canas en su negra y brillante cabellera y con la boca curvada en un rictus formado tras largos años de maquinaciones e intrigas. Aquella mañana en que nos encontrábamos en los jardines de Nínive debía de ser casi una muchacha, ¿pero sería joven alguna vez? No podía imaginarlo: las mujeres destinadas a ser madres de reyes jamás lo son.

—Lathikadas, ve a jugar con tu hermano el príncipe —dijo mi madre dejándome en el suelo, donde mis sandalias arañaron la dura piedra.

—Y cuida cómo tratas al futuro rey, mi gran hombre de Assur.

Cuando pasé por su lado me acarició los cabellos, maravillándose como siempre de su color. La miré a los ojos fascinado ante la proximidad del peligro. El pequeño Asarhadón había asomado tras las faldas de su madre. Era sólo unas semanas más joven que yo, pero de menor estatura, como la mayoría de los hijos del rey que podían considerarse mis compañeros en el gineceo. Le tendí la mano como me habían indicado y él la tomó sonriente; pese a ser hijo de Naquia, Asarhadón comenzaba a tratarme como a un amigo.

—Sí, puedes ir, hijo mío —autorizó la joven. E inclinándose sobre nosotros nos cogió por los hombros como barcos impulsados por las aguas —. Corre y juega con el escogido del dios, aunque su madre tan sólo sea una concubina, y aprende las costumbres de los grandes hombres que dentro de unos años se postrarán a tus pies como esclavos.

Rememorando aquellos tiempos puedo comprender lo que entonces estaba oculto para mí. El gineceo era un lugar extraño, artificioso, donde la felicidad no existía. Estaba siempre lleno de gente: jóvenes madres con sus hijos, viejas arrugadas que habían compartido el lecho de monarcas largo tiempo desaparecidos y que no tenían otro lugar donde refugiarse… Pero lo que mejor recuerdo es la tranquilidad allí reinante. En aquel lugar todos hablábamos en voz baja, incluso los niños, como si temiésemos quebrar algún sortilegio. Allí acudía el rey mi padre en busca de solaz, pero nadie era dichoso. El gineceo era como una prisión, una jaula con barrotes de oro porque nadie podía abandonarla o entrar en ella sin la autorización del gran rey. Mas los niños ignorábamos tales cosas y nuestro jardín, rodeado por las residencias de las esposas y las concubinas, me parecía un lugar encantador. Los estanques embaldosados estaban llenos de peces de brillantes escamas que se deslizaban por las aguas como relámpagos y el

soberano guardaba allí una gacela domesticada que había sido criada desde pequeña y que no sentía ningún temor hacia nosotros y acudía a lamernos los sudorosos brazos.

También teníamos un tilo de una especie que se consideraba muy singular. Aunque se nos había prohibido expresamente colgarnos de las ramas más bajas para no romperlas, yo solía hacerlo. Y hacia el árbol conduje a Asarhadón, a quien pretendía asombrar con mi audacia. Pero él únicamente deseaba conocer el secreto que me permitía caminar cabeza abajo.

—¡Enséñame, enséñame! —canturreaba, brillantes los negros ojos, siguiéndome con la escasa ligereza que le permitían sus gordezuelas piernas. Asarhadón nunca fue especialmente ágil, pero a la hora de su muerte era sólido e imponente como una roca—. ¡Enséñame cómo lo haces! ¡Enséñame, Lafkos!

—¡Me llamo Tiglath! —le dije fríamente.

Los niños criados en el gineceo aprenden pronto a hacer prevalecer su dignidad. Comprobé que había conseguido el efecto deseado. Asarhadón me miró asombrado.

—Tu madre te ha llamado Lafkos…, la he oído.

—Me llamó Lathikadas… Es la única que puede hacerlo: nadie más. Es una palabra de su lengua.

Asarhadón, que en aquellos tiempos apenas conocía su propio idioma, ladeó la cabeza como si tratase de captar algo incomprensible.

—¿Qué significa? —preguntó finalmente.

Ante semejante misterio había olvidado su entusiasmo por aprender a andar cabeza abajo.

—Significa que mi nombre es Tiglath. Me llamarás Tiglath y nada más. ¿Serás capaz de recordarlo?

El pequeño sonrió e hizo una señal de asentimiento, sin darse cuenta, al parecer, de que habíamos establecido un pacto de honor. Y en aquel momento le entregué una parte de mi corazón que ni siquiera la muerte le arrebataría. Aún hoy se me llenan los ojos de lágrimas recordando los años de nuestra infancia. ¡Asarhadón, mi hermano, mi amigo, aquel a quien engañé y que a su vez también me engañó, pero al que siempre quise! ¡A quien sigo queriendo aunque se haya convertido en polvo!

—¡Enséñame el truco! —gritaba agitando los brazos en el aire—. ¡Enséñame, Tiglath!

—De acuerdo, pero no seré responsable si te rompes la cabeza.

Mi hermano Asarhadón muy bien podía preguntarse por el significado del nombre que Merope me daba porque también entonces era un enigma para mí, al igual que yo mismo me consideraba un enigma.

Ella y yo éramos extranjeros, seres distintos de los demás. Y pese a ser un niño, me sentía plenamente consciente de ello. Las mujeres de la casa real se volvían a mirarme sorprendidas del color azul de mis ojos. Los hombres de Assur eran robustos y morenos y yo soy alto y esbelto y, en mi juventud, mis cabellos eran castaños. Desde que Shamash, Señor del Destino, me ha obligado a vagar errante por todos los países del mundo, he comprendido que nada hay de terrible en ello, y que los hombres que viven allende el mar del norte e incluso los que residen en el Nilo, en el país de Kem, aunque sean más morenos no son distintos. El ancho mundo alberga grandes multitudes, pero yo aún tardaría muchos años en comprenderlo. Únicamente sabía que mi madre tenía ojos azules y cabellos cobrizos, que se expresaba en un idioma que sólo yo podía entender y que era su hijo y un ser distinto a todos cuantos me rodeaban. Los niños temen ser objeto de burla y yo sentía como si mi singularidad fuese una maldición Y, por lo menos, había nacido junto a las rápidas corrientes del Tigris… Me pregunto cuánto debió sufrir mi madre sabiéndose extranjera en el gineceo.

Mi madre era lo que los hombres de Assur llamaban «jónica» o, según ella, griega, puesto que había nacido en el continente, en una ciudad llamada Atenas. Merope me explicó que su padre era un zapatero que se dedicaba a negociar con los buques mercantes que se internaban en los oscuros mares, aunque yo no comprendía nada de aquello —jamás había visto un barco ni oído hablar de una raza de «mercaderes»—. Al parecer su padre se encontró con tales dificultades que se vio obligado a venderla como esclava. Era un hombre sensible que lloró amargamente el día en que se la llevó de casa, y ella no le guardaba ningún rencor, de modo que a los trece años se encontró a bordo de un buque rumbo a Chipre, donde las mujeres rubias alcanzaban mejores precios. Desde allí, y tras distintos

avatares, entró a formar parte del tributo que los reyes de la isla enviaban al rey Sargón. Y jamás volvió a ver su tierra natal.

Lathikadas significaba «aquel que destierra todo pesar». El gran rey mi padre decidió darme el nombre de Tiglath Assur, honrando de este modo a su abuelo y a su dios, pero mi madre, para alivio de su penosa existencia, me llamó Lathikadas. Confío que, aunque en pequeña medida, aquello llegase a ser realidad.

Pero mi hermano Asarhadón, aquel niño de negros cabellos que tenía el color y la consistencia de una pieza de adobe, desconocía tales cosas cuando formulaba su inocente pregunta. Aunque Naquia intrigase para instalarlo en el trono de su padre, su corazón era pura inocencia. No pretendía causar daño alguno, salvo a los enemigos de Assur, y en aquel tiempo ni siquiera a ellos.

Mientras Naquia soñaba con la gloria de su hijo, nadie, y mucho menos el propio Asarhadón, imaginaba seguir otro destino que no fuese el de soldado. Deseaba ser un *rab shaqe*, caudillo de los ejércitos reales. Aquel dulce muchachito sería capaz de verter amargo llanto si moría una de las palomas reales, pero, como todos nosotros, soñaba con ver gotear de su espada la sangre de medas y elamitas.

—Odio escribir —me decía en un susurro cuando inclinados sobre nuestras tablillas copiábamos los caracteres de un conjuro destinado al dios Nabu que debíamos aprender de memoria—. Esto es propio de escribas y sacerdotes, no de hombres valerosos. ¡Es inútil! Jamás recordaré la décima parte de todo esto.

Y ciertamente que los misterios auspiciados por Nabu no eran de sencilla comprensión sino destinados al más refinado intelecto.

Escribíamos en tablillas de barro húmedo, las cuales, según decían, una vez cocidas durarían hasta el fin del mundo, por lo que debíamos ser sumamente cuidadosos grabando las largas y puntiagudas líneas que constituían los caracteres, ínfima parte de una palabra, para que no formasen surcos desiguales en la lisa superficie. Aquellos rasgos se contaban por infinitas centenas y los auténticos escribas no los copiaban en el lenguaje acadio con que se expresaban los hombres vulgares, sino en el antiguo dialecto no utilizado en la tierra de Assur desde la época de los héroes. Por añadidura, debíamos aprender sumerio, la lengua sagrada que se escribía con idénticos caracteres, pero con distinto significado y sonidos, una lengua que confundía nuestra mente, en la que nadie podía haberse

expresado con soltura ni siquiera en los tiempos antiguos, pero que resultaba grata a oídos del dios.

Asarhadón copiaba los trazos sosteniendo el alargado estilo en forma de pincel entre los gordezuelos dedos, odiando aquellos signos que resbalaban por su mente como agua por un cedazo como odiaba al viejo escriba de blancos cabellos y rostro imberbe que nos enseñaba y que tan temeroso se mostraba de la cólera real. Aquél era un auténtico tormento para el joven Asarhadón porque a su madre, que ni siquiera sabía formar los símbolos que constituían su propio nombre, le preocupaban extraordinariamente sus progresos. Y parecía que Naquia tuviese mil ojos.

—¿Sabes escribir, madre?

Merope me miró como si esperase verme convertido en estatua de sal ante semejante impertinencia y suspiró acariciándome los cobrizos cabellos.

—En la ciudad de Atenas únicamente los lactantes o los imbéciles no saben escribir. Sólo los campesinos, que tienen las orejas llenas de estiércol, son incapaces de ello.

En realidad ella sólo sabía formar diez o doce signos que bastaban para representar su nombre, el de la diosa de su ciudad y algunas otras menudencias, pero también me los enseñó.

Escribir es un ejercicio extraño, contrario a la naturaleza. Según dicen, aunque no lo creo, el dios Nabu se apiadó de los hombres y les dio la escritura cuneiforme para que pudieran recordar sus plegarias. Si los griegos pueden deletrear cualquier palabra con sus veinticuatro signos que denominan «letras», ¿por qué Nabu había agobiado a los pueblos de Acad y Sumer con centenares de símbolos tan difíciles de trazar como de recordar? La escritura de la gente del Nilo, según tengo entendido, aún es peor. Sólo los hombres podrían crear algo tan perverso; es imposible que los dioses tengan que ver con ello.

—Los dioses te han concedido excelente oído —me decía el viejo Bag Teshub con voz trémula como un caramillo mientras se enjugaba el sudor de la frente—. Entre todos mis alumnos, tus reales hermanos, no tienes rival. Ni siquiera Nabusharusur, tres meses mayor que tú, posee tan sutil comprensión. Si nuestro señor, tu padre, decide destinarte al sacerdocio, serás un magnífico intérprete de presagios.

Un día estudiábamos la leyenda de la victoria de Assur sobre Tiamat, monstruo femenino del Caos, que utilizó los vientos para mantener abierta su boca mientras le disparaba una flecha en el corazón y despedazó seguidamente su cuerpo formando el cielo con una parte y la tierra con la otra, convirtiéndose de ese modo en el señor supremo de todos los dioses, quienes le dieron cincuenta grandes nombres. Se trataba de un texto muy sencillo, con excepción de los cincuenta nombres.

—Príncipe Asarhadón, recítanos las líneas de la segunda tablilla en la que Ea es incapaz de someter al monstruo. ¡Tómala!

Mi hermano, candida criatura, cogió el delicado rectángulo de arcilla de bordes lisos y redondeados por el contacto de muchas generaciones de escribas y me dirigió una rápida mirada llena de terror que me movió a compasión.

—… «terror»… «mandíbulas»… —murmuró con incoherencia hundiendo la punta del estilo en su mejilla, como si de aquel modo intentase estimular sus pensamientos—. «El terror que producía…» ¡Es algo acerca de unas «mandíbulas»…!

Nabusharusur, mi único rival en nuestro reducido grupo escolar, un muchacho animado, bullicioso y mi amigo más íntimo después de Asarhadón, me miró de reojo sonriendo con malicia. Sin duda era muy humano sentir cierta suficiencia ante la desdicha de nuestro hermano. Posiblemente también yo estaba sonriendo.

—¿Qué dices acerca de unas mandíbulas, príncipe?

Y el rostro de Asarhadón, que durante toda su vida sólo sintió temor hacia su madre, se ensombreció de ira contra el viejo escriba.

—¡Ya te daré yo, viejo y fofo eunuco!… ¡La bolsa que tienes entre las piernas está más vacía que el vientre de un barquero!…

Y lanzó por los aires la tablilla a modo de bélico proyectil, estrellándola contra la pared a menos de un palmo de distancia de la cabeza de Bag Teshub.

Asarhadón incluso debió de sentirse satisfecho al recibir su castigo, como si cada latigazo propinado por el anciano —que apenas utilizaba aquel instrumento con nosotros sin duda temiendo que cuando fuésemos adultos clavásemos su arrugado pellejo en los muros de la ciudad— fuese una marca honorable. Nada resultaba más odioso a Asarhadón que dar una lección, y aquel día, en cuanto nos permitieron abandonar nuestras

obligaciones, se sentía más alegre que un pajarillo. Dentro de una hora, en que por algún misterioso —aunque no menos inevitable— proceso hubiese llegado a oídos de Naquia lo sucedido, tendría ocasión de lamentarlo profundamente, pero por el momento, mientras nos encontrábamos sentados bajo el tilo, desdoblando las servilletas que envolvían nuestro almuerzo, se sentía muy satisfecho.

—No deberías hablar de ese modo a Bag Teshub —le amonesté severamente. Pero nuestras miradas se cruzaron y me sentí indefenso ante las carcajadas del muchacho—. Y tampoco debes decirle tales cosas.

—¿Por qué? ¿Acaso no son ciertas?

Tenía la boca llena de dátiles secos empalagosamente dulces, pero tan difíciles de triturar como reseco cuero. Finalmente, deseoso de añadir algo más, se los tragó con tantas dificultades que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Le has visto orinar alguna vez? Su porra está tan arrugada que la piel le cuelga como cáscara de cebollas. Y no tiene nada más. Sólo le queda una cicatriz reluciente como si le hubiesen vaciado las dos minúsculas bolas de la bolsa, igual que la carne reseca del puchero.

Asarhadón se reía celebrando su chiste como si lo oyese por vez primera, pero yo me quedé sorprendido sin saber por qué. Desde luego todos advertíamos algo extraño en Bag Teshub. En primer lugar admitían su acceso al gineceo, lo que habría significado la muerte para cualquier otra persona y, por añadidura, no tenía barba.

Asarhadón y yo teníamos entonces una edad en que pocas veces se nos permitía salir de nuestra dorada prisión, salvo para presenciar algún ritual público u observar a prudente distancia los festejos del año nuevo. Aquello sucedía con escasa frecuencia porque éramos demasiado jóvenes, pero comenzábamos a percibir que existía otro mundo más allá del gineceo en el que algún día ocuparíamos el lugar que nos correspondía.

Así pues, sabíamos que los hombres tienen vello en la cara y que se dejan crecer negras y rizadas barbas a las que se aplican ungüentos. Los nobles de la corte de nuestro padre tenían aspecto de dioses, impresión que sin duda se intensificaba por el hecho de que los veíamos a distancia.

Y Bag Teshub no se parecía en absoluto a ellos.

—¿Cómo es que tiene ese aspecto? —pregunté instintivamente, casi temiendo oír la respuesta.

—Mi madre dice… —repuso Asarhadón inclinándose hacia mí, muy consciente de estar confiándome un gran secreto—. Mi madre dice que es por algo que le hicieron, que los sacerdotes le despojaron de su virilidad con una navaja cuando era niño. Supongo que sabrás que es uno de los hermanos menores de nuestro abuelo, el rey que falleció.

Asentí en silencio. El corazón me latía con fuerza: creía estar vislumbrando un sombrío futuro.

—¿Quién se atrevería a hacer tal cosa al hermano del anciano rey? ¿Quién ordenaría algo semejante?

Asarhadón, con la inocencia de su corta edad, me ofreció sus dátiles, que yo cogí maquinalmente.

—Me sorprende que me hagas una pregunta tan tonta. ¿Ignoras la razón? El rey tiene muchos hijos y sabe que una vez muera no seguirán queriéndose eternamente. Sin duda deseará que su heredero reine sin disensiones, y sabe que un hombre castrado no puede aspirar al trono.

Durante algunas noches el cuchillo castrador pobló mis pesadillas. Después de todo, ¿qué era yo sino uno de los hijos menores del rey? La primera dama de palacio, Tashmetumsharrat, tenía dos hijos casi adultos y, por añadidura, estaba el propio Asarhadón. En cuanto a mi madre era una simple concubina y, por si fuera poco, extranjera. ¿No tenía motivos para estar asustado? Pero un niño no puede mantenerse mucho tiempo en semejante estado: en realidad, sólo teme los peligros inminentes y, en consecuencia, en breve olvidé mis temores.

Además, otros pensamientos poblaban mi mente porque a los jardines del gineceo había llegado otra prisionera. Con ocho años y dominando la escritura cuneiforme, que para mí constituía toda la sabiduría que el mundo podía ofrecerme, descubrí qué era enamorarse.

¿Qué podría decir de Asharhamat, Asharhamat tan hermosa a mis ojos que su recuerdo ablanda mis entrañas como húmeda arcilla en manos del alfarero? Aquellos que han conocido el amor en la infancia, todo ternura y dulce congoja, podrán comprenderlo, y los que no lo lograron, jamás lo conseguirán. Dicen que el tiempo sana todos los males, mas no es así. Algunas heridas antiguas se resienten cuando llega el frío. Tal era mi amor por Asharhamat.

Asharhamat y yo éramos primos, puesto que también ella descendía de Sargón. Su padre era un babilonio de noble familia, cuya abuela había compartido el lecho principesco cuando aún reinaba Salmanasar, pero Sargón el Grande había diseminado extensamente su semilla por tierras de Acad y Sumer, por lo que, considerando su escasa relación con la familia real, había sido conducida a Nínive, donde debería criarse entre los hijos de Sargón, soberano del ancho mundo: los dioses habían decidido que mi pequeña doncella de Nippur desempeñara un papel importante y configurara el destino de las naciones.

El dios reina en mi ciudad natal. Assur dio nombre a su antigua capital y a la propia tierra. Todos somos sus esclavos, todos hemos nacido para servirle: hasta el propio rey. Y, más que nadie, el rey. El día que toma posesión de su cargo, la multitud le sigue desde el templo gritando: «¡Assur es rey! ¡Assur es rey!» Y así es ciertamente. Y Assur había proclamado su voluntad de que una doncella nacida en Nippur y que llevaba la sangre del soberano Sargón fuera madre de reyes en nuestra tierra hasta que Nínive, Kalah y la propia Assur no fuesen más que simples palabras en labios de extranjeros.

De modo que Asharhamat no estaba destinada al cachorro de una esclava griega. Sería la esposa del heredero de Sennaquerib cuando hubiese alcanzado la edad apropiada para parir hijos. Estaba escrito. Así lo dictaba la ley, la voluntad divina ante la que los hombres son impotentes.

Pero los niños, que no conocen la pasión del cuerpo ni el peso de las leyes y que aman únicamente con los ojos, los oídos y el tacto, no tienen en cuenta la voluntad de los dioses. Yo imaginaba que algún día sería la reina consorte del *marsarru* Assurnadinshum, mucho mayor que nosotros y que desde hacía tiempo había sido recibido en la Casa de Sucesión, donde se mantenía tan distante de sus hermanos como el propio rey. Pero ¿qué representaba eso para mí? Los niños no conocen obstáculos para el amor: aman simplemente. Y yo amaba a Asharhamat.

¿Y qué podía importarme Assurnadinshum? ¿Acaso no era yo señor del ancho mundo, el alumno más aventajado del viejo Bag Teshub, dominaba la escritura cuneiforme y me expresaba en la lengua de Sumer? Superaba toda la cabeza a cualquiera de mis hermanos y podía caminar valiéndome de las manos sin la constante ayuda de mi madre. Y todo ello era hermoso y perfecto ante los grandes ojos negros de Asharhamat.

—¡Uf, Tiglath! —decía con su balbuceante e infantil vocecilla cuando le besaba la palma de la mano, un juego inventado por nosotros—. ¡Eres un muchacho muy malo!

Y entonces me tendía la otra mano con la palma hacia arriba, que también la besaba, y reía divertida, primero ocultando el rostro en el borde de su chal de color rosado y mirándome después furtivamente.

La amaba. Reinaba en mi corazón con mayor firmeza que cualquier monarca en la tierra de Assur. No aspiraba a otra cosa en la vida que a sentarme junto a ella bajo las ramas del tilo compartiendo con dátiles y sonrisas aquel maravilloso secreto únicamente nuestro y de nadie más. No podíamos imaginar otro futuro.

Y Naquia nos observaba y sonreía para sí con una sonrisa no tan inofensiva.

—¿Te das cuenta? Antes de cumplir los nueve años ya ha caído en las redes de Ishtar. Si han sido los dioses quienes le impusieron esa marca en la mano, no le auguraban con ello un próspero destino.

Mi madre desechaba aquellas palabras con un encogimiento de hombros.

—Son criaturas —respondía—. ¿Qué daño puede venirles de algo semejante?

¡Ah, Merope! ¡Cuan infortunadas eran tus palabras! Yo no era más que un niño, con una visión infantil de la vida, pero ¿no veías cernerse el peligro sobre la cabeza de tu hijo?

Merope no sabía apreciarlo y yo no podía. El gineceo seguía siendo un paraíso para mí, aunque comenzaba a experimentar ciertas inquietudes. Comprendía que pronto abandonaría aquel lugar para ingresar en el mundo de los hombres y ardía de impaciencia.

Cuando los hijos del rey cumplen nueve años, durante los días de fiesta que señalan el final de las labores veraniegas del campo, abandonan los jardines e inician sus funciones como servidores del dios. Después de esa fecha, tanto si se convierten en escribas, soldados o compañeros del rey, los escasos elegidos que figuran en la diestra del monarca y le asisten en la dirección del estado, dejan de ser niños. No es posible volver atrás: las puertas del gineceo se cierran para ellos. Pese a que lo sabía muy bien, no comprendía que mi madre me mirase con tanta ansiedad ni que llorase de noche en la oscuridad de nuestra habitación. No podía imaginar que

estuviésemos a punto de separarnos acaso para siempre, pues ella me lo ocultaba.

Y, desde luego, aquel día también perdería a Asharhamat, cosa que también me ocultaba mi madre.

Para Asarhadón y para mí la única realidad era que pronto ingresaríamos en la Casa de la Guerra, donde nos prepararíamos para el único modo de vida que convenía a los hombres, el auténtico sendero que conducía a la gloria, la existencia militar. Estábamos convencidos de que tal debía ser nuestro *simtu*, nuestro destino. Tal era nuestra voluntad y, por consiguiente, la voluntad de los dioses: no podía ser de otro modo.

—Sin embargo, tal vez esas cosas ya no sean de tu agrado —decía Asarhadón sonriendo maliciosamente, sentado en el suelo y observando cómo me columpiaba colgado del tilo prohibido—. Quizá esa chica te haya sorbido el seso y prefieras quedarte aquí recostado en un cojín y soñando en sus ojos.

Me solté del árbol y me dejé caer en el suelo, desde donde dirigí un puntapié al pecho del muchacho, que naturalmente no alcanzó su objetivo porque Asarhadón había previsto mis intenciones y me había esquivado a tiempo. Me asió del pie descalzo y lo retorció, obligándome a caer debajo suyo. Siempre fue un magnífico luchador; no era rápido, pero sí fuerte, y en la lucha cuerpo a cuerpo eso era lo más importante. Al cabo de unos instantes se encontraba encima mío tras inmovilizarme en el suelo.

—¡Reconócelo! —gritó inclinándose sobre mí y riendo estrepitosamente—. ¡Reconócelo! Te has vuelto tan blando como el barro en primavera. Antes de que ella viniese tú no hubieras sido tan torpe ni siquiera luchando, para lo que no estás muy dotado. Te hubieras mantenido a distancia y me hubieras agotado hasta que hubieses logrado derribarme con uno de tus refinados trucos jónicos. ¡Chicas…, puaf!

Era una broma amistosa y no pude menos que echarme a reír. No tuve inconveniente en admitir que realmente era algo ridícula la pasión que había concebido por nuestra prima, que era incapaz de luchar con una espada de madera, de andar con las manos, ni siquiera de pelear, que lloraba cuando la asustaban los relámpagos y que únicamente sabía sonreír y sorprenderse ante todo cuanto la rodeaba.

—Eso te pasa por ser extranjero… Si fueses un auténtico hombre de Assur, no te derretirías como si fueses de cera cuando ella te mira.

—Eres tan extranjero como yo…, hijo de una babilonia.

En aquella ocasión él no fue tan rápido ni logró esquivar la llave que le hice con el pie tras las rodillas, obligándole a caer de espaldas.

Un cuarto de hora después, cuando ya nos habíamos lavado en el agua del estanque, seguíamos bromeando sobre el tema.

—Pronto estarás curado. Cuando sea la esposa de Assurnadinshum, lo que sucederá antes de lo que imaginas, tendrás que renunciar a esta locura.

—No entiendo la razón —repuse tal vez con excesiva arrogancia porque en mi más profundo interior ya entonces comprendía que mis sentimientos hacia Asharhamat entrañaban cierto peligro—. No entiendo por qué no podemos seguir amándonos sólo porque ella sea reina. ¿Qué puede eso importar a Assurnadinshum?

—Tiglath, hermano mío, pese a que eres un jonio inteligente, ¡por los dioses que nunca he visto a nadie tan insensato!

Igual que cuando se avecina una tormenta, a medida que se aproximaba el instante en que deberíamos partir, se enrarecía el ambiente que respirábamos en el gineceo. Bag Teshub se mostraba cada vez más inquieto y parecía constantemente atareado mientras nos preparaba para nuestros ejercicios finales, y las esposas y concubinas del rey cuyos hijos habían alcanzado la edad de abandonar el gineceo estaban sumidas en angustioso silencio porque el pesar se cernía en sus corazones.

Y Naquia me observaba sonriente, sentada en el borde del estanque, como si conociese todos los secretos que me deparaba el futuro.

Finalmente mi madre no pudo contener por más tiempo su llanto, me estrechó entre sus brazos y, cubriendo mi cabeza con su cobriza y densa cabellera, se echó a llorar como si al separarme de ella fuese a encontrar la muerte. Por vez primera me sentí presa del pánico.

—Mi pequeño príncipe —logró articular entre sollozos—. Ya verás cómo el dios de esta tierra te preserva de tus enemigos. La marca que llevas impresa por inspiración divina te protegerá de todo peligro. ¡Ya lo verás!

—¿Qué enemigos puedo encontrar en la casa de mi padre? —pregunté.

De pronto aquélla me parecía una cuestión de capital importancia.

—Ninguno del que no pueda protegerte la grandeza de tu destino. No tienes por qué sentir temor de nadie.

Y cuando descubrí que ella tenía los ojos llenos de lágrimas comprendí inmediatamente que ni ella misma creía las palabras de ánimo que me estaba dirigiendo, y el corazón se me encogió en el pecho.

—No estaremos mucho tiempo separados, Merope. En cuanto sea un gran general y haya alcanzado el favor real, te sacaré de este lugar.

Mi madre sonrió como si diese crédito a mis palabras.

Cuando abandoné sus brazos sólo pensaba en ver a Asharhamat, porque me sentía muy alterado. La niña estaba sentada bajo el tilo como si me estuviera aguardando, pero no encontraría consuelo en ella porque también en su pecho anidaba el temor.

—No volveré a verte —dijo con voz tan tenue como un suspiro—. Me encerrarán en el gineceo de Assurnadinshum y tú me olvidarás. Cuando te alejes de este jardín, dejarás de amarme.

Eran unas palabras extrañas. Yo no podía imaginar qué propósito las guiaba ni ella tampoco. Pese a tratarse de una criatura, parecía dominada por un extraño presentimiento que la llenaba de desconocido terror.

Yo sólo tenía nueve años y ella aún era menor, y mientras permanecimos sentados bajo las ramas del corpulento árbol, el futuro aparecía ante nosotros como los férreos barrotes de una jaula.

Al día siguiente el señor Sinahiusur, hermano del rey que servía a su diestra como *turtanu*, comandante del ejército real y servidor de mayor confianza y poder de la corona, nos convocó a su presencia. Comparecimos Asarhadón, Nabusharusur, un muchacho llamado Belushezib, hijo de una concubina aún más insignificante que mi propia madre, puesto que era la esposa semisalvaje de uno de los montañeses del este que había sido capturada por Sennaquerib en el campo de batalla donde su marido había encontrado la muerte y no se sabía exactamente si era hijo del rey o del difunto meda, y yo. Allí aguardamos ante el viejo Bag Teshub para dar lectura a los caracteres cuneiformes que aparecían en las tablillas de arcilla. Era el último momento que compartíamos nuestra escolaridad: aquel mismo día, para bien o para mal, nos convertiríamos en hombres.

Bag Teshub, supongo que para demostrar sus habilidades didácticas, me entregó una tablilla grabada en el lenguaje de Sumer. Era una simple plegaria a Enlil, antiguo dios guardián de los infiernos. Leí el texto con

ciertas vacilaciones, pero el *turtanu* Sinahiusur, que aparecía radiante con su túnica bordada en verde y azul con reflejos plateados, dio muestras de aprobación mientras se acariciaba la negra barba. No recuerdo cómo se desarrollaron las siguientes lecturas, salvo las observaciones de Asarhadón cuando hubimos concluido.

—Leo bastante bien para interpretar un despacho —dijo—. ¿Qué más necesita un soldado? Me basta con ello.

Los cuatro niños dejamos atrás nuestras obligaciones infantiles y fuimos en seguimiento de Bag Teshub y del señor Sinahiusur, quienes, tras conducirnos por un pasillo que jamás habíamos atravesado, hasta llegar a una puerta que se abría por vez primera para nosotros, nos hicieron salir a la cruda luz del día. Había llegado el momento de separarnos. El *turtanu* puso sus manos sobre los hombros de Asarhadón porque era el hijo de la segunda esposa legal del monarca, no como yo, cuya madre era una más entre las mujeres del harén, y con ese gesto le escogió entre todos nosotros. Pero mientras le sujetaba de aquel modo no apartaba los ojos de mi rostro como si estuviera decidido a fijar de modo indeleble mi imagen en su mente. No pude imaginar en qué estaría pensando porque no llegó a pronunciar palabra.

—Vamos, hijos míos —murmuró Bag Teshub apartando su mirada de Asarhadón como si su visión turbase su conciencia—. Vamos…, vosotros estáis destinados a ser escribas. Viviréis aquí, en el palacio del rey, donde tal vez os aguarden grandes cosas.

La decepción que sentí en aquel momento fue la emoción más intensa que había experimentado en toda mi vida. ¡De modo que por fin no iba a ser soldado! ¡Para mí no habría gloria ni conquistas! ¡Mi vida transcurriría copiando tablillas! Desde lo más profundo de mi corazón maldije al viejo eunuco por haberme distinguido de tal modo ante el *turtanu* real…, imaginando ingenuamente que aquélla había sido la causa de mi desdichado destino y olvidando las sonrisas de Naquia.

—Venid por aquí —prosiguió con voz temblorosa—. Ha llegado el momento de vuestra iniciación.

Y mientras el *turtanu* se llevaba consigo a mi hermano Asarhadón, nosotros tres fuimos conducidos a un patio inmenso muy alejado del gineceo, donde nos aguardaban cuatro hombres ataviados con las vestiduras propias de los sacerdotes, que estaban arremangados luciendo sus musculosos brazos y mostraban una torva expresión, como si

experimentasen una especial animadversión hacia los muchachos de nuestra edad. Jamás olvidaré la expresión de sus rostros. Desde entonces la he descubierto muchas veces, pero aquélla era la primera ocasión que la veía.

Nos detuvimos asustados y tratamos de ocultarnos tras las faldas de Bag Teshub, pero en aquel lugar ni siquiera él parecía nuestro amigo.

—Comenzad con éste —indicó singularmente alterado.

Asió a Belushezib del hombro y lo empujó hacia adelante. El muchacho, olvidando su dignidad de vástago real, profirió alaridos de terror cuando dos de aquellos sacerdotes le asieron por los brazos, retorciéndoselos cruelmente, mientras le arrastraban hacia un altarcillo de piedra situado en el centro del patio.

Era pleno verano y únicamente vestíamos leves túnicas de lino y un taparrabo. Los sacerdotes desnudaron a Belushezib con tanta brusquedad como si despellejaran un conejo. El niño gritó desaforadamente igual que si le arrancaran la piel.

Al principio apenas comprendí lo que estaba sucediendo. Observé cómo dos de aquellos individuos tendían a Belushezib sobre el altar de piedra sujetándole brazos y piernas, mientras otro se adelantaba con una correa en las manos y ataba con ella sus partes más íntimas, tensando la cuerda y estrangulando el escroto. Todo se llevó a cabo con la mayor indiferencia y eficacia, como cocineros al servicio real que preparasen un cordero para el festín nocturno. Nabusharusur y yo presenciamos horrorizados aquel espectáculo, en tanto que el cuarto sacerdote, esgrimiendo un cuchillo de hoja curva, abría el escroto vertiendo su ensangrentado contenido por las piernas de Belushezib, cuyos alaridos de pánico y dolor parecían quebrar el aire.

Y de pronto adiviné lo que sucedía.

«¿Cómo se atreven? —pensé—. ¿Cómo osan hacer semejante cosa?» Pero era evidente que nada los detendría, y cuando sentí la mano de Bag Teshub en mi hombro intuí que yo sería el siguiente.

Contemplé aquel rostro imberbe que me sonreía. La piel le colgaba del cuello y oscilaba con sus movimientos. Estaba obeso y sin fuerzas y había sido hermano del antiguo rey.

En aquel momento comprendí los temores de mi madre y las sonrisas de Naquia.

Sí, como era natural, Asarhadón no nos había acompañado. Estaba a salvo y acaso llegase a ocupar el trono. Y yo me encontraba allí, a punto de verme despojado de mi virilidad incluso antes de haberla alcanzado.

Y Bag Teshub se atrevía a sonreírme.

—¡No, a mí no me haréis eso!

Ignoro si llegué a pronunciar estas palabras, pero llenaban por completo mi mente. Era hijo del rey y conmigo no harían algo semejante.

—¡Vamos, Tiglath! —susurró Bag Teshub—. Es sólo un momento. Demuéstrales que eres un valiente.

Y me empujó suavemente hacia adelante. Los sacerdotes me aguardaban satisfechos. Uno de ellos sostenía el cuchillo curvo balanceándolo en la palma de su mano como si jugase con él. Avancé un paso, luego otro y otro más sin apenas saber qué hacía.

Yo tenía que haber sido guerrero y los guerreros no temen enfrentarse a los sufrimientos ni a la muerte. No me asustaba el dolor…, e ignoraba qué era morir, pero aquel deshonor, aquella vergüenza… ¡No, no podía permitir que aquello sucediese!

Inmediatamente decidí lo que debía hacer.

Ellos no esperaban que yo ofreciese ninguna resistencia. Me aproximé sumisamente, con la mirada fija en el suelo, fingiendo la docilidad que esperaban. El más próximo a mí y que sostenía el cuchillo se encontraba de espaldas al altar de piedra. Estaba tan seguro de tenerme en su poder que era como una provocación.

Yo tan sólo era un muchacho, pero mi madre me había enseñado a ser ágil y rápido. Avancé hacia él arrastrando los pies, fija la mirada en el suelo.

De pronto, en el último momento, cuando el hombre se disponía a extender el brazo hacia mí, me abalancé contra él haciendo acopió de todas mis fuerzas. Aquello bastó… Le acerté por encima de las rodillas empujándole violentamente con las palmas de las manos, y el hombre perdió el equilibrio y cayó sobre el altar. Y, como esperaba, se le escapó el cuchillo de las manos, rodando con gran estrépito por el suelo.

Sin darles tiempo a recuperarse de su sorpresa, me apresuré a recogerlo y me precipité hacia una de las columnas del pórtico, en el extremo opuesto del patio. Corrí como un galgo entre los apresurados latidos de mi corazón y no me detuve hasta alcanzar la enorme columna de

granito contra la que me apoyé. Seguidamente me encaré a mis verdugos empuñando el cuchillo.

—¡Soy Tiglath Assur! —exclamé semienloquecido por el terror e invadido por una extraña alteración que jamás había experimentado—. ¡Mi padre es Sennaquerib, Señor de la Tierra y Rey de Reyes! ¡No oséis acercaros!

Por un instante reinó un absoluto silencio, entre el que incluso percibí el tenue susurro del viento. Durante unos momentos creí que podría conseguir mis propósitos. Pero seguidamente me sobresaltaron unas estrepitosas carcajadas que parecían proferidas por el propio dios Assur. ¿Cómo se atrevían? Me sentía tan lleno de cólera que estuve a punto de estallar en llanto, hasta que descubrí que no eran los sacerdotes quienes reían. Éstos parecían haber olvidado mi existencia y estaban postrados en el suelo, humillando sus rostros en el polvo.

Y entonces, en el extremo opuesto del patio y entre las sombras del pórtico, descubrí la presencia de dos hombres. Agucé la mirada para distinguirlos y, como si desearan complacerme, ambos se adelantaron hasta la zona iluminada por el sol.

Reconocí en uno de ellos al *turtanu* Sinahiusur, hermano del rey, silencioso y lleno de majestad como siempre, irradiando prudencia y gallardía.

Pero apenas reparé en él, deslumbrado ante su acompañante, aquel que se había atrevido a reírse de mí, que aún seguía riéndose, y que vestía una túnica recamada en oro, porque creí encontrarme en presencia de un dios. El hombre me hizo señas para que me acercase sin dejar de sonreírme.

—Bag Teshub…, tío —dijo—. Sólo es un niño, pero ruge como un león, ¿verdad? Quítale el cuchillo.

Bag Teshub se levantó del suelo y acudió hacia mí inclinándose repetidamente.

—Dame ese arma, Tiglath. Ahora no estamos en clase. Te encuentras ante el…, ¡ay!

Se había acercado demasiado. Le asesté una cuchillada que le alcanzó la mano. El brazo se le llenó de sangre y cayó rodando por el suelo. Agité amenazador el arma y el eunuco se levantó y retrocedió prudentemente. De nuevo resonaron las estruendosas carcajadas.

—Sabe defenderse por sí solo, ¿verdad, hermano? —comentó el áureo personaje volviéndose lentamente hacia Sinahiusur—. Este muchacho tiene madera de príncipe. Por mi parte estoy convencido, de modo que será como tú lo deseas: le salvaremos del cuchillo castrador.

Sinahiusur no respondió. Se limitó a ponerse la mano derecha sobre el pecho y con una leve inclinación se volvió hacia mí.

—Inclínate, Tiglath Assur —ordenó secamente—. Inclínate ante el rey tu padre.

Sentí que me temblaban las rodillas y me dejé caer en el suelo humillando la frente. Me hallaba en presencia del escogido del dios y estaba atemorizado. Ante mí se encontraba el propio Sennaquerib, aquel a quien yo mismo había llamado Dueño del Mundo.

—Acércate, muchacho —me invitó con suma afabilidad—. Acércate y deja que te mire.

Hasta aquel momento jamás había visto a mi padre el rey y de pronto lo tenía delante mío. Me puso las manos en los hombros y sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—No temas, hijo mío. Si tienes corazón de león, te haré poderoso en la tierra de Assur. ¿Qué tal? ¿Te sientes mejor?

Sonó un leve ruido. Era Bag Teshub que se había envuelto la herida de la mano en un trapo y se aclaraba discretamente la garganta.

—¿Qué sucede, tío?

—¿Qué hacemos con el otro, augusto señor?

Porque, naturalmente, todos nos habíamos olvidado de Nabusharusur, que permanecía a la sombra de una columna como si deseara fundirse. No recuerdo cuáles eran mis sentimientos hacia él en aquellos momentos. Sin duda estaba demasiado emocionado para experimentar otras sensaciones.

—Sí, desde luego. —El rey endureció su expresión, pero siguió apoyando suavemente sus manos en mis hombros—. Creo que por hoy nos bastará con un león, ¿verdad? Cumple con tu tarea, tío.

En esta ocasión los sacerdotes no perdieron tiempo ni dieron a Nabusharusur oportunidad de resistirse. Lo llevaron en volandas asiéndole de manos y pies y, aunque llenó el aire con sus estridentes chillidos, al cabo de un instante se hallaba sobre el altar y el cruel cuchillo había cumplido su función.

—No te vuelvas, hijo mío —dijo el rey, poniéndome una mano en la mejilla para impedírmelo—. Aprende a ser un hombre que no se amilana ante el dolor y la sangre.

Así fue cómo, a los nueve años, supe lo que significaba ser un hombre de Assur.

OceanofPDF.com

II

Sinahiusur era un hombre piadoso, temeroso de los presagios. No había olvidado que mi nacimiento se produjo la noche que murió el Gran Sargón y, tal como mi madre había vaticinado, el estigma divino que tenía en la mano fue mi salvación. De modo que por fin fui enviado a la Casa de la Guerra y el rey mi padre se fijó en mí.

«Te haré poderoso en la tierra de Assur», había dicho. Al parecer lograría alcanzar todo cuanto el mundo pudiera ofrecerme.

Y en la Casa de la Guerra encontré a Asarhadón.

Nuestras miradas se cruzaron en la puerta del cuartel real donde yo había sido conducido tras recibir la bendición del monarca y despedirme de él. Era de noche y Asarhadón, que aún no se había despojado de su peto de cuero, bruñía su espada nueva sentado en el jergón que le servía de lecho. Al oír el rumor de mis pisadas levantó la mirada y, pese a la fluctuante y amarillenta luz de la lámpara de aceite que estaba en el suelo, advertí una mezcla de alegría y sorpresa en su rostro.

—¡Por los sesenta grandes dioses! ¿Eres tú realmente, Tiglath?

Se puso en pie de un salto y corrió hacia mí sin abandonar su espada, como si se propusiera atravesarme con ella, en espontánea demostración de simpatía. Al instante nos abrazamos y todavía no logro comprender que no llegase a cortarme la cabeza.

—¡De modo que eres tú en carne y hueso y no algún engañoso *gallu* invocado por Zagar, Señor de los Sueños! Creí que te destinaban a la casa de los escribas para convertirte en un grabador de tablillas como los demás.

—Por poco me dejan inútil para cualquier otro servicio —le respondí.

Y seguidamente le di cuenta de lo que había sucedido.

No pareció sorprenderse ni conmoverse en absoluto por el destino que habían seguido Belushezib y Nabusharusur. Me pregunté si habría sentido

lo mismo en el caso de que mi *simtu* me hubiese condenado al cuchillo castrador y si también hubiera sonreído con suficiencia murmurando suaves palabras sobre la voluntad de los dioses. Nunca lo sabré. Pero cuando le expliqué cómo había herido la mano del viejo Bag Teshub, prorrumpió en sonoras risotadas.

—¿Es eso cierto, Tiglath? ¡Por el trueno de Ada! ¡Cuánto me hubiese gustado encontrarme allí y oírle bramar! ¡Tiglath, mi valiente hermano, te amaré hasta la muerte por cada gota de sangre que has derramado de ese viejo afeminado! ¿Y dices que viste al rey?

—Sí, puso sus manos sobre mí y me llamó «hijo mío».

—Entonces has sido bendecido. Acuérdate de tu pobre hermano cuando el rey te nombre *shaknu* de Babilonia y aquellos tipos de negras cabezas se sometan a tu yugo como ante un Sargón redivivo.

Aquellas palabras provocaron nuevas risas en él, fruto de un derroche de excelente humor, porque Asarhadón poseía buen corazón.

—¿Qué tal es este lugar? —le pregunté mirando en torno sin disimular mi curiosidad porque había anhelado tanto como mi hermano encontrarme en el cuartel real.

—¿Deseas saber qué tal es? —repitió pasándome el brazo por el hombro y conduciéndome a la reducida habitación que compartiríamos durante los próximos cuatro años—. ¡Este lugar, como tú lo llamas, hermano, es el templo de la gloria!

¿Cómo describir la Casa de la Guerra, donde Asarhadón y yo ocupamos tan elevada posición? Con el tiempo aprendí a montar a caballo, a conducir un carro y a luchar con la espada, la daga, el arco y la jabalina. También me instruí en las fórmulas de cortesía y táctica militares. Me enseñaron a imponer disciplina y a dirigir a los hombres y, lo más importante de todo, adquirí arrogancia.

Asumí que era un príncipe de Assur y que todas las naciones del mundo quedarían reducidas a polvo al paso de los invencibles ejércitos que estaba destinado a dirigir. Comprendí que tenía derecho a sentirme satisfecho conmigo mismo y que podía permitirme desdeñar a los demás porque era un soldado e hijo del rey. Y aquélla fue una lección muy necesaria, ya que la arrogancia es madre de la osadía y la crueldad, y sin

ellas no se ha ganado ninguna batalla desde que lució por vez primera el sol en el cielo.

Los hombres de Assur somos campesinos: cultivamos campos de cebada y viñedos. Nuestra existencia depende de la tierra y del agua vivificante, dones ambos que dispensa el gran río Tigris. Pero nuestro país está situado en una llanura que no ofrece protección alguna contra los salteadores procedentes de las montañas del este y en nuestro suelo escasean los metales. El oro procede de Egipto, la plata de Bulghar Maden, al norte de las puertas de Cilicia. Una nación puede administrarse sin estos metales, mas no le es posible prescindir del cobre, que debíamos obtener en Haldia e incluso en Chipre. Extraíamos estaño del norte, allende el lago Urumia, y cobre de la costa sur del mar Negro, lugares que se encuentran muy alejados de las llanuras donde nuestros primeros padres levantaron sus chozas de adobe y adoraron al dios que nos ha dado nombre. Por ello, y como los hombres envidiaban nuestras ricas cosechas, nos hicimos guerreros y defendimos la gloria de Assur en las cuatro partes del mundo.

Y nuestro dominio se vio bendecido con la paz. Me consta que tal no es la pretensión de todos los conquistadores, pero, aun así, es cierto. Los pequeños reinos occidentales, que nos consideraban una manada de leones y clamaban por la libertad perdida, se habían ido debilitando entre sí hasta el agotamiento mil años antes de que nosotros apareciésemos. Todos se habían tiranizado entre sí y únicamente nos maldecían porque nos encontrábamos en el lugar que ellos hubieran deseado ocupar. De modo que los comerciantes, los artesanos y los sencillos campesinos a quienes no preocupaban las ambiciones de los príncipes tan sólo se lamentaban de nuestros impuestos, pero no les hubiera alegrado vernos derrocados. Las rutas comerciales estaban abiertas y los hombres podían vivir en paz y aquello era lo único que les importaba.

Eso fue lo que me enseñaron en la Casa de la Guerra.

Pero tales asuntos poco importan a los jóvenes. A mí me entusiasmaban los caballos, las flechas de punta de bronce y la fortaleza que iba ganando mi cuerpo, y pensar que llegaría a ser poderoso en el país de Assur, puesto que así me lo había prometido el rey mi padre. Era un muchacho feliz que ansiaba alcanzar la virilidad y en cuya mano habían confiado una espada.

A la mañana siguiente de mi llegada al cuartel real, desperté sobresaltado y me encontré balanceándome en mi camisón sin que los pies

me llegaran al suelo.

—Ya no estás en el gineceo, príncipe —dijo una voz potente muy cerca de mis oídos.

Volví la cabeza y, con gran sorpresa, descubrí el rostro curtido por el sol de un hombre que lucía el uniforme de color verde de *rab kisir*, cuya barba y cabellos estaban encanecidos y que entonces me pareció terriblemente viejo, pero que debía de tener unos cuarenta años. El *rab kisir* parecía muy enojado y me sostenía con una mano por el cogote. En realidad, era manco…, de su otra manga asomaba un muñón.

—Soy Tabshar Sin, príncipe Tiglath, tu servidor. En el ejército de tu abuelo, el Gran Sargón, conduje un centenar de hombres contra los nairi y en aquella fecha obtuvimos una aplastante victoria. Como ves, perdí la mano izquierda y mucha sangre, pero el egregio soberano se dignó confiarme el cuidado de sus nietos para que los convirtiese en soldados. Y los soldados, príncipe, no duermen hasta mediodía, como las prostitutas de las tabernas. ¡Levántate y lávate la cara! Aquí no tendrás ayuda de cámara.

Y me dejó caer en el suelo como un jarro de agua roto. Al cabo de unos momentos me había aseado y había salido al exterior a la grisácea luz del amanecer. Allí me esperaba Tabshar Sin: estábamos solos en el gran patio de armas.

—¡Qué lástima, príncipe, te has perdido el desayuno! —me dijo sonriente, mostrando su blanca y fuerte dentadura, haciéndome sentirme como un conejo bajo la zarpa del león—. De todos modos ya encontraremos algo en que mantenerte ocupado.

Aquél fue mi primer contacto con la gloriosa vida militar. Desde el despuntar del alba hasta el anochecer, sin ver a nadie en todo el día y con el vientre vacío, estudié el arte de alimentar a los caballos del ejército.

Los establos reales se vanagloriaban de contar con más de un centenar de potentes y fogosos sementales, de anchos ollares y cascos durísimos que hubieran podido arrancar la cabeza a un ser humano tan limpiamente como el hacha del verdugo. Me pasé el día abriéndome paso entre ellos hasta sus angostos pesebres, transportando enormes haces de heno y sacos de cebada y sintiéndome ultrajado, y en más de una ocasión me senté sobre una tinaja vacía de grano, vertiendo amargo llanto por el cruel destino que me había arrebatado de la compañía de mi madre, conduciéndome entre aquellos crueles desconocidos. En el cuartel no se repartía ningún alimento a

mediodía: los soldados tenían que acostumbrarse a trabajar toda la jornada, con sólo ingerir el almuerzo, pero yo lo ignoraba y estaba convencido de que se habían olvidado de mí.

Mas al caer la noche, cuando ya estaba totalmente seguro de que me habían abandonado a mi suerte y creía que iba a morir de hambre, apareció Tabshar Sin, inspeccionó en torno y pareció complacido al ver que había realizado satisfactoriamente las tareas que me había encomendado.

—Éste es el destino de los soldados, príncipe —dijo poniéndome la mano en el hombro como si me compadeciese—. La mayor parte de su tiempo transcurre entre tedio y penalidades y, el resto, sumidos en temor, dolores y, finalmente, encuentran la muerte. ¡Vamos! Es hora de cenar y retirarse a dormir. Mañana te sentirás mejor.

Aquella noche comimos pan y queso de cabra y bebimos fuerte cerveza. Yo me senté entre los príncipes reales y a la diestra de Tabshar Sin, en realidad su única mano, lo que, al parecer, era un gran honor. Tabshar Sin narraba anécdotas de sus campañas y mis hermanos le escuchaban atentamente, llenos de admiración. Yo pensaba que nunca había catado tan delicados manjares ni disfrutado de tan espléndida compañía. Había olvidado todo lo sucedido en las caballerizas reales y sentía que aquélla era la velada más gloriosa de mi vida.

De pronto descubrí que Asarhadón no se encontraba presente, y cuando pregunté por él tropecé con un embarazoso silencio. Más tarde me informaron que había sido enviado a dormir bajo las estrellas, castigo realmente duro porque las noches eran frías. Al parecer le habían descubierto peleando. Con sólo pasear mi vista por la sala descubrí quién había sido su contrincante: al final de la mesa se encontraba un muchacho con el ojo amoratado. Se llamaba Arad Malik y yo apenas le conocía, puesto que había abandonado el gineceo hacía un año. Su rostro era grande, de lerda expresión, y me estuvo observando toda la noche con odio reconcentrado porque sabía que Asarhadón y yo éramos amigos.

El único de mis hermanos al que conocía de vista era Arad Ninlil, segundo hijo de la señora Tashmetumsharrat. Delgado y de aspecto enfermizo, tendría unos catorce años y enormes ojeras. Apenas hablaba ni sonreía y ni siquiera parecía escuchar a Tabshar Sin, diríase que se hallaba concentrado en sombríos pensamientos. Había concluido ya su período de instrucción y dentro de pocos meses abandonaría el cuartel para

incorporarse al ejército del norte. Ocupaba el segundo puesto en la línea de sucesión al trono, tras su hermano Assurnadinshum.

Durante la cena conseguí sustraer medio pan y una jarrita sellada de cerveza, aunque no me hubiera sorprendido enterarme de que Tabshar Sin había descubierto mi robo. Pero, en el caso de que así hubiera sido, no dio muestras de ello.

Regresé al cuartel, enrollé mi manta y la de Asarhadón, y salí en su busca. Le encontré en el tejado, con los brazos cruzados bajo la cabeza mirando a las estrellas. Pareció alegrarle mi presencia, mas creo que aún le satisfizo más el pan y la cerveza.

—¿Por qué has golpeado a Arad Malik? —le pregunté.

Asarhadón sonrió recordando lo sucedido, se llenó la boca de pan y hundió los dedos en el sello de la jarra de cerveza.

—No me quedó otra elección —repuso—. Él quiso pelear únicamente porque le dije que los senos de su madre eran gordos y verdes como melones. Es cierto, ¿sabes? La vi una vez cuando tenía seis años y no es un espectáculo que pueda olvidarse fácilmente.

Nos echamos a reír inconteniblemente. La madre de Arad Malik procedía de Hamath. Había sido un presente del rey de aquel país, a cuyo harén pertenecía. La gente de Hamath es famosa por sus astutos trapicheos y no me sorprendió enterarme de que el monarca Sargón había recibido gato por liebre.

—Sin embargo no es prudente crearse enemigos innecesarios, hermano.

Acepté la jarra que me tendía Asarhadón y tomé un trago. No estaba acostumbrado a beber cerveza y supongo que aquella noche me había embriagado.

—Debes ser más sensato. Arad Malik es un necio patán, pero algún día puede llegar a causarte daño.

—Crearse enemigos es propio de guerreros y, además, el día que tenga que temer al hijo de esa vaca…

Nuevamente nos echamos a reír. Seguimos pasándonos la jarra de cerveza hasta que estuvo vacía y la cabeza nos zumbó como si estuviese llena de termitas. Y cuando la jarra vacía rodó por el borde del tejado y se hizo añicos en el suelo, aún nos seguíamos riendo. Y no dejamos de

hacerlo hasta que nos envolvimos con las mantas. Por fin Asarhadón contempló las estrellas sonriendo.

—Acaso haya allí otros mundos que conquistar, además de éste —dijo soñador—. Tal vez sean tantos como estrellas tiene el cielo.

—Con uno basta, hermano. Tendremos ocasión de hartarnos de batallas antes de encontrar la muerte.

No obtuve respuesta. Asarhadón se había quedado dormido a mi lado soñando en gloriosos combates.

Aquella noche descansamos bajo la bóveda celeste, satisfechos de nuestra suerte y de nuestra mutua compañía, porque éramos hermanos y como tales nos amábamos y creíamos que siempre sería igual entre nosotros, que no habría ninguna sombra en nuestros corazones. A los ojos de los niños, el mundo es muy sencillo.

Al día siguiente me proporcionaron un casco de bronce y una coraza de cuero, y Tabshar Sin comenzó a enseñarme los rudimentos de la esgrima. Estuvo entrenándome hasta que ya no conseguí levantar la mano derecha por encima del hombro y luego me ató un pequeño escudo redondo en la otra mano, empuñó una espada y me conminó a defenderme si no deseaba verme herido. Al final no sufrí ningún rasguño, aunque imagino que se debió más a la moderación de Tabshar Sin que a mi propia pericia. A media tarde me sentía insensibilizado hasta la cintura y estaba convencido de que me quedaría lisiado para toda la vida. Por último, Tabshar Sin me condujo a la sombra de un muro, me indicó que me sentara y me estuvo echando agua por la cabeza y el cuerpo hasta que me cubrí el rostro con las manos rogándole que dejara de hacerlo.

—«Soy Tiglath Assur, hijo de Sennaquerib.» Sí, muchacho, ya he oído hablar de tu habilidad con los cuchillos. Aunque, al parecer, tan sólo te atreves con sacerdotes y eunucos.

Lancé un juramento y le apliqué los peores calificativos que se me ocurrieron, a los que me respondió con fuertes carcajadas. Era un veterano de muchas batallas a quien nada sorprendía, se mostraba implacable y había decidido que yo tenía madera de soldado.

Los niños se endurecen pronto y al cabo de pocos i días podía entrenarme desde la salida a la puesta del sol, celebrar banquetes y bromear durante toda la velada y luego irme al lecho tambaleándome, para

levantarme al día siguiente tan fresco y alegre como una doncella en el día de su boda: me sentía muy dichoso en la Casa de la Guerra.

El cuartel real era parte de un vasto complejo destinado en principio a nutrir la guardia personal del rey y la guarnición de la ciudad de Nínive. Los vástagos de sangre real se confundían cordialmente con los oficiales y los simples soldados porque los hombres de Assur son orgullosos y sólo consideran sagrado al propio rey. Aunque era un niño, vivía como uno más entre aquellos hombres y me sentía profundamente satisfecho.

El tiempo transcurría allí rápidamente. Aprendí todas las artes del asedio y ¡la batalla campal y me convertí en un experto en algunas de ellas. Asarhadón, con quien mantenía una encarnizada competencia, siempre fue mejor espadachín, pero yo le superaba en el arco y muy especialmente con la jabalina. Yo no tenía rival en el manejo del carro, mas él era mejor jinete. Y aunque mi hermano era un espléndido luchador, como ya he tenido ocasión de mencionar anteriormente, yo era más ágil y podía correr grandes distancias sin sentirme agotado. Jamás nos cansaba aquella rivalidad ni nuestra mutua compañía y nos considerábamos los más afables, hábiles y aventajados de todos los muchachos. Así transcurrían las horas, los días y los meses de nuestra existencia entre la supervisada violencia del campamento.

La única alteración se produjo cuando yo llevaba ya medio año en el cuartel real y surgió en forma de un inesperado regalo de mi tío, el señor Sinahiusur.

A media tarde acudió un mensajero a buscarme a la plaza de armas, alegando únicamente que había acudido a visitarme alguien cuya presencia me dispensaría de realizar mis ejercicios. La interrupción no me disgustó porque estaba sucio y cansado y tenía la espalda en carne viva desde la cintura hasta el cuello tras haberme caído de un caballo. Se me había enganchado el pie en el estribo y la veterana yegua, que había servido de montura a varias generaciones de muchachos que se creían maestros en el dominio de la equitación, sin duda decidió enseñarme a respetar a mis mayores y me arrastró unos veinte pasos antes de que Tabshar Sin lograra superar sus paroxísticas carcajadas y pudiese soltarme. No había sido aquél uno de mis mejores días y me pareció una magnífica excusa para abandonar el escenario donde había sufrido tal humillación, sin importarme de quién se trataba ni para qué me avisaban.

Me habían indicado que me dirigiese a la residencia del comandante del campamento y por un momento pensé que acaso me había desacreditado de tal modo que me separaban del servicio, pero en aquel momento todo me daba igual.

Mas en lugar del comandante me encontré con el señor Sinahiusur sentado bajo el emparrado del jardín bebiendo cerveza en una jarra de cerámica vidriada.

El *turtanu* del monarca no había perdido un ápice de su majestuoso porte desde la última vez que le vi, hacía casi siete meses, cuando me salvó del cuchillo castrador. En su túnica del color del astro solar en plena canícula destellaban hilos plateados y su barba era tan negra como la noche. Estaba tranquilamente sentado, inmóvil cual una estatua. Indiferente al parecer a cuanto le rodeaba, sostenía con delicadeza la jarra en su mano derecha igual que si estuviera considerando la posibilidad de dejarla caer en el suelo. Cuando llegué a su lado, me arrodillé y le puse las manos en la rodilla en señal de respeto. Observé que no le asistía ningún servidor y que nos encontrábamos solos. Al cabo de unos instantes Sinahiusur me tocó la cabeza y me ordenó que me levantase.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó obligándome a dar la vuelta para examinar los rasguños y contusiones que me había producido.

—Caí del caballo, señor.

Aquél era un tema que no despertaba mi entusiasmo, por lo que me sentí muy dichoso cuando me permitió ocultar a sus ojos mis heridas. Y aunque eran muy dolorosas, porque el sol del invierno las había resecado y se agrietaban como el barro, yo sentía aún más dañado mi propio orgullo.

—Y, por lo que veo, has sido arrastrado.

—Sí, señor.

—Por tanto no estás en condiciones de dirigir un asalto, ¿verdad? —escrutó mi rostro y sonrió de un modo que parecía más destinado a tranquilizarme que a exteriorizar su propio regocijo—. De todos modos me han informado muy favorablemente acerca de tus progresos, Tiglath Assur. ¿Te sientes a gusto aquí? ¿Te agrada esta vida?

—Sí, señor.

—¿Y crees que llegarás a ser un buen soldado de nuestro soberano?

—Así lo espero, señor.

—Bien. Aparte la destreza que adquieras en la Casa de la Guerra o a lomos de un caballo, existen otras cosas que conviene saber. Es aconsejable que lo recuerdes, Tiglath Assur.

No sabía qué responderle, de modo que guardé silencio y permanecí a la expectativa, mientras que él me contemplaba con sagaz mirada. Sin necesidad de que Tabshar Sin me lo hiciese comprender, imaginaba que el *turtanu* no se encontraría en aquel jardín solamente para cambiar frases triviales con un muchacho…

Y también él parecía estar esperando algo. Ignoro qué señal aguardaba, pero quizá por fin la advirtió, puesto que sonrió de nuevo, esta vez mostrando cierta complacencia, y me puso la mano en el hombro.

—Vivirás en un mundo agitado, Tiglath Assur, en el que necesitarás contar con muchos amigos. Me pregunto si me consideras uno de ellos. ¿Qué te parece? ¿Seremos amigos, muchacho?

Ladeó la cabeza y me examinó sin desprenderme de su firme contacto.

—¡Es tanto lo que te debo, señor!… —exclamé sin saber de dónde extraía fuerzas para hablarle, porque me sentía terriblemente confundido y no comprendía nada—. Todo cuanto soy te lo debo. Si deseas la amistad de alguien tan insignificante como yo…

—Bien, entonces estamos de acuerdo —exclamó con brusquedad, sacudiéndome e intensificando la presión de su mano—. Para ser un muchacho te expresas bien, mas a veces es preferible no decir nada. Pronto lo aprenderás, aunque creo que ya deberías saberlo. ¡Vamos!

Se levantó y le seguí hasta la entrada de la casa del comandante, donde le aguardaba su silla de manos. Los porteadores, cuyos desnudos cuerpos estaban curtidos por el sol y que se encontraban echados en el suelo como perros, nos examinaron corno si considerasen únicamente nuestro peso.

—Creo muy posible que llegues a ser de alguna utilidad a nuestro rey, de quien ambos somos servidores, Tiglath Assur. Y también yo desearía serte útil… ¿Acaso no es ése el auténtico sentido de la amistad? Sí, desde luego. Por consiguiente, te he traído un regalo. ¿Dónde está?

Miré en torno como si me hubiera formulado a mí aquella pregunta, pero el *turtanu* fijaba sus ojos en el jefe de los porteadores, un corpulento individuo que llevaba en la nariz el aro de cautivo, el cual señaló con el pulgar hacia la silla que estaba cubierta con cortinas.

—¡Sal de ahí, maldito bribón!

Sinahiusur había enrojecido de ira. Se adelantó rápidamente hacia la silla y apartó la cortina con ademán impaciente, descubriendo la presencia del bribón, bruscamente sobresaltado en su cómoda siesta. Jamás había visto tan ridícula mezcla de sorpresa e intento de disfrazar la culpabilidad como cuando el *turtanu* asió a aquel individuo por el cuello de su túnica de esclavo y le arrastró de un tirón que le envió rodando por los suelos a cuatro o cinco pasos de distancia. Los porteadores celebraron con risotadas aquel espectáculo y yo compartí su hilaridad. Incluso el propio esclavo sonreía neciamente arrodillado en el suelo, alzando las manos en ademán de súplica, como si deseara evitar el castigo que comprendía le aguardaba.

Pero el *turtanu* no le golpeó. El látigo siguió colgado de su cinto mientras examinaba al individuo con evidente desagrado.

—Pensarás que es un pobre obsequio el que te hago —dijo finalmente —, pero acaso encuentres en él mayor utilidad que yo, Tiglath Assur. Posee ciertas cualidades y es muy astuto… Haz de él lo que puedas.

»¡Y tú, a menos que me hayas mentido miserablemente, cuida de la espalda del muchacho!

El esclavo humilló rápidamente su cabeza en señal de acatamiento, levantando las manos para protegerse el rostro, aunque por entonces ya debía de haber comprendido que podía considerarse a salvo. Sinahiusur le miró ferozmente, como el gato al ratón que escapa de sus garras.

El *turtanu* no añadió palabra. Me tendió la mano para que yo rozase mi frente con ella y se metió en su silla ya vacía corriendo seguidamente la cortina. Permanecí unos instantes observando cómo se alejaba y seguidamente me volví hacia el esclavo, que seguía arrodillado en el polvo, preguntándome qué debía hacer con mi nueva propiedad.

Seguí mirándole sumamente perplejo hasta que, por fin, el hombre se levantó y observó en su entorno. Debía de tener unos veinticinco años, aunque no tenía el porte de un hombre joven. Su cutis era claro, lo que en aquella parte del mundo significaba que se había pasado la mayor parte del tiempo encerrado, y sus modales expresaban cierta insolencia, como si no le entusiasmase la idea de convertirse en esclavo de un muchacho de apenas diez años. Aquello me irritó enormemente porque aquel día ya me habían recordado demasiadas veces que aún no había alcanzado la categoría de un adulto.

El hombre aguardaba, al parecer tan inseguro de su posición como yo de la mía.

—Soy un soldado —dije finalmente— y no necesito ningún ayuda de cámara. En el cuartel real no me lo permitirían. Tal vez el *rab kisir* encontrará alguna ocupación para ti en otro lugar.

Al principio no acusó ninguna sensación hasta que por fin pareció asimilar mis palabras.

—¡Señor, no debes juzgarme con tanta dureza por lo sucedido!… —Con un ademán señaló hacia el lugar donde se había encontrado la silla del *turtanu* y su pálido y expresivo rostro exhibió una mueca algo estúpida—. Te demostraré que soy un excelente criado y…

Aunque parecía haber preparado su discurso, enmudeció repentinamente. Comprendí que se expresaba con dificultad por ser extranjero y por añadidura sus palabras sonaban desapacibles en mis oídos, con tanta aspereza como una muela en el filo del hacha… Era un extraño en la tierra dé Assur y acababa de quedar en evidencia ante todos. Imaginé perfectamente lo que debía sentir en tales circunstancias y me compadecí de él.

—Haré lo que pueda por ti —respondí en arameo, lengua utilizada por muchos soldados y posiblemente por la mitad de los ciudadanos de Nínive y que supuse resultaba comprensible para cualquier extranjero—. ¿Qué quieres de mí?

La espalda me molestaba muchísimo mientras permanecía expuesto al frío viento. Me hubiese agradado dar fin cuanto antes a aquel asunto para poder regresar al cuartel, bañarme y cambiarme, pero el esclavo seguía mirándome con desesperación. Advertí inmediatamente que no había entendido palabra. Observé su rostro, sus ojos claros y sus rasgos finos y casi delicados, tan distintos de aquellos que me rodeaban cada día, y de pronto caí en la cuenta.

—¿Qué quieres de mí? —repetí, pero en esta ocasión en la lengua de mi madre.

Al oír aquellas palabras el hombre mudó rápida e inconfundiblemente de expresión.

—¡Gran señor! —exclamó. Y sin que yo pudiera evitarlo se arrojó al suelo abrazándose a mis pies—. ¡En este país poco puedo esperar!

Y así fue como Kefalos unió su destino al mío.

—Yo no nací esclavo, señor —me dijo cuando nos encontramos en la oscura y fría habitación del cuartel mientras lavaba delicadamente mis heridas con un paño suave y mojado—. Soy un prisionero de guerra.

Lo había confesado con arrogancia, aunque yo ya lo había imaginado por la señal que tenía en la oreja izquierda: los esclavos fugitivos a quienes capturaban por segunda vez con aquella señal eran ejecutados inmediatamente, siguiendo las leyes establecidas.

Sin embargo, la mayoría de prisioneros de guerra realizaban trabajos forzados, excavando canales o transportando piedras para las construcciones que se realizaban por orden del monarca, se veían sometidos a esfuerzos sobrehumanos y encontraban pronto la muerte. Pero las manos de aquel esclavo no mostraban huellas de haber resistido ningún esfuerzo, ni siquiera de haber sufrido los rigores de la instrucción militar: resultaba difícil creer que mi nueva propiedad hubiera militado alguna vez en ningún ejército.

—¿En qué guerra? —le pregunté francamente curioso y deseando oír las mentiras que sería capaz de urdir para aparecer como un héroe ante mis ojos—. ¿Cómo caíste prisionero?

Pero el griego se limitó a encogerse de hombros como si lamentase alguna oportunidad perdida. Dejó transcurrir un cuarto de hora hasta que cobró suficientes ánimos para responderme:

—Hace cinco años, partiendo de Alepo de regreso a mi patria, tuve la desdicha de encontrarme en Tiro cuando llegaron los asirios. Hacía sólo dos días que me habían asaltado y saqueado al salir de una taberna y, entre el pánico consiguiente, me encontré sin los medios necesarios para costearme la huida por mar. Los tirios me incorporaron a su ejército y pasé todo el tiempo que duró el asedio en lo alto de las murallas jugando a los dados mientras aguardábamos a que los notables de la ciudad negociaran la rendición. Gané mucho tunero y tal vez ello provocase resentimientos: los extranjeros que se encuentran en una ciudad sometida a ataque siempre se hallan en difícil situación, señor. En cualquier caso, cuando llegó el momento de entregar a los prisioneros, me encontré cargado de cadenas y conducido a punta de espada hasta el campamento asirio. Y ésa es toda la historia de mi carrera militar.

Suspiró y de un maletín de madera que tenía junto a mi jergón extrajo un diminuto recipiente de arcilla lleno de un ungüento de color gris que aplicó a mi lastimada espalda, eliminando inmediatamente el escozor que sentía y haciéndome sentir mucho mejor.

Descubrí que se había desvanecido mi mal humor. Aquel hombre había conseguido distraerme hasta tal punto que hubiera querido hacer algo por él antes de separarnos, puesto que me parecía improbable que me permitieran conservarlo a mi lado.

—¿Qué sabes hacer? —le pregunté, contemplando su maletín de madera mientras me ayudaba a vestirme—. ¿Cómo has evitado hasta ahora que te reclutasen en algún grupo de trabajo?

Exhibió fugazmente una astuta sonrisa que desapareció casi por ensalmo.

—¡Ah, señor! —exclamó levantando la mirada hacia el techo—. ¡Procura no desperdiciar tu juventud en inútiles locuras! Si la noche que me saquearon en Tiro hubiera bebido menos, hoy no me vería en esta situación; si hubiese sido menos indolente, me encontraría en Naxos, en mi hogar, enriqueciéndome con mis habilidades médicas, pues tal ha sido durante innumerables generaciones la profesión de mi familia.

»Sin embargo soy hijo de un físico y no anduve a ciegas por la casa de mi padre… Como puedes suponer, logré aprender algunos remedios. La esposa principal del *turtanu* sufre ciertas dolencias relacionadas con sus pérdidas menstruales, cuyos orígenes eres demasiado joven para entender, pero que han sido causa de graves inconvenientes para su marido. Valiéndome de algunas experiencias recogidas en mis viajes conseguí…

Retrocedió unos pasos como si considerara qué otros arreglos podía disponer en mi túnica y el tema de la mujer del *turtanu* pareció desvanecerse de su mente como una sombra.

—¿Y cómo es que el *turtanu* te ha cedido a mí? —pregunté deseoso de conocer hasta el final tan interesantes confidencias.

El hombre sonrió como si despertara de un trance.

—¿Quién soy yo, señor, para descubrir los secretos del tálamo conyugal? La dama ha pasado su primera juventud y quizá han cesado las dificultades que tenía. Acaso el *turtanu* ha perdido la paciencia con ella y la ha castigado de este modo,… No te muestres tan escandalizado, joven amo. Cuando los dioses crean oportuno condenarte a tomar esposa,

comprenderás cuan terribles pueden ser. Por mi parte nunca he tenido mujer, pero todos descendemos de una madre y podría contarte muchas cosas de la mía… Mas dejemos este asunto. Es hora de que vayas a cenar, señor, y de que allí defiendas mi causa ante el *rab kisir*, porque si debo ser esclavo entre los asirios, por lo menos que los dioses me concedan la gracia de tener un amo griego.

Me disponía a recordarle que en aquel lugar yo no era un extranjero como él sino el propio hijo del rey. Pero la expresión de su rostro me hizo enmudecer. Aunque el país de Assur fuese mi patria, sabía muy bien lo que significaba sentirse extraño en ella y comprendía los sentimientos de Kefalos. Sólo era un muchacho, pero no tan joven como podía parecer.

—¿El esclavo es un regalo del *turtanu*, príncipe? —se interesó Tabshar Sin frotándose la mejilla e inclinándose hacia mí de modo que estuvo a punto de volcar su jarra de cerveza con el brazo.

Cogió su cuchillo y se puso a golpear el borde de la mesa con la hoja, señal evidente de que se sentía preocupado. Aquella noche había bebido en exceso y, en cualquier caso, un problema como aquél le hubiese sumido en grandes inquietudes. Era el responsable de mantener la disciplina en el cuartel real, pero el *turtanu* era el primero después del rey en el mando del ejército.

Asentí con grave expresión. Kefalos, el cual yo comprendía que se sintiera poco satisfecho debiendo confiar su destino a un chiquillo, me había instruido cuidadosamente.

—Tengo la impresión de que el señor Sinahiusur desea darme la oportunidad de practicar la lengua jónica a fin de que no pierda algo que puede ser de gran valor práctico en años futuros. Los jonios son un pueblo ambicioso, Tabshar Sin, y quién sabe si algún día…

Bastó con un ambiguo encogimiento de hombros para que el *rab kisir* frunciese el entrecejo y mostrase su inquietud. Yo apenas tenía idea del significado de mis palabras porque Kefalos las había embutido en mi cerebro como si rellenase un cojín de paja, mas al parecer Tabshar Sin aún las comprendía menos que yo. En su calidad de soldado poseía las virtudes propias de los militares: era valiente, experto en su oficio y cumplía

órdenes con ciega obediencia. Los negocios de estado, tan misteriosos para él como la nigromancia, competían al monarca y a los dioses.

De modo que si el *turtanu*, cuya voz expresaba la voluntad real, deseaba que Tiglath Assur poseyera un esclavo procedente de algún remoto rincón de la tierra, él no tenía nada que objetar.

—¡Pero vigila que ese jonio afectado no sea una molestia, príncipe! —dijo por fin señalándome con su cuchillo y agitando su punta ante mi pecho —. Y procura no contagiarte con sus perniciosas costumbres. Sólo un desdichado abandonado por los dioses confiaría los instrumentos de su profesión a un esclavo, de modo que sigue atendiendo al cuidado de tu espada y destina a ese bribón otros menesteres en que mantenerlo ocupado. ¿Has comprendido, príncipe?

Su expresión era tan feroz y la punta del cuchillo estaba tan cerca de mi corazón que sacudí rápidamente la cabeza asintiendo a cuanto me decía.

—Bien saben los dioses —repuse inmediatamente— que tengo poca necesidad de un sirviente, pero este individuo parece poseer ciertos conocimientos para sanar heridas y…

—¡Bien, no se hable más del asunto!

Desechando aquella idea tan bruscamente como se le había ocurrido, Tabshar Sin se levantó de la mesa y salió al exterior arrastrando los pies para exonerar su vejiga junto al muro del cuartel. Era tarde, en breve se acostaría y por la mañana se levantaría convencido de que la solución al problema del esclavo Kefalos había sido fruto de su iniciativa.

Jamás tuve ocasión de agradecer adecuadamente al señor Sinahiusur su presente porque, a partir de entonces, le vi en muy raras ocasiones y tan sólo a cierta distancia y revestido del imponente aparato propio de su rango que no permitía comunicaciones de índole personal. A decir verdad, el rey y sus acompañantes estaban tan distantes de la gente común como los propios dioses. A pesar de que el señor Sennaquerib había puesto sus manos en mis hombros y me había llamado «hijo», únicamente pude verle en un par de ocasiones durante los dos años siguientes y oír su voz una sola vez.

La primera de ellas fue en una formación militar que se celebró con motivo de una campaña que se proponía emprender el rey. Yo formaba filas con los restantes muchachos del cuartel real y él pasó revista a las tropas montado en su carro, resplandeciente como el fuego con sus ropajes

recamados en oro y plata que destellaban bajo la luz del sol. Pasó sin mirar a derecha ni a izquierda, como si fuese un ídolo de piedra. Pero tal es el comportamiento de los reyes: de ese modo demuestran su majestad.

La segunda ocasión se produjo a su regreso y, aunque tuvo un buen comienzo, perdurará eternamente en mi memoria como una de las noches más amargas de mi existencia.

Fue en el curso de un banquete en el que se celebraba el triunfo de nuestro ejército sobre las tribus de las montañas que se agolpaban como plaga de langostas al este del Tigris. El acto tenía lugar en uno de los grandes salones de palacio, cuyos muros estaban revestidos de bajorrelieves en los que aparecía el poderoso soberano de Assur sometiendo a sus enemigos.

Antorchas empapadas en cera iluminaban la estancia y se oían ruidos de voces y melodías interpretadas por músicos de las cuatro partes del mundo que el rey había conducido a Nínive en calidad de botín. Mujeres ataviadas con delicados tejidos bordados en oro danzaban agitando sus cuerpos al ritmo de crótalos y tambores y el aire estaba densamente impregnado del aroma de especias.

Yo servía de paje porque al señor Sennaquerib le agradaba tener cerca a sus hijos en tales ocasiones para que fueran testigos de su gloria. Estaba apostado junto a una puerta, luciendo el elegante uniforme de los cadetes reales, aunque desprovisto de mi espada, puesto que nadie podía ir armado en presencia del rey, y observaba a mi padre que presidía la mesa con sus dos hijos mayores, el señor Sinahiusur y algunos de sus más eminentes cortesanos cuyos nombres olvidé hace tiempo.

Creí que podría pasar inadvertido, que entre el ruido y la confusión de tan distinguidos nobles, abstraídos en sus propios placeres, nadie repararía en un ser tan insignificante como yo. Aquello sería como mi introducción en el mundo de los grandes personajes porque, según imaginaba, aquellos hombres gobernarían el país de Assur durante toda mi vida.

El rey y el *turtanu* desplegaban una radiante majestad. La grandeza de su poder los rodeaba igual que una aura vital y creí que aquella visión podría cegarme: no eran de carne y hueso como yo, sino casi divinos.

El *marsarru* Assurnadinshum, a quien no había visto hasta entonces, me pareció menos impresionante, pese a que por gracia de su padre ya había sido nombrado rey de Babilonia. Tenía entendido que había llegado

del sur para contraer matrimonio, aunque semejante perspectiva no parecía alegrarle demasiado. Tenía un rostro alargado de expresión insatisfecha y parecía poco inclinado a conversar. Se sentaba a la diestra del rey y tamborileaba los dedos en una copa de vino, silencioso y abstraído.

Pensé que aquél era el hombre que desposaría a Asharhamat y la apartaría para siempre de mi lado, puesto que a la sazón ya sabía que mi hermano Asarhadón no me había mentido y que nuestra separación sería definitiva, y presa de celos y desesperación maldecía a Assurnadinshum porque yo era joven y su presencia destrozaba mi corazón. Deseaba verle abrumado por desdichas y penalidades sin cuento y pedía a los dioses que le arrancaran la vida: si me escucharon, que su espíritu errante me perdone.

Pero no iba a permanecer inadvertido. Por fin el rey dirigió hacia mí sus ojos y, cuando se disponía a desviar su mirada, algo pareció despertar su interés. Se volvió al *turtanu*, murmuró algunas palabras y al recibir su respuesta asintió gravemente. Al cabo de unos momentos me hizo señas de que me acercase. Me aproximé a él y le puse la mano en la rodilla en señal de sumisión. El soberano me ayudó a levantarme.

—¿De modo que en esto se ha convertido el poderoso Tiglath Assur? «Soy hijo de Sennaquerib, Rey de Reyes», ¿no es eso?

Y estalló en sonoras carcajadas.

No me sentía avergonzado porque ya estaba familiarizado con aquellas muestras de hilaridad que a la sazón proferían múltiples gargantas. El rey me cogió del brazo y me acercó a él como si deseara examinarme más de cerca.

—Dentro de unos años este joven levantará una montaña de cabezas a los pies de nuestro señor.

Ignoro quién pronunció aquellas palabras, pero, al oírlas, el rey intensificó sus risas que parecieron caer sobre mí como puñetazos. De pronto me dio unos golpecitos con el dorso de la mano bromeando y fingió sorprenderse al ver que no me tambaleaba. De nuevo resonaron sus risas en el gran salón porque el soberano se sentía satisfecho de mí y de sí mismo.

Alcé los ojos para ver su rostro porque me parecía indigno que el hijo del rey tuviese que fijar la mirada en el suelo como cualquier gañán, y me sorprendió descubrir que desviaba inmediatamente la cabeza. No me miró directamente, por lo que durante un momento, sólo un momento porque los grandes hombres son reacios a ser observados, logré estudiar su rostro.

Comprobé que, efectivamente, no me había equivocado: en sus ojos pude leer lo que había percibido con mi rápida intuición infantil, aunque no sabía expresarlo con palabras. El temible monarca, el escogido de Assur, el señor del universo, tenía miedo. Se mostraba temeroso y asustado. No de mí, ¿quién temería a un muchacho?, sino de la vida. De todos modos era un hombre y sobre él pesaban enormes responsabilidades. Y, compadecido, desde el fondo de mi corazón le llamé «padre».

—Te guardo una sorpresa —me anunció—. ¿A ver si adivinas a quién verás esta noche, muchacho? —Levantó el brazo y señaló hacia un oscuro rincón de la estancia. Mas aunque agucé los ojos únicamente distinguí una puerta entornada—. ¡Tu madre, muchacho! ¡Ve, tienes mi permiso! ¡Corre a verla!

El gran rey, donador de dádivas, no se hubiera ganado mejor mi reconocimiento si hubiese puesto media Asia a mis pies. Embargado por la profunda confusión que sentía, ni siquiera me incliné para despedirme de su sagrada presencia. La sangre circulaba rápidamente por mis venas mientras corría hacia aquel rincón sombrío como un halcón sobre su presa.

Allí se encontraba mi hermosa madre de cabellos cobrizos, arrodillada en la lóbrega estancia y abriéndome los brazos, a los que me arrojé estrechando mi cuerpo contra el suyo. Merope se echó a llorar, me acunó en sus brazos entre sollozos y sus lágrimas cayeron sobre mi espalda. Hasta aquel momento no pude comprender cuánto había anhelado su presencia. ¿Qué significaban la gloria, qué el favor de los reyes comparado con el dulce abrazo de mi madre, cuya compañía me habían arrebatado? ¿En qué otro lugar que no fuesen sus brazos podría sentirme dichoso? Permanecimos largo rato en silencio sin poder articular palabra: habíamos enmudecido.

—¡Mi Lathikadas, mi hermoso hijo, cuánto has crecido! —dijo por fin, manteniéndome a cierta distancia para comprobarlo con sus propios ojos.

Y realmente era cierto: lo leí en sus ojos, que eran azules como los míos. Pensé que aquello era mejor que ser un *rab shaqe*. Me erguí sonriente y ella me contempló a placer.

—Ciertamente has crecido mucho. Ahora eres casi un hombre —añadió sonriéndome a su vez, pero con una expresión triste como si considerase la distancia que nos separaba—. Cuéntame todo cuanto te ha

sucedido. ¿Te gusta ser soldado? ¿Has hallado todo cuanto deseabas en la Casa de la Guerra?

¿Qué fue lo que leí en su rostro en aquel instante? ¿Acaso temía oírme decir que era dichoso en el cuartel real, entre caballos y crueles instrumentos de combate? ¿Tal vez sospechaba que aquel nuevo ídolo la había sustituido en mi corazón? ¿O quizá preferiría saberme feliz y pensar que el sacrificio de perderme había valido toda la angustia y soledad que tenía que sufrir?» Lo ignoraba. Un niño no puede saber esas cosas porque no comprende ninguna dicha ni desgracia que no sean las propias y, sin embargo, percibí que en aquel momento no sólo tenía la facultad de aliviar sus sufrimientos sino que, si me expresaba equivocadamente, la agobiaría aún más.

—¡Oh, Merope! —exclamé cogiendo su rostro entre mis manos—. ¡Si pudieras presenciar la gloria de aquel lugar, si pudieras verme allí, te sentirías orgullosa de tu hijo!

Y se lo expliqué todo. Le hablé de Tabshar Sin que era manco y de mi esclavo griego, de las proezas que realizaba con la jabalina, de la habilidad de Asarhadón en la lucha, de los carros que levantaban nubes de polvo con sus veloces ruedas y le describí los destellos que arrancaba el sol a las espadas cuando practicábamos esgrima. No me cansaba de hablar. Las palabras brotaban de mis labios como una riada y ella seguía inmóvil, contentándose con verme y admirarme. No obré erróneamente contándole todo aquello, pues era lo que deseaba oír. Y comprendía que no me había perdido, que yo había quedado en libertad liberándola asimismo a ella, pero que seguía en mi corazón.

Mas cuando le pregunté cómo seguían las cosas en el gineceo se mostró evasiva.

—¡Oh, hijo mío…! Allí todo continúa igual —desvió la mirada—. El surtidor sigue resonando entre un murmullo de risas infantiles. ¿Recuerdas la pequeña gacela? Creció y se la llevaron…

—¿Y qué ha sido de Asharhamat, madre? ¿Sigue siendo tan bonita? ¿Se acuerda de mí?

Era una pregunta inocente, pero mi madre me cubrió la boca con las manos como si hubiese proferido una terrible maldición que pudiese caer sobre mi cabeza.

—¡No debes nombrarla, hijo mío! ¡Has de olvidarla! ¡Tienes que olvidar su existencia!

Me estrechó de nuevo contra su corazón y, aunque no lloraba, comprendí que se sentía desdichada. Dada mi juventud no podía adivinar la razón.

—Ahora ve… —añadió de pronto dándome un empujón—. Ya no me perteneces, Lathikadas. Vuelve con tu padre…, eres suyo. Le perteneces a él y a su dios. Olvídame y sé dichoso.

Creí que no podría resistirlo. El momento de la separación había llegado y en aquella ocasión comprendí que la perdía para siempre. Se me llenaron los ojos de lágrimas y creí que el corazón me estallaría en el pecho.

—Te libraré del gineceo, Merope —le aseguré, expresándome dificultosamente y asiéndome a sus brazos como si estuviera a punto de hundirme en la tierra—. ¡Ya lo verás! El rey está satisfecho conmigo. Conseguiré sacarte de aquí. ¡Nunca te olvidaré!

A mi espalda la puerta se abrió ligeramente y distinguí la presencia de un eunuco que aguardaba para llevarse a mi madre a su jaula dorada. Los sollozos sofocaron mi garganta. Pero Merope ya se había levantado y se perdía entre las sombras. Hubiese deseado correr hacia ella una vez más, pero me tendió los brazos para impedírmelo. Pese a la oscuridad reinante, advertí que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Adiós, Lathikadas, hijo mío! —susurró—. Ya no puedo darte mi cariño. Olvídame, hijo; pero recuerda que te quiero más que a mi vida.

Y desapareció. La puerta se cerró y me quedé solo.

OceanofPDF.com

III

Aquella noche no sé cómo encontré el camino de regreso al cuartel real. Recuerdo que me tendí en el lecho creyendo que iba a morir de tristeza, que me ahogaba en llanto y me ardía la garganta. No era más que un chiquillo y nada hiere más profundamente que las penas de la infancia.

El encuentro con mi madre me hirió más intensamente de lo que ella podía imaginar porque me hizo revivir el intenso dolor de haberla perdido. Durante muchos días tales fueron mis sentimientos. Mientras brillaba el sol realizaba mis tareas, me esforzaba por aprender las artes marciales y nadie advertía diferencia alguna en mí, pero al llegar la noche me sentía abrumado por el pesar. Sólo mi hermano era testigo de mis pesares y Asarhadón no decía nada, cosa que le agradecí profundamente.

Hasta que por fin el tormento remitió, inspirándome un talante taciturno que no me abandonaba, pero que me permitía pensar en otras cosas. Aunque me sentía desdichado, no había perdido el interés por la vida. En tal estado me encontraba cuando Kefalos acudió un día a visitarme.

Yo había asegurado a Tabshar Sin que no necesitaba ningún servidor y le había dicho la verdad. No era más que un muchacho, poseía escasas pertenencias, en el cuartel real tenía cubiertas mis necesidades básicas de alimento e indumentaria, contaba con un lugar donde cobijarme y pasaba la mayor parte del tiempo instruyéndome militarmente. Kefalos me enseñó cuanto me faltaba por conocer del alfabeto griego, pero aprendí rápidamente y, en cualquier caso, no disponía de lecturas para ejercitar aquella lengua. Por lo demás, mi esclavo pasaba los días haraganeando por la plaza de armas, ociosa e inútilmente. Y, aunque nunca había sido muy activo, con el tiempo incluso también él comenzó a sentirse descontento.

—Señor —me dijo por fin un día desde la puerta de mi habitación—, según tengo entendido en este país a veces se permite a los esclavos salir a

buscar ocupación en la ciudad para enriquecerse ellos y sus amos. ¿Es cierto que existe esa costumbre?

Yo estaba sentado en mi jergón quitándome las espinilleras y alcé la mirada para verle. Anochecía, había pasado una jornada agotadora y me sentía fatigado y hambriento, pero no estaba de mal humor: dentro de un cuarto de hora habría tomado un relajante baño de vapor y estaría aseado y dispuesto para cenar. De modo que le escuchaba como podría estar oyendo los afables gruñidos de un perro del campamento, sin prestarle demasiada atención ni interés, pero de buen talante.

—Sí, naturalmente, Kefalos, existe esa costumbre.

—Entonces me preguntaba…

—¿Qué?

Exhibió los dientes en nerviosa sonrisa, como dando por supuesto un tácito entendimiento de las dificultades en que podía encontrarse, cosa a la que ya estaba acostumbrado.

—Señor, como sabes, aquí soy de poca utilidad. Y el ambiente cuartelario no me resulta muy agradable. Me pregunto si podrías concederme tu autorización para que reanudase mi antigua profesión.

—¿Y cuál es tu profesión?

Kefalos intensificó su sonrisa comprendiendo que le estaba hostigando.

—Con tu permiso, joven amo, quisiera establecerme como médico.

Lancé por los aires mis sandalias y él se agachó a recogerlas del suelo, estrechándolas contra su pecho como si se propusiera obligarme a recuperarlas.

—Señor, debes comprender que yo…

—¿Conoces el código penal, Kefalos? ¿Te has enterado de cómo castiga el rey a un médico que demuestre negligencia o sea inepto? Si dejases tuerto a un hombre, el rey enviaría un soldado a tu casa para que te arrancase un ojo con la punta de su daga. Por añadidura tengo entendido que cuando fuiste capturado aún no habías completado tu aprendizaje. ¿Me equivoco?

—Señor, eres joven…, permite que te explique algo —dijo arrodillándose a mi lado y depositando las sandalias junto a mi jergón—. Debes saber que los médicos no se enriquecen cuidando enfermos…

El programa que Kefalos me esbozó a grandes rasgos era totalmente inocuo.

—Verás, joven señor. Tú no conoces nada del mundo: poseo algo más importante que la ciencia… Cuento con el prestigio que emana de ilustres patronos. Soy esclavo de un príncipe real y he sido médico de una de las esposas del propio *turtanu*. Con semejantes credenciales los pacientes ricos se agolparán a mis puertas, aunque sólo sea por permitirse el placer de decir: «Nuestro médico es el inteligente jonio Kefalos, que trata a la propia familia real», y entre ellos únicamente admitiré a aquellas mujeres que no tienen otra preocupación que sus dolencias imaginarias y que te aseguro que en ninguna ciudad escasean. A los demás, aquellos que estén verdaderamente enfermos, los enviaré a mis colegas asirios, para que no sientan resquemor. De ese modo lograremos enriquecernos en el espacio de un año.

Siguió mirándome con aire especulativo, ladeando la cabeza como si estuviera considerando alguna cuestión importante.

—Porque, como es natural, señor, repartiré honradamente contigo mis beneficios. Comprendo el orden natural de las cosas y tú tienes derecho a recobrar una parte razonable de tu inversión. ¿Qué te parece la cuarta parte? Mi señor es soldado e hijo del rey, por lo que sus necesidades futuras nunca serán tan apremiantes como las mías… ¿Hace un tercio?

—Un médico necesita disponer de cierto efectivo para instalarse, Kefalos. Aunque sea un muchacho lo comprendo perfectamente. Te hará falta una casa, instrumental y medicamentos, y yo no puedo darte ni facilitarte esos medios económicos, pese a ser un príncipe real. ¿Cómo piensas obtenerlos?

Se mordió el labio inferior y al punto comprendí que había algo más que se resistía a confesarme. Empuñé mi espada y apoyé la punta en su cuello.

—¡Kefalos!

—Señor, no debes preocuparte por tan sórdidos detalles. ¡Déjalo a mi cuidado!

—¡Has vuelto a jugar a dados con los soldados! ¿Cuánto les has robado en esta ocasión? ¡Dime la verdad!

—Señor, yo… Bien: lo cierto es que me ha sonreído la fortuna últimamente y…

—Y, por consiguiente, alguien ha prometido una vez arrancarte los intestinos y colgarte de ellos, ¿no es eso?

—A fuer de sincero, señor, sería conveniente que pudiera desaparecer de aquí durante algún tiempo…, ¿comprendes? ¿Quedamos entonces a partes iguales?

Aquella misma noche Kefalos recogió sus pertenencias y marchó en dirección a la ciudad.

Cuando volví a verle diez días después, apenas podía creer que se tratase de la misma persona, tan lujoso era su atavío. Vestía una túnica de excelente paño bordada en azul, amarillo y rojo y se había transformado extraordinariamente. Además, era dueño de una casa y de un criado y me entregó doce siclos de plata por mi participación en sus primeros honorarios.

—Es mucho mejor de lo que había imaginado, señor. El hecho de ser extranjero representa una gran ventaja porque facilita el aliciente de la novedad. A las mujeres las encantan las novedades en todos los aspectos, y la ciencia de lejanos países es altamente valorada entre las clases mercantiles. Nos aguarda una gran prosperidad. He obtenido un éxito sorprendente con ciertos afrodisíacos cuya fórmula cayó por casualidad en mis manos en Alepo. La he vendido en cuanto he logrado prepararla, aunque no puedo menos que sentir cierta compasión hacia los pobres esposos, si es a ellos a quienes va destinada, porque tiene un sabor y olor espantosos que persiste largas horas en la lengua.

Confié a Kefalos mi participación en sus beneficios para que hiciese alguna inversión. Contaba con dos buenas razones para ello: por una parte no necesitaba inmediatamente aquel dinero y, por otra, cada vez crecía más mi admiración hacia la astucia de mi esclavo. Intuía que realmente podía enriquecernos, y en lo más recóndito de mi mente abrigaba la esperanza de rescatar a mi madre del gineceo, aunque ya entonces comprendía que era una idea absurda, puesto que el rey mi padre no comerciaba con seres humanos como un traficante de esclavos, y en cualquier caso no le impresionaría con un puñado de siclos de plata. Pero me inspiraba cierta confianza, por lo menos me parecía estar haciendo algo para combatir mi soledad y la furia que sentía.

Y la vida transcurría monótona en el cuartel. Tabshar Sin estaba muy satisfecho de mí, que crecía y me robustecía por momentos. Era casi un hombre, como había dicho mi madre, y casi un soldado. Y podía confiar

mis sentimientos a Asarhadón, que apenas los comprendía, pero que era mi amigo.

—Te preocupas demasiado —decía utilizando la punta de la espada para abrir otra jarra de cerveza porque había llegado a gustarle tanto como pelear.

Y se recostaba en su jergón con los ojos semientornados, amodorrado y satisfecho.

—Mi madre también se encuentra en el gineceo y confío que siga allí eternamente. ¡Por los sesenta grandes dioses, prefiero enfrentarme a mil medas con una rústica podadera que convivir con ella bajo el mismo techo!

Y sonreía muy complacido consigo mismo. Mi hermano siempre había tenido una cualidad innata para considerar la vida como una sólida, simple y personal realidad, cual si por voluntad propia las necesidades y deseos de un hombre pudieran ser transformados en leyes de la naturaleza.

—Las madres son peores que todos los diablos de los lugares más infernales de la tierra —prosiguió moviendo su jarra en el aire con un amplio ademán para indicar el carácter cósmico de aquella nueva filosofía personal—. Si hubieses tenido una madre como la mía, sabrías apreciar la felicidad que aquí se disfruta.

Poco tiempo después, en el mes de Ab que abrasa como un horno, un día me encontraba en cuclillas junto a la puerta del cuartel —era el instante más tórrido del día, en que tanto hombres como bestias sólo buscan la sombra y la quietud—. Estaba absorbido en la reparación de una correa de mi sandalia, cuando un muchacho de unos siete u ocho años se presentó ante mí y con una profunda inclinación preguntó si «tenía el honor de dirigirse al señor Tiglath Assur». Era delicado y lindo como una muchacha, tenía grandes ojos castaños y largas pestañas. Ante mi respuesta afirmativa, volvió a inclinarse y me entregó un trozo de pergamino doblado en cuyo interior aparecía un mensaje escrito en griego, por lo que no tuve dificultad alguna en adivinar quién sería el remitente. Al parecer el muchacho tenía instrucciones de aguardar mi respuesta porque permaneció expectante, mientras que yo me enteraba de su contenido: «Tu humilde esclavo, el médico Kefalos de Naxos, suplica al augusto príncipe Tiglath Assur, hijo de Sennaquerib, Rey de Reyes y de Asiria, que le conceda el honor de

acompañarle a su sencilla mesa esta noche, en su domicilio de la Puerta de Adad. Asimismo se consideraría altamente distinguido si el príncipe Asarhadón compartiese esta invitación.»

—Puedes responder al médico Kefalos que nos gustaría mucho aceptar —dije al muchacho—, pero que somos simples soldados y debemos pedir autorización para ello.

, El niño se inclinó por tercera vez, aún más profundamente si era posible, y se retiró.

No me molesté en consultar a Asarhadón, puesto que me constaba que aprovecharía como un chacal hambriento cualquier oportunidad que se le presentase de huir del cuartel por una noche, de modo que acudí directamente a Tabshar Sin, que también se protegía del bochorno estival tendido en su jergón, mojándose el rostro y la barba con un trapo que sumergía de vez en cuando en una tinaja de arcilla. Como buen veterano, hacía tiempo que había aprendido a aprovechar las horas de descanso. Frunció el entrecejo irritado al verme asomar por la puerta.

—¿Qué deseas, príncipe? —preguntó en un tono que significaba que podía irme al Arallu, el Hades griego.

—Deseo que me concedas permiso para salir esta noche, *rab kisir*: me han invitado a cenar.

Le mostré el pergamino, pero apenas le concedió una mirada, dejándolo caer inmediatamente en el suelo.

—Por lo que veo se trata de ese afeminado esclavo tuyo, jugador de dados. De modo que ahora envía invitaciones, ¿verdad? Dicen que ha prosperado mucho.

—Pero ¿puedo ir, *rab kisir*?

—¿Tienes el equipo preparado para las maniobras de mañana?

—Sí, *rab kisir*.

—Entonces te concedo permiso. Espero que te sirvan algo mejor que el rancho del cuartel.

—¿Puede acompañarme Asarhadón?

Tabshar Sin ladeó ligeramente la cabeza hacia mí, como deseando subrayar su sorpresa.

—Bien, de acuerdo, pero cuida que no beba demasiado. Y regresad en seguida, en cuanto concluya la cena. Aunque seáis príncipes reales, en estas fechas Nínive está llena de extranjeros.

Comenzaban a caer las sombras cuando Asarhadón y yo emprendimos la marcha hacia lo que nos parecía una gloriosa aventura. El campamento y el palacio habían sido hasta entonces nuestro mundo, y la gran ciudad de Nínive, donde había transcurrido toda nuestra vida, nos era tan desconocida como los desiertos de Judá.

—Vuelve a leérmelo.

Saqué de mi zurrón una vez más el pedazo de pergamino y, ante el divertido asombro de Asarhadón, le traduje su contenido en acadio.

—¿Por qué llama a nuestro padre «rey de Asiria»? ¿Qué lugar es la tal Asiria?

—Los jonios no tienen iguales sonidos en su lengua, por lo que la palabra sufre tal transformación. Es simplemente su modo de expresar «el país de Assur».

—Tu esclavo es un tipo divertido, Tiglath. «¡Asiria!» ¡Por los dioses que es divertido!

El palacio y las dependencias a él anejas se levantaban sobre una enorme plataforma de ladrillos y, por consiguiente, se elevaban varios codos por encima de los edificios de la ciudad. Nos vimos obligados a descender un largo tramo de escaleras hasta llegar a. las calles, como si bajásemos de una montaña a una selva. De pronto nos encontramos rodeados por una ruidosa y abigarrada multitud. Las gentes se empujaban abriéndose paso a codazos entre los gritos de los vendedores y efluvios de carne, sudor y basuras corrompidas. Posteriormente he estado en ciudades muy grandes, pero ninguna persiste en mi memoria como Nínive.

Me sorprendió encontrar mujeres por las calles, procedentes dé muy distintos países y vestidas con vivos colores: verde, azul, amarillo e incluso rojo, que las mujeres de Asia sólo visten en señal de duelo, y que se cubrían con velos de modo que sólo mostraban sus grandes ojos negros. Algunas ni siquiera ocultaban sus rostros, lo que evidenciaba su calidad de concubinas y, otras, ni siquiera se tapaban los cabellos.

Los hombres se expresaban principalmente en arameo, más que en acadio, y muchas veces no pude discernir el lenguaje que utilizaban. Reconocí a algunos hititas o hebreos por las ropas que vestían, y a los egipcios porque llevaban túnicas con pliegues y los rostros afeitados.

Pasamos junto a tres hombres sentados en cuclillas sobre el pavimento que bebían cerveza en un recipiente comunitario, sorbiéndolo con unas

pajas, porque entre la gente vulgar no se acostumbraba filtrar las cáscaras, algo en lo que yo no había reparado hasta aquel momento. Advertí que a uno de aquellos individuos le faltaba la punta de la nariz, sin duda como castigo por haber cometido delito de perjurio.

Asarhadón insistió en que nos detuviéramos en un tenderete donde una anciana que mostraba el rostro descubierto y lucía una serie de tatuajes ondulados en la nariz y en la mejilla izquierda vendía frutas conservadas en azúcar. La mercancía estaba llena de moscas, pero Asarhadón insistió en que comprásemos algunas. Pagamos por ellas dos monedas de medio siclo de cobre, casi todo el dinero que teníamos, y resultó una mala adquisición. En cuanto mordimos la fruta atravesando el azúcar que la envolvía, nos llegó un olor espantoso porque el corazón estaba podrido y nos vimos obligados a arrojarlas al arroyo.

De vez en cuando llegaban a nuestros oídos fragmentos musicales y estridentes risas femeninas. Los edificios de amarillento adobe tenían sus puertas abiertas invitándonos a pasar. En las calles, extranjeros y ciudadanos por igual se apartaban para cedernos el paso y nos miraban con curiosidad porque vestíamos el uniforme del cuartel real. Aunque fuésemos unos muchachos, nadie se hubiera atrevido a levantar la mano contra nosotros.

A diferencia de otros lugares que he visitado, no se veían pordioseros por las calles porque el rey castigaba la mendicidad. Nínive es una ciudad rica y todo aquel que lo desea encuentra trabajo en ella. A un insolvente siempre le queda el recurso de venderse como esclavo, lo que se consideraba más honorable que practicar la mendicidad, puesto que de ese modo puede conseguir su manumisión, mientras que mendigar envilece el espíritu.

Por fin, tras indagar varias veces la dirección, logramos encontrar el camino que conducía a la puerta de Adad. Se hallaba en un distrito que ofrece constantes tributos al dios patrón de la guerra y las tormentas, al que apodan «atronador» porque por doquier se oye repicar el martillo sobre el yunque y el calor de los hornos crea una atmósfera bochornosa. Los hombres que por allí deambulaban llevaban el torso desnudo y exhibían las cicatrices de antiguas quemaduras. Preguntamos dónde se encontraba la casa del médico Kefalos y nos indicaron que tomásemos una calle algo más ancha que las demás. Cuando llegamos a su puerta dejamos de oír el repiqueteo de los martillos.

Kefalos, que sin duda había apostado espías para que le advirtiesen de nuestra llegada, acudió a recibirnos magníficamente ataviado con una túnica de rico paño azul con espléndidos bordados de color dorado. Se había dejado crecer la barba, tostada como el barro del Tigris y que enaltecía la dignidad de su porte. Se arrodilló ante nosotros y me besó los pies.

—¡Joven amo, bien venido, mil veces bien venido al hogar de tu esclavo Kefalos! ¡Y tú, príncipe Asarhadón, sé también bien recibido como hermano real de mi amo y por derecho propio! La emoción me deja sin palabras…

—Es evidente que no has enmudecido, Kefalos. ¡Vamos: levántate, honorable médico, no vayas a ensuciarte las ropas!

Tales consideraciones parecieron resultar efectivas y por fin conseguimos que se levantase del suelo y concluyese sus efusivas salutaciones en el interior de la casa.

Brillaba su rostro ungido en aceites y cuanto le rodeaba irradiaba sensación de prosperidad. En el interior, los suelos estaban cubiertos de alfombras, y de los cofres abiertos que se apoyaban contra las paredes asomaban tejidos de vivos colores y espléndidos bordados. Antes de sentarnos a su mesa llegó a nuestro olfato el aroma de un guiso de cordero deliciosamente aderezado: era a todas luces evidente que mi esclavo se había enriquecido.

—Según nuestro acuerdo, la mitad de todo esto te pertenece, señor —dijo Kefalos con un amplio ademán que arrancó brillantes destellos a sus enjoyados dedos bajo el resplandor de la lámpara—. También he invertido importantes sumas en el comercio arameo, con la mayor prudencia naturalmente, porque me preocupa el bienestar de mi amo. Y dentro de un año, cuando regresen las caravanas del mar del norte, habremos obtenido saneados beneficios. ¡Ven aquí, mi dulce niño!

Kefalos se dirigía al pequeño que me había transmitido aquella mañana su invitación. Éste se sentó tan próximo a su amo que sus cuerpos se rozaron y Kefalos le rodeó los hombros con el brazo, como si hiciese tiempo que mantuviesen una gran intimidad. Asarhadón y yo cruzamos una rápida mirada en silencio y Kefalos siguió hablando, al parecer muy satisfecho de sus costumbres domésticas. Nos expresó sus teorías sobre comercio de tal modo que hubiese convencido a cualquiera de que era un mercader nato. Mientras hablaba bebía copiosamente y cada vez acariciaba

con mayor descaro al pequeño esclavo, que aceptaba su contacto con naturalidad, como un niño que se encontrase en el regazo materno. La situación rozaba ya la indecencia cuando apareció una mujer pequeña y regordeta, cuyo rostro vulgar y moreno denunciaba su origen frigio, y que llevaba brazaletes de oro en las muñecas y tobillos, que nos sirvió el primer plato y, al salir de la habitación, recogió al chiquillo en sus brazos con la suavidad de un barquero que transportara su carga. Kefalos la observó con sonrisa indulgente y lujuriosa.

—Son madre e hijo —comentó cuando ella hubo regresado a la cocina —. Llegaron al país hace dos años. El niño es aún pequeño, y Filina, aunque dulce como un higo, es una criatura muy primaria y apenas sabe expresarse en acadio. Comprende el griego bastante bien, pero ¿quién conoce mi idioma en esta parte del mundo? Me avergüenza confesar por qué escasa cantidad adquirí a ambos. El niño se llama Érnos. ¡Catad estas algarrobas almibaradas que no me avergonzaría servir al propio rey vuestro padre, jóvenes señores! Filina es una joya preparando estas exquisiteces.

Después de cenar, Kefalos nos condujo al jardín. Nos sentamos bajo un emparrado y bebimos el vino más fuerte que había probado en mi vida mezclado con agua en una proporción de tres por dos. No tardé en sentirme tan aturdido como si me hubiese caído del caballo y Asarhadón se embriagó de tal modo que farfullaba incoherencias.

—No podemos permitir que el príncipe regrese al cuartel en este estado —dijo finalmente Kefalos moviendo la cabeza pensativo, mientras observaba a Asarhadón, que se tambaleaba junto al emparrado—. Tengo un remedio que le devolverá a la normalidad.

Se metió en la casa y al cabo de unos momentos regresó con una redomita cuyo contenido mezcló con el vino que quedaba en la copa de mi hermano.

—Dentro de una hora estará fresco como el rocío.

Mientras aguardábamos a que la pócima surtiera efecto, Kefalos y yo permanecimos en silencio escuchando a los grillos y disfrutando de la fresca brisa nocturna. Fue una de las noches más agradables de mi vida.

Por fin Asarhadón se levantó, avanzó tambaleándose hacia un rincón del jardín y vomitó ruidosamente. Al cabo de unos momentos regresó sonriente y comunicativo pidiendo más vino.

Había oscurecido totalmente cuando Kefalos nos permitió abandonar su casa y, a modo de despedida, me entregó una bolsa llena de monedas de plata.

—Estás alcanzando la edad en que te será útil disponer de dinero, señor —dijo cogiéndome las manos y obligándome a lomar la bolsa—. La noche aún es joven y el camino de regreso al cuartel muy largo.

Cuando llegamos a la puerta de la gran mansión se arrodilló una vez más a mis pies y se abrazó a mis tobillos.

—Soy tu sirviente, señor —añadió—. Y aunque nací libre no podría aspirar a mejor amo. No olvides jamás en esta vida que mi casa, yo mismo y todo cuanto poseo te pertenecemos, príncipe.

Aunque también él había bebido más de la cuenta, comprendí que hablaba sinceramente, y cuando se levantó del suelo descubrí que tenía los ojos llenos de lágrimas. Mi esclavo era un pillo redomado, pero por la razón que fuese había decidido entregarme su amistad y no podía menos que corresponderé. Se quedó en la puerta despidiéndonos, mientras Asarhadón y yo emprendíamos la marcha hacia la puerta de Adad.

A la luz de un taller de costura —en Nínive siempre hay alguien despierto, por lo que el sastre interrumpió su trabajo para mirarnos, tal vez temiendo que nos propusiéramos causarle algún daño—, repartí el contenido de la bolsa con Asarhadón. Todo lo repartíamos: el pan, la cerveza, las obligaciones…, ¿por qué no también el dinero? Descubrimos que había más plata de la que habíamos visto en nuestras vidas.

—Me pregunto con quién se acostará —dijo Asarhadón cuando reemprendimos la marcha con más lentitud porque mi hermano había decidido que invirtiésemos adecuadamente nuestra repentina fortuna—. ¿Madre o hijo? ¿O quizá ambos? ¿Qué te parece? ¿Acaso los dos a la vez?

Sonreía comprendiendo que me había sorprendido, aunque no había ninguna razón para que así fuera. Ambos sabíamos —de ese modo algo abstracto que intuyen los jóvenes en el umbral de su virilidad— que las mujeres sirven para algo más que preparar las comidas, y todo aquel que ha vivido algún tiempo en un campamento del ejército, aunque se encuentre en el cuartel real, no puede menos que enterarse de que algunos prefieren los muchachos a las mujeres, aunque éstas sean dulces como higos. Pero aun así me sentí sorprendido. El comportamiento de Kefalos durante la cena, que más que nada me había parecido desconcertante, me resultaba

evidente en aquellos momentos. Como si acabase de comprender repentinamente la ironía, estallé en sonoras carcajadas.

—Sí —dije sin dejar de reír…; los dos estábamos riendo—. Sí, conociendo a Kefalos, diría que con ambos a la vez.

Nos pasamos los brazos por los hombros y con el dinero en el cinto fuimos en busca de aventuras, placer y todo cuanto pudiera comprarse en las calles de Nínive.

Al final únicamente encontramos una taberna a pocos centenares de pasos de los muros de palacio.

Desde entonces he visto miles de lugares semejantes porque se encuentran en todas partes del mundo, pero la primera vez que algo sucede jamás se olvida. Contaba únicamente con algunas pequeñas dependencias y sus muros de adobe jamás habían sido aseados. Había mesas y bancos por doquier de tosca y sucia madera y estaba lleno de hombres vestidos con sencillas túnicas y con las cabezas descubiertas que bebían sumidos en torva concentración. El aire olía a rancio y el ambiente estaba tan enrarecido que parecía haberse condensado. Amontonados en un rincón se veían tres hombres con sendos instrumentos musicales y ante ellos danzaba la que a primera vista me pareció la más encantadora criatura que había visto en mi vida, porque sus senos eran redondos y morenos como manzanas y su vientre, que oscilaba al ritmo de la música, parecía poseído de vida independiente. Con la excepción de mi madre, era la primera vez que veía a una mujer desnuda. Otras mujeres servían vino en las mesas y se inclinaban a veces sobre los hombres y de pronto descubrí que también iban desnudas. Una de ellas se volvió cuando Asarhadón dejaba caer la cortina que cubría la puerta de entrada y nos sonrió de un modo que parecía prometer todas las delicias del mundo.

—¡Por los sesenta grandes dioses, Tiglath hermano mío, creo que hemos encontrado lo que estábamos buscando!

Sí, realmente lo habíamos encontrado.

Nos acercamos a una mesa vacía y nos sentamos ante ella seguidos de las miradas de todos los presentes. No parecía un lugar muy frecuentado por los cadetes del cuartel real, pero no creímos que ello fuese un inconveniente para nosotros. La muchacha que nos había sonreído se acercó a nosotros con una jarra de vino y un par de tazas de barro cocido, y mientras las depositaba en nuestra mesa percibí el perfume que despedía su

cuerpo. Ignoro lo que sentía Asarhadón, pero yo estaba mortalmente asustado. Por mucho que lo deseara, antes que tocar sus morenas caderas hubiera puesto la mano en el horno del herrero. Sin embargo ella no parecía tan reacia.

—Señores —murmuró acariciando suavemente la mejilla de Asarhadón—, nos honráis con vuestra presencia.

Escanció vino en las copas y uno de sus senos, de tamaño muy respetable, acarició la manga de mi túnica. Por un momento creí que iba a ahogarme, tal fue la oleada de placer que me invadió.

—Podéis encargar todo cuanto deseéis. Vino, alimentos, una mujer que os ayude a beberlo… o a olvidar vuestros problemas. Sólo tenéis que hablar.

No podíamos pronunciar palabra. Se nos había pegado la lengua al paladar y no nos atrevíamos a proferir una sílaba. Advertí que Asarhadón había enrojecido como el fuego.

—¿Acaso más tarde? —Paseó su mirada de uno al otro, pero ambos nos sentíamos igualmente indefensos—. Después volveré. Pero, si deseáis algo, no tenéis más que levantar un dedo.

Y cogió mi dedo meñique con el suyo que se llevó a la boca simulando morderlo con sus blancos dientes.

«He desaprovechado mi existencia —pensé—. Hasta este momento no he aprendido nada, no he hecho nada que tuviese importancia.» Bajo mi túnica mi miembro estaba tan rígido como la estaca de una tienda.

La mujer se alejó. Me llevé la copa a los labios y su amargo sabor me devolvió bruscamente a la realidad.

La bailarina había iniciado de nuevo su danza y, mientras undulaba su cuerpo siguiendo el ritmo de la flauta y el repiqueteo del tambor, no apartaba sus ojos de nosotros. La muir i inclinaba los hombros, ladeaba los senos y movía rítmicamente las caderas adelantando y encogiendo la maraña de vello que tenía entre las piernas.

—¡Por los sesenta grandes dioses! —exclamó Asarhadón jadeante y con voz tan tenue como un suspiro—. ¡Lo que daría por pasar aunque sólo fuese medio cuarto de hora con ella!

Al parecer no todos eran tan remilgados como mi hermano, porque en cuanto la mujer concluyó su danza un hombre vestido a la usanza de los amorritas se acercó a ella, le dio un sorbo de vino de su copa y entabló

seguidamente una animada conversación cuya finalidad nos pareció muy evidente. Por último introdujo la mano en su bolsillo y extrajo algunas monedas de cobre que le entregó. Ella se recostó contra la pared y apoyó un pie sobre un escabel, sin duda preparado para tal fin, y el amorreo se levantó la parte delantera de la túnica y fundió su cuerpo con el de ella.

En muchas ocasiones he presenciado escenas parecidas porque los hombres que viven a orillas de los dos grandes ríos no se avergüenzan de satisfacer sus necesidades públicamente. En todas las grandes ciudades del este, paseando por las calles a plena luz del día, pueden verse a los hombres acosando encelados a las mujeres con tanta naturalidad como los griegos y los egipcios podrían vaciar sus vejigas contra los muros de un templo. Tal vez debido a mi condición de semiextranjero siempre he vuelto la cabeza con una sensación incómoda, como si accidentalmente estuviese presenciando un espectáculo profano. Es un prejuicio que jamás he podido superar.

Pero debo confesar que en aquella ocasión estuve observando al amonita y a la bailarina con cierta sensación de temor. No hubiese podido apartar mis ojos de ellos aunque hubiese querido y, en realidad, no lo deseaba. Tras la pantalla verde y blanca formada por la túnica del hombre sólo distinguía una pierna de la mujer, aquella que apoyaba en el escabel, pero no requería gran esfuerzo imaginativo comprender lo que allí estaba sucediendo. La túnica del hombre, única cortina que permitía su pudor, temblaba y se agitaba como la vela de un barco pesquero entre una tempestad. Cuando hubieron concluido —porque todo aquel acto sólo se prolongó durante uno o dos minutos— el hombre se estremeció y por fin quedó inmóvil y se apartó de ella como si le hubiese exprimido. Sin embargo, la mujer se alejó de su lado imperturbable, como si nada hubiese sucedido. Regresó junto a los músicos, se sentó y bebió una copa de agua sin alterarse lo más mínimo.

—Tengo una habitación arriba… ¿Lo preferís así, señores?

La muchacha que servía las mesas había regresado y se inclinaba sobre nosotros susurrando aquellas palabras, más cerca de Asarhadón que de mí, aunque resultaba difícil imaginar a cuál de ambos se dirigía.

—Sí, me gustaría —repuso Asarhadón en un hilo de voz tan tenue que apenas distinguí sus palabras.

Ella volvió hacia mí su mirada, pero me limité a bajar los ojos y negar con la cabeza. Cualquier deseo que pudiese haber sentido se había

esfumado. La joven pasó su brazo por los hombros de Asarhadón dirigiéndome una seca sonrisa.

—Entonces ven, señor, y comparte un rato mi lecho. Podrás comprobar que advertimos la diferencia que existe entre un mugriento mercader y un cadete del cuartel real. Vamos, señor…

Asarhadón me miró y comprendí que se sentía tan asustado como yo, pero se levantó y marchó con ella. Me quedé solo considerando mi fracaso en silencio.

La mujer le entretuvo poco rato. Un cuarto de hora después había regresado a mi lado y nos encontrábamos de nuevo en la calle. Ya nos habíamos divertido bastante y era hora de que regresásemos a palacio y nos acostásemos en nuestros sencillos jergones.

—¡Cuéntame…! ¿Lo conseguiste?

Creía que por lo menos tenía derecho a satisfacer aquella curiosidad.

—No estoy seguro…, me parece que sí —repuso Asarhadón moviendo perplejo la cabeza—. Ella se tendió, me dijo que podía hacer lo que quisiera y me preguntó si prefería que estuviese boca arriba o abajo. Por fin se aferró a mí…, ya sabes lo que quiero decir…, y todo acabó en unos momentos. No logré enterarme si estuve dentro de ella o no.

—¿Qué se siente?

—Es difícil expresarlo con palabras. De todos modos por dos piezas de plata creo que he hecho un mal negocio.

Echó atrás la cabeza y prorrumpió en sonoras carcajadas. Nos pasamos los brazos por los hombros y entramos en el cuartel.

En cuanto llegamos al recinto advertimos que algo había sucedido. Había muchas luces encendidas y se percibía murmullo de voces por doquier. Apenas nos habíamos descalzado las sandalias cuando Tabshar Sin apareció en la puerta de nuestra habitación proyectando su sombra en el interior.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó algo irritado.

—Fuimos a cenar a casa del jonio: Tiglath te había pedido permiso, ¿recuerdas?

Tabshar Sin nos miraba desde la oscuridad, como si no pudiese comprender el significado de mis palabras.

—Preparaos para pasar revista dentro de cinco minutos —repuso—. Esta noche no dormirá nadie. Estaremos de guardia hasta que recibamos

órdenes de palacio en sentido contrario.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? —preguntamos.

—¿Acaso no os habéis enterado?

Tabshar Sin se volvió hacia nosotros desde la puerta sinceramente asombrado.

—No… ¿De qué se trata?

—Llegó un mensajero hace una hora: un importante ejército elamita ha cruzado el Tigris y ha tomado Babilonia, al parecer sin recibir gran resistencia, y el *marsarru* Assurnadinshum ha sido hecho prisionero. Ignoramos si está vivo o muerto…

—¡Entonces es la guerra! —exclamé.

Era una conclusión a un tiempo obvia y de sorprendente importancia. Los elamitas habían entrado en la ciudad y capturado al príncipe heredero. Tal vez en aquellos momentos Assurnadinshum ya había muerto: no le envidiaba en absoluto el destino que hubiera seguido.

El país de Assur iría a la guerra y no por un día, un mes ni siquiera un año. Habría muchas campañas porque era un hecho de suma gravedad que hubieran capturado al hijo del rey instalado en el trono de Babilonia y los elamitas no se comportarían como ancianas indefensas. Si los enfrentamientos se prolongaban incluso Asarhadón y yo podríamos entrar en combate. Bruscamente comprendí que acaso aquella noche estuviera viviendo los últimos momentos de mi infancia.

—Sí, príncipe. Es la guerra.

OceanofPDF.com

IV

Durante algunos meses, por lo menos, Nergalushezib había asentado sus posaderas en el trono de Babilonia. A la sazón, su reino se reducía a una jaula de hierro que pendía de una cadena en la Gran Puerta de Nínive. Desnudo y mugriento, habiendo fijado en su cabeza con clavos de cobre la corona que usurpara a Assurnadinshum, vagaba a gatas de uno a otro lado de aquel angosto recinto mientras los ciudadanos le arrojaban pellas de barro, excrementos y maldiciones. Cuando le vi al tercer día de hallarse expuesto a la vergüenza pública, hambriento y sometido al implacable sol, la angustia que sentía y acaso los clavos de cobre que le atravesaban el cráneo introduciéndose hasta su cerebro le habían privado de la razón. Aullaba como un animal con los labios agrietados y ensangrentados rogando que le quitasen la vida. Sin duda los dioses deseaban escarnecerle porque le permitieron vivir hasta el sexto día.

De este modo el señor Sennaquerib, siervo de Assur, tomaba cumplida venganza del asesinato de su primogénito.

Aquel mismo día y todos los días que Nergalushezib vivió fueron como una época de festejos en la ciudad. Adivinos, prostitutas y vendedores de cerveza, frutas, pasteles de miel y carne asada realizaban su comercio ante sus propios ojos. Todos los deleites de la vida que ya no se encontraban a su alcance, todos aparecían ante sus ojos, en ocasiones a pocos centímetros de distancia, mientras su existencia se consumía entre los enlodados barrotes de su jaula metálica y él se desgañifaba suplicando piedad a hombres y dioses. Los habitantes de Nínive se reían de él y le insultaban. En su mayoría se trataba de extranjeros no implicados en aquella cuestión, que acudían simplemente como espectadores y porque la guerra propiciaba el comercio.

Y, al parecer, la guerra no iba a concluir, sino que proseguiría indefinidamente porque Nergalushezib no había sido hecho prisionero en

ninguna batalla decisiva, sino que había sido vendido por un traidor a quien Sennaquerib premió dándole el peso del cautivo en plata. Los elamitas y sus aliados caldeos siempre podrían encontrar un nuevo hombre de paja a quien sentar en el trono de Babilonia, y fue en Susa, en las mazmorras del monarca elamita Hallutush—Inshushinak, donde Assurnadinshum encontró la muerte estrangulado por la cuerda de un arco. A continuación pereció aquel monarca asesinado por su propio pueblo tras la victoria alcanzada por Sennaquerib en Nippur. Pero, a la sazón, reinaba su hijo y era bien sabido que Kudur—Nahhunte era tan ponzoñoso y retorcido como una serpiente.

Casi dos años habían transcurrido desde la noche en que se produjo tal conmoción en el cuartel real. En mi mentón comenzaba a despuntar el inicio de una barba y comprobaba con grandes apuros que el vello me crecía liso en lugar de rizado, poniendo una vez más de manifiesto mi origen extranjero. Era casi un hombre y mi instrucción militar, sumamente acelerada desde que estalló la guerra, había concluido prácticamente. Todas estas consideraciones ocupaban mi mente mientras me confundía entre la multitud que se había congregado en las afueras de la ciudad para presenciar la agonía del usurpador.

La visión de aquel ser desnudo, enloquecido y con los ojos desorbitados trastornaba mi espíritu sin que pudiera adivinar la razón. Nergalushezib se había confabulado con los elamitas para arruinar al *marsarm* y quitarle ignominiosamente la vida. Había insultado la majestad de Assur y, por tanto, era natural y conveniente que encontrase un fin humillante. Y sin embargo aquel espectáculo no me complacía. Estuve presenciándolo durante un rato porque Tabshar Sin había dicho que era edificante que los soldados fuésemos testigos de las demostraciones públicas de la cólera real, explicándonos cuan gratificante es presenciar los sufrimientos de los propios enemigos, pero yo no disfrutaba como había esperado y me avergonzaba de semejante debilidad.

Los muros de Nínive alcanzaban tanta altura que más bien parecían obra de la Gran Madre Tierra o de los dioses menores que realizados por artificio humano. Las murallas cercaban la ciudad y aislaban de sus ruidos de modo que uno llegaba a imaginar que jamás habían existido. Más allá se extendían interminables los campos de cebada y el caudaloso Tigris, rey de ríos. A veces, por las noches, si algún solitario atravesaba las puertas de la ciudad para solazar su espíritu, el único sonido que percibía era el murmullo de las aguas.

Pero en aquellos no existía soledad alguna. El estrépito de miles de voces hacía enmudecer la rápida corriente. Los confusos y ondulantes movimientos de diez mil cuerpos ocultaban el horizonte de mi vista y así seguiría siendo hasta que los gritos del usurpador dejasen de entretener a las multitudes de Nínive.

A la hora sexta de la mañana, en el sol casi había alcanzado su posición en el cielo, me encontraba junto a la jaula de Nergalushezib vistiendo el uniforme de *quradu*, miembro de la guardia personal del rey, sosteniendo la jabalina que me acompañaba a todas partes. En un instante hubiese podido empuñar el arma y asestarle un mortal impacto, pues únicamente nos separaban unos veinte pasos. Hubiera sido fácil partirle el corazón como si fuese una bota de vino expuesta al sol y la multitud ya no hubiera tenido de quién reírse. Sentía intensos deseos de hacerlo: no creía ser castigado por tal acto, puesto que hasta cierto punto disfrutaba del favor real y a nadie se le hubiera ocurrido sancionar mi conducta, pero sobre todas las cosas un *quradu* debe mantenerse fiel a voluntad real y el monarca deseaba expresamente que Nergalushezib apurase hasta el límite sus sufrimientos. De modo que contuve mi mano.

—¡Tiglath!, ¿eres tú realmente?

Sentí un golpecito en el hombro y, al volverme, descubrí una mujer a mi lado. El borde de su chal estaba orlado con moneditas de oro y plata y su roja túnica de viuda había sido recamada con hilos argentados. Era una gran dama, y tras ella, cuando tuve suficiente presencia de ánimo para observarlo, descubrí que se encontraban otras tres mujeres asimismo ricamente ataviadas y un eunuco de elevada estatura portador del bastón de la casa real.

Pero aquella gran dama era poco más alta que una niña, ni siquiera parecía haber alcanzado la madurez necesaria para conocer un marido y mucho menos para haberlo perdido, y sus ojos, negros y luminosos, revelaban claramente que aún estaba aguardando a aquel que aceleraría los latidos de su corazón.

Observé fijamente sus ojos y me parecieron tan familiares como el reflejo de mi propia imagen, pero no lograba recordar su nombre. Por fin, mirando furtivamente en torno para asegurarse de que nadie advertía su audacia, desprendió un extremo del velo permitiéndome verle el rostro, siéndome así revelada la realidad que mi corazón había presentido: se trataba de Asharhamat.

—¿No me conoces, Tiglath? —preguntó con la voz estremecida por el asomo de un sollozo.

Mas no tenía que temer que hubiese podido olvidarla, aunque durante los años transcurridos desde que abandoné el gineceo había intentado con todas mis fuerzas borrar su imagen de mi recuerdo.

«Cuando te alejes de este jardín, dejarás de amarme», había dicho ella. Pero me fui llevándome conmigo mi amor que jamás me abandonó. Y ojalá así hubiera sido para bien de ambos.

—Sí, te conozco, eres Asharhamat —repuse con un ronco susurro—. Te hubiese reconocido a ciegas, aunque me hubiesen arrancado los ojos.

—Pero, según parece, no te has dado cuenta hasta que me he quitado el velo.

Sonrió recobrada la confianza en sí misma y volvió a cubrirse el rostro. Durante largo rato enmudecimos vencidos por la timidez.

Seguía siendo la Asharhamat que yo había conocido, pero ya había superado la infancia. En su lugar aparecía la mujer que no tardaría en manifestarse. Siempre había sido hermosa, de cutis maravillosamente blanco, casi transparente, y sus rasgos tenían una delicadeza prácticamente inexistente entre la gente que vivía a orillas del río. Pero entonces era al propio tiempo una criatura hechicera. Sus ojos, de mirada tan profunda que temía perderme en ellos, me tenían prendido con una magia irresistible y me veía obligado a contemplarla, indefenso. Aunque su rostro me resultaba familiar, sentía como si fuese la primera vez que la veía.

De pronto aquel espíritu atormentado, cuya desventura todos acudían a celebrar, profirió un penetrante chillido entre los barrotes de su jaula y la multitud volvió a reírse y se agitó a su alrededor rompiendo el hechizo. Nos giramos a verlo y el corazón me dio un vuelco en el pecho cuando oí sus incoherentes súplicas y observé que nos señalaba con el brazo.

Pero, en realidad, señalaba a Asharhamat.

—Parece reconocerte —dije—. Me pregunto por qué será.

—Estuve aquí ayer y anteayer —repuso la joven bajando la cabeza como si revelase alguna inconfesable debilidad—. Es deseo del rey, puesto que Assurnadinshum era mi esposo. Debo venir cada día hasta… Tal vez lo sepa y me increpe por ello.

Sí, desde luego. Había oído hablar de su matrimonio con el *marsarru* celebrado hacía unos meses, antes de que los elamitas atravesaran el país

hasta llegar a Babilonia. Al parecer habían considerado que aún era demasiado joven para asumir los deberes conyugales y su marido la había dejado en Nínive cuando partió para reinar nuevamente sobre aquellas gentes renegridas. De no ser así, seguramente habría seguido su mismo destino, viéndose sometida a al cautiverio y a la muerte.

Pero Nergalushezib sin duda desconocía la identidad de aquella jovencita enlutada. Hubiera sido inútil especular sobre lo que habría atraído su atención en ella, lo que podía discurrir aquella mente retorcida y atormentada. Di media vuelta y así a Asharhamat del brazo, volviéndola hacia mi.

—No puede reprocharte nada —le dije— Sus sufrimientos le son inferidos por voluntad del rey, que se venga en el reconociendo a uno de los asesinos de su hijo. Este desventurado ya no puede acusar a nadie.

—Gracias, Tiglath—murmuró acariciándome levemente la mano—. ¿Has sentido alguna vez esa… vergüenza? ¿La vergüenza de no haber obrado mal y, sin embargo…?

—Sí, pero no podemos hacer nada para evitar nuestros sentimientos.

—No, no podemos hacer nada.

Se volvió como si se dispusiera a marcharse. Creí que no lograba recobrarme de la sorpresa recibida.

—¿Entonces volverás mañana? —pregunte.

La presencia de extraños me impedía revelarle los secretos de mi corazón. Sólo confiaba que ella aun me siguiera amando y comprendiese todo cuanto silenciaba.

¿Sería así? ¿Acaso lo que leía en su rostro no era más que el reflejo de mi propia súplica o la luz que aparecía cambiante en sus negros ojos significaba que también ella confiaba que habiendo vuelto a encontrarnos dejaríamos de estar separados para siempre?

—Sí, mañana.

—¿A la misma hora?

—Sí.

De nuevo me rozó con su mano. Por un Instante casi nos tocamos, pero quizá ya estábamos demasiado separados porque ella encogió el brazo ocultándolo bajo su chal de viuda como si su propia existencia fuese un secreto culpable y se volvió una vez más.

—Hasta mañana —dije.

Asharhamat no dio muestras de haberme oído. Al cabo de un instante desapareció entre la multitud.

Me quedé sin saber qué hacer. Era como si una parte de mi alma largo tiempo extinguida hubiese vuelto a la vida. Todo el amor que había mantenido oculto en mi corazón volvía a inundarme como una marea y temí que llegase a anegarme. Entre los griegos muchos cantan las mieles del amor, su enloquecedora alegría, pero sólo son canciones, porque aquellos que realmente aman, para quienes el amor aparece tempranamente en su vida y persiste en el transcurso de los años como un fantasma que no puede ser expulsado, es una agonía que destroza las entrañas. El amor es un afilado cuchillo en manos de un chiquillo, que penetra hasta el hueso y deja una herida que el tiempo jamás borra.

Asharhamat era doncella, con el tiempo llegué a comprobar su virginidad, pero también era viuda. Su esposo había vuelto a la tierra y, por consiguiente, era libre ante la ley. Me constaba que en cuanto concluyese su período de luto el rey la entregaría a Arad Ninlil, el segundo hijo que le había dado la señora Tashmetumsharrat y nuevo *marsarru*, pero no me importaba. En su calidad de viuda disfrutaba de propio alojamiento: ya no estaba encerrada en el gineceo y podía entrar y salir libremente. Era una persona asequible.

No me preocupaba Arad Ninlil, de todos conocido como un ser escuálido, brutal, cruel y semiidiotizado, aunque la perspectiva de que se convirtiera en esposo de Asharhamat era bastante repulsiva. No era un individuo que pudiese ilusionar a una doncella como compañero de lecho, pero era un mal futuro y el futuro para mí se circunscribía al algo lejano. Sólo existía ese momento. Una terrible ansiedad parecía invadirme, sin dejar cabida a otros sentimientos, como si mi pellejo fuese un simple recipiente para contenerla. Comprendía que estaba a punto de arruinar mi vida como la corteza de un melón vacío, pero no me importaba.

De pronto anhelé con todas mis fuerzas quedarme solo. Aquella multitud de seres extraños me angustiaba y ansiaba respirar aire fresco y poder sumergirme en mis propios pensamientos. Decidí seguir la muralla en dirección al río porque deseaba sentirme invadido del sonido de las aguas y liberarme de mi tormento.

A mi paso hundía levemente en el suelo la punta de la jabalina, mi arma favorita que nunca abandonaba. Con ella lograba alcanzar un objetivo del tamaño de la palma de la mano a setenta pasos y en los combates

cuerpo a cuerpo un luchador experimentado podía vaciarle las tripas a su contrincante con el solo impacto de su punta de cobre, bronce, pero hasta entonces yo únicamente la había utilizado para cazar. Cuando entrase en combate sería arrojado, temible y gustosamente daría mi vida por el rey, mas todo aquello eran sensaciones abstractas. Por el momento maquinaba cómo arrebatarle a su futura esposa.

Amaba a Asharhamat. Y aquélla no era una noción abstracta. La timidez que me había dominado la noche en que fuimos a cenar a casa de Kefalos se había perdido en el pasado porque no era en absoluto difícil convertirse en hombre en la ciudad de Nínive. En cuanto me cambió la voz acudí al templo de Ishtar, eché una moneda de plata en el regazo de una prostituta sagrada y los hechos se consumaron.

Todas las mujeres deben cumplir este deber con la diosa una vez en su vida. Aguardan en la puerta del templo hasta que llega un hombre que les entrega una moneda de plata que en ese momento se vuelve sagrada y conserva para siempre. De este modo consigue el favor de la diosa para que su matrimonio sea fecundo. Cuando se trata de una mujer bonita no tarda más de una noche en conseguirlo, pero algunas deben aguardar meses, incluso años. Y las hay que deciden quedarse allí para siempre y dedicarse al servicio divino. Éstas se vuelven sumamente expertas en todos los aspectos del amor carnal y son muy respetadas doquiera que van.

Por mi parte me había limitado a ellas, aunque su precio era superior, y rutinariamente y para paliar mi soledad, como todos los jóvenes del cuartel real, las visitaba una vez por semana. En mi trato con ellas no intervenían los sentimientos, pero mis visitas al templo me permitían alcanzar estabilidad emocional.

Mas todo aquello había concluido. Amaba a Asharhamat. Aunque no tuviera ocasión de tocarla en toda mi vida, jamás encontraría la paz en brazos de otra mujer. En un instante, sonriéndome con igual inocencia que en su infancia, había conseguido que todo aquello concluyese para mí. Y no lo lamentaba.

Existe un lugar en que las murallas de la ciudad se desvían lateralmente, como si quisieran evitar que se mojasen sus lienzos. El río discurre junto a ellas y Nínive parece surgir de sus orillas. Cuando llega la estación de las crecidas, las aguas casi tocan el muro, pero aquel tiempo ya había pasado. Me senté en un cantil con las piernas colgando hasta casi rozar la superficie de las aguas e hice oscilar la jabalina entre mis piernas.

Me bastaba con recordar el momento en que Asharhamat había retirado el velo mostrándome su rostro para sentirme presa de abatimiento y, al propio tiempo, de una profunda alegría jamás conocida. No podía comprender mis sentimientos: me había convertido en un extraño para mí mismo.

No me cabía la menor duda de que era un ser condenado. Pese a disfrutar del favor real, sabía que el monarca jamás consentiría que atentase contra la seguridad de su dinastía, de modo que cuando supiera que yo había fijado mis ojos en aquella que debía ser madre de los futuros reyes, me desollaría y clavaría mi piel en las puertas de la ciudad, lo que me parecía muy justo y no osaba cuestionar. Consideraba superior a mis fuerzas tratar de evitar el amor que sentía hacia Asharhamat, y por tanto podía darme por muerto. Acaso no aquel mismo año ni al siguiente, pero a no tardar. Había encontrado mi *simtu*, mi sino, el final que los dioses me habían deparado. ¿Acaso podía ser de otro modo? ¿A qué podía conducir si no aquel amor que se había iniciado teniendo como telón de fondo una ejecución pública? Y, sin embargo, no conseguía llegar a preocuparme.

Pero lo que sí me atormentaba era arrastrar a Asharhamat en mi desgracia. Puesto que la amaba más que a mi vida, ¿cómo desearle otra cosa que no fuese felicidad y seguridad? ¿Mas acaso sería ella dichosa lejos de mí? Me parecía un enigma que jamás lograría desentrañar. Casi llegué a desear que el cuchillo del sacerdote hubiese cumplido su cometido y que en aquellos momentos yo fuese un ser castrado dependiente de la Casa de las Tablillas, carente de toda sensibilidad y qué Asharhamat estuviera a salvo. Y, al mismo tiempo, me sentía intensamente feliz. La había visto de nuevo… y volvería a verla al día siguiente. ¿Acaso aquello no valía la pena?

No me es posible aventurar cuánto tiempo permanecí sumido en tales cavilaciones. De pronto levanté la mirada y descubrí que mi sombra se proyectaba en el suelo y comprendí que estaba a punto de anochecer. Si no regresaba antes de una hora al cuartel, Tabshar Sin me obligaría a pasarme la siguiente jornada limpiando los establos, y entonces Asharhamat creería que la había abandonado. Me puse en pie de un salto como si las aguas hubiesen comenzado a hervir.

—¿Te he asustado, príncipe?

Le vi y oí sus palabras al mismo tiempo. Se encontraba a siete u ocho pasos de distancia, al borde del cantil, y apoyaba la mano derecha en su cayado de peregrino. Se trataba de un anciano. Su barba y sus cabellos eran

más blancos que el ala de las palomas y el sol había curtido su rostro como si fuese cuero. Llevaba la cabeza descubierta y vestía la amarilla túnica de los sacerdotes, aunque nunca había visto a ninguno tan harapiento. Parecía como si llevase aquellas ropas desde su nacimiento y que hubiesen envejecido con él.

Por añadidura, todos los sacerdotes que había visto en mi vida eran lampiños y estaban obesos por su desmedida afición a regalarse, y aquel hombre estaba tan flaco como un cadáver desenterrado de las arenas calientes. Bajo su tenue túnica se le señalaba claramente la clavícula y las arrugas de su frente eran tan pronunciadas que sus ojos parecían profundamente hundidos en el rostro.

Aunque tenía la impresión de estar mirando en otra dirección, el hombre me sonrió y entonces comprendí que era ciego.

—No, no me has asustado —repuse.

El anciano movió levemente la mano que apoyaba en su cayado… Un ademán casi insignificante, pero harto elocuente que sugería su convencimiento de que estaba mintiendo.

—Simplemente he recordado que tengo que marcharme en seguida. Se me ha hecho tarde.

—¿Es cierto eso? —repuso volviendo sus ojos muertos hacia el cielo como si por lo menos deseara sentir el calor del día que llegaba a su fin—. Para ti no es así: tu jornada apenas ha comenzado.

Permanecimos en el cantil uno frente al otro. Alrededor de nosotros comenzó a levantarse una brisa procedente de las distantes montañas y me invadió una sensación fantástica e irreal. El sol de poniente proyectaba una aura a espaldas del hombre, como el *melammu* que los griegos llaman «nimbo» y que, según dice, revela la presencia de un dios.

—¿Me conoces? —murmuré no muy deseoso de oír su respuesta.

—Sí, eres Tiglath Assur, ¿no es cierto? Y en la palma de tu mano derecha está grabada una estrella roja como la sangre.

—¡Pero si eres ciego!… ¿Cómo es posible…?

—¿Lo soy realmente? —Agitó la cabeza con aire conmiserativo y sonrió—. ¿No serás tú el ciego? ¿Aquel a quien la visión de este mundo deslumbra de tal modo que no acierta a distinguir lo que el dios desea mostrarle? No, no debes asustarte. Sólo soy un hombre y no de aquellos sobre los que los dioses proyectan su divina luz. ¿Se turba tu espíritu? No

temas. Todo se desenvolverá según se ha proyectado. Los acontecimientos ya han sido previstos y no será tuyo el pecado.

—¿Hablas de pecado? —le pregunté porque ya había comprendido que me hallaba en presencia de un *maxxu*, un santo varón, por cuya boca se expresaba la voz divina.

—Sí.

Me acerqué a él silenciosamente como si acechase a un venado entre las altas hierbas. El hombre comprendió que me aproximaba, pero permaneció inmóvil. Seguía fijando en mí sus ojos sin vida y hubiera llegado a pensar que podía verme si sus pupilas no estuviesen veladas como el río en un frío amanecer. Aunque era ciego y un desconocido, mi vida no parecía tener secretos para él.

—Vengo del monte Epih, ¿lo conoces?

Me detuve e hice una señal de asentimiento.

—Está consagrado a Assur. Son pocos los que han estado en él.

—Sí, pocos son realmente. Pero tú irás un día. Hasta que llegue ese momento debes seguir los dictados de tu corazón porque el dios Assur ha confiado tus pasos a un *sedu*. Todo está previsto siguiendo los designios divinos. No será tuyo el pecado.

—¿Pecado, anciano? —Tendí la mano, aunque sin el deseo ni la voluntad de tocarle—. ¿Qué pecado? ¡Explícate!

—¿Deseas sinceramente saberlo, príncipe? —repuso mirándome de nuevo, como compadeciéndose de mi ignorancia. Levantó el brazo señalando hacia los muros de la ciudad—. Contempla Nínive, Tiglath Assur. Sus calles se convertirán en coto de caza de raposas y las lechuzas anidarán en el palacio del gran rey. No creas que te aguarda ahí la felicidad y la gloria, príncipe, porque es otro el destino que te está reservado. Aquí, en la ciudad, todo te será aciago: amor, poder y amistad serán dulces al principio, mas amargos a la postre. El *sedu* protege tus pasos. Sigue los dictados de tu corazón.

—¿Mi *sedu*? ¿Qué quieres decir?

—Llevas su marca, Tiglath Assur. Volveremos a encontrarnos.

Y sin otras palabras se volvió como si olvidase mi existencia y marchó alejándose de mí y de aquella ciudad que había maldecido proféticamente. Mi mente estaba llena de interrogantes que no acerté a formular. Y me quedé observando impotente su figura que se reducía en la distancia.

—Entonces tu *simtu* no consistirá en ver tu pellejo clavado en las puertas de la ciudad. ¡Por los sesenta grandes dioses! Imagino que te sentirás aliviado, hermano.

Asarhadón estaba sentado en el jergón y apoyaba la cabeza en la palma de su mano. Le habían impresionado profundamente todas mis explicaciones sobre mis dos encuentros en las afueras de la ciudad, porque mi hermano tenía ciega confianza en toda clase de presagios.

—Y si el dios te ha concedido un *sedu*, tu vida estará colmada de gloria.

—Me ha dicho que no será así…

Exceptuando la profecía sobre la ruina de Nínive, que hubiera sido traición repetir, se lo había contado todo a mi hermano. Todo menos aquello.

—¡Pero un *sedu*, Tiglath…!

—Tal vez fuera simplemente un viejo loco.

—Mas, aunque ciego, dices que te conocía y estaba enterado de la existencia de tu estigma de nacimiento.

—Quizá alguien le habló de mí e incluso de la marca…, nunca la he ocultado.

Me encogí de hombros arrepentido de haberle contado todo aquello que cada vez me parecía más fantástico.

Pero Asarhadón no renunciaba fácilmente. Ciegos y santos varones que se desplazan desde montañas sagradas, espíritus guardianes, estigmas de nacimiento que predicen el destino de un hombre…, todo aquello era excesivo para él. Estaba totalmente convencido de que mi visitante había sido un *maxxu* enviado por los dioses.

—¡Un *sedu*…! ¡Si me sucediese a mí algo semejante…!

Quizá de nuevo mi sangre mestiza me hacía dudar porque los griegos no fían tanto en el favor de sus dioses que, en cualquier caso, se muestran muy indolentes y favorecen principalmente a aquellos que menos los necesitan. En el lenguaje de mi madre no existía ninguna palabra con igual significado que *sedu*, porque en los países occidentales cuando se ha cumplido el ritual de lanzar tres puñados de tierra sobre la tumba de los difuntos éstos no regresan al mundo de los vivos. Los dioses, de cuya

visión han sido alejados, ya no tienen comercio con ellos y, por tanto, no los envían para proteger y guiar a los vivos. Y, de todos modos, entre los grandes hombres —y el dios siempre escoge el *sedu* entre las almas de los héroes caídos—, ¿quién regresaría a la tierra para proteger a alguien como yo?

Como es natural, Asarhadón tenía respuesta para todo.

—Se trata de la estrella de sangre —repuso gravemente—. Naciste en el mismo instante en que él era enviado a Arallu. ¿Quién puede ser sino el propio rey? El Gran Sargón es tu *sedu*.

Esta eventualidad aterró a mi hermano. Durante largo rato, hasta que concibamos el sueño, me trató con profundo respeto. Por fortuna, cuando salió el sol lo había olvidado todo.

Por la mañana volví a la Gran Puerta de Adad. La multitud era mucho menos numerosa… Nergalushezib se recostaba silencioso e indiferente en los barrotes de su jaula: sin duda le quedaba poco tiempo de vida y, por consiguiente, constituía un espectáculo mucho menos divertido. Apenas había amanecido cuando llegué y la impaciencia me consumía como las hormigas la carroña de un puerco.

«No vendrá —pensé—. No me ama. Comprenderá que no es prudente y no vendrá. Será mejor así.»

Sin embargo yo no era tan altruista como para no resentirme de las amarguras de la vida. A la gris claridad del amanecer Nergalushezib y yo cruzamos nuestras miradas y era tan joven y tan necio que casi le envidié.

Y entonces llegó ella: sus piececitos aplastaron levemente la hierba aún húmeda y se disiparon las tinieblas de mi mente.

Aquella mañana sólo pudimos cruzar algunas palabras. Estábamos rodeados de gente y Asharhamat iba acompañada de sus servidores. Pero en su calidad de viuda del *marsarru* disponía de sus propios aposentos en el nuevo palacio real. Se hallaba bajo la protección de su suegra, la señora Tashmetumsharrat, que en su calidad de primera dama de palacio no estaba encerrada a cal y canto en el gineceo, aunque aquel espíritu torturado, una anciana ya olvidada por el rey y que había perdido a su primogénito, se había reducido voluntariamente a un confinamiento radical.

No era ninguna inconveniencia que visitase a mi amiga de la infancia en sus aposentos, en los que nunca nos encontrábamos solos. Allí podíamos considerarnos bastante a salvo siempre que no llegásemos más lejos y nos

sentíamos dichosos. Ante la mirada triste y distraída de la señora Tashmetumsharrat nos sentábamos junto a la fuente del jardín, que nos recordaba el surtidor de nuestra infancia, y charlábamos y jugábamos con sus gatitos. Asharhamat era muy aficionada a poseer gatos bien cebados de pelaje largo y blanco y afiladas uñas, y a veces le llevaba alguna chuchería que adquiría para ella en los bazares.

—¿Qué es esto? —preguntaba, sonrientes los negros ojos, exponiéndolo a la luz del sol.

—Un broche para sujetarte el velo… Fíjate qué hábilmente se disimula la aguja. Procede de Tiro.

Ella se reía y palmoteaba mientras que yo intentaba abrirlo torpemente.

Cuando nos reuníamos en la intimidad de su jardín no llevaba velo, lo que me parecía una muestra de confianza.

—Pero ¿qué representan esas figuras? ¿Son realmente gatos?

—Sí, ¿ves? Éste es exactamente igual que Lamashtu.

—¡Oh, Tiglath…, no debes llamarla así!

—¿Por qué no? ¿Acaso no es el más temible de tus diablos? ¿No recuerdas el arañazo que me hizo la última vez que intenté cogerla de tu regazo?…

Jamás hablábamos de amor: me bastaba con verla de vez en cuando. Entonces creía —aún lo sigo creyendo— que no deseaba otra cosa. No experimentaba ningún tipo de apremio y había dejado de acudir al templo de Ishtar.

Y mientras Asharhamat y yo vivíamos nuestro inocente amor, el país de Assur se encontraba en guerra. Me sentía extrañamente dividido, o quizá no tan extrañamente, puesto que la guerra estimula el corazón de los hombres. Asharhamat era el hálito vital que respiraba, pero tan sólo ansiaba que llegase el momento de entrar en combate con los elamitas. Habían intensificado sumamente los entrenamientos y comprendía que cuando el próximo ejército marchase hacia el sur, yo lo acompañaría. Deseaba fervientemente entregarme a Asharhamat y ansiaba con no menos fervor alcanzar la gloria. El día en que recibí la orden decisiva fue uno de lo más dichosos de mi vida.

—¿Y yo? —se lamentó Asarhadón—. ¡Yo, superior a ti en todos los aspectos…, Asarhadón el poderoso, el valiente, será enviado a una

guarnición del oeste!

—Han comprendido quién es el auténtico guerrero, hermano —dije, esquivando hábilmente la sandalia dirigida contra mi cabeza—. Te desacreditarías en seguida mojándote el taparrabo ante el primer elamita que apareciese a tu vista.

Aquello fue demasiado. Arremetió contra mí desde el extremo opuesto de la habitación embistiéndome como si fuese un toro. Cuando por fin consiguió inmovilizarme en el suelo, debajo de su cuerpo y nuestras risas fueron demasiado estrepitosas para permitirnos seguir luchando, se sintió más aplacado y juntos fuimos a la ciudad a celebrar mi gloria ante unas jarras de cerveza.

—Veo en todo esto la intervención de mi madre —dijo. Y aunque yo había bebido mucho comprendí que debía estar en lo cierto—. Es una auténtica bruja, que urde constantemente sus argucias como una araña. Si muero de gota a los cien años, se lo deberé a ella, a esa gata babilonia. ¡Por los sesenta grandes dioses! ¿Por qué me atormentará de este modo?

—Porque espera que llegues a ser un gran hombre y gobernar por tu mediación el país de Assur —repuse.

También yo estaba ebrio y en aquel momento me pareció una broma inocente.

Asarhadón asintió como si aquello ya se le hubiera ocurrido a él mismo y lo hubiese olvidado momentáneamente.

—No lo dudo en absoluto: es astuta como una zorra.

Y de este modo atravesamos el umbral de la virilidad.

Permitidme algunas palabras sobre la tierra y los habitantes de Elam, porque la historia que describo supera las limitaciones de mi propia existencia, y aunque actualmente su recuerdo haya quedado empañado incluso en los lugares donde fueron más temidos, se contó en otro tiempo entre las naciones más poderosas de la tierra. Acaso cuando yo haya muerto, tan sólo perduren estas pocas palabras en su memoria. Me parece cruel que los nombres de los seres humanos se extingan sin dejar huella, por lo que trataré de hacerlos persistir por más tiempo en la crónica de nuestros antiguos enemigos.

Elam, al igual que el país de Assur, estaba regada por las aguas del Tigris. Se encontraba a muchas jornadas de distancia aguas abajo y en dirección este de las orillas del río, frente a Babilonia. Era una nación rica y sus herederos siempre lo serán, puesto que las tierras se mantienen lodosas a través de los tiempos y santificadas por el Tigris, el Uqnu y el Idide, cuyas crecidas conservan su fertilidad.

Más allá de las llanuras están las montañas de las que se extrae cobre, plomo, estaño, plata, basalto, piedra, madera, hierro y caballos, todo aquello que los hombres de Assur se ven obligados a conseguir y que los elamitas obtienen por derecho natural.

Dicen que en verano aquel país se convierte en un horno, que si un perro se tendiese a la puerta de una casa al mediodía, al cabo de una hora habría enloquecido, y que las lagartijas no pueden cruzar la calle en Susa sin peligro de asarse vivas. Yo nunca alcancé sus fronteras más allá del río Turnat en el mes de Siwan, cuando el nivel de las aguas ya ha decrecido, antes de que llegue la estación en que el sol cae a plomo como un martillo, mas ya entonces la gente había excavado cámaras subterráneas donde trataban de encontrar algún alivio al terrible calor.

Entre los que se consideran elamitas existen tres razas: las llanuras están habitadas por hombres de cabellos negros y piel blanca que en nada se diferencian de los babilonios; en las montañas viven hombres de piel morena y elevada estatura, y los habitantes de las mesetas son de piel negra, aunque no se asemejan a los negros que he encontrado en Egipto, que proceden del lugar en que el Nilo tiene su origen. Pero todos los elamitas, sea cual fuere su color, son considerados por sus vecinos como seres brutales, sin sentido del humor, codiciosos, débiles e indignos. Según un proverbio sumerio, «los elamitas se sienten desdichados si sólo tienen uña casa donde vivir». Los babilonios se refieren al Elam como un país de hechiceros, magos y toda clase de espíritus malignos. Por mi parte, sólo puedo decir que no son débiles: me he enfrentado con ellos en el campo de batalla y he podido comprobar que son valientes y temerarios.

Acerca de sus costumbres poco puedo explicar. Nunca dominé su idioma ni conocí a nadie que lo supiese porque es terriblemente complejo. Su escritura se basa claramente en los rasgos cuneiformes, aunque jamás conseguí leerlos, y daban fe en los documentos hundiendo las uñas en la blanca arcilla de las tablillas. La gente del pueblo adoraba a las serpientes, que abundan extraordinariamente en el campo, y a una diosa llamada

Pinikir, cuya imagen representada en barro llevan colgada del cuello. Lo único que sé acerca de ella es que siempre aparece desnuda y sosteniéndose los grandes senos con las manos. Los sacerdotes disfrutan de gran influencia entre grandes y humildes por igual y van desnudos, incluso cuando siguen a los ejércitos en lucha, tal vez lo hacen así para honrar a su diosa.

Pero de todos los hechos más notables del país de Elam, el más relevante son las costumbres que rigen su casa real. Como todas las naciones civilizadas, está gobernada por un rey, mas el poder se halla dividido entre el monarca, su hermano mayor, conocido como el rey inferior, y el hijo del monarca, que gobierna Susa, la capital. Cuando el rey muere, no le sucede su hijo, sino su hermano, que a su vez no designa a su propio hijo como gobernador de Susa, pues respeta en el cargo al hijo de su hermano. Los hermanos se suceden unos a otros hasta que se agotan todos los candidatos y sólo entonces accede al trono el hijo del primogénito. Este sistema tiene la evidente desventaja de que un hermano menor es más proclive a sentirse celoso que un hijo y la historia de la familia real elamita está llena de acres enfrentamientos. Así fue como

Hallutush—Inshushinak, que declaró la guerra al señor Sennaquerib, asumió el poder destronando a su hermano.

Para complicar aún más las cosas, existía la costumbre, que se remontaba a las épocas más antiguas, de que el monarca desposara a su propia hermana. Al fallecer el soberano su hermano se casaba con la viuda, que como es natural también era hermana suya, y la sucesión quedaba establecida por el orden de los hijos varones y no por la identidad de los padres. Esta practica incestuosa concede gran importancia a las mujeres de la casa real, lo cual constituye un infortunio para cualquier país, y al mismo tiempo, como podría atestiguar cualquier ganadero, debilita la vitalidad de La estirpe. Los hijos mueren jóvenes y sus lomos son estériles y, hasta donde alcanzan mis recuerdos, los reyes de Elam han enloquecido uno tras otro, sacudiendo sus miembros como un cañizo al viento. Elam es un país rico y su gente es valerosa y dotada de talento, pero una nación no puede prosperar cuando sus reyes rabian, se tambalean y lanzan espumarajos por la boca como perros enfermos. Por eso los elamitas constituyen una carga para las naciones vecinas, que los odian.

Mas en lo que a mí respecta apenas los consideraba seres humanos, sino simplemente enemigos de Assur: objetos idóneos en quienes descargar

mi crueldad y mi valor, porque no me cabía duda alguna de que sería un guerrero terrible. Empleaba el dinero que Kefalos me daba para mis gastos personales en espejos pulidos de bronce y en objetos tallados de marfil con los que obsequiaba a Asharhamat, pero cuando me enfrentara a los elamitas me convertiría en un espíritu destructor.

De este modo transcurrió un año sin apenas darnos cuenta y en breve llegó el momento de emprender la campaña estival. Por una parte recuerdo el campamento y los frenéticos preparativos de última hora y, por otra, a Asharhamat. Aparte eso, de aquella época tan sólo persiste en mi memoria un encuentro fortuito cuyo significado tardé muchos años en comprender.

Una semana antes de partir, al concluir la instrucción militar y mientras aguardaba a la sombra de un cañizo a que me llegase el turno de entrar en el baño de vapor para asearme antes de cenar, Tabshar Sin acudió a verme y se puso en cuclillas a mi lado con expresión sombría y reconcentrada.

—Partirás a la guerra formando parte del *quradu* —comenzó removiéndose inquieto como si aquella conversación le resultase desagradable—. El *quradu* suele sufrir muchas pérdidas, porque lucha en vanguardia protegiendo al propio soberano. Por añadidura eres osado e inexperto, lo que constituye una combinación peligrosa. Es conveniente sentir algún temor, príncipe. No tengo nada que objetar acerca de tu valor, porque el valor es la principal virtud de un soldado, pero preferiría que manifestases más respeto hacia los horrores de la muerte. Recuerda que pronto conducirás a los hombres a la guerra y que tendrás que pensar tanto en salvaguardar sus vidas como la tuya propia. Pero no es eso lo que quería decirte.

Permanecí en silencio, sin responderle, porque Tabshar Sin era un hombre serio y un valiente soldado merecedor de todo respeto. Si sobrevivía a la primera acometida del combate, sabía que sería un milagro que le debería a él.

—Príncipe, es conveniente que un soldado ponga sus asuntos en orden antes de emprender una campaña. Me consta que ese perezoso jonio te ha enriquecido y que tu madre se halla recluida en el gineceo. Te aconsejo que acudas a la Casa de las Tablillas y hagas testamento.

Cuando se alejó me pareció sentir un batir de alas sobre mi cabeza, como si Ereshkigal, diosa del Arallu, estuviese revoloteando, dispuesta a abalanzarse sobre mí y quitarme la vida.

De modo que al día siguiente me dispuse a seguir sus instrucciones acompañado de Asarhadón, que actuaría como testigo. El aire era húmedo y transmitía el olor de los bancos del río cuando las aguas han reducido sus niveles. Pasamos una tras otra por distintas dependencias de reducidas dimensiones cuyas paredes estaban llenas de estanterías atestadas de diminutas tablillas, lo que me recordó cuan cerca había estado de permanecer el resto de mis días en aquel lugar. Aquel pensamiento me hizo estremecer. Por fin llegamos a una pieza algo mayor, como una aula escolar, en la que, sentado ante un escritorio, con las palmas de las manos manchadas tras largos años de manipular el barro húmedo, se hallaba sentado un escriba ataviado con una túnica blanca de hilo. Era un hombre joven, acaso de nuestra misma edad, y cuyo rostro siempre sería imberbe. Sus ojos eran negros y expresaban un odio contenido, como si nos creyese responsables de cuanto pudiera ensombrecer su existencia. Asarhadón y yo nos sentamos en un banco frente a él y durante unos instantes nos estuvimos mirando sin cambiar palabra.

—¿En qué puedo servirte, Tiglath Assur? —preguntó por fin el escriba con su aflautada voz de eunuco.

—¿Sabes quién soy? —pregunté—. ¿Acaso nos conocemos?

—No habéis cambiado mucho ni tú ni Asarhadón. Tal vez el problema consista en que soy yo el que apenas ha cambiado.

Aquello era una invitación para que le observásemos más detenidamente. Pero en breve resolvimos el enigma. ¡Naturalmente! Me pregunté cómo no lo había advertido antes.

—¡Nabusharusur! ¿Eres tú realmente?

Me incorporé dispuesto a abrazarle, pero el joven permaneció imperturbable en su asiento. Parecía menos satisfecho que yo de nuestro encuentro y no apartaba de mi rostro sus ojos negros cargados de odio.

—Sí —repuso cruzando las manos en su regazo—. Es evidente que vosotros habéis logrado realizar vuestros deseos, mientras que yo… Ya veis en qué me he convertido —concluyó encogiendo sus frágiles hombros.

Era un gesto casi femenino, característico de aquel que sabe que se ha convertido en objeto de menosprecio inmerecida e involuntariamente. Por unos momentos se quedó abstraído, como si abrumado por su inocente infortunio hubiese olvidado nuestra existencia. Luego se recuperó

bruscamente y fijó su mirada en mi hermano. Comprendí inmediatamente la razón: Asarhadón estaba sonriendo.

—He venido a registrar mi testamento —intervine apresuradamente porque mi hermano, en ocasiones, podía llegar a comportarse con absoluta brutalidad.

Gustosamente le hubiese propinado un puntapié, pero aquella señal no hubiese pasado inadvertida para Nabusharusur.

—Ya sabes…, la guerra… Esta semana partiré hacia el sur.

—Sí —intervino Asarhadón sin dejar de sonreír, como si aquella situación le encantase—. Por lo menos es un riesgo que no tendrás que afrontar, Nabusharusur.

Asarhadón y Nabusharusur, ambos hermanos míos de sangre real, cruzaron una mirada que me reveló mucho más acerca de ellos de lo que hubiera deseado conocer.

—Sí, Asarhadón —repuso Nabusharusur casi mordiendo las palabras —. Son muchos los peligros que acechan en este mundo a los imprudentes.

Cuando se reside en un cuartel, donde los hombres están amontonados y viven entre violencia, no puede menos que adquirir un profundo conocimiento de todos los matices de la irritación y el odio. Yo había presenciado enfrentamientos por una jarra de cerveza o por las ganancias de una partida de dados, en que los contendientes hubieran llegado a matarse si sus compañeros no los hubiesen separado a tiempo. En una ocasión fui testigo de cómo un soldado de infantería de Edón le sacó un ojo a otro soldado con sus propias manos, y todo ello de resultas de un exceso de sol y una copa de agua vertida. Pero jamás había visto tal expresión de odio contenido como la reflejada en el rostro de Nabusharusur. En ningún momento llegó a alterar su paciente y desdeñosa calma, mas no por eso pareció menos fulminante. No expresaba una furia momentánea que se olvida antes de cenar o quizá se lamenta durante toda la jornada: era un odio que parecía que iba a prolongarse hasta el último hálito de su existencia.

Y seguidamente, como si quisiera demostrar que estaba acostumbrado a semejantes insultos y que no les concedía importancia, Nabusharusur se volvió hacia mí y se expresó en un tono tan uniforme como la superficie de un charco tras una tormenta.

—¿Cómo deseas disponer de tus propiedades, Tiglath?

Se aproximaba la hora. Un día antes de que el ejército emprendiera la marcha, me vestí mi nuevo uniforme verde, a la sazón era ya un *rab kisir*, aunque debo confesar que ello se debía más a mi parentesco con el rey que por méritos propios, y acudí a reunirme por última vez con Asharhamat, que, como de costumbre, me recibió en su jardín.

La encontré sentada en el borde de la fuente. Al verme llegar alzó los ojos y me miró. Durante todos los meses que había ido a visitarla era la primera vez que la veía llorando.

—¿Qué sucede? —inquirí.

Era una pregunta necia cuya respuesta, ya conocida, anhelaba desesperadamente escuchar. Me senté a su lado y cogí atrevidamente su mano entre las mías, que ella no retiró.

—Explícame por qué te sientes desdichada, Asharhamat.

—¿Qué será de mí si mueres, Tiglath?

Con sólo fijar mis ojos en los suyos llenos de lágrimas comprendí lo que quería decir. Me estaba revelando que el tiempo de la infancia había quedado atrás y que yo era el hombre que amaba.

—Me pregunto qué será de ti si sigo viviendo.

Dirigimos nuestras miradas al otro extremo del jardín, hacia un lugar sombreado donde Tashmetum—sharrat, tendida en un canapé de mimbre, fijaba sus ojos en un punto indefinido mientras una de sus doncellas la abanicaba.

—No quiero ser la esposa de su hijo —murmuró Asharhamat con voz glacial—. Soy viuda: en breve me hallaré en condiciones de dirigir las propiedades de Assurnadinshum y entonces seré libre. Nadie podrá obligarme a contraer matrimonio con Arad Ninlil, cuya sola presencia me produce escalofríos, como si me encontrase ante una serpiente. ¡Puedo escoger a mi gusto y te escojo a ti!

Sonreí. En parte por su confianza aún infantil de conseguir cuanto le agradase —me refiero únicamente a su facultad de elección, porque no era una criatura sino una mujer que sería capaz de enfrentarse a cualquier espantoso destino por voluntad propia— y, por otra, porque oyendo tales palabras un hombre no podía menos que sentirse dichoso. Aunque sabía que aquello era imposible, le sonreí.

—Somos los servidores del rey —dije. Y jamás había sentido tan intensamente la realidad de aquellas palabras como en aquellos momentos —. Tu *simtu* consiste en ser madre de reyes. No puedes evitarlo, al igual que yo tampoco puedo aspirar a ceñir la corona. Te casarás con aquel que ordene el rey mi padre, como yo le sigo ahora en la batalla.

—Repentinamente demuestras mucha nobleza, Tiglath. Creo que te prefería cuando eras más desvergonzado.

Apartó sus manos de las mías. El llanto ya se había secado en sus mejillas y, cuando la miré, descubrí a un ser distinto: la mujer había perdido toda su ternura infantil y sus labios fruncidos reflejaban una voluntad tan firme como el pedernal.

—Esta guerra se prolongará —prosiguió en voz baja como si sostuviera un monólogo—, y en ella pueden morir algunos hijos del rey. En una ocasión me dijiste que tenías un *sedu*… ¿O acaso sólo era otra prueba de tu desvergüenza?

—Tal vez no fuese más que la fantasía de un viejo loco.

—¡Procura regresar vivo de la guerra, Tiglath!

Y me sonrió de un modo hasta entonces desconocido.

—Ésos son mis propósitos…

—Estoy segura de que volverás —repuso. Y en esta ocasión fue ella quien me cogió la mano—. No era un viejo loco… Creo en tu *sedu*, Tiglath. Gánate el favor real, como posees el del dios…, y el mío. Yo no me casaré con Arad Ninlil y, si debo ser madre de reyes, tú serás su padre.

Cuando regresé al cuartel descubrí que me aguardaba una visita: Kefalos esperaba sentado en un escabel ante mi puerta, con aspecto importante y aire impaciente, mientras el pequeño Ernos sostenía un abanico de plumas de avestruz sobre su cabeza para protegerle del sol.

En cuanto me vio se puso en pie y tuve que esforzarme para evitar que se arrojase al suelo y se abrazase a mis rodillas.

—¡Señor, ven…, pasemos al interior y nos libraremos de este calor!

El muchacho le entregó una gran bolsa de cuero y una jarra de arcilla y se despidió de él.

—Como verás —añadió—, he traído un excelente vino del Líbano para refrescarnos.

—Entremos entonces —dije pasándole la mano por el hombro y abriendo la puerta—. Tu presencia siempre es bien recibida, Kefalos, amigo mío, aunque no esté acompañada de tan excelente vino.

Me alegraba sinceramente verlo porque me proponía visitarle en su casa aquella misma noche y me había evitado esa molestia. Tomé dos copas de cristal azul de una estantería que estaba bajo la única ventana de la habitación y, mientras mi esclavo se acomodaba en mi jergón que estaba enrollado en el suelo, yo abrí el sello de la jarra y llené las copas hasta el borde.

Kefalos estaba más imponente que nunca. Su prosperidad se reflejaba en su robusto aspecto. Su rizada barba, que en los últimos años había alcanzado vastas proporciones, estaba cuidadosamente peinada y perfumada con aceite de granada y lucía tantos anillos y pulseras como la ramera más cara de Nínive. Vestía una túnica de paño azul recamada con hilos de plata como los propios nobles de la corte y ricamente bordada en amarillo y verde y se cubría la cabeza con un turbante ceñido con un broche de plata de las proporciones de un escudo de combate. Viéndole de tal guisa, nadie hubiese creído que se trataba del esclavo de un soldado.

Cuando el vino alegró nuestros corazones y Kefalos me hubo narrado distintas anécdotas relativas a sus múltiples éxitos profesionales —que consistían en un simple pretexto para despojar a mujeres necias y egoístas —, cogió la bolsa de cuero que tenía en las rodillas y aflojó sus ligaduras.

—Te traigo algunos presentes, señor. Como también yo he sido guerrero y me consta que eres un joven irreflexivo y poco previsor, he considerado oportuno facilitarte algunos artículos para esa insensata campaña. No protestes, mi joven amo… Todas las guerras son insensatas y tan sólo enriquecen a buitres y chacales. Pero puesto que has decidido emprender ese camino…

Extrajo del interior dos tarros pequeños esmaltados en verde y rojo respectivamente sellados con arcilla.

—Éste —dijo sosteniendo el recipiente verde en la mano izquierda— contiene un ungüento de gran utilidad para el tratamiento de toda clase de heridas, pero debes asegurarte de que lo utilizas inmediatamente para que no lleguen a ulcerarse.

Levantó el otro tarro entre el pulgar y el índice como si lo estuviera sopesando.

—Y éste contiene un remedio soberano contra las infecciones transmitidas por las mujeres impuras. Piensa, señor, que cuando los soldados marchan a tierras extrañas…

—Gracias, amigo mío —repuse, volviendo a llenar su copa porque si me hubiera visto obligado a mirarle abiertamente hubiese estallado en carcajadas y no deseaba ofenderlo.

Kefalos creía que todos los hombres eran tan viciosos como él, pero era un hombre honrado y por el que yo sentía gran afecto.

—También yo tengo un regalo para ti —le dije.

Me levanté y fui hacia mi macuto, del que extraje un trozo de pergamino cuidadosamente doblado. Volví a sentarme, lo deposité ante Kefalos y lo desdoblé.

—He hecho testamento —proseguí—. En caso de que no regresara de esta guerra, todo cuanto poseo, el dinero que has ganado para mí ejerciendo tu profesión, desearía que fuese a parar a manos de mi madre y, en tu calidad de amigo, te agradecería que cuides de que así se haga.

—Tus deseos serán cumplidos, señor, pero te entregas a pensamientos muy sombríos. Lo haría sin ninguna dilación…

—Poseo otra propiedad, que eres tú. —Se disponía a dar muestras de sumisión poniendo la manos y la frente en mis rodillas, pero se lo impedí con un ademán—. No sé qué podría sucederte si yo muriese, por lo que te cuento entre mis herederos. Si sucumbo en el sur, víctima de mi destino, esta tablilla, de la que existe copia en los archivos reales, dará fe de que has alcanzado tu libertad.

En aquel momento no pude impedir que se arrojase al suelo, cubriéndose el rostro con los brazos y asiéndose a mis pies mientras lloraba a mares… Y también yo lloré. Supongo que ambos estábamos algo bebidos, porque es bien sabido cuan fuertes son los vinos del Líbano.

—Como sabes, señor, nací libre —dijo cuando hubo recobrado su compostura—. Y estoy seguro de que antes de morir volveré a serlo. Mas no quisiera obtener la libertad a costa de tu vida. Regresa de la guerra por lo menos en las mismas condiciones en que estás ahora y huye de esas sucias rameras del sur.

Finalmente, cuando se hubo levantado y ya se disponía a partir, me puso la mano en el hombro.

—Y cuando hayas utilizado el contenido de estos tarros no se te ocurra tirarlos.

La puerta se cerró tras él. Apuré los restos del vino y me quedé pensativo, preguntándome qué significaban sus palabras. Por último cogí uno de los tarros y me sorprendió advertir su peso. Con la punta de la espada arañé ligeramente el esmalte de la base de uno de ellos. Él metal que apareció debajo era dorado como la miel y tan dúctil como la cera.

—Es de oro macizo —susurré sopesándolos. Calculé que, prescindiendo de su contenido, debían de pesar unos setenta siclos—. ¡Kefalos, bribón, te deseo una larga vida!

OceanofPDF.com

V

En el mundo existen muchas cosas maravillosas, dignas de ser contempladas, pero siempre he creído que el espectáculo más magnífico que puede presenciar un muchacho es el desfile de un ejército camino de la guerra.

El corazón de los jóvenes está henchido de sueños de gloria, y mientras los reyes emprenden batallas movidos por la venganza o con fines de lucro y los hombres vulgares para huir de sus esposas o ponerse fuera del alcance de la ley —o porque han sido reclutados—, los jóvenes soñadores cargan con sus armas y marchan en busca de fama, gloria y aventuras. El ejército de Sennaquerib era una alfombra mágica que sé extendía a lo lejos, en la distancia, y que me conduciría…, ignoraba dónde, pero sin duda a algún triunfo glorioso. Aquella impresión no me abandonó durante muchas semanas; en realidad hasta el amanecer, en que libré mi primer combate.

El día en que emprendimos la marcha de Nínive llegué a envidiar a las multitudes que se alineaban en la carretera del sur, porque me encontraba muy rezagado, en la retaguardia de las tropas, vigilando nuestro bagaje y a mi compañía, formada por cien hombres, algunos de ellos antiguos combatientes, pero otros aún más bisoños que yo. No lograba distinguir al rey en su carro de guerra y el sonido de las trompetas llegaba a mis oídos como un murmullo lejano. En el instante en que atravesamos las puertas de la ciudad, la gente hacía horas que había dejado de aclamarnos y tan sólo nos vieron desfilar algunos tenderos malhumorados y las más miserables rameras, aquellas que satisfacían a los viajeros sin que se hubiesen sacudido siquiera el polvo del camino y que se limitaban a reírse de nosotros profiriendo obscenidades y alzándose las túnicas para que viésemos lo que nos estábamos perdiendo, acaso para siempre.

Yo ostentaba el rango de *rab kisir* y a mis órdenes tenía cien hombres, pero aquella distinción era un mero formulismo. Los ejércitos de Assur no habían conquistado casi todo el mundo conducidos por hombres necios o jóvenes inexpertos, y se me había advertido claramente que hasta que demostrase mi valía tan sólo sería considerado como un soldado más. El hombre que habían designado para que me acompañase en calidad de *ekalli*, palabra que tan sólo significaba mensajero, era el que ostentaba realmente el mando. Se llamaba Nargi Adad y había servido junto a Tabshar Sin en las campañas emprendidas por Sargón. En realidad, había formado parte del ejército que tuvo que combatir duramente para regresar a la patria a la muerte del rey y él fue quien me explicó lo sucedido en el curso de aquella última batalla.

Nargi Adad era de fácil risa y carácter risueño. Siempre se sentía hambriento, jamás mostraba cansancio y era el mejor soldado que ha existido. De reducida estatura, corpulento e hirsuto como una cabra, apenas tenía frente y la barba parecía nacerle inmediatamente debajo de los ojos. Tenía las manos e incluso los pies cubiertos de negro y enmarañado vello, y cuando se despojaba de su túnica se parecía a esos animales llamados osos que se encuentran en las montañas del este. Lo que cualquier otro hubiese creído una deformidad, para él era origen de inmenso orgullo, pues pretendía ser irresistible con las rameras de todo el mundo, algo que yo no dudaba, puesto que, según solía repetir Kefalos, las mujeres son muy aficionadas a las novedades.

Avanzando a marchas forzadas durante las seis horas en que disfrutábamos de luz, un ejército podía cubrir en cuatro días la distancia existente entre Nínive y los territorios en litigio que se encontraban en Acad, al este del Tigris,; pero no hubiera llegado en condiciones de enfrentarse al enemigo. Avanzábamos más despaciosamente porque sabíamos que los elamitas y los caldeos, sus aliados, ya se encontraban en el campo de batalla, y como éramos hombres piadosos, todos los días aciagos, cinco cada mes, nos refugiábamos en nuestras tiendas, cubiertos de andrajos y sin probar ningún alimento guisado en pucheros. Así fue cómo no mojamos nuestras sandalias en el río Radamu hasta la decimosegunda jornada.

—Bien, príncipe: cuando hayamos cruzado este charco orinado por un buey, tendremos que estar alertas porque entre este punto y el río Turnat seguramente nos encontraremos con el enemigo.

Nargi Adad se echó a reír y me dio unos golpecitos en el hombro porque, como la mayoría de soldados de Assur, no demostraba ningún respeto hacia mi noble origen. El uniforme de *rab kisir* no convierte en guerrero a quien lo viste, y yo experimentaba cierto orgullo al ver que mi propio *ekalli*, que había luchado junto al poderoso Sargón, no me trataba como a un oficial o hijo del rey, sino como a un antiguo camarada de armas. Me constaba que no era más que una genialidad suya, pero significaba que Tabshar Sin, que era su amigo, le había dado buenos informes de mí.

—¿Crees que serán muchos?

—Un ejército, príncipe, y un ejército muy poderoso —repuso dejando de sonreír y señalando con el mentón hacia la parda llanura que se extendía al otro lado del río—. Esos hombres no son unos cobardes y saben que el rey tu padre no bromea y que deben detenerle aquí para que no pueda llegar a Susa, donde se acostará con las mujeres de Kudur—Nahhunte y desenterrará los huesos de sus antepasados. Lucharán para defender sus campos y sus hogares como lo haremos nosotros en breve…, si no logramos detenerlos.

—Pero los detendremos.

Nargi Adad volvió la cabeza y me miró de reojo. Se disponía a hacer una observación, pero se interrumpió y se echó a reír.

—Sí, príncipe…, con ayuda de Assur los detendremos y extenderemos sus huesos desde aquí hasta el río Turnat, de modo que podremos avanzar sobre los restos de los elamitas muertos. ¡Vamos: demos de comer a los hombres y emprendamos la marcha! Mañana por la noche acamparemos a poca distancia del río y a la mañana siguiente se librará una batalla de la que, si logras sobrevivir, podrás extraer anécdotas tabernarias para el resto de tus días.

De modo que cruzamos el Radanu y al día siguiente el ejército acampó junto a un mísero grupo de chozas de adobe llamado Khalule, ¡que su nombre desaparezca de los labios de los hombres y sus campos sean sembrados con sal!

Nargi Adad y yo decidimos comprobar personalmente la configuración del terreno y juntos realizamos una visita de inspección al poblado. Los habitantes habían huido, sabedores de que allí iba a librarse una gran batalla y que, fuese quien fuese el vencedor, seguidamente serían

sometidos a pillaje y a una gran carnicería. Mientras cruzábamos las desiertas calles, tan sólo llegaba a nuestros oídos el ladrido de un desdichado perro que había sido abandonado. El lugar producía una tétrica impresión. Subimos al tejado del edificio más alto e inspeccionamos los alrededores para conocer mejor el terreno.

Nunca me han gustado los países del sur, principalmente porque los recuerdos que de ellos poseo consisten en una crónica de destrucción. Todo aquel que ha intervenido en las guerras de Babilonia jamás ha deseado regresar a aquellos lugares donde presenció tales carnicerías. Pero acaso también se deba a que nací en el país de Assur y adoro contemplar las lejanas montañas. Las llanuras del sur son como el parche de un tambor, sin que nada distraiga la vista, salvo algún río lleno de barro o un grupo de palmeras datileras, que como se sabe son los árboles más horribles que crearon los dioses. Desde el tejado de aquella casa de Khalule el terreno se extendía monótonamente hasta el infinito fundiéndose entre la niebla.

—¿Ves cómo se acercan? —murmuró Nargi Adad, como si temiera que los elamitas pudieran oírle.

Y señaló con su velludo brazo hacia el distante Turnat, que aparecía como una brillante cinta plateada cuya superficie estaba semicubierta por los pequeños barquichuelos redondos fabricados con cañas y que se llamaban gafas.

—Vienen en gran número. Dentro de dos horas podremos divisar sus fogatas y al amanecer… Vienen dispuestos a luchar sin tregua, príncipe, no piensan batirse en retirada. Fíjate cómo se instalan de espaldas al río.

Cuando regresamos al campamento ya distinguíamos el redoble de sus tambores de guerra, como el estruendo de un eco distante.

—Seguirán así toda la noche. Sin duda se proponen atemorizarnos —añadió mi *ekalli*, sonriente, exhibiendo sus dientes grandes y manchados.

Aquella noche, después de cenar y tomarme media jarra de fuerte cerveza babilonia, que Nargi Adad me obligó a ingerir, me descalcé las sandalias y me arrebujé en mi manta, cubriéndome la cabeza para dejar de oír el redoble de los tambores. Era una noche muy calurosa, por lo que no podía pretextar que mis temblores se debieran a otra cosa que al terror que sentía hacia la muerte. La cabeza parecía que iba a estallarme a causa de la cerveza y un hormigueo recorría mis miembros que sentía llenos de vida,

como pocas veces sucede a aquellos que no han tenido que salir al campo de batalla. Tales son las sensaciones que el miedo provoca en el hombre.

«Mañana, en cuanto despunten las primeras luces —pensaba—, tal vez perderé la vida. Quizá sea por causa de una flecha enemiga o bajo las ruedas de un carro. Y después, cuando la batalla haya concluido, acaso mutilen mi cadáver y algún caldeo regrese a su hogar, con su mujer y sus hijos, llevando colgadas de su aljaba mis partes pudendas.»

Había olvidado por completo mis sueños de gloria y mi *sedu*. Tan sólo deseaba levantarme del lecho y echar a correr tomando algún camino que me alejase del río Turnat hasta caer agotado. Aquella noche la pasé casi toda en vela; únicamente debí de adormilarme en algún momento.

Era un *rab kisir* y me avergonzaba profundamente sentir miedo, pero, aunque desde entonces he participado en muchos combates, jamás he dejado de experimentar ese oscuro terror que nos invade en la oscuridad, por lo que he llegado a superar la terrible opinión que tenía de mí mismo. El terror es tan natural como la respiración. La cuestión es cómo logramos enfrentarnos a él.

A la mañana siguiente me desayuné con pan y uvas, me puse las grevas, el coselete y el casco de bronce, y ya dispuesto, con la jabalina en la mano, descubrí sorprendido y aliviado que el temor me había abandonado o, por lo menos, lo que era lo mismo, que no daría media vuelta y echaría a correr. Comprendí que realmente ansiaba que llegase el momento de enfrentarme en la batalla, como creo que sucede a la mayoría de soldados.

No describiré la disposición de las tropas ni mencionaré qué fuerzas se mantuvieron en reserva, la importancia de la caballería ni el orden táctico de los carros, porque si aquel día se desplegó una gran estrategia yo no llegué a enterarme. En cualquier caso, los esquemas de ambos comandantes debieron de ser deplorables porque tuvieron un desastroso resultado, y una batalla bien planeada no concluye con semejante carnicería. El objeto bélico idóneo consiste en exterminar al enemigo con las menores pérdidas posibles. Aquella jornada en Khalule no luchaban reyes y generales, sino hombres. Los ejércitos eran como sendos gigantes enzarzados en terrible combate que trataban de asfixiar mutuamente al contrario, y, cuando por fin se separaron, no fue porque uno de ellos hubiese vencido al otro, sino porque ambos se hallaban demasiado agotados y heridos para poder proseguir la lucha. Tal fue lo que allí sucedió.

De modo que no puedo ofrecer otra descripción de aquella jornada que la propia, que considero la que mejor se ciñe a la realidad. En otras ocasiones en que yo mismo he dirigido el ejército, me he instalado en un risco que dominaba el campo de batalla y he observado cómo se iba desarrollando de acuerdo con los planes previstos, y creo que gracias a ello salvaron su vida numerosos combatientes de ambos bandos porque una clara victoria siempre es lo más conveniente para todos. Pero en Khalule no sucedió de este modo.

Al confuso y grisáceo resplandor del amanecer el humo de los fuegos encendidos en el campamento parecía suspendido sobre el terreno como una capa de niebla. Los hombres apenas hablaban, únicamente se percibía el tintineo metálico de las armas y los relinchos de los caballos. Incluso había cesado el retumbar de los tambores elamitas porque sin duda también ellos comprendían que quedaba poco tiempo y estaban demasiado ocupados en los quehaceres prácticos de asegurar las correas de sus escudos y las cuerdas de sus arcos como si siguieran los impulsos de un vago temor.

—Ven, príncipe: comprobaremos si los hombres están ya dispuestos.

Nargi Adad, revestido de su armadura y su casco, parecía tan macizo e inexpugnable como una roca, dándome la impresión de que bastaría con enviarlo rodando hacia las líneas enemigas para que los aplastase como una hilera de cañas. Mi *ekalli* me estrechó el brazo con su gruesa y velluda mano.

—Tabshar Sin me ha dicho que eres muy hábil en el manejo de la jabalina —dijo sonriendo con fiereza—. Según él podrías dejar tuerto a un ratón a cien pasos de distancia. Confío que no sea una exageración, príncipe.

Mis hombres formaban una compañía de arqueros y lanzadores de jabalina que constituía la pieza angular del ejército. Luchaban en parejas: uno de ellos sostenía el arco o la jabalina y el otro protegía a ambos tras un enorme escudo de cuero trenzado. Debíamos combatir en primera línea, dispuestos a modo de cabeza de flecha y nos enfrentaríamos a la caballería, que se esforzaría por desmontarnos de nuestros carros, romper nuestra formación y desperdigarnos. Pero para ello primero debían darnos alcance y se encontrarían con las puntas de nuestras armas. Si no lograban introducirse entre nuestras filas ni romper nuestra formación tras la primera carga, entonces nosotros avanzaríamos hasta las líneas elamitas, donde por

fin entablaríamos la lucha cuerpo a cuerpo con dagas y espadas. Sobre nuestros grandes carros acorazados, capaces de segar los cuerpos de los hombres como espigas, tratábamos de no pensar en nada.

Nunca olvidaré la primera impresión que me produjo la visión de las líneas elamitas. Entre ellas figuraban muchos de sus aliados procedentes de los pequeños estados del sur: hombres de Anzan y Lakabra, caldeos, tribus de lazan y Harzunu, los pasheru…, pueblos y razas incontables. Pero los elamitas constituían el núcleo más importante. Sin ellos, los demás hubieran sido como insectos molestos. Nosotros constituíamos el *quradu*, formábamos la vanguardia en torno a la propia persona del rey y debíamos atajar el impetuoso avance de los elamitas.

Mientras me mantenía a la expectativa en aquella polvorienta y tranquila llanura protegiéndome del sol de la mañana con mi escudo de cuero, distinguí a los corceles del enemigo que escarbaban en el suelo con sus cascos afilados como puñales. Los soldados vestían armaduras de bronce y cascos astados que recordaban a los toros. Sus escudos eran innumerables y sus armas refulgían a la confusa luz como si se reflejasen en el agua y enarbolaban sus lanzas y espadas con aire insultante y provocador. Habían silenciado sus tambores, no desperdiciaban sus fuerzas lanzando gritos de guerra y guardaban un torvo silencio.

—¡Bien, muchachos! —exclamó Nargi Adad. Su voz resonó como un martillazo entre la calma circundante—. Recordad…, valientes son aquellos que viven para seguir luchando. Si os dejáis llevar por el pánico, seréis pisoteados como las uvas en el lagar. El único medio de impedir que os maten es dar primero muerte a vuestros enemigos, de modo que insensibilizaos y apuntad a sus corazones. Somos el *quradu*, los fuertes, a quienes ha sido confiada la custodia de la persona real. No lo olvidéis. ¡Esta noche cataremos la cerveza de Elam!

Los hombres prorrumpieron en exclamaciones de entusiasmo y yo no fui menos que ellos. Si en algún momento he creído en la gloria de la guerra, en el caso de que en ella exista alguna gloria, fue en aquel momento.

De pronto, sin saber cómo, iniciamos el avance. Marchábamos al unísono sin perder nuestra formación, y mientras llegaba a mis oídos el batir de los cascos de la caballería elamita disponíamos nuestras armas. Mi portador sostenía nuestro escudo en su brazo izquierdo y, en el derecho, en una aljaba de cuero, transportaba unas veinticinco jabalinas delgadas de

punta de cobre, una de la cuales empuñaba en mi mano derecha dispuesta para ser lanzada: tan sólo esperaba encontrar un objetivo.

El lanzador de jabalina debe ser rápido, puesto que practica la más peligrosa de las artes. Los arqueros pueden ocultarse tras sus escudos, pero él necesita mayor campo de acción porque debe tomar carrera y exponerse a la vista para arrojar su proyectil, tomándose el tiempo necesario para no errar su objetivo con lo que arriesgaría inútilmente su vida, pero debe ser rápido y esquivar cualquier flecha dirigida contra su vientre que le impediría volver a disparar. La caballería elamita ya se estaba acercando, podía distinguir los destellos de sus curvadas espadas. Aguardé a que se aproximaran. Cuando el enemigo está próximo es preciso apuntar al caballo, porque el soldado de caballería corre como un conejo en cuanto pierde su montura y el caballo es mayor, lleva menos armadura y puede dar al traste con una formación aun sin jinete. Aguardé al corcel, él era mi enemigo: el hombre que apretaba las rodillas en sus flancos tan sólo constituía una sombra, y esperé porque el brazo me temblaba de impaciencia y me sentía sediento de sangre.

Por fin, ¡por fin! el jinete que abría la marcha se encontró bastante cerca. Yo no le veía, tan sólo tenía ojos para su caballo, una masa móvil de color castaño. Me aparté de la protección que me brindaba el escudo, impulsé el brazo hacia atrás aguardando la fracción de un segundo para asegurarme y lancé el arma concentrando en aquel impacto todas mis fuerzas. La jabalina cruzó los aires en pronunciada curva, como una ave de presa, y yo me quedé inmóvil observándola, como hipnotizado. El proyectil se elevó cada vez más y por fin descendió hundiéndose en la base del cuello del bruto, que cayó rodando por los suelos igual que la rueda de un carro, mientras que el jinete salía despedido y se desplomaba bajo su montura. Sin duda debió de morir o quedar mutilado porque ni siquiera intentó arrastrarse. Era un espectáculo maravilloso del que no podía apartar los ojos.

Me sobresaltó una flecha que cayó a mis pies hundiéndose en el polvo, lo que me recordó que también yo era vulnerable. Corrí a ocultarme tras el escudo, tendí la mano y el portador me tendió otra jabalina, mientras que yo escudriñaba el campo en busca de una nueva víctima.

Seguí disparando una y otra vez; en algunas ocasiones erraba el tiro, pero la mayor parte de mis proyectiles alcanzaron su objetivo. Ignoro cuántos hombres y caballos exterminé; la visión de sus cadáveres parecía

inundarme de un hálito divino. Aunque las flechas caían a mi alrededor como granizo, apenas reparaba en ello porque no podían causarme ningún daño. Tan sólo en una ocasión una de ellas me rozó el muslo, pero ni siquiera me molesté en restañarme la sangre. Estaba sumido en éxtasis. Quienes dicen que la guerra es la mayor dicha que existe bajo la luz del sol, no son tan necios como parece y apenas mienten, porque el placer del peligro y la muerte son grandes y purifican el espíritu. En aquellos momentos estaba semienloquecido.

Y cuando la caballería ya casi estaba sobre nosotros, apuntamos a los jinetes. A medida que los hombres caían a nuestro alrededor, desplomándose de bruces sin decir palabra, sólo podía pensar en mi próximo disparo y en los sucesivos. En una ocasión un soldado arremetió directamente contra mí dispuesto a arrancarme la cabeza con su espada, pero hundí la punta de mi arma en su coselete y lo impulsé hacia atrás en su montura. El hombre cayó en el suelo con un seco impacto, sin que yo me molestase en mirarle el rostro. Me limité a arrancar el acero de su cuerpo y examinar mi entorno en busca de otro enemigo.

Pero no lograron romper nuestras lilas y, como la caballería únicamente puede realizar una carga y luego se entrega al pillaje, sus ataque suelen ser breves. Y en cuanto hubieron pasado, aparecieron los carros.

Pudimos considerarnos afortunados: sólo tuvimos que arriesgarnos en dos ocasiones y logramos aniquilar a los caballos de uno de los vehículos antes de que nos alcanzasen. Sin embargo, el otro barrió un ala de nuestra formación aplastando a los hombres bajo sus ruedas como si fueran dátiles.

Por entonces casi habíamos logrado acabar con la línea elamita y había pasado el tiempo de arrojarse proyectiles. Desenvainé la espada y mi compañero arrojó el escudo porque a partir de aquel momento cada uno de nosotros debía luchar por sí solo.

A la sazón ya era plenamente consciente de mis actos y había llegado a comprender que aquellos hombres estaban dispuestos a matarme y que yo no era inmortal. Y sentía miedo, un miedo que me hacía creerme más vivo y que constituía un sentimiento casi placentero, un deleite de los sentidos.

Estaba rodeado de ruidos, gritos, gemidos, heridos y moribundos y del estrépito de las armas. Aquellos de mis hombres que seguían con vida se habían agrupado como abejas que pululasen en la rama de un árbol. Obrábamos a impulsos de una especie de acuerdo tácito, más por instinto

que siguiendo un plan preconcebido. No existía disciplina alguna, sólo la voluntad de vivir y el conocimiento de que nos necesitábamos mutuamente. Pero lo cierto era que todos luchábamos de modo individual por salvaguardar la propia existencia.

Por fortuna, mis largos brazos me permitían compensar mi inexperiencia. Fui alcanzado en dos ocasiones, lo que me irritó y debilitó mis fuerzas. Una lanza me hirió por encima del codo y estuvo a punto de obligarme a soltar mi pequeño escudo. El dolor que experimenté fue intenso, pero sólo duró un instante y de todos modos no fue tan grande como el peligro que corrí porque podía haber sucumbido bajo múltiples heridas antes de lograr detenerme el tiempo necesario para inclinarme a recuperarlo.

Un negro y corpulento elamita con el rostro surcado de cicatrices intentó hacerme servir de pasto de los cuervos.

La lucha se estaba desarrollando al azar y, cual una hormiga que reptase por una roca, parecía haberme desviado de su trayectoria. Por primera vez desde lo que me parecían horas me detuve un momento y traté de recobrar el aliento. Aquella pausa estuvo a punto de costarme la vida porque cuando me inclinaba hacia adelante, inspirando profundamente para llenar de aire los pulmones y apoyando las manos en las rodillas, sentí que algo rozaba repentinamente mi escudo. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había levantado, pero el soldado, mientras vive, lucha instintivamente y quizá vislumbré por un instante lo que se me avecinaba. Examiné el escudo y quedé anonadado: el cuero había quedado desgarrado como el vientre de un buey y apenas tuve tiempo de esquivar el filo de una espada que me asestaba su segunda estocada, tratando de alcanzar mis entrañas sin que yo ni siquiera hubiese advertido la presencia del contrario.

Al cabo de unos instantes el elamita caía sobre mí. Al punto descubrí que estaba luchando cuerpo a cuerpo con un gigantesco negro, cuyos brazos estaban bañados por el sudor y que tenía los ojos desorbitados por el furioso arrebato que caracteriza al luchador nato. Su faz tensa relucía como si hubiera sido tallada con una hacha de obsidiana y exhibía los dientes en torva mueca. Era un rostro que había sufrido más de una ocasión el filo del acero, porque en el puente de la nariz y en la mandíbula aparecían dos grandes costurones relucientes y protuberantes como ligaduras de sandalia. Volvió a abalanzarse sobre mí lanzando un grito de guerra como el graznido de un enorme pájaro de presa y sentí que se me desquiciaban los

nervios. Nunca he logrado comprender que no acabase conmigo en unos segundos.

Parecía como si librásemos solos aquella encarnizada lucha: nadie acudía en mi ayuda y aquel diablo me había derribado y parecía dispuesto a pisotearme como un tallo de cebada. Él era quien llevaba la iniciativa: yo apenas conseguía mantenerlo a cierta distancia agitando salvajemente mi espada en el aire que silbaba como una víbora, pero eso era todo. Casi no podía respirar y el corazón me latía atropelladamente igual que si fuera a salírseme del pecho. Una y otra vez sentía en mi escudo el impacto de sus estocadas hasta que llegué a la conclusión de que en cualquier momento alcanzaría su objetivo y me abriría las entrañas. Acabé por convencerme de que me mataría, de que en pocos instantes daría fin a mi existencia. El elamita dirigía una y otra vez la punta de su acero contra mí empeñado en quitarme la vida y, aunque siempre conseguía esquivarlo, cada vez lo sentía más próximo. Contuve una estocada que había intentado alcanzarme el hombro, mas la siguiente arañó mi coselete de cuero. El sonido que producían las armas chocando entre sí llenaba mis oídos. Yo era como una cabra dispuesta para el sacrificio, mientras que el agur afilaba su cuchillo. El próximo asalto sería el definitivo…, aquella incertidumbre me estaba torturando.

Y, de pronto, a cierta distancia resonó la voz de Nargi Adad sobre el clamor de la batalla.

—¡Eh! ¡Ese de ahí! ¡Tú, bastardo!

No me volví a mirarle porque habría sido una invitación a la muerte y comprendía que mi compañero se encontraba demasiado lejos para poder acudir en mi auxilio. El elamita iba a ensartarme como un pollo en el asador; los músculos de su fornido cuello estaban tensos mientras se disponía a propinarme el impacto mortal.

Pero también él había oído el grito de Nargi Adad y sin duda pensaba acabar cuanto antes conmigo sin que el enorme e hirsuto mastodonte tuviera ocasión de caer sobre él. Únicamente de ese modo puedo explicar cómo sobreviví, porque el corpulento negrazo me asestó un mandoble que milagrosamente logré esquivar.

Mas no salí totalmente ileso: la hoja atravesó mi coselete de cuero y resbaló sobre mis costillas de modo que pensé que el hombre me había matado. Sí, me convencí de que era hombre muerto.

Sin embargo, el elamita se había adelantado bastante para darme la oportunidad de vengarme. Haciendo acopio de lo que creí serían mis últimas fuerzas, me abalancé sobre él y le hundí profundamente la espada bajo las costillas. El hombre gritó —según creo más sorprendido que asustado— y luego, cuando con un rápido tirón arranqué el arma de su cuerpo, cayó de rodillas sin apartar en ningún momento sus ojos de mí y finalmente se desplomó de bruces en el suelo.

Súbitamente comprendí que yo no había muerto: la herida que tenía en el costado me escocía como la mordedura de una serpiente, lo que en realidad era una buena señal, pero no había muerto. Introduje la mano en mi coselete y la saqué llena de sangre. Comprendí que seguía con vida. Ni siquiera me sentía débil, simplemente magullado. Escudriñé a mi alrededor tratando de descubrir a Nargi Adad, que ya había desaparecido entre el caos de la lucha. Sí…, me encontraba perfectamente. El elamita yacía muerto a mis pies y yo vivía. Vivía y seguía luchando. Al cabo de unos momentos incluso llegué a olvidar que estaba herido, lo que resultó muy conveniente porque las batallas no suelen concluir con la muerte de un enemigo.

Una y otra vez arremetimos contra las líneas contrarias sin conseguir romperlas. Tampoco lograban ellos destruir nuestra formación porque ello hubiera representado una invitación a la muerte. De modo que la lucha prosiguió sin perspectivas ni esperanzas de conclusión. A veces, como de común acuerdo, las dos grandes masas humanas retrocedían igual que si estuviesen demasiado agotadas para proseguir y seguidamente volvíamos a la carga gritando y entrechocando nuestros escudos que sonaban como címbalos. Y sólo teníamos ojos para los compañeros que estaban a derecha e izquierda y para el enemigo que teníamos enfrente. Si un hombre sucumbía, amigo o enemigo, pasábamos sobre su cadáver cual si fuese un pedrusco porque no teníamos tiempo ni para respirar. Así fue cómo la llanura de Khalule quedó atestada de cadáveres.

Por fin los dioses, que sin duda detestan a los hombres por sus locuras, se apiadaron de nosotros y permitieron que se desvaneciese la luz del día. Se diría que aquello era lo que estábamos esperando porque los dos poderosos ejércitos, lentamente y entre muchas arremetidas y algunas vacilaciones, nos fuimos separando uno de otro, retrocediendo a nuestros respectivos campos, al igual que las olas se retiran de la arena en la playa sin que ninguno pudiera considerarse vencedor de la contienda:

simplemente no podíamos seguir luchando, nuestros cuerpos no lo resistían.

Nos sentamos en el suelo para descansar. Paseé la mirada en torno y comprendí por vez primera la auténtica realidad de la guerra. Los soldados, con los rostros y los brazos sucios de humo, sangre y polvo, fijaban su mirada en el infinito con una expresión que reflejaba el envejecimiento que habían sufrido en el espacio de aquella jornada. El aire estaba impregnado del hedor de los cadáveres. No se percibía una grandeza heroica: sólo el espantoso horror de cuanto habíamos hecho, visto y sufrido. Ninguno de aquellos hombres volvería a contemplar el mundo con mirada inocente: la vida habría cambiado para ellos para siempre. Aquello fue lo que presencié y supongo que los demás debieron experimentar los mismos sentimientos.

—¿Dónde está Nargi Adad? —pregunté finalmente, cuando logré articular palabra.

—Sólo los dioses lo saben, *rab kisir*. Probablemente está muerto.

Me miraban con ojos cansados y de pronto comprendí que estaban aguardando mis órdenes. Yo era el *rab kisir*: parecía que había llegado el momento de recordarlo.

—¡Regresad a vuestras tiendas, comed y descansad! ¡La lucha ha concluido por hoy!

Se pusieron lentamente en pie. Mientras recogían sus armaduras y sus armas estuve contemplándolos: únicamente quedaban treinta y dos hombres con vida. Acaso algunos hubiesen huido o quedado aislados, pero habíamos comenzado la jornada con cien soldados y en aquellos momentos sólo se veían treinta y dos.

—¿Vienes con nosotros, *rab kisir*?

—Aún no…, más tarde.

Deseaba encontrar a Nargi Adad.

El campo de batalla de Khalule se había convertido en el escenario de una pesadilla. No se había tratado de un simple enfrentamiento, sino de una auténtica matanza. Cadáveres y moribundos yacían por doquier, confundiéndose sus miembros como maderas a la deriva. Corceles mutilados se revolcaban y relinchaban esforzándose por levantarse de nuevo. Los cuervos se habían encaramado en los rostros de los cadáveres y

les arrancaban los ojos con el pico. Las armas aparecían diseminadas por el suelo, así como los cuerpos de los hombres y de los animales, entre los lamentos de los heridos y el hedor de semejante carnicería. El suelo estaba encharcado en sangre y por doquier; hasta donde alcanzaba la vista se repetía el mismo espectáculo. No tengo palabras para expresarlo, pero la visión de aquel espantoso lugar me acompañará hasta la muerte.

Por fin descubrí a mi *ekalli* que aún seguía vivo, aunque por poco tiempo.

Yacía tendido de costado, consciente, mas con los ojos enturbiados por el dolor, mostrando un enorme agujero en el vientre que trataba de cubrir con sus manos velludas y manchadas de sangre coagulada. Al verme sonrió… Jamás he conocido a un hombre más valeroso.

—Has luchado como un valiente —me dijo—. Parecías un diablo enfurecido. Aquel enorme negrazo…, le mataste, ¿verdad? Me gustaría vivir bastante para contar a Tabshar Sin cómo has combatido.

—Se lo dirás —repuse con el rostro cubierto de lágrimas porque comprendía que no había esperanzas—. Encontraremos un médico…

—No, príncipe… Ya lo ves, apenas siento las piernas. Creo que ese traidor ha debido de fracturarme el espinazo antes de que yo acabase con él. Ha sido aquél.

A sus pies se encontraba el cadáver de un elamita que seguía sosteniendo su espada con ojos muy abiertos. Ninguno de ellos volvería a combatir.

—¿Te duele mucho?

—Sí, príncipe. Escuece igual que un manojo de ortigas. ¿Cómo se ha desarrollado la batalla? ¿Han abandonado el campo nuestros enemigos? Allá hay un carro volcado, súbete a él y echa una mirada.

Obedecí sus órdenes y regresé a su lado.

—Están atravesando nuevamente el río: sus barcas cubren las aguas a todo lo ancho.

—Bueno, por lo menos los hemos detenido. Y ahora pórtate como un buen muchacho y remátame.

—¡No me pidas semejante cosa!

—¡Lo harás, príncipe! ¡No puedes negarme este favor! —Seguía sonriendo pero su expresión era suplicante—: No es agradable agonizar y

no quisiera pasarme toda la noche así. Con una certera puñalada darás fin a mis sufrimientos. ¡No me niegues ese favor, príncipe!

Procurando que mi movimiento pasara inadvertido y que los nervios no me traicionasen, desenvainé la daga y le atravesé el corazón por sorpresa, con lo que le evitaba todo sufrimiento.

Dejé allí su cadáver y marché por el campo de batalla errando sin rumbo fijo. Me sentía tan aturdido como si hubiese bebido en exceso y no me quedaban ánimos, voluntad ni valor. Si en aquellos momentos un enemigo me hubiese amenazado con su espada, habría caído de rodillas igual que si fuese una mujer suplicándole que me perdonase la vida. La resistencia humana tiene sus límites.

Ignoro cuánto tiempo vagué por aquella vasta explanada sembrada de cadáveres. Hacía mucho rato que las sombras habían caído sobre nosotros y sólo se distinguían las antorchas de nuestras tiendas hacia las que me sentí atraído instintivamente.

Cuando alcanzaba la linde del campamento me encontré con el rey. Estaba solo, sentado en el fondo de su carro y se cubría el rostro con las manos. Parecía como si hubiese estado llorando.

Muchos años después descubrí en los anales la descripción de esta batalla. En ellos se habla de la cólera del rey y de la victoria alcanzada sobre los elamitas, «a quienes les temblaban las piernas como cañas agitadas por el viento». Todo son mentiras. Las historias de las naciones suelen estar plagadas de falsedades urdidas por ellas o por sus enemigos. Aquella noche, cuando le descubrí llorando en su carro, el rey no era un personaje glorioso. Le puse la mano en el brazo y me arrodillé a su lado procurando no olvidar que era el Señor de las Cuatro Partes del Mundo. Él levantó sus ojos hacia mí y primero leí en ellos el temor y luego el reconocimiento.

—¿Eres tú, Tiglath, hijo mío? ¿Has logrado sobrevivir a todo esto? Sin duda los dioses te han concedido algún *sedu*.

Al oír aquella palabra me sobresalté sin que él lo advirtiera: el rey no estaba en condiciones de captar un insignificante estremecimiento.

—Sí, señor, soy yo.

—Se han marchado, ¿verdad?

—Han tomado la dirección del río, señor. Creo que tardarán en regresar.

El rey mi padre me puso las manos en los hombros, en esta ocasión no para salvarme del cuchillo castrador, sino para confortar su corazón dolorido. Era viejo, estaba asustado y descansaba en brazos de su hijo porque todos los hombres deben confiar en alguien. Tal fue nuestro encuentro en las llanuras empapadas de sangre de Khalule.

OceanofPDF.com

VI

Al día siguiente y el sucesivo recogimos a todos nuestros compañeros que habían perdido la vida en la llanura de Khalule, les dimos sepultura e hicimos ofrendas de alimentos y bebidas. En cuanto a los cadáveres enemigos, los saqueamos y abandonamos sus restos a los cuervos, pasamos a cuchillo a los heridos que habían logrado sobrevivir a tan espantosa noche y los decapitamos y cortamos las manos como trofeos porque no sentíamos ninguna piedad hacia ellos. Cuando concluimos, curamos nuestras propias heridas y descansamos aguardando las órdenes del rey. Las tropas elamitas se habían retirado, sin que nuestros batidores lograran encontrarlas, por lo que podíamos considerarnos victoriosos si así lo deseábamos, pero no recuerdo que nadie calificase de tal modo el resultado de la contienda.

De modo que esperábamos a que el rey mi padre nos indicase qué deseaba de nosotros, rogando en lo más profundo de nuestro ser que no nos ordenase cruzar el Turnat y entrar en el país de Elam, porque ya no teníamos ánimos para combatir. El suelo donde habíamos luchado estaba cubierto con los hediondos restos de hombres y animales y la tierra recién cavada de nuestras tumbas. Nuestras pérdidas eran del orden de dos por cada cinco hombres, y sin duda el enemigo aún había salido más malparado. Si los hubiésemos perseguido hasta su reino, habrían alcanzado los límites de la desesperación y no existe peor adversario que aquel que ha abandonado toda esperanza.

Pero durante tres días el rey permaneció encerrado en su tienda, negándose a tomar alimentos y sin querer ver a nadie. Nadie accedía a su presencia, ni siquiera al *turtanu*, de modo que seguíamos aguardando, calibrando la amargura de nuestros sufrimientos por el valor que nos restaba. A nadie se le hubiese ocurrido rebelarse contra el soberano de Assur, Señor de las Cuatro Partes del Mundo, porque la persona del rey era

sagrada y sus soldados hombres piadosos, pero en el campamento se respiraba una tensa atmósfera. Aguardábamos porque no teníamos otra opción.

La desaparición de Nargi Adad me había convertido en *rab kisir* de hecho, así como de nombre, puesto que no había nadie más para dirigir la tropa. Los hombres de mi compañía eran hombres sencillos que se sentían perdidos si no recibían órdenes. Entonces comprendí por vez primera que las instrucciones que recibe un guerrero son la sal de su vida, que ellas establecen el nexo con lo que le es aún más temible que el propio enemigo: el terrible caos en que naufraga su voluntad incontrolada.

Y así fue como me vi obligado a enfrentarme a los oficiales encargados de la intendencia para que me suministraran pan y cerveza, a apremiar a los médicos para que asistiesen a los heridos y, principalmente, a procurar que mis hombres estuvieran ocupados. Me sentía presa de una gran inquietud, la herida que tenía en el tórax me dolía constantemente y había agotado el ungüento del tarro verde que Kefalos me dio para aliviar las heridas de algunos de mis hombres que sin aquel remedio hubiesen perdido irremisiblemente la vida. Por añadidura, sombríos pensamientos me obsesionaban por momentos y me sentía aliviado asumiendo la dirección y el cuidado de los demás. La autoridad y las infinitas, secuelas de ella derivadas son los mejores vehículos para escapar de uno mismo. Día a día, a medida que mis soldados dependían cada vez más de mí, se afirmaba mi autoridad sobre ellos y, recíprocamente, su lealtad hacia mí, y por las noches, cuando me retiraba a descansar, tan agitado que ni siquiera tenía ocasión de soñar, el tiempo que transcurría representaba una especie de abismo que mitigaba los horrores vividos en aquella interminable jornada.

Tres días después de la batalla, cuando me hallaba sentado con mis hombres en torno a una fogata aguardando a que se cociese la cena para dar buena cuenta de ella y retirarnos a descansar, me sorprendió al otro lado de la hoguera la presencia de un hombre portador de la blanca jabalina característica de los mensajeros del soberano de la que pendía una cinta plateada, lo que significaba que el recado estaba destinado a un príncipe de sangre real, aunque de momento no logré intuir las posibles implicaciones de aquel hecho.

—*Rab kisir*, condúceme a presencia del señor Tiglath Assur —me dijo.

Como los cortesanos de todas las naciones, se trataba de un joven de gallardo aspecto y sin duda muy pagado de sí.

Llevaba ungida la barba y sus marfileñas manos, que contrastaban con su uniforme azul espléndidamente bordado, estaban cuidadas y eran tan expresivas como las de una mujer. Hubiese apostado a que el arma que lucía no era más que un distintivo de su cargo, un instrumento que llevaba como si se tratase de un bastón de paseo. Pero yo estaba sucio, cansado y de mal humor y no me agradaba la forma en que se había dirigido a mí.

—Tu búsqueda ha concluido —repuse sin apenas mirarle, mientras atizaba el fuego con la punta de la espada. Advertí que a mis hombres les parecía cómica aquella situación porque se hacían señas con el codo y cambiaban guiños furtivamente. Al parecer tampoco a ellos les agradaba el mensajero real—. ¿Qué deseas?

—¿Acaso tú eres…?

—Sí, soy yo. Explícame qué es lo que quieres. ¿O acaso debo adivinarlo?

Ignoro si llegó a responder porque en tal caso sus palabras se perdieron entre las risotadas de mis compañeros. Cuando se hubo recobrado de su confusión —sin duda no estaba muy acostumbrado a encontrarse con un príncipe real sentado junto al fuego del campamento acompañado de sucios y sudorosos soldados—, se inclinó respetuosamente llevándose la mano derecha a la frente en señal de acatamiento. Era un ademán que ningún soldado se hubiese rebajado a realizar ni siquiera ante el propio rey y que me inspiró un profundo desprecio.

—He sido enviado por el señor Sennaquerib, príncipe. El rey te transmite sus deseos de larga vida y te ruega que acudas a su presencia.

—¿Ahora?

—Sí, príncipe.

No era un requerimiento que pudiera ser ignorado, de modo que me levanté dispuesto a seguirle, aunque profiriendo terribles maldiciones en mi fuero interno. Alguien me tendió una jarra de cerveza, tomé un trago, me enjuagué la boca y escupí el resto en el fuego, que chisporroteó alegremente.

—No temas, señor —dijo Luz Akin, mi nuevo *ekalli*—. Te reservaremos algo de cocido por si el rey no te invitase a cenar.

Aquel comentario fue coreado por nuevas carcajadas, porque todos lo consideraban muy gracioso, algo lógico teniendo en cuenta que era hijo de un barquero, que en todo el mundo gozan de bien merecida fama de picaros, charlatanes y embusteros.

—No te preocupes, *ekalli*. Recuerda que el rey ha rogado para que yo viva hasta el almuerzo.

Mientras marchaba en pos del mensajero real aún siguieron llegando a mis oídos sus risas, hasta que aquel sonido se confundió entre los murmullos cotidianos del campamento.

A mi paso, con sólo mirar a mi alrededor, pude comprobar a mi paso la profunda desmoralización que sentían mis soldados. El terror que había calado profundamente en ellos era un sentimiento generalizado entre todo el ejército. Al resplandor de los fuegos que iluminaban sus rostros, los veía sentados con los brazos caídos entre las rodillas y la mirada perdida en las sombras como si en ellas se encontrase la muerte. Se expresaban con voces apagadas e inexpresivas y sus movimientos eran torpes y lentos. Parecía como si estuvieran convaleciendo de una enfermedad, salvo que ésta no era física sino espiritual. Y todo ello lo pude advertir a la luz de las hogueras que se recortaban entre la oscuridad.

No me preocupaba saber para qué me había llamado el rey. Tenía la mente demasiado embotada para que tal hecho pudiese inquietarme. Me limitaba a contemplar el espectáculo que me rodeaba, que evidenciaba de modo muy patente la situación en que nos encontrábamos. Ni siquiera había tenido ánimos para sentirme sorprendido.

La tienda real se encontraba en el centro del campamento y estaba rodeada por las de los principales oficiales. Era de un resistente tejido de color de púrpura y casi tan grande como la casa que mi esclavo Kefalos tenía en Nínive y estaba dividida en dos compartimientos, uno interior y otro exterior, para que el servidor de Assur pudiera proteger debidamente su majestad. Tan sólo tenía apostados vigilantes en la entrada, ¿porque a quién podía temer mi padre acompañado de su ejército?

El mensajero real hundió la jabalina en el suelo, junto a la entrada de la tienda del rey, como constancia de que el señor Sennaquerib, augusto soberano, deseaba reunirse a solas con el hijo nacido de su simiente, y entonces volví a recordar que se trataba de mi padre.

En el compartimiento exterior únicamente se veía una mesa de campaña tras la que se sentaba un escriba barbilampiño que apenas se molestó en levantar la mirada de la tablilla en la que estaba trabajando. La cortina que comunicaba con la parte interior estaba recogida y sujeta con un cordón y el hombre me hizo señas de que entrase.

—¿Eres tú, muchacho? ¡Pasa!

El rey estaba sentado en el borde de su lecho. Se cubría tan sólo con una sencilla túnica, como si acabase de despertar, aunque en sus ojos se adivinaba que hacía muchos días que no conciliaba el sueño. Llevaba la cabeza descubierta y advertí perfectamente cuan encanecidos se hallaban sus cabellos. Me arrodillé a sus pies y le puse las manos en las rodillas, que él cogió con fuerza. Le miré al rostro e intentó responderme con una sonrisa, pero de pronto desvió los ojos y me soltó las manos.

—Sírvenos un poco de vino. ¿Lo ves? Está sobre aquella mesa. Trae una copa para cada uno y beberemos a la salud del rey elamita. ¿Qué te parece? ¡Ja, ja, ja!

Le obedecí en silencio. Cuando le entregué su copa observé que le temblaban las manos.

—Siéntate, muchacho, siéntate a mi lado.

Tras una segunda copa pareció más sereno y confortado.

—Se han ido, ¿verdad? —preguntó paseando nervioso los ojos por la tienda como si temiera que Kudur—Nahhunte pudiera estar acechando tras una silla—. Se fueron por el río, ¿no es así?

—Sí, señor. Creo que tardarán en regresar. Sus mejores soldados se están pudriendo en el campo de batalla.

—¿Es eso cierto? —inquirió el monarca, asiéndome firmemente del brazo—. ¿Lo has visto con tus propios ojos?

—Sí, señor. Sólo tienes que acercarte a la llanura para contemplar la enorme extensión cubierta de cadáveres tras la estacada que hemos levantado.

—¡Vayamos a verlo! Creo que tú y yo podemos ir solos sin correr ningún peligro.

Se levantó del lecho. Le ayudé a vestirse la magnífica túnica argentada y con mis propias manos ceñí en su cabeza el turbante distintivo de la realeza como si se tratase de un niño asistido por su madre. Cuando salimos

al exterior se nos acercó un cortesano, pero el rey le despidió dando muestras de impaciencia.

—¡No! —exclamó. Y, paseando una feroz mirada por los oficiales que nos acordonaban, añadió—: ¡Deseo estar a solas con mi hijo! ¡Dadnos una antorcha!

Un miembro de su guardia me tendió un hachón encendido y el rey y yo nos dirigimos hacia la estacada seguidos por las miradas de los hombres, que nos contemplaban como si fueran visitados por un dios, y seguidamente entramos en el campo de batalla de Khalule. En el aire se respiraba un hedor putrefacto. A la luz de la luna y de la antorcha que llevaba pudimos distinguir perfectamente, en todo su horror, la espantosa perspectiva que se extendía ante nuestros ojos. El suelo estaba empapado en sangre que, al secarse, había formado grandes manchas negras en varios puntos y los cadáveres yacían en grotesca profusión. Parecía como si pudieran escucharse los angustiados lamentos de sus espíritus flotando a la ventura a impulsos del viento.

—¡Entonces es cierto!

El rey se asió de mi brazo mientras nos abríamos camino entre los montones de cadáveres. Observé que su paso era vacilante como el de un anciano.

—Lo es, señor.

—¿Y en qué estado se encuentra nuestro ejército?

—Hemos sufrido muchas pérdidas, pero sigue intacto.

—Entonces no marcharemos hacia el sur contra Elam —respondió. Por vez primera aquella noche se expresaba como un rey—. No podemos permanecer aquí si no queremos correr el riesgo de que se propague alguna epidemia… ¡Uf, qué hedor! Iremos hacia el oeste, al Eufrates. Habiéndose retirado los elamitas, esa chusma de negras cabezas recordará bastante tiempo quién es el señor de Sumer y Acad. Concederé a mis valientes algunos meses de fáciles victorias que les permitan enriquecerse con el botín y recobrar su confianza. Los babilonios pagarán cara esta campaña y tendrán su merecido por haber traicionado a mi hijo y heredero.

»Ven, Tiglath: quédate a mi lado mientras dispongo lo que debe hacerse. Me han dicho que luchaste como un jabato, que te hirieron en dos ocasiones y que era tu primera batalla. Los dioses de Assur serán testigos

de tu gloria. ¿Te duelen las heridas, muchacho? Recuerdo la primera batalla en la que intervine…

Y así fue cómo el rey mi padre me acogió a su lado en su época de inquietud, engrandeciéndome como había prometido cuando sólo era un muchacho imberbe y como gracias a su mediación llegué a conocer los entresijos del poder. Jamás pude enterarme qué le impulsó a convocarme a su presencia, pero la importancia que llegué a alcanzar en el país de Assur se la debo a aquella noche.

Partimos en dirección oeste y los notables de Sippar se arrojaron a los pies de nuestro rey, suplicándole que respetase la ciudad porque por entonces era ya bien sabido que los elamitas no regresarían aquel año a las tierras de Sumer y Acad. El rey, en su sabiduría, comprendió las virtudes de una fácil victoria y aceptó los tributos, adoró a sus dioses en sus altares y reemprendió el camino hacia el sur, sin apartarse de las orillas del río Eufrates, cuyas aguas lodosas, de lenta corriente, discurrían como una serpiente perezosa. Las ciudades de Cuthah, Kish y Borsippa también se sometieron porque no se sentían capaces de enfrentarse a los ejércitos de Assur, propiciando de este modo nuestro rápido retorno al hogar. No marchamos contra Babilonia porque Mushezib—Marduk, que el año anterior había asumido el poder de manos del dios Bel y reinaba en aquella ciudad, disponía de un poderoso ejército. También él había participado en la contienda de Khalule, pero como monarca prudente había permitido que su aliado emprendiese la mayor parte de la lucha y seguía siendo bastante poderoso para poder atrincherarse en su ciudadela. Como se sabe, Babilonia es una gran ciudad: intentar conquistarla teniendo que enfrentarse a una firme oposición era, en semejantes momentos, una tarea superior a nuestras fuerzas. En aquella campaña ya no intervinimos en otras escaramuzas.

Y al concluir el verano tomamos rumbo norte, hacia la ciudad de Nínive.

A lo largo de nuestro recorrido los súbditos leales del monarca acudían a rendirle acatamiento desde las ciudades más importantes del país: Opia, Samarra, Takrit, Assur, Kalah. Regresábamos al hogar con guirnaldas de flores y las ancianas nos agasajaban con vino y frutas. Habíamos sufrido

mucho por el dios y por ellos, para que todos pudieran dormir tranquilos en sus lechos sin sufrir pesadillas por causa de los elamitas. En Takrit cubrieron las murallas de la ciudad con estandartes de color verde y amarillo y, en Kalah, la gente se arrodillaba junto al camino para recibir la bendición del poderoso monarca.

Y cuando llegamos a Nínive, que distinguimos desde lo lejos mientras comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia, la alegría rayaba en locura al ver regresar una vez más a la capital al servidor de Assur. Mujeres cargadas con panes y jarras de cerveza bailaban y se sentían transportadas por el júbilo ante el retorno de sus esposos, tanto tiempo ausentes, y los hombres arrojaban monedas al paso del rey para que quedaran santificadas por las ruedas de su carro. Durante tres noches nadie durmió en la ciudad porque era tiempo de festejos. En las tabernas y burdeles reinaba plena actividad y las mujeres se congregaban en el templo de Ishtar para compaginar sus deberes con la diosa con la excitación propia del regreso de los soldados. Éramos una gran nación que pisoteaba a sus enemigos, predilectos de los dioses, temidos en todo el mundo, poderosos y ricos. Así lo creíamos todos y nos regocijábamos con ello. Aquel que vestía la túnica de soldado no pasaba privaciones, tuviese o no dinero, e incluso la participación en el botín del más humilde combatiente era muy importante. Nínive se encontraba lejos de las llanuras de Khalule y desde aquella distancia podíamos creer en nuestra victoria.

En cuanto el *quradu* regresó a la Casa de la Guerra, me despojé de mi armadura y me incorporé a las filas de hombres que aguardaban para asearse en los baños. A continuación vestí un uniforme limpio y me encaminé a los aposentos de Asharhamat en el palacio real. Una de sus servidoras me acompañó al jardín interior, donde la joven se hallaba sentada junto a la fuente contemplando las aguas.

Asharhamat levantó la mirada y su rostro se iluminó al reconocerme. Pareció danzar sobre el pavimento —tal es el único modo de describir el movimiento de sus diminutos pies— y se arrojó en mis brazos. Al cabo de un instante sus labios se encontraron con los míos con una presión que me dejó sin aliento.

—¡Sabía que volverías! —dijo en un intenso susurro—. ¡Estaba convencida de que no morirías! ¡Lo sabía, lo sabía!

La besé con avidez, sin preocuparme de que alguien pudiera vernos… En aquellos momentos no me importaba. Me encontraba de nuevo en su

jardín y Asharhamat no había dejado de amarme.

Nos sentamos uno junto al otro y cogí sus manos entre las mías advirtiendo que ya no vestía la túnica roja de luto.

—Eso significa que en breve te casarás con Arad Ninlil —le dije sintiendo como si una mano de hierro me oprimiese el corazón.

—¡Nunca! ¡Jamás me casaré con él! —exclamó con voz entrecortada por la ira—. Él acude a visitarme de vez en cuando —prosiguió por fin más serena y con expresión reconcentrada, como si tales pensamientos le helasen el corazón—. Viene a cenar con su madre y me mira con avidez e insistencia. En una ocasión… ¡Oh, le odio! ¡Jamás me casaré con él! ¡Sólo me casaré contigo, Tiglath Assur, preferido de los dioses!

En sus ojos brillaba una fría determinación que atraería sobre nosotros la cólera real. Aunque los dos estábamos condenados, me sentía plenamente dichoso: aquel instante valía por mil muertes.

—Pero ya ha concluido tu época de luto.

—Sí, terminó hace tiempo. Pero, a decir verdad, él jamás me importó: ni siquiera llegó a ser mi esposo.

—¿Entonces no se dice nada acerca de Arad Ninlil?

—Nada.

Sonreímos absurdamente dichosos, aunque, en realidad, era como si hubiesen aplazado nuestra ejecución, como los condenados a quienes se les concede otro día antes de enfrentarse al cuchillo del verdugo. ¿Mas qué importaba? Aún nos quedaba aquel breve espacio de tiempo: eso era lo único que contaba.

Me disponía a explicarle el desarrollo de la campaña, pero con gran sorpresa descubrí que ella parecía estar informada de todo: de la matanza provocada en Khalule, de nuestra marcha por las ciudades del sur… Incluso sabía que gozaba de la protección real, noticias que habían llegado a Nínive hacía tiempo. Cuando le hablé del rey, Asharhamat se limitó a mirarme de reojo y sonreír. Todo le parecía sencillo y evidente. Al separarme de ella comprendí que no la entendía en absoluto, que Asharhamat se había convertido en una de esas mujeres para quienes los hombres somos simples criaturas.

Casi había oscurecido cuando abandoné su jardín y, como no tenía ánimos para dirigirme al cuartel, me encaminé hacia la casa próxima a la puerta de Adad.

—¡Señor! —vociferó Kefalos al verme. En el semestre que había transcurrido se había hecho aún más corpulento y su túnica verde y amarilla se henchía como una vela a su paso mientras acudía contoneándose a recibirme a la puerta, donde cayó de rodillas abrazándose a mis piernas—. ¡Mi inconsciente y joven señor sigue con vida! ¡Loados sean los dioses de todas las naciones!

Envió a Filina a toda prisa a la cocina, ordenándole que preparase la cena y entregó al pequeño Eraos tres siclos de plata, encargándole que comprase el mejor vino que pudiese encontrar. Antes de que asomaran las estrellas, Kefalos y yo estábamos sentados bajo el emparrado de su jardín y nos habíamos semiembriagado, mientras que él me entretenía contándome los acontecimientos que habían tenido lugar durante mi ausencia.

—La comidilla general entre los médicos la constituyen sin duda los trastornos intestinales del *marsarru* Arad Ninlil, de los que se siente muy aquejado desde la marcha del ejército, según creencia popular a causa de la envidia que siente por tus éxitos, cuya divulgación me he preocupado de costear por la ciudad, de modo que ha redundado en nuestro beneficio. Mis pacientes femeninas acuden a oírme hablar de ti y ni que decir tiene que todas sienten una ciega confianza en un doctor cuyo amo es un héroe y tan afortunado que aún sigue con vida. A propósito, ¿resultaron efectivos los ungüentos?

—Sí… —Estuve a punto de atragantarme con las algarrobas almibaradas de Filina porque seguía llevando el tarro rojo en mi macuto sin haberle quitado el precinto y no me entusiasmaba la perspectiva de recibir otro sermón de Kefalos sobre la depravación y suciedad de las mujeres del sur—. Mis heridas… Mira mis cicatrices, apenas se notan.

Me puse en pie y me levanté la túnica mostrándole la señal de la estocada que había recibido en el tórax en Khalule, que a la sazón no era más que una línea blancuzca. Kefalos la examinó muy interesado a la luz de una lámpara de aceite para verla mejor.

—Si fueses vanidoso, señor, incluso llegarías a desear que mi remedio no hubiese resultado tan eficaz —dijo cuando volvió a sentarse—. Las cicatrices son muy propias de los guerreros cuando han sido recibidas

honrosamente y dentro de uno o dos años se requerirá una mirada muy experta para adivinar cuan próximo estuviste a encontrar la muerte.

—Pero, como dices, Kefalos, estoy por encima de tales vanidades. Vamos, dime: ¿qué comentarios hubo acerca de la campaña? ¿Imagina la gente las auténticas pérdidas sufridas en Khalule?

Mi esclavo se encogió de hombros.

—No les preocupan, señor. No debes olvidar que Nínive cuenta con privilegio real, y como aquí no puede ser reclutado nadie para el ejército, para oír los lamentos de los deudos es preciso visitar las casas de los pobres. Se dijo que había sido una próspera campaña y los mercaderes se han enriquecido aún más comprando los despojos. La gente está dispuesta a creer cuanto se le diga.

Cuando le describí cómo se había desarrollado realmente la batalla, que el rey había llorado en mis brazos y había permanecido recluido tres días en su tienda, Kefalos se limitó a mover pensativo la cabeza como si hubiese oído aquella historia en muchas ocasiones.

—Recordarás, señor, que te lo advertí antes de tu marcha, cuando estabas tan convencido de la gloria de las batallas. La guerra es una empresa que sólo beneficia a los cuervos… y, desde luego, a los taberneros y rameras cuando regresa el ejército. Al cabo de una semana a ninguno de esos soldados que van por la ciudad bebiendo y tratando de divertirse le queda ni una moneda de cobre.

Aquello era absolutamente cierto. Cuando me encontré por las calles abriéndome paso entre la festiva multitud, comprendí que Kefalos tenía razón. De modo que al llegar al cuartel me sentía muy deprimido. Me quité las sandalias y por primera vez desde hacía seis meses me dispuse a descansar en un lecho auténtico, pero estaba inquieto y descubrí que hubiese dormido mil veces mejor sobre el duro suelo.

A la mañana siguiente me despertaron las primeras luces del día y sentí como si tuviese la cabeza abierta, igual que una manzana asada. Me levanté y conseguí lavarme la cara, pero no me atreví a salir de la habitación, temiendo que la luz del sol del sagrado Assur me fulminara con su impacto. Me cubrí el rostro con las manos y maldije al sabihondo Kefalos y a su abundante vino, cuyo sabor aún persistía en mi boca como si se hubiese enranciado. Comenzaba a comprender que los dioses no me habían destinado a ser un juerguista.

—Ten…, tómate esto.

Tabshar Sin acercaba a mis labios una jarra de cerveza que me obligó a beber y que sin duda contenía algún remedio porque, aunque olía como los hornos de carbón vegetal que se encuentran en las afueras de la ciudad, al cabo de unos momentos sentí como si mi cabeza se hubiese contraído a sus proporciones normales.

—¿Qué haces aquí? —preguntó por fin—. Te he estado buscando por toda la Casa de la Guerra.

Paseé la mirada en torno parpadeando como una lechuza entre la confusa luz que iluminaba la estancia procedente de su única ventana y comprobé que, efectivamente, no había sufrido ningún error: era la misma que había compartido con Asarhadón durante cinco años.

—Es la habitación de un muchacho —repuso Tabshar Sin suavemente, como si estuviese dando explicaciones a un ser deficiente—. Mañana la ocupará otro recluta. Tú debes alojarte en el cuartel de los oficiales. ¿O acaso has olvidado que ahora eres un *rab kisir* del *quradu*? ¡Levántate y ve a la casa de baños a ver si el agua te despeja la mente! Esta noche debes formar parte de la escolta real.

Observé que me sonreía, pero de repente su rostro se ensombreció.

—Te portaste muy bien —dijo—. Te has cubierto de gloria y me siento orgulloso de ti. Ve a bañarte y luego regresa y me explicas cómo encontró la muerte Nargi Adad.

Según he podido observar, cuanto más cruel es una contienda y más ambiguos sus resultados, más costosos y complicados son los actos con los que se festeja la victoria. Habíamos derramado mucha sangre en el sur y, aparte infligir similares pérdidas a nuestros enemigos, habíamos obtenido escasos logros. Ciertamente que los elamitas se habían retirado dentro de sus límites fronterizos y que habíamos recibido la sumisión de las ciudades más importantes de Acad y Sumer, con la excepción de Babilonia —en realidad la única que importaba—, pero la cuestión no sé había zanjado y dentro de un año ambos ejércitos deberían enfrentarse de nuevo. Al parecer, nuestra penosa experiencia tan sólo se había suspendido momentáneamente, lo que explicaba el magnífico banquete con que el rey mi padre celebraba su triunfo.

Aquella noche disfrutábamos del arte de músicos expertos y corría el vino en abundancia, pero apenas abusé de él, puesto que no me encontraba en compañía de hombres como Kefalos en quienes pudiera depositar mi confianza. Los aromas a incienso y a cordero asado enrarecían el ambiente. En los candelabros de las paredes ardían las antorchas y las mujeres danzaban cubiertas únicamente por sus joyas y su sudor se mezclaba con los aceites que ungían sus morenos y perfectos cuerpos, que brillaban como estrellas mientras se retorcían expertas en lo que parecía un arrebato frenético y lujurioso.

Sin embargo, todas las miradas convergían en el rey, que resplandecía en su túnica púrpura y dorada. En el turbante que cubría sus encanecidos cabellos aparecían incrustadas preciosas gemas de color verde. Cuando el monarca reía, todos reíamos con él, y cuando contaba una anécdota, todos le escuchábamos. El rey representaba la gloria, el poder, la divinidad del propio dios; nos mantenía asidos en su mano como dados dispuestos a ser arrojados.

En aquella ocasión yo no era uno de los escuderos que vigilaban las puertas, sino que formaba parte del grupo de los favoritos del rey que le acompañaban en la larga mesa. Allí se encontraban todos los grandes de la corte: los comandantes de su ejército, el señor Sinahiusur y el *marsarru* Arad Ninlil, aunque este último no se sentaba a la diestra de su padre como hubiera sido de esperar, sino que estaba más alejado, en realidad a escasa distancia de mí. El gobernador de la ciudad también se hallaba presente, así como el *shaknu* de Hindani, que paseaba nerviosamente su mirada en torno como si esperara recibir en cualquier momento la noticia de que había sido destinado lejos de su provincia, a un lugar inseguro. También nos acompañaba una mujer, poco más que una niña, que se sentaba junto al rey, a su izquierda, y estrechaba su hombro contra el brazo del monarca.

Pensé que acaso se tratase de una nueva concubina que hubiese formado parte de los tributos de nuestra campaña, hasta que en una ocasión en que la joven paseaba su mirada por la sala acertó a fijar sus ojos en mí y me dirigió una sonrisa y comprendí que ninguna de las mujeres del rey se hubiera atrevido a sonreír a un hombre de aquel modo.

Más tarde me enteré de que se trataba de Shaditu, su hija preferida, la alegría de su corazón, como solía decir el monarca, porque era un placer contemplarla y sabía manejar las debilidades y temores de su progenitor. Su madre había sido una egipcia que perdió la vida en el parto y se decía que

había maldecido a aquella criatura en sus últimos momentos. Sin embargo, el rey permaneció ciego a sus perfidias y llegó a causar mucho daño hasta que encontró la muerte. Aunque era hermana mía, sólo las rameras me habían sonreído del modo que ella lo hizo aquella noche.

—… pero no fue como las luchas que libramos en nuestra juventud, ¿verdad, hermano? ¿Recuerdas la campaña que emprendimos en tierras hititas, cuando el rey de Sidón se arrojó al mar huyendo de nosotros y se ahogó en presencia de toda la ciudad? Y cuando Sidka, rey de Asbkelon, no se sometió, le arrebatamos sus dioses, sus mujeres, sus hijos y sus hijas y los arrojamos a una enorme hoguera…, ¿te acuerdas? ¡Bien que aprendió a besar el suelo a nuestro paso! ¿Y los egipcios? ¡Por Adad, los egipcios! ¡Cómo combatimos contra ellos! ¡Sus cadáveres cubrían el campo de batalla bajo las murallas de Altaku! ¡Cuánto te hubiera gustado verlo, mi dulce manzanita! Tu anciano padre, cuando no era tan viejo…

Shaditu le miraba abiertamente al rostro, acariciaba las manos que sostenían su esbelto y juvenil cuerpo y susurraba palabras en su oído, que le hacían estallar en ruidosas carcajadas. Y el rey, que como todos los monarcas sabía que no podía confiar en nadie, creía en su amor.

Pero mi padre aquella noche no sólo estaba ebrio de las caricias de su hija, y por fin despidió a la joven para poder disfrutar plenamente de la actuación de las danzarinas. En la mesa resonaban las carcajadas y las chanzas de los soldados y el repiqueteo de los tambores parecía trepanarnos el cerebro. Las bailarinas se aproximaban hasta el punto de que bastaba con extender la mano para rozar sus relucientes cuerpos, y así lo hicieron algunos de los presentes. Por fin el rey se levantó tambaleándose de la mesa y dos mujeres le sujetaron para evitar que cayese, acudiendo en su ayuda con una rapidez que evidenciaba una práctica inveterada. Sennaquerib se reía mirando a una y a otra y se dejaba ayudar por ellas, mientras los presentes comenzábamos a levantarnos.

—Augusto señor, quisiera…

—¡No! ¡Apártate de mí!… ¡No te acerques!

Se trataba de Arad Ninlil, su hijo y heredero, que había acudido a su lado, y el rey extendió los brazos rechazándole como si fuese un leproso. Un profundo silencio se extendió por la sala.

—¡No te acerques!… —repitió el rey, más sereno. Apenas nos atrevíamos a mirarle y el *marsarru* paseaba en torno sus ojos llenos de odio

—. ¡Venid, mis lindos pajarillos! ¡Vamos…, acompañadme a mis habitaciones porque hoy he bebido demasiado!

Y salió apoyándose en ellas. Nosotros permanecimos como petrificados hasta que hubo desaparecido y Arad Ninlil abandonó a su vez la estancia sin mirar a nadie.

Cuando levanté la cabeza mis ojos se encontraron con los de Sinahiusur, cambiando una mirada sumamente expresiva que hizo innecesaria cualquier palabra.

Durante los siguientes días creí aconsejable olvidar mi condición de hijo del rey y consideré más conveniente sentirme un simple soldado que conoce sus obligaciones y cumple órdenes. En el campo de batalla el soberano era mi señor, aquello me bastaba; en caso necesario y si así lo exigía, le seguiría hasta las puertas del Arallu y daría por él mi vida. Ansiaba con todas mis fuerzas que olvidase que era mi padre y poder olvidarle también yo. Aunque entonces aún lo ignoraba, había perdido la fe en los monarcas.

De modo que volví a la plaza de armas de la Casa de la Guerra, donde me entregué a la instrucción de mis hombres extrayendo de sus cuerpos los malos humores que habían almacenado mientras holgaban por las calles de Nínive…, cosa que no les agradaba, y exigiéndome más que a ellos mismos porque anhelaba sumirme en el olvido provocado por el agotamiento, aunque eso no les servía de consuelo. Así fue como aprendí que es más difícil someter a disciplina a los soldados en la guarnición que durante la lucha.

Pero persistí en mi empeño y en breve olvidaron los placeres de Nínive. Eran excelentes personas y disculparon la obsesión que yo sentía porque no podía olvidar de qué modo la caballería enemiga había atravesado nuestras líneas en Khalule al igual que una hacha atravesaría un papel y se me había ocurrido una idea que según creía nos permitiría detenerlos.

—Si pudiésemos mantener a nuestros hombres agrupados formando un muro con sus escudos y por añadidura proteger ese muro con las largas lanzas que asomaran entre ellos, con los extremos firmemente plantados en el suelo y ladeadas las astas para que los jinetes pudieran quedar empalados

en ellas en caso de que arremetiesen irreflexivamente contra nosotros… Por mi parte creo que preferiría desviarme antes de arriesgarme a quedar ensartado como un ganso asado e imagino que los elamitas darían media vuelta, ¿qué te parece?

Tabshar Sin me escuchaba con gran atención observando los esquemas que yo dibujaba en el polvo. Como había perdido la mano bajo la espada de un jinete nairi, mi estrategia le interesaba extraordinariamente.

—Las lanzas tendrían que ser enormemente largas —dijo por fin, moviendo pensativo la cabeza—. Deberían medir por lo menos ocho o diez codos para que los jinetes abandonasen toda esperanza de alcanzar nuestras líneas. ¿Cómo podrían transportarlas los portadores de escudos?

—Junto con las jabalinas. Deberían llevarlas enhiestas en el aire para que sirvieran de advertencia al enemigo, de ese modo su caballería llegaría a temer la orden de carga.

—¿Y si tus hombres rompiesen filas?

—No lo harán. Debemos enseñarles a correr sin perder su formación, a avanzar veinte pasos, dejarse caer sobre una rodilla y plantar la lanza en el suelo y avanzar seguidamente otros veinte pasos. Y lo que descorazonaría a la caballería tendría idénticos efectos en los soldados de infantería. Esto es algo que aprendí en Khalule, en el instante en que los hombres rompían filas: cuando dejan de luchar concertadamente la batalla se interrumpe y se convierte en una vulgar pelea.

—Bien: creo que podrías intentarlo, príncipe. Pero recuerda que lo que funciona en el campo de instrucción no dará necesariamente igual resultado entre el fragor del combate. Es muy distinto cuando los hombres que tienes delante no son tus compañeros de cuartel sino un ejército de elamitas.

—Por ello es necesario instruir a los hombres hasta que no lleguen a distinguir la diferencia existente entre entrenamiento y batalla y sigan las órdenes instintivamente, como si respiraran.

—No perderemos nada con intentarlo, por lo menos los tendremos entretenidos de algún modo.

Y así fue cómo pasé los días aleccionando a nuestros hombres para que utilizasen un arma que ni siquiera existía.

—No, príncipe, una lanza de bronce que mida más de cuatro codos se doblará como una rama bajo el peso de la nieve recién caída.

El jefe de los armeros reales se enjugó un ojo con el dorso de la mano izquierda: las chispas que arrancaba su martillo le habían chamuscado hacía tiempo cejas y pestañas.

—Quizá podría intentarlo en acero, pero para ello tendría que remodelar el horno. No estamos acostumbrados a trabajar el metal en tales dimensiones, ¿comprendes?, y el acero es tan obstinado como mi mujer.

Sonrió tímidamente, como si temiera que pudiera ofenderme su inocente broma, pero comprendí que estaba reconsiderando el problema.

—¿Y en cuanto a su peso? —pregunté. No deseaba que mis formaciones se convirtieran en una masa erizada, pero de efectos retardados—. Deseo que sea algo que los hombres puedan llevar todo el día, con lo que incluso puedan correr. ¿No resultarán demasiado pesadas si las fabricamos de acero?

—No, príncipe. Incluso pesarán menos que si las hiciésemos de bronce, porque podemos afinarlas mucho más. Tus soldados aprenderán rápidamente a soportar su peso.

—¿Y podrás fabricar bastantes armas para equipar un ejército en primavera?

—Un ejército, no, pero sí algunas compañías. Suficientes para que trates de comprobar tu nueva estrategia, príncipe.

Me sonrió de nuevo. Probablemente tenía más conocimientos militares de los que yo aprendería en diez campañas, pero si me consideraba un necio se guardó muy bien de expresar su opinión.

—Probémoslo entonces.

De modo que seguí instruyendo a mis soldados, obligando a transportar a los portadores de escudos leños cuyo peso pudiera hacerles considerar leve el de las lanzas de acero. Los trabajos se realizaron durante los meses de Marcheswan y Kislef, en los que el viento se iba enfriando y las hojas comenzaban a marchitarse en las ramas de los árboles. Por fin el armero real pudo entregarnos las lanzas, y cuando los hombres comprendieron que con ellas conseguirían protegerse de la caballería elamita cesaron en sus lamentaciones. A mediados del invierno los soldados de mi compañía, que se había visto reforzada con la incorporación de nuevos elementos procedentes de levas efectuadas en el norte, maniobraban tan sincronizadamente como los dedos de una mano.

Y todos aquellos preparativos tenían lugar bajo la atenta mirada del rey, que acudió en varias ocasiones a presenciar los ejercicios, y cuando las lanzas estuvieron preparadas se reservó una para él, que no abandonaba en ningún momento mientras paseaba arriba y abajo inspeccionando la línea defensiva de los escudos.

—Pero ¿qué harán tus lanzadores de jabalina, muchacho? No tendrán grandes posibilidades de maniobrar tras esa barrera de cuero.

—Tan sólo adoptaremos esta formación cuando la caballería esté prácticamente sobre nosotros. Augusto señor, el elemento sorpresa es muy importante si confiamos en sembrar el pánico entre los caballos. Y, a tan escasa distancia, las jabalinas son de poca utilidad. Como ves, los arqueros sólo necesitan retroceder unos pasos para alcanzar a la infantería enemiga.

—Entonces ¿crees que servirá? ¿Qué opinas tú, hermano?

El *turtanu* Sinahiusur se acarició un momento la barba y por fin hizo una señal de asentimiento.

—Creo que puede funcionar, señor.

—Sí, también yo lo creo —repuso el rey agitando la lanza que sostenía, como si deseara comprobar que no se hacía añicos.

Al ver que no era así, se volvió hacia mí sonriéndome abiertamente y exhibiendo su dentadura.

—Sí, realmente puede funcionar. Eres un muchacho inteligente, Tiglath Assur, hijo de Sennaquerib, Señor de la Tierra y Rey de Reyes. Ven a verme mañana cuando esté cenando y me contarás si tienes algún otro plan para conquistar el universo a fuego y espada. ¡Ja, ja, ja!

Cuando aquella noche me introdujeron en la cámara privada del monarca me sorprendió encontrarme a solas con él. Estaba sentado ante una tosca mesa de madera, arremangado, y cenaba en vajilla de oro que brillaba a la luz de las antorchas. Me arrodillé ante su presencia, pero incluso aquella ceremonia tan sencilla pareció impacientarle. Me hizo señas para que me aproximara.

—Ven…, siéntate —ordenó al tiempo que me servía él mismo una copa de vino—. Lamento no poder ofrecerte nada más… El vino me pertenece, pero la comida es propiedad divina. Los sacerdotes la ofrecen a su contemplación y luego me la sirven. ¿Lo sabías? De modo que me alimento con las sobras de la divinidad y en su áurea vajilla, como si fuese un perro.

Me removí incómodo en mi asiento contemplando mi copa de vino sin saber qué decir.

—Un rey no es nada más que eso, hijo mío: el perro guardián de la divinidad, sujeto con una cadena en su puerta para que ladre a los desconocidos. Aunque pueda aparecer de otro modo a los ojos del mundo, en realidad sólo soy eso. ¡Vamos, bebe! Tu presencia alegra mi corazón y a mi edad recibo pocas satisfacciones. ¡Bebamos por la gloria de tu nombre, Tiglath Assur, hijo de Sennaquerib!

Así lo hicimos. Y también bebimos por la gloria de Assur y la destrucción de los elamitas, y luego por Ishtar, cortesana de los dioses y diosa de las batallas, y así sucesivamente… Hasta que por fin olvidé todas las prevenciones que sentía acerca del rey, que era mi padre y mi amigo y a quien amaba.

—El dios ha maldecido mi descendencia…, excepto contigo, hijo mío —exclamó pasándome el brazo por la espalda—. Me siento culpable de la muerte de Assurnadinshum: jamás debí enviarle a ese sombrío país. ¡Que Assur maldiga Babilonia! Y en cuanto a Arad Ninlil…, en fin, ya lo has visto. Pero ¿te has fijado en mi hija Shaditu? —prosiguió con ojos brillantes—. ¡Es una criatura encantadora!… Y suele hablarme de ti, por lo que me alegra que seáis hermanos, ¿sabes? ¡Ja, ja, ja! Es tan encantadora y representa tal consuelo para mí que me resisto a la idea de separarme de ella. ¡No, no se casará mientras yo viva! Muy egoísta por mi parte, ¿verdad, Tiglath?

Sin aguardar respuesta, cosa que le agradecí, se extendió en otros temas sobre sus anteriores campañas, sus mujeres, la señora Naquia y su edad.

—¿Qué sucederá cuando yo muera, muchacho? Me pregunto qué sucederá. Pero esta nueva táctica tuya… tendremos que ensayarla en la próxima campaña, y si funciona… Eres un buen muchacho y también un excelente soldado. Y eso es lo que importa realmente. En una ocasión dije que te haría grande, pero creo que, al final, lo conseguirás tú solo. Por tanto considero que tan sólo puedo enriquecerte. Hay una finca perteneciente a la corona que se halla a unas dos millas de distancia río arriba… Te la regalo, hijo mío. Y con el tiempo recibirás más, mucho más. ¿Deseas alguna otra cosa en estos momentos, muchacho? ¡Vamos! ¡Dímelo y, si está en mi mano, cuenta con ello!

Aquél era el momento que había estado esperando desde mi infancia. ¿Para qué había tratado de cubrirme de gloria sino para poder alcanzar el favor real con aquel fin exclusivo? Sin embargo, el solo nombre que se formaba en mi mente era el de Asharhamat. Y no podía pedírsela al rey si no quería que sus ojos se ensombrecieran de ira, porque era lo único que no tenía la facultad de otorgarme.

Y, con todo, el rey me quería y había bebido en exceso… Acaso si me atreviera…, pero no. No debía pedírselo. Yo era el servidor del monarca, le obedecía con absoluta lealtad y no podía engañarle traicionando la voluntad divina.

De modo que mientras mi corazón susurraba el nombre de Asharhamat, mis fríos labios modularon otra palabra.

—Augusto señor…

—Sí, hijo mío. ¡Habla! ¡Di lo que deseas y te será concedido!

—Mi madre, señor… Deseo que vuelva conmigo.

En el silencio que siguió me sentí plenamente avergonzado. Primero por haber pedido semejante cosa a su real majestad y, en segundo lugar, porque aunque en mis pensamientos, en mis deseos secretos, había sacrificado a Asharhamat por mi madre, a Asharhamat, cuyo amor me estaba prohibido pero a quien seguiría amando mientras existiera un hálito de vida en mi cuerpo…

El rey escudriñó mi rostro sin apartar sus brazos de mis hombros.

—¿Tan poca cosa, muchacho? ¿Simplemente eso? ¿Tu madre? ¡Entonces…, así sea! ¡Ja, ja, ja!

Y el gran rey mi padre, que quizá no estaba tan bebido como yo había pensado, se mostró fiel a su palabra porque la noche siguiente, cuando regresaba de realizar los ejercicios militares, me encontré con una silla cerrada conducida por cuatro esclavos, una silla digna de una reina, que me aguardaba en la entrada del cuartel de los oficiales, de la que descendió mi madre, portadora de la tablilla en la que Sennaquerib me transfería una finca de propiedad real de una extensión de un centenar de *beru*. Le aparté el velo para poder ver su rostro: sus azules ojos estaban llenos de lágrimas.

—¡Oh, hijo mío, hijo mío!… ¿Es cierto lo que sucede? —Sí, madre. Lo es.

Y así fue como cumplí la promesa que le había hecho siendo niño y por gracia del monarca conseguí sacar a mi madre del gineceo.

OceanofPDF.com

VII

Aquella noche llevé a Merope a casa de Kefalos, junto a la puerta de Adad, y a la mañana siguiente, tras confiar a mi *ekalli* Lushakin el entrenamiento de la compañía, alquilé un caballo y un carro apropiados para trasladar a una dama, y ambos emprendimos el viaje hacia mi nueva propiedad del norte.

Aunque hacía varios años que no nos veíamos, aquella mujer silenciosa que se sentaba a mi lado mientras avanzábamos dificultosamente por el estrecho y desigual camino, era tal como la recordaba de mi infancia. Entre sus cabellos cobrizos aparecían algunas hebras plateadas, y junto a su boca unas líneas casi imperceptibles denunciaban su resignada tristeza, pero, por lo menos a mis ojos, seguía siendo tan hermosa como siempre. Pese a que durante el trayecto apenas me miró, descubrí que me observaba furtivamente y que esquivaba mi mirada cada vez que yo acertaba a fijar mis ojos en ella.

—Ignoro cómo será ese lugar —dije finalmente para interrumpir aquel agobiante silencio—, aunque no creo que el rey me haya obsequiado con un cuchitril. Pero si la casa no es de tu agrado, podemos reconstruirla. He dado instrucciones a Kefalos para que busque algunos esclavos que cuiden de ella y una mujer que atienda a tu servicio.

—¿Y puedes permitirte tales gastos, Lathikadas?

Era la primera vez que me llamaba con aquel nombre de mi infancia. Me volví sonriente hacia ella y en aquella ocasión no desvió su mirada como una novia en su viaje nupcial.

—No debes preocuparte, Merope. No sólo el rey trata de convertirme en un hombre acaudalado. Mi esclavo, ese bribón, parece haberse adueñado de media Nínive y, según sus libros contables, poseo suficientes medios para mantenernos tú y yo hasta el fin de nuestros días. Es un pillo, pero un

buen amigo y seguramente me roba, mas creo que sin excesos. No temas, construiré para ti una casa digna de la esposa del rey y en la que por fin serás dueña y señora.

—No soy la esposa del rey, hijo, sino solamente una de sus mujeres. Y hace muchos años que no se acerca a mi lecho.

Como no sabía qué responderle, guardé silencio. Y cuando nuestras sombras comenzaban a proyectarse por la carretera, llegamos junto a un mojón en el que figuraba el disco de Assur anunciándonos el acceso a la propiedad real.

En breve pudimos comprobar que el rey mi padre no me había regalado una pocilga. Los campos que atravesábamos, desnudos en aquella época del año y cubiertos de amarillentos rastrojos, se extendían a ambos lados del camino hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Y la casa no era de ladrillos, sino que estaba construida con piedra de la montaña y orientada al estilo hitita, de modo que las habitaciones disfrutaban de luz natural durante todo el día. Mi corazón brincó de júbilo en mi pecho al comprender que estaba conduciendo a mi madre a un palacio.

Detuve el carro ante los portalones de madera y, al apearnos, se inclinaron ante nosotros los servidores que atendían al cuidado de la casa y a las labores del campo que se habían congregado para darnos la bienvenida.

—Soy Tiglath Assur —dije en el tono de voz con que solía dirigirme a mis soldados. No estaba acostumbrado a tratar con campesinos y era muy consciente de mi juventud, por lo que temía parecer excesivamente rudo o débil—. Y esta dama es Merope, mi madre.

—Sí, señor, ayer vino un emisario a anunciarnos tu llegada.

El hombre que así se expresaba era de elevada estatura, lucía negra barba y tenía el rostro curtido característico de las gentes que pasan la vida al aire libre frente a las montañas del norte. Se adelantó de entre sus compañeros y volvió a inclinarse ante mí. Algo en su porte denunciaba que no estaba acostumbrado a humillarse ante nadie.

—Soy Tahu Ishtar —prosiguió—, capataz de esta propiedad desde hace diez años. Durante este tiempo he servido al rey como él sirve al dios, y ahora me someto a tus órdenes. Hemos acondicionado la casa para recibiros dignamente y he destinado una mujer para el servicio de tu madre. ¿Quieres acompañarme, señor?

Aquella noche cenamos cabritillo asado y pan de cebada con cerveza —aquella gente jamás había probado el vino— y, cuando hubimos concluido y mi madre y yo nos calentábamos junto a un brasero situado en el centro de la estancia, experimenté una sensación de comodidad y bienestar que casi había olvidado que pudiera existir. El olor a leña quemada me recordaba a la mirra.

—¿Te sentirás dichosa aquí, Merope? —le pregunté—. Tan sólo podré quedarme contigo durante las dos últimas semanas de este mes, pero acudiré siempre que me sea posible. En adelante éste será nuestro hogar. ¿Serás feliz en esta casa?

—Sí…, todo esto es como un sueño.

Las lágrimas corrían por sus mejillas y brillaban al rojo resplandor del fuego. Me senté junto a ella y le rodeé los hombros con el brazo pensando cuan vacía debía de haber sido la existencia que bahía llevado en el gineceo para que pudiera parecerle un sueño vivir allí, en una granja solitaria, sin otra ilusión que las ocasionales visitas de su hijo.

—Deberías casarte, Lathikadas —indicó de pronto poniéndome la mano en el pecho—. Debes traer una esposa aquí, una muchacha que comparta tu lecho, que te dé hijos y te haga feliz.

—Aún soy joven, Merope. Tengo mucho tiempo por delante para pensar en tomar esposa y por ahora me satisface que seas tú la dueña de la casa.

Imaginaba que aquélla era más bien una observación que la formulación de sus auténticas esperanzas, pero estaba equivocado. Advertí una creciente tensión en los dedos que aferraba a mi túnica, lo que en ella no era un acceso femenil de posesión. Sin duda había algo, una idea o recuerdo que la asustaban.

—Temo no poder dirigir tu casa como tú desearías —prosiguió con un deje de pánico en la voz—. Hijo mío, he estado sometida a esclavitud desde mi infancia y en el harén real no se aprenden las artes domésticas… Además jamás me sentiré celosa. Quisiera que lograses encontrar el amor con ella, que ella pudiese…

—¿Que ella pudiese qué, madre?

Me miró abiertamente y pude leer en sus ojos algo parecido al terror.

—Que ella pudiese alejar de tu mente el recuerdo de Asharhamat, Lathikadas.

No intentaré describir los sentimientos que me invadieron en aquel momento. Estaba demasiado sorprendido para poder ordenar mis pensamientos… ¿Cómo era posible que Merope se hubiese enterado de mis inocentes encuentros con Asharhamat? ¿Acaso constituían la comidilla de palacio? ¿Habrían llegado tal vez a oídos del rey?

No, no era posible. Seguía con vida y disfrutaba del favor real. Pero la protección de los poderosos es un don frágil y repentinamente intuí que el terreno que pisaba era tan poco consistente como la corteza del pan duro y que podría desmoronarse bajo mis pies de un momento a otro y encontrar una muerte ignominiosa. Mi porvenir dependía de una palabra.

—Pero, madre, ¿cómo has podido enterarte?

—¿Cómo? ¿Y tú me lo preguntas? —prorrumpió en un conato de risa que sonó amargamente en mis oídos—. ¿Dices que cómo es posible que yo, encerrada en el gineceo, me haya enterado de tus entrevistas con Asharhamat? ¿Acaso olvidas la compañera que allí tenía, Naquia, a quien ni siquiera se le escapa el chapoteo de una simple tortuga bañándose en el río Amargo?

Naturalmente la había olvidado. ¿Acaso iba a despreciar la ocasión de atormentar a mi madre con tales noticias? Comprendí perfectamente los temores de Merope y que yo mismo estaba experimentando.

Pero cogí su rostro entre mis manos y le besé la frente como hacía cuando era un chiquillo.

—Es algo muy inocente, madre. Nos vemos de vez en cuando. Eso es todo: no puede sobrevenirnos nada malo de ello.

»Y ahora creo que ha llegado la hora de acostarnos —proseguí como si hubiese aclarado todas sus dudas y pudiese hacerle olvidar sus sombríos pensamientos con la misma facilidad que se conduce un carro por la llanura —. Tus servidoras te aguardan tras esa puerta. Y mañana debo madrugar para visitar mi propiedad. Deseo que esta gente se entere de que su nuevo amo es un soldado que no duerme hasta mediodía como las rameras de las tabernas.

Merope me sonrió de aquel modo característico en ella, que jamás había visto en otras mujeres. Era una sonrisa que expresaba el conocimiento femeninamente generalizado de que todos los hombres son unas criaturas.

—Sería magnífico que fueses tan prudente en todos los aspectos como en éste, hijo mío.

A la mañana siguiente aún no había aparecido el sol por las montañas del este cuando abrí la puerta de mi nuevo hogar asomando a la pálida luz. Pero Tahu Ishtar, mi capataz, ya me estaba aguardando posando una mano en la hombrera de su sencilla túnica de color marrón y apoyando la otra en un cayado distintivo de su cargo como la jabalina evidenciaba mi calidad de soldado. Al verme se inclinó torpemente. Junto a él se encontraba un niño delgado, de unos doce años y que a una señal del capataz también se inclinó profundamente curvando toda la espalda.

—Es mi hijo Qurdi —me informó Tahu Ishtar—, que por gracia de mi señor me sucederá cuando Ereshkigal me llame a su lado.

El niño sonrió tímidamente y bajó los ojos hacia el suelo.

—¿Deseas pasar revista a tus propiedades, señor?

Yo lucía el uniforme de *rab kisir* en el *quradu* y era hijo del propio rey, pero aquel hombre, sin dar muestras de insolencia, me había dado a entender con la mayor claridad que nada había en mí que le hiciese temblar de espanto. Así se comportan los hombres de Assur lejos de las ciudades, donde la gente aún no se halla corrompida por las costumbres extranjeras ni por el poder del dinero, demostrando que no son esclavos.

—Con mucho gusto —repuse sonriendo a Qurdi.

Por toda respuesta el capataz se inclinó nuevamente.

Pasamos media mañana visitando las instalaciones: las eras, graneros, establos, cuadras y bodegas, y me complació gratamente descubrir que me había convertido en un próspero terrateniente, dueño de ganado y caballos. En mis terrenos se cultivaba mijo y cebada, y bandadas de gansos corrían por doquier picoteando el grano que les servía de sustento. Grandes tinajas de arcilla conservadas en lugares frescos contenían cerveza y sidra en cantidad suficiente para apagar la sed de varias compañías de soldados sedientos. Mis propiedades parecían ubérrimas. Y Tahu Ishtar me mostraba todo aquello con sencillez y naturalidad, como si no le afectase lo más mínimo: era un hombre orgulloso y no deseaba jactarse de sus condiciones.

Yo apenas hablaba, me limitaba a formularle alguna que otra pregunta y escuchaba sus explicaciones en silencio y atentamente. Mi capataz no

trataba de ganarse mi favor ni yo el suyo, porque ya no éramos niños y los hombres deben respetarse mutuamente. En cuanto a Qurdi nos seguía por doquier sin separarse de su padre, pero sin dejar de observarme.

—Dentro de poco todo estará cubierto de nieve, señor. De modo que ahora poco puede hacerse, por lo que la gente se encierra en sus hogares preparándose para pasar el invierno. Cuando visitemos los campos tendrás ocasión de ver el pueblo, mas para ello deberemos ir a caballo.

Regresamos a los establos, donde escogí un poderoso y negro alazán que embridé yo mismo y sobre cuyo lomo eché una manta. Cuando Tahu Ishtar y yo hubimos montado y Qurdi se hubo sentado detrás de su padre, emprendimos la marcha.

Empleamos más de tres horas en recorrer el circuito de mis propiedades, entre huertos y viñedos y atravesando campos de tierras bien trabajadas y canales de riego cuidadosamente dispuestos, hábiles para el transporte de gabarras y rebosantes de aguas cenagosas que brillaban como el acero pulido bajo el pálido resplandor del sol invernal. Tahu Ishtar me explicó la previsión de cultivos que se realizarían destinados a la cosecha primaveral, cómo funcionaban las esclusas de los canales y dónde trabajaban mis arrendatarios en cada época del año.

—¿Vivirás con nosotros, señor? —preguntó finalmente, evitando mi mirada.

—Siempre que me sea posible —repuse ignorando si aquélla era la respuesta que él esperaba—: soy soldado y estamos en guerra. Pero dejaré aquí a mi madre y vendré siempre que me sea posible.

Hizo una señal de aprobación sin mirarme todavía.

—Me parece magnífico. Es muy conveniente para la tierra que su propietario resida en ella. Y el rey, como es natural, nunca venía por aquí. En estos diez años jamás le he visto: cuando necesitaba hacerle alguna consulta me dirigía a sus escribas de Nínive. Supongo que ahora ya no será necesario.

Detuvimos nuestros caballos ante uno de los múltiples puentecillos de madera que cruzaban los canales y Tahu Ishtar volvió por fin su rostro hacia mí. Puesto que no pretendía instalarme en una gran mansión de Nínive viviendo de las rentas de tierras que nunca pensaba visitar, parecía haber decidido que yo era alguien tolerable.

—No, ya no será necesario. Prefiero equivocarme personalmente.

Tahu Ishtar abrió la boca y se echó a reír con la espontaneidad de un relámpago primaveral. Reía como un soldado, franca y abiertamente. La situación había cambiado entre nosotros: habíamos compartido una broma.

El hombre levantó el brazo y señaló una columna de humo que se recortaba entre las montañas.

—Vamos, pues. Allá en el pueblo aguarda la gente. Descubrirás que te consideran objeto de curiosidad, puesto que muchos de ellos no han visto jamás el rostro de su señor.

Internarse en un pueblo de las llanuras inundadas del Tigris es como adentrarse en el mundo de nuestros antepasados, puesto que aquellas gentes siguen viviendo igual que los padres de nuestra raza antes de que se instituyeran las monarquías y las ciudades, cuando sólo existían las tierras y el dios. He visto muchas de ellas constituidas por algunas chozas de adobes y formado círculo en número demasiado reducido para recibir un nombre, pero siempre antes de convertirme en un soldado de paso por la carretera, camino de otro lugar. Ignoraba qué tipo de existencia llevaban aquellas personas ante el fuego de sus hogares y jamás había probado el agua que extraían de sus pozos. Todos los que se hallan a la sombra del poderoso rey son iguales y viven como extraños en su propio país, puesto que nuestra historia se inició en los pueblos y allí es donde debemos acudir en busca de las raíces de nuestra grandeza. Somos una raza de campesinos, ya que nuestra tierra es rica y, según un proverbio, en esas cabañas nacieron los mejores soldados con los pies sucios de barro. Aunque los señores de Nínive preferían olvidarlo, no por ello era menos cierto.

Mientras cabalgábamos en dirección al pueblo tuve ocasión de advertir que, tal como me había prevenido mi capataz, la gente se había congregado aguardando nuestra llegada y, aun a cierta distancia, incluso distinguí los gritos proferidos por muchos de ellos. Pero en breve comprobamos que aquellas exclamaciones no nos estaban destinadas, que no eran sino lamentaciones y que semejante asamblea no se había reunido para dar la bienvenida a su nuevo señor, sino para lamentarse de alguna catástrofe extraordinaria de la que habían sido víctimas. Tahu Ishtar estaba equivocado, mis arrendatarios habían olvidado mi existencia.

Las mujeres —pues de ellas se trataba en su mayoría— vestían blancas túnicas de algodón, se cubrían las cabezas con chales de colores y estaban rodeadas de niños que se asían a sus faldas y acompañadas de algunos ancianos. Y todos ellos elevaban los brazos al cielo y gimoteaban

como almas en pena. Algunas se habían dejado caer al suelo y se arrojaban puñados de polvo en los hombros y las cabezas. Habían descuidado los fuegos domésticos y sus cántaros estaban abandonados por doquier o vertiendo su contenido en el suelo.

—¿Qué sucede? —me interesé—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué están tan afligidos?

Tahu Ishtar descabalgó de su montura y las mujeres le rodearon gritando todas a un tiempo sin que yo lograse comprender sus palabras hasta que por fin mi capataz se adelantó a sujetar las riendas de mi caballo para que también yo descabalgara. Su expresión se había endurecido.

—Han sido los leones —murmuró con voz totalmente inexpresiva, como si en aquel momento hubiese perdido la facultad de comprender el significado de las palabras—. Cuando llega el frío, el hambre los obliga a descender de las montañas. Hasta ahora sólo habían robado algunas cabras, pero en esta ocasión se han llevado a un niño.

—¡Mi hijo! ¡Mi pequeño! ¡Hijo mío! —exclamó una de las mujeres arrodillándose ante nosotros, al parecer incapaz de dominar su aflicción—. ¡Grande y poderoso señor, encuentra a mi hijo!

Y hundió su rostro en el suelo, asiéndose a mis tobillos con aire suplicante. En aquellos momentos ni siquiera podía articular palabra ni sollozar, tan grande era el tormento que la afligía.

—Por eso se han marchado los hombres —añadió Tahu Ishtar aún en voz baja—. Pero no tienen caballos y llegarán demasiado tarde.

—Aun así, debemos hacer algo.

Me arrodillé, cogí a la mujer de la mano y ella me miró. No pude advertir si era joven o vieja porque su rostro estaba contraído por el dolor y, de pronto, las palabras que me disponía a pronunciar para consolarla me parecieron totalmente carentes de sentido… ¿Qué decirle realmente? ¿Acaso podía prometerle que le devolvería a su hijo?

—Debemos hacer algo —repetí, esta vez dirigiéndome a ella.

Me levanté y monté en mi corcel. Tahu Ishtar ayudó a su hijo a descender de su montura, lo confió al cuidado de un anciano con el que cruzó unas breves palabras y abandonamos al galope el núcleo de cabañas de adobe. Al cabo de unos instantes dejábamos atrás a un grupo de hombres que corrían como jauría de sabuesos.

Encontramos el cadáver del niño, o por lo menos sus restos, tras superar las primeras escarpaduras que señalaban el inicio de la ladera montañosa.

—Deben de haber intuido la persecución y abandonado su presa —dijo Tahu Ishtar observando el cuerpo del chiquillo tendido en un charco de sangre, que presentaba el pecho desgarrado y una pierna devorada hasta el hueso. Se apeó de su cabalgadura, envolvió el cadáver en su capa y me lo tendió añadiendo—: Por lo menos ahora podrá enterrarlo su madre.

Regresamos a la granja en silencio. Ignoro los sentimientos que experimentaba mi capataz, pero en mi cerebro aún resonaban los desgarradores gritos de aquella mujer ante el mutilado cadáver de su hijo. Pensaba que yo era el responsable de la seguridad de aquella gente, pues según una antigua tradición los arrendatarios de los terrenos tenían derecho a exigir la protección de su señor. Al parecer, aunque apenas hacía un día que había entrado en posesión de mis dominios, ya los había defraudado.

—¿Cuánto tiempo hace que dura esto? —pregunté finalmente.

Tahu Ishtar tardó unos instantes en responderme, como si también él se hallase sumido en profundos pensamientos.

—El invierno pasado y éste. Los aldeanos mantienen hogueras encendidas todas las noches para ahuyentar las fieras, pero cada vez se vuelven más osadas. Hace unas semanas robaron una cabra que había quedado atada en la parte posterior de una cabaña y ahora…

—Necesitaremos un carro —dije de pronto, pues acababa de ocurrírseme la idea que me asombraba no haber tenido antes—. ¿Disponemos de alguno? De no ser así, enviaré a por él a Nínive.

—Señor, debemos enfrentarnos a tres fornidos leones que cazan concertadamente y de astucia nada despreciable.

—¿Disponemos de un carro, Tahu Ishtar? ¿Sí o no?

Su hijo, que se asía a la cintura del padre mientras avanzábamos uno junto al otro, me observaba con los negros ojos muy abiertos, como si le resultase inimaginable que me atreviese a enfrentarme con el capataz.

—Sí, señor —repuso Tahu Ishtar, mesándose la gran barba, sin duda preguntándose por qué los grandes dioses habían creído oportuno abrumarle con un joven y necio amo—. Pero en estos diez años jamás se ha utilizado. No tiene ruedas ni puedo responder de las condiciones en que se encuentren los arneses, mas podemos tratar de recomponerlo.

—Bien, entonces procura que al amanecer esté todo dispuesto e indica a los aldeanos que organicen una batida. ¡Mañana saldremos de caza!

Di una amplia vuelta por el patio de la granja montado en el carro que hasta la noche anterior y desde la última visita del rey hacía diez años había permanecido apoyado contra una pared en uno de los establos como un vagabundo tullido que aguardase a que cesara la lluvia. Tahu Isbtar y sus hombres habían trabajado toda la noche a la luz de las antorchas y habían trabajado bien. Las ruedas giraban fácilmente y sin ruidos. Únicamente me preocupaban los caballos, que, aunque eran los más apropiados que había encontrado para formar el tiro, no estaban acostumbrados a funcionar en equipo. Lo peor de todo era que sólo me atrevía a confiar en que no se asustasen cuando iniciásemos la persecución, pero en la caza, al igual que en la guerra, mucho debe fiarse a la ventura.

Mi madre se encontraba en la puerta de la casa rodeada de los servidores domésticos observando cómo detenía el carro bruscamente para comprobar si oscilaba la plataforma bajo mis pies. Hice restallar de nuevo el látigo para que los caballos reanudasen la marcha y le sonreí cariñosamente saludándola con la mano. Ella me devolvió el saludo. No había intentado hacerme desistir de aquella aventura, aunque su rostro reflejaba claramente el temor que sentía hacia el «deporte» al que pensaba entregarme.

—Sólo es una partida de caza, Merope. He salido a cazar en mil ocasiones y el rey mata leones con su espada por pura distracción.

Lo que naturalmente no le expliqué era que ni siquiera el rey salía de caza sin ir acompañado de un séquito de hombres armados, aunque tal vez no fuese necesario. Mi séquito estaría formado únicamente por campesinos cuyas armas consistían en hoces y bastones y, hasta entonces, lo más peligroso que yo había perseguido eran los jabalíes que vagaban libremente por las llanuras del este de Nínive. De todos modos era un experto guerrero, disponía de un arco y de jabalinas y podía conducir el tiro de caballos tan hábilmente como cualquier soldado del ejército real. Lleno de juvenil orgullo creía que con ello me bastaba.

La saludé una vez más y obligué a mis caballos a emprender el galope.

Tahu Ishtar y mis arrendatarios me esperaban en el pueblo. Cuando me detuve ante ellos permanecieron en silencio, como un ejército antes de emprender la batalla aguarda sumido en hosca expectación, sabiendo que los hechos se sucederán fatalmente, que no queda otra opción. En aquellos momentos todos debían confiar sus vidas a un insensato.

—¡Capataz!, ¿habéis soltado las cabras?

Tahu Ishtar se adelantó y apoyó sus manos en la barandilla de mi carro. Todos aquellos asuntos los habíamos resuelto él y yo el día anterior, pero comprendía que tales formulismos eran necesarios para tranquilizar a su gente y parecía satisfecho de desempeñar el papel que le había asignado en nuestra pequeña representación.

—Sí, señor. Todo está dispuesto.

Apenas le miraba: fijé mi vista en los aldeanos abarcándolos a todos al mismo tiempo, truco bien conocido para todo aquel que ha ostentado alguna vez autoridad entre soldados, puesto que convierte el vínculo de mando en algo parecido a una relación personal.

—Entonces sólo cabe esperar —añadí dirigiéndome a todos por igual —. Son tres grandes felinos que últimamente están hambrientos, de modo que no tardarán en bajar de las montañas en busca de presa. Aguardemos a que la encuentren, a que se atiborren hasta que sus vientres estén a punto de estallar y tan sólo deseen descansar plácidamente a la sombra, junto a algún manantial donde quedarán amodorrados. Les hemos facilitado la comida y sabremos dónde hallarlos cuando llegue el momento de sorprenderlos en la trampa. Tahu Ishtar procura que los niños y los ancianos se recluyan hoy en sus hogares: ya sabes cuál será mi paradero.

Me disponía a marcharme cuando uno de los hombres se adelantó y asió a uno de mis caballos por la brida para impedírmelo. Era un hombre de escasa estatura, no muy joven, que parecía haber pasado la noche en vela. Alcé el látigo y soltó las riendas al instante, pero me tendió las manos en actitud de súplica.

—¡Señor! —exclamó—. ¡Permíteme ir contigo! ¡Estoy en mi derecho de padre!

—¿Era tu hijo el que murió ayer? —pregunté dirigiéndome primero al hombre y luego a Tahu Ishtar, que me respondió con una señal afirmativa.

—Sí, señor…, era mi hijo. —Sus ojos inyectados en sangre se llenaron de lágrimas y enmudeció un instante—. Era mi único hijo, nacido

cuando mi esposa y yo ya habíamos perdido nuestros mejores años… Jamás tendremos otro. Llévame contigo para que pueda ver morir a aquel que me arrebató la vida de mi hijo.

—Te lo prohíbo y que los dioses te perdonen por pedir semejante cosa —repuse tratando de transmitir un enojo que realmente no sentía, porque en realidad estaba conmovido—. Eres un campesino, no un escudero. ¿Qué te propones? ¿Obligar a tu esposa a llevar luto por otro ser querido? Es más, lo que solicitas es una impiedad. Tu obligación en estos momentos consiste en librar al pueblo de un peligro, no en vengarte de un necio animal que simplemente ha seguido los instintos innatos en él y que por consiguiente carece de pecado. Tahu Ishtar, mantenlos en formación. Aguardaré a recibir las señales de los batidores.

No me demoré por más tiempo. Hice girar el carro hacia las vastas llanuras en busca de un terreno de caza que pareciese adecuado.

El carro necesita espacio de maniobra. Es un vehículo pesado, de giro difícil y que se ve obligado a detenerse ante cualquier obstáculo. Si las ruedas tropiezan con una piedra despiden al conductor, que vuela por los aires, o se rompen y le dejan en la estacada. Las únicas ventajas que ofrece son su velocidad y el hecho de que, como una roca que se despeñase por la ladera de una montaña, siembra el terror en los corazones de aquellos hacia quienes se dirige.

Las llanuras que me rodeaban estaban sembradas de arbustos achaparrados, poco más altos que matorrales, pero que bastarían para dificultar el avance de los caballos. Tardé mucho tiempo en encontrar un lugar bastante despejado en el que mi presa no tuviera ocasión de ocultarse en cuanto el suelo vibrase bajo mi acometida. Incluso descubrí un afloramiento rocoso sobre el que podría obtener una amplia perspectiva hasta las montañas y desde el que acaso también lograría distinguir la línea de batidores, tal vez antes de oírlos y divisar a los leones. Sujeté los caballos, preparé mis armas y escalé la roca para observar mi entorno, suponiendo que pasarían muchas horas antes de que distinguiera algo.

El día anterior los leones no habían disfrutado de un gran banquete con el muchacho, cuyos restos habían abandonado asustados, y previamente debían de llevar muchos días de ayuno para aventurarse con tal desesperación hasta las propias viviendas de los seres humanos.

Había ordenado a Tahu Ishtar que no lejos de allí, en un manantial al que sin duda acudirían los grandes felinos en busca de sus presas, dejase

atadas a cinco de mis más hermosas cabras para que se saciaran con ellas y luego se adormilaran al sol. Sin duda los sorprendería desagradablemente la presencia de un centenar de personas, hombres y mujeres en fila, golpeando el suelo con sus mayales y percibir el olor a humo procedente de las hogueras que los aldeanos encenderían en su camino. Si Tahu Ishtar realizaba al pie de la letra mis instrucciones, y era una persona que inspiraba la más absoluta confianza, aquellas tres enormes fieras acudirían asustadas a mi encuentro y, ante la imposibilidad de huir, se enfrentarían conmigo. Y entonces era cuando yo esperaba llevar a cabo mis proyectos.

Confiaba absolutamente en mis posibilidades y no experimentaba temor alguno, sólo una agradable excitación. Después de todo sólo eran animales, no elamitas armados de espadas y jabalinas. No me enfrentaría a hombres como yo: por muy grandes y poderosos que fueran, no iba a permitir que se me acercasen poniéndome en peligro. No sería nada más que una expedición de caza: nada había que temer, a menos que cometiese algún error estúpido y había poco peligro de ello. Mientras me encontraba allí sentado a la pálida luz del sol invernal aguardando alguna señal de que la partida había comenzado, me sentía muy alegre.

A juzgar por la posición del sol había transcurrido casi una hora desde mediodía cuando aparecieron las primeras señales de humo en el horizonte. Descendí de mi atalaya, desaté a los caballos y tensé mi arco. El carro ya comenzaba a rodar por el calcinado suelo cuando el primero de los grandes felinos apareció corriendo ante mis ojos.

Los leones del este no son tan grandes como los de Egipto, de donde los importaba el rey para destinarlos a la caza, su deporte favorito, pero aquél era el de mayor tamaño que había visto en mi vida, incluso en las reservas reales. Al distinguir el carro el animal se detuvo bruscamente, ladeó la cabeza como si se sintiera sorprendido y molesto ante aquella intrusión y seguidamente se agazapó permaneciendo a la expectativa. Conduje los caballos a galope corto, avanzando en diagonal hacia él, y el león, al sentirse desafiado, profirió un poderoso rugido que surcó los aires y tuve serias dificultades para impedir que los caballos salieran despedidos por el pánico.

Cuando los carros marchan a la guerra están ocupados por dos hombres: uno conduce el vehículo, mientras que el otro está en libertad para luchar con flechas o jabalinas, y lo mismo sucede cuando el rey lucha

con los leones de su reserva. Pero yo no contaba con nadie que me sirviese de cochero, y por ello me vi obligado a detenerme para poder disparar.

Me encontraba a unos sesenta pasos de mi presa, que estaba agazapada como si se dispusiera a saltar y rugía ferozmente. No me atrevía a apearme del carro, temiendo que los caballos se alejaran al galope, de modo que, sobre la insegura plataforma del vehículo, escogí una flecha y apunté a mi objetivo. El león se adelantó mirándome enfurecido y lleno de odio. Como si intuyese el peligro, avanzó cautelosamente hacia la izquierda y, aprovechando aquel instante de vacilación, disparé. La flecha le atravesó el pecho, y el animal, entre rugidos de rabia y de agonía, intentó un desesperado ataque.

Pero no llegó a abalanzarse sobre mí. Avanzó únicamente algunos pasos y luego se detuvo, me observó con ojos empañados por el dolor y finalmente se desplomó en el suelo de costado, jadeante, mientras brotaba un hilillo de sangre de sus enormes mandíbulas. Empuñé la jabalina y me apeé del carro dispuesto a rematarlo.

Aquél era el error que me había propuesto no cometer. Me aproximé al animal y me disponía a hundirle la jabalina en el corazón cuando oí relinchar los caballos presa de terror. Me volví rápidamente, dejándome caer sobre una rodilla en el instante en que la segunda fiera iniciaba su asalto. Hundí mi arma en el suelo y, cuando se disponía a tirarse sobre mí, se desplomó sobre la jabalina y la punta de cobre se le introdujo en el vientre, partiéndose por la mitad.

Pero antes de sucumbir consiguió clavarme los grandes dientes en el hombro izquierdo, desgarrándome la carne en un último estertor de agonía. En el instante en que se desplomaba sin vida me había inferido una herida que interesaba hasta el hueso, y al momento me encontré bañándome en mi propia sangre y retorciéndome de dolor. Los caballos habían huido y no tenía dónde refugiarme, unicamente podía defenderme con la espada que llevaba en el cinto, pero apenas conseguía sostenerme en pie y ya percibía los gruñidos de la última fiera que se aproximaba entre la maleza.

El león no se precipitó: era evidente que no cometería ningún error. Tal vez se había dado cuenta de que estaba sangrando y se proponía aguardar hasta que me hubiese debilitado de tal modo que me encontrase indefenso. Sin duda deseaba darme a conocer su presencia porque ninguna criatura salvaje hace tanto ruido gratuitamente: había sacrificado a sus hermanos y me daba a conocer sus propósitos de venganza.

Pero aunque yo estuviera sangrando, la fiera se veía hostigada por los aldeanos que se aproximaban cada vez más con sus hogueras. A mis oídos llegaba ya el eco de sus gritos y el batir de los palos y percibía asimismo el olor del fuego.

—¡Ven! —grité—. ¡Acércate, y que los dioses te maldigan!

Y, para disponer de más espacio, me aparté de los cadáveres de los dos leones que había matado.

Ignoro cuánto tiempo aguardé a que se hiciera visible, pero recuerdo que no se hizo esperar.

De pronto apareció sin que le viese ni le oyese llegar: surgió repentinamente ante mis ojos. Se agachó y se deslizó hacia mí, tensos y prestos todos ¡os músculos de su cuerpo. No tenía miedo… Leí en sus ojos que se proponía matarme. Gruñó roncamente, en un susurro insinuante similar al ronroneo de un gato, como si me estuviera provocando con su proximidad.

Permanecí erguido, empuñando la espada, sintiendo que las fuerzas me abandonaban y comprendiendo que debía obligarlo a atacarme antes de que yo estuviese demasiado débil para haber perdido toda oportunidad de defenderme.

Aunque el menor movimiento del brazo izquierdo me producía un espantoso dolor, conseguí levantarlo hasta la cintura al tiempo que le hacía señas con la mano como invitándole a aproximarse. Las rodillas me temblaban como si fuera a desplomarme en cualquier momento.

—¡Acércate, maldito! ¡Ven a que te dé muerte!

Pero aún no estaba dispuesto. Se limitaba a gruñir desdeñoso, agachando la hirsuta cabeza. Sin duda se proponía esperar.

Comprendí que tenía que ser entonces… o nunca.

Arremetí contra el animal lanzando un grito de guerra y sosteniendo la espada baja de modo que pudiera acertarle si saltaba sobre mí. Tan sólo contaba con unos pasos de ventaja cuando se decidió a proyectar su enorme corpachón por los aires y nos vinimos abajo en un encontronazo que resonó por los aires.

No recuerdo nada más. Cuando recobré el conocimiento me encontraba en mi lecho. Tahu Ishtar cauterizaba las heridas de mi hombro con un cuchillo al rojo vivo y no lejos de mí alguien gemía. Se percibía una sensación de sufrimiento en la habitación, aunque no podía discernir si se

trataba de mí o de otra persona. Recuerdo haber visto el rostro de mi madre cubierto de lágrimas y después me sumí en una profunda oscuridad.

Aunque únicamente me habían concedido dos semanas de permiso en la Casa de la Guerra, transcurrió mucho más tiempo hasta que estuve en condiciones de levantarme del lecho. Para mitigar mis dolores bebía vino hasta marearme y mi madre me alimentaba con sabrosos potajes que me permitirían recuperarme de la pérdida de sangre. Me dio la impresión de qué una vez se convenció de que no iba a morir, incluso se sintió feliz ante aquella situación, y, desde luego, en el transcurso de aquellas semanas, me demostró que sabía administrarse mejor de lo que ella misma suponía.

Al finalizar la primera semana, Tahu Ishtar acudió a visitarme. Llevaba algo enrollado bajo el brazo, que extendió en el suelo, a los pies de mi lecho, para que pudiese verlo. El corazón me dio un vuelco en el pecho: se trataba de la piel de un león.

—Los aldeanos están curtiendo las restantes pieles para que puedas llevártelas como trofeos: ésta es la primera de ellas.

Se había sentado en un banco a los pies de la cama y se ajustaba la túnica al cuerpo con gran dignidad, dándome la impresión de que su visita tenía un carácter oficial.

—Para tu tranquilidad espiritual también me han encargado que te comunique que han hecho libaciones sobre los cadáveres de los animales a fin de que sus fantasmas no traten de vengarse de ti.

—¿Qué sucedió? —pregunté incorporándome ligeramente en mis almohadones—. ¿Cómo fue…?

Tahu Ishtar me observó atentamente y enarcó las cejas sorprendido.

—¿Quieres decir que lo ignoras? Entonces nadie puede saberlo. —Se echó a reír y movió la cabeza dubitativamente—. Cuando llegamos, los leones habían muerto y a ti te faltaba muy poco para reunirte con ellos. En cuanto a este animal, asomaba por su boca la empuñadura de tu espada… La hoja le había atravesado el cerebro… Mi gente cree que eres el propio Gilgamesh redivivo y te están muy agradecidos por cuanto has hecho por ellos.

—Me doy por satisfecho con haber salvado el pellejo.

A continuación seguimos tratando de cuestiones agrícolas y de los problemas de los aldeanos, y cuando Tahu Ishtar comprendió que podía sentirme fatigado, se despidió. Posteriormente acudió a visitarme con regularidad, acompañado a veces de su hijo Qurdi, que se sentaba sobre la piel del león y contemplaba estupefacto sus fauces abiertas. Gradualmente, con la cautela propia de los campesinos prudentes, Tahu Ishtar se hizo mi amigo.

Durante aquel mes que duró mi convalecencia recibí muchas visitas. Kefalos se instaló virtualmente con nosotros y me embalsamó con sus ungüentos.

—No debes fiarte en absoluto de los médicos asirios, señor. Basan toda su terapia en la absurda teoría de que las enfermedades provienen de la cólera divina y se limitan a quemar incienso invocando tu nombre y rezando por ti. Lo único que necesitas es un poco de escepticismo griego.

Estudiaba constantemente con Merope la dieta que debía seguir —en este aspecto era más estricto que mi propia madre— y, al final, cuando me cansé de sus remilgos, y le ordené que regresara a atender a sus pacientes de Nínive, me pareció que se alegraba porque la vida rural no era muy de su agrado.

Al concluir la segunda semana, cuando ya había recuperado las fuerzas, hasta el punto en que podía pasear un rato sin sentirme cansado, un campesino acudió corriendo a avisarme de que había distinguido la nube de polvo levantada por una tropa de caballería que parecía dirigirse hacia la casa y, al cabo de dos horas, el propio señor Sinahiusur desmontaba ante mi puerta escoltado por veinte hombres.

Como era un día desapacible invité a los soldados a que se acomodaran en la cocina y recibí al *turtanu* en una de las mejores habitaciones de la casa. Nos sentamos uno frente a otro en sendos bancos y nos calentamos ante un brasero y una jarra de vino libanés, dulce como la miel y que picaba como una avispa.

—Me ha enviado el rey. Acaba de enterarse del accidente que has sufrido y desea que te transmita su interés por tu pronto restablecimiento. Parece que ya te estás recuperando, ¿verdad?

—Sí, señor —repuse sonriendo y preguntándome qué le habría traído allí en realidad, pues el *turtanu* Sinahiusur no haría semejante viaje desde la capital únicamente para visitar a un enfermo—. Dentro de una o dos

semanas, cuando haya recuperado las fuerzas, tan sólo me quedarán algunas cicatrices de esta aventura.

Se adelantó y me puso la mano en el brazo como si deseara sentir por sí mismo mi fortaleza. Hizo una señal de asentimiento.

—Magnífico. Puesto que parece ser realmente así, ejercitaré el privilegio que me otorga nuestro parentesco para manifestarte abiertamente que creo que te dejas arrastrar en exceso por las «aventuras». Te has comportado como un insensato arriesgando tu vida con un propósito tan insignificante. El país de Assur está lleno de aldeas, pero los príncipes de sangre real escasean. No te apresures tanto por llenar de gloria tu nombre, porque pronto te llegará por sí sola. Me consta que dentro de poco serás nombrado *rab shaqe*. Sería mejor que pensaras en el modo más conveniente de utilizar tales poderes.

Bebió otro trago de vino como si hubiese desechado cualquier otro pensamiento y depositó su copa sobre la mesita circular ante la que nos hallábamos sentados.

—Es un vino excelente —comentó—. ¿Dónde lo consigues?

—Es un regalo, señor. ¿Recuerdas al esclavo Kefalos?

—¡Ah, sí, aquel bribón jonio! Tengo entendido que te ha resultado muy provechoso, cosa que celebro. Tal vez yo hubiese tenido que obrar así con él… Despidiéndole de casa y dejándole en libertad de acción. Dicen que se ha enriquecido, ¿es cierto?

—Y también me ha enriquecido a mí, señor. El día que me cediste a ese tunante me abrumaste con tu generosidad.

El *turtanu* se echó a reír. De pronto adoptó una grave expresión.

—Tiglath, debes saber que el rey está convencido de que Arad Ninlil no le sucederá.

Hizo una pausa como si aguardase mis comentarios. Escudriñó mi rostro…, ignoro qué pensaba leer en él, y por fin prosiguió:

—Es una necia y débil criatura que su madre malcrió mientras lo tuvo a su cuidado. Su padre está muy disgustado. Los presagios se muestran adversos hacia él y un profeta llamado Kalbi, hijo de Nergal Etir, vaticina un reinado de tinieblas en el país. El rey detesta a los sacerdotes desde que le dijeron que nuestro poderoso abuelo el Gran Sargón sucumbió víctima de su impiedad, porque amaba a su padre profundamente. Pero esos pronósticos contra Arad Ninlil le han asustado.

—¿Acaso demora por eso la boda del *marsarru* con la señora Asharhamat?

—Sí, ésa es la razón.

Por un momento Sinahiusur me estuvo observando con los ojos entornados, como en muda advertencia, aunque sin hacer ningún comentario. Era un hombre prudente y reservado, sabedor de muchos secretos, por lo que no podía confiar que mis sentimientos hacia Asharhamat le hubieran pasado inadvertidos. Mas sin duda juzgaba que no era momento oportuno para hablar de ello.

—En cuanto a mí, soy partidario de que nos atengamos estrictamente al legítimo derecho de sucesión al trono —prosiguió—: después de Arad Ninlil se encuentra Asarhadón, hijo de la segunda esposa legal del rey. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Sí…, naturalmente —repuse sin poder disimular la sorpresa que sentía de que el señor Sinahiusur comentase aquel asunto conmigo.

—Entonces debes saber que el rey confía que le sucedas en el trono de Assur.

Sentí como si hubiese recibido un mazazo en el cráneo. Estaba aturdido. El *turtanu* guardó silencio, al parecer aguardando respuesta, pero no supe qué decirle.

—Toma un trago de vino, Tiglath —indicó por fin, llevando con su propia mano la copa a mis labios—. Deseo saber qué piensas hacer.

—¿Qué pienso hacer?

—Sí, eso es. ¿Lucharás con tu hermano para conseguir la sucesión?

—Señor, amo a mi hermano… Si el dios le hace rey le serviré con todas mis fuerzas.

—¿Sabes que aquel que suceda al rey en el trono casará con Asharhamat?

—No pienso enfrentarme a los dioses, señor…, ni siquiera por la señora Asharhamat.

—Eres un buen muchacho, Tiglath Assur —observó. Me puso la mano en el brazo y añadió—: Sabía que no me decepcionarías.

—Señor, como he dicho en muchas ocasiones, estoy en deuda contigo.

—Sí…, pero debemos recordar que ni tú ni yo vamos a solventar este asunto. Ni siquiera el rey. La solución se halla en manos de los dioses.

El señor Sinahiusur pasó aquella noche en mi casa y al día siguiente emprendió el camino de regreso a Nínive, dejándome muy acongojado. No deseaba ser rey y quería a mi hermano, pero también amaba a Asharhamat más que a mi propia vida. Me parecía estar predestinado al infortunio. Sinahiusur comprendía perfectamente mis sentimientos porque era un hombre inteligente.

—Recuerda que el rey aún puede vivir muchos años y quizá aún le suceda Arad Ninlil —dijo cuando nos despedimos—. O Asarhadón puede morir y los dioses pronunciarse contra él. Desconocemos qué nos depara el futuro, pero por ahora Asharhamat está viuda y disponible. El rey aguardará todo lo posible antes de formular esta consulta al dios, y hasta entonces puedes ser dichoso… Ésa debe ser tu recompensa, Tiglath. Te prometo que hasta que el dios no se pronuncie nadie podrá entremeterse en tus asuntos. Supongo que esto bastará para satisfacerte. ¿Es así?

—Como dices, señor, así debe ser.

—Sí…, así debe ser.

—¿Señor?

—¿Qué deseas, Tiglath Assur?

—Si mi hermano Asarhadón debe acceder al trono, sería conveniente que regresara del oeste. Es preciso que el rey conozca a su hijo y, en cualquier caso, mi hermano se sentiría muy complacido.

El *turtanu* paseó su mirada en torno un momento como si mi casa y su patio evocasen en él algún recuerdo y luego fijó sus ojos en mí y asintió.

—Debes dar nombre a tu casa —observó—, un nombre que convenga a la mansión de un príncipe. Te sugiero «Los tres leones» para que se recuerde eternamente tu hazaña.

—Será como tú digas, señor —repuse sin saber exactamente si se burlaba de mí.

—No, será como tú prefieras, Tiglath Assur. Cuidaré de que regrese Asarhadón, aunque imagino que su retorno no presentará grandes dificultades. Adiós, sobrino, deseo que recobres rápidamente tus fuerzas.

Le estuve observando mientras se alejaba y el frío viento del invierno me llenó los ojos de lágrimas. ¿Sería en realidad el viento? Lo ignoraba.

OceanofPDF.com

VIII

Desde mi regreso a «Los tres leones» no había visto a Asharhamat, aunque durante los días que duró mi convalecencia había tenido mucho tiempo para meditar y apenas hice otra cosa que pensar en ella. Si un hombre tiene tiempo para reflexionar, en breve le resultan evidentes sus obligaciones; sólo está expuesto a la debilidad y al pecado cuando se ve agobiado por las circunstancias. Considerada con cierta perspectiva, mi enfermiza pasión amorosa resultaba bastante ridícula. Había permitido que persistiera excesivamente en mi memoria aquella ofuscación infantil, y sin duda también me hallaba sometido a profunda tensión por abstenerme neciamente de las mujeres. Decidí convertirme en un hombre sensato y un súbdito leal a mi padre y reanudar mis visitas al templo de Ishtar renunciando a Asharhamat.

De modo que desistí de visitar su jardín, donde imaginaba que ella me estaría aguardando junto a la fuente acariciando la superficie de las aguas mientras pensaba en mí. La vanidad juvenil no conoce límites, de modo que experimentaba una mezcla de sufrimiento y autocomplacencia considerando la nobleza de mi sacrificio y convencido de que ella debía sufrir mar que yo. Veía transcurrir los días entregado a la instrucción y a la práctica de duros ejercicios, y al cabo de algún tiempo conseguí dormir tranquilamente y comencé a pensar que en breve lograría olvidarla.

Semejante ilusión se consolidó con el regreso de mi hermano. Cuando Asarhadón volvió de occidente lucía una negra barba que le llegaba a la clavícula e iba acompañado de una amonita que llevaba una anilla en la nariz. Ambos se presentaron en mi habitación del cuartel, donde me aguardaron hasta que un ordenanza acudió a notificarme su llegada. Al verle se me formó un nudo en la garganta y nos abrazamos sin apenas pronunciar palabra. Hasta entonces no había comprendido cuánto le había echado de menos.

—¿Quién es? —le pregunté finalmente, señalando a aquella mujer vestida con una túnica púrpura y blanca de lino que se había sentado en mi lecho como si durmiese habitualmente en él y que se pasaba las manos por los cabellos haciendo sonar sus brazaletes de oro.

Me sorprendió el especial color de su cabellera, que, aunque negra, parecía despedir un rojo resplandor. La mujer me sonrió como si hubiera deseado desayunar conmigo.

—¿Cómo? —se sorprendió Asarhadón. Y se volvió a mirarla como si no pudiera imaginar de quién le hablaba—. ¡Ah, te refieres a ella! Es Lea…, la gané jugando a suertes al dueño de una taberna en la ciudad de Salecah. Personalmente no creo que lamentase perderla por los disgustos que le ocasionaba con su mujer. ¿Quieres que te la deje? Sólo es útil para una cosa: exprime la simiente de tus lomos como el zumo de la uva. Quédatela una noche y por los sesenta grandes dioses verás cuántas cosas sabe hacer. ¡Es como poseer el templo de Ishtar en exclusiva! ¿Tienes vino o tendremos que ir a la ciudad a emborracharnos, hermano?

Y nos embriagamos… Nos embriagamos salvajemente. Alborotamos por las calles de Nínive, apuramos jarras de cerveza y nos revolcamos con las prostitutas de las tabernas como si formásemos parte de un ejército conquistador y hubiésemos tomado la plaza al asalto. Lea nos acompañaba. Asarhadón la llevaba por doquier sujeta de una cadenita de plata que pendía de su nariz. Sin duda aquel que le había puesto la argolla sabía lo que se hacía, porque, aunque apenas lograba comprender una de cada tres palabras que formulaba con su pronunciado acento arameo, sin duda era la criatura más pendenciera que había conocido.

Finalmente, por simple curiosidad y cuando ya estaba bastante bebido, acepté las repetidas invitaciones de Asarhadón. La llevé al reservado de una taberna y entré en ella descubriendo que era la mujer más ávida que había conocido. Siempre estaba insatisfecha, y cuando yo ya me sentía agotado, deslizó los labios por mi miembro, se lo introdujo fuertemente en la boca y antes de lo que yo había imaginado, me devolvió toda mi virilidad. Después de correrme, las ingles me dolían como una antigua herida cuando llega el frío.

En el instante en que emprendíamos el camino de regreso a la Casa de la Guerra, sólo faltaba una hora para que amaneciese, por lo que nos dirigimos a tomar un baño de vapor a fin de despejarnos. Sentados en los bancos de cedro nos secamos las piernas, mientras Lea, que se había

despojado de sus delicadas ropas y las llevaba atadas en la cintura como si fueran harapos, mantenía el fuego encendido y echaba agua en las recalentadas piedras… Me dolía la cabeza tan sólo de verla,

—¿Cómo tiene los cabellos de ese color? —pregunté observando su melena desplegada por la desnuda espalda, que a la desvaída luz de la linterna parecía a punto de incendiarse.

Asarhadón, que aún no había considerado concluida la francachela y estaba desprecintando la última jarra de cerveza babilonia, levantó la cabeza para ver de qué le hablaba. Se sonrió y me hizo un guiño.

—Se lo empapa en vino seis veces al mes y seguidamente lo extiende sobre el ala de un sombrero de paja que no tiene copa y lo deja secar al sol. ¿Acaso habías creído que era natural? Hermano, esas mujeres hacen auténticos milagros. En las tierras del oeste suelen sucederse hechos portentosos… Estuve en Judá, donde los santos varones preparan tales sortilegios que los convierten en seres más poderosos que los propios reyes. Y deberías ver a las rameras egipcias en Damasco. Algún día conquistaré aquel país, aunque sólo sea para llenar con ellas mi harén. Pero, ¡por los sesenta grandes dioses, Tiglath Assur, hijo de Sennaquerib!, ¿en qué lugar de las cuatro partes del mundo conseguiste tan llamativas cicatrices?

—Te contaré mis hazañas a cambio de un trago de cerveza… Tengo la lengua tan seca y espesa como la arcilla.

Y seguidamente le expliqué mis aventuras, todo cuanto había sucedido desde que partió hacia el oeste, comprendida mi conversación con el señor Sinahiusur.

—¿Crees que hablaba seriamente? —me preguntó. Pese a haberle dicho que podía heredar prácticamente el dominio del mundo, no parecía demasiado complacido—. Quiero decir, ¿imaginas que puede ser posible algo semejante, que tú o yo lleguemos a ocupar el trono de Assur?

—Sí, creo que es posible. Después de todo si conviniese a los fines del dios, podría elevar a la corona de Assur a un gañán. Nosotros somos príncipes reales y tú, por añadidura, eres hijo de su segunda esposa legal. Si los presagios fueran desfavorables a Arad Ninlil o muriese, ¿por qué no?

Fijé instintivamente mi mirada en Lea lleno de nerviosismo. No había dicho nada comprometedor, pero no resultaba prudente especular demasiado abiertamente sobre los aspectos de la sucesión. Mas ella se dedicaba a salpicarse el cuerpo con un cubo de agua fría y parecía

considerar nuestra conversación con la indiferencia propia de una absoluta incomprensión.

—Tranquilízate, hermano. Sólo comprende una palabra de cada cinco en acadio y no le preocupa. Es como una gata, satisfecha cuando se halla al sol con el vientre bien repleto y con un varón ardiente que la satisfaga. No piensa en otra cosa. No es como Naquia.

Su rostro se ensombreció al mencionar el nombre de su madre.

—Esto colmaría todas sus aspiraciones —prosiguió en tono mordaz —. Entonces tendría el poder que siempre ha soñado poseer.

—No olvides que serías tú el rey, hermano, no Naquia. Podrías hacer con ella lo que quisieses, incluso condenarla al olvido en un lugar confortable, donde debiera conformarse con gobernar a sus mujeres. Ahora ya no tienes que esconderte tras sus faldas.

—¿Lo crees así? —Se echó a reír, echando hacia tras la cabeza pero con amargura—. Hace años que no la veo, Tiglath, pero aún me parece sentir sus dedos asiéndome del cuello. No…, ni siquiera siendo rey tendría valor para enfrentarme a ella. Y, por añadidura, ni siquiera deseo reinar. —Se levantó para sacudirse y despidió el sudor de su cuerpo como una lluvia —. Te cedo gustosamente la corona. Tú eres más inteligente…, te desenvolverás muy bien en el cargo. En cuanto a mí, soy un soldado, no un intrigante.

—Pero tienes a Naquia que es capaz de intrigar por los dos.

—¡Por el trueno de Adad que es bien cierto, Tiglath Assur! Pero ¿te gustaría que ese chacal con senos rigiese los destinos del mundo? ¡No! ¡Ni a mí tampoco!

Volvió a reírse y se disipó su ensombrecimiento. Dimos fin a la cerveza, arrojamos la jarra contra la pared y de nuevo nos sentimos alegres y despreocupados.

—¡Ya lo tengo, hermano! —rugió, pasándome el brazo por los hombros mientras regresábamos desnudos al cuartel de los oficiales. Lea llevaba nuestras ropas y nos iluminaba el camino con una lámpara, porque casi había oscurecido—. Si soy rey, tú serás el *turtanu*, y si eres tú el rey podrás consumir todo tu vigor varonil con la señora Asharhamat y yo seré dueño de tu gineceo. ¡Ja, ja, ja!

El templo de Ishtar me acogió con frecuencia aquellos días. Empeñado en llevar adelante mis propósitos, me agoté con las sacerdotisas del culto, y en las noches en que no dedicaba mi devoción a la diosa, salíamos a divertirnos con Asarhadón por las calles, bebiendo hasta que la cabeza nos daba vueltas y frecuentando a las prostitutas de las tabernas. Doquiera que íbamos, Asarhadón llevaba consigo a Lea conduciéndola por una cadenita de plata que pendía de la argolla de su nariz. Incluso le acompañaba cuando se acostaba con otras mujeres, puesto que durante el tiempo que había pasado en occidente había adquirido cierta afición a ese tipo de placeres. En una ocasión me dijo que ambicionaba conseguir dos gemelas idénticas como concubinas.

—Dos mujeres tan iguales como las propias manos —dijo—, de modo que no pudiese distinguir a una de la otra, como una mujer con dos cuerpos, incluso les daría idéntico nombre. ¡Sería el colmo del placer!

Y mientras se expresaba de aquel modo sentado en un banco de la casa de baños de vapor con un paño frío y un bote de cerveza, Lea, silenciosa y experta como una lechera, permanecía arrodillada entre sus piernas exprimiéndole concienzudamente.

Y así, mientras la luna se reducía a su mínima expresión y volvía a crecer plenamente, yo pasaba los días preparándome para la guerra y me entregaba por las noches al libertinaje. Pero estaba muy equivocado si creía que entre el entrenamiento y las mujerzuelas lograría escapar de Asharhamat. Aunque volviese dando traspiés a mi alojamiento poco antes del amanecer, con la mente embotada y mi virilidad mancillada y arrugada como la vaina de un dátil exprimido, me tendía sobre mi jergón y cerraba los ojos y su recuerdo inundaba mi mente involuntariamente. Entonces comprendí lo poco que tenía que ver aquel tormento amoroso con el cuerpo, pero no había encontrado otra cosa, algo que me permitiera disfrutar de un instante de paz.

Y así, cuando llegó la hora, como sabía que llegaría, en que al regresar de la plaza de armas descubrí una silla de manos cubierta que me aguardaba junto a la entrada del cuartel de los oficiales, comprendí que en su interior se encontraría una de las sirvientas de Asharhamat envuelta entre velos y reservas. Aparté a un lado la cortina y asomó una pequeña mano que depositó en la mía una tablilla de madera, poco mayor que un dedo femenino, en una de cuyas caras cubierta de cera Asharhamat había grabado su mensaje: «¿Por qué no acudes a visitarme? ¿Cómo soportar esta

existencia si no te ven mis ojos? ¡Ven, si no quieres que muera de pena y que mi espíritu te persiga desde las tinieblas! ¡Ven y demuéstrame que todavía me amas!»

Mientras leía aquellas palabras sonó un golpecito en el interior de la silla de manos y los porteadores emprendieron rápidamente la marcha. No era necesario aguardar respuesta porque Asharhamat debía estar segura de conseguir sus propósitos. Regresé a mi habitación y arrojé la tablilla al brasero. Mientras oía chisporrotear la cera que se derretía, descubrí que sentía una profunda sensación de alivio al pensar que volvería a verla. Podría entregarme a lo que sabía que iba a representar mi ruina. Mi destino me impulsaba a amar a Asharhamat mientras viviese.

A la mañana siguiente concedí a mis soldados un día de descanso, vestí mi mejor uniforme y atravesé el polvoriento espacio de terreno que separaba la Casa de la Guerra del palacio donde residía mi padre el rey y los miembros de su familia. Durante todo aquel tiempo tan sólo me habían distanciado de ella unos muros de ladrillos.

Me condujeron a su jardín, donde la encontré sentada junto a la fuente. Vestía de luto y se cubría los cabellos con el rojo chal de las viudas, como la mañana que nos vimos en la Gran Puerta. Me adelanté a su lado y, cuando ella levantó los negros ojos hacia mí, observé que los tenía llenos de lágrimas.

—Al parecer siempre tengo que llorar por ti, Tiglath —dijo fijando su mirada en el suelo—. Cuando te hallas en peligro y por tu crueldad…; lo mismo da, puesto que de un modo u otro siempre parece que debo perderte.

—¿Por eso estás enlutada? —le pregunté sin poder contener una sonrisa, tan evidente era el propósito de su atavío.

—¿Acaso no me has convertido virtualmente en una viuda, Tiglath?

Me senté tan próximo a ella que nuestros brazos se rozaban, pero no se volvió a mirarme. Puse mi mano sobre la suya y ella la retiró: sin duda había caído en profunda desgracia.

Y mientras Asharhamat evidenciaba tan claramente su disgusto hacia mí y yo me esforzaba por encontrar algo qué decirle, observé mi entorno y con no poca sorpresa descubrí que estábamos completamente solos. Era la primera vez que Asharhamat me recibía sin que dos o tres doncellas montasen guardia discretamente en el extremo opuesto del jardín, cuchicheando como monas. Sin duda su ama las había obligado a retirarse.

—Tengo entendido que pasas casi todas las noches con las rameras del templo de Ishtar —prosiguió por fin—. Y, cuando no estás con ellas, te arrastras por las tabernas y burdeles con Asarhadón. También me he enterado de que os acompaña vuestra propia cortesana, a quien lleváis asida de una cadena.

—¿Y quién te cuenta tales cosas, Asharhamat?

—Nadie…, es del dominio público. Son la comidilla de palacio. Yo los oigo hablar como si me resultaran indiferentes, igual que si se refiriesen a un extraño.

—¿Entonces sientes indiferencia hacia mí?

Sintiendo crecer mi audacia le pasé el brazo por la cintura y, por un instante, un simple instante, pareció rechazarme, pero no tuve dificultad alguna en atraerla hacia mí. En realidad se trataba simplemente de un juego, sin duda ambos comprendíamos claramente cuál de los dos estaba cediendo.

—¡Oh, Tiglath! —exclamó ella, ocultando su rostro en mi pecho—, ¿acaso la compañía de esas mujeres te resulta más grata que la mía? ¿Tanto es el placer que en ellas encuentras que llegas a abandonarme por completo? ¡Oh, Tiglath, cuan desdichada me haces!

Y se echó a llorar, agitándose en mis brazos entre sollozos, como si sobre ella hubiesen caído todas las desdichas. Confieso que fue uno de los momentos más dichosos de mi vida.

Finalmente, cuando hubo agotado su llanto contra mi pecho, se serenó y estrechó mi mano entre las suyas en su regazo. Estaba más tranquila y advertí que respiraba profundamente, igual que si durmiera. Experimenté hacia ella una ternura tan profunda como si se me deshiciesen las entrañas, y en aquel momento hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa que me pidiese. El chal había resbalado de su cabeza. Le besé los brillantes cabellos, negros como las aguas de la muerte.

—No debes buscar placer con otras mujeres —susurró como si hablase para sí—. Yo puedo darte todo cuanto buscas en ellas. ¿Sabes, Tiglath? Ahora también soy una mujer y creo que me encontrarás hermosa.

Con un rápido movimiento soltó uno de los broches que sujetaban su túnica y seguidamente cogió mi mano y la llevó a su seno, que era firme y duro, y bajo el que pude distinguir los latidos de su corazón. Su carne era suave como terciopelo y el pezón se endureció al contacto de mis dedos. La

acaricié y ella gimió suavemente, levantando su rostro hacia mí. Nuestros labios se encontraron y los besé con avidez porque me sentía terriblemente excitado.

—¡Si tú quisieras con gusto vertería por ti la sangre de mi doncellez, Tiglath! ¡Te pertenezco, mi corazón y mi cuerpo son tuyos ahora y siempre!

Introdujo rápidamente su lengua en mi boca, que recorrió nerviosamente. Su respiración era cálida y agitada. Estaba dispuesta a llevar a cabo lo que decía porque sus manos transmitían el mismo mensaje, deslizándose por mis muslos hasta alcanzar mi miembro, que se había endurecido como si fuese de bronce.

El deseo me enmudeció y me nubló la vista. Embriagado por la pasión, me pregunté dónde habría aprendido tales artes o si constituyen un don innato en las mujeres: ni las más expertas rameras habían despertado de tal modo mi instinto.

Asharhamat desprendió el segundo broche que sujetaba su túnica, que resbaló por sus brazos, y se mostró desnuda hasta el ombligo. Su piel estaba sonrosada porque se había ruborizado hasta los senos ante su propia audacia. Los cubrí con mis manos como si me propusiera proteger su pudor y la besé en la garganta, deslizando poco a poco mis labios hacia abajo…

—¡No lo haré! —dije cuando logré recuperar el sonido de mi voz. Y, aunque la deseaba más que nunca, le cubrí los hombros con su túnica—. ¡Es una locura, Asharhamat, amor mío!…

—¡Oh, maldito seas! —gritó con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Maldito seas, Tiglath Assur, cobarde!… ¿Y eres tú quien se atreve a hablarme de amor?

Sus piececitos calzados con sandalias me golpearon las espinillas como si se encontrasen ante una puerta que se propusieran derribar y, no satisfecha con ello, intentó arañarme el rostro, y me hubiese sacado los ojos si no la hubiese sujetado a tiempo. La estreché entre mis brazos atrayéndola hacia mí y sujetándola para impedirle cualquier movimiento, y aún intentó morderme, tan rabiosa se sentía.

Pero por fin pareció tranquilizarse. Cuando me creí más seguro le rocé la mejilla con los labios y ella no se movió. Sin duda se sentía empequeñecida y que disminuían sus fuerzas…, y era bastante inteligente para saber utilizar debidamente sus armas.

—Yo lo hubiese arriesgado todo por ti —susurró Con voz tensa casi en mi oído—. Me lo hubiese jugado todo por un momento de amor contigo. Y tú no tienes suficiente valor para introducirte entre mis piernas. ¡Déjame, Tiglath, no quiero causarte daño!

Ni las palabras más hirientes pueden compararse con la hiriente mordacidad nacida del desdén femenino. La solté sintiendo como si me desgarrasen las entrañas. Hubiese preferido cualquier cosa, la más ignominiosa, que el frío desprecio que leía en sus ojos.

—Puedes pensar lo que quieras —le dije con voz ronca—, excepto que no te amo.

—¡Oh, sé que me quieres, Tiglath…, pero a tu manera!

Como al parecer cualquier cosa que dijese aún me pondría más en ridículo, me volví dispuesto a marcharme. El jardín de Asharhamat no tendría más de veinte pasos de uno a otro extremo, pero aquella mañana parecía un desierto sin límites.

—¡Tiglath Assur!

Al tiempo que me volvía desprendió la túnica de sus hombros, que se deslizó suavemente por su cuerpo, dejándola expuesta en toda su desnudez hasta caer a sus pies, rodeándolos igual que un charco de sangre. Sí, no había mentido: se había convertido en una mujer y me parecía muy hermosa.

—Si tienes ojos…, úsalos. Y regresa cuando tu amor sea tan fuerte que te permita tomar lo que desees.

Durante un largo rato permanecimos uno frente a otro como estatuas de piedra. Ignoro cuáles eran mis auténticos sentimientos, pero no lograba resistir siquiera la idea de dejar de verla. Por fin conseguí desviar la mirada de su cuerpo y me volví dispuesto a marcharme, porque no me sentía con ánimos para pronunciar más palabras y pensaba que, sin duda, aquélla sería nuestra separación definitiva.

—¡Tiglath!

A mis espaldas distinguí el rápido repiqueteo de sus sandalias contra el pavimento. Me volví y se arrojó en mis brazos y, mientras la estrechaba contra mi pecho, me envolvió la cintura con las piernas desnudas hundiendo el rostro en mi cuello, como si de mí dependiera su vida, y su boca ávida me cubrió de besos.

—¡Vuelve conmigo, Tiglath, mi amor, mi dios! ¡Moriré si estás lejos de mí!

Estaba semienloquecida, con aquella mezcla de ternura y pasión que hace creer a un hombre que el mundo comienza y termina en el cuerpo amado. Me arrodillé en el jardín abrazado todavía por sus piernas y, al tiempo que arqueaba la espalda y yo cubría de besos sus senos, oprimió su sexo contra mi vientre y percibí su entrecortada respiración y el suave perfume de su carne. Sí, todo cuanto había dicho era verdad. Aquel momento de pasión valía por todo el oro del mundo.

—No…, tienes razón. No debe ser así.

Se apartó de mí como esforzándose por luchar contra nuestros sentimientos. Seguimos arrodillados bajo el brillante cielo de Assur sin que pudiese separar mis brazos de ella

—Deja que coja mi túnica —dijo en voz baja, al parecer perdida toda la violencia de su arrebato—. Comienzo a sentirme ridícula en esta situación.

Una vez se hubo cubierto volvió a mi lado y me cogió la mano. Ni su mirada ni su aspecto dejaban adivinar lo que había sucedido entre nosotros.

—Ven a verme dentro de unos días: quizá entonces se me haya ocurrido algo.

Me sonreía expresando una especie de presentimiento. Que los dioses ayuden a los hombres porque no son más que muñecos en manos de las mujeres.

—¿Qué tiene que ocurrírsete, Asharhamat? Nos amamos, pero nuestro amor es imposible.

—¿Imposible? —Sus ojos relampaguearon de ira—. Puede y debe ser. Dios nos ha creado uno para el otro: lo siento hasta en mis tuétanos. Si ha hecho que descubriéramos el amor, encontrará el modo de que alcancemos la felicidad. No me dejaré hundir en la adversidad. Confía en mí, Tiglath. Careces de astucia femenina.

Astucia femenina… Así lo había calificado ella. Sí, astucia ciega a todo cuanto no desea ver. Aquel hermoso pajarillo consumido por una insensata pasión primaveral, con el corazón martilleando en su pecho, emprendía el vuelo entre un viento tormentoso precipitándose a construir su nido en quebradizas y desnudas ramas recogiendo la paja donde podía para formar su nido sin darse cuenta de que el árbol estaba muerto.

Y eso era lo que ella calificaba de astucia femenina.

OceanofPDF.com

IX

Porque los dioses así lo quisieron transcurrieron varios meses sin que yo viese a Asharhamat. A la mañana siguiente, antes de que el sol despertase en el cielo, encontré a un mensajero junto a la puerta del cuartel que me tendió una tablilla con el propio sello real en la que el monarca me ordenaba que compareciese cuanto antes a su presencia. Tan sólo tuve tiempo de refrescarme la cara y vestir el uniforme en presencia del propio mensajero y eché a correr en dirección a palacio. Mas no tenía por qué apresurarme tanto, pues me vi obligado a esperar en una antesala, mientras me preguntaba si el rey estaría informado de mis delitos y cómo decidiría vengarse de mí.

Y cuando se abrió la puerta de los aposentos reales no fue mi padre ni siquiera uno de sus pajes quien acudió a reunirse conmigo, sino Shaditu, cubierta únicamente con una tenue túnica de lino que recibía la luz por detrás y recortaba su silueta tan claramente como si estuviese desnuda; al ver mi expresión se echó a reír.

—Ya he cumplido con mi deber. Él se siente satisfecho cuando le ayudo a bañarse —dijo sin molestarse siquiera en mantener sus ropas cerradas ante mí, al tiempo que encogía sus delgados hombros—. Es un anciano… ¿Qué puede hacer si no mirar? Pero si fueses tú, Tiglath, hermano…

Se me acercó, me rodeó el cuello con los brazos y me besó lascivamente en la boca.

—¡Si estuviésemos en Elam! —susurró roncamente—. En Elam es una alta distinción que un príncipe real se acueste con su hermana. Significa que quiere…

Pero ya empezaba a estar un poco harto de que las mujeres se arrojaran a mis brazos. La empujé tan brutalmente que tropezó y cayó en el

suelo.

—No estamos en Elam, señora —repuse secamente.

Pero ella se limitó a apoyarse en sus blancos brazos, riendo neciamente como una ramera ebria.

—Sólo por esto podría ordenar que te empalasen —observó, como si fuese un asunto sin importancia, aunque sin mostrar intención de levantarse —. Pareces disfrutar corriendo peligros, hermano. O acaso eres más inteligente de lo que pareces y sabes que las mujeres encontramos excitante cierta brutalidad. Ven, ayúdame a levantarme y podrás besarme otra vez.

Al ver que no me movía, se levantó por sí sola.

—En otra ocasión será.

—¡Ven, Tiglath, hijo mío!… ¿Os conocíais?

Era el rey quien pronunciaba aquellas palabras al asomar por la puerta la cabeza cubierta por un paño, haciéndome señas para que me aproximase.

—Ven, ven, hijo mío… Y tú vete, pequeña; tenemos que hablar cosas propias de hombres.

Despedía a Shaditu con una sonrisa, como si fuese una criatura, y ésta, con una mirada en la que se burlaba de todo el género masculino, abandonó la habitación silenciosamente con sus pies desnudos. En el instante en que desapareció, el rey pareció olvidar su existencia. Me pasó un brazo por los hombros y me hizo pasar a sus habitaciones.

—Tengo noticias que te harán muy dichoso, Tiglath Assur, hijo de Sennaquerib, Rey de Reyes. Verás: tropezamos con ciertas dificultades en el norte…

Me proponía que dirigiese una expedición de castigo contra una tribu de bárbaros procedentes de las montañas del este que habían tenido la insolencia de instalar sus tiendas ostensiblemente entre los meandros del norte del tío Tigris. Los campesinos de aquella zona habían enviado un mensajero a Nínive quejándose de que sus aldeas habían sido saqueadas por aquellos desalmados, que les habían robado sus mujeres y su ganado, y el rey había pensado que aquélla sería una excelente ocasión para que yo pusiese en práctica mi nueva táctica de infantería. Debía partir inmediatamente. Dentro de tres horas mis hombres tenían que estar dispuestos para marchar: ni siquiera disponía de tiempo para enviar un mensaje.

Y aunque se me desgarraban las entrañas por tener que separarme de Asharhamat, no podía ocultarme a mí mismo que experimentaba cierta sensación de alivio, como si por el momento hubiese logrado escapar de muchas y peligrosas complicaciones.

Además, era la primera vez que como oficial desempeñaría el mando de modo independiente sobre tres compañías de soldados de infantería y un destacamento de caballería. No me entusiasmaba la perspectiva de volver a encontrarme con aquella hermana excesivamente cariñosa, y el amor de Asharhamat era una trampa que siempre me estaba aguardando y podía arruinar nuestras vidas fácilmente en cualquier momento.

Tras el primer día de marcha acampamos casi a la vista de «Los tres leones», pero no me acerqué a ver a mi madre, comprendiendo que no causaría buena impresión en mis hombres, aunque debo confesar que no era ésta la principal razón por la que me abstuve de visitarla. Me aterraba enfrentarme a ella, porque sin duda me preguntaría por Asharhamat y desconfiaba de mi habilidad para urdir una mentira.

Tardamos seis días en llegar al recodo que el río forma hacia los montes Tauros, similar a la cuerda tensa de un arco. Aunque todavía quedaba casi un dedo de nieve en el suelo, no tuve dificultad alguna en descubrir las huellas de mis adversarios nómadas: me bastaba con contemplar las aldeas incendiadas y percibir el hedor de los cadáveres corrompidos de hombres y animales para comprender que se hallaban muy próximos.

«¡Qué inútil carnicería! —me dije encolerizado—. Parecen niños que arrancasen alas a las moscas porque están aburridos. Esta gente es incapaz de combatir como hacen los soldados. En cuanto vean al ejército en el campo de batalla huirán a sus montañas como venados y todos los esfuerzos desplegados habrán sido en vano.»

Mas no tenía por qué preocuparme, pues los uqukadi, aunque salvajes, no eran cobardes. Sin duda habrían sido absorbidos por otros pueblos o habrían desaparecido de la capa de la tierra; en aquellos tiempos nada había más efímero que las agrupaciones tribales que se formaban en las estribaciones de las montañas.

Apenas acabábamos de instalar nuestro campamento se personó una delegación enemiga en mi tienda, iniciando sus conversaciones en términos tan insultantes que constituían un claro desafío a la lucha.

El grupo estaba formado por tres elementos, todos ellos de mediana edad y grises mechones en sus barbas. Parecían establecer su graduación ateniéndose a sus respectivas edades y vestían túnicas azules y chalecos negros, sin duda distintivo de la gente de calidad de su tribu. Pero no existía ninguna otra similitud entre ellos. Las variedades de la especie humana son iguales en todas las razas, y su cabecilla, un tipo corpulento de lentos movimientos que sonreía constantemente sin motivo, hubiera podido encontrarse en Babilonia o Etiopía, donde los jefes de las tribus adornan sus cabellos con huesos y viven en chozas de paja.

Su subordinado más próximo, un tipo de elevada estatura, era sin duda el bravucón del grupo. Una cicatriz le cruzaba el rostro desde la sien izquierda hasta casi la barbilla y sus ojos negros y saltones tenían feroz expresión. Decidí al punto que si debía enfrentarme con él en una batalla antes de la puesta de sol, procuraría conseguir que empalaran su cabeza porque era de aquellos que por instinto buscan el poder y cuando lo ostentan imponen vejaciones sin límite a su propia gente y a sus vecinos.

El último —con frecuencia me he preguntado por qué caprichosa alteración del orden social se había visto elevado hasta la honrosa distinción de negociar tratados de paz y guerra, aunque fuese en representación de una tribu de bandidos montañeses— era raquítico, de escasa estatura y, según deduje, casi idiota. No hablaba jamás, pero asentía enérgicamente a todo cuanto decían los otros…, y en ocasiones incluso a mis propias afirmaciones. Aunque quizá, después de todo, no fuese tan pobre de espíritu porque fue el único bastante sensato de los tres para sentirse asustado. En el transcurso de nuestra breve entrevista me pareció a punto de huir como un venado a la vista de una serpiente.

Los recibí en mi tienda sentado tras una mesita. Cuando entraron no me levanté ni abrí la boca, para hacerles comprender de ese modo que un oficial al mando de los soldados de Assur no se atiene a fórmulas de cortesía tratando con harapientos salteadores nómadas que calculan sus bienes por cabezas de ganado. Por consiguiente, durante unos dos minutos aguardamos los cuatro entre un tenso silencio.

—Me pregunto en qué está pensando el gran monarca de Nínive para poner al frente de sus tropas a un muchacho —señaló por fin el de más edad, expresándose en un arameo bastante fluido, mientras el idiota cabeceaba enérgicamente varias veces en señal de asentimiento sin apartar sus ojos de mí con expresión de perro apaleado.

—Acaso crea que en esta ocasión bastaba con un muchacho, como tú me calificas…

Le obsequié con una sonrisa forzada, lo más desagradable posible. En aquellos momentos ya había comprendido que tan sólo estaba tratando de constatar mi debilidad, y si no le llevaba al rey sus cabezas posiblemente comprarían a algún esclavo para que me cortase el cuello mientras durmiese. Aquello sólo podía concluir con un mar de sangre.

—El rey de Nínive es clemente —proseguí sin dejar de sonreírles—. Si os marcháis ahora dejando vuestras espadas, mujeres y ganado, os permitirá regresar a las montañas, donde podréis morir de inanición cuando llegue la hora. Si no lo hacéis así, os arrebataré tales cosas y moriréis aquí.

—¿Tú…, muchacho?

Aquel que tenía más fiera expresión se adelantó hacia mí como si se dispusiera a fulminarme por mi insolencia. Pero ambos sabíamos que no lo haría, por lo que no me alteré lo más mínimo.

—Sí, yo, Tiglath Assur, que se enfrentó a los elamitas en Khalule y ha dado muerte a mejores guerreros que puedas serlo tú o cualquiera de tu tribu, aunque cualquier hombre de

Assur podría aplastar a un gusano con el pie y jactarse de lo mismo. ¿Habéis venido a solicitar la clemencia real? ¿Habéis recogido ya vuestros cacharros de cocina?

—Esta tierra es fértil —repuso el más fornido con una sonrisa estúpida, tan instintiva como su propio sudor—. Podemos permanecer en ella mediante un acuerdo. Somos un pueblo poderoso, y al rey de Nínive podría resultarle conveniente establecer una alianza con nosotros.

—Al rey, que reina aquí al igual que en Nínive, sólo le resultáis convenientes como pasto de los cuervos. No me hables de acuerdos: ya has oído cuáles son sus condiciones. El país de Assur sólo puede ser para vosotros un lugar donde enterrar vuestros huesos, de modo que pagad tributo y largaos.

Se había desatado mi ira, aunque no mi voz. Ya no debía parecerle un muchacho. No debía deshonrar a mi rey y a mi patria perdiendo la sangre fría ante aquellos ladrones vagabundos que no conocían la autoridad de ningún rey y consideraban la tierra como algo que levantaban los cascos de sus caballos. Mas estaba irritado porque sentía miedo, pues había visto extenderse por la llanura como flores las hogueras donde guisaban sus

alimentos. Yo había acudido allí con apenas cuatrocientos hombres y, a juzgar por las dimensiones de su campamento, probablemente ellos contarían con unos mil guerreros. Era razonable que sintiese miedo, pero me expresaba en nombre de mi padre y no debía demostrarlo.

—¿Y si decidiésemos quedarnos? ¿Qué haría entonces tu rey, poderoso guerrero?

Su poderoso guerrero también me sonreía pronunciando aquellas palabras y la cicatriz de su rostro se arrugaba como cuero viejo.

—Entonces seréis víctimas de la muerte y la esclavitud, hasta tal extremo que aquellos que sobrevivan creerán que la muerte es una bendición.

—Tus amenazas son muy elocuentes, héroe.

—Para mayor exactitud te diré que no amenazo en balde.

De repente pareció que no teníamos nada más que decirnos. Tras un enojoso silencio, que acaso se prolongó durante un cuarto de minuto, llamé al guardián que estaba apostado a la entrada de la tienda.

—¿Qué deseas, príncipe?

Mis dos interlocutores principales cambiaron una mirada, el más corpulento de ellos enarcó las cejas sorprendido, pero no era momento de presentaciones formales, de modo que simulé no reparar en su actitud.

—Facilita a nuestros visitantes un salvoconducto para que puedan regresar a sus filas; sin duda aprovecharán la oportunidad para despedirse de sus esposas e hijos por última vez.

Permanecí en el límite del campamento con el *ekalli* que había luchado conmigo en Khalule, observando cómo los tres emisarios se alejaban por la desierta llanura hasta que desapareció el polvo que habían levantado los cascos de sus caballos, sin dejar de pensar un instante que al día siguiente a estas horas aquella tierra estaría cubierta de sangre, cadáveres y moribundos. Nos volvimos uno frente al otro y él se encogió de hombros como si dijese: «Bien, por lo menos esto ya ha concluido.»

—Son muchos —indicó señalando con el brazo hacia el horizonte como si los uqukadi fuesen tan numerosos como una plaga de langostas—. Y, según tengo entendido, nada cobardes. Mañana tendremos que ganarnos el pan, príncipe.

—Acaso sean innumerables y cada uno de ellos tan valiente como un león, pero cuando liega el momento de luchar cada hombre lo hace

individualmente. La chusma jamás podrá compararse a un ejército disciplinado, Lushakin. No temas…, hemos venido a conquistar, no a perecer.

Regresé a mi tienda. Llegaba la noche y deseaba estar solo.

En el curso de mi primera batalla había luchado como simple soldado y, en la siguiente, lo haría como único caudillo. Debo confesar que la segunda noche que viví previa a una jornada de exterminio y sufrimientos aún fue más dura que la primera, si ello es posible. Sabía que si al día siguiente perdíamos la batalla seguramente mi cadáver se encontraría entre los que se corromperían bajo el sol, pero lo que más me atormentaba era pensar en todos aquellos que descansaban confiados cerca de mí y a quienes condenaría a la destrucción. Morir es terrible, pero fracasar… Si tenía que resultar de tal modo, podría considerar una bendición encontrar mi *simtu* en el país que me había visto nacer.

Aquella noche no me esforcé por conciliar el sueño. En esta ocasión no se encontraba a mi lado ningún Nargi Adad para obligarme a beber fuerte cerveza babilonia, por lo que fui presa indefensa de mis propios pensamientos y ni siquiera me molesté en tenderme. Me pasé toda la noche estructurando una y otra vez la batalla mentalmente, tratando de considerar todos los aspectos desde la perspectiva del enemigo para poder descubrir el punto en que mi táctica podía fracasar. Y a mi alrededor dormían aquellos hombres que acaso sólo volverían a descansar en brazos de la muerte. Aquellas horas fueron muy angustiosas para mí: temía y confiaba al mismo tiempo que jamás llegase la aurora.

Mas por fin llegó. El sol, el gran disco encendido de Assur, apareció sobre las montañas del este disipando la niebla que brotaba del frío suelo cubierto de nieve y a mi alrededor todo el campamento despertó a la vida. Antes de salir de mi tienda llegó a mis oídos el tintineo metálico de las armas y el sonido sofocado de muchas voces. Los hombres se acurrucaban en torno a las hogueras, donde se preparaban los alimentos y se desayunaban, o como buenos obreros preparaban sus instrumentos para la jornada laboral. Había oído a generales expresarse despectivamente de sus hombres, pero yo nunca he comprendido tales palabras porque los soldados, en su mayoría, son seres valientes y nada presuntuosos y poseen todas las virtudes, sencillez y honestidad propios de la gente humilde que debe trabajar para ganarse la vida. Aquella mañana quería a mis hombres, y aunque muchos, o acaso la mayoría, eran mayores que yo, los amaba con

amor paterno y mi corazón sufría pensando en las penalidades a que se verían sometidos durante las próximas horas.

Mi plan era muy sencillo. Dos compañías de infantería en formación romboidal, a fin de poder defenderse de los posibles ataques que recibirían de cualquier lado, marcharían hacia el campamento enemigo. Los uqukadi los atacarían con todos sus efectivos —por lo menos así lo esperaba—, porque si no nos detenían en terreno abierto, lejos de sus tiendas, su ganado y sus familias, lo perderían todo. Cuando la batalla estuviera en pleno apogeo enviaría a la restante compañía de infantes y a mi único contingente de caballería, ambos por extremos opuestos, a izquierda y a derecha, para flanquear al enemigo, acosándolo por múltiples direcciones a la vez. No se trataba de un plan en el que se desplegase gran habilidad estratégica. El desenlace de la batalla no dependería de mi genio: cifraba mis esperanzas en las nuevas lanzas de acero que debían detener a los jinetes uqukadi confiando en la disciplina de mis hombres y que lo que había podido funcionar en la plaza de armas de Nínive resultase efectivo también allí.

Había entrenado a aquellos soldados hasta hacerles maldecir mi nombre y hasta que sus esposas e hijos también llegaron a maldecirme. Únicamente confiaba que estuviesen bastante preparados. Habíamos luchado juntos previamente y sabía que eran buenos elementos en los que podía confiarse. Si fracasábamos sería por culpa de su cabecilla, no por ellos: yo sería el único culpable.

Regresé a mi tienda a recoger la jabalina. En esta ocasión no la necesitaría porque no lucharía junto a ellos, pero me sentía mejor empuñándola.

Cuando el sol se levantó blanqueando el cielo rosado, las compañías se reunieron formando filas y mis oficiales se presentaron a recibir mis últimas órdenes. Cambiamos impresiones entre murmullos y seguidamente subí a la plataforma de un carro de intendencia para dirigirme a mis hombres. Sentía como si tuviera el corazón en el cuello, como si me estuviera tragando una manzana entera.

—Sabéis perfectamente lo que se espera de vosotros —vociferé. Mientras arengaba a mis tropas un suave viento arrastraba mis palabras, haciéndolas casi inaudibles—. No voy a deciros que luchéis valerosamente porque me consta que lo haréis sin que os lo ordene. Mas sí os diré que actuéis con cuidado: ellos son muchos y nosotros pocos, pero combatirán como una chusma y vosotros os comportaréis como lo que sois: el ejército

disciplinado de Assur, que actúa y piensa como un solo hombre. Esta batalla no depende de uno de nosotros, sino de todos juntos. Por tanto mantened vuestra formación, y esta noche no serán nuestros cuerpos los que yazgan sobre el campo de batalla como hojas caídas. ¡Buena caza!

Ignoro si era aquello lo que querían oír, pero de todos modos me vitorearon con el entusiasmo propio de los soldados. Sólo sé que lo que había deseado decirles era muy distinto, pero jamás habría podido decirlo: no hubiese encontrado las palabras necesarias para ello.

Resulta muy extraño observar a distancia cómo se desarrolla la batalla cuya estrategia uno mismo ha organizado. Extraño e incómodo. Aquellos hombres a quienes conocía por su nombre y cuyos hijos había visto jugar por las calles se veían tan pequeños y lejanos que no lograba distinguirlos entre sí. Todo era muy abstracto, como una táctica bélica que se jugase sobre un tablero de ajedrez con soldaditos de madera y, sin embargo, del resultado de aquella batalla dependían muchas cosas: mi vida, las vidas de mis hombres y, acaso algún día, el propio destino del imperio de Assur. Sentado sobre un promontorio que dominaba el campo y rodeado por algunos oficiales y por los mensajeros que transmitían mis órdenes a los soldados, maldecía aquel tipo de existencia que había escogido al comprender lo que en seguida resulta evidente para cualquier jefe, que la facultad de disponer de la vida o la muerte no depende únicamente del poder de los simples mortales.

Las dos formaciones romboidales avanzaban dificultosamente por la llanura aplastando la amarillenta hierba. Distinguía la nube polvorienta que levantaban en su camino, pero al principio apenas parecían moverse. Sus lanzas de acero eran invisibles para mí. Los observaba como debía observarlos el enemigo y trataba de imaginar qué pensarían ellos al verlos. Cuando casi habían alcanzado el centro del campo aparecieron los primeros jinetes uqukadi haciendo destellar sus espadas a la luz del sol.

Mis hombres se comportaron valerosamente y fueron muchos los caballos que cayeron de costado como cerdos que resbalasen por el hielo. Los arqueros no malgastaban sus flechas y se aseguraban para no errar los disparos. Los uqukadi tenían una caballería portentosa, pero dudo que más de la mitad de sus jinetes lograse sobrevivir y aproximarse siquiera a nuestras filas. Y aquellos que lo consiguieron se encontraron con la desagradable sorpresa que los esperaba cuando las erizadas lanzas de acero entraron en combate. Los caballos relinchaban de pánico al verlas y

pisoteaban a sus jinetes o los abandonaban a su suerte con una jabalina clavada entre los omóplatos.

El sistema funcionaba.

En una, dos, tres ocasiones la infantería empuñó sus lanzas y se adelantó sin perder su formación y seguidamente dejó caer de nuevo las armas para que los arqueros pudieran sembrar la muerte entre los enemigos. Descubrí algunos cadáveres por el suelo luciendo nuestro uniforme, pero en número reducido. Y los uqukadi, aquellos que seguían con vida, habían resultado chasqueados. Su caballería había quedado prácticamente inutilizada, sumándose al número cada vez más creciente de sus pérdidas. El plan resultaba efectivo.

—¡Enviad la tercera compañía!

—¿Y la caballería, príncipe?

—¡No! ¡Mantenedla en reserva! Cuando llegue el momento realizará el asalto definitivo. Ahora no es necesaria.

Y de pronto me limité a presenciar la carnicería que sobrevino a continuación.

A mediodía todo había concluido. Los efectivos de la caballería enemiga que pudieron se entregaron a la huida; aquellos que no lo lograron ni se rindieron, fueron exterminados. Apenas había transcurrido una hora cuando a lomos de mi caballo me introduje en pleno campamento uqukadi.

Se oyó el ladrido de algunos perros. Aquél fue el único sonido que se percibió. Aunque no se veía a nadie, ello no significaba que no se encontraran allí los supervivientes. Mujeres, hombres y niños que siempre habían sido valerosos permanecían acobardados dentro de sus tiendas, esperándome mientras yo inspeccionaba entre aquel caos de hogueras semiconsumidas y armas abandonadas. Sabían perfectamente el destino que aguardaba a los vencidos, pero ninguno de ellos se atrevía a levantar la mano contra mí o alguno de mis soldados.

—¡Rodeadlos! —ordené inclinándome sobre mi montura para dirigirme a Lushakin, que miraba en torno asombrado ante tantas facilidades—. Reunidlos como si fuese un rebaño y eliminad a aquellos que ofrezcan resistencia. Vigiladlos, pero sin preocuparos en exceso: no hay que demostrar excesivo interés por los enemigos vencidos. Hacedles aguardar un rato para que tengan tiempo de preguntarse qué vamos a hacer con ellos. Recoged los caballos, alimentad a nuestros soldados y dadles un

merecido descanso. Pero mantened una férrea disciplina… No quiero que se entreguen al saqueo. Hablaré con mis prisioneros después de comer.

A las doce, cuando el sol comenzaba a teñirse con el color de la sangre, me dirigí hacia el recinto cercado donde habían quedado confinados los uqukadi que seguían con vida, los cuales se apretujaban como dátiles en una jarra. Al verme llegar la multitud se arrodilló y humilló los rostros en el polvo, pues comprendían que había llegado la hora del juicio y estaban terriblemente amedrentados. Los hice esperar sin apearme de mi montura, que resoplaba y arañaba la tierra con sus cascos, como si, pese a ser un simple animal, presintiese lo que iba a suceder.

No debían de ser más de dos mil almas, en su mayoría mujeres, que aguardaban a oír las palabras que pronunciaría y que significarían su vida o su muerte. Sus compañeros se estarían convirtiendo en carroña o habrían huido… Supongo que aquel día sucumbieron unos setecientos guerreros uqukadi, dejando que sus mujeres, hijos y ancianos pagasen el precio de su insensato valor.

—¡Poneos en pie para oír mi sentencia!

Se levantaron con expresión sombría y derrotada, fijando las miradas en el suelo. Los niños se ocultaban tras las amplias faldas de las mujeres para que no los viéramos; los hombres reflejaban el terror de quienes ya sienten el filo de la espada en el cuello.

—Deseo que se presenten ante mí vuestros cabecillas, todos vuestros superiores. Quiero verlos a mis pies antes de la décima parte de una hora u os arrojaré a la hoguera y vuestros hijos morirán cargados de cadenas. Me los entregaréis vosotros mismos y antes de que concluya el plazo que os he fijado.

No tuve que esperar mucho. Al cabo de unos instantes veinte hombres ataviados con las túnicas azules y los chalecos negros que constituían el distintivo de su rango se vieron empujados hacia adelante, arrojados del círculo de sus antiguos partidarios que tan sólo deseaban eludir el peso de la venganza del terrible Assur. Aunque debían de imaginar que nada podía salvarlos, se arrojaron a mis pies, viéndose vigilados al instante por mis soldados, que los rodearon empuñando sus espadas.

—¡Vosotros! —exclamé, llamando a dos hombres de mi antigua compañía—. Meteos en las pocilgas que esa gente utiliza como

campamento y buscad un hacha y algo que podamos utilizar como tajo. Apresuraos…, sería descortés hacer esperar a tan distinguidos personajes.

Mis hombres rieron, pero nuestros prisioneros no debieron de encontrar tan divertida aquella situación. Por fin, cuando comprendieron que podían considerarse muertos, los principales uqukadi se pusieron en pie. Entre ellos reconocí únicamente al supuesto idiota que había acudido a mi tienda a parlamentar sin que hubiese llegado a despegar los labios. Le hice señas para que se adelantase.

—¿Dónde están los otros dos? —le pregunté.

Por un momento pareció confundido, como si no lograse entenderme y luego volvió a bajar la vista.

—Desaparecieron, poderoso príncipe —dijo. Al parecer había recobrado la voz—. Uno de ellos ha huido y el otro ha perdido la vida.

Señaló hacia el campo de batalla donde los cuervos celebraban su festín. No me costó imaginar cuál de ellos estaría allí; me pregunté en qué lugar de las montañas se encontraría en aquellos momentos el tipo corpulento de estúpida sonrisa.

—Bien, te concedo la vida por la información que me has facilitado. Ve a reunirte con tu gente.

Le temblaban las rodillas y mostró intención de besarme los pies, pero obligué a retroceder a mi caballo para evitarlo. No pretendía ser generoso, como tampoco lo había sido cuando exigí que los uqukadi me entregasen a sus cabecillas para castigarlos. Aquel individuo probablemente era un cobarde, pero sin duda no tan necio como parecía. Tal vez se pusiera al frente de su tribu, pues éstos no escogerían otro caudillo más enérgico; tras las traiciones sufridas aquel día ninguno de sus cabecillas volvería a confiar en la fidelidad de aquellas gentes y ellos lo sabían muy bien: una nación que ha perdido sus ilusiones jamás volverá a ser fuerte.

Por entonces los soldados ya habían regresado con una magnífica hacha de doble filo y con un consistente bloque de madera que alguien debía de haber utilizado como silla y parecían muy satisfechos de sí mismos.

—Traed a uno de los ayudantes de cocina —ordené—. Éste es un trabajo propio de carniceros.

Durante un cuarto de hora el aire apestó a sangre. Los hombres apoyaron su cabeza sobre el bloque poniendo la mejilla en la sangre

coagulada de su predecesor y el ayudante del cocinero, una mole cubierta de vello que se había despojado de sus ropas y se cubría únicamente con un taparrabo para no ensuciarse, los iba decapitando tan limpiamente como si cortase nabos para el caldo, y seguidamente, antes de que las cabezas rodasen por el suelo, apartaba de una patada el crispado cadáver de la víctima, dejando sitio para la próxima. Presencié aparentemente impertérrito las ejecuciones sobre mi caballo, aunque el hedor a muerte me alteraba profundamente, mientras los uqukadi observaban el espectáculo silenciosos y horrorizados. Comprendí perfectamente sus sentimientos.

Cuando todo hubo concluido, el ayudante del cocinero recogió las cabezas cercenadas en un gran saco de cuero para enviárselas al rey como trofeo.

—No lamentéis la muerte de esas gentes —indiqué a los uqukadi, señalando los cadáveres decapitados que yacían a mis pies, algunos de los cuales aún sacudían sus miembros como marionetas de madera—. Os condujeron a la ruina y yo os he hecho un favor liberándoos de ellos. Ahora os daré a conocer las condiciones en las que el gran rey de este país os permitirá conservar vuestras desdichadas existencias… No, no vais a morir ahora mismo en este lugar como mereceríais. Que las mujeres se separen de los hombres, pero que conserven a sus hijos con ellas. ¡Vamos! ¡Rápido!

Obedecieron inmediatamente mis órdenes… Estaban demasiado acobardados para obrar de otro modo. Al cabo de unos momentos se habían formado dos grandes grupos: las mujeres se encontraban a la izquierda y los hombres a la derecha. Llamé a Lushakin, que acudió a mi lado.

—Coge treinta hombres —le ordené— y comprueba cuáles de estas mujeres habla acadio, porque sin duda serán las esposas de los aldeanos de estos contornos a quienes deberemos restituirlas. En cuanto a las demás, escoge a aquellas que se encuentren entre los diez y los veinte años siempre que no tengan hijos, en la proporción de una por cada cinco.

Lushakin acató gustosa y rápidamente mis órdenes sin que se provocara entre ellas ningún lamento: habían superado la etapa de las lágrimas.

—Os he arrebatado a la flor de vuestras jóvenes —continué—, a vuestras vírgenes y jóvenes esposas…; no me entremeteré con madres e hijos, pero me quedaré con las restantes, que se convertirán en esclavas en el país de Assur, y morirán allí, de viejas, en los hogares de sus amos. Las habéis perdido para siempre. También me reservaré vuestros caballos y la

mitad de vuestras cabras y de vuestro ganado. Contemplad cuanto os rodea, poderosos uqukadi, y veréis los cadáveres de vuestros guerreros. Pensad en los infortunios que os aguardan en los próximos meses, cuando luchéis por sobrevivir en las estériles montañas. Recordad los rostros de vuestras mujeres, a quienes jamás volveréis a ver, y consolaos en vuestra desdicha pensando que seguís conservando la vida. Recordad asimismo que el poderoso rey de Assur os perdona en esta ocasión…, y no volváis a provocar su ira.

Mientras duró la luz del día recogimos nuestros cadáveres para poder enterrarlos con ofrendas de vino y alimentos. Aquella noche distinguimos las luces de las hogueras en el campamento de los uqukadi que recogían sus posesiones y se preparaban para emprender el largo y penoso camino de regreso a su país, entre las montañas. Sus mejores hombres yacían en el campo de batalla y habían perdido a sus mujeres jóvenes, sus bienes y la confianza en sí mismos. No sobrevirían como nación; desaparecerían absorbidos por otras tribus y jamás volverían a amenazar al país de Assur.

—Debiste pasarlos a todos por las armas —gruñó Lushakin en un tono de voz que denunciaba su censura hacia mi supuesta debilidad—. El rey tu padre no estará satisfecho.

Aquella misma noche escribí una carta a Nínive.

Al rey nuestro señor, de su siervo Tiglath Assur. Deseo que goces de excelente salud y que Assur y Shamash se muestren clementes contigo. Mi señor ha obtenido hoy una victoria: los uqukadi son sólo una sombra que vaga por el país y que desaparecerá para siempre. Te envío las cabezas de sus notables. La llanura está sembrada con los cadáveres de sus guerreros. He hecho prisioneras a sus mujeres y les he arrebatado sus caballos, cabras y ganado, mas me he mostrado clemente en tu nombre para que nadie pueda decir que los soldados de Assur se ensañan con los desdichados…

Despaché a un emisario con las primeras luces del alba y me quedé aguardando la sentencia del monarca.

Esperamos durante varios días, durante los cuales envié algunos observadores para asegurarme de que los bárbaros habían abandonado realmente el país. Los soldados descansaron y se regocijaron de su fácil victoria porque apenas habíamos perdido un hombre de cada veinte. Para mantenerlos ocupados les encargué que construyesen una estacada, donde guardamos a las cautivas sujetas con una cuerda en el cuello sin que nadie las molestase porque los ejércitos de Assur no se entregan a violaciones y pillaje: no les está permitido porque ello alteraría la disciplina. Pero las mujeres acadias que habíamos liberado de servidumbre no estaban muy deseosas de regresar con sus maridos aldeanos, y nuestros hombres no carecieron de entretenimiento. Cada noche resonaban risas y cantos en el campamento; cada noche yo dormía solo recordando la visión del cuerpo desnudo de Asharhamat.

Permanecimos tres semanas en el norte. Por todo el país se había difundido la noticia de la gran victoria obtenida sobre los uqukadi y acudía gente a nuestro campamento en busca de lo que aquellos intrusos les habían arrebatado. Distribuí el ganado y las cabras como me pareció más equitativo y los caballos los reservé para la campaña que próximamente emprenderíamos en el sur, y los esposos recogieron a mujeres e hijas que teníamos entre nosotros, de modo que día tras día se fue reduciendo el alboroto entre los soldados. Al final sólo quedaron con nosotros diez o doce aldeanas, algunas de las cuales nadie reclamaba y que en su mayoría habían visto morir asesinados a sus esposos cuando fueron hechas cautivas. A cada una de ellas le entregué una dote en ganado y plata de mi propia bolsa, se unieron a algunos soldados que se habían aficionado a ellas y nos siguieron al sur. Esas mujeres siempre son útiles en un ejército. Las demás se dispersaron en busca de fortuna. En cuanto a las uqukadi tendrían que someterse a la voluntad del rey.

Por fin llegó un mensajero de Nínive portador de noticias e instrucciones. Me entregó una tablilla forrada de cuero y con el propio sello del monarca y me retiré a mi tienda, preguntándome si ordenaría mi regreso porque había caído en desgracia. Mas no tenía por qué preocuparme.

Al señor Tiglath Assur, poderoso príncipe, amado hijo del rey su padre, deseándole que goce de bienestar. He ordenado que las cabezas de nuestros enemigos sean clavadas en estacas ante la Gran Puerta para que el pueblo conozca tu gloria y la fuerza de tus brazos. Has obrado prudentemente: la gente temblará de terror al oír tu nombre porque un enemigo es más temido por su nobleza que por su crueldad.

Cuando llegue esta misiva a tu poder, los ejércitos de Assur ya se encontrarán en la carretera del sur. Obliga a avanzar a tus tropas a marchas forzadas para que puedas reunirte con nosotros en nuestro campamento del Zab Menor. No concedas descanso a tus hombres porque tu padre necesita de tu fortaleza y sabios consejos y sus viejos ojos ansían verte. Este año ostentarás el rango de rab abru, *que es lo mínimo que mereces. Resérvate el botín obtenido en tu victoria y disfruta de las habilidades de las mujeres bárbaras. Reúnete cuanto antes con nosotros.*

Estaba a salvo. Había sido promocionado dos grados en el escalafón militar, puesto que al parecer había pasado por alto el grado de *mu'irru*. A la sazón ya no tendría a mi mando cien hombres, sino todo un contingente del ejército real. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Y cómo iba a proceder a semejante marcha si llevaba más de cien esclavas alborotando en mis talones?

Todas las dificultades tienen solución y finalmente se me ocurrió llamar en mi ayuda a Kefalos, pidiéndole que acudiese acompañado de una escolta y que condujese a las esclavas al mercado de Nínive, una clase de gestión que confiaba resultase de su agrado.

Impartí instrucciones y nuestros hombres estuvieron dispuestos con las primeras luces del alba. Para que las mujeres no demorasen excesivamente nuestra marcha había comprado algunos carros a los campesinos de un pueblo que encontramos en nuestro camino e hicimos subir a la mitad de ellas para que todas pudieran andar o marchar en grupos. Eran nómadas y por consiguiente excelentes andariegas y durante tres semanas habían estado confinadas en la empalizada que construimos

para mantenerlas a buen recaudo. Parecían satisfechas de poder moverse y comenzaron a coquetear con tanto descaro con los soldados destinados a vigilarlas que me vi obligado a ordenar que azotasen a algunas de ellas para mantener el buen orden.

Al quinto día nos encontramos con Kefalos en la carretera a dos *beru* de la ciudad de Nínive. Al griego se le iluminaron los ojos cuando pasamos revista a las piezas de mi botín que descansaban a la sombra de los carros. Las mujeres codearon como gansos al verle, burlándose de él y mostrándole sus vientres para afrentarlo, pero mi valeroso criado no desfalleció.

—¡Señor, has hecho un trabajo magnífico! —exclamó hundiendo los dedos en su espesa barba, extasiado y brillantes los ojos de codicia—. ¡Fíjate: son casi unas niñas y salvajes como animales! Las montañesas tienen fama de apasionadas y resultan excelentes rameras. Conozco dueños de burdeles que pagarán una fortuna por ellas…

—No quiero que las entregues a la prostitución, señor médico; las venderás a particulares como concubinas o domésticas o a aquellos que no puedan costear una esposa cara para sus hijos. Después de cuanto han conocido, la vivienda más sencilla de Nínive les parecerá el paraíso más lujoso. No quiero en modo alguno que vayan a parar a un burdel, donde las arrojarán a la calle, dejando que mueran de hambre en cuanto les cuelguen los senos. No deseo enriquecerme de ese modo.

Kefalos se enfureció y se rasgó las vestiduras y dijo que con criterios tan absurdos ambos acabaríamos en la miseria. ¿Acaso no recordaba que también él había sido prisionero de guerra y que sabía mejor que yo lo que era más conveniente y adecuado en tales ocasiones? ¿Ignoraba tal vez que en aquellos momentos el mercado de esclavos estaba en baja a causa del conflicto con que nos encontrábamos en el sur? ¿Dónde podría encontrar él tantas familias acomodadas que estuvieran dispuestas a casar a sus hijos con mujeres que se expresaban ordinariamente y que eran capaces de orinarse por las calles pensando que no molestarían a nadie?

—¡Fíjate en ellas, señor: están en sazón, como los melones! Incluso podría reservarme algunas de las mejores para mi propio uso. ¡Y tú te propones desperdiciarlas entregándolas a alfareros y vendedores de pescado, hombres que no pueden ofrecer el precio de una virgen de treinta años con los dientes estropeados! Señor, temo que has echado en saco roto todas mis advertencias y has enfermado dejando que se te cociesen los

sesos bajo el sol para llegar a sugerir tan insensata idea. ¡Por lo menos los caballos, señor! El rey tu padre te ha obsequiado con todo el botín. Déjame ver qué puede hacerse…

—Los caballos están destinados al ejército, Kefalos… Tendremos necesidad de ellos en el sur.

Aquello pareció enloquecerle. Pateó en el suelo y profirió un obsceno juramento al tiempo que enrojecía como aceite de granada.

—¡Por todos los dioses de Nínive y de los países de occidente!… ¡Sin duda he sido maldecido! —gritó—. Estoy maldito por vivir el resto de mi vida como esclavo de un muchacho insensato… Perdóname, señor, pero no es más que la verdad: he sido maldecido entre todos los hombres.

Pero al final, al ver que me mostraba inflexible, se conformó con gruñir durante toda la cena y vaticinarme que moriría en la pobreza por mi perversa naturaleza.

—Y, desde luego, mi comisión quedará reducida a cero —prosiguió mirándome de reojo, mientras sumergía los enjoyados dedos en un bol de agua caliente, una nueva muestra de afectación que había adoptado—. No valía la pena arrostrar las molestias del viaje.

—¿Te refieres a los dos *beru* que has recorrido, Kefalos?

—Sí, pero es preciso viajar con cierta dignidad y también hay que considerar el precio de la escolta. Mas yo hago tales cosas desinteresadamente, por el aprecio que siento hacia mi joven e insensato amo.

Suspiró profundamente y se consoló tomando un trago de vino, pero aquello sólo pareció intensificar su melancolía.

—No sé adonde irá a parar este país si continúas comportándote de este modo cuando seas rey. Los ricos y poderosos no están hechos de…

Me adelanté en la mesa y le así por la barba, atrayéndole hacia mí. De pronto me hallaba sumido en la más profunda confusión.

—¿Qué has querido decir con esas palabras? ¿Cuando sea rey? ¡Habla, esclavo!

—¡Cómo, señor! ¿Acaso lo ignoras? —Parpadeó sorprendido mientras apartaba suavemente mi mano, que parecía a punto de arrancarle la barba —. Creí que el rey tu padre te había informado… ¿Quieres decir que no te has enterado de nada?

—Ignoro a qué te refieres.

—Modérate, señor, por favor…

Cuando le hube soltado se humedeció los dedos en el cuenco y se frotó los pelos de la barba., Ardía de impaciencia, pero él parecía no advertirlo.

—Nadie se interfiere en tu camino…, con la excepción naturalmente del señor Asarhadón, de quien todos dicen que es buen soldado, pero nada más —dijo por fin Kefalos, observándome con fijeza, como si no fuese la primera vez que me veía—. E incluso él… estuvo en mi casa hace dos días y aludió a tu designación como *marsarru* cual si fuese cosa hecha. Dice que confía que le consigas el mando de un destacamento de caballería.

—Pero ¿y qué sucede con el actual *marsarru*? ¿Qué ha sido de Arad Ninlil?

Mi astuto esclavo encogió sus anchos hombros con el fatalismo de quien debe enfrentarse a un destino triste pero inevitable.

—Murió, señor, falleció de un ataque de apoplejía cuando todos creíamos que sucumbiría víctima de sus trastornos intestinales. Murió esta misma semana.

OceanofPDF.com

X

Al anochecer era de público dominio en el campamento la noticia de la muerte de Arad Ninlil, y a la mañana siguiente, cuando despedí a Kefalos y a la expedición femenina destinada al mercado de esclavas, me aclamaron como si ya me hubieran designado oficialmente y el trono se hallase vacante. Todos los soldados de Assur sentían gran reverencia por el rey, y a ojos de aquellos que habían combatido conmigo en ambas campañas, yo era el *marsarru*, aunque ningún *baru* hubiese escudriñado las entrañas de la cabra destinada a la divinidad para interpretar los designios del dios.

Aquel día vestí una túnica roja en señal de duelo por mi hermano real, pero ello no fue óbice para que los soldados de infantería de mi anterior compañía me vitoreasen en el instante en que aparecí a la luz del sol.

—¡Assur es rey! ¡Assur es rey! —gritaban como si me siguieran formando comitiva desde el templo tras haberme impuesto la corona.

Aquello no podía permitirse. Monté en mi caballo y levanté la mano con el puño cerrado para imponer silencio.

—¡Sólo hay un rey en este país! —grité, fingiendo una cólera que estaba muy lejos de sentir, porque sus muestras de lealtad me habían conmovido—. Se llama Sennaquerib y nos está aguardando en las orillas del Zab Menor. ¿Aún no estáis dispuestos a partir en su ayuda? ¿Acaso creéis que los elamitas están dormidos y que el señor de Assur no necesita a su ejército? ¡Voy a ponerme a sus órdenes me sigáis o no!

Les di la espalda y emprendí la marcha en dirección sur, aunque sin apresurarme, puesto que trescientos hombres no pueden levantar un campamento y disponerse a marchar en un instante. Cuando me hube perdido de vista dejé mi caballo al paso…, pues la experiencia me había demostrado que los caballos haraganean siempre que no son espoleados, y

poco después de la una de la tarde, cuando no había avanzado más de un *beru*, oí gritar a mis soldados detrás de mí pidiéndome que los esperase. Por fin me volví y solté las riendas.

Al cabo de un cuarto de hora no pude contener la risa al ver sus rostros sudorosos. Lushakin se adelantó y en nombre de todos me pidió perdón diciendo, que, de todos modos, les había gastado una broma de mal gusto dejándolos con los equipos desperdigados y doce jarras enormes de excelente cerveza abiertas que se habían visto obligados a abandonar intactas porque no tenían a quien aclamar, con excepción de las moscas de aquel páramo. Me reí aún más y le perdoné semejante impertinencia. Durante todo el día no perdimos ni un instante de marcha, y en el curso de aquella campaña ya no volví a ser aclamado como el escogido de los dioses.

Sin embargo, aunque un hombre puede silenciar a los demás, no consigue acallar la voz de su propio corazón. Convirtiéndome en *marsarru* colmaría todas las ambiciones que había estado abrigando durante aquellos años. Si aquélla era ciertamente la voluntad del soberano, entonces recibiría a Asharhamat como esposa. Mi existencia transcurriría feliz y gloriosa: no era nada despreciable poder residir en la Casa de Sucesión.

Tardamos cinco días en llegar al campamento real en el Zab Menor, porque comenzaban a menguar las inundaciones propias de la primavera y las aguas se habían retirado hasta los bancos, dejando el terreno lleno de barro. Confié que los elamitas fuesen bastante prudentes para permanecer confortablemente en sus hogares hasta que el sol de Assur hubiese secado bastante la tierra y pudiésemos, luchar como caballeros.

Cuando llegamos, el rey se disponía a castigar a un noble local que había intentado levantar su ciudad contra su legítimo señor.

—¡Ah, por fin ha llegado Tiglath…, *rab abru*, conquistador del norte! Ven a besarme, hijo mío. Me alegro de que no te hayas perdido la diversión de la jornada. Vamos: toma una copa de este pésimo vino de dátiles y cuéntame tus aventuras.

Nos sentamos frente a su tienda rodeados por soldados, que nos observaban discretamente desde cierta distancia como si fuésemos peligrosos animales, y mi regio padre me sirvió con su propia mano parte del contenido de la jarra que estaba a su lado, sobre una mesita redonda. No estaba bebido exactamente, pero el vino —que realmente sabía a brea de la que utilizan los barqueros— había vidriado sus ojos de tal modo que

brillaban como si fueran de mármol pulido. Mientras le exponía todo cuanto había sucedido en el norte, aunque en realidad no parecía escucharme, sonreía, gruñía y hacía señales de asentimiento de vez en cuando. No podía comprender su comportamiento hasta que señaló mi copa casi intacta, frunciendo el ceño con desaprobación.

—¿No pruebas el vino, muchacho? Aunque no te guste debes beberlo porque es fuerte y embota el cerebro. ¿Has presenciado alguna vez cómo desuellan a un hombre?

—No, señor, nunca.

—Hoy lo verás y tampoco eso será de tu agrado. Pero se resiste mejor con una bebida algo fuerte. ¡Bebe, muchacho!

Bebimos en silencio hasta que un oficial que lucía el uniforme del *quradu* se acercó a nosotros y, poniéndose la mano derecha en el corazón, se inclinó ante su amo, el rey.

—Parece que ha llegado la hora de administrar justicia —me dijo el señor Sennaquerib mirándome y sonriéndome con aire indeciso—. Ven, Tiglath, hijo mío: no debemos descuidar parte tan importante de tu instrucción real. ¡Ja, ja, ja!

Nos levantamos y mi regio padre, Señor de las Cuatro Partes del Mundo, que ya estaba auténticamente borracho, me pasó el brazo por los hombros y avanzó hacia su carro dando traspiés.

—Lo conducirás tú, muchacho —dijo—. Dicen que eres muy experto con los caballos, y hoy no me fío demasiado de mí mismo… No estaría en consonancia con mi regia majestad que cayese en una zanja, ¿verdad?

La ciudad de Ushnur, o lo que de ella quedaba, estaba a menos de diez *ashlu* del campamento real; podíamos haber cubierto aquella distancia en pocos minutos a paso ligero, pero los reyes no marchan a pie cuando desean ser admirados en majestad. Me pregunté por qué no se habrían alojado en la ciudad los oficiales del ejército hasta que vi que sus murallas habían sido derribadas, los edificios casi totalmente en ruinas y que en las calles se amontonaban los cadáveres.

Habían transcurrido tres días desde que los notables de la ciudad acudieron a arrodillarse ante Sennaquerib, implorándole que les permitiera rendirse, y aún podían distinguirse las columnas de humo de las hogueras que por orden del rey habían estado ardiendo hasta extinguirse. Incluso habían sido incendiados los graneros, por lo que aquella gente carecería de

alimentos hasta que recogiesen la cosecha del verano…, si seguían con vida hasta entonces. Yo mismo había visto a las mujeres mendigando en las proximidades del campamento. Algunas, a juzgar por sus joyas y ropas, debían de ser las esposas de hombres acaudalados que se veían obligadas a vender sus cuerpos por un puñado de mijo.

En aquel asedio que duró menos de un día los ejércitos de Assur habían reducido el lugar a cenizas y escombros casi con el mismo esfuerzo con que se extermina una mosca. No podía imaginar qué locura habría poseído a los ciudadanos para resistirse a nuestras tropas.

—He arrojado a algunos supervivientes a latigazos para que se extiendan por el país y divulguen por otras ciudades lo que aquí ha sucedido —me dijo mi padre, sonriéndome cordialmente, al tiempo que nos deteníamos ante lo que en otro tiempo fueron las puertas de la ciudad—. Deseo que esta campaña sea la última que tengamos que luchar en el sur, por lo que abandonaremos este lugar a su destrucción. Que se enteren esas gentes de negras cabezas de que sus amos se hallan en Nínive y no en Susa. ¿Ves cómo se humillan ante nosotros? Tardarán en olvidar el nombre de Sennaquerib.

Descendimos del carro y nos sentamos en unas sillas que habían instalado para nosotros en medio de una multitud de infelices escogidos por los soldados para presenciar la ejecución de su antiguo señor. Hombres y mujeres por igual nos miraban con la mezcla de terror y abyección que nacen del más miserable infortunio y que domina todos los temores, incluso el de la propia muerte. No creo que siquiera tuvieran ánimos para odiarnos.

—¡Traedle! —gritó el rey, con la voz recia y vigorosa propia de un conquistador en la que incluso latía un matiz de impaciencia, como si aquél fuese un asunto sin importancia, que apenas merecía su atención, aunque imprescindible para mantener su dignidad real—. ¡Traedle, que la gente vea a qué ha conducido su insensata locura a ese perjuro!

Los soldados abrieron un pasillo entre sus filas por el que fue conducido el condenado hasta nosotros. Iba desnudo y estaba más enflaquecido por los sufrimientos padecidos que por el hambre —los hombres que se han visto sometidos a prolongada tortura suelen tener ese aspecto acabado—, llevaba tobillos y muñecas cargados de cadenas y me sorprendió advertir que se sostenía muy dificultosamente, hasta que descubrí que en el polvo quedaban sus huellas impresas en sangre. Por lo

visto le habían azotado las plantas de los pies hasta dejárselas en carne viva. Al parecer no podía hablar, ni siquiera mirar al rey mi padre al rostro. Evidentemente era un ser destruido.

—¿Dónde está ahora Kudur—Nahhunte, oh Marduknasir? —le preguntó el rey, aguardando inútilmente su respuesta—. En Susa, sin duda, escondiendo la cabeza tras las faldas de su madre. ¿Dónde se hallan tus amos elamitas, aquellos a cuyos pies te humillabas? No se encuentran aquí, señor, no están presentes. Sólo tú estás, tú y yo. Y dentro de media hora serás un cadáver desollado, cuyo pellejo habrá sido clavado en los muros de esas ruinas en que se ha convertido tu palacio…; es decir lo que queda de él. ¡Bien, comenzad de una vez!

Los verdugos aguardaban con los brazos cruzados sobre sus poderosos pechos. En los ejércitos siempre hay algún hombre destinado a tales servicios que sufren el desprecio de sus compañeros y cuyo aspecto es muy similar: amasijos silenciosos de músculos con ojos diminutos que exhiben constantemente una sonrisa imbécil. Aquel día los dos individuos destinados a desempeñar tal cometido se adelantaron hacia Marduknasir y uno de ellos le asió por la cadena que pendía de sus esposas obligándole a arrodillarse, mientras que el otro claveteaba unos tacos metálicos en el suelo formando un cuadrado que tendría unos tres pasos por cada lado.

Cuando hubo concluido, arrastraron a la víctima hasta el centro, sujetaron las cadenas de sus brazos y pies a los cuatro costados, tensándolas de modo que quedase totalmente inmovilizado, y dieron comienzo a su tarea.

Comenzaron por la mano izquierda de Marduknasir. Uno de los verdugos desenfundó un cuchillo de cobre de su cinto cuya hoja, aunque bastante afilada, parecía mellada en algunos puntos. Mientras comenzaba a cortar desde la punta del dedo corazón hasta la palma, el otro rociaba con agua la herida cada vez más extensa, en parte para limpiar la sangre, pero principalmente para intensificar los sufrimientos del condenado. Luego hizo una segunda incisión desde la punta del pulgar hasta la muñeca y, una vez hubo concluido, comenzó a arrancar la piel hasta que finalmente hubo desollado toda la mano en una sola pieza comprendidas las uñas. Luego, tras retirar un instante la esposa, comenzaron por el brazo.

Jamás había oído gritar a alguien de aquel modo. Quizá hasta entonces Marduknasir no había llegado a creer que se vería sometido a tan atroces sufrimientos, porque en los infrahumanos chillidos que hendían los aires se

percibía cierta mezcla de pánico e incredulidad, como si además de todo cuanto le sucedía experimentase el absoluto terror de lo imprevisto, igual que un golpe mortal que brotase de las tinieblas.

Pero ese matiz desapareció rápidamente como si con la piel le hubiesen arrancado todo cuanto tenía de humano. En breve dejó de ser un hombre, convirtiéndose simplemente en un objeto capaz de experimentar dolor.

La multitud observaba sumida en hosco silencio. Si entre ellos se encontraba algún miembro de su familia presenciando la terrible prueba a que era sometido, no se dio a conocer sin duda por temor, pues tal era la finalidad de aquel espectáculo: sembrar el pánico.

El rey y yo nos encontrábamos bastante próximos para percibir el olor a sangre que cubría aquellos músculos desnudos y estremecidos, pero manteníamos la expresión impenetrable característica de los conquistadores, que excluyen todo sentimiento de su corazón.

La muerte de aquel infortunado se prolongó largamente; sus verdugos no tenían prisa. Marduknasir, si todavía podía darse nombre a aquella masa de carne viva y sanguinolenta, vivió por lo menos hasta que le despellejaron el pecho y los muslos, en que todavía profirió un breve e inútil gemido. Sólo los dioses saben cuánto tiempo sobrevivió después, ya que únicamente se distinguían sus contracciones musculares. Por fin los verdugos se levantaron. Uno de ellos, cubierto de sangre y sonriente —aún me parece ver su sonrisa—, exhibía en las manos la piel completa del ajusticiado, comprendido su rostro con cabello y barba, como una prenda de vestir que se ofreciese a la venta.

—Clavadlo en el muro de su casa —ordenó el rey levantándose de su asiento. Estaba totalmente sobrio y no sonreía—. Y apostad a algún vigilante para impedir que puedan recogerlo y enterrarlo. En cuanto al cuerpo, entregadlo a los perros.

De nuevo me pasó el brazo por los hombros, pero en esta ocasión supongo que para confortarme.

—Ven, hijo mío. A mí me sucedió igual la primera vez… No envidio las duras pruebas a que debes someterte en tu juventud.

La ejecución de Marduknasir fue como un preámbulo en el conjunto de aquella campaña anual porque el rey no demostraría misericordia con nadie que tratase de resistírsele. Incendiamos pueblos, saqueamos ciudades y exiliamos a los supervivientes tras haber empalado a sus notables en puntiagudas estacas.

Los elamitas solamente cruzaron una vez la orilla occidental del Tigris para acudir en defensa de sus aldeas. Midieron sus fuerzas contra nosotros en un lugar llamado Lagash, en cuyas proximidades recuerdo que se encontraba un lago en el que Asarhadón y yo estuvimos nadando la víspera de la batalla, la cual fue terrible, aunque no tanto como Khalule. Tras esta incursión, que los anales califican justamente de victoria del gran Sennaquerib, Kudur—Nahhunte se retiró a las montañas de su país, donde poco después encontró la muerte a manos de sus súbditos. Transcurrirían muchos años antes de que Elam, debilitada y desmoralizada, se aventurase nuevamente a promover disturbios entre sus vecinos.

Pero la semilla de la rebelión había germinado entre las gentes de negras cabezas y la guerra que emprendimos para acabar con ellos fue dura y brutal. No consistió en batallas campales, sino en asedios contra ciudades fortificadas, un tipo de guerra para el que los soldados de Assur están más dotados que los de cualquier otra nación, pero era un cruel sistema de obligar a someterse al país y procurábamos autojustificarnos, esforzándonos por creer que aquélla sería la última vez que necesitaríamos ser tan crueles.

Sin embargo no tratábamos de exculparnos, tan sólo deseábamos salir victoriosos y regresar a nuestros hogares. Las campañas prolongadas agostan toda piedad en los corazones humanos y llegamos a odiar a las gentes del sur, tanto por lo que nos hacían sufrir como por los sufrimientos que nos obligaban a infligirlos. El carnicero acaba odiando a sus víctimas y la guerra nos había convertido en carniceros.

Y en aquella campaña aprendió Asarhadón las artes propias de los guerreros. Era un magnífico capitán de caballería, valeroso, imaginativo y tenaz. Tan obstinado en la lucha que sus hombres acabaron apodándolo *el Pollino,* pero que, lamentablemente, jamás aprendió a distinguir los límites de lo que debía conseguirse por la fuerza. Nunca comprendió que si el conquistado no se reconcilia con su derrota, la victoria es vana. No supo ser nada más que un guerrero, incapacidad que con el tiempo el país de Assur pagaría con creces.

El señor Sennaquerib lo advirtió rápidamente y se indispuso hacia mi hermano de tal modo que jamás llegó a concederle su afecto, tal como había presentido Sinahiusur, que era un hombre inteligente.

Aun así Sennaquerib comprendía cuáles eran sus deberes y que no podía ignorar la existencia de su real hijo. Así fue cómo me hizo ocupar primero un puesto en su consejo militar y me incorporó posteriormente al círculo de sus consejeros privados que le ayudaban a gobernar el mundo desde la tienda del campamento instalado en las zonas pantanosas del bajo Eufrates. Y también elevó a Asarhadón…, pero otorgándole siempre una dignidad dos o tres escalafones inferiores a mí. De ese modo me convertí en consejero y emisario real, que en nombre de mi amo negociaba con príncipes soberanos en calidad de igual, y Asarhadón se convirtió… ¿En qué se convirtió? ¿Qué le permitieron llegar a ser? Tan sólo un soldado cuya voz escuchaban únicamente sus tropas.

—Cuando vayas a parlamentar con los notables de Urnma —me dijo el rey—, llévate al *Pollino* contigo.

Y sonreía al pronunciar aquel nombre, aunque no creo que lo considerase un halago.

—Tal vez viendo cómo se comportan los caballeros podamos sacar más partido de él y elevarle de su condición de palafrenero.

Le escuché en silencio, pues no era nadie para indicar al rey que juzgaba equivocadamente a su hijo, y acudí en busca de Asarhadón.

¿Le preocupaba a mi hermano verse de tal modo desairado? De ser así no lo demostraba, ni siquiera parecía advertirlo. Pero no creo que fuese tan obtuso como para no resentirse del hiriente desprecio que le manifestaba el monarca.

¿Se sentía insatisfecho? ¿Acaso no habíamos logrado convertir en realidad nuestros sueños infantiles transformándonos en unos terribles guerreros, férreos puños que aplastarían a los enemigos de Assur? Sí, en eso nos habíamos convertido y nos queríamos como en los viejos tiempos, compartiendo la misma confianza que nos había unido cuando éramos niños.

Pero Asarhadón no hubiera sido humano si no se hubiese resentido al verme de tal modo preferido, y yo no podía hacer nada para enmendar aquella situación.

De modo que fui a recogerle y ambos nos dispusimos a confundir a los notables de Umma para mayor gloria de Assur.

Asarhadón resultaba muy útil en aquel tipo de negociaciones. Aunque simplemente se mantuviera en silencio, atemorizaba a los hombres sencillos. Yo había comprendido hacía ya mucho tiempo que los nobles de las ciudades del sur no eran más que cabreros pulcramente vestidos. De modo que mientras que urdía mi tapiz de amenazas y promesas describiéndoles cuan misericordioso podía ser mi señor y la magnitud de su cólera, Asarhadón permanecía detrás de mí, sólido y silencioso como un muro, e impresionaba tanto a los notables de Umma como mis propias palabras.

—Eres como una serpiente —decía—. Silbas como una víbora y se mojan los taparrabos de miedo.

—Sí, pero sólo por la impresión que tú les produces y porque imaginan que vas a atenazarles el cuello con esos dedazos. Jamás se tomó una ciudad a base de intimidaciones, hermano.

—Tal vez, pero si alguna vez fuese así, serías tú quien lo conseguiría.

Los notables pidieron que les concediésemos media hora para deliberar sobre nuestras propuestas. Aguardamos tras los muros de la ciudad hasta que se abrieron sus puertas y por ellas apareció su príncipe, el soberano cuya familia reinaba en Umma desde hacia cuatrocientos años, cubierto de harapos y con la cuerda que debía ejecutarle atada en el cuello.

En aquella época se consumó la destrucción de muchas ciudades, cuyos muros fueron derribados, arrasados sus palacios y las mujeres e hijos de sus reyes entregados a la hoguera. A nuestro paso sembrábamos el hambre y la destrucción, porque era deseo de Sennaquerib que todos le reconocieran como único señor en las tierras que se extendían entre los ríos. Tal era su voluntad y por él se expresaba la voz del dios, por lo que todos debíamos obedecerle.

Y sin embargo respetó Umma, perdonó a su príncipe, que se humilló a sus pies, y le restituyó vida y honores. Mas no fue por caprichoso impulso sino porque el rey sabía que no debe arrastrarse a los hombres a la desesperación.

—Debería haberlo ahorcado —gruñía Asarhadón cuando nos encontramos en el banquete celebrado por el príncipe en honor del conquistador de Umma—. Debería haberlo dejado colgando de los muros

de la ciudad hasta que la cuerda se hubiese podrido… ¡Por los sesenta grandes dioses, el vino que nos sirve este traidor es una auténtica bazofia!

—Estás de mal humor porque hace dos meses que no te acuestas con una mujer, pero tranquilízate… Ya he cuidado de que no te escatimen tus auténticos derechos de saqueo. El príncipe estaba tan aterrorizado al verse al borde de la muerte que se dispone a obsequiarnos con ricos presentes. He hablado con su chambelán y te entregará a dos hermanas de su propio harén, unas egipcias muy expertas.

—No, no es eso lo que me pone de mal humor… ¿Dices que son egipcias? ¿No serán acaso gemelas?

—No, no lo son. Se llevan un año. ¿Entonces qué es lo que te irrita, hermano? Probablemente Asarhadón *el Pollino* se ha cansado de ver arder las ciudades como la lumbre de las cocinas.

—Sí…, no. ¿Cómo voy a saber lo que me aburre? La señora Tashmetum—sharrat ha muerto, por lo visto apenada por la muerte de su hijo, que al parecer únicamente ha representado una pérdida para ella. ¿Lo sabías? Apenas hace una hora me he enterado por una carta de mi madre.

—No, no lo sabía.

Dirigí una mirada a la cabecera de la mesa presidida por el rey, que estaba contando un chiste. Todos cuantos le rodeaban reían ruidosamente, aunque él aún no había concluido, y el rey también reía con ellos, interrumpiéndose para compartir su jolgorio. No parecía un hombre que hubiese perdido a su esposa, aunque quizá aún no se hubiese enterado.

Sin embargo ¿cómo no iba a saberlo? Recordé a aquella dama de mirada ausente que se sentaba en un diván mientras sus sirvientas la abanicaban como una muerta en vida. Sí, desde luego, ¿cómo no iba a morir de pena, pobre y olvidada criatura? ¿Y por qué iba a preocuparse el rey por su pérdida?

—¿Qué es lo que no sabías…, que la señora Tashmetum—sharrat ha muerto o que mi madre sabía escribir? —prosiguió Asarhadón dándome un codazo en las costillas para que pudiese apreciar su agudeza—. Ha ordenado a un escriba que lo hiciese: ahora puede permitirse tales cosas.

—Sí, naturalmente. Porque ahora será…

—La primera dama de palacio. ¿Te asombra que me sienta abrumado? El rey debía haber castigado a ese traidor… Fíjate con qué afectación sonríe. ¿Has dicho que son hermanas, pero no gemelas?

—No, no son gemelas.

—¡Pero por lo menos serán brujas! ¿Son expertas en nigromancia? ¿Conoce alguna de ellas algo de magia?

—Quizá no de la que tú deseas.

—Si son egipcias serán magas. Todas las egipcias son magas: sus propias madres les transmiten tales conocimientos.

—Entonces tal vez una de ellas lo sea…, quizá las dos.

—¡Assur es bondadoso con los hombres humildes!

No regresé a Nínive hasta el mes de Ab, cuando el sol del señor de Assur reseca la tierra, hasta que su superficie se endurece como los ladrillos. El rey de Babilonia no salió a la palestra a enfrentarse con nosotros en toda la temporada, sino que mantuvo su ejército atrincherado tras los muros de la ciudad humillando cruelmente a Sennaquerib. Nadie puede atribuirse el dominio de Sumer hasta que sus soldados dominan las calles de Babilonia, y mi real padre sabía que todas sus victorias, todos los tributos que habían ingresado en las arcas reales, todas las sumisiones recibidas de soberanos de menor importancia, nada significarían si no podía regresar a su reino habiendo instalado en el trono de Babilonia a alguno de sus fieles servidores. Ardía en impaciencia de que llegasen cuanto antes las nuevas compañías que formábamos en el norte para emprender el asalto definitivo. Por ello me envió a Nínive, para cuidar de que se cumpliese su voluntad.

Acompañado de una escolta personal de doce hombres cabalgamos durante las horas del día sin descanso. Al concluir la octava jornada ya se distinguían los muros de la ciudad. Aquella misma noche atravesé la puerta uniformado como un vulgar soldado para que mi retorno no diera pábulo a falsos rumores, pues una gran metrópoli es como una mujer que da crédito a cualquier comidilla malintencionada que llega a sus oídos.

Pero si abrigaba alguna esperanza de mantener en secreto mi llegada a oídos de mi sirviente Kefalos, estaba muy equivocado. Al amanecer le encontré a la puerta del cuartel de los oficiales aguardándome y se mostró tan rápido en rendirme acatamiento que tropecé con él y estuve a punto de caerme.

—¡Señor, que los dioses te concedan mil vidas! —exclamó mientras le ayudaba a levantarse. Cada vez que le veía me parecía más grueso: en aquellos momentos apenas podía con él—. Debes perdonarme, pero hasta hace una hora no he tenido noticias de tu venida.

—No imagino cómo has llegado a saberlo siquiera considerando lo mucho que me he preocupado para evitar que nadie se enterase. Si el servicio de espionaje real fuese tan bueno como el tuyo, extendería su dominio hasta las tierras de allende el río Amargo.

Mientras atravesábamos las calles de la ciudad advertí que la gente se apartaba para cedernos paso. Aquélla era una nueva experiencia…

Casi todos parecían saber quién era yo, porque el uniforme azul que lucía de *rab abru* no hubiera suscitado tanto respeto. Kefalos simulaba no darse cuenta, pero observé cuan erguido pasaba entre la multitud, con la dignidad de un gran príncipe. Reconocer tal cosa abiertamente hubiera sido inconsecuente con la gravedad de su porte.

—¿Lo ves, señor? —dijo por fin entre dientes—. Hasta los perros de Nínive conocen a su futuro rey.

—Y, olvidando tu atrevimiento al darme ese título, ¿a qué se debe que los perros de Nínive reconozcan como *marsarru* a este humilde soldado?

—Porque es bien sabido que el médico Kefalos es el esclavo del gran Tiglath Assur, a quien Ishtar, diosa de las batallas, favorece como si fuese su propio hijo.

—Y, como es natural, todos los perros de Nínive reconocen al médico Kefalos en cuanto le ven.

—¡Desde luego!

¡Desde luego! Pensé que probablemente en aquellos momentos la mayoría de ellos le debería dinero.

Había sido muy oportuno que no me hubiese desayunado aquella mañana porque Kefalos me había preparado una especie de banquete en su casa, contigua a la puerta de Adad. Allí había pan, cerveza, vino, queso y frutas de tan diversas especies que algunas de ellas me eran totalmente desconocidas, y en cuanto a las sirvientas observé que eran todas mujeres muy jóvenes y que se expresaban entre ellas en un lenguaje que no identifiqué.

—Son uqukadi —murmuró Kefalos, señalándolas con la mirada—. El mercado de esclavas no es muy propicio para las criaturas, por lo que me

he reservado doce o quince para mi propio servicio a modo de especulación… Naturalmente he efectuado una oportuna reducción de su valor en mis cuentas, puesto que tendré que mantenerlas, pero podrás comprobar, señor, que mis hurtos no rebasan los límites de la decencia. Dentro de pocos años, cuando sus encantos sean más evidentes, alcanzarán un buen precio.

Sonrió como esperando que le felicitase por su sagacidad.

—¿Y dónde tienes a la hermosa Filina, dulce como un higo?

—¡Oh, no me hables de ella, señor! Precisamente en estos momentos se encuentra arriba, en mi lecho, roncando como una marmota. Este año no he conseguido que trabaje un día decentemente desde que se obstina en creer que no puedo vivir sin sus abrazos…, y no es así, pues puedo prescindir perfectamente de ellos la mayor parte de tiempo. Ésa es en parte la razón de que haya llenado la casa con tan risueñas criaturas, confiando que reaccionaría ante semejante competencia, pero todo ha sido en vano. Aunque fortuitamente, regio señor, has escogido el camino más acertado…, porque me consta que eres demasiado joven e inexperto para haber alcanzado tanta sabiduría. Elegir la dura vida militar, en constante compañía con hombres, es la única vía posible para aquel que desea disfrutar de tranquilidad espiritual.

Me eché a reír divertido imaginando la tranquilidad espiritual de mi esclavo entre una multitud de malolientes soldados en un campamento militar, con sus conmovedoras quejas como víctima de las mujeres…, porque me constaba que Kefalos jamás sería víctima de nadie durante mucho tiempo.

—Sin embargo, ambos hemos salido muy beneficiados con tu botín, señor. Si no fueses un príncipe, desde ahora podrías considerarte en condiciones de vivir como tal. En cuanto a mí, si sigo esforzándome es porque me preocupa tu bienestar y desde luego por esa avaricia insaciable que es gloria y castigo de cualquier auténtico griego… Sin duda tú te ves menos abrumado porque las presiones maternas son siempre menos acuciantes. He difundido el bulo de que has yacido con todas esas mujeres que, como es natural, se han sentido demasiado orgullosas para negarlo, y es tal la credulidad de los asirios que han dado por ciertos esos rumores. ¡Fíjate, más de cien mujeres! ¡Están locos! De resultas de ello las pujas fueron muy animadas porque hasta al último desdichado le gusta creer que disfruta de las sobras de la monarquía. Gozas de gran popularidad en la

ciudad, señor, y como te encontrabas ausente cuando murió Arad Ninlil, no existe la menor sospecha sobre ti respecto a las causas que motivaron su desaparición…:

Era la primera vez que llegaba a mis oídos algún indicio sobre los rumores que circulaban acerca del envenenamiento del *marsarru*. Al parecer, cuando sus médicos intentaron mover el cadáver, brotó de su boca y narices un denso y negro fluido y seguidamente obligaron a ingerir unas gotas del mismo a un perro, lo que provocó su muerte al cabo de pocas horas.

Como es natural, no se habían abierto investigaciones. El asesinato de un príncipe es asunto privado del rey: ni siquiera es prudente admitir públicamente que semejante cosa haya podido ocurrir, por lo que nadie había comparecido ante la justicia. Si el señor Sennaquerib abrigaba algunas sospechas se las reservaba para sí y tomaría las medidas que considerase necesarias en el momento y del modo que considerase adecuado.

Me sorprendió que desde mi regreso de Nínive, mientras estuvimos juntos, mi real padre no aludiese en ningún momento a la muerte de su hijo, ni siquiera de pasada. Era como si Arad Ninlil, a quien los dioses no habían protegido, jamás hubiese existido.

Regresé a la Casa de la Guerra con el espíritu ensombrecido, pareciéndome como si a mi alrededor se estuviese tejiendo una telaraña, sutil pero muy consistente.

¿A quién se le había abierto el camino del trono, a Asarhadón o a mí? Durante los últimos años habían desaparecido muchos príncipes y, al parecer, en aquellos momentos alguien estaba usurpando las funciones de la señora Ereshkigal.

Durante varios días estuve muy ocupado preparando el nuevo ejército del rey, lo que me resultó muy conveniente porque no me quedó tiempo para entregarme a mis pensamientos. Sólo en una ocasión me permití el lujo de pasar un día y una noche en «Los tres leones» para visitar a mi madre, a cuyos oídos, naturalmente, no había llegado ninguna noticia y estaba ignorante de todo cuanto sucedía. Por consiguiente se sentía tan contenta como puede estarlo una madre cuyo único hijo combate en una

gran guerra. Fueron unas horas en compañía de la única mujer que conocía que no estaba intrigando. Cuando a lomos de mi caballo emprendí el regreso a Nínive, sentía como si me dispusiera a cometer algo deshonesto.

Y así fue cómo acudí a visitar a Asharhamat en el palacio real, a aquella que había prendido tan fuertemente mi corazón en sus redes que jamás podría liberarme de ellas.

Pero aquel día no sería su único visitante. Cuando entré en su jardín la encontré sentada junto a la fuente acompañada de otra mujer que vestía una negra túnica recamada con hilos de plata que la hacían resplandecer como un cielo estrellado. Incluso el chal que cubría sus cabellos estaba ribeteado de plata. Al oírme llegar volvió la cabeza y me sonrió como si me estuviera esperando y al punto reconocí en ella a la señora Naquia.

Hacía muchos años que no la veía, desde los tiempos de mi infancia, en que me parecía tan temible como un escorpión. Ya no era joven, pero a mis ojos más joven que la augusta belleza que había gobernado el gineceo como la antigua Semíramis y también más menuda, aunque acaso me engañase mi memoria. Estaba sentada junto a Asharhamat, al parecer tan unidas como madre e hija. Podía sonreír y sonreía y, pese a que me constaba que estábamos destinados a ser enemigos hasta la muerte, me puse la mano sobre el corazón y me incliné ante ella.

—Has crecido, Tiglath… ¿Aún puedo darte ese nombre, augusto príncipe? —Le chispearon burlones los ojos un instante y sin esperar respuesta añadió—: Y sin embargo, aunque tu gloria se extiende por la tierra, creo que te seguiría reconociendo en cualquier lugar. ¿Cómo se encuentra tu madre?

—Bien, señora. Es muy feliz. Confío que tú también lo seas.

—Sí…, estoy bien.

El tiempo se había mostrado clemente con Naquia, que aún seguía siendo considerada en la ciudad como una hermosa mujer… En realidad, puesto que acababa de abandonar su reclusión en el gineceo, su recién descubierta belleza sorprendía a muchos como una revelación.

Sin embargo era una belleza que producía una especie de escalofrío. Resultaba imposible dejar de advertir que aquella mujer carecía de escrúpulos y que era incapaz de experimentar ningún afecto y se intuía que tan sólo se dejaría guiar por los calculadores dictados de su cerebro. No me costaba comprender que, según decían, mi padre hubiese dado cinco

talentos de plata a un tabernero de Borsippa para poder llevarse a su lecho a aquella esclava salvaje de negros ojos. Pero me parecía digno de compasión si había llegado a amarla.

—¿Puedes darme alguna noticia de mi hijo, Tiglath? —inquirió sonriéndome de nuevo, como si reconociese una debilidad vergonzosa—. Hace varias semanas que le escribí, pero, como es natural, sigo sin respuesta. Sin duda comprenderás que una madre siempre tema lo peor.

—Lo único que le aqueja es el aburrimiento, señora. En esta campaña luchamos a base de asedios, lo que significa que Asarhadón, en su calidad de oficial de caballería, lleva una existencia muy sombría. Le impacienta permanecer inactivo y está deseando tener oportunidades para sorprendernos con su heroísmo —le respondí con sincera sonrisa.

No sentía tanto odio hacia aquella mujer como para hacerla sufrir innecesariamente por su hijo, que era mi mejor amigo.

—Has tranquilizado mi espíritu y éste es el mejor obsequio que podías otorgarme. —Se levantó y me dio la mano, que cogí instintivamente—. En recompensa te dejaré a solas con esta dama cuya compañía me consta que prefieres a todas las glorias y riquezas del mundo. Adiós, Tiglath Assur, preferido de los dioses.

Y al cabo de unos instantes, cuando aquella negra sombra pasó entre nosotros, me volví hacia Asharhamat, que me miraba con una expresión tan sombría como la propia muerte.

—Desde que es la primera dama de palacio suele venir por aquí: al parecer ya me contempla como su futura nuera.

Pensé que pasaría gustoso mi vida mirándome en sus ojos, en los que podría perderme hasta sentirme vacío, hasta que ya no tuviese otro deseo que convertirme en una pequeña parte de ella. Sus ojos se expresaban en un lenguaje que únicamente comprendía mi propio corazón y, sin embargo, parecían no decir nada, con un silencio que nada revelaba, pero que sugería la existencia de secretos que jamás llegaría a sospechar.

«¿Qué has hecho? —en mi cerebro me parecía oír aquella pregunta implícita y no formulada—. ¡Asharhamat, a quien amo más que a mi vida, con una pasión sorda a la propia voz del dios…! ¿Qué has hecho… o acaso a qué has accedido?»

—No recuerdo haberte preguntado por qué se encontraba aquí la señora Naquia, Asharhamat.

La joven se arrojó en mis brazos y nuestras bocas se fundieron con avidez y ternura, desechando cualquier duda que pudiera turbar mi mente. Lo relegué todo al olvido cuando sentí su cuerpo contra el mío. Lo olvidé… o dejé de preocuparme. Solamente sabía que debía aceptar su amor en las condiciones que ella decidiese ofrecérmelo.

Si en ello existía algún pecado, decidí asumirlo en aquel momento al igual que aceptaba el amor de Asharhamat.

—¿Me sigues amando? —susurró atrayéndome hacia ella, de modo que percibí su cálido aliento junto a mi oreja—. ¿Te he perdido para siempre, Tiglath Assur, favorito de los grandes dioses o, aunque en pequeña medida, sigues recordando el nombre de Asharhamat?

No necesitaba oír mi respuesta… En realidad ya la conocía. Mientras permanecíamos sentados junto al borde de la fuente y recorría su cuerpo con mis manos, la sangre latía en mis sienes como los tambores de guerra de los elamitas y había olvidado todo razonamiento sobre prudencia y honor. Sólo me importaba ella, el perfume de sus cabellos, la curva de sus senos bajo mis dedos, su lengüecita que se introducía entre mis labios como un colibrí en la corola de una flor. Tan sólo me importaba aquel instante en que almas y cuerpos se unificaban.

Y, de pronto, ella me rechazó bruscamente.

—He estado pensando —dijo—. Estoy obsesionada. No puedo pensar en otra cosa.

—Sí… También yo… Por las noches recuerdo tu dulce cuerpo…

El deseo ahogaba mis palabras. Intenté besarle el cuello, pero comprobé que había dejado de pertenecerme. Estaba totalmente absorta en sus pensamientos.

—Pienso acudir al templo de Ishtar, donde tú me estarás esperando con tu moneda sagrada de plata.

Tardé varios segundos en comprender el significado de sus palabras. Su rostro tenía una expresión reconcentrada. Parecía tallado en bronce: en aquel momento me pareció irreconocible. ¿Era realmente Asharhamat? ¿Qué ser era aquel que yo había llegado a amar con pasión tan incontrolable? Lo ignoraba.

—Es un deber que deben cumplir todas las mujeres, desde la más humilde a la más egregia. ¿Por qué no has de ser tú quien rompas el sello

de mi virginidad, Tiglath Assur, a quien amo más que a los dioses y al propio rey? ¿Tú, que le sucederás en el trono? ¿Por qué no has de ser tú?

—Porque está prohibido. La diosa Ishtar exige que sea un desconocido quien…

—Ishtar es también diosa de las batallas y tú eres su predilecto… ¿Por qué no iba a perdonar…?

—Nunca perdonaría semejante cosa.

—Sí, lo perdonará. Perdonará esto y todo lo demás.

No me atreví a prolongar mi estancia en Nínive. Cuando el nuevo ejército del rey apenas se había sacudido el polvo en la plaza de armas, ordené que se dispusieran a partir al rayar el alba. Atrás quedaba el amor y la pasión y me disponía a enfrentarme a una peligrosa empresa, pero huía de Nínive como de la propia muerte.

A los tres días de marcha se presentó ante mí un emisario que me transmitió órdenes de que nos incorporásemos al grueso del ejército que se había instalado ante las murallas de Babilonia.

¡Babilonia! ¡De modo que había llegado el momento! Nuestros soldados habían acampado frente a los muros de la ciudad más grande del mundo.

—Nos instalaremos aquí y aguardaremos a que mueran de hambre —me dijo el rey—. Les interceptaremos los suministros de víveres y únicamente dispondrán de agua fangosa para beber. ¡Ésta es la ciudad que vendió a mi hijo a los elamitas, Tiglath! No me importa lo que tengamos que esperar. Babilonia tiene una gran deuda conmigo, ¡y por los grandes dioses que me la cobraré!

Babilonia, ciudad de Marduk, cuyos muros tenían setenta codos de altura y estaban revestidos de ladrillos refractarios y cuyas puertas eran la maravilla del universo. Y nosotros la humillaríamos y la aniquilaríamos sin importarnos el tiempo que fuese necesario. Un mes sucedería a otro y las estaciones de las inundaciones llegarían y pasarían. El rey nuestro señor había tomado la firme decisión de conquistar la ciudad y vengar a su primogénito.

Así fue cómo el ejército que yo había conducido desde Nínive se dispuso a aguardar el favor de los dioses.

OceanofPDF.com

XI

Durante quince meses los ejércitos de Sennaquerib mantuvieron sellada la ciudad de Babilonia como si fuese una jarra de vino en agraz. Fijamos nuestro campamento en las llanuras que rodeaban sus interminables murallas, excavamos canales para convertir en un simple reguero enfangado el poderoso Eufrates, que atravesaba la ciudad, les arrebatamos sus cosechas y dimos muerte a su ganado. Babilonia se jactaba de que hasta los perros eran libres en ella, pero llegó a sentirse tan asfixiada que no podía respirar.

Los babilonios se vieron obligados a comerse a sus perros y a alimentarse incluso con las hierbas que crecían entre los adoquines. Y mientras la ciudad moría, nosotros aguardábamos como buitres manteniendo nuestro estrecho cerco.

Durante aquellos quince meses Asarhadón y yo no abandonamos ni un instante el campamento. El rey regresó a Nínive a pasar el invierno… Era poco lo que podía hacerse para canalizar el valor de los soldados rasos, salvo algún que otro accidental y rápido ataque contra las ciudades que pudieran sublevarse en apoyo de Babilonia. Pero en su mayoría, durante todos aquellos meses, los caldeos permanecieron en sus pantanos, los elamitas en sus montañas y los notables de Sumer se mantuvieron resguardados en sus hogares a la expectativa de una posible caída de la reina de las ciudades. Todos aguardábamos: el ejército y el mundo entero. Y Asarhadón y yo seguíamos en el sur.

Sin embargo no estábamos ociosos. El asedio de una gran ciudad es una empresa que requiere extraordinaria paciencia, pues los sitiadores no deben limitarse a esperar dentro de sus tiendas. Los soldados de Assur, expertos en ese tipo de estrategia, nos despojamos de nuestras túnicas y cubiertos con simples taparrabos cavamos la tierra penosamente.

Babilonia es una ciudad aún mayor que Nínive. Un hombre necesitaría dar muchos pasos para poder rodear su contorno entre mediodía y la puesta de sol, y sus murallas, que se levantan sobre las llanuras como la ladera de una montaña, se rodean de un foso tan amplio como un río. El foso no nos preocupaba: bastaba con desviar sus aguas. Excavamos un canal para desecarlo, pero llegamos a odiar sus murallas. Me consta, puesto que me he apostado sobre los muros de Babilonia, que los viajeros no mienten cuando dicen que en su parte superior podrían correr dos carros uno junto a otro. Y en cuanto a sus puertas eran otras tantas trampas para los incautos, en las que podían acorralar a los soldados enemigos por el simple procedimiento de accionar un puente levadizo y exterminarlos con los arqueros que sobre él estaban apostados.

Pero una pared no es más que una hilera de adobes sobre otros, ni más firme que el terreno sobre el que se asienta. Cavamos túneles subterráneos desde un punto bastante apartado para mantenernos lejos del alcance de las flechas babilonias y lo socavamos de modo que en cualquier momento pudiésemos desplomar una importante sección, aunque aquélla fue labor de muchos meses.

No obstante, mucho antes de que derribásemos sus murallas, Babilonia había comenzado a extinguirse. A fines del invierno, pese a establecer el más riguroso racionamiento, no pudieron evitar los rigores del hambre. El Eufrates arrastraba a los cadáveres y nos bastaba con acercarnos a sus orillas, junto a la ciudad, y contar los cuerpos que arrastraba para saber cuántos babilonios habían muerto de hambre cada día. Y cuando desviamos el curso del gran río, de modo que sólo fluía bajo sus muros un reguero nauseabundo, se declaró la peste en la ciudad y las víctimas del hambre y las enfermedades superaron el número de aquellos que sucumbieron en el asalto definitivo.

Y todo ello se debió a la cobardía y soberbia de un hombre. Porque el soberano Sennaquerib hubiera aceptado la rendición de la ciudad, pero su rey Mushezib Marduk, que debía el trono a los elamitas, sabía que todo el peso de la ira del monarca caería sobre él y, por consiguiente, resistió cuanto le fue posible sin considerar los sufrimientos que imponía a sus súbditos, procurando que sus tropas no careciesen de vino y cerveza mientras aguardaba en vano que los hombres de Assur se retirasen. Al final no logró salvarse a sí mismo, a sus soldados ni a su pueblo, ni siquiera los muros de sus casas. Todos perecieron bajo los ojos de los dioses.

Esperando que llegase el día en que todo concluiría, los ejércitos de Assur trabajábamos pacientemente como hormigas. Durante quince meses mantuvimos una mortal espera.

Aquella época fue durísima para Asarhadón porque la monotonía del asedio pesaba sobre él como una losa. Mi hermano se había adaptado a la existencia militar, pero había nacido para la acción y aquella inactividad le irritaba profundamente. Lentamente, tan lentamente que sólo quien le hubiese conocido en su infancia lo hubiera advertido, perdió la confianza en sí mismo. Como se veía obligado a permanecer sentado y a meditar, al final ya no sabía qué pensar. Se reconcomía y su mente, siempre obsesionada por presagios y por las poderosas fuerzas invisibles, se veía acosada por sombríos pensamientos.

—Marduk es un dios poderoso —murmuraba por lo general tan sólo cuando estaba bebido, aunque en aquellas fechas bebía con frecuencia—. Se vengará de nosotros si destruimos su ciudad.

—Acaso la haya abandonado, porque todo sucede según la voluntad divina.

—No… Babilonia es un lugar sagrado. Fíjate en lo que te digo: cualquier día dejará caer su cólera sobre nosotros.

—Cumplimos la voluntad de Assur. Somos su pueblo, no tenemos nada que temer de Marduk, que sólo es venerado en Babilonia.

Frunció las espesas cejas y fijó en mí una torva mirada como si le hubiese insultado.

—Marduk es rey de dioses…, todos lo dicen.

—Sólo aquí, hermano.

—Son bien conocidas las historias sobre el poder y la grandeza de Marduk. ¿Acaso no las oíste en tu infancia? ¡Ah, naturalmente, había olvidado que tu madre es jonia!

La suya, naturalmente, era Naquia, una mujer del sur que el rey compró a su dueño en Borsippa, pero que sólo los dioses sabían dónde había nacido. ¿De qué disparates habría llenado la cabeza a su hijo? Posiblemente ni siquiera él lo sabía.

Pasaba días enteros en su tienda, hablando únicamente con sus concubinas egipcias, las cuales, aprovechándose de su debilidad, lograron convencerle de que podían convocar a los muertos, dispersar a los malos espíritus, descifrar el futuro de un hombre en sus excrementos y otras

muchas insensateces. Asarhadón les demostraba tanto respeto que casi nunca les pegaba y no permitía que sus amigos yacieran con ellas. Yo había sentido en muchas ocasiones el deseo de rebanarles el pescuezo porque producían grandes perjuicios a mi hermano confundiéndole de tal modo.

Pero como creía que la melancolía supersticiosa de Asarhadón se debía más que nada a la falta de ejercicio, cuando le cogía aquel arrebato me presentaba en la tienda del rey Sennaquerib y conseguía que fuese enviado en una expedición de castigo contra alguna ciudad que había olvidado el peso de la mano de Assur, de donde regresaba cuatro o cinco días después con un saco atestado de cabezas ensangrentadas, acompañado de asnos cargados de tesoros y con los bueyes necesarios para alimentar al ejército durante un mes, entre risas y bromas y narrando anécdotas sobre sus proezas, a las que nadie daba crédito. Sin embargo, poco después volvía a caer en aquel profundo abatimiento…, al menos durante algún tiempo.

Mis pensamientos no eran menos sombríos. No me acuciaban los temores, mas la espera me atacaba los nervios. Sobre los muros de Babilonia únicamente se distinguía la cumbre del gran zigurat, que por las noches, mientras los sacerdotes realizaban sacrificios al divino patrón de la ciudad, estaba constantemente iluminado de antorchas. La gente moría de hambre, tanto los prisioneros de Mushezib Marduk como los nuestros, y habían asumido la piedad desesperada de aquellos que sólo hallan la salvación en el poder de su gran dios.

Kefalos me escribía desde Nínive y en sus cartas, redactadas en un lenguaje que pocos podían interpretar en las tierras existentes entre los ríos, se atrevía a hablarme del desconcierto que reinaba en la ciudad. La opinión general estaba dividida y eran muchos los que coincidían con Asarhadón en que debía respetarse la ciudad amparándose en diversos razonamientos. Por una parte temían la venganza de Marduk y, por otra, sentían una vinculación sentimental hacia Babilonia como madre de su cultura y conocimientos. Algunos llegaban a decir que Sennaquerib había perdido el juicio por el dolor que sentía ante la muerte de su primogénito y que estaba desperdiciando inútilmente sangre y tesoros en su ciega e insensata ira. Es una señal peligrosa que se lleguen a decir tales cosas del rey de Assur. Kefalos, que no era ningún necio, escribía sus cartas en pergaminos que depositaba cuidadosamente plegados en el fondo de las cajas de medicinas y suministros que me enviaba y que yo siempre destruía en el fuego.

También me hablaba de mi madre, que le había pedido que visitase regularmente y de quien me transmitía breves mensajes. Pero jamás mencionaba a Asharhamat.

¡Asharhamat! ¡Cuan grabado está su nombre en mi cerebro! La veía en sueños y, aunque a veces estaba semienloquecido por el deseo, me mantenía fiel al juramento que le había hecho y no buscaba placer en otras mujeres.

Pensaba que quizá llegaría a convertirme en *marsarru*. No sentía ningún deseo de suceder a mi padre en el trono, pero si fuese su heredero podría casarme con ella. Si yo no lo era, nombrarían a Asarhadón, a quien ella no le importaba y que la trataría como a las rameras de las tabernas, simplemente porque no podía imaginar otro modo de tratar a una mujer. Asarhadón cumpliría con su deber y engendraría hijos en ella y yo llegaría a odiarle. Y no deseaba que ocurriese semejante cosa… Tan sólo anhelaba que Asharhamat fuese mi esposa y vivir en paz con ella. Aquellas ideas ocupaban mis pensamientos mientras que un ejército de ochenta mil hombres aguardaba a que se desmoronasen los muros de Babilonia.

Y cuando no pensaba en reinar, ni en Asharhamat ni en su hermoso cuerpo, practicaba las artes del aprovisionamiento, porque mi padre, en su inmensa sabiduría, había decidido pagar a los campesinos de los contornos el grano y el ganado que necesitábamos para nuestra subsistencia en lugar de arrebatárselo.

—¿Por qué hemos de indisponer contra nosotros a todo el país de Sumer? —razonaba—. Los campesinos han perdido la mayor parte de su mercado desde que hemos sometido a Babilonia a nuestro cerco condenándola a morir de hambre. Un ejército consume menos que toda una ciudad, y el oro con que pagamos nuestro pan se encuentra en los tesoros de Mushezib Marduk… tan seguro como si ya fuese mío. La ciudad pagará, nosotros comeremos y la gente sencilla que trabaja la tierra nos bendecirá.

Era una excelente política. Y para cuidar de que todo aquello se llevase a cabo honestamente, el rey ordenó a su hijo Tiglath Assur que negociase con los jefes de las aldeas los precios de la cebada, la cerveza, el pan, el queso, la miel, la manteca, los huevos…, una lista interminable de artículos de primera necesidad. No me complacía en absoluto aquel encargo porque los hombres de Assur desprecian a los mercaderes. Por añadidura, semejante tarea no era considerada por mí ni por otros muchos

apropiada para un oficial de mi posición y categoría, y cuando nos reuníamos en el comedor era objeto de burlas.

—El rey ha obrado muy acertadamente al escogerlo —decía Arad Malik, mi hermano real que se había convertido en un hombre y acababa de regresar de una misión que le habían confiado en el Líbano—. Los jonios están muy bien dotados para el comercio…, es bien sabido que sólo piensan en el dinero.

—No le hagas caso —respondía Sinqui Adad, un *rab kisir* de mi misma edad que se sentaba junto a él y no parecía disfrutar de su compañía —. Cuando ha bebido demasiado dice tonterías.

—Gracias, amigo mío, ya lo sé —repuse con una sonrisa, deseando que concluyese aquella incómoda escena.

Pero Arad Malik movió negativamente la cabeza y se echó a reír.

—No —prosiguió, rechazando cualquier objeción con un leve ademán —. No, ya os digo que el rey ha escogido bien. Tiglath podría sentarse en cuclillas como sus antepasados sosteniendo una bolsa de siclos de cobre entre las rodillas mientras regatea el precio de un producto.

—¿Como tu madre regateaba el precio de su trasero?

En esta ocasión había intervenido Asarhadón, que no perdía ocasión de atizar una antigua pendencia.

—¿Acaso no es cierto que el rey de Hamath la encontró en la puerta de una taberna buscando comercio para su madriguera? Aunque no creo que haya otra parte de su cuerpo que pueda cautivar a un hombre, pues sus pechos son verdes y le cuelgan hasta la cintura. ¡Vaya familia! Por lo menos el abuelo de Tiglath sólo vendía sandalias.

Jamás he visto reaccionar a nadie con tanta rapidez como a Arad Malik en aquella ocasión en que se levantó neciamente empuñando su daga…, y creo que si Sinqui Adad y otros compañeros no le hubiesen obligado a sentarse, habría saltado por encima de la mesa para alcanzar a Asarhadón. Como es lógico, éste, que aguardaba a que llegase aquel momento para atravesarle el vientre con su espada, se sintió muy defraudado.

Y los tres fuimos despedidos del comedor para zanjar privadamente nuestros problemas personales, mientras que nuestros compañeros acababan de cenar tranquilamente. Pero por entonces Arad Malik, que ya había reflexionado detenidamente, declinó mi formal invitación de

enfrentarnos en mortal combate y se retiró a su tienda mascullando imprecaciones.

—No tenías que pedirle permiso: debías haber desenfundado tu arma y matarlo —me reprochó Asarhadón cuando regresábamos a su tienda, donde por lo menos disponíamos de pan y vino—. Y nadie te hubiese censurado por ello… Es bien sabido que Arad Malik merece cumplidamente que le corten la cabeza y los duelos comportan muchos riesgos.

—Tal vez deberíamos enviarle a Lea para que le hiciese compañía… Ella nos haría el favor de comérselo vivo.

—¡Ja, ja, ja! Sí, desde luego, sí que lo haría —exclamó Asarhadón, dándome una palmada en la espalda capaz de romperme una costilla—. ¡Por los sesenta grandes dioses, le dejaría más arrugado que una momia egipcia! ¡Ja, ja, ja! Sin embargo creo que cuando seas rey deberías ordenar que cortasen el cuello a ese perro desvergonzado. Un hombre prudente debe tomar precauciones.

—Tal vez cuando sea rey te regalaré a su madre para tu colección y Arad Malik nos hará el favor de morirse de bochorno.

Y Asarhadón volvió a corear con sonoras carcajadas mis comentarios.

Pese a todo yo seguía en cuclillas con la bolsa de siclos de cobre entre las piernas. Más no me quejaba de ello porque comprendía lo que para los demás aún no resultaba evidente: que el señor Sennaquerib había decidido que yo le sucediese en el trono, y me estaba preparando para cuando llegase aquel momento. Un rey debe saberlo todo sobre los procedimientos de la guerra, no simplemente acerca de la conducción de los hombres sino incluso el precio de la cebada y el peso idóneo de las mantas que los caballos necesitan en invierno.

De modo que salía regularmente con unos cuantos carros y acompañado de una escolta de doce hombres y me dirigía hacia cualquier pueblecito anónimo para negociar en nombre del soberano con aldeanos que probablemente jamás habían oído hablar de Sennaquerib, señor de Assur. En uno de esos viajes volví a coincidir con aquel que parecía conocerme mejor que yo mismo.

Cabalgábamos por la vasta pradera monótona y uniforme en la que las inundaciones del Eufrates habían difundido durante siglos su riqueza, y seguíamos la trayectoria del gran río. A unos dos *beru* de distancia aparecía

un palmeral: lo distinguí claramente, aunque sin duda no lo alcanzaríamos antes de una hora, como suele suceder en los países del sur. De todos modos constituía un punto de referencia, que imaginaba haber escogido yo mismo, aunque no estaba muy seguro.

El hombre se hallaba sentado en el tronco de un árbol que debía de haber sido arrancado durante la última inundación. Se cubría con la túnica amarilla propia de los sacerdotes, descolorida y casi harapienta, y levantaba hacia el sol su huesudo y ascético rostro en el que lucía una inexpresiva sonrisa, aunque sin duda no debía de haber visto nada que le complaciera… En realidad sus ciegos ojos nada podían distinguir.

Hice señas a mis hombres para que se mantuvieran a cierta distancia y me adelanté hacia él, deteniéndome delante suyo sin decir palabra.

—El dios sigue alumbrándote con su luz sagrada, príncipe —prorrumpió finalmente—. Has llegado muy lejos.

—No más lejos que tú, *maxxu* —repuse con una sonrisa y un encogimiento de hombros, no sabiendo a ciencia cierta si podía verme y si llegaría a advertirlo y sin sorprenderme en absoluto de que me hubiese reconocido.

—Sí, más lejos que yo, puesto que yo permanezco siempre en el mismo sitio mientras que el mundo se mueve. Y ahora te dispones a humillar la gran ciudad efe Marduk.

—¿Acaso obro mal, santo padre?

—¿Tú? ¡Tú no haces nada, Tiglath Assur!

—¿Se trata entonces de mi *sedu*?

Aunque no pretendía burlarme de él, sin duda percibió algún matiz de incredulidad en mi voz porque fijó en mí sus ciegas pupilas y su rostro revistió una expresión desdeñosa y compasiva.

—Sigues vivo y muchos han muerto. ¿Imaginas que hubieses podido sobrevivir valiéndote únicamente de tus propios medios? Mas no, no es tu *sedu* quien abatirá a la poderosa Babilonia, sino la voluntad divina.

Me incliné hacia él y mi caballo se removió nervioso. De pronto me sentía lleno de temor.

—¿Y es voluntad divina que yo reine, *maxxu*? ¿Me veré así bendecido?

El hombre negó con la cabeza.

—Son distintas preguntas, príncipe, y ya he respondido a ambas. —Alzó de nuevo su mirada al sol, blanco y cegador a aquella hora de la mañana, y la sonrisa volvió a sus labios—. Ahora vete, príncipe. Tienes quehaceres mundanos que realizar…, y debes cumplir la voluntad de los dioses.

—¿Volveremos a vernos?

—Puedes irte, príncipe.

Cuando regresé junto a mis hombres, mi *ekalli* Lushakin me miró sorprendido.

—¿Acaso conoces a ese anciano, *rab abru*?

—No lo sé exactamente.

Momentos después, cuando me volví a contemplar el palmeral, el *maxxu* había desaparecido.

Casi había concluido el mes de Tisri y las noches ya refrescaban cuando una vez más el rey acudió desde Nínive para reunirse con su ejército, y todos comprendimos que aquello significaba que en breve comenzaría el asalto definitivo contra Babilonia.

—Ellos se lo han buscado —nos dijo—. Han demostrado claramente que no habrá paz en Sumer mientras esta ciudad se aferré a sus sueños de grandeza, por lo que debemos despertarla de una vez. Saquearemos la ciudad, llevaremos la sangre y el fuego a sus lugares sagrados, destruiremos sus templos y someteremos a sus dioses a esclavitud. Y habrá tal matanza que los hombres la describirán horrorizados hasta el fin del mundo. Cuando salgamos de este lugar, no se levantará ni una casa de entre sus escombros. Desviaremos el curso del gran río para que incluso anegue sus cimientos y Babilonia quedará borrada de las mentes humanas.

Se encontraba sentado en su tienda, rodeado por todos nosotros ante un mapa de la ciudad que se extendía ante él dibujado con carbón en una piel de oveja.

—Hemos saboteado sus murallas en tres puntos… Éste, éste y éste. Por ellos entrarán nuestros soldados para iniciar el asalto.

—Hay otro muro interior, augusto señor, que no ha sido quebrantado y que sin duda estará defendido.

Sennaquerib observó a su hijo Asarhadón con expresión sorprendida y airada.

—¿Qué quieres decir con eso? Los defensores de la ciudad están tan debilitados por el hambre que apenas podrán sostener sus espadas. Lo que estamos planeando en estos momentos, príncipe real, no es una batalla sino una masacre.

—No obstante, para obrar con prudencia, deberemos enviar nuestras fuerzas por el lecho del río en este y este lugar. —Y señaló los puntos a que se refería, situados en el norte y en el sur, por donde el Eufrates entraba y salía bajo las murallas—. En estos momentos el cauce está casi seco.

—Sin duda también estarán defendidos.

Los hombres que rodeaban la mesa dieron muestras de aprobación, mientras el rey paseaba su mirada uno tras otro. Eran oficiales que habían servido toda su vida bajo su poderosa sombra y sabían lo que se esperaba de ellos.

—Sí, pero no tendrán una muralla que defender, sino el cauce seco de un río…, un banco fangoso de unos ocho o diez codos de altura y, como tú dices, augusto señor, estarán debilitados.

—¿Y qué harías en el caso de que sobrevivieras?

—Sembrar el terror.

Bastaba con observar los ojos de Asarhadón para comprender el significado de sus palabras. Y desde luego estaba en lo cierto… Semejante diversificación era precisamente lo que requería aquel ataque.

—¿Y tú qué opinas de esto, Tiglath Assur?

Señalé con un dedo un cuadrado negro que aparecía en el mapa que mostraba la localización del gran zigurat.

—Si tuviésemos suerte, gran rey, podríamos llegar hasta el complejo del templo y adueñarnos de él, por lo menos durante algún tiempo. Con ello atraeríamos a muchos soldados del muro interior que acudirían a defender sus santos lugares.

—En otras palabras, ¿estás de acuerdo con este absurdo?

—Creo que mi real hermano se ha expresado acertadamente. Sí.

—Así sea. —El rey se levantó y todos le imitamos inmediatamente, retrocediendo un paso—. Entonces tú dirigirás un contingente del ataque de diversificación y Asarhadón el otro. Os deseo que disfrutéis con ello.

Una hora después encontré a Asarhadón sentado en el suelo ante su tienda bebiendo una jarra de cerveza con aspecto taciturno. Al verme frunció el ceño como si mi presencia despertase en él dolorosos recuerdos.

—Ni siquiera me hubiese escuchado si tú no hubieras dado tu aprobación. Me trata como si fuese idiota. Soy buen soldado, pero nunca me escuchará.

Me senté junto a él, cogí la jarra de sus manos, bebí un trago y se la devolví.

—El rey accedió y nos otorgó el mando. Si hubiese creído que no tenías razón, no hubiese aceptado.

—Únicamente cedió porque tú estuviste de acuerdo conmigo. Tú eres su preferido, su hijo más querido, mientras que yo…

—Jamás has combatido con él en una gran batalla. Todo será distinto cuando hayamos tomado Babilonia.

—Cuando haya caído Babilonia tal vez yo estaré muerto.

—Entonces ya no te importará.

Frunció el entrecejo un momento y luego se echó a reír al comprender la broma. Sin embargo resultaban evidentes sus sufrimientos, pues únicamente deseaba demostrar que en su pecho latía el corazón de un soldado.

—Tenemos tres días para organizar nuestros planes —recordó cuando habíamos bebido varias veces de su jarra—. ¿Cuántas tropas crees que nos dará?

—Lo mejor sería cien hombres a cada uno, a menos que busque su propio desastre; mayor número entorpecería la marcha.

—Entonces tendrás el placer de pedirle una compañía para cada uno, espadachines protegidos con buenas armaduras. No necesitamos arqueros: será estrictamente una lucha cuerpo a cuerpo.

—Y entraremos en la ciudad una hora antes de amanecer.

—Sí…, será lo mejor.

Y luego, aunque hacía frío, Asarhadón y yo fuimos a nadar a uno de los canales y jugamos como niños en las turbias aguas, olvidándonos de la guerra.

Tres días después, una hora antes de que el sol de Assur asomase tras las montañas del este, me encontraba agazapado entre las cañas rotas, hundiéndome hasta los tobillos en barro que se enganchaba como brea,

llevando a cien hombres tras de mí: con sólo levantar el brazo Babilonia proferiría su último estertor de agonía.

La muralla exterior se extendía únicamente por la mitad oriental de la ciudad rodeada por un foso, cuyos principales canales procedían del río y por un muro interior. La parte occidental estaba protegida por el foso y el muro interior, y el río, sobre el que tan sólo había un puente, la dividía de la mitad oriental donde Mushezib Marduk había concentrado sus fuerzas para hacer frente a nuestro asalto. En circunstancias normales el río hubiera representado un obstáculo tan importante como cualquier construcción humana —incluso, pese a la oscuridad, podía distinguir el hueco del muro interior por donde solía discurrir—, pero habíamos desviado su curso y estaba casi seco.

Sobre las armaduras vestíamos nuestras túnicas que sofocaban cualquier ruido, mas no podía distinguir ninguna hoguera, nada que demostrase que el lecho del río estuviese protegido. Me pregunté qué encontraríamos más allá del muro interior y si los babilonios se habrían entregado en brazos de la muerte. No, no habrían estado resistiendo durante quince meses para que nos encontrásemos con la mirada vacía e inexpresiva de los cadáveres. De todos modos resultaba demasiado fácil.

Y luego, de repente, cambió la dirección del viento y comprendí lo que sucedía. Sí, así era precisamente cómo iban a recibirnos. El aire estaba densamente impregnado de un olor putrefacto: habían utilizado el cauce del río como foso de sepultura.

A mi espalda los soldados tosían y vomitaban… Aquello era más de lo que un hombre podía resistir y, aunque se cubrían la boca y las narices, no encontraban ningún alivio: no había modo de evitar aquel hedor pestilente. Ordené que encendiesen las antorchas para prevenir cualquier sorpresa y conseguir que se purificase el ambiente y pudiésemos respirar. De no ser así, nos veríamos obligados a renunciar a nuestros propósitos y reincorporarnos a nuestras filas.

De todos los horrores de aquella inexorable guerra, ninguno pudo compararse a lo que nos esperaba una vez nos infiltramos por el hueco que conducía a la muralla interior. Por lo menos habían sido amontonados diez mil cadáveres en el embarrado cauce fluvial formando una enorme pared que se extendía por unos doscientos pasos contra la orilla oriental, cuyos corrompidos miembros se confundían entre sí como madera de deriva tras la estación de las inundaciones. Hombres, mujeres y niños, de toda edad y

condición, con los vientres hinchados y los miembros consumidos como palos. Los que se encontraban más próximos al suelo, aplastados y corrompidos hacía mucho tiempo, habían perdido su aspecto humano. Ratas enormes hinchadas de carroña, envalentonadas por su impunidad, quedaron deslumbradas ante nuestras antorchas y, cuando perdieron interés hacia nosotros, reanudaron su espantoso festín. El aire estaba enrarecido por el hedor de la muerte y resultaba difícil respirar. Algunos soldados dieron la espalda a tan terrible espectáculo y, hundiendo la cabeza entre las rodillas, vomitaron ruidosamente; otros murmuraban plegarias.

Pero no encontramos ningún soldado montando guardia. Aquél era un error que no me pareció censurable. ¿Quién podía obligar a alguien, ni siquiera a un soldado, a aventurarse por las inmediaciones de un lugar semejante? De modo que nadie se interpuso en nuestro camino, ni siquiera cuando alcanzamos el puente.

El puente de Babilonia era famoso. Estaba construido con columnas de piedra en un país donde ésta no existía, esbeltas y de forma cónica, que se hundían en el Eufrates como patas de cigüeña. En cuanto a la zona de paso, era de madera, y con cuerdas y garfios no hubiésemos tenido dificultad en alcanzarla. El gran zigurat se levantaba ante nosotros como una montaña.

—¿Por qué no sigues adelante? —me preguntó Asarhadón en un susurro.

Nos habíamos inmovilizado a la sombra del puente y él miraba hacia atrás, por encima de mi hombro con asombro y horror.

—No…, no me lo digas. Lo comprendo. ¡Pero, por la salvación de nuestras almas, ordena a tus hombres que apaguen sus antorchas!

Escalamos el puente y avanzamos hacia la parte oriental de la ciudad. Asarhadón y yo habíamos convenido previamente que yo tomaría el zigurat, mientras que él asaltaría el santuario de Marduk —en el fragor de la batalla incluso llegó a olvidar el temor que le inspiraban los dioses—, pero aún no habíamos alcanzado las inmediaciones del templo cuando nos vimos obligados a escalar barricadas de escombros y a defendernos para poner a salvo nuestras vidas: los babilonios nos habían tendido una trampa en la que caímos.

Nos encontramos atrapados en estrechas callejuelas y los arqueros disparaban contra nosotros desde las ventanas de los edificios. No

podíamos retroceder ni siquiera ver a nuestros atacantes, pues si alzábamos la mirada para tratar de localizarlos podían asaetearnos el rostro con sus flechas. Los proyectiles llovían sobre nosotros y sus puntas rebotaban en los muros de adobe de los edificios como avispas enfurecidas.

En los cruces nos atacaban por ambos lados. Por doquier hallábamos muerte y confusión. En ocasiones caían piedras y ladrillos sobre nosotros, abriendo las cabezas de mis hombres, muchos de los cuales murieron entre aquella oscuridad y confusión, mientras que nos veíamos obligados a seguir avanzando.

En el momento en que llegamos a la gran plaza del zigurat no creo que sobreviviesen más de tres hombres de cada cinco ni que estuvieran en condiciones de luchar. Las primeras luces del sol proyectaban una grisácea palidez cuando por fin dispusimos de espacio para tratar de reagruparnos. Por otra parte, los babilonios no se mostraban muy deseosos de tomar la ofensiva. En la base del zigurat apareció un grupo de sacerdotes por una de las puertecillas laterales del templo y aquel que parecía su jefe levantó la mano como si se propusiera obligarnos a detenernos por la dignidad de su cargo. A una señal de Asarhadón los soldados cayeron sobré ellos y les dieron muerte, dejándolos anegados en un charco de sangre: nos habíamos adueñado del zigurat.

Al llegar al segundo nivel de aquella enorme estructura nos sentamos a descansar y echar una mirada a nuestro alrededor y descubrimos por doquier la desesperación y confusión propias de los últimos estertores de una ciudad condenada. El asalto había comenzado…, y todos lo sabían. Los ciudadanos de Babilonia comprendían que había llegado su última hora.

Aquí y acullá, en el resto de la ciudad se veían incendios pavorosos y las calles estaban llenas de gente, muchas de ellas lujosamente ataviadas…, aunque probablemente los restantes, en su mayoría, llevarían oro y joyas cosidos entre sus harapos. ¿Porque quién si no los ricos sobreviven en una ciudad donde sus habitantes mueren de hambre?

A veces he visto muchachos traviesos que para divertirse cazaban ratoncillos en un cesto de mimbre que arrojaban después a una charca. Los ratones corrían de un lado a otro chillando aterrorizados, subiendo cada vez más por los costados de la cesta mientras ésta se iba llenando lentamente de agua y al final se hundía.

La gente que veía desde el zigurat se hallaba en idéntica situación. Se apresuraban por las calles, confusos y desorientados, tropezando unos con

otros presas de pánico. Sin duda debían de comprender que estaban condenados, pero aquello no les importaba. Sin saber dónde huir, sin esperanzas, corrían por doquier, abriéndose paso entre la multitud, impulsados por el ciego instinto del miedo. En todo caso lo único que conseguían era asegurar más su destrucción imposibilitando que las tropas se desplazasen de una zona a otra de la ciudad. Sólo la gran vía procesional que se dirigía hacia el norte estaba relativamente despejada… En aquella dirección organizaban el ataque las tropas de mi padre y nadie pensaba en huir hacia el norte.

—El rey tenía razón. Míralos…, están acabados —observó Asarhadón, que se sentaba a mi lado con las manos colgando entre las rodillas contemplando a la multitud que discurría por las calles—. Ya ha dejado de preocuparlos la defensa de sus dioses, pues saben muy bien que los han abandonado. ¿Nos quedaremos aquí sentados como pasmarotes hasta que el ejército derribe la muralla y extermine a ese rebaño?

Estaba del peor humor y no podía censurárselo. Al fondo, en el patio del templo, se encontraban los cadáveres de nuestros soldados allí caídos víctimas de nuestro monstruoso error.

¡La muralla! De pronto se me ocurrió una idea que parecía inspirada por el propio dios. ¡Naturalmente, la solución estaba en la muralla!

—No todo está perdido si logramos apoderarnos de la muralla —dije como si hablase conmigo mismo.

Mi hermano se volvió a mirarme con una sonrisa de reconocimiento.

—¡Por los sesenta grandes dioses…!

Hacia el norte de la avenida procesional, con sólo seguir nuestro campo visual, podíamos distinguir la famosa puerta de Ishtar. Si lográbamos apoderarnos de ella, la ciudad caería en nuestras manos a mediodía.

—Pero ¿cómo lo haremos? Nos verán llegar.

—Se trata de una estratagema, hermano —observé sonriente, mostrándole los dientes como un cocodrilo—. Todos los soldados parecen iguales vistos desde arriba y en momentos de pánico generalizado.

—Pero si no funciona, moriremos.

Mas ya se levantaba porque había tomado una decisión propia del destino de los soldados: morir.

El plan era sorprendente por su propia sencillez. Yo dirigiría una pequeña fuerza de unos treinta hombres e intentaría abrirme paso hacia la muralla. Si lográbamos sorprender a los babilonios e instalarnos allí por lo menos durante un cuarto de hora, Asarhadón tendría la oportunidad de servirme de refuerzo y tomar la puerta por asalto. Y, si conseguíamos abrirla, el resto carecería de importancia.

Me puse en marcha con varios hombres de mi antigua compañía, muchos de los cuales seguían conmigo desde Khalule, y a la grisácea luz del amanecer nos dirigimos corriendo hacia la gran vía procesional cubriendo todavía nuestros uniformes con túnicas para evitar ser inmediatamente reconocidos. Tardamos menos de cuatro minutos en llegar a la puerta.

En el parapeto que se encontraba inmediatamente encima del gran arco que formaba la enorme puerta, se hallaban tres soldados que, alarmados o por simple curiosidad, se inclinaron a examinarnos y cuyos rostros jamás se borrarán de mi mente.

En una ocasión había visto algunos dibujos del plano de la puerta; todos los ejércitos disponían de ellos, aunque supongo que jamás habíamos imaginado que pudiésemos necesitarlos. Intenté recordar dónde se hallaba situada la escalera que conducía a las torres. De un vistazo comprobé que no se encontraba en ningún punto del exterior. ¿Dónde estaría?

Desenfundé la espada y la levanté a modo de salutación mirando a los soldados y sin interrumpir nuestra marcha.

—¡Somos el relevo! —grité en arameo. El corazón me golpeaba en el pecho como el martillo de un herrero—. ¡Abrid la trampa!

Seguí corriendo cruzando el arco de la puerta como si lo hubiese hecho mil veces. Y, de pronto, en una alcoba situada en uno de los lugares donde el pasillo se ensanchaba súbitamente formando una sala de unos veinte pasos de ancho, se proyectó bruscamente un cuadrado de luz sobre las baldosas. ¡Sí, aquél era el lugar que figuraba en el dibujo, lo recordaba perfectamente! Nos habían abierto la trampa… y habían caído en la nuestra.

Fui el primero en subir la escalera. En la entrada me encontré con un soldado que me aguardaba sonriente, abriéndome la puerta e incluso me tendía su mano libre. Me abalancé sobre él y le hundí la espada bajo el

pectoral, destripándole como si fuese una bota. El hombre murió sin apenas proferir un gemido.

Mientras se desplomaba, impulsé la puerta hacia atrás con todas mis fuerzas para que se mantuviese abierta por su propio peso, cuando ya se abalanzaban sobre mí otros dos soldados.

Acabé con uno de ellos, al tiempo que otro estuvo a punto de cortarme la cabeza si Lushakin no le hubiese cercenado el brazo a la altura del codo. En aquellos momentos nuestros soldados ya atravesaban la escalera de dos en dos, silenciosos y con ojos llameantes. Al cabo de unos segundos nos habíamos adueñado del parapeto inferior. Desde la entrada hasta la torre superior arrancaba otro par de escaleras, pero en esta ocasión las puertas ya estaban abiertas y llegaban claramente a nuestros oídos los gritos de nuestros enemigos: sin duda debían de saber que habían sido invadidos.

—¡Assur es rey! —vociferé con toda la fuerza de mis pulmones. Aquélla era la señal que debía atraer a Asarhadón y ya no tenía nada que perder.

De pronto mi grito se multiplicó en cientos de gargantas: «¡Assur es rey! ¡Assur es rey!» El fracaso no existía y me sentía arrebatado por aquel instante de gloria. «¡Assur es rey!»

Nos encontramos con ellos en la escalera. El primero me atacó lanzando mandobles de izquierda a derecha en aquel angosto espacio. Aquél fue su grande y último error. Rechacé sus estocadas y le hundí a mi vez el arma en el pecho atravesando su pectoral como si fuese de paja. Mis hombres me seguían impetuosos y yo me sentía invencible. Me parecía irradiar el calor del *melammu* divino, igual que una nube resplandeciente de poder. Ante mí se encontraban otros hombres, pero pisoteé el cadáver de una de mis víctimas y los aparté cual telarañas sin dejar de gritar:

—¡Assur es rey! ¡Assur es rey!

Finalmente salí a la luz del sol. Ante mí retrocedió un hombre como si hubiese visto al demonio. Le golpeé de plano en la sien con mi espada y cayó igual que un leño. Ya no mataba a los hombres: me desembarazaba de ellos derribándolos como las cañas del río y abriendo paso a mis soldados: eran unos momentos decisivos.

Ignoro cuántos hombres exterminamos, es decir, exterminé, pero acabamos con ellos en la décima parte de una hora. Estábamos empapados en sangre y habíamos enronquecido de tanto gritar. Los babilonios

contraatacarían en breve, pero aquello ya no importaba. Nos habíamos apoderado de la puerta: la ciudad era nuestra…, ¡el mundo era nuestro! ¿Qué importaba si al cabo de un momento moría? ¡Habíamos triunfado!

Desde el torreón más elevado de aquella puerta, una de las grandes maravillas del mundo, contemplamos a nuestros pies a los soldados de Assur, nuestros hermanos, que se precipitaban por el muro exterior ya derruido. Debíamos informarlos, tenían que saber que allí donde nos encontrábamos se hallaba el camino, que les habíamos abierto las puertas de la ciudad.

—¡Assur es rey! —gritamos.

Los soldados alzaron su rostro hacia nosotros al oírnos y levantaron sus armas saludándonos. No podíamos interrumpirnos… Proclamaríamos el nombre del dios hasta que nos quedásemos sin voz.

—¡Assur es rey! ¡Assur es rey! ¡Assur es rey!

Aquella noche, cuando el sol se puso, no quedaba en pie un solo soldado babilonio. La mayoría habían sido despedazados por un enemigo enloquecido por la venganza que los acosaba con implacable eficacia. Tal vez algunos lograran ocultarse cubriéndose de harapos y arrojando sus armas, pero se equivocaban fatalmente si creían obtener clemencia infiltrándose entre los ciudadanos porque nos mostramos implacables.

La muerte acechaba por ¿as calles, aguardando a todo aquel que se atrevía a asomarse por ellas. El rey nuestro señor mantuvo su palabra y la ciudad de Babilonia estuvo sometida durante cinco días a fuego, muerte y pillaje, mientras el ejército de Assur merodeaba por sus calles embriagado por su victoria. Los soldados del dios eran como una manada de perros salvajes. Mataban para entrar a saco, para vengarse, por deporte. Familias enteras fueron asesinadas en el interior de sus propias casas. Por las calles corría un río de sangre y los cadáveres se amontonaban por doquier. Las mujeres eran violadas ante sus esposos e hijos, y no sólo por un hombre sino por diez o veinte y luego, ya fuese por piedad o por puro ensañamiento, morían degolladas. En todas partes se provocaban incendios que nadie se preocupaba de extinguir. Únicamente había agua potable en el campamento de los vencedores y no podía obtenerse ninguna clase de alimentos, de modo que los ciudadanos se veían aislados por el hambre y

las enfermedades, porque no se encontraba ni un grano de mijo dentro de la ciudad ni los babilonios podían salir de ella con vida: eran unos tiempos de locura.

No intenté detener el pillaje ni la carnicería. El rey, olvidando en su cólera que si los hombres se entregan a semejante desenfreno es muy difícil llamarlos después al orden, había ordenado que no se entremetiese ningún oficial de su ejército, y así lo hicimos. No quería a aquellas gentes ni me compadecía de ellas. Si perecían, y su ciudad con ellos, no lo lamentaría: así se vuelven los hombres en tiempos de guerra. Pero no tardé en sentirme asqueado de cuanto veían mis ojos.

Al principio pensé que aquélla era una política perjudicial: en mi calidad de oficial desaprobaba lo que el rey hacía. Y luego, poco a poco, cuando caminaba por las calles y veía lo que significaba el saco de una gran ciudad, dejé de ser simplemente el soldado profesional a quien preocupa que el ejército actúe sin limitaciones y como un ser humano me sentí abrumado por tan gratuita crueldad. Los cadáveres de jóvenes muchachas aparecían en las puertas de sus casas con los vientres desgarrados, las cabezas echadas hacia atrás y las bocas abiertas en mudo alarido. Los niños se amontonaban en el arroyo. La guerra es ocupación de reyes y soldados; si son vencidos, hallan la muerte como es de justicia. Pero aquellos seres eran inocentes: ninguno de ellos había intervenido en la muerte del *marsarru* Assurnadinshum ni había empuñado las armas con los elamitas, y sin embargo también ellos eran víctimas de la cólera real.

Al cabo de unos días me quedé en el campamento, donde incluso desde mi tienda distinguía las columnas de humo que se levantaban en el cielo mientras Babilonia se consumía. De buena gana no hubiera vuelto a aventurarme por sus puertas.

Durante aquellos días tan sólo vi en una ocasión a Asarhadón. Mi hermano no sentía remordimientos por la toma de la ciudad y sus consecuencias. La brutal acción había despejado todas sus dudas y volvía a ser feliz. Nos vimos de noche tras el segundo día del saco, porque se detuvo en mi tienda para mostrarme su botín.

—¡Fíjate! ¡Son gemelas!

Unidas por el cuello con una cuerda llevaba a dos muchachas desnudas, casi unas niñas, asustadas pero satisfechas de seguir con vida. Tenían los ojos negros y eran rellenitas, muy lindas y tan idénticas como

dos pétalos arrancados de la misma flor. Asarhadón sonreía abiertamente, al parecer muy contento.

—Voy a mi tienda a probarlas. ¿Te das cuenta, hermano, cómo los hombres buenos reciben su premio? ¡Ja, ja, ja!

Y mientras se perdía en la oscuridad llegaba a mis oídos el eco de sus risas.

Y acaso tuviera razón al creer que merecía tal bendición porque de nuevo se había visto despojado de los honores que realmente le correspondían.

Él y sus hombres habían luchado para proteger la entrada principal, y únicamente gracias a Asarhadón pudimos apoderarnos de aquel sector del muro. Pero fue a mí a quien todos vieron en lo alto de la torre proclamando la gloria de nuestro dios. Mi nombre apareció en los labios de todos, el mío, a quien el rey estimaba por su audacia y a quien cada día llevaba más dentro de su corazón.

Tal vez entonces fuese realmente propósito del dios convertirme en rey, sucediendo a mi padre, porque me elevó por encima de mis méritos. Parecía haberme escogido para distinguirme entre los hombres y la puerta de Ishtar fue el lugar donde consideró adecuado demostrar su elección ante los ojos del mundo.

O, por lo menos, así lo parecía. La gloria era mía cuando igualmente debía haberle sido atribuida a Asarhadón, a quien nadie calificaba de grande, poderoso y valiente.

No hubiera podido censurarle que llegase a considerarme un ladrón, aunque no era yo el culpable de arrebatarle su fama. Pero no lo hacía. O, de ser así, sólo me increpaba en lo más recóndito de su ser, pues jamás aludía a ello. Nunca mencionábamos tales cosas: entre nosotros existía un profundo amor fraterno.

Durante cinco días prosiguieron los crímenes y el pillaje, hasta que por fin el monarca, que odiaba el mismo suelo sobre el que se levantaba Babilonia, se consideró satisfecho y ordenó que cesase el saqueo. A los soldados, una vez les sueltan las riendas, es difícil volverlos al orden, y tuvimos que ahorcar a unos cuantos y poner en carne viva las espaldas de muchos más hasta que el ejército recobró su dignidad. Aunque a regañadientes, los hombres de Assur obedecieron.

Los despojos de aquel largo asedio fueron importantes. Babilonia había sido una ciudad dotada de riquezas inimaginables, que ahora nos pertenecían. Saqueamos los santos lugares, nos llevamos a Nínive al ídolo del gran Marduk y encontramos en su templo los ídolos de Adad y Shala que nos habían sido arrebatados de los templos de Assur bacía unos cuatrocientos años. Incluso capturamos y cargamos de cadenas a Mushezib Marduk, aquel que se había dado a sí mismo el título de rey. Fue apresado cuando trataba de escapar.

Y una vez que los grandes edificios fueron derruidos y arrasados, destruimos el sistema de diques que contenía el Eufrates para que al llegar la estación de las inundaciones la crecida del río arrastrase sus propios cimientos: la venganza de Sennaquerib sería absoluta.

La última noche antes de que partiésemos hacia el norte de regreso a nuestro país, el rey celebró un banquete. El lugar escogido fue el palacio real destrozado por el fuego y destruido por orden del monarca, por lo que cenamos entre sus ruinas sus principales oficiales y todos sus hijos.

En aquel desolado montón de escombros, rodeados por una ciudad muerta, celebramos una orgía demencia!. Nuestro señor, el rey de Assur, exultante por el triunfo obtenido, incluso ordenó que se encontrase presente Mushezib Marduk, que, desnudo y desesperado, fue encadenado a los restos de una columna de la mansión de la que un día había sido dueño para que pudiese presenciar los festejos de los conquistadores. Aquel rey destronado sería conducido a Nínive, donde moriría sometido a refinadas crueldades, con una muerte que sólo merecen los monarcas derrocados, pero aquella noche se acurrucó en un rincón como un perro.

Y nosotros, los conquistadores, bebíamos, comíamos y reíamos tratando de no pensar ni ver cuanto nos rodeaba. Y el rey mi padre me ensalzó públicamente.

—¡Miradle! —gritaba con rostro resplandeciente—. Aún no tiene veinte años y ya lleva tres cicatrices en el cuerpo. ¡Y todas esas heridas se las ha hecho luchando frente a frente! ¡Ya es un gran hombre, un gran guerrero y sería un gran rey! ¿No es cierto que cualquier padre se sentiría orgulloso de tener un hijo como éste?

Me obligó a levantarme para que todos admirasen a aquel portento nacido de sus lomos. Y aquellos grandes hombres me aclamaron porque deseaban complacer al rey: me aclamaron y me vitorearon.

Y me vi obligado a escucharlos mientras sentía desfallecer mi corazón.

«¿Acaso obro mal, santo padre?», había preguntado al *maxxu*. Y él había levantado sus ciegos ojos hacia mi rostro y sonreído como si estuviera oyendo a un chiquillo.

«¿Tú? ¡Tú no haces nada, Tiglath Assur!»

OceanofPDF.com

XII

Tras la batalla de Babilonia el rey me ascendió a *rab shaqe*, y a Asarhadón a *rab abru*, como siempre una graduación inferior. No quedaba otra cosa que hacer que recibir honores, y al cabo de pocos días el ejército levantó el campamento y emprendió la marcha de regreso a Nínive. En el país de Sumer había quedado sofocada toda resistencia al poderío de Assur y la ciudad que dejábamos atrás mientras avanzábamos hacia el norte se hallaba tan en ruinas que ni siquiera los zorros se hubiesen cobijado en ella.

Pero en el país de Assur no existía la piedad. La destrucción de Babilonia tan sólo significaba que había finalizado tan prolongada contienda. La gente recordaba sus sufrimientos y se regocijaba ante la seguridad de que disfrutaban celebrando verse gobernados por un rey que hacía sentir a sus enemigos todo el peso de su crueldad. En las localidades fronterizas donde había sido mayor el odio profesado a los elamitas y a los títeres de sus ciliados, la gente se reunía junto a las carreteras para vitorear a su glorioso señor y proferir maldiciones contra Mushezib Marduk, mientras se agolpaban tumultuosamente tras el carro del vencedor. Para aquellos que no habían presenciado cuanto había sucedido en Babilonia, éramos unos héroes.

Por mi parte intenté cerrar los oídos a los gritos procurando no oír, ver ni pensar, porque únicamente percibía los gemidos de las víctimas de aquella carnicería y temía que aquellas impresiones llegasen a enloquecerme. Estaba aturdido y por las noches no me atrevía siquiera a cerrar los ojos.

¿Cómo era posible? Me sentía sucio de pecado y, sin embargo, me había limitado a atenerme a todo lo que siempre había creído: que todos, incluso el enemigo, creíamos que era el camino de la virtud y el honor. ¿Quién más noble, quién más respetado en todas las naciones que los

guerreros? ¿Y qué otra cosa era yo? ¿Un asesino? ¿Un ladrón? ¿Por qué entonces aquella sensación de vergüenza?

Pero guardaba en lo más profundo de mi corazón aquellas dudas que acaso también inquietaran a muchos soldados victoriosos que regresaban a sus hogares, aunque jamás lo sabría porque los militares no revelan sus dudas.

¿Dudaba acaso Asarhadón? No lo creo. Asarhadón estaba demasiado ocupado con sus mujeres y ponderando la cuantía de sus nuevas riquezas. El rey nos había abrumado con dádivas de oro, palacios y nuevas propiedades porque, aunque demostraba predilección hacia mí, había acabado por comprender que no debía despreciar a Asarhadón.

—¿No podrías nombrarle por lo menos *rab shaqe*? —le pedí—. Si consideras que yo me he ganado ese rango, también él. Es el primero de tus hijos y un guerrero valiente e ingenioso.

—Tú eres el primero de mis hijos.

—Por lo menos dale un puesto de mando digno de él. Permítele que te demuestre de qué es capaz.

—Conozco perfectamente sus posibilidades —repuso, moviendo dubitativo la cabeza—. Constantemente me propone nuevos planes para conquistar Frigia, Egipto e incluso Arabia… ¿Quieres explicarme, hijo mío, qué puede conquistarse en Arabia, aparte arena? Y, como es natural, me pide que le conceda el mando único de tales campañas, cosa que dudaría en confiar a mis más expertos soldados. Es aún un muchacho y sólo piensa en su propia gloria. Está enamorado de la guerra, olvidando que ésta es sólo un instrumento del poder, y por ello resulta peligroso tenerlo cerca del trono. No, no le confiaré una batalla a él solo, ni siquiera para complacerte. Tu hermano me causa muchos quebraderos de cabeza. Mas no temas, cuando yo haya muerto podrás recompensarle como creas oportuno.

Y, por extraño que parezca, mi hermano Asarhadón estuvo de acuerdo con este criterio.

—Debes convencerte de que seré uno de tus más grandes generales —dijo encogiéndose de hombros—. Nuestro padre ha decidido que le sucedas en el trono. ¿Por qué no? Es una decisión más acertada que si me hubiese escogido a mí. Cualquiera, salvo acaso mi madre, convendrá en ello. Pero si debo esperar siempre a tu sombra hasta que mi padre esté bien muerto y enterrado en su tumba, entonces tendrás que resignarte a vivir un reinado

pendenciero porque me propongo resarcirme de los desaires que haya recibido conquistando todos los países occidentales. Erigiré monumentos a mi gloria en Tebas, Menfis y en todas las grandes ciudades del Nilo para que dentro de mil años, cuando Tiglath Assur, el soberano, haya sido olvidado, el poder del soldado Asarhadón haga aún flaquear las piernas de la gente. Me lo debes, hermano, porque yo soy postergado para que tú te veas engrandecido.

Nos habíamos detenido a pasar la noche en un poblado a unos dos días de marcha de Nínive, y Asarhadón, alegando que deseaba dormir bajo auténtico techado, había arrojado de su casa al campesino y a su familia y nos habíamos instalado en ella. Estaba tumbado en una alfombra de cañas y las gemelas le ungían los muslos, por lo que aquella noche se sentía muy satisfecho de la vida.

—Me consta que es cierto, hermano. He hablado con el rey…

—¡Oh, el rey no me preocupa! —repuso sonriente, pellizcando a una de las hermanas en un seno para que gritase. Sin embargo, en sus ojos se leía una gran tristeza—. Cuando estás con él le ensordecen de tal modo las aclamaciones que tú recibes que ni siquiera oye el nombre de Asarhadón. Tanto tú como medio ejército podríais cantarle mis alabanzas durante una semana y no se enteraría. Y ni siquiera ocurriría algo semejante, puesto que el ejército se limita a corear sus palabras y no canta otras glorias que las tuyas. No, debo esperar a que reines tú. Entonces, mientras que tú permaneces en la capital con tu consorte y tus escribas eunucos, preguntándote cuál de tus hijos proyecta envenenarte, yo lucharé por ti y mi gloria resplandecerá más que el sol.

—¿Qué puedo decirte, hermano? Únicamente te ruego que no abrigues rencor hacia mí porque si te ves perjudicado no es por mi voluntad.

Pero aquello no solucionaba las cosas. Asarhadón seguía abrumado por sus ambiciones de grandeza. ¿Y por qué no iba a soñar con alcanzarlas, puesto que ambos habíamos crecido imaginando que la finalidad de nuestro destino consistía en conquistar el mundo en nombre de nuestro rey y de su dios? Hubiese tenido que ser un leño para estar tan insensibilizado, y no lo era. Sufría y estaba amargado. ¿Y cómo no iba a odiarme si yo era la causa de sus sufrimientos?

Sin embargo, en lugar de acusarme me estrechó la mano con fuerza.

—Lo sé, hermano, lo sé.

De modo que, al parecer, estábamos conformes con el futuro que creíamos se desplegaba ante nosotros como la carretera que conducía a Nínive. ¿Por qué no iba yo a ser rey cuando mi principal rival así lo admitía? El dios, naturalmente, debería dar su consentimiento. Pero ¿acaso no me había señalado ya como objeto de su especial favor? Aparte Naquia y quizá en algún oculto rincón de mi ser, ¿quién deseaba lo contrario? Diríase que sólo tenía que liberar mi espíritu de su melancolía para verme enaltecido sobre todos los hombres.

Así pues, nuestro ejército de conquistadores viajaba hacia Nínive, habiendo restablecido el buen orden de las cosas en las tierras donde señoreaba Assur. Y en Nínive también fueron elogiadas nuestras proezas.

—Eres tú quien lo ha conseguido —me indicó Asharhamat, susurrando sus palabras en mi oído—. El rey te ama y apareces ante el pueblo lleno de gloria. Te has conducido muy bien, Tiglath Assur, a quien adoro con toda mi alma.

Pero yo apenas la escuchaba. No deseaba recordar mi gloria, el amor del rey ni cómo había llegado a poseer tales cosas. Sólo anhelaba sumergirme en el cálido aroma del cuerpo de Asharhamat hasta perder la noción del mundo que nos rodeaba. En aquellos momentos no me amaba a mí mismo: era a ella a quien deseaba más que nunca.

Mientras que Asharhamat susurraba confusas palabras, yo deslizaba mis manos por su cuerpo, las introducía por las amplias mangas de su túnica para poder alcanzar sus senos y le besaba la nuca con avidez. ¿Qué eran sus ambiciones, mis esperanzas ni el dominio del mundo comparados con las apasionadas exigencias de la carne?

¿Y acaso estaba ella menos enardecida que yo? Su aliento era cálido, jadeaba y me clavaba las uñas en los brazos. Estábamos sentados uno junto a otro en un banco de mármol del jardín, y el único sonido que llegaba a nuestros oídos era el argentino tintineo de las aguas de la fuente; estábamos solos —siempre procuraba que así fuese— y únicamente hubiese tenido que levantar su túnica para derramar la sangre de su virginidad sobre las duras piedras. Sentía mi miembro tenso, latiendo como un tambor bélico y creía ahogarme en mis deseos, mientras ella parecía fundirse en mi abrazo como si deseara desaparecer en mi cuerpo.

—¡No! —Su voz me llegó sofocada como un sollozo estrangulado—. Aquí no…, hay demasiados espías… Tenemos muchos enemigos.

—¡Al diablo tus enemigos!… ¡No me importan! ¡No puedo más!… Me temblaban las manos. Traté de soltar el broche de su túnica, pero mis dedos eran torpes. Me disponía a desgarrar la prenda…

—¡No…, aquí no, Tiglath! ¡Escúchame!

Con energía y aparente serenidad me apartó de su lado, y al ver que intentaba abrazarla de nuevo, me asió los dedos con fuerza.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué? —Estaba tan enojado que me levanté del banco apretando los puños con fuerza. Creí odiarla… Le hubiera dicho o hecho cualquier cosa—. Si no deseas que te toque, entonces iré al templo de Ishtar…

—Bien…, ¡ve hoy mismo! ¡Encuentra una mujer que te agrade y echa tu moneda de plata en su regazo!

La miré a los ojos y descubrí en ellos nuevamente la ciega y ávida impaciencia de su amor, como si fuese a morir sin él al ver el peligro al que había escapado. En vez de llorar de miedo y vergüenza, se reía.

—Si vas esta noche, un poco antes de que anochezca, aguarda junto a la puerta. Se te acercará una mujer con la cabeza cubierta con su velo de viuda, y esa mujer seré yo.

Las restantes horas de aquel día fueron las más largas de mi vida. El prisionero que aguarda en su celda la salida del sol la mañana de su ejecución no sufre tanto como el amante cuya conciencia está inquieta, y lo que Asharhamat me proponía era una blasfemia contra la diosa.

Ishtar concede su bendición a las doncellas puras que entregan su virginidad sin apasionamientos a un desconocido, un hombre que yacerá con ellas y al que no volverán a ver. Y a esas jóvenes, la Señora que irradia belleza les concede fertilidad y un esposo de fuertes lomos, pero su templo no debe ser utilizado como una casa de citas. Los ritos de la prostitución sagrada nos estaban prohibidos a seres como Asharhamat y yo, y ambos lo sabíamos perfectamente. Me sumí en un profundo abatimiento. Me reuniría con ella, puesto que así lo quería y porque también yo me sentía demasiado culpable para resistirme, pero sabía que nos estábamos condenando.

Asharhamat, al parecer, estaba tranquila, pero las mujeres son más valientes que los hombres, que pueden enfrentarse a la muerte sin pestañear. Ella, por su parte, incluso podía arrostrar la cólera de los cielos. O quizá simplemente hubiera perfeccionado el arte de engañarse a sí misma.

Monté a caballo y salí de la ciudad siguiendo el curso del río hasta que pude volver la vista en ambas direcciones sin distinguir un ser humano. Entonces desmonté, até mi cabalgadura y me senté junto a las aguas rumorosas del Tigris confiando en sentirme libre de presentimientos y logré discernir qué deseaba realmente.

¿Esperaba que el *maxxu* acudiera a reunirse conmigo una vez más para que me expresara la voluntad de los dioses y que me concediese el sosiego? Creo que no. Hubiera deseado que fuese así, que sus ciegas pupilas se fijasen nuevamente en mi rostro, mas no confiaba que aquello sucediera realmente. El *maxxu* no aparecería, pero sus palabras me obsesionaban sumándose a mi tormento. Se había referido a Nínive como a una ciudad muerta. Me había dicho que no encontraría nada en ella: gloria, felicidad, amor ni amistad. Y sin embargo poseía todas aquellas cosas. «Sigue los dictados de tu corazón, me había aconsejado. El pecado no será tuyo.» Con todo, me sentía terriblemente culpable y mi instinto tan pronto me guiaba en una dirección como en otra, amenazando con destruirme. Todos cantaban mis alabanzas, mas yo no me sentía satisfecho de mí mismo y me debatía entre sentimientos contrarios.

No, no encontraba la paz en las turbias aguas de aquella madre de ríos que se deslizaba junto a mí impertérrita. El río seguía su curso desde que fue creado por los dioses y seguiría mucho tiempo después que yo y toda la especie humana nos hubiésemos extinguido. Nos alimentaba, pero se mostraba indiferente, tan insensible a su propia generosidad como nosotros mismos.

Llevaba ya largo rato sentado junto a la orilla cuando mi caballo me rozó la espalda con el hocico como si deseara recordarme que quería volver al establo de la Casa de la Guerra. Sí, había llegado el momento. Me levanté y monté en mi cabalgadura porque no había escapatoria, volviendo el rostro hacia la ciudad a la que me habían profetizado que sobreviviría. Hasta un caballo lo sabía, con lo que demostraba ser más inteligente que yo.

El templo de Ishtar es un vasto complejo amurallado de edificaciones y jardines anexos; constituye casi una ciudad y realmente no podía ser de otro modo porque es el hogar de unas doscientas prostitutas sagradas, cuyos servidores y séquito, en su mayoría eunucos, casi duplican ese número.

Las mujeres de ese distrito no son como las vulgares prostitutas que ejercen su comercio por las tabernas y calles de todas las ciudades del mundo porque el servicio de Ishtar, diosa del amor y la fecundidad, no degrada a quien lo ejerce. Las rameras del templo son mujeres de extraordinaria belleza y encanto, dotadas asimismo en ocasiones de gran inteligencia, muy respetadas por doquier y que aparecen rodeadas de un misterioso halo de castidad, como si hubiesen protegido su pureza en las puertas del templo en lugar de haberla perdido como otras mujeres. Algunas de ellas logran amasar grandes fortunas y se retiran y en ocasiones han llegado a casarse con hombres importantes, los cuales no tienen que temer que nadie murmure de ellos a sus espaldas porque más bien son ensalzados que víctimas de chistes obscenos.

Sin embargo, la mayoría de las mujeres que acuden al templo no se proponen quedarse en él. Ejecutan el ritual y regresan a sus hogares llevándose consigo la moneda de plata que coserán en su tocado nupcial y acaso les quede un recuerdo más o menos agradable, según sea el caso, o ni siquiera eso.

El templo es lo más distinto a un burdel que pueda existir en la tierra, porque allí no se ven borrachos ni se presencian actos bochornosos; todo es agradable y ordenado y no existe ese peculiar sentido de burla con que realizan las prostitutas su trabajo. Las mujeres no tratan de fingir pasión y nadie cree que los hombres que acuden al templo sean unos necios a los que se procura despojar de su dinero y despedirlos después: las vírgenes que entran allí una sola vez son demasiado inocentes y tímidas para eso y las prostitutas sagradas son muy expertas y saben complacerse a sí mismas y a sus clientes.

Mientras se extinguían los últimos rayos del sol aguardé en la entrada del templo, ante la inmensa escalera de ladrillo cocido a franjas alternas azules y amarillas que se levantaban desde la calle. Los peldaños estaban atestados de mujeres, algunas de las cuales miraban nerviosamente en torno

preguntándose si las abordarían los hombres que se acercaban y otras aguardaban simplemente aburridas. Y las había menos atractivas que llevaban esperando desde hacía más tiempo, con mirada vidriosa y desesperada como si vieran desplegarse ante ellas un futuro anodino.

Asharhamat aún no había llegado y yo me sentía observado por hombres y mujeres como si estuviera vergonzosamente borracho o fuese una especie de idiota que no acabara de decidirse. Mas mi incomodidad sin duda tenía su origen en algo muy distinto a la atención y curiosidad que pudiera despertar en aquella gente, porque me parecía no poder escapar a la mirada de los dioses.

Asharhamat no venía. Mi sombra se extendía por los peldaños de piedra caldeados por el sol en los que de vez en cuando aparecía una u otra figura sentada, y Asharhamat seguía sin llegar. Traté de pensar que así debía ser mientras que paseaba nerviosamente mi mirada arriba y abajo a todo lo largo de la gran avenida de Ishtar cada vez más convencido de que ella no vendría. Y era tan insensato que hubiera deseado verla aunque sólo fuese un instante para poder comprobar que su amor superaba a su prudencia.

Para mitigar la creciente oscuridad, las mujeres que aguardaban encendieron lamparillas de arcilla a fin de que los hombres pudieran verles el rostro. De vez en cuando se acurrucaban en torno a un brasero o se rodeaban las rodillas con los brazos y dormitaban sentadas. A mis oídos llegaban murmullos y carcajadas porque el templo era un centro muy animado, mientras el resto de la ciudad descansaba.

Me dije a mí mismo que ella no vendría. Ahora comprendía que se había propuesto castigarme de aquel modo, que en aquellos momentos debía de encontrarse en su propias habitaciones tranquilamente acompañada por sus doncellas, sonriendo secretamente mientras pensaba en mi necia espera.

O quizá no tan secretamente. Acaso se estaría riendo de mí con sus sirvientas, explicándoles cómo se había vengado del poderoso Tiglath Assur, de glorioso nombre, pero que sólo era un hombre y que, como todos, se dejaba engañar por unas dulces palabras, inexperto como un escolar, un bobalicón…

Sin embargo, también yo hubiese podido participar de aquella irrisión… Asharhamat se reiría aún más cuando supiera, y lo sabría porque parecía enterarse de todo, que Tiglath Assur el poderoso, el valiente, de

nervios de acero y corazón dé bronce, su glorioso amante de aquella noche al que había escogido para labrar su desgracia, no la había aguardado neciamente sino que había entrado con otra mujer, más de una, muchas, tantas como pudieran aguardar en la fría noche, aquellos pobres seres carentes de atractivos, llenando sus regazos de monedas de plata y poblando los sueños de toda su existencia.

Mas aquella idea me avergonzó casi en cuanto se formó en mi mente porque por fin había llegado Asharhamat.

Al pie de la escalera del templo se había detenido una silla de manos propia de una gran dama. Se abrió la puertecilla y por ella descendió una mujer cubierta por un rojo velo de luto. Sí, desde luego, había venido. Me sentía avergonzado de mi imaginaria traición, avergonzado de haber dudado de ella y avergonzado y satisfecho a la vez de que hubiese venido. Pero contento a pesar de todo. ¡Asharhamat, la más hermosa de las mujeres! Sentía crecer mi deseo hacia ella como un verde fuego que me consumiese.

Observé los diminutos pies que asomaban a cada paso bajo la orla de su túnica, mientras subía por la gran escalinata de piedra que conducía a la puerta del templo. Hombres y mujeres por igual se apartaban para dejarle paso, humillados y avergonzados en presencia de tan radiante belleza. Aunque nadie distinguiese su rostro, no podía dudarse de su belleza que se desprendía del menor de sus movimientos, de la delicadeza de sus enjoyadas manitas y de sus ojos grandes, negros y luminosos como la propia luna. ¡Había acudido a aquel lugar, había venido a mis brazos!

Me bastó con extender la mano y ella me rozó la palma con las puntas de los dedos. Ambos habíamos nacido para vivir aquel momento: aquella noche, aquel lugar nos pertenecían. Ni siquiera tuve que pronunciar su nombre. Se cogió de mi brazo y entramos en el templo.

Asharhamat y yo nos fundimos en un solo cuerpo en una reducida estancia. El criado, un eunuco al que entregué una moneda de oro que le alimentaría hasta que el invierno se extinguiese mortalmente bajo el sol estival, nos facilitó un brasero para resguardarnos del frío y con su propia mano cruzó la cortina de piel curtida que cubría el vano de la puerta. Tendí mi capa en el suelo, pues no necesitábamos otro colchón, y Asharhamat se soltó el velo descubriendo su rostro. Nos arrodillamos tan próximos uno de otro que nuestros cuerpos se rozaron y la cogí por los hombros al tiempo que me inclinaba a besarla en un contacto totalmente desapasionado, igual

que si nos encontrásemos ante un misterio. Rozamos nuestros labios con tanta suavidad como si fuese por accidente, y luego, cuando sentí su puntiaguda lengüecita internándose en mi boca, busqué la suya con toda la avidez de aquellos meses que habíamos vivido en una impaciente espera. En aquel primer beso estaba contenido todo el deseo que sentía hacia ella. Por aquel instante hubiese dado gustosamente la vida.

Pero no morí. Jamás me había sentido tan lleno de vida como entonces y quizá nunca volvería a estarlo. En aquellos momentos nada me importaba excepto el sabor de sus labios, el cálido aroma de sus cabellos y el roce de sus manos en mis brazos. Únicamente vivían mis sentidos y mi amor.

Asharhamat soltó los cierres de su túnica, que resbaló en el suelo. El débil resplandor rojizo del brasero jugueteaba en su vientre y sus piernas, pero por encima de la cintura permanecía entre sombras. Le puse las manos en los hombros y ella las cogió entre las suyas y las fue deslizando hasta depositarlas sobre sus senos. Le besé la garganta, el suave y diminuto hoyo que tenía tras las orejas y la punta de la barbilla, sintiendo la presión de su suave e intensa respiración contra mis palmas.

—¡Entra en mí! —susurró despidiendo su aliento cálido y húmedo contra su mejilla—. ¡Entra en mí…, hiéreme! No me importa el daño que puedas causarme.

—Aún no… Todavía no.

Mi miembro se había endurecido como acero recién forjado, pero deseaba verla gozar antes de romper su himen. La obligué a tenderse debajo de mi cuerpo sobre la capa que había depositado en el suelo y rocé brevemente su pubis cubierto de vello, al tiempo que me sentía rodeado por sus muslos que intentaban abrazarme y atraerme hacia ella. La propia tensión agudizaba sus deseos y en breve me deslicé sobre su cuerpo y ella comenzó a quejarse, suavemente al principio y luego como si fuese a sollozar presa de mortal agonía. Pero no era una agonía sino su desesperado anhelo.

Finalmente arremetí con fuerza, sintiendo la resistencia de su himen que por último cedió. Asharhamat gritó una sola vez porque en aquel instante sus dolores se confundieron con un arrebato de placer, mientras entraba en ella facilitándome el camino la sangre que vertía al perder su doncellez. Pensé que mi placer sería irresistible en el momento culminante de un gran orgasmo… Y todo ello transcurrió entre el más profundo silencio.

Después yacimos juntos durante largo rato unidos en estrecho abrazo. Entré en ella de nuevo y esta ocasión incluso fue un mayor festín de los sentidos, aunque no alcanzásemos el mismo sobrenatural embeleso que acaso sólo se logra una vez en la vida. Lo ignoro… Había pasado poco tiempo con Asharhamat y jamás había conocido semejante dicha en brazos de otra mujer.

—No podemos volver a este lugar —dije por fin cuando me pareció oportuno romper el silencio de nuestra perfecta armonía—. No debemos regresar jamás aquí. Buscaré otro sitio, lo encontraré.

Me silenció con sus besos. No necesitaba oír lo que después de todo sólo eran palabras. Sabía que desde entonces ya no podría resistir la separación, que ella había sido vencedora y que la amaría siempre, aunque me costase la vida. Sí, lo sabía perfectamente.

—Encontraré una casa, un lugar tranquilo donde…

—Ya tienes una casa —murmuró como una madre que tranquilizase a su hijo por la noche— o, por lo menos, un esclavo que la posee.

—Sí, pero el riesgo… no sólo para nosotros, sino para él…

—¿Kefalos? ¡Qué me importa Kefalos! Igual peligro corremos nosotros y él es un esclavo.

No le dije lo que sentía en mi corazón: que Kefalos era mi amigo más que mi esclavo, que sería muy cobarde por mi parte comprometerle en mi propia ruina y que ella era implacable. No le dije tales cosas. Guardé silencio porque sabía que el amor que sentía hacia mí era lo que la impulsaba a obrar de aquel modo y me constaba que yo haría lo que fuese, que no me importaría ningún vínculo existente en la tierra, ningún lazo de honor ni de amistad mientras pudiese disfrutar el contacto del suave cuerpo de Asharhamat. Sí, sabía exactamente lo que debía hacer.

Durante varios días no pude disponer de mi tiempo. Desde que regresamos del sur el rey se mostraba infatigable derrochando nuevas energías como si la conquista de Babilonia le hubiese apartado de un estado de trance, y a la razón yo era de hecho, aunque no oficialmente, uno de los miembros de su séquito personal y debía seguirle constantemente en sus visitas tanto de placer como oficiales. Por tanto me hallaba siempre presente en las reuniones del consejo y en los banquetes y me encontraba

detrás de él cuando, como primer sacerdote de Assur, oraba ante el dios. Le escuchaba mientras narraba sus historias y celebraba con risas las bromas que solía gastar. Y cuando salía de caza, entonces cazaba casi cada día como si no pudiese soportar haber abandonado totalmente los placeres de la guerra, yo estaba a su lado. Conducía su carro si perseguíamos a los leones de su reserva privada y juntos recorríamos las grandes llanuras que rodeaban Nínive para perseguir a los rebaños de asnos salvajes. Cuando sus batidores y sus jaurías de perros conducían los ciervos hasta las trampas para que pudiera darles muerte a placer con una larga lanza mientras sus cornamentas se enredaban en las redes y sus ojos se desorbitaban de terror, yo le llevaba las armas y le enjugaba la sangre del rostro y las manos. Era su hijo favorito y, por tanto, estaba obligado a realizar aquellas tareas. Y aunque acabé por comprender que después de todo sólo era un hombre y no el ídolo fulgurante que le consideraba el pueblo, llegué a amar al señor Sennaquerib, de cuya simiente procedía y que me había acogido en su corazón.

El soberano de las Cuatro Partes del Mundo ya era viejo. Sufría muchos achaques, se le iba debilitando la mente y sentía mil aprensiones. Y pese a que seguía aferrándose a todos los símbolos de sus tiempos de gloriosa y triunfal juventud, a sus diversiones y cacerías y al esplendor de su poder, sospecho que no permanecía ciego a los cambios que se producían en él. Éramos pocos aquellos en quienes confiaba, pero cada vez se apoyaba más en nosotros. El *turtanu* Sinahiusur, su hermano y quizá único amigo, la señora Naquia, y su hija, la señora Shaditu.

Shaditu y yo nos veíamos con frecuencia aquellos días. Si yo me sentaba a la izquierda del rey, ella se encontraba a su diestra. Cuando el monarca regresaba de su casi diaria sesión de cacería, ella nos aguardaba en la puerta de palacio con una jofaina de agua para que se lavase el polvo del rostro. En más de una ocasión, cuando nos sentábamos uno frente a otro en algún banquete, ella deslizaba su pie descalzo bajo el borde de mi túnica y me acariciaba, sonriéndome constantemente como la prostituta más lasciva de cualquier taberna.

Y, desde luego, estaba la señora Naquia, que compartía su lecho todas las noches, porque si el rey se acostaba con otras mujeres era simplemente por cubrir las apariencias. Sennaquerib había engendrado muchos hijos, pero en el invierno de su vida sólo sentía pasión por ella y parecía necesitarla tanto como se precisa del aire para respirar. La señora Naquia

era silenciosa y apenas se dejaba ver, pero todos sabíamos que su palabra tenía fuerza de ley en el palacio real. Yo me esforzaba todo lo posible por olvidar incluso su existencia, mas en aquellos tiempos ella formaba parte de la atmósfera que, como olor letal, impregnaba el ambiente.

Y así, abrumado por mi existencia cortesana, con la obligación de asistir a actos públicos y la constante presión de sombrías intrigas y continuas e implícitas rivalidades en aquel ámbito de sutiles amenazas en que se había convertido el círculo más allegado al monarca, encontraba múltiples pretextos para demorar mi visita a la casa de Kefalos, junto a la puerta de Adad. Y las aprovechaba cumplidamente porque no me agradaba semejante perspectiva.

Pero por fin me vi obligado a enfrentarme a la situación.

No avisé previamente a mi esclavo de que deseaba verle porque temía que sospechase mis intenciones. Kefalos sin duda estaría enterado de lo que era de dominio común en toda la ciudad. Muchos debían haber reconocido el rostro de aquel que se había reunido con una gran dama en la escalera del templo de Ishtar y no pensaba darle ocasión de que elaborase algún pretexto para negarse a mis pretensiones. Era simple cobardía por mi parte, puesto que a él le bastaría con alegar la necesidad de atenerse ala más elemental prudencia, pero aunque cogiese a mi esclavo por sorpresa sería bastante ágil para defender sus propios intereses y no confiaba estar en mi derecho a obrar de tal modo en aquella ocasión.

De modo que una mañana me presenté ante su puerta, a temprana hora para no encontrarle demasiado ocupado en sus negocios.

Acudió a recibirme Ernos, que ya no era un niño, entre profundas reverencias y taciturna expresión, como si temiera que mi llegada no presagiase nada bueno, y, cuando le comuniqué que deseaba ver a su amo cuanto antes, me condujo al piso superior, donde tras una puerta cubierta por una cortina encontré a Kefalos cómodamente sumergido en una enorme bañera de bronce, de tales dimensiones que hubiera podido servir como sarcófago real, cubierto hasta la barba en agua caliente e intensamente perfumada. Filina, desnuda como cuando vino al mundo, estaba arrodillada en el suelo detrás de él, frotándole la gruesa espalda con un paño. Ambos me miraron sorprendidos y enojados, como si los hubiese descubierto haciendo algo que habrían preferido mantener secreto.

—No intentes levantarte, respetable médico, pues podrías caerte y romperte la cabeza. ¿Ves cuan prudente soy? Ni siquiera te he preguntado

qué estás haciendo en ese objeto… A propósito, ¿qué es?

—Me sorprende la ignorancia de mi joven amo —anunció pomposamente cogiendo un paño de manos de Filina, que escurrió seguidamente sobre su cabeza—. ¿No fue el ejército del propio rey tu padre quien trajo este artefacto entre los despojos de Babilonia? Es un refinamiento sumamente civilizado, como podía esperarse de los babilonios; así se lava el cuerpo de modo más efectivo y agradable que en una casa de baños de vapor, evitándose al mismo tiempo la enojosa presencia de la chusma que frecuenta esos lugares públicos.

Y para demostrarme cuanto decía sacó el pie del agua y Filina se lo frotó vigorosamente como si estuviera puliendo una marmita de cobre y, al hacerlo así, sus grandes senos se bambolearon como odres de agua en la cubierta de un barco.

—Sí —repuse en acadio—. A Asarhadón también le parece divertido bañarse con sus mujeres. Me sorprende que no la hayas metido ahí contigo, Kefalos. ¿No te parecería más conveniente?

—El señor Tiglath Assur tiene una lengua viperina a tan tempranas horas. ¿Acaso cree que su sirviente le ha dado motivos de enojo?

Me estuvo observando unos momentos entornando los párpados como si examinase a un paciente que debía ser tratado con ungüentos o baños de mostaza caliente, hasta que por fin se aclaró su expresión.

—No —dijo por último—, veo que no estás enojado con Kefalos, sino contigo mismo. Filina, dame una toalla para secarme y prepara algún alimento al príncipe. ¡Vamos: déjanos solos!

Cuando la cortina volvió a cerrarse a espaldas de la mujer, Kefalos, que ya se había envuelto en una sábana de lino de las proporciones de una vela, aguardó unos instantes ladeando la cabeza como si estuviese escuchando algo y luego anduvo sigilosamente hasta la puerta y espió furtivamente por ella. En el suelo quedaron las huellas de sus pies mojados. Me quedé mirándole sorprendido y desconcertado, sin apenas comprender qué estaba haciendo.

—Se ha ido y no se ve a nadie —indicó sonriente. A continuación se ajustó el paño que le cubría, que se había quedado empapado y se amoldaba a su cuerpo como una segunda piel que estuviese a punto de cambiar, y levantó las manos en un ademán de cínica resignación—. Aquel que basa su confianza en sus servidores domésticos es un necio, señor.

—¿Entonces no debo fiarme de ti, Kefalos?

Bajó lentamente las manos y Su rostro pareció deshacerse como si fuese de cera, frunció las comisuras de los labios y se le arrugó la frente, que reflejó un profundo pesar.

—¡Oh, no digas semejantes cosas, señor! —respondió, dejándose caer en el borde de la gran bañera—. ¡Por favor, dime en seguida que no vienes a hablarme de la señora Asharhamat, porque aunque todos murmuran que algún día reinarás, aún no te encuentras en la Casa de Sucesión, y llevarte al lecho a esa mujer es como coquetear con el hacha del verdugo.

No me molesté en sorprenderme de que hubiese podido intuir cuáles eran mis deseos. No era necesario interrogarle, porque cuando me reuní con la dama velada en el templo de Ishtar había anunciado públicamente mis intenciones. Y aunque me sentía al borde de la ruina y el desastre, igual que un campesino que contemplase impotente cómo una inundación estival le arrebataba su cosecha de cebada, me encogí simplemente de hombros cual si se tratase de un asunto totalmente indiferente, aunque sin duda no lograba engañar a nadie.

—Es viuda, Kefalos, y hasta que vuelva a verse obligada a contraer matrimonio puede obrar como mejor le parezca. Además, el *turtanu* Sinahiusur me insinuó que si obraba discretamente…

—Por mucha que sea tu discreción, si el señor Asarhadón es coronado rey y descubre que te has estado acostando con su novia, ordenará que te corten la cabeza.

—A Asarhadón no le importa ninguna mujer… En este aspecto no se mostrará remilgado. Además, mi hermano me quiere.

—¡Sí, mi insensato amo, pero no a mí! —Kefalos se puso en pie de repente, con tal violencia que el agua de la bañera estuvo a punto de derramarse, y pateó repetidamente en el suelo presa de desesperación, fijando en mí una mirada implorante.

—Señor, no imagines que puedes fiar hasta tal extremo en la naturaleza clemente de tu hermano… Si descubre que has estado utilizando mi casa como… ¡Oh, por los sagrados dioses de occidente, no me atrevo siquiera a imaginarlo!

—¿Significa eso que en esta ocasión no puedo contar contigo, Kefalos?

—No, señor. Puesto que según parece no lograré disuadirte de semejante locura, no significa nada de eso.

Mi esclavo, el inteligente y próspero doctor Kefalos, me miraba con una expresión que en otra persona se hubiera interpretado como atribulada, como si estuviera contemplando a un hijo que hubiese defraudado las más caras esperanzas de su padre, pero yo sabía muy bien que tal concentración significaba que estaba reflexionando.

—Todos te vieron en la escalera del templo, señor. Fue una imprudencia encontrarte allí con esa dama.

—Pero quizá nadie sea bastante inteligente para sospechar cuál es su nombre.

—Todos han sido capaces de adivinarlo. —Lanzó una breve risita como si hasta entonces no se le hubiese ocurrido algo tan jocoso—. Tal es el precio que debes pagar por tu gloria: que los hombres conozcan tu rostro y se interesen por tus asuntos. Si la señora Asharhamat sale del palacio de tu padre, se debe únicamente al amor que profesa el poderoso príncipe Tiglath Assur, temido hasta los últimos confines de la tierra.

—No te burles de mí, Kefalos: no es prudente tomar a broma este asunto.

—No me burlo de ti, señor…, aunque creo que te has comportado muy neciamente y que merecerías que lo hiciera. Me limito a poner de manifiesto lo que es evidente para todos excepto para ti.

Me puso la mano en el hombro y me observó con grave expresión, demostrándome que no bromeaba. Por fin sonrió.

—Ven, mi joven e insensato amo. Permíteme que me vista para que ambos podamos conservar nuestra dignidad y luego beberemos un poco de vino que entone nuestros cuerpos y estudiaremos el mejor sistema para que puedas disfrutar con seguridad de los abrazos de la señora Asharhamat.

OceanofPDF.com

XIII

El año siguiente, durante el cual gocé del amor, la gloria y las esperanzas, fue el más dichoso de mi juventud.

Kefalos, que en asuntos de índole práctica era mucho más inteligente que yo, había comprendido inmediatamente que no había ninguna posibilidad de ocultar mis intrigas con Asharhamat ante la gente de palacio. Sin embargo, al mismo tiempo consideraba que allí era donde había menos que temer, puesto que Asharhamat debería casarse con aquel que sucediese al monarca y, por consiguiente, disfrutaba de cierta inmunidad. Nadie se atrevería a actuar contra ella mientras que su conducta no llegase a ser escandalosa, y en ese aspecto desplegaba toda su astucia.

—A toda costa, señor —decía moviendo enérgicamente la cabeza, pues por entonces ya estaba bastante embriagado, lo cual, pese a dar más énfasis a sus movimientos, no parecía afectar en absoluto su agilidad mental—, a toda costa debemos evitar que este asunto se convierta en la comidilla de los ciudadanos. La señora Asharhamat es el galardón que todos se disputan porque su posesión implica ostentar la corona de Asirla, y por ello, si cualquier otro se convirtiese en rey, no podría ensañarse contigo por haber disfrutado de su lecho, por lo menos no podría hacerlo públicamente, excepto si no le importase cuestionar la legimitidad de sus vástagos. Y se cuidaría mucho de hacerlo mientras el vulgo crea en su virtud. Y esto lo lograréis actuando con discreción. Es viuda y no atenta contra la decencia solazándose contigo, pero si llegara a reinar tu hermano Asarhadón, no le gustaría que existiera la más leve sospecha de que sus hijos han sido engendrados por otro. Como bien dices, no se muestra remilgado en su trato con las mujeres y por sí mismo no le importaría, pero es preferible que estos hechos no sean demasiado evidentes.

»Por tanto, señor, bajo ninguna circunstancia debes traerla aquí, porque de todos es bien sabido de quién es esclavo el médico Kefalos e

incluso las gentes honradas de Nínive no son ciegas para que les pase inadvertido lo que sucede ante sus propios ojos. Además, está el aspecto menos importante de mi propia seguridad… Asarhadón no sentiría ningún escrúpulo en dejar caer sobre mí el peso de su ira si colaborase muy descaradamente contigo propiciando tus encuentros con la futura primera dama de palacio. No, debo encontrar otra solución.

En todas las ciudades existen ciertos distritos donde la gente prudente tan sólo presta atención a los propios asuntos y no se inmiscuye en las vidas ajenas. En esos lugares, las idas y venidas de los demás pasan sin ser advertidas, y, si la gente despierta a medianoche por causa de algún altercado, los vecinos aguardan hasta que se restablece la calma, y luego acaso alguno de ellos se asome para comprobar si alguien ha quedado tendido en el arroyo y si está realmente muerto, y seguidamente todos retornan a su tranquilo descanso. En tales distritos es bien sabido que conviene respetar los secretos ajenos y que cuanto menos públicos se hagan es mejor para todos. En tal lugar fue donde Kefalos compró dos casas de diferentes calles que se comunicaban por un tabique común.

—Esta calle es conocida como la calle de Nergal, señor —señaló con displicencia como si despidiese a un tabernero—. Aquí un joven a quien le urja recibir su herencia podrá contratar a alguien que por cinco siclos de plata le cortará el cuello a su padre, a menos naturalmente que el joven sea Tiglath Assur; el magnicidio es demasiado ambicioso para quienes residen en estos barrios. Y también puede comprarse cualquier cosa, desde cazuelas de cobre robadas hasta los favores de jovencitos lampiños. Basta con saber dónde encontrarlos.

Miré en torno y no tardé en comprender cómo había llegado a merecer semejante nombre porque aquel dios de las miserias, patrón de los infortunios, se hubiese sentido muy a gusto entre paredes tan descarnadas y edificios cuyos pisos superiores se inclinaban peligrosamente hacia la calle, como si estuvieran a punto de desplomarse. A diferencia de la mayor parte de la ciudad, donde la gente se agolpaba por las calles ruidosamente, absorta en sus propios problemas, de modo que apenas se podía circular por ellas, allí reinaba el silencio y únicamente se veían algunas furtivas y silenciosas figuras, mujeres que se cubrían con sus velos y hombres que daban la espalda cuando sentían que alguien fijaba en ellos sus miradas y que deambulaban arrastrando los pies como si aguardasen a alguien de

presencia indeseable. En realidad, aquel lugar parecía hallarse sometido a una especie de maldición.

Kefalos me observaba con aire divertido mientras cruzábamos por el centro de la calle, de modo que cualquiera hubiese creído que estábamos verificando su topografía.

—Imagino en qué estás pensando, señor; pero puedo asegurarte que aquí no se atrevería nadie a pedirte nada. No te hallarás expuesto a ninguna amenaza, porque a esas gentes no les interesan los negocios de estado y probablemente jamás habrán oído hablar de Tiglath Assur. Además, aunque codiciosos, son demasiado prudentes para intentar extorsionar a ningún príncipe real. La dama y tú podéis consideraros bastante seguros. Ven…, vamos a ver la casa.

La vivienda tenía escasos atractivos. En la planta baja únicamente había un banco de tres patas, un horno para guisar y algunas tinajas de arcilla cubiertas de telarañas y, en el piso superior, en una habitación de mayores proporciones, encontramos una manta y un colchón enrollados contra una pared y una jofaina de cobre para lavarse.

—Ven aquí, señor, y verás lo que he ideado.

En el tabique del fondo aparecía una puerta cubierta con una cortina de piel de toro. Kefalos la apartó a un lado y abrió la pesada puerta de madera que había sido atrancada por nuestro lado, por la que accedimos a una estancia de mayor tamaño que ocupaba todo el piso superior de la casa contigua. Las ventanas, con las persianas bajas, daban a una calle que yo no había visto nunca.

—La señora Asharhamat acudirá hasta aquí en una silla cerrada —prosiguió mientras miraba hacia abajo contemplando las cabezas de los transeúntes—. Y tú la aguardarás en la otra casa. ¿Quién podrá sospechar que existe alguna relación entre sus visitas y las tuyas? El hombre a quien compré estos dos edificios me indicó que han sido escenario de muchas intrigas que jamás llegaron a descubrirse. Advertirás que hay una taberna en el otro extremo de la calle. Parece un local muy modesto, un centro donde se reúnen únicamente aquellos que pueden vender el fruto de sus esfuerzos, pero ahí se desarrolla un pingüe negocio, consistente en alquilar habitaciones por horas, y se sabe que es frecuentado por importantes damas aficionadas a los porteadores musculosos y a los barqueros que huelen a brea. La presencia de una silla de manos cerrada no es un hecho insólito para que alguien le conceda especial atención.

—Es demasiado sórdido —repuse quedamente—. Me pregunto qué le parecerán a ella nuestros manejos.

Kefalos se encogió de hombros como si fuese una cuestión carente de importancia.

—Probablemente le concederá menos reparos que tú, mi insensato y joven amo. Las mujeres, incluso aquellas como la señora Asharhamat, que son poco más que chiquillas, van por el mundo con los ojos muy abiertos y son menos ingenuas que los hombres. Cuando intrigan se hallan en su elemento más natural. Ya verás como todo irá bien, señor.

«Todo irá bien», había dicho Kefalos, que no podía imaginar ningún obstáculo de tiempo y lugar. O quizá era yo quien no comprendía o simulaba no comprender. Todo era muy confuso y así debía seguir siéndolo.

Pero mi esclavo estaba en lo cierto cuando decía que no podría ocultar nada ante la corte de mi padre. Cuando al cabo de un mes acudí a despedirme de mi hermano Asarhadón antes de que fuese trasladado a Borsippa —el rey le había nombrado *shaknu* de todo Sumer, otorgándole plenos poderes militares—, recibí esa lección de modo concluyente.

—Tengo entendido que has comprado una casa en la calle de Nergal —fueron sus primeras palabras—. Supongo que lo habrás hecho para reunirte con la hermosa Asharhamat. Vamos al jardín y cuéntamelo todo para que pueda regañarla cuando se convierta en la primera dama de palacio. Siempre es conveniente para un marido conocer algún secreto con el que silenciar a su primera esposa cuando refunfuñe sobre sus restantes mujeres. Vamos, que también yo tengo secretos que confiarte.

Mientras hablaba me pasó el brazo por los hombros y me condujo entre los aposentos escasamente iluminados de su nuevo palacio. A Asarhadón le disgustaba el desorden propio de los soldados y su concepto del lujo no coincidía con esa magnificencia que suele encontrarse en los hogares de los mercaderes ricos.

Pero pese a la intimidad y confianza que solía reinar entre nosotros, percibí que, en cierto modo, su comportamiento hacia mí se había alterado. Era difícil definirlo y ni siquiera estoy seguro de que en aquel momento yo llegase a advertir que se hubiese producido algún cambio, mas

indudablemente mi hermano se sentía celoso. Aunque bromease acerca de su matrimonio con Asharhamat, ¿por qué iba a preocuparle que la dama y yo nos reuniésemos en secreto, puesto que las mujeres sólo le eran necesarias para satisfacer sus apetitos? Pese a su tono jocoso percibí cierto matiz de amenaza en su voz, como si quisiera formularme una advertencia de que al final, y pese a mi intervención, saldría adelante.

—¿Y cómo han llegado a tus oídos tales cosas? —le pregunté.

Se volvió a mirarme enarcando las cejas con sorpresa.

—¿Cómo? ¿Acaso suponías que permanecerían en secreto? Me lo ha dicho mi madre. ¿Qué habías imaginado?

Sí, desde luego, debía haberlo sospechado. Porque Naquia vivía de nuevo con su hijo e incluso le acompañaría a Sumer, aunque no podía imaginar cómo había llegado a convencer al rey para que le permitiese separarse de su lado. Sí, ¿cómo no iba a estar ella enterada de mis andanzas por la calle de Nergal?

El jardín de Asarhadón no era más que un patio embaldosado donde, tras pasar las veladas en las tabernas, se sentaba a solas arropándose en su capa de piel de león y respirando el aire fresco de la noche hasta que volvía a sentirse bastante sobrio para poder resistir el parloteo de sus mujeres.

Me constaba que su madre le iba arrastrando lentamente a más peligrosos y embotadores excesos, mientras asumía el control de su casa y de su vida y con la sutil astucia de una araña le enredaba cada vez más asfixiadoramente en sus redes. Y Asarhadón, que era tan terrible, valeroso y temerario en el combate como un ciego y poderoso vendaval, había llegado, o quizá nunca había dejado de temerla. Era igual que si su infancia aún no hubiese concluido.

Nos habíamos sentado en un banco de madera de cedro, y una de las gemelas babilonias, yo nunca lograba distinguirlas porque realmente eran tan idénticas como dos mitades de una manzana, nos sirvió vino y una bandeja de dulcísimos dátiles. Asarhadón la despidió, aguardó hasta que se hubo retirado y luego se volvió a mirarme con suma preocupación.

—Debemos andar con cuidado —declaró expresándose en mi oreja casi en un murmullo—. Suele quedarse detrás de las puertas para escuchar y luego va a contarle a mi madre todo lo que ha oído. No es culpa suya, pobrecilla comadreja: sería incapaz de hacer nada malo. Pero Naquia tiene mortalmente aterradas a mis sirvientas, incluso a mis mujeres. No puedo

censurarlas, mas tengo que esforzarme por ser sumamente discreto… Aunque es inútil: al final mi madre siempre se entera de todo.

Fijó su mirada en la jarra de vino que tenía en las manos como si sospechase que contuviera algún veneno y luego bebió largamente.

—Como es natural, se sirve de la magia… ¿Lo sabías? Sus poderes son mayores que los del propio rey. A pesar de todo, nuestro padre me ha enviado a revolearme en el fango de Sumer. ¡Sumer! Le pedí que me destinase a la guarnición de Amat, para poder luchar contra las tribus de las colinas, y me envía a Sumer.

—El rey desea honrarte, príncipe —le contesté, dándole unas palmaditas en el hombro como si deseara despertarle de su estupor—. Gobernarás una rica provincia…

—Gobernaré, pero no reinaré…, seré el *shaknu* de Babilonia, pero a Assurnadinshum le hizo rey.

—Ahora ya ha comprendido tu valía, hermano, y desea engrandecerte. Recuerda que Assurnadinshum encontró la muerte como rey de Babilonia.

—Se propone quitarme de en medio mientras te hace *marsarru* en mi lugar.

Asarhadón me sonreía ferozmente como si me odiase.

—En mi lugar. Te sorprende, ¿no es eso? —prosiguió—. Porque seré yo quien reine cuando muera nuestro padre: todos los presagios me son propicios. Bandadas de pájaros pronuncian mi nombre. ¿Acaso no me crees? ¡Pregúntaselo a mi madre! Tiene un regimiento de hechiceros e incluso ella misma está dotada de la facultad de convocar a los espíritus de los difuntos. Me consta que es cierto porque yo mismo he sido testigo de ello. La he visto hablando con el espíritu de mi antepasado Assurnasirpal, que como sabes fue un poderoso monarca, y le dijo que yo sería rey y padre de reyes. Eso es lo que quería confiarte, Tiglath, hermano mío… Tal es el destino, y ni tú ni yo podemos alterarlo.

A juzgar por su expresión no pude deducir si aquello le complacía. Sonreía abiertamente, con triunfal altivez, pero sus ojos tenían un aire asustado.

—Confío que estalle una rebelión en el sur —repuse de pronto. Bebí un trago de vino e hice una mueca de contrariedad porque Asarhadón bebía sin tasa a fin de ofuscar su mente—. Espero que los caldeos salten de sus pantanos en número tan crecido como las ranas en verano y que no os den a

ti ni a tus ejércitos un instante de reposo. Sería lo mejor que podría ocurrirte, hermano. En épocas de paz dedicas demasiado tiempo a beber mal vino y a prestar oídos a las conversaciones de las mujeres, en especial de Naquia. Deberías apartarte de ellas porque eres un necio crédulo que aceptas todo cuanto te dicen.

—Probablemente tienes razón. Sí, seguro que la tienes —exclamó Asarhadón, dándome tal palmada en la rodilla para recalcar sus palabras que casi me rompió la pierna—. Sin embargo, un hombre necesita de ellas de vez en cuando para mantenerse sano.

—Tu salud no mejorará de ningún modo viviendo bajo el mismo techo que tu madre. Y, por lo demás, sólo deberías quedarte con las extranjeras, las elamitas y las negras etíopes, puesto que no estás dotado para el conocimiento de lenguas extranjeras.

—¿Y las gemelas? ¿Y las hermanas egipcias?

—Córtales la lengua con un cuchillo al rojo vivo para que no puedan seguir incordiándote.

—Muy inteligente…, muy acertado.

Nos echamos a reír, y apoyándonos uno en el otro celebramos tan sabrosa chanza. Cuando uno de los dos trataba de decir algo nos mirábamos y reanudábamos nuestras risas como pájaros ruidosos. Asarhadón parecía haber olvidado por completo la posibilidad de reinar.

—¿De modo que no crees en los vaticinios de mi madre? —me preguntó por fin, procurando no mirarme para evitar que volviésemos a estallar en carcajadas.

—Pienso que Naquia desea que creas en ellos, pero ignoro por qué razón. ¿Acaso no te atrae la perspectiva de ser rey?

—No —repuso, acentuando su negativa con un enérgico movimiento y tomando otro largo trago de vino. Comenzaba a actuar como un borracho, y cuando estaba algo bebido veía las cosas con más claridad—. No… No deseo estar afeitándome constantemente la barba cuando los sacerdotes digan que el dios exige expiación. No me complace la idea de vestirme de acuerdo con el ritual y ayunar como un *maxxu* los días aciagos. Los reyes no pueden disponer de un instante de su vida. ¿Quién sería rey si pudiera evitarlo? Tú quizá… Pero yo no tengo en tan alta estima los encantos de la señora Asharhamat. A pesar de todo, ¿qué opinas de los presagios de mi madre?

—Asarhadón, tu cabeza parece haber sido tallada en un bloque de granito rojo.

Me levanté para estirar las piernas y pasear un poco porque comenzaba a sentir frío en aquel pequeño y desangelado jardín. Mi hermano me imitó y ambos anduvimos hasta la pared de enfrente que daba a la calle de Enlil, donde se levantó la túnica y exoneró ruidosamente su vejiga. A continuación me quitó la jarra de vino de las manos para seguir apagando su sed.

—De modo que me crees un necio, ¿no es eso? —preguntó sin sentirse ofendido, simplemente como si se tratase de un punto que despertase su curiosidad.

—Sí. Si supieras cuántas noticias me llegan cada semana de niños nacidos en Kalah con la primera letra de mi nombre grabada en el vientre o de que en las entrañas de una cabra sacrificada en la sagrada Assur ha aparecido una estrella roja como la sangre, idéntica a la que tengo en la mano derecha… E igual sucede con todos los hombres importantes de este país… La gente es aduladora, y por ello transmite noticias de milagros, prodigios o señales que aseguran haber recibido de la diosa Ishtar, mas únicamente los necios dan crédito a semejantes bobadas.

—Soy de tu misma opinión. —Hizo un ademán ambiguo desechando cualquier posible discrepancia—. Pero ¿qué me dices del fantasma de Assurnasirpal? Te aseguro que lo vi con mis propios ojos. ¡No me digas que te insensibiliza hasta tal punto tu ateísmo jónico que ya no crees en la nigromancia!

El pobre Asarhadón, que a la sazón ya estaba completamente borracho, parecía asombrado de semejante monstruosidad, por lo que me apresuré a tranquilizarle diciéndole que en todos los aspectos de la religión me mostraba tan respetuoso como el que más.

—Aunque, por simple curiosidad, ¿podrías decirme qué fue exactamente lo que viste?

Asarhadón reflexionó unos instantes, haciendo oscilar las manos entre las rodillas, mientras seguía sentado en el brocal de un pozo que formaba parte del muro de su jardín y que probablemente había sido excavado y abandonado hacía un siglo. Por fin levantó la cabeza, frunciendo el entrecejo, sumido al parecer en profunda concentración.

—¿Ver? Fue muy poco lo que vi… Simplemente un humo blanquecino. ¡Estas cosas no se ven! ¡Pero oí su voz con toda claridad! Mi madre le preguntó si yo sucedería al señor Sennaquerib y repuso afirmativamente.

—¿Sólo eso? ¿Nada más? ¿Tan sólo dijo que sí?

—Sí… ¿Qué esperabas del fantasma de un rey? ¿Que entablase una controversia? ¡Tiglath, hay ocasiones en que…!

—Tu madre te está sorbiendo el seso.

A modo de ensayo cogí la jarra ya vacía de vino y la dejé caer en el pozo, contando lentamente mientras desaparecía entre las sombras sin llegar a oír en qué momento alcanzaba el fondo.

—Un poco de humo blanquecino y una voz que pronuncia una sola palabra… Tan sólo en Nínive puedo encontrarte más de quinientos magos que por dos siclos de plata te convocarán todos los espectros reales que quieras tanto de monarcas ya fallecidos como de aquellos que nunca existieron. Basta con que les facilites un nombre, aunque sea inventado, ellos no advertirán ninguna diferencia, y si eres bastante lerdo para tragarte semejantes patrañas, podrás hablar con quienquiera que desees. ¡Vamos a Nínive y te lo demostraré!

—En lugar de eso vayamos a reunimos con mis egipcias —repuso Asarhadón sonriendo lascivamente—. Puedes quedarte con la mayor: le gustas y cuando le agrada un hombre… ¿No? ¡Qué lástima! Desde que te has encaprichado de la señora Asharhamat no resultas un compañero muy animado, hermano. Pero estoy seguro de que cuando lleves dos meses frecuentando la casa de la calle de Nergal, recobrarás tu sano juicio y desearás un cambio de dieta, que después de todo es lo más saludable que existe. Pronto te darás cuenta de que todas las mujeres son iguales una vez les has visto el trasero.

Me disponía a castigarle por su insolencia arrojándole al pozo, pero él me esquivó entre risas, derribándome al mismo tiempo en el suelo. Incluso cuando estaba sobrio me superaba con creces en la lucha, mas debo alegar a mi favor que tardó más de un cuarto de hora en dominarme totalmente, pidiendo clemencia con el rostro en el polvo. Entonces entramos en la casa, nos lavamos con agua caliente y nos cambiamos de ropa antes de ir a cenar.

—Me has tranquilizado enormemente —manifestó Asarhadón, mientras me lavaba la nuca—. Jamás me ha entusiasmado la idea de ser

rey… Me conformaría con disfrutar de poder, riquezas, placer y gloria eternos.

—Sí, pero no te sientas demasiado aliviado. Pese a las mentiras que pueda urdir tu madre, es posible que llegues a reinar. Esto es algo muy evidente. Cuando el dios desee expresar su voluntad en este asunto, no se andará con rodeos.

Aquella semana mi hermano partió hacia el sur, por lo que se perdió el festival del Akitu que se celebraba en el mes de Sebat, tras las primeras nevadas.

No existe tiempo más santificado en todas las tierras que se extienden entre los ríos. Los festejos se prolongan durante once días y en ellos se conmemora la renovación del pacto entre Assur y su pueblo y el inicio del nuevo año, que en realidad comienza en el mes de Nisan, con las primeras inundaciones de la primavera. Pero las causas de que el festival se celebre en distintas épocas del año constituyen un enigma que únicamente conocen los sacerdotes. En el curso de los festejos, el séptimo día no es aciago, como sucede en los meses restantes, y todo parece próspero y feliz. Si hubiera sido capaz de advertir lo que me rodeaba, ya entonces me hubiese dado cuenta de que mi buena suerte me había abandonado y de que me perseguía un sombrío infortunio. Creía que el dios había sellado un pacto conmigo, que me vería honrado por encima de todos los hombres, pues tal era la voluntad del divino Assur, pero estaba equivocado. Hubiera tenido que advertir las señales que me enviaba, mas fui incapaz de ello. Puesto que para todos eran evidentes, ¿a quién podía culpar más que a mí mismo?

El primer día del Akitu, el rey debe ayunar hasta que aparece la luna nueva, y ese día, después de ver remontarse en el cielo el pálido creciente de Sin, el señor Sennaquerib rompió su ayuno celebrando un banquete en mi casa, cenando en compañía de sus grandes dignatarios, y yo me senté a su diestra como si ya hubiese sido proclamado su heredero. Había hecho venir a Merope desde «Los tres leones» para que me acompañase y fuese testigo de tan gran ocasión, y el rey aún nos enalteció más complaciéndose en compartir el lecho de mi madre, o por lo menos él lo consideró un honor. En cuanto a ella, ignoro cómo interpretó tal hecho ni se me ocurrió preguntárselo.

Durante el día, cuando aún tenía el estómago vacío, mi padre me llevó consigo ante el altar de Shamash, Señor de la Decisión, para consultar el parecer del dios sobre si podía confiarse en Kabtia, rey de los shrubian, acerca de un tratado relativo a la protección de las rutas comerciales del mar del norte. Era un asunto rutinario, pero que para mí revistió gran interés, porque nunca había visto al *baru* en funciones y sabía que en breve plantearía al dios la cuestión mucho más trascendente de quién debía suceder a Sennaquerib en el trono de Assur.

El rey llevaba inscrita su consulta en una tablilla de arcilla que depositó ante la áurea imagen de Shamash, que resplandecía como el propio sol. Aguardamos en silencio, mientras el *kalu* desempeñaba el oficio religioso cantando plegaria suplicatorias y el *ginu*, la cabra destinada al sacrificio que estaba atada en el altar con una cadena de plata, nos observaba con expresión vacía e indiferente. El *baru*, un hombre llamado Rimani Assur, delgado, de aspecto grave y mediana edad —recuerdo cómo le brillaba la negra barba ungida con aceites—, examinaba al *ginu*, porque todas las reacciones del animal eran muy importantes desde su llegada al recinto del templo hasta su agonía para interpretar la voluntad divina.

Por fin, cuando el *kalu* hubo interrumpido sus cánticos, todos contemplamos la imagen del dios, vaga y misteriosa tras una nube de incienso. ¿Estaría dispuesto Shamash, los ojos de Assur (porque toda persona instruida sabe que los dioses menores son simples manifestaciones del único y auténtico dios), a emitir su dictamen en aquel asunto? El *ginu* miró primero el ara donde debía consumarse el sacrificio, después a mí y por último al rey. Luego el animal resopló fuertemente como si tuviese alguna pajita en el hocico, y el *baru*, interpretando aquel signo como prueba de la intención divina, asió el sagrado cuchillo de pedernal que se encontraba sobre el altar y, una vez que dos novicios hubieron soltado al *ginu* de su cadena de plata asiéndolo fuertemente para depositarlo sobre la piedra de sacrificio, lo degolló de una sola y certera cuchillada. El animal murió sin proferir un gemido.

Seguidamente todos nosotros, con excepción del *baru* y un solo acólito, abandonamos el recinto sagrado del dios porque nadie debía estar presente cuando se examinasen las entrañas del *ginu*. Según una antigua costumbre, nadie podía impugnar el juicio del *baru*. Todos le tenían por un santo varón cuyos votos a Shamash no podían ser corrompidos por ningún bien terrenal.

Rimani Assur salió del sagrado recinto y se inclinó ante el rey mi padre. Tenía los brazos ensangrentados hasta el codo.

—Augusto señor, los órganos no presentan ninguna anomalía —le dijo —. El hígado está libre de defectos y las entrañas son perfectas: no aparecen deformidades ni dolencias. El dios te concede su bendición.

El *ginu*, que ya no era más que un cadáver, yacía semiconsumido en el fuego sagrado que ardía ininterrumpidamente noche y día ante la imagen de Shamash. Nadie probaría su carne y sus cenizas serían arrojadas al Tigris. Fuese lo que fuese lo que el *baru* hubiese visto, sólo se conocería según la versión por él facilitada y por los datos que registraría en los archivos del templo.

—Así sea, sacerdote —repuso el rey, siguiendo el ritual de aceptación mientras levantaba sus manos en acción de gracias—. Será como lo ha dispuesto el Señor de la Decisión.

El complejo del templo estaba situado en un ala de palacio, de modo que mi real padre y yo nos dirigimos hasta sus aposentos donde él permanecería las restantes horas en que debía prolongarse su ayuno. Era la primera vez que estaba a solas con él desde hacía muchas semanas. Sennaquerib retardó sus pasos como si deseara disfrutar de aquellos escasos momentos de libertad en una jornada agobiante de ceremonias.

—Tan sólo falta medio año para que el dios apruebe mi elección de sucesor. Tú serás rey cuando yo muera, ¿verdad? Estoy convencido de que sabrás cumplir con tu deber.

El señor Sennaquerib me puso la mano en el hombro, y para ello tuvo que esforzarse porque le superaba toda la cabeza. En muchas ocasiones me había dicho que me prefería a todos sus hijos, vivos y muertos, y era mi dueño y mi rey.

—Es el nombre de Asarhadón el que debes presentar al dios —respondí sin saber ciertamente si me impulsaba el deber a mi padre y a mi hermano o únicamente porque deseaba oírle decir una vez más que era yo su predilecto—. Él es el hijo de tu esposa legal.

—El dios negaría su consentimiento. La cabeza de Asarhadón es como un cesto lleno de barro. Sin duda será de gran utilidad en el próximo reinado, pero sólo si tú estás por encima de él para evitar que cometa cualquier desatino. Tu hermano es un buen soldado y tú le quieres entrañablemente, pero es un necio.

A medida que avanzábamos el rey parecía apoyarse cada vez más en mí, como si el ayuno le estuviera debilitando.

—Asarhadón sería un mal rey —repitió—. El dios no daría su consentimiento. ¿Acaso el poderoso Assur no ha demostrado sobradamente su predilección hacia ti? ¿No te ha concedido un poderoso *sedu*? ¿Asarhadón…? ¡Puaf!

Llegamos al final de una extensa columnata que concluía en un patio inundado de la luz del sol. El rey retiró la mano de mi hombro y se irguió como si despertase de un sueño.

—¿Reconoces este lugar? —exclamó echándose a reír, doblando la cintura y golpeándose la pierna de tanto regocijo—. Mira en torno, Tiglath Assur, hijo de Sennaquerib, Rey de Reyes, ¿recuerdas?

Sí recordaba, y se me formó un nudo en la garganta. El bloque de granito como un ara de sacrificio seguía apareciendo en el centro del pavimento… Recordé cuando lo había visto salpicado de sangre.

Sin duda se reflejaban en mi rostro todos aquellos sentimientos porque el rey cabeceó ligeramente aunque ya había dejado de sonreír.

—Aquí te trajo el viejo Bag Teshub para despojarte de tu virilidad como él había perdido la suya… ¡Por los dioses! Me pregunto si seguirá con vida. Te trajo aquí y los sacerdotes aguardaban con sus cuchillos. Pero veo que no lo has olvidado.

—No, no lo he olvidado. Como tampoco que tú me salvaste.

—Yo y el señor *turtanu*, mi hermano Sinahiusur. Se lo debes a él más que a mí. Y obró acertadamente porque desde aquel día has logrado que en muchas ocasiones me sienta orgulloso de ti. Pero los sacerdotes… ¿Sabías que el *baru* Rimani Assur también es hermano mío? ¿Lo sabías?

—No, señor.

—Pues sí, lo es. La mayoría de sacerdotes prefieren a Asarhadón, pero Rimani Assur no, él no muestra predilección por nadie. Aunque se trate de un sacerdote, confío en él. Además, el ejército te quiere. Y el ejército cuenta más en este país que los sacerdotes, que sólo apoyan a tu hermano porque saben que cree en toda clase de augures y adivinos y confían que podrán gobernar a través de él. Algunos le critican. Kalbi, por ejemplo, que conoce la voluntad del dios, pero la mayoría… De todos modos, confío en Rimani Assur. ¡El dios nunca permitirá que reine Asarhadón! Y en cuanto a que es hijo de mi esposa legal… —Sennaquerib extendió las manos en un

ademán de impotencia—. Mañana mismo pondría el velo sobre la cabeza de tu madre si no fuese porque…

—Porque la señora Naquia se opondría a ello… y muy tenazmente.

Nos echamos a reír como si compartiésemos un secreto.

—Sí…, me amargaría la vida. —El rey me cogió del brazo y seguimos paseando—. ¡Por los dioses, casi me alegro de que se haya marchado a Sumer! La echo de menos en la cama, pero su lengua es como la cola de un escorpión. ¡Las mujeres, hijo mío, son una maldición!…

Aquella noche cenó en mi casa y yació con mi madre para que todos supieran que Tiglath Assur, hijo de Sennaquerib, era honrado por su padre por encima de cualquier otro ser vivo o muerto.

Al día siguiente, el segundo del festival del Akitu, se celebraba la gran procesión en que el dios Assur es paseado por toda la ciudad hasta aquel que será su hogar en el año nuevo, donde deberá combatir de nuevo contra Tiamat, el monstruo femenino del Caos, y crear de nuevo el mundo y el luminoso cielo.

Las ceremonias que acompañan el festival se remontan a una gran antigüedad y son muy similares en todos los países existentes entre los ríos. En Sumer, donde gracias al antiguo prestigio de Babilonia, Marduk es rey de dioses, se celebra la victoria de éste y los hombres honran el recuerdo de su poder creativo. Pero fuese la gloria de Marduk o de Assur, el mito que se conmemora es exactamente el mismo y la divina y vivificante soberanía no se basa en los nombres de los dioses sino en las hazañas que de ellos se conservan porque son los hombres quienes dan nombre a las divinidades.

Aquel año el Akitu iba a ser distinto a todos los demás porque era el primero desde que había concluido la larga contienda del sur y el país de Assur deseaba dar las gracias a su dios por haberle protegido. Por tanto, el festival festejaba tanto nuestra renovación como la liberación del pueblo y los corazones de los hombres exultaban de alegría.

En los últimos instantes que precedieron al alba del gran día el rey, sus nobles y toda su familia se encontraban en el templo del dios que había sido despertado de sus sueños por el redoble de tambores que atronaban el espacio difundiéndose por la ciudad con bélicas resonancias.

—¡Que despierte el dios! —cantábamos—. ¡Que el poderoso Assur, señor de los cielos y rey de dioses, en cuyo nombre todo se ha hecho,

despierte de sus sueños! ¡Que brille como su propio sol sobre sus servidores!

Y el gran ídolo áureo, no el propio y sagrado Assur, sino únicamente su imagen, el don que nos había otorgado la divinidad para poder aproximarnos a su gloria, nos contemplaba con sus ojos ciegos. ¿Qué éramos los hombres para reparar en ellos? ¿Qué nuestras voces para que atendiese nuestras súplicas? Sin embargo, en su misericordia, nos escuchaba y su brillante sol se levantaba sobre las montañas del este para iluminarnos un día más. Y aquél era su día, el día de aquel que nos daba la fuerza y la salvación.

Y luego, al cabo de un instante, dejó de oírse todo ruido y se percibió únicamente el eco cada vez menos perceptible de nuestras voces fundiéndose en el silencio. Ni siquiera corría un soplo de aire y la multitud estaba inmóvil sin apenas atreverse a respirar, aguardando a su soberano Sennaquerib, sumo sacerdote y servidor de Assur.

El rey se aproximó al dios llevando en sus manos una bandeja de oro cargada de carne recién asada, que humeaba en la fresca atmósfera. El monarca también parecía un objeto áureo y esplendoroso como el propio dios. La luz arrancaba destellos de los pliegues de su túnica.

—Te suplico que admitas estos alimentos, Assur —exclamó—. Te suplico, señor de cielos y tierras, que aceptes estas ofrendas de manos de tu servidor.

Sostuvo la bandeja ante el dios para que pudiera contemplarla y seguidamente la entregó a un sacerdote ataviado con una túnica amarilla, que la retiró. El ritual se había cumplido.

—Te suplico que admitas estos alimentos, señora Ninlil.

En esta ocasión la ofertante había sido femenina. Al igual que todos los presentes, me volví para ver a quién había correspondido tal honor en aquella ocasión y descubrí a mi hermana Shaditu, cuyo cuerpo desnudo había sido ungido en aceites y brillaba a la luz del sol. Entre la multitud se difundió un murmullo de sorpresa porque nadie esperaba algo semejante.

—Te suplico, consorte de Assur y reina de los cielos, que aceptes esta ofrenda de manos de tu sirvienta.

El silencio era tan absoluto que se percibía claramente el suave roce de sus piececitos en el suelo de piedra. Estaba muy hermosa, su cuerpo era magnífico y, como todos los presentes, me sentí aturdido ante su presencia.

Al *baru* Rimani Assur, que se encontraba casualmente frente a mí, le brillaron los ojos al verla, como si le hubiese cegado el resplandor de su piel. También en aquel momento pude haber intuido la realidad.

Shaditu sostuvo la ofrenda ante una imagen de la diosa, que era de muy reducidas dimensiones y estaba situada a la izquierda de su esposo y luego, cuando recogieron la bandeja de sus manos, acudió a reunirse con su padre, que la estrechó en un cariñoso abrazo. Porque el rey la amaba y nada de lo que ella hiciera podía parecerle vergonzoso ni motivo de escándalo.

También Merope presenciaba aquellos ritos que para ella eran nuevos y extraños. Cuando nos escabullimos del templo y salimos a la luz del sol me tiró de la manga y me dijo:

—Hijo mío, ¿es todo esto normal? ¿Debe presentarse públicamente desnuda, como si fuese una ramera, sin siquiera cubrirse los cabellos con un velo? No me parece una conducta decente.

—Es una costumbre ancestral —repuse. Sonreí y la cogí del brazo. ¿Cómo iba a enterarse de tales cosas en el gineceo?—. Según los antiguos ritos, los sumerios, hombres y mujeres indistintamente, se presentaban desnudos ante sus dioses…, y los sacerdotes de Elam así lo han hecho hasta ahora. Pero en el palacio de Assur no se había visto nada semejante desde hace unos cien años. Tal vez esa dama desee destacar esta fecha con una nota de antigua devoción, aunque jamás hubiese sospechado que Shaditu poseyese una naturaleza tan profundamente religiosa.

—Lo cierto es que parece una vulgar ramera que tan sólo pretende despertar el deseo de los hombres.

Me eché a reír sin poder evitarlo al ver cómo se había escandalizado mi madre.

—Sí —repuse—, según tengo entendido, tu opinión se aproxima mucho a la realidad.

Pero fuese como fuese, la imagen que obsesionaba mi mente no era la de la lasciva Shaditu en su magnífica desnudez, sino la del *baru* Rimani Assur, hermano del propio rey, con los ojos encendidos por el deseo.

Por fin el dios, que acababa de ser revestido de ornamentos ricamente bordados recamados en oro y plata y a quien habían mojado los labios con nieve del monte Epih, fue sacado del templo en una litera conducida por sus sacerdotes, seguido por el rey, a quien acompañaban los restantes religiosos, músicos, nobles de la corte y toda la multitud allí congregada

entonando cánticos de alabanza para que la gloria de Assur se difundiese por toda la ciudad, cuyos ecos alcanzaban las montañas del este. Jamás había sentido tan intensamente la sensación de que éramos el pueblo del dios, bendecidos sobre todos los mortales, servidores del señor soberano de los cielos.

Seguimos la procesión por las calles de Nínive y cruzamos la gran puerta que conduce a la casa de Akitu, que había sido construida más allá de los muros de la ciudad como residencia del dios durante los once días que duraba el festival. Se trataba de una reducida estructura, abierta por los cuatro costados, cuyo techo estaba sostenido por columnas de madera de cedro de modo que pudiera contemplarse constantemente la imagen divina mientras presidía las numerosas ceremonias que se celebraban al aire libre en su honor. Aquel día se conmemoraban los triunfos de la divinidad sobre sus enemigos tanto mortales como divinos. En aquella fecha Mushezib Marduk y toda su familia deberían enfrentarse a su *simtu*.

En épocas de prosperidad los soberanos se ven rodeados de esplendor, pero cuando caen en desgracia sufren una muerte más amarga que las picaduras de las avispas. Mushezib Marduk había actuado con cobardía y, en el último momento, neciamente. Por su culpa se había prolongado de modo encarnizado el asedio de Babilonia hasta que el rey mi padre y sus soldados olvidaron toda piedad. Por su causa miles de seres murieron de hambre, otros tantos bajo la espada de sus enemigos y, al final, en lugar de pedir a uno de sus servidores que le atravesase el pecho con su daga, había intentado huir disfrazado de mendigo tuerto. Hubiese obrado de modo más inteligente tratando de hallar una muerte fácil cuando aún estaba a tiempo.

¿Y dónde se encontraba Mushezib Marduk en el segundo día del Akitu? Se había visto singularmente distinguido porque podía presenciar los festejos, por lo menos mientras siguiese con vida, desde el propio porche de la casa del dios, donde estaba encadenado a una de las columnas de madera. Sin embargo, la cadena apenas era necesaria, puesto que el señor de Babilonia no intentaría fugarse, por lo menos mientras se encontrase metido dentro de una enorme tinaja de bronce de cuyo cuello únicamente asomaba su cabeza. Hacía muchos días que Mushezib Marduk no se veía siquiera las piernas.

Semejante artilugio, último refinamiento de la tortura, maravillaba por su sencillez. El enorme recipiente de bronce, que podía haber contenido ocho o nueve *suíu* de aceite, había sido aserrado circularmente por la parte

superior de modo que ésta pudiera ser retirada e introducido en ella un hombre como si se tratara de varias medidas de dátiles y a continuación habían unido ambas partes consistentemente. Aquélla sería la última morada de Mushezib Marduk. No se sabía con exactitud de qué modo sería ejecutado, aquél era un secreto que ni siquiera él conocía, pero jamás saldría de aquella tinaja como no fuese hecho picadillo.

Así pues, permanecía allí metido con el cuello de la tinaja hasta las orejas, maldiciendo a los dioses con tanta violencia que llegó a enronquecer. La gente se reía de él… y el rey con ellos. Merope y yo guardábamos silencio entre los restantes miembros de la familia real y mi madre me asía la mano con fuerza.

Pero antes de ser ejecutado el señor de Babilonia debería perder todo aquello más grato de esta vida porque su mujer y dos de sus hijos —los restantes habían perecido en el combate— habían sido prendidos con él y mi padre deseaba consumar totalmente su venganza.

Primero fueron los niños. El mayor, un muchacho a quien apenas comenzaba a despuntar el vello de la barba, y la joven, una niña que no tendría más de siete años. Uno tras otro, maniatados por la espalda, ante los ojos enfurecidos de su padre, se vieron obligados a arrodillarse a los pies del verdugo, que los asió por los cabellos echando hacia atrás su cabeza y los decapitó. Mientras Mushezib Marduk se desgañitaba de dolor e ira porque no le habían informado que fuese a suceder semejante cosa, era una sorpresa que le reservaba el señor Sennaquerib, el fruto de sus lomos se desangraba sin haber proferido siquiera un murmullo. Cuando murió el último de ellos, sus cadáveres fueron arrojados a un montón de troncos y leña donde más tarde serían incinerados.

Y mientras Mushezib Marduk sollozaba entrecortadamente y los servidores reales cubrían con paja el suelo empapado en sangre, nosotros aguardábamos el espectáculo más importante del festival: el duelo entre el señor Assur y el monstruo del Caos.

Tal fue el origen del mundo. En un principio existían Apsu y Tiamat, dioses de los océanos de agua dulce y salada. Éstos engendraron a los hermanos y asimismo esposos Lahmu y Lahamu, y a Anshar y Kishar, que superaron a sus padres en fuerza, belleza y astucia. Anshar y Kishar, entre muchos otros dioses, engendraron a Anu, dios de los cielos, y éste, a su vez, a Ea, dios de la sabiduría y la magia, cuyo poder excedió incluso al de su progenitor.

Pero los dioses jóvenes eran alborotadores y perturbaban el descanso del viejo Apsu, que se presentó ante su esposa y le dijo: «Voy a destruirlos para que podamos dormir.» Tiamat se aterrorizó y gritó encolerizada: «No podemos destruir a aquellos que hemos creado.» Pero Apsu estaba decidido a realizar sus propósitos vengándose de sus hijos y nietos. Sin embargo Éa, el más prudente de los dioses, le inmovilizó merced a un encantamiento y le dio muerte, transformándole en una montaña, donde residió en majestad con su esposa Damkina. Allí fue donde nació Assur, el más glorioso de los dioses.

Entretanto Tiamat había reflexionado sobre el destino seguido por su esposo Apsu y estaba enfurecida. Decidió atacar a los dioses y destruirlos atemorizando a la propia Ea. Por fin, únicamente Assur se atrevió a enfrentarse abiertamente con Tiamat y, con ayuda de un violento vendaval que le insufló en la boca para que no pudiese cerrarla, le disparó una flecha por la garganta que le alcanzó el corazón. Y cuando hubo muerto, Assur dividió su cuerpo por la mitad, creando con una parte el cielo y con la otra la tierra firme. A consecuencia de tan grandes proezas en las que demostró su valor y su sabiduría era enaltecido por encima de su propio padre como rey de los dioses.

Ésta es la batalla que anualmente rememoran los hombres de Assur en presencia del dios. Aquel que interpreta el papel de la divinidad se denomina *limmu* y todas las crónicas anuales adoptan su nombre. En el primer año de su reinado el rey interpreta el papel de *limmu* y a continuación son sus principales dignatarios quienes lo representan por estricto orden jerárquico. En aquella ocasión correspondía desempeñar dicho papel a Enlilbani, hombre bondadoso, sencillo y de espíritu marcial, maestresala del rey, que también había intervenido en la toma de Babilonia en calidad de *rab shaqe* del ejército, circunstancia ésta que se consideraba de muy favorable augurio.

El papel de Tiamat lo desempeñaría nada menos que la propia señora Ahushina, hasta hacía poco reina de Babilonia y esposa de Mushezib Marduk, quien presenciaría el espectáculo desde su privilegiada posición en la enorme tinaja de bronce, porque aquel año el exterminio del monstruo del Caos no sería una simple pantomima.

La señora Ahushina compareció completamente desnuda, con el rostro y el cuerpo pintados de amarillo y negro, los colores de la sal y el barro, y manos y pies cargados de cadenas. Pese a la pintura que la cubría parecía

ya medio muerta, sumida en la más intensa desesperación. La ataron entre dos postes y, mientras contemplaba con confusa e inexpresiva mirada los cadáveres ensangrentados de sus hijos, Enlilbani, vestido con los atributos del dios, salió de la casa de Akitu, ajustó una flecha en su arco y le atravesó el corazón. La mujer profirió un grito y murió en el acto.

Un sacerdote ataviado con túnica amarilla tendió a Enlilbani una hacha de filo de cobre con la que emprendió la tarea de descuartizar el cuerpo de la reina partiéndolo primero por la mitad desde el cuello hasta el pubis de varios certeros golpes que provocaron una lluvia de sangre entre la multitud, que rugía enfervorizada ante un espectáculo tan de su agrado.

¿Y nosotros? ¿Qué sensaciones experimentábamos mi madre griega y yo ante aquellos hechos que para nosotros constituían una novedad? Mi madre lloraba. Había desviado la mirada y sollozaba como una criatura ocultando su rostro en mi pecho. Por mi parte había presenciado cosas peores y sólo experimentaba una sensación de desagrado. No esperaba algo semejante: el rey no me había hecho partícipe de sus planes. Desde luego, como hijo suyo y miembro de su círculo más allegado, debía estar presente, pero si hubiera sabido que iba a suceder aquello hubiese evitado a mi madre semejante espectáculo.

Por fin, cuando los cadáveres de la reina y los príncipes estuvieron amontonados en la pira, cuando lo más importante de su vida, la carne de su propia carne, le había sido arrebatado, llegó el momento de que Mushezib Marduk se enfrentase con la muerte.

Acudieron unos soldados y cogieron la gran urna de bronce del porche de la casa de Akitu, pusieron una argolla metálica en el cuello del desgraciado y lo derribaron en el suelo, arrastrándolo de modo que se deslizó rodando como una balsa sobre el rápido curso de un río. Seguidamente instalaron la urna en el centro de la pira y apartaron a un lado la cabeza del rey para verter agua en su interior. Comprendí que se disponían a cocerlo vivo: mientras su familia se reducía a cenizas a sus pies, él herviría como un conejo en la cazuela del cazador. Al comprender lo que se proponían hacer, gritó desaforadamente.

—¡No! ¡No! ¡Misericordia! ¡No me hagáis esto! ¡No! —clamaba al principio. Y luego, en el límite de la desesperación, únicamente profería horribles gritos, como los chillidos de un halcón.

Prendieron fuego a la pira por diversos puntos de su base, pero la madera ardía lentamente y producía escaso humo porque estaba verde e

impregnada de resina. Mushezib Marduk no tendría la fortuna de asfixiarse antes de ser alcanzado por el fuego, unicamente se oía el chisporroteo de las llamas y las continuas lamentaciones del infortunado hasta que llegó un momento en que hubiésemos deseado taparnos los oídos.

El señor de Babilonia vio prolongarse su martirio hasta que el agua que contenía la tinaja comenzó a hervir y salpicarle el cuello, primero blanco y luego rosado por la sanguinolenta espuma que le rodeaba. Poco después, cuando la urna se encontraba al rojo vivo, se desprendió su cabeza, que cayó entre las llamas, y así encontró su fin.

Cuando las brasas se enfriaron, sus cenizas fueron arrojadas al Tigris. Mushezib Marduk y su progenie no recibieron sepultura ni ofrendas de vino y alimentos. No disfrutarían de existencia en el otro mundo y caerían en el más profundo olvido.

Mi madre y yo abandonamos el lugar en silencio. Sobraban las palabras.

OceanofPDF.com

XIV

Recuerdo el sabor de sus senos. Recuerdo sus movimientos bajo mi cuerpo, su costumbre de ladear las caderas cuando estaba a punto de alcanzar el clímax. Y recuerdo cómo le agradaba mordisquearme las orejas. También recuerdo el ciego amor que me inspiraba y ese recuerdo no es más que amor, como los rescoldos encendidos siguen siendo fuego. ¡Asharhamat, oh cuánta pasión encierra este nombre! ¡Asharhamat!

Una o dos veces por semana, siempre que podíamos, nos amábamos en la casa de la calle de Nergal. La esperaba sintiéndome profundamente desdichado, temiendo que no volviera a presentarse, hasta que la oía golpear levemente en la puerta de madera que separaba ambos edificios y luego la estrechaba entre mis brazos y la conducía hasta nuestro lecho, porque teníamos un auténtico lecho con un colchón lleno de lana para que mi señora Asharhamat no careciese del más elemental refinamiento. Permanecíamos largo rato sin cruzar palabra, pues no podíamos soportar que nuestros labios se separasen. ¡Cuánto amaba su dulce cuerpo! ¡Cómo ansiaba llegar a conocerlo por completo, hasta sus últimos rincones, sus ojos, sus manos, sus labios…!

Durante los once días que duró el Akitu no nos habíamos visto. Aquellas jornadas transcurrieron entre ritos, banquetes, importantes festejos multitudinarios, a todos los cuales era imprescindible mi asistencia. Pero de nuevo estábamos juntos y cubría su boca con la mía. Deseaba introducirme en ella, formar parte de su cuerpo, morir y renacer. No teníamos ojos para ver, alientos para pronunciar palabra: sólo la acuciante necesidad de convertirnos en uno solo y sentir cómo nuestros miembros y nuestros propios sentidos se fundían en los del amado, como la miel en el vino.

Por fin, cuando yacíamos tranquilamente en el lecho, agotada nuestra apremiante pasión y paladeábamos una vez más el apacible goce del amor,

llegó a mis oídos el ruido del granizo cayendo sobre el techo como pájaros que picotearan las simientes entre los adoquines de la calle. No me sorprendió porque había estado tronando toda la noche. Era un sonido agradable que nos producía la sensación de que nos encontrábamos cálidamente resguardados.

Asharhamat me acariciaba el vello del pecho como si lo estuviese peinando. Su seno me rozó el brazo y experimenté una sensación indescriptible. Sentí que aquella felicidad podía desaparecer repentinamente, que hasta el resto de mis días tendría que lamentar el fin de tanta dicha. Sin embargo me esforcé por desechar tales pensamientos, porque aún podía disfrutar de aquel momento.

—¿Me has echado de menos? —me preguntó, apoyando su mano en mi vientre y curvando los dedos, haciéndome sentir el suave roce de sus uñas.

—¿Cuándo?

—Todos estos días, cuando estabas con el rey y con tu madre.

—¿Acaso te sientes celosa de mi madre? —le pregunté sonriente, volviendo el rostro hacia ella—. ¿Es así?

—No…, no siento celos de ella. En algunas ocasiones, del rey.

—¿Por qué? ¿Por qué ibas a sentir celos del rey?

—Porque darías tu vida por él.

Me eché a reír y la atraje hacia mí porque aquélla me pareció una observación muy tonta, y así se lo dije.

—Lo crees así porque eres un hombre —repuso simulando estar enojada, aunque no volvió el rostro cuando intenté besarla.

—¡Vamos!, ¿por qué estás celosa del rey? ¿Lo estás realmente?

—Sí.

—Pero ¿por qué? Daría mi vida por ti tan resueltamente como por él.

—Pero renunciarías a mí si él así lo dispusiera.

—¿Cómo no iba a hacerlo si él lo ordenase?

—Aunque no lo ordenase; simplemente si te lo pidiera.

—Es el rey. ¿Cómo iba a negarme? Sería mi deber.

—¿Y el amor? ¿Qué es el amor para ti?

—El amor es lo que deseo… o necesito para vivir. El deber es la propia vida, es más que la vida. E igual sucede con todos los soldados. Si

fueses un hombre lo comprenderías.

—Pero no lo soy —repuso rozándome el rostro con los labios y haciéndome notar su cálido aliento jugueteando conmigo con la lengua, mientras que yo trataba de besarla de nuevo—. No soy un hombre, ¿lo sabías? ¡Demuéstrame que desde un principio sabías que no soy un hombre!

Se reía con un sonido parecido al tintineo de las campanitas de bronce, y al mismo tiempo introducía la mano bajo la manta, asiéndose a mi miembro, que una vez más se había endurecido como el acero y que guiaba hacia ella. Cuando fundíamos nuestros cuerpos y se estremecía de deseo, profiriendo un breve sollozo, olvidaba a los reyes, los dioses y el deber: tan sólo pensaba en ella.

Más tarde, mientras dormía, salí sigilosamente del lecho y acudí a la ventana levantando las persianas para poder ver la calle, que estaba mojada por la reciente tormenta.

¿Qué habría querido decirme? ¿Había sido una broma, un simple antojo propio de su impaciencia femenina, o qué se proponía?

Como solía sucederme en el curso de los últimos días, se me representó la expresión de mi madre al presenciar la carnicería que había tenido lugar ante la casa de Akitu. ¿Se proponía el rey inspirar temor? ¿O únicamente se había tratado de una exhibición de su propio poder? Aquel espectáculo había sido grotesco y estúpido.

Si llegaba a reinar prohibiría tales representaciones. Y Asharhamat me pertenecería, no en secreto sino públicamente, como mi esposa.

Y siendo esposa mía, siempre estaría a salvo. Sabía que se comportaba ciega e instintivamente, que se negaba a comprender que no podía evitar que se cumpliese su destino; cuando la arrastraba el vendaval creía que eran sus propias fuerzas las que la remontaban a lo alto. Su irreflexión podía acarrearle la propia destrucción si no se cumplían sus deseos. Y como la amaba, temía por ella.

Cuando volví a cerrar la persiana seguía dormida. Me senté en el lecho a su lado.

«Eres lo más importante para mí —pensé—. Tú, este lugar y este momento.»

Sabía que obraba erróneamente amándola de aquel modo, pero no me importaba.

Y como si hubiese oído mis pensamientos, parpadeó y me miró sonriente.

—Por ti sería capaz de reinar —dije de pronto, aunque me había propuesto guardar silencio—. Por ti y para cambiar el mundo.

—¿Lo harías, amor mío? Pero acaso el mundo no permitiría que tú lo cambiases.

Mi regreso al hogar me obligó a atravesar los sectores más pobres de la ciudad. Las calles estaban resbaladizas por el hielo, el barro y las basuras, y los hombres olían a cerveza rancia y tenían aspecto cansado. En aquellos barrios se encontraban las casas en las que los obreros alquilaban espacio para acostarse un rato por las noches en sus esteras, gente que nunca tendría bastante dinero para conseguir esposas y cuyos cuerpos, cuando muriesen, yacerían en tumbas olvidadas sin que nadie dispusiera ofrendas en ellas para aplacar los aguijones del hambre y la sed que pudieran sentir sus espíritus. Aquellos hombres, si habían tenido arrestos y fuerzas para ello, hubieran podido convertirse en soldados o ladrones, arriesgando sus vidas para mejorar algo su situación, pero de otro modo el sombrío curso de sus existencias ya había sido fijado en el mismo día que vieron el mundo.

Pasé junto a una taberna —incluso allí las había, porque todos los seres humanos necesitamos disfrutar de ciertos lujos— y advertí que al otro extremo de la calle se encontraba una silla de manos de rico diseño con los laterales cubiertos de negros faldones de cuero. A su alrededor se veían cuatro esclavos en cuclillas con aspecto disgustado, lanzando miradas desconfiadas en torno, como si se preguntaran qué podían hacer para evitar el contagio de semejante lugar. Eran esclavos, sí, parecían dar a entender, pero se sentían superiores a cualquier hombre libre que pudiera encontrarse por allí. Me sorprendió súbitamente comprobar que vestían el uniforme de la casa real.

De pronto un raudal de carcajadas llegó a mis oídos desde el interior de la taberna. Entré en el local atraído por un impulso irresistible.

Estaba atestado de gente. Era una sala de reducidas dimensiones con muros de ladrillos desnudos y enrarecido ambiente. Hombres vestidos con túnicas de color pardo muy sencillas se sentaban por doquier, sobre las

mesas e incluso en el suelo, jugando a suertes, hablando a gritos o simplemente parecían estar esperando qué diversión podía presentarse. Mi entrada en el local provocó cierta sensación porque aquella gente no solía codearse con los oficiales del ejército real, pero no era yo el único foco de atracción general.

Encima de una mesa, al otro extremo de la sala, un tipo bestial e hirsuto, apoyado en codos y rodillas, gruñía como un cerdo refocilándose con una mujer de la que únicamente aparecían sus blancas piernas, como las antenas de un extraño insecto. Eran observados por todos los presentes, algunos de los cuales aclamaban a la enorme bestia, mientras que otros, según vi dos o tres, depositaban algunas monedas envueltas en harapos grasientos en el regazo de una vieja que ocupaba un alto taburete y parecía la dueña de aquel antro.

Apenas podía distinguir a la mujer que protagonizaba aquel espectáculo, aunque se adivinaba que debía ser joven. Comprendí que debía hacer algo. Probablemente se encontraba allí contra su voluntad, ¿porque quién hubiera sido capaz…?

Y de pronto, como si tratase de respirar un soplo de aire fresco bajo su sudorosa y repugnante carga, volvió el rostro ligeramente y logré vislumbrar su rostro. ¡Naturalmente! ¡Qué necio había sido al no reconocer la silla de manos! ¡Se trataba de Shaditu!

¡Era intolerable que se encontrase allí nada menos que la propia hija del rey! Crucé a grandes zancadas el espacio que me separaba de ellos, así a aquel patán por el tobillo, tirando con fuerza de él para arrancarle de brazos de mi hermana y le arrojé ruidosamente en el suelo de espaldas.

De pronto se quedó sorprendido y seguidamente se enfureció. Pero antes de que lograra levantarse apoyé suavemente en su garganta la punta de cobre de mi jabalina.

—¡Fuera de aquí! —rugí—. ¡Salid todos! Si apreciáis en algo vuestras vidas, salid de aquí!

Mi adversario tardó unos instantes en comprender que estaba realmente decidido a matarle, darse cuenta de que llevaba el uniforme de *rab shaqe* y llegar a la conclusión de que sería mejor hacer lo que le decía. Recogió su túnica del suelo y retrocedió lentamente de espaldas hacia la puerta.

—¿La quieres para ti solo, joven señor? —graznó la vieja bruja detrás de mí. Sus palabras provocaron risitas inquietas y sofocadas.

—¡He dicho que salgáis todos de aquí!

Blandí un instante en el aire mi jabalina y echaron todos a correr hacia la puerta como conejos. Al cabo de un momento Shaditu y yo nos habíamos quedado solos.

Al principio ella no comprendía qué había sucedido. Se incorporó recostándose en un codo y encogiendo las rodillas, al tiempo que miraba en torno parpadeando como una lechuza.

—¿Qué sucede…? ¡Ah, eres tú, Tiglath! ¿Esperas que te toque el turno en la prensa del vino?

Profirió una obscena carcajada —era a todas luces evidente que estaba muy borracha— y abrió los muslos, mostrándome su sexo enrojecido y rebosante de semen.

—Me estaba entreteniendo… ¿Qué te habías creído?

—¡Eres asquerosa! —exclamé, volviendo el rostro y quitándome la capa para entregársela—. ¡Ten, cúbrete!

—¡Oh, Tiglath, no te enfades! ¡Ven, dame un beso, querido hermano! ¡Siempre que nos encontramos me hallo en mis peores momentos!

Se echó mi capa por los hombros y se inclinó hacia adelante, llevándose las manos a la cabeza. Por un momento creí que iba a vomitar, pero esta impresión se esfumó rápidamente al ver que se cogía de mi brazo apoyando su sien en él.

—¡Oh, Tiglath, hermano! ¡Si pudieras amarme! —murmuró—. Tu desprecio me ha impulsado a esto.

—Supongo que debes estar bromeando.

La aparté preguntándome por qué no la había rechazado antes. Shaditu era capaz de inquietar a cualquier hombre y yo no dejaba de serlo. Recogí su túnica del suelo: era una prenda muy tenue de tejido casi transparente y alguien la había hecho jirones en circunstancias perfectamente previsibles. Desde luego no podía volver a ponérsela. No logré encontrar sus sandalias por ninguna parte.

—Ten, vamos, cúbrete con mi capa. Afuera hace frío. Sube a tu silla y que los esclavos te conduzcan a tu casa.

—No corras tanto —repuso, recostándose en la mesa y dejando caer la capa—. Primero podemos entretenernos un poco…, a solas tú y yo.

—¡Shaditu! ¡Si no acudes por tu propio pie a tu silla, te llevaré a rastras! ¡Si es necesario, por los cabellos!

—No te creo capaz de hacer semejante cosa, hermano.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—Porque sabes muy bien cuánto disfrutaría con ello —repuso, sonriéndome felina—. ¡Vamos: dame un trago de vino y trata de ser un poco más amable conmigo, porque me consta que no te desagrada verme!

Y no se equivocaba. No podía evitarlo, porque Shaditu era muy hermosa. Su boca parecía hecha para besar y sus ojos rasgados tenían una expresión lasciva y sumamente maligna, y daban la impresión de estar sonriendo constantemente, como si se consumiese de placer en tu presencia. Su carne era suave como el raso y su cuerpo parecía incitar a devorarlo, a estrujar sus senos y a separar sus muslos e introducirte en ella paladeando las delicias de su cuerpo. Ante todo yo era un hombre y no podía escapar a tales sentimientos. Y Shaditu no estaba ciega.

La muchacha seguía sentada sobre mi capa echando hacia atrás los brazos, y su vientre se movía levemente siguiendo los rítmicos latidos de su respiración. Fui a buscar una copa de vino y esperé sentado a que bebiese y acabase de atormentarme.

Shaditu se incorporó y tomó la capa de mis manos, sonriendo como si se le hubiese ocurrido algo sumamente gracioso.

—Tú no me amas…, quieres a otra: es de público dominio. —Se encogió de hombros—. No me importa. Con que me desees me basta. No me interferiré entre tú y Asharhamat, que no debe ser gran cosa dando placer a los hombres.

»Veo que nuevamente te he sorprendido. Sí, ya lo veo. —La sonrisa desapareció lentamente de sus labios—. Me crees perversa e insensible, peor que la más despreciable ramera que por lo menos vende su cuerpo por dinero para poder subsistir. Tal vez tengas razón…, tal vez no sea ésta la vida que hubiera deseado llevar si hubiese podido escoger… Pero no me ha sido posible. Mi padre, que es viejo y necio, me guarda sólo para él.

—Te expresas con gran imprudencia, hermana… Si yo quisiera…

—¿Qué harías, Tiglath? No creas que puedes amedrentarme como a esa caterva de rufianes —repuso con un leve ademán despreciativo, como si su último amante y sus compañeros fuesen fantasmas que trataba de desechar—. Diré cuanto me parezca.

—Si fueses un hombre, aunque se tratase de mi propio hermano, te mataría por tu impertinencia.

—¡Pero yo no soy un hombre y tú eres mi hermano! ¡Oh, poderoso Tiglath Assur…, me considero muy a salvo de tu ira!

Estalló nuevamente en carcajadas, echando atrás la cabeza, y deseé con todas mis fuerzas haber sido otra persona para poder abofetearla hasta que sangraran sus labios y desapareciese de ellos aquella risa burlona. No podía engañarme a mí mismo: la deseaba pero al mismo tiempo hubiera querido destrozar su cuerpo como si fuese una rama podrida. Shaditu era de esas mujeres que nos inspiran tan encontrados sentimientos de ira y deseo.

—¿He dicho algo que no fuese cierto? —prosiguió amargamente aunque sin dejar de reír—. Shaditu es la preferida del rey y no podrá tener un marido que la domine mientras viva su padre. Si yo me hubiera entregado a un hombre por mi voluntad y se me permitiera vivir como todas las mujeres, podría haberme conformado con eso y no haberme descarriado acostándome con vulgares soldados en las tabernas donde acuden los seres más pobres y miserables. Aunque quizá, ¿quién sabe?, lo hubiese hecho de todos modos porque sea simplemente fruto de mi perversa naturaleza.

»Ven, Tiglath. Un día u otro tiene que ser: ambos lo sabemos muy bien. Disfrutemos juntos. —Fijó en mí una encendida mirada—. ¿No quieres que sea hoy? ¿O quizá ya te has acostado en los brazos de otra?

—¡Levántate, Shaditu!… Es hora de que abandones este lugar. Levántate o te arrastraré y podremos ver si disfrutas con ello.

Comprendiendo que había acabado el tiempo de bromear, se levantó de la mesa como una reina de su trono, envolviéndose con la capa y cubriéndose hasta las orejas con ella. Sus esclavos se pusieron rápidamente en pie al vernos. Me quedé mirando cómo desaparecía la silla de manos por la calle, a hombros de sus servidores, que trotaban como perros.

Pero en aquella época no sólo me perseguían las mujeres. No era necesario que me entregase a pasiones prohibidas para sentirme feliz porque me veía mimado por la fortuna.

El rey, que se había empeñado en hacerme disfrutar del favor de dioses y hombres, me envió a la ciudad santa de Assur para que pudiese

orar en su nombre en todos los altares más antiguos y aprovechase así la oportunidad de inspeccionar la guarnición de aquel lugar, para que los sacerdotes pudiesen ver en cuánta estima me tenía el ejército.

Sus intenciones eran muy astutas porque los focos del poder de la nación luchaban subrepticiamente entre sí divididos por la última contienda librada en el sur y el sitio y saqueo de Babilonia por él ordenados. Los sacerdotes y aquellos que consideraban que la antigua cultura de Sumer había sido la cuna de nuestra civilización creían que se había cometido un sacrilegio, que los grandes dioses dejarían caer sobre nosotros el peso de su venganza por haber destruido la ciudad de Marduk. Los soldados y los mercaderes y comerciantes, quienes consideraban que en las rutas caravaneras del oeste estaba su prosperidad, pensaban que el rey había obrado muy acertadamente aniquilando Babilonia y rompiendo para siempre su alianza con Elam antes de que ambas nos hubiesen aplastado. Éstos, como el rey me distinguía y como yo parecía haberme distinguido en aquella acción —de tal modo nos cegamos a la verdad, ¿porque cómo, salvo a ojos de los hombres, había sido menor la gloria de Asarhadón que la mía?—, deseaban verme exaltado a la dignidad de *marsarru*. Los partidarios de Babilonia veían en Asarhadón a su salvador, que aplacaría la ira de Marduk y reconstruiría su ciudad. Por ello había sido yo enviado a Assur, para reconciliarme con los dioses y amedrentar a sus sacerdotes. Tales artimañas, según me daba a entender mi padre, eran inherentes a la sutileza de un monarca.

Pero puesto que no confiaba totalmente en mi pericia como hombre de estado, ordenó que me acompañase el señor Sinahiusur, temiendo que por mi inexperiencia pudiese arruinarme por completo.

Yo únicamente había visto la ciudad de Assur —consagrada al dios y sede de nuestra antigua realeza— durante mis marchas como soldado junto a sus murallas. Antes de que existiesen reyes y ciudades, antes de que se instalase una hilera de ladrillos de adobe sobre otros, los primeros miembros de mi raza habían llegado allí procedentes de las vastas llanuras de los desiertos occidentales, viéndose así librados de una existencia errante gracias a la misericordia del gran Assur, quien había anunciado: «En estos lugares os instalaréis, aquí germinará la semilla de la nación y se diseminará por el amplio mundo. Tomaréis mi nombre para que todos sepan que sois servidores del dios.» Y ningún ser nacido en las tierras

existentes entre los ríos y montañas puede ver aquella ciudad sin que se aceleren los latidos de su corazón.

Sinahiusur y yo cabalgábamos acompañados por una escolta de cincuenta hombres. Era un viaje que no duraba más de dos días si se realizaba por agua, pero nuestro objetivo —por lo menos en parte— era causar una gran impresión, y se mantiene poca dignidad viajando en una balsa de juncos en la que la gente llega mareada, empapada e incapaz de sostenerse en pie. No tenía ganas de ser motivo de irrisión, por lo que viajamos por carretera, como haría cualquier soldado, y tardamos cuatro días en llegar a las murallas de Assur.

Si me quedaban dudas acerca de que el dios me destinaba al trono, desaparecieron como sombras en cuanto llegamos a la ciudad. De algún modo —ignoro por qué medio— en la guarnición se habían enterado de nuestra visita. Cuatro mil hombres se habían alineado en la carretera y tras ellos los habitantes de la ciudad, tenderos, panaderos, curtidores, herreros, campesinos y ladrilleros, acompañados de sus esposas e hijos, se amontonaban en número incalculable y todos ellos repetían a pleno pulmón: «¡Assur es rey! ¡Assur es rey! ¡Assur es rey!»

Yo marchaba solo al frente de la comitiva, incluso el *turtanu* se había replegado hacia atrás para que únicamente me fuese tributada a mí aquella entrada triunfal, y al paso nervioso de mi caballo la gente arrojaba flores y monedas a nuestros pies para que los cascos de mi montura los bendijesen a su contacto, como si ya hubiese sido designado para reinar sobre ellos. «¡Assur es rey! ¡Assur es rey! ¡Assur es rey!», gritaron primero los soldados y finalmente toda la multitud vociferaba: «¡Ti—glath! ¡Ti—glath! ¡Ti—glath!»

¿Hasta qué punto puede alguien oír su nombre pronunciado por miles de gargantas para que llegue a sentirse ensalzado, elegido por los dioses, elevado sobre todos los mortales?

¿Hasta qué extremo puede llegar a convertirse en estas circunstancias en un auténtico necio?

Aquella noche el gobernador de la ciudad nos regaló con un espléndido festín. Era un antiguo soldado al que le brillaban los ojos de entusiasmo cuando hablábamos de antiguas campañas y de gloriosas batallas. Era hijo segundo del antiguo *turtanu* que fue hermano del Gran Sargón y trataba de «primo» a Sinahiusur, aunque a mí no se atrevía a darme otro título que *gugallu*, palabra que significa algo indefinido entre

«héroe» y «comandante». Al principio creí que se proponía burlarse de mí, que me consideraba un joven peligrosamente proclive a sentirse ensoberbecido, pero poco a poco fui comprendiendo que hablaba en serio y que sólo pretendía mostrarse respetuoso conmigo, sensación incómoda por provenir de una persona de su categoría y edad y que casi consideraba un insulto hacia aquel que siempre había respetado como mi superior, pero el señor Sinahiusur, que se limitaba a sonreír, narrar anécdotas y beber copiosamente, no parecía creerlo de tal modo y se comportaba como si mi aparente superioridad sobre él fuese justa y natural.

Pero por entonces, como es natural, ya había comprendido algo que pocas horas antes, mientras me cegaba mi repentina gloria, me había pasado por alto: el espectáculo había sido amañado.

La sutileza de los monarcas… En breve llegarían a Nínive noticias de que yo había sido recibido triunfalmente. Ya era bien conocida mi popularidad entre el ejército, todos me atribuirían el favor de las multitudes, cosa que no podía considerarse tan despreciable como para que lo ignorasen los grandes hombres, y los sacerdotes quedarían reducidos al silencio.

¿Y acaso no había comenzado yo mismo a creerlo así? ¿No era también yo un objeto? El astuto y viejo zorro de mi padre me engañaba como a todos los demás. Y todo aquello el señor Sinahiusur lo había comprendido desde el principio.

De modo que al día siguiente, ateniéndome al papel que me había sido asignado, me humillé ante los altares de Assur, Ishtar, Adad, Ea, Nergal, Shamash, Sin, Nabu y —como mera precaución— de Marduk. Les ofrecí vino y frutas, quemé fragmentos de mi barba en expiación de pasadas culpas, e hice ofrendas de oro, plata, cobre y piedras preciosas para ornamentación. Escuché, humilde y silencioso, las amonestaciones de los sacerdotes, leyeron mi *simtu* en aguas manchadas de aceite, y consulté a los *barus*, quienes me aseguraron que prosperaría y que sería grande en el país de Assur.

Al anochecer acudí a cenar en el cuartel, donde la mayoría de los soldados eran veteranos de las guerras del sur que me saludaron como a un antiguo cantarada. Muchos se conformaban con tocarme las manos, tal es el poder de los mitos, ¿porque acaso muchos de ellos no habían sufrido más que yo y expuesto sus existencias a mayores peligros? Los hombres crean sus héroes y sus reyes para reflejar lo más noble que existe en ellos, ¿pues

qué era yo sino la imagen de todo cuanto ellos habían hecho? Sentado a la mesa de los oficiales, bebiendo con aquellos hombres más valientes que yo, que jamás olvidarían durante el resto de sus días que en una ocasión tomaron unas copas con Tiglath Assur, me sentía terriblemente abrumado.

A la mañana siguiente emprendimos el camino a Nínive. De nuevo los soldados y la gente del pueblo se alinearon en la carretera y una vez más aclamaron mi nombre como si invocaran el poder de los grandes dioses, pero en esta ocasión el vino no enturbiaba mi cabeza y fui capaz de saludarlos y sonreírles comprendiendo que todo aquello era algo absolutamente vacío, una ilusión como las azules aguas que creeríamos ver agobiados por el calor de un tórrido desierto.

Y el señor Sinahiusur, que cabalgaba a mi lado, había recuperado su condición de *turtanu*, ante el que, salvo una persona en el mundo, todos debíamos inclinarnos.

—Lo has hecho muy bien —me dijo fijando su inexpresiva mirada en el horizonte, como suelen hacer los viejos comandantes—. Tendrás que hacer otros viajes, y creo que el rey podrá confiar en que los realices tú solo. La nación es como una novia a la que debe acostumbrarse a ver al marido que su padre ha escogido para ella.

—Pero Assur aún no ha hecho su elección.

—No, pero el rey sí ha escogido.

—Creí que tú preferías a Asarhadón para que se respetase el orden legal sucesorio.

—Yo prefiero que se cumpla la voluntad del rey, Tiglath —repuso volviéndose a mirarme con una amplia sonrisa que surcó su rostro, alrededor de los ojos y la boca en profundas arrugas—. Y, pensándolo bien, creo que estoy de acuerdo con él en que te desenvolverás con mayor soltura en el trono que tu hermano. Pero, pese a cuanto el rey o yo podamos especular, la última palabra corresponde al dios, y éste aún no ha decidido.

Miró furtivamente a los soldados que nos seguían, pero nuestra escolta se encontraba a unos veinte pasos de nosotros, de modo que era como si estuviésemos prácticamente solos.

—El rey se deja influir por sus mujeres —prosiguió finalmente—. Y cuando las mujeres se proponen algo, a veces llegan a hacerte imaginar que tienes la facultad de conseguir que todo suceda de acuerdo con tus deseos.

—Pero en este caso la mujer… y supongo que te refieres a la señora Naquia, desea conseguir por todos los medios que yo no suceda a mi padre.

—Sí, es cierto lo que dices; no obstante, el efecto es el mismo porque fomenta en él la esperanza de que esta cuestión quedará resuelta, de uno u otro modo, de acuerdo con su elección. Y ahí radica el peligro. Y, desde luego, además de la señora Naquia, el monarca se deja influir por otras mujeres. La señora Shaditu, como sin duda habrás observado, pone todo su empeño en congraciarse con los miembros de la dinastía.

A juzgar por el tono de su voz y por la obstinación con que parecía desviar su mirada de mí, no me cupo duda alguna sobre el significado de sus palabras. ¿Qué rumores habrían llegado hasta él? ¿De qué debía haberse enterado? El *turtanu* siempre estaba enterado de todo. ¿Qué posibilidades había tenido Shaditu de mantener oculta su conducta? Y, por añadidura, ¿cómo podía saber hasta qué punto estaba al corriente de mi comprometida situación?

—Señor, no he tenido tal clase de comercio con mi hermana.

Se volvió hacia mí ladeándose en su montura con expresión de auténtica sorpresa.

—No, Tiglath —dijo—. No me refería a ti… Creo que sería conveniente que olvidases cuanto te he dicho.

—Como gustes, señor.

Seguimos cabalgando algunos minutos envueltos en un absoluto silencio, únicamente interrumpido por el sonido de los cascos de nuestros caballos. De pronto, como si se dispusiese a anunciar la conclusión a que había llegado en su fuero interno, el señor Sinahiusur se aclaró la garganta y, poniéndome la mano en el brazo, con la mirada grave y sombría propia de aquel que se ha visto obligado a renunciar una tras otra a todas sus ilusiones, me dijo:

—Sin embargo considero que sería conveniente que la señora Shaditu fuese eliminada durante el próximo reinado.

El señor Sinahiusur no se había equivocado cuando sugirió que debería efectuar otros viajes. Fui a Kalah, a Arbela, a Arrapha y a Balawat. Adoré a los dioses en sus altares y compartí la mesa de sus próceres. Visité las guarniciones de Zakho, Aqra y Hajiya. Escuché las aventuras de sus

soldados y narré mis propias mentiras. Y por doquier fui tratado como el heredero y favorito del rey, y los hombres me amaban porque con ello creían complacer la voluntad de mi padre.

Y acudieron a mí los enviados de reyes extranjeros y les dije aquellas palabras que deseaban oír, asegurándoles que los protegería de sus enemigos y que amaba a sus amos como si fuesen mis propios hermanos. Como es natural, ellos no dieron crédito a mis palabras, por lo que los soborné con oro y plata y enviaron mensajes a sus respectivos países hablando de mí como alguien digno de todo respeto.

Tampoco olvidé la gran capital de Nínive del señor Sennaquerib, donde había transcurrido mi infancia, aunque había llegado a convertirse en un lugar donde apenas me detenía de vez en cuando para refrescarme el rostro. En Nínive imperaba la riqueza, un factor que había aprendido a no despreciar, por lo que halagué a los prósperos comerciantes que vivían como señores, a los mercaderes y a los prestamistas, aunque de modo indirecto, porque ello hubiera sido impropio de un príncipe de sangre real.

De modo que envié a mi esclavo Kefalos diciéndole:

—Para los hombres acaudalados de las tierras de Assur, para los hombres de otros países que residen en la ciudad y tratan los metales, la madera y toda clase de objetos preciosos, tú no eres un extranjero. Dirígete a ellos en mi nombre. Diles que cuentan con mi simpatía, porque gracias a ellos prospera el país. Hazles saber que me propongo imponer el orden y la paz cuando ocupe el trono.

Kefalos se acarició la barba y meditó unos instantes con expresión reconcentrada.

—¿Y si después de todo no llegases a reinar? ¿No recordará entonces tu hermano el señor Asarhadón que arengué a las gentes en tu favor por los bazares? Como bien dices, te ama, pero no siente ningún afecto por mí.

—¿Crees entonces peligroso ayudarme a alcanzar la corona?

Finalmente accedió y no se limitó únicamente a influir en los extranjeros ricos, sino que a sus propias expensas se cuidó de hacer circular ciertas historias sobre mis hazañas que maravillaron a la gente del pueblo, porque Kefalos comprendía cuáles eran sus propios intereses y siempre fue mi amigo.

Actuando de tal modo soñaba con convertirme en el *marsarru* no sólo por el deseo de ser rey, sino porque amaba a Asharhamat, que estaba

destinada a ser la esposa del próximo monarca y también porque me había autoconvencido de que tal era la voluntad de mi padre. Durante aquellos días apenas veía a Asharhamat, pero ella no formulaba ninguna queja porque comprendía cuáles eran mis propósitos. Nos amábamos y tratábamos de aguardar pacientemente, creyendo que la paciencia era cuanto necesitábamos para sentirnos felices. En muchas ocasiones se me había ocurrido que si me decidía a pedir al rey su mano, probablemente no me la habría negado. Sin duda incluso le parecería una táctica muy acertada para que todos considerasen mucho más inevitable mi designación. Pero aunque el rey no hubiera puesto ningún inconveniente, no se lo pedí. No había olvidado las palabras del señor Sinahiusur: «Pero por mucho que el rey y yo podamos desearlo, el dios tendrá la última palabra.» Como un hombre piadoso o un cobarde, no acabé por ceder a la tentación y me abstuve de pedírselo. Y Asharhamat y yo nos seguimos reuniendo a escondidas, siempre que nos fue posible en la casa de la calle de Nergal, como si fuese algo vergonzoso, como si ella estuviese casada con otro y actuásemos como amantes culpables que temían ser descubiertos cometiendo adulterio.

Y durante todo aquel tiempo el dios se mantenía sumamente reservado al respecto o se expresaba enigmáticamente. De ello me informó un sacerdote llamado Kalbi, un hombre honrado pero algo simple que no había aprendido a adaptar su lengua para expresarse de acuerdo con las circunstancias y que, por consiguiente, podía considerarse una persona de confianza. Desde luego estaba destinado a que nadie le escuchase, nadie con suficiente influencia para desviar sus desdichadas profecías. Así es cómo los dioses juegan con nosotros: haciendo que la verdad parezca una locura.

Kalbi sólo me visitó en una ocasión. No volví a verle, pero nunca olvidaré la impresión que me produjo. Era un hombrecillo extraño, de bruscos movimientos, aspecto descuidado y ojos saltones, como si se los empujasen desde atrás. Era hijo de Nergaletir, *baru* principal en tiempos del Gran Sargón, y descendía de una auténtica estirpe de profetas y adivinos.

Corría el mes de Siwan, en el que las crecidas están remitiendo y las tierras renacen a la vida bajo el cálido sol. Acudió a verme a mi palacio de Nínive: mis servidores me anunciaron su visita al regreso de una cacería en la que había acompañado al rey. Me sentía cansado y no estaba de humor

para oír chácharas de sacerdotes, pero no me pareció prudente despedir a una persona en cuya familia habían depositado los dioses sus confidencias desde hacía un milenio. De modo que le envié recado de que le recibiría en cuanto me hubiese aseado. Mis servidores le condujeron hasta mí mientras cenaba.

—Te ruego que me disculpes por haberte hecho esperar, venerable sacerdote. Siéntate, por favor, y ten la amabilidad de acompañarme a la mesa.

Pero Kalbi permaneció inmóvil en el centro de la estancia, inclinando levemente el busto, mientras estiraba violentamente su túnica y sus ojos saltones parpadeaban con dolorosa intensidad, como si estuviera previniendo alguna argucia.

—No, gracias. No he venido a cenar, señor.

—Por lo menos siéntate y toma una copa de vino… ¿Tampoco? ¿No quieres nada?

No se movía. Parecía haber echado raíces en el suelo. O quizá simplemente estaba decidido a mostrarse descortés: no pude adivinarlo.

—No estoy acostumbrado a las usanzas de la corte, príncipe.

Aguardó en silencio, expectante, casi tranquilizado, como si bastara con aquella respuesta. Pero mis servidores también estaban esperando y la comida que el esclavo me había servido se debía estar enfriando, por lo que decidí que no iba a morirme de hambre por una simple cuestión de etiqueta y comencé a comer.

—Me pregunto entonces qué te ha impulsado a visitarme —dije por fin, sonriendo amablemente, pese a que la presencia de aquel hombre comenzaba a incomodarme.

—Soy portador de mensajes —repuso, al parecer aliviado de que hubiese mencionado el objeto de su visita—. Mensajes extraordinarios y contradictorios, en realidad auténticos enigmas. Me siento desconcertado y no logro descifrarlos, señor, y me pregunto si tú podrías…

—¿Yo? —Me permití lanzar una carcajada, aunque no me sentía de humor para chanzas—. No tengo ninguna habilidad en ello. ¿Por qué has acudido a mí?

—Quizá porque eres el más afectado, señor. Muchos dicen que serás el próximo rey…

—Muchos, pero no creo que sea ése el propósito de los dioses.

—No, señor —negó con la cabeza. A la sazón parpadeaba con mecánica reiteración y sacudía regularmente la cabeza como si sus párpados fuesen cajas que se cerraran bruscamente y cuyo sonido le sobresaltara—. He consultado al dios muchas veces. Le he rogado que me diese a conocer su decisión, pero mantiene oculto tu *simtu*.

—Pero ¿te confía otros asuntos?

—Sí… Me habla de un reino de las sombras que está a punto de llegar y de un negro pájaro que vuela describiendo círculos sobre el señor Asarhadón.

Aparté el plato a un lado porque repentinamente había perdido el apetito.

—Ve con cuidado, sacerdote. El señor Asarhadón es un excelente soldado que no debe ser insultado y también es mi hermano, a quien amo. De modo que cuida lo que dices de él.

—No importa lo que yo diga, señor, sino lo que anuncia el dios. Los presagios no le favorecen, sino que le sitúan bajo un signo adverso: el señor Asarhadón jamás reinará contando con la bendición divina.

—Así pues, no reinará —concluí, bebiendo un trago de vino y fingiendo una calma que estaba muy lejos de sentir.

—Entonces, señor, ¿por qué el dios me muestra un valle de sombras en un próximo futuro? Aguardan tiempos adversos al país de Assur…, eso es lo que sé.

Y Kalbi me habló de presagios, del nacimiento de niños hermafroditas, de temblores de tierra, de negros nubarrones que ocultaban los picos de las montañas sagradas, de la muerte de las estrellas y de visiones procedentes de occidente en que la luna goteaba sangre.

—En el templo hay una mujer que cae en trance y la Santa Dama utiliza su lengua. Es una anciana que ha vivido en aquel recinto desde que era una niña y la diosa se ha expresado por su voz en cuatro únicas ocasiones: anoche fue la quinta. Pero la diosa oculta la verdad… ¿Te he mencionado los enigmas, señor? Se plantea una pregunta: «¿Por qué debe caer la estrella de sangre tras las aguas de occidente para levantarse de nuevo y eclipsarse por último eternamente a fin de que la tierra se marchite bajo el sol?» Pensé que tú podrías conocer la respuesta, Tiglath Assur, puesto que el dios marcó tu cuerpo con el signo de la estrella de sangre.

—Ignoro la respuesta. Déjame, sacerdote, déjame porque perturbas mi ánimo.

—Permíteme una última pregunta antes de marcharme, señor. ¿Conoces a un ciego que sin embargo ve?

—¿Cómo sabes…? —Me levanté con tanta brusquedad que derribé la mesa, volcando la copa de vino estrepitosamente en el suelo—. ¿Acaso le conoces? Yo…

—No, señor, no sé nada. Dicen que un *maxxu* ciego acude a visitarte. ¿Qué te dice, señor? ¿Te predice tiempos tenebrosos?

—No conozco a semejante persona. Jamás me ha hablado.

Nos miramos fijamente unos instantes. El vino se había extendido por el suelo como una mancha de sangre de la que yo no podía apartar mis ojos.

—Entonces que tengas buenas noches, señor.

Y se marchó. Cuando me volví para hablarle, había desaparecido.

De modo que mientras viajaba en nombre del rey y aguardaba con toda la nación que el dios diese a conocer su voluntad, había muchas cosas que absorbían mi mente. Hasta el mes de Ab no serían interpretados los oráculos. Aguardando a que se aproximara aquel momento recibí una carta de Asarhadón en la que me anunciaba que se proponía regresar a la ciudad con tal motivo llevando a su madre consigo…, aunque imagino que más bien fue totalmente al contrario, puesto que nada hubiese podido mantener alejada a Naquia en tal ocasión.

El día de su llegada fue el más tórrido de todo el verano. Los ladrillos de las murallas de la ciudad burbujeaban como grasa en el asador. No le compadecí por haber realizado tal viaje, porque en Sumer aún debía de hacer más calor, pero cuando le visité en su palacio le preocupaban temas muy ajenos a las incomodidades del camino.

Me recibió sentado en su jardín, bajo la escasa sombra que podía ofrecer un desmirriado olivo, sin atreverse a entrar en la casa y, pese a ser tan temprano, apenas pasaba una hora de mediodía, demasiado ebrio para pensar siquiera en cubrirse la cabeza.

—Vamos a tus habitaciones —le indiqué cuando estuve a su lado.

Asarhadón levantó hacia mí sus ojos muy abiertos y angustiados, como si no pudiese reconocerme.

—¡Vamos, hermano: con este calor y con la cantidad de vino que llevas en el cuerpo te arriesgas a sufrir una apoplejía!

Negó lentamente con la cabeza y dirigió su mirada hacia el suelo.

—¡Por los grandes dioses, Tiglath, me parecería una bendición poder morir tranquilamente en mi jardín! ¡Es terrible! Las peores desdichas se ciernen sobre mí. Temo verme condenado a llevar una existencia infortunada si no logro alejar de mí este *alu*…

Le quité la jarra de vino de las manos y me senté a su lado.

—¿A qué infortunio te refieres?

—¿Infortunio? ¡Ah, hablas del *alu*! Sucedió durante el viaje, casi ante las puertas de la ciudad. Una mangosta cruzó ante mi carro y murió aplastada por las ruedas.

—¿Y eso es todo?

—¿Te parece poco? —Me asió por el hombro como si quisiera hacerme reaccionar ante mi indiferencia—. ¿Acaso ignoras que el peor presagio que puede sobrevenirte es que te pase una mangosta entre las piernas? Los propios augures de mi madre están estudiando esta cuestión para ver si el *alu* sólo se produce cuando un hombre está en tierra…, porque yo me encontraba por encima del suelo, montado en mi carro. Y, de no ser así, si es posible realizar algún ritual…

—No tienes por qué preocuparte por semejante cosa en un día tan bochornoso como éste, hermano, porque los sesos parece que ya se te están recociendo. Jamás he oído tantas insensateces acerca de una mangosta.

Asarhadón se irguió como si desease afirmar su dignidad.

—No has profundizado tanto como yo en la lectura de los textos, hermano. Si lo hubieras hecho…

—¿Desde cuándo te has vuelto tan erudito? —pregunté, algo sorprendido—. Me consta que apenas sabes leer.

—He encargado que me los lean.

—¿Dónde? ¿En Sumer?

—Sí, naturalmente. —Asarhadón parpadeó sorprendido—. Estos conocimientos han alcanzado su perfección en Sumer.

—Entonces quizá el *alu* sólo se produce si la mangosta es sumeria.

—¿Crees que podría ser así?

—¡Por los grandes dioses, hermano! ¡Entremos ahora mismo o le quedará poco que hacer a tu *alu*!

Le pasé el brazo por la espalda y le empujé hacia sus aposentos, donde sus mujeres le humedecieron las sienes con agua fría. Por último se durmió y pudo olvidar el terrible presagio de la mangosta…, al menos durante un rato.

Eso era lo que su madre había hecho de él en tan sólo seis meses.

Al anochecer del sexto día de Ab, el dios hablaría por fin. Pasé la mañana de aquel día en brazos de Asharhamat en la casa de la calle de Nergal. Tuvimos que abrir las ventanas porque la habitación del piso superior era como un horno, aunque el cuerpo de Asharhamat siempre estaba fresco.

—Tal vez sea ésta la última vez que nos vemos —dije. Y mientras pronunciaba aquellas palabras el corazón me dio un vuelco en el pecho.

—¿Y si no fuese así? Si te nombran *marsarru*, ¿pedirás al rey que nos permita casarnos?

—Sabes muy bien que ésas serán las primeras palabras que surgirán de mis labios.

—Sí, lo sé.

—¿Pero y si no soy *marsarru*?

—Lo serás.

—Pero ¿y si no es así?

—Entonces prométeme una sola cosa.

—Si está en mi mano, te la prometo.

—Que mañana volverás aquí. Que la primera hora después de mediodía estarás en esta casa: no podría vivir si no te viese una vez más.

—Vendré —le aseguré—. Te lo prometo. Aunque me cueste la vida.

Y así aguardamos a que transcurriese aquel último día.

OceanofPDF.com

XV

Dos días después de que los augurios hubiesen manifestado que Asarhadón sucedería al monarca, el rey estuvo dudando y, aunque no comunicó el resultado al pueblo, la gente imaginó lo que había sucedido: al cabo de unas horas después de que el *baru* hubiese anunciado que las entrañas del *ginu* estaban libres de toda tacha, una multitud se presentó ante el palacio de mi hermano y arrojó basuras a su puerta. Hasta dos días después Asarhadón no fue nombrado *marsarru* ni se instaló en la Casa de Sucesión. La nación aguardaba presa de inquietud, mientras el rey se debatía entre sentimientos encontrados.

Circularon rumores de que algunos de los hijos menores del rey trataban de suscitar una rebelión entre las filas del ejército, aunque no llegó a producirse, y se supo con certeza que cierto escriba barbilampiño había difundido la noticia de que los sacerdotes habían falseado los presagios para proclamar un falso sucesor al trono.

Y yo era el culpable de aquellos incidentes. No tenía mi hermano la culpa de que tantas voces se alzaran contra él, sino yo porque había influido en las masas para que me acogieran como el heredero del señor Sennaquerib. Los había inducido a aceptarme como tal, a considerar inevitable mi elección, como voluntad divina, real y del propio pueblo. Y como era natural se sentían defraudados y culpaban a Asarhadón: yo era el culpable por mi presunción, era yo quien había fracasado y no él.

Hasta que por fin el rey apareció en público con Asarhadón a su diestra y declaró que, según la voluntad de los dioses, el hijo de Naquia, su única esposa con vida, sería su heredero. La gente no dio muestras de júbilo, pero aceptó la palabra del monarca y reinó la paz. Sin embargo, al día siguiente, decimonoveno de Ab y primero en que brillaba el sol desde que mi hermano era *marsarru*, se reveló como una jornada nefasta en la que los hombres se cubrieron de harapos, ayunaron y no yacieron con sus

mujeres. Así fue cómo Asarhadón tomó posesión de su cargo y cómo, a mi entender, se cumplieron las predicciones del *maxxu*: «No creas que te aguarda aquí la felicidad, príncipe, porque es otro el destino que te está reservado: amor, poder y amistad serán dulces al principio, pero amargos a la postre.»

Yo no me encontraba en la ciudad cuando el rey rompió su silencio. Había pedido, y me había sido concedido, el nombramiento de *shaknu* de Amat y de las provincias del norte, que estaban en constante ebullición en luchas fronterizas con las gentes de las montañas del este, como una olla sobre unos rescoldos constantes. Me dije que volvería a ser soldado y que quizá encontraría la muerte, si no gloriosa por lo menos útil, porque me parecía como si en la tablilla de mi existencia se hubiese escrito la última palabra. Y todo esto sucedía cuando yo aún no contaba veinte años.

Pero antes de que el rey autorizase mi partida tuvo que ser disuadido de su intención de prender a mi hermano y ordenar que fuese asesinado en algún oscuro calabozo.

—¡Aún soy el rey! —bramaba furioso, paseando arriba y abajo de sus aposentos privados.

Nos había convocado a medianoche al señor Sinahiusur y a mí y estábamos los tres solos, encerrados en su habitación.

—Pese a lo que pueda haber interpretado Rimani Assur en las entrañas de una cabra muerta, sigo siendo el rey, ¿es o no cierto? ¡Tenías que haberle visto, Tiglath: le castañeteaban los dientes, pese al calor reinante, y estaba mortalmente pálido! ¡Ese maldito sacerdote me ha mentido! Él y el asno de tu hermano han estado conspirando ¡y, por los grandes dioses, que antes de que amanezca ordenaré que los cuelguen cabeza abajo! ¿Qué os parece? ¿Qué decís a esto? ¡Traidores! ¡Traidores!

Y paseaba nervioso de uno a otro lado de su habitación. Sus sandalias resonaban sobre las baldosas. Había acudido a su llamada creyendo que iba a anunciarme mi elección y me sentía aturdido y confuso ante la ira y la agitación que le conmovían. No sería *marsarru*. Asharhamat jamás se convertiría en mi esposa: mi mente únicamente parecía comprender esas dos realidades.

—No existe ningún traidor, augusto señor —repuse finalmente con voz que sonaba distante, como si perteneciese a otra persona—. Tú mismo calificaste a Rimani Assur de hombre honrado.

—¡Sí, pero es un sacerdote! ¡Y los sacerdotes…!

El rey mi padre pronunció aquella palabra como si le dejase mal sabor de boca.

—Es un sacerdote, pero también un hombre honrado. Y mi hermano Asarhadón es la última persona que se atrevería a manipular los misterios de los dioses. Debes aceptar la voluntad de Assur.

—¡Mataré a Asarhadón! ¡Le mataré con mis propias manos, sacándole las entrañas y esparciéndolas por los suelos como un cesto de ropa sucia!

—Si matas a Asarhadón, si cometes tal iniquidad, semejante blasfemia, si le niegas su vida y sus derechos como tu legítimo heredero, abandonaré este país y jamás regresaré. No volverás a verme, augusto señor.

—¿Cómo? ¿Qué dice este muchacho?

—Éste muchacho es más inteligente que tú, hermano —intervino el señor Sinahiusur en tono grave y sereno—. ¿Deseas provocar una guerra civil?

—En cualquier caso la tendremos. ¿No os dais cuenta? ¿Imagináis que el ejército aceptará a Asarhadón cuando yo muera, a Asarhadón, que si pudiera reconstruiría Babilonia mañana mismo? ¿Creéis que le aceptarán? ¡Vamos! ¿Qué decís?

El rey se desplomó en una silla y fijó la mirada en sus pies como si creyese que en cierto modo le habían traicionado.

—Le aceptarán si tú le aceptas. Le aceptarán si Tiglath también le acepta —repuso el *turtanu* mirándome—. ¿Qué dices, Tiglath? ¿Acatarás la voluntad divina o dividirás a la nación luchando contra ese hermano a quien dices amar?

—Sabes cuál es mi respuesta, señor… Ya te la he dado en otras ocasiones.

Sinahiusur hizo una señal de asentimiento: había comprendido.

—Te compadezco, sobrino —repuso finalmente—. Tal es lo que sucede a los hombres que creen poder dirigir a los dioses confiando imponer al final su propia voluntad. Pero es muy duro. Imagino que sentirás más duramente el castigo, aunque no sea tuyo el pecado.

«Aunque no sea tuyo el pecado», aquello era lo que me había dicho el *maxxu*. Me sorprendió tal coincidencia. Sinahiusur y yo cambiamos una

mirada que me hizo preguntarme hasta qué punto podía estar enterado de aquel asunto.

Sin embargo me bastó recordar a Arad Ninlil para dudar que yo estuviera exento de culpa. ¿Acaso no lo había consentido al igual que Asarhadón? De haber sido así, el dios encontraba el medio de castigarnos.

—¡Mataré a Asarhadón!… ¡Sí, acabaré con él! —repitió el rey mirándome con ojos inexpresivos.

Pero ya no manifestaba igual convicción. Se había disipado su ira y únicamente sentía pesar. Me acerqué a su lado, me arrodillé a sus pies y Sennaquerib me abrazó llorando. Lloraba como si tuviese el corazón destrozado.

—¿Y qué será de ti? —dijo por fin cuando hubo agotado sus lágrimas y se hubo serenado—. ¿Qué será de ti, hijo mío? Asarhadón jamás se sentará tranquilo en el trono mientras vivas. Te das cuenta de ello, ¿verdad?

—No tengo nada que temer de Asarhadón, como tampoco él de mí.

—Sí…, el amor fraterno es muy hermoso.

Lo dijo con cierto disgusto, como si reconociese una debilidad peligrosa, y siguió sentado en silencio, con la mirada perdida en el vacío, reflexionando aparentemente sobre la crueldad del amor.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Debo salir de la ciudad por un tiempo —repuse—, Creo que sería conveniente que me ausentase largo tiempo y, si el dios así lo quiere, no habrán focos de descontento. Dale una oportunidad a Asarhadón y se hará digno de tu confianza.

—¿Y adonde irás, hijo mío?

—Augusto señor, si me amas, envíame donde desees que se vierta sangre. Combatiré en una lucha larga, dura y terrible, y así mi corazón quedará exento de cualquier debilidad.

El rey mi padre cambió una mirada con el señor Sinahiusur, que dio muestras de aprobación.

—Aunque todavía no puedo asegurarte lo que haré —murmuró, paseando nerviosamente sus ojos en torno como si no pudiera fijar su atención más de un instante—. Aún no he decidido nada. Ya tendrás mis noticias.

Me despedí con una inclinación y el rey y su *turtanu*, su hermano, como Asarhadón lo era mío, siguieron hablando hasta el amanecer, aunque

sólo existía una solución: el rey designaría a Asarhadón su sucesor al trono y yo tendría que encontrar el modo de conseguir que mi existencia fuese tolerable. Acaso encontrase la felicidad sin ser rey, pero no podía resistir la idea de no volver a verla.

Salí a uno de los múltiples jardines de palacio ocultándome a las miradas de los hombres en la negra noche y me recosté contra una columna rodeado por la más intensa oscuridad, tratando de comprender por qué no parecía sentir nada. Era como si una mano me oprimiese el pecho impidiéndome respirar, más mi corazón se había insensibilizado.

«Es igual que estar muerto —pensé—, como si fuese una alma que revoloteara entre el viento…, incorpórea, desapasionada, sin vínculos con la existencia.»

Corría una suave brisa, cálida y densa como el agua, que me envolvía igual que una sombra.

—¡Asharhamat! —susurré. Y en aquel preciso instante sentí el escozor de las lágrimas en los ojos y comprendí que debía superar la pérdida de mi amada—. ¡Asharhamat!

Y allí, en la oscuridad, sin que nadie me viera, el dios me permitió aligerarme del pesar que me oprimía el corazón.

A la hora primera después del amanecer compareció un mensajero a mi presencia portador del real nombramiento: había sido destinado a Amat, abandonaría Nínive aquella misma noche, secretamente, acompañado tan sólo por una escolta de veinte hombres. Marcharíamos a toda velocidad. Ya habían sido despachados emisarios hacia el norte para anunciar mi llegada, y dispondría de plenos poderes militares como en tiempos de guerra. Me quedaba únicamente un día para dejar a mis espaldas todo cuanto hasta entonces había constituido mi vida.

¡Amat! ¡Cómo mortificaría a Asarhadón esta noticia! ¿O acaso era eso lo que se proponía el monarca?

Aguardé una hora y luego otra sin que nadie acudiera a anunciarme que Asarhadón había sido proclamado *marsarru*, acaso ni siquiera él mismo había sido informado. Me propuse visitarle antes de mi marcha. Acudiría a rendirle acatamiento para que nunca pudiera decirse que no había recibido muestras de sumisión de su hermano.

El palacio de Asarhadón se encontraba en el extremo opuesto de la mansión de la Casa de la Guerra. Mientras cruzaba los patios de los polvorientos cuarteles me encontré con grupos de soldados que me observaban como si se encontraran ante un prodigio de la naturaleza. ¿Habría caído en desgracia e iba camino de la muerte? ¿Sería su próximo monarca? No podían adivinarlo y, por tanto, ignoraban si debían saludarme a mi paso o permanecer indiferentes, por lo que en su mayoría se limitaban a mirarme.

Acudí directamente a los aposentos de mi hermano sin que ninguno de sus servidores tratase de detenerme. Huían medrosos de mí como si temiesen que llevase una daga bajo la capa.

Asarhadón solía desayunarse tarde, por lo que todavía le encontré sentado a la mesa, vestido con una sencilla túnica de lino, descalzo y rodeado de sus mujeres. Me incliné ante él con el puño cerrado sobre el corazón.

Una de las gemelas babilonias rió nerviosamente.

—El señor Tiglath se muestra muy ceremonioso esta mañana —bromeó, viéndose coreada por una oleada de risitas femeninas.

—¡Fuera de aquí! —exclamó Asarhadón mirando en torno, y las risas cesaron al punto—. ¡Salid inmediatamente!

Las mujeres se desperdigaron en todas direcciones como una bandada de codornices sorprendidas, y Asarhadón y yo nos quedamos solos.

—De modo que los oráculos de mi madre no mentían —dijo.

—Sí, señor. Estaban en lo cierto.

Señor. El rostro de mi hermano mudó su expresión al oír aquella palabra que pareció recibir con visible desagrado.

—¿Te ha enviado el rey para que me lo comuniques?

Negué con la cabeza esforzándome por mostrar indiferencia, como si no fuese más que un simple mensajero. Eran muchas las cosas que nunca podría confiar a Asarhadón, a quien amaba y que jamás volvería a ser mi amigo.

—El rey llegará a ver las cosas como deben ser —le indiqué sin mirarle abiertamente—. En cualquier momento te convocará a su presencia y con su propia mano te guiará a la Casa de Sucesión, pero, no olvides esto, tendrás que darle tiempo. Permanece entre los muros de tu casa sin ver a nadie hasta que te haga llamar.

Me observó entornando los párpados como si recelase alguna traición, pero finalmente hizo una señal de asentimiento.

—Por tu boca se expresa la prudencia, Tiglath. Obraré como me aconsejas. Y ahora ven, siéntate conmigo y tomemos una copa como buenos hermanos. ¿O has aprendido tan pronto a no amarme?

En su tono advertí cuan herido se habría sentido si hubiera rechazado su invitación, de modo que le obedecí permitiendo que llenase mi copa, aunque temía atragantarme con ella.

—Las cosas han cambiado entre nosotros —le dije por fin—. Tú reinarás en el país de Assur y yo seré tu súbdito. Sería conveniente que ambos lo entendiésemos así, Asarhadón. Y también existen otras razones.

—Como es natural, te refieres a la señora Asharhamat.

—No volveré a verla. Será tu mujer y te dará los hijos que te sucederán.

—Tiglath, hermano, si por mí fuese, podrías quedarte con ella: está a tu disposición. ¡Por los sesenta grandes dioses, te la cedo! —Me puso la mano en el brazo, asiéndome con fuerza, como si aquello se pudiese zanjar entre nosotros.

—¡Ojalá fuese tan sencillo, hermano!

—Entonces te dejaré elegir…, ya lo verás. Te compensaré con creces, te daré el doble, ¡no, el triple! Puedes quedarte con Lea y con las egipcias, lo más escogido de mi harén. ¡Pero déjame a las gemelas babilonias, te lo ruego! Los hombres deben disfrutar de algún placer en su vida.

Y lo más patético era que hablaba en serio. Entonces comprendí que nunca llegaría a entenderle. Me limité a negar con la cabeza.

—Esta noche partiré de Nínive —le notifiqué—. Me voy al norte, a combatir contra las tribus de las montañas. Será mejor así.

Asarhadón retiró su mano de mi brazo.

—Me parece que estás celoso, Tiglath…, celoso y despechado. Es el destino que yo había pedido. ¡Yo, que no deseaba otra cosa! Lo que me arrebata te lo entrega a ti generosamente.

—Gobernaste Sumer.

—¡Sumer! —Frunció el entrecejo disgustado—. Allí me sentí como un pastor de ovejas… Podías morirte de aburrimiento en Sumer. El rey te ha concedido esa plaza sólo para demostrar el desprecio que siente hacia mí.

—Me ha dado este destino porque se lo he pedido.

—Entonces eres tú quien me desprecia.

—Sabes que eso no es cierto.

Por un momento pareció a punto de levantarse y golpearme y pensé que todo había acabado entre nosotros. Pero luego se tranquilizó y superó la lucha que sostenía consigo mismo.

—Sí, lo sé.

—Las cosas no han resultado como nosotros hubiésemos querido. Eso es todo.

—Sí, así es. —Fijó la mirada en su copa de vino como si tratase de encontrar algo en ella—. ¿Crees que será debido al maleficio de la mangosta?

Como no sabía qué decirle, me abstuve de responderle y durante largo rato permanecimos en silencio.

—¿Cuándo te vas? ¿Esta noche? —preguntó Asarhadón por fin, como si se tratase de algo que hubiese olvidado momentáneamente.

—Sí, hoy.

—Entonces te perderás la ceremonia de mi exaltación… Lo siento. Aunque quizá te produciría escaso placer.

—Con gusto la presenciaría, hermano. Pero no deseo asistir a tu matrimonio.

—¡Las mujeres son una maldición! —Movió la cabeza irritado al parecer ante aquella dificultad insalvable—. ¿Estás seguro de que no quieres quedarte con algunas de las mías? ¿Ni siquiera con Lea?

No podía responderle: en tales cuestiones mi hermano tenía la cabeza llena de serrín. Me levanté de la mesa y Asarhadón me imitó y, cuando una vez más traté de inclinarme ante él, me estrechó entre sus brazos: al igual que yo, comprendía que en cierto modo nos separábamos para siempre.

En el vestíbulo que conducía a la entrada principal, aquella puerta por la que antes de una hora el pueblo de Nínive desahogaría su ira y en donde ya se estaba reuniendo un tropel de individuos ambiciosos, me encontré con Naquia.

—Veo que no has venido a asesinar a mi hijo, Tiglath Assur —me saludó sonriendo ante su propio ingenio.

Se mostraba radiante y triunfal. No pude menos que pensar que parecía un gato jugando con un ratón.

—No, señora, es mi hermano y mi señor.

—Pero deduzco que ya no es tu amigo.

—¿Acaso los reyes pueden tener amigos, señora? De ser así, yo lo sigo siendo.

—Tu comportamiento es tal como debe ser, Tiglath —dijo, tendiéndome la mano—; aunque siempre has sido así. Te felicito por la firme nobleza de tu carácter.

Sabía que se burlaba de mí, pero cogí su mano y toqué con ella mi frente porque ya era la madre del rey y merecía esas muestras de respeto, mas en el fondo de mi corazón la odiaba.

Miré en torno a los hombres que nos observaban a prudente distancia sin atreverse a acercarse demasiado… Sí, desde luego, todos lo sabían: por entonces ya lo conocía toda la ciudad. Pero Naquia siempre lo había sabido: lo leía claramente en su rostro.

—La voluntad divina se ha cumplido —dijo como si respondiera a la pregunta que apenas se había configurado en mi mente.

Sí, era evidente que ella siempre había sabido de qué modo concluiría aquello. No podía dejar de preguntarme cómo habría sido, aunque no deseaba conocer la respuesta porque ya entonces intuía que sería preferible ignorarla.

Cuando pasé por la Casa de la Guerra, de regreso a mi hogar, me detuve en el cuartel del *quradu* y me encontré con Lushakin, mi antiguo *ekalli*.

—¿Tienes ánimos para emprender otra campaña?

Me miró un momento rascándose la barba con aire pensativo. Al igual que todos, estaba al corriente de los rumores que circulaban.

—¿Contra quién debemos luchar? —preguntó sin ningún asomo de impertinencia—. Si no tratas de enfrentarte al rey, soy tu hombre, príncipe, aunque me conduzcas a las puertas del infierno.

—No, Lushakin, antiguo camarada, no te incito a una guerra civil. No pienso emprender ninguna acción que haga peligrar el ascenso al trono de mi hermano Asarhadón.

—¿Entonces es cierto que no serás *marsarru*, príncipe?

—El dios ha decidido otra cosa.

Lushakin, que no era un necio, se abstuvo de responderme. Pero la expresión que ensombreció su rostro evidenciaba que hubiese comprendido

perfectamente cualquier otra explicación.

—¿Qué quieres de mí?

—Tan sólo esto: reúne veinte hombres que estén hastiados de paz. Diles que se preparen para salir esta noche, mas no les hables de mí. Bastante inquietud reina ya en la ciudad… Quiero marcharme sin que nadie se entere. Limítate a decirles que guerrearemos contra las tribus de las montañas del norte, nada más.

—Será como tú digas, príncipe.

Sólo me quedaba una cosa que hacer para liberarme de todo compromiso, para quedarme tan libre como si hubiese muerto.

Desde que celebré mi entrevista con el rey no había dormido, pero no podía atribuir a falta de descanso la agitación que sentía. Todo estaba tomando un peculiar e irreal aspecto, como si no viviese mi propia vida, al igual que si todas aquellas cosas le sucediesen a otra persona y yo presenciase impotente los hechos. O, más exactamente, era como una de esas pesadillas que se viven intensamente, aunque sabemos que estamos soñando y que se desvanecerán en cualquier momento.

«Tal vez dentro de un momento despertaré y me encontraré en mi propio lecho —pensaba—. Volveré a tener seis años y me sentiré a salvo en la habitación de mi madre, en el gineceo. No es posible que mi vida se reduzca a esto.»

En la casa de la calle de Nergal parecía reinar la muerte; se diría que era una tumba largo tiempo olvidada. Me resultaba increíble que tan sólo ayer hubiese abrazado en ella a Asharhamat, pletórico de esperanzas. Parecía que no entraba nadie allí desde hacía siglos. La habitación donde se encontraba nuestro lecho era igual al escenario de un terrible infortunio, cuyo recuerdo persiste como una maldición de modo que la gente rehúye aquel lugar y lo abandona hasta que queda en ruinas.

«Vendré aunque me vaya en ello la vida», había dicho a Asharhamat. «No volveré a verla», había prometido a Asarhadón. Ambas promesas implicaban un absoluto compromiso moral: debía mantenerlas y, sin embargo, ambas parecían contradecirse. Me senté abrumado en el borde del lecho, la cabeza me dolía terriblemente y el pecho parecía a punto de estallarme. Afortunadamente, ignoro por qué razón, me había dejado la jabalina en casa. En aquel momento, al borde de la desesperación, hubiese podido utilizarla hundiéndola en mi corazón.

Tenuemente, como si se sucedieran a enorme distancia, percibía bajo mi ventana los cotidianos ruidos de la calle, de la calle que se hallaba detrás de aquella, de todo aquel distrito, de la ciudad entera. La vida seguía en Nínive sin contar conmigo, como si a nadie le importase que Tiglath Assur pudiese perder el deseo de continuar existiendo, como si jamás hubiese vivido aquella vida.

Perdí la noción del tiempo que permanecí allí sentado. O, por lo menos, no parecían contar para mí las nociones del tiempo. Y, de pronto, inesperadamente, llegó a mis oídos el sonido familiar de una mano que golpeaba en la puerta desde el otro lado, en la casa que comunicaba con aquella. Sonaron unos golpecitos, una pausa, y de nuevo los golpecitos.

—¿Tiglath, estás ahí? —preguntó por fin Asharhamat.

Traté de hablar, abrí la boca y volví a cerrarla, incapaz de proferir ningún sonido. Ni siquiera podía levantarme del lecho: era como si me hubiesen abandonado las fuerzas…

—¡Tiglath, respóndeme! ¡Sé que estás ahí! ¡Déjame entrar!

Silencio. Y nuevamente el sonido de sus puños golpeando, esta vez con más fuerza.

—¡Tiglath, déjame entrar! ¡Tiglath!

Aguardé conteniendo incluso la respiración. No podía apartar de mi mente la idea de que ella podía marcharse, de que jamás volvería a oír su voz y que la perdería para siempre. Y, sin embargo, no lograba articular palabra.

De pronto, en un arrebato de furia, golpeó otra vez la puerta igual que sí pretendiese derribarla. Advertí cómo vibraban sus goznes de cuero mientras ella propinaba patadas en la parte inferior.

—¡Tiglath! ¡Tiglath! ¡Sé que estás ahí! ¡Has venido como me habías prometido! ¿No te das cuenta de que nos han traicionado? ¡Déjame entrar, déjame, déjame, déjame…!

Sus palabras se encadenaban hasta que dejaron de ser palabras. A la sazón sollozaba y, a juzgar por el sonido, comprendí que debía de estar arrodillada enfrente. Sollozaba ininterrumpidamente golpeando la tosca madera con tanta fuerza que sin duda debió de ensangrentarse las manos. Por fin comprendió su impotencia como un pájaro que golpea con sus suaves alas los barrotes de su jaula, hasta que se le rompen las alas y el corazón estalla…

Y de pronto se interrumpió y únicamente percibí el murmullo de su llanto, un prolongado gemido como el de un chiquillo exhausto. Y después la nada, el vacío.

En el curso de una larga vida los hombres hacen muchas cosas cuyo recuerdo los aflige y remuerden su conciencia. Todos los actos realizados por despecho, cobardía o crueldad se acumulan en el espíritu como las diminutas grietas que se aprecian en el barniz de un tarro viejo. Durante mi existencia he cometido muchos actos perversos y cobardes, pero de lo que más avergonzado me siento es del silencio que mantuve mientras Asharhamat me pedía a gritos que la acogiera por última vez en mis brazos. Simplemente sentía miedo y el miedo es más terrible que el temor al dolor e incluso a la muerte. Si la hubiese tenido ante mí no hubiera podido seguir viviendo ni un instante más sabiendo que no podría volver a verla y tampoco tenía valor para decírselo. El sonido de su llanto tras la puerta fue el último vínculo de nuestro amor. Me limité a escuchar, impotente, rogando que ella no me abandonase en seguida sumiéndome en las tinieblas.

Por último la oí levantarse del suelo y distinguí el suave roce de sus manos contra la puerta al apoyarse en ella. Pensé que entonces se marcharía y me pregunté si debía detenerla, si aún me quedarían ánimos para intentarlo.

Cuando volvió a hablarme se expresó con serenidad. Todavía le temblaba la voz a causa de la emoción, pero parecía haberse tranquilizado. Era como una fresca y cálida lluvia invernal en primavera, llena de ira contenida.

—Tiglath, sé que puedes oírme —manifestó como si midiera cada palabra—. Me consta que ahora me das la espalda y no voy a perdonarte. Sé que me amas y gustosamente hubiera dado la vida por oírtelo decir por última vez, pero en estos momentos deseo que nuestro amor se convierta en una maldición para ti, espero que te atormente hasta la muerte, al igual que me sucederá a mí, y que llegue a enloquecerte.

«Intenta comprenderme —pensé—. Inténtalo, amor mío, trata de entender que no me queda otra elección. ¡Trata de comprenderlo!»

Pero ella estaba ofuscada, obcecándose en su desesperación. ¿Por qué iba a perdonarme? Tenía derecho a odiarme por haberla traicionado.

—Me casaré con Asarhadón —prosiguió—. Le daré los hijos que deben asegurar su sucesión y trataré de hallar placer en su lecho, no amor, porque ese sentimiento ha muerto en mí, aunque acaso sí pueda sentir placer. Deseo que recuerdes cada noche de tu vida que compartiré el lecho de Asarhadón en la Casa de Sucesión y que será él quien me abrace y no tú. Él será el dueño de mi cuerpo…

Aquello fue el final. Seguidamente percibí el sonido de sus pisadas alejándose de mí. Cuando comprendí que había desaparecido, entonces —sólo entonces— hundí el rostro en mis manos y sollocé amargamente.

Cuando emprendí el camino de regreso a mi hogar ya había oscurecido. Transcurrió mucho tiempo hasta que logré superar aquella paralización de mi voluntad —si se me permite semejante eufemismo para calificar mi cobardía—, antes de que me abandonase aquella sensación de anonadamiento, para ser sustituida lentamente, poco a poco, por una terrible, ciega e incontrolada ira. Ella se había ido para siempre. Odiaba la idea de seguir existiendo, pensar en las horas, días y años que me esperaban sin tenerla a mi lado. Deseaba matar, destruir, hacer partícipes a los demás de aquel dolor para que no me destrozase.

No podía imaginar qué pensaría la gente de mí mientras avanzaba dando tumbos por las calles. Había oscurecido y me cubría con una simple capa de soldado, por lo que nadie hubiese podido identificarme. Pero comprendía que para todos, para mí mismo, parecía semienloquecido. Recuerdo que en una o dos ocasiones alguien me miró y se alejó rápidamente de mi lado.

—¿Estás solo, poderoso señor? ¿Deseas contarme tus penas y que te consuele?

¿Quién era la persona que así me hablaba? Lo ignoraba: aquellas palabras parecían llegar de la nada. Volví la cabeza y descubrí a una insignificante ramera, apenas un chiquilla, que me sonreía insegura, como debatiéndose entre la necesidad y el temor.

Su presencia me enfureció y sentí deseos de aplastar su rostro sonriente y burlón. Odiaba a aquella vulgar prostituta. No la había visto nunca y, sin embargo, la odiaba más que a nadie en el mundo.

«¡Cuan fácil sería matarla —pensé—. No tardaría ni un instante. ¿Por qué no hacerlo?»

Y la así por el cuello apretando con tanta violencia que la levanté del suelo…

Y luego, repentinamente, dejó de interesarme y la solté pensando que no valía la pena.

La muchacha estaba asustada, pero ilesa. Saqué un puñado de monedas de plata del bolsillo, más dinero del que supongo habría visto en su vida, y lo arrojé en su regazo. La mujer lo recogió a toda prisa, se levantó y echó a correr como un conejo, sin duda considerándose inmensamente afortunada. En realidad podía creerlo: había estado a punto de asesinarla.

—Que los grandes dioses me protejan de la locura —susurré.

«… que llegue a enloquecerte», había dicho ella. Aquéllas eran las palabras que Asharhamat había pronunciado, la maldición que me había dirigido. Pensé que quizá ya se hubiese consumado…

Casi hubiera deseado que fuese cierto.

Al igual que Asarhadón, yo tenía un palacio en la ciudad, aunque no vivía en él. El rey había dispuesto que me alojara en el complejo de edificios que constituían su residencia, deseaba tenerme cerca como si, en cierto modo, permaneciendo dentro del radiante círculo de su *melammu*, pudiera transferirme el aura de luz divina que, según se dice, emana de aquel a quien Assur ha elevado al poder.

Pero si era aquello lo que se proponía, no había surtido efecto. Mientras me introducía por la puertecilla lateral que daba al jardín no podía menos que preguntarme quién ocuparía al día siguiente aquellos aposentos cuando yo hubiese emprendido el camino por la polvorienta carretera del norte, acaso para no volver jamás.

No encontré a nadie que recogiese mi capa, de modo que la dejé en un banco en el que me senté porque no podía decidirme a hacer otra cosa.

Antes de dos horas debía vestir mi armadura de campaña, recoger la espada y la jabalina y recorrer el reducido trayecto que me separaba de la Casa de la Guerra. Allí me estarían aguardando Lushakin, sus veinte hombres con los caballos y partiríamos de la ciudad como sombras. Pero hasta aquel momento mediaba un largo espacio de tiempo vacío.

Sentí deseos de beber un trago de vino. Acudí al gran salón porque me resistía a llamar a un esclavo, pero tampoco allí había nadie.

Me decidí a dar algunas voces a las que no obtuve respuesta: al parecer todos mis sirvientes habían desaparecido.

Es intolerable que un príncipe de sangre real se encuentre solo en su propia casa. Desde los tiempos en que había dejado de ser un muchacho, cuando compartía con Asarhadón una habitación en la Casa de la Guerra, siempre me había visto asistido por los servidores de la casa real. Los encontrábamos constantemente a nuestro alrededor, tan omnipresentes que habían llegado a pasarnos inadvertidos como el mobiliario o el color de las paredes. Más en aquellos momentos evitaban mi presencia. ¿Qué significaba aquello?

Se me ocurrió la idea de que alguien, acaso el rey, el señor Sinahiusur o cualquier otra persona, hubiesen decidido que había llegado mi último momento. Mi casa sin duda estaba vacía, para que no hubiese ningún testigo cuando los asesinos segasen mi vida como el trigo en sazón.

De modo que era aquello. La idea de morir no me horrorizaba: no me mostraría cobarde. Pero no aguardaría pasivamente a que alguien me rebanase el pescuezo. Una muerte como aquélla carecía de dignidad y, por lo menos, quería morir dignamente. Les haría pagar caro el placer de asesinarme.

En la pared, tras la silla donde me sentaba para comer, aparecían sendas jabalinas cruzadas que proclamaban mi condición de soldado. Cogí una de ellas, comprobé con el pulgar cuan afilada estaba la punta de cobre y salí a investigar quién podía estar persiguiéndome para tratar de llevarme por delante a quienes quisieran matarme. Aquella perspectiva me produjo una maligna complacencia.

Me quité las sandalias para deslizarme sin ruido por las baldosas, empuñé el arma con ambas manos y salí en busca de mis víctimas.

¿Dónde me estarían esperando? ¿Imaginarían que había adivinado sus intenciones? Traté de considerar el problema desde su perspectiva. Cuando llegué a la casa no me habían atacado en el jardín y ello sólo podía ser debido a que no deseaban arriesgarse a que alguien pudiese verlos casualmente. Tal vez aguardasen en la salida, pero sin duda realizarían su intento en algún lugar del interior de aquella ala de palacio, confiando que muriese silenciosamente.

Me dirigí a mi dormitorio pensando que acaso los encontraría antes de llegar allí.

Cuando conocemos la proximidad del enemigo los sentidos se aguzan como el filo de una navaja. Aquella tórrida noche, aunque la atmósfera era tan densa que apenas discurría un soplo de viento por las ventanas abiertas, percibía los sonidos más imperceptibles. Distinguía la caída del polvo por el espacio vacío, el débil silbido de una lámpara de aceite encendida en algún lugar, el propio sonido de la oscuridad. Si en cualquier rincón se hubiera encontrado un asesino aguardando espada en mano, hubiese distinguido los latidos de su corazón. Pero no había nadie. Avancé cauteloso y en silencio hasta llegar a un pequeño pasillo que conducía a mi habitación.

Bajo la puerta, que aparecía levemente entornada, surgía un breve destello de luz amarillenta. Comprendí que alguien se encontraba allí…, aunque no imaginaba de quién podía tratarse, pero era tan evidente como si aquella persona hubiera proclamado su nombre.

Apoyé la mano en la puerta, primero únicamente los dedos y luego, con la palma, percibiendo la resistencia que ofrecían los goznes de cuero y la empujé con todas mis fuerzas.

En el suelo, junto al lugar donde solía dormir, se encontraba una lámpara encendida, que proyectaba extrañas sombras en el techo como si por la habitación discurriesen espíritus malignos que agitasen sus negras alas. Desde aquel lugar dominaba casi toda la habitación: no había nadie acechando en ningún rincón.

Y entonces advertí que se removía la manta que cubría el jergón en el que yo solía dormir. Distinguí un brazo que asomaba por ella. Apartándola a un lado, descubrí a una mujer que me miraba sonriente. Por un instante, un breve momento, abrigué insensatas esperanzas y luego comprobé que se trataba de Shaditu.

—He despedido a tus servidores —manifestó, descubriéndose y exhibiendo sus blancos senos—. Son exageradamente leales a su amo, por lo que me he visto obligada a sumar algunas amenazas con el oro que les he ofrecido para conseguir que nos dejasen solos.

Por unos instantes me sentí enloquecer. Proferí un grito salvaje y arrojé con todas mis fuerzas la jabalina que estaba empuñando. El arma se

clavó en la pared a menos de tres dedos de distancia de la cabeza de Shaditu. Me pregunté si me proponía errar el disparo. Pero no lo creía así.

La muchacha me miró con ojos desorbitados por el pánico, pero aquella expresión se desvaneció rápidamente. Estaba temblorosa y jadeante, mas no por causa del miedo.

—¡Oh, Tiglath! —murmuró presa de excitación—. ¡Cómo sabes enardecer a las mujeres!

Y a continuación echó violentamente la cabeza atrás y comenzó a reír. Sus argentinas carcajadas resonaron por la habitación, disipando las sombras. Al igual que el ladrido de un perro ahuyentaría a una bandada de pájaros posados sobre una rama, las sonoras carcajadas de Shaditu llenaron la estancia y se infiltraron en mi mente retumbando de tal modo que sentí como si fuera a estallarme la cabeza.

—¿Así es cómo cortejabas a la señora Asharhamat? —preguntó sin que la risa le permitiese hablar—. ¿Así conseguiste enamorarla, Tiglath? ¿Demostrándole cuan fácilmente podías atravesarle las carnes con una lanza? Ven…, puedes introducirme tu otra lanza, puedes hundirla todo cuanto quieras.

Y para demostrarme sus intenciones, apartó totalmente la manta que la cubría y abrió generosamente las piernas.

—Ven, Tiglath, mi querido y valeroso hermano. ¿Acaso este objetivo no es bastante importante para ti? ¡Ja, ja, ja!

Sus senos y su vientre se agitaban espasmódicamente a impulsos de la risa. Y de repente se interrumpió y me sonrió ladina y maliciosamente como si pudiese calar en mi corazón.

—Jamás volverás a poseerla, Tiglath —amenazó—. Tendrás otras mujeres, muchas mujeres si no me equivoco, pero jamás conseguirás a la señora Asharhamat, que está destinada a procrear reyes bajo el peso de Asarhadón como cualquier ramera. Déjasela a él, Tiglath Assur, héroe, poderoso guerrero, y acércate para que te demuestre cuan poco has perdido.

Existe un límite que los hombres no pueden resistir sin perder su virilidad. Es una sensación vaga, una línea que fija la demarcación existente entre la ira, el deseo, el pesar, la alegría y el terror delirante. Es el límite de cuanto podemos resistir antes de sentirnos anonadados y nadie cruza esa línea por voluntad propia. Yo lo hice mientras sufría el escarnio que mi hermana Shaditu hacía de mí. La odiaba. Creí que aquello era todo

lo que sentía, un amargo odio, mientras ella se refocilaba ante el espectro de mis perdidas esperanzas… Creí que eso era todo, mas estaba equivocado.

Si añadía otra palabra…

Avancé un paso hacia ella, luego otro, sin darme cuenta de lo que hacía, sin apenas comprender la razón.

—¿Creías que podía concluir de otro modo? ¿Acaso pensabas que permitiría que fueses de esa lagarta?

Shaditu no apartaba sus ojos de mí, mientras proyectaba mi sombra sobre su cuerpo desnudo, sin dejar de hablarme con su ronca y lasciva voz, cuyo sonido parecía clavarse en mi corazón como el filo de una daga mellada.

—Tú no estabas destinado para alguien así, Tiglath Assur, querido y necio hermano. ¿Qué puede ella ofrecerte que yo no posea?

Cuando llegué a su lado tendió las manos para tocarme. La así del brazo por la muñeca y la atraje hacia mí, leyendo en sus ojos tan viva expectación que me llenó de una intensa oleada del más puro odio, aunque estaba muy lejos de ser puro. Dejé caer sobre ella mi mano con dureza, abofeteándola, y su cabeza cayó hacia atrás con tal violencia que estuvo a punto de romperle el cuello. Cuando volvió su mirada hacia mí, los ojos le brillaban de dolor y por la comisura de sus labios corría un leve reguero de sangre. No pude resistir su sonrisa y volví a golpearla con el puño cerrado, obligándola a proferir un grito.

«Ojalá vuelvas a insultarme —pensé—. Así tendré un motivo para matarte, aunque apenas lo necesito.»

—¡Oh, hermano! —susurró entre sus labios tumefactos—. ¡Cuánto te amo! ¡Ven, déjame lamer la sangre de tus dedos!

Se asió de mi brazo con la mano que tenía libre y trató de incorporarse. Yo intenté liberarme de ella, pero se había aferrado con tal fuerza como si en ello le fuese la vida.

—¡Déjame besar tus crueles manos! —murmuró con voz apagada y temblorosa—. ¡Déjame!…

No pude evitarlo. Lágrimas de angustia rodaban por mis mejillas y las rodillas me temblaban. Me arrodillé junto a ella y le apreté el cuello dispuesto a estrangularla. ¡Tenía que matarla!… ¡La mataría! ¿Por qué

entonces no reflejaban sus ojos ningún temor? ¿Por qué me acariciaba los brazos si me proponía aniquilarla?…

Pero no lo hice. De pronto comencé a besarle el rostro con violenta furia. Shaditu gimió suavemente y me pasó la lengua por los labios.

—¡Maldita seas! —susurré—. ¡Maldita seas!

—¡Sí…, sí! ¡Lo que tú quieras!

Deslizó la mano bajo mi túnica y asió mi miembro —con gran sorpresa por mi parte descubrí que estaba henchido y duro— y lo acarició tan expertamente que mi respiración se volvió jadeante.

—¡Hiéreme, hermano, sí! ¡Véngate en mi cuerpo, Tiglath Assur, favorito de los dioses, auténtico rey! ¡Mátame si ello te place! ¿Quién con mejor derecho? ¿Qué me importa morir a tus manos?

Pero no la maté. Le cubrí los senos con las manos, apretándolos con fuerza hasta que gritó de dolor. Sin embargo, aquel sentimiento se confundía con un intenso deseo como si temiese que no siguiera adelante y, aunque la estaba lastimando, comenzó a quitarse la túnica por la cabeza.

¡Tiglath Assur, favorito de los dioses! Últimamente los dioses me habían mostrado su predilección de un modo muy extraño. Mas no pensé en preguntarle qué quería decir…, no lograba concentrar mis pensamientos en cuanto estaba sucediendo ni en ninguna otra cosa. Sentía que si no tomaba a aquella mujer —no importaba que fuese Shaditu, mi hermana, sino simplemente el cuerpo que se retorcía bajo el mío—, estallaría mi pecho de indignación.

Entré en ella. En la primera acometida se encogió hacia atrás; apoyándose en la cabeza y comenzó a gemir ronca y profundamente, como si su cuerpo hubiese sido habitado por un demonio del que tratara de liberarse, moviendo sus caderas al mismo tiempo que yo, primero lentamente y luego con más rapidez. Le mordí el hombro y ella gritó y, cuando alcancé el clímax, volvió a gritar.

Me cubrí con mi túnica sin mirarla. No me sentía avergonzado de lo que había hecho: simplemente la odiaba y no deseaba verla jamás.

—¿Volverás a reunirte conmigo? —me preguntó con voz tenue y sumisa, como una criatura.

—No…, salgo hacia el norte. Me marcho ahora mismo.

Se sentó bruscamente, envolviéndose con la manta y, a la fluctuante luz de la lámpara de aceite, advertí que había enrojecido de ira.

—¡No puedes dejarme! ¡No lo permitiré! ¡Explicaré al rey lo que has hecho!

—¡Puedes decírselo! —exclamé volviéndome a mirarla con fría e indiferente mirada, pues en realidad no sentía nada hacia ella—. ¡Díselo! Pero no trates de volver a verme, Shaditu, porque la próxima vez no vacilaré en matarte y no te resultarán nada agradables los medios de que me valdré para ello!

—¡Perro! ¡Cuánto te odio! ¡Que los dioses te maldigan, Tiglath!

Y abandoné para siempre aquella casa perseguido por sus vibrantes maldiciones.

OceanofPDF.com

XVI

«Tiglath Assur, favorito de los dioses, auténtico rey.» «¿Acaso pensabas que permitiría que fueses de esa lagarta?» De noche, cuando salía de la ciudad a lomos de mi caballo, mientras las luces de Nínive se perdían a mis espaldas, las palabras de Shaditu resonaban en mi mente como una herida que alguien hubiese reavivado inopinadamente. ¿Qué habría querido decir? ¿Sabía exactamente lo que decía?

«¿No te das cuenta de que nos han traicionado?» ¿Qué había intentado decirme Asharhamat cuando me disponía a abandonarla? ¿Qué secreto era aquel que todos parecían comprender menos yo?

«Tiglath Assur, favorito de los dioses…» Su voz temblaba de deseo pronunciando aquellas palabras.

Había violado a mi propia hermana, si así podía calificarse mi acción contando con una víctima tan propiciatoria. Ella deseaba que ocurriese y exactamente de aquella manera; pero aunque no lo hubiese querido yo la habría tomado de todos modos y le habría dado muerte si se hubiera resistido. Más en ningún momento se le había ocurrido semejante idea. Al parecer habíase mostrado tan hábil en su seducción como yo imponiéndole mi fuerza.

Y en cierto modo aquel crimen, por el que no experimenté ningún remordimiento en aquel momento ni más tarde, llevó la paz a mi alma, si de paz puede calificarse aquella fría e insensible calma que me había invadido, que por lo menos me dejaba en libertad de considerar varios aspectos: las insensatas esperanzas que había abrigado, el sombrío futuro que me esperaba y las extrañas palabras de mi hermana así como las de la propia Asharhamat.

De un modo que yo aún ignoraba, Shaditu me había arrebatado mi propia vida, aunque tardaría muchos años en enterarme de ello.

Pero, por lo menos, no había tratado de acabar con mi existencia. No creo que Shaditu cumpliese su amenaza de explicar al rey nuestra aventura. Por lo menos no recibí ningún comunicado que me ordenara el regreso a Nínive, ni se presentaron hombres armados dispuestos a cortarme la cabeza. Y, al cabo de algún tiempo, cuando volví a ver a mi padre, no mencionó aquel tema ni se comportó conmigo como si le hubiese robado su más preciado joyel.

Porque, después de todo, ¿qué hubiera podido decirle? Tal vez la verdad. La creía tan inconsciente como para hacerlo así y quizá el rey hubiese decidido no tomar cartas en el asunto. Como digo, siempre ignoraré cómo sucedieron tales hechos.

Lo que sí me consta, y llegué a saber —tuve noticias de ello por medio de un despacho al cabo de pocas semanas de haberse producido tal incidente— fue que al día siguiente de haber sido proclamado *marsarru* mi hermano, incluso antes de que pasara su primera noche en la Casa de Sucesión, encontraron al *baru* Rimani Assur colgado en el santuario del dios Shamash.

Al parecer no cupo ninguna duda de que se había suicidado. No dejó ninguna nota explicatoria, pero fue evidente que él mismo se había quitado la vida. Clavó el extremo de una correa de cuero en el dintel de la puerta, hizo un lazo por el que metió la cabeza y apartó de una patada el banco sobre el que se había subido. Y todo ello lo realizó bajo los propios ojos del dios, Señor de la Decisión.

Fue un hecho muy extraño que produjo singular impresión. Rimani Assur podía haberse dado muerte por muchas razones —actualmente creo conocer la verdad, pero en aquellos momentos no podía saberla— y, sin embargo, la ciudad, ante la coincidencia de ambos hechos, consideró su suicidio un acto de remordimiento por designar a Asarhadón como *marsarru*. Durante toda su vida, y sin que él tuviera la culpa, mi hermano viviría con el estigma de aquel crimen: había sido maldecido desde un principio.

Pero en la oscuridad, mientras los portadores de antorchas iluminaban mi camino hacia el norte, ignoraba absolutamente tales acontecimientos que pertenecían al pasado y al futuro, ambos totalmente ocultos para mí.

Apenas habían despuntado las primeras luces cuando llegamos a «Los tres leones»; pero, pese a ser una hora tan temprana, nos cruzamos con algunos hombres por la carretera que con las azadas al hombro se dirigían a

sus campos y nos veían pasar atónitos ante el insólito hecho de encontrarse con hombres armados, sin reconocer a su señor en la oscuridad. Creo adivinar la terrible aprensión que debí de suscitar en sus mentes.

Cuando ya nos acercábamos a la casa, una de las cocineras salió a averiguar la causa de semejante conmoción. Era una mujer alta y robusta que se alumbraba con una lámpara de aceite y que se adelantó hacia nosotros con ridícula delicadeza.

—¡Vamos, Shulmunaid! —exclamé sonriéndole abiertamente y desmontando de mi cabalgadura—. ¿Tanto he cambiado para que no me reconozcas?

Lanzó una rápida mirada a mi rostro y profirió un grito dejando caer la lámpara, en el suelo, mientras echaba a correr hacia la casa. Al cabo de unos instantes acudieron doce o quince personas a recibir la inesperada visita del amo. Incluso unos momentos después compareció mi madre, que sin duda debía de estar dormida, y se arrojó en mis brazos, hundiendo la cabeza en mi pecho.

—¡Oh, Lathikadas! —sollozó—. ¿Eres tú realmente? Había pensado…, temía…

—No, Merope, no han matado a tu hijo. —La tranquilicé acariciándole los cobrizos cabellos—. El rey no me ha hecho pagar con la vida el hecho de que no pueda sucederle.

Ordené que dieran de comer a mis hombres y que dispusieran camas para ellos. Permaneceríamos allí un día y una noche a fin de ordenar mis asuntos, puesto que no esperaba regresar en mucho tiempo.

Mientras encendían el fuego del hogar di buena cuenta del desayuno que me habían preparado. Me proponía lavarme, acostarme y hablar con el capataz Tahu Ishtar, pero todo ello podía esperar. En primer lugar era necesario explicar a mi madre cuanto había sucedido y cómo se presentaba el futuro, cosa que hice mientras comía. Ella me escuchó en silencio, sin hacer ningún comentario, con la serena tristeza de quien ha presentido desde el principio cómo se desarrollarán los hechos.

—Ignoro qué encontraré en Amat —dije—. Enviaré en tu busca en cuanto comprenda que no existe peligro, pero las ciudades donde se encuentran las guarniciones suelen ser lugares inhóspitos y acaso tarde en llamarte.

—En cuanto reciba tus instrucciones, partiré inmediatamente —me aseguró impertérrita. Y no me costó nada creerla—. Te seguiría gustosa hasta el fin del mundo antes que quedarme aquí sola.

—Amat es el fin del mundo —repuse sonriente, comprendiendo lo que quería decirme—. Más allá tan sólo existe el reino de Urartu y las tribus de las montañas del este… Es la punta de lanza con que el país de Assur mantiene a esas gentes a raya. Temo que allí no encontraremos una sociedad muy refinada.

—¿Y qué me importa eso a mí?

¿Qué le importaba a ella? Para Merope todo era muy sencillo, como si su hijo se hubiese lastimado jugando con otros muchachos mayores de Nínive y ambos partiesen al exilio en la montaña. El tiempo y el amor todo lo arreglarían: aquélla era la razón de su vida.

Tomé un baño de vapor para librarme de todo el veneno que acumula quien se ha visto herido en lo más profundo y luego dormí hasta que volvió a oscurecer. Me sentía demasiado cansado para soñar y mi descanso fue tan reparador como una bendición.

Cuando desperté Tahu Ishtar me aguardaba bajo el emparrado del jardín. Al verme llegar se levantó y me hizo una reverencia.

—¿Cómo está tu hijo? —le pregunté.

—Hecho un hombre, señor. Confío que será un excelente capataz cuando llegue mi *sedu*.

—Quieran los dioses que ese momento se demore, Tahu Ishar.

Volvió a inclinarse ante mí con la dignidad de un gran príncipe ante su rey porque había adoptado las costumbres de los poderosos.

—Tengo entendido que te diriges al norte, señor —dijo, como si fuese un tema absolutamente trivial.

Sólo dios sabía hasta qué punto estaban al corriente de los asuntos de Nínive en aquel lugar, pero mi capataz no era un necio ignorante y debía de tener sus sospechas.

—Sí, estaré ausente mucho tiempo. Acaso tarde años en regresar.

—El norte es un lugar poco acogedor.

—Lo es, Tahu Ishtar, y sus relaciones con el mundo exterior casi inexistentes. Creo que será conveniente que asumas por completo la dirección de «Los tres leones».

—¿Acaso no podré escribirte, señor? —preguntó enarcando las cejas como si se sintiera sorprendido.

No pude evitar una sonrisa.

—Sí, escríbeme. Naturalmente puedes escribirme y explicarme cómo van las cosechas y si las crecidas son más o menos importantes que el año anterior: siempre es interesante estar al corriente de esas cosas. Pero no esperes que te dé a conocer mi opinión acerca de lo que debe hacerse. Obra como creas oportuno: mis noticias acaso no lleguen a tiempo.

—Se hará como ordene el señor de «Los tres leones».

Así fue cómo antes de partir puse todos mis asuntos en orden.

El viaje hasta Amat duró doce días. Por el camino no encontramos ninguna ciudad y muy pocos poblados, por lo que la mayor parte del tiempo armábamos nuestras tiendas en cualquier lugar donde nos encontrábamos al llegar la noche y dormíamos en el duro suelo. Al principio aquello no representó ninguna dificultad porque en el mes de Ab muchos prefieren dormir en sus tejados al aire libre, envueltos en una manta, para huir del calor de sus hogares, pero a medida que escalábamos las montañas las noches refrescaron y, cuando llegamos a nuestro destino, todos ansiábamos descansar en un lecho confortable bajo techado.

¡Amat! Desde la cumbre de la colina donde nos encontrábamos la distinguimos a nuestros pies, en el valle, recogida como si estuviese contenida en el cuenco de una mano. Tras ella se levantaba la cadena montañosa de Hakkari, recortándose contra el cielo como hielo quebradizo. Entre el absoluto silencio de cumbres como aquéllas se suponía que tenían los dioses su morada, desde donde contemplaban indiferentes los afanes cotidianos de los mortales. ¿Qué debería parecerles Nínive desde tales alturas? ¿Qué pensarían de Tiglath Assur y de las aflicciones que sufrían aquellos que habían surgido de los orígenes del mundo y que sobrevivirían a su destrucción? Cuando un hombre sufre, le conviene darse cuenta de su insignificancia y recordar que, aunque se le destroce el corazón, no se alterarán los cimientos del universo. Si deseaba refugiarme en un lugar donde poder sumergirme en el olvido, lo había encontrado.

Pero los hombres no son como los dioses y no pueden vivir en las cumbres de las montañas, de modo que dirigimos nuestras miras hacia el

valle.

La ciudad era muy pobre comparándola con otros lugares similares que había visitado. Constaba de una fortaleza y, más allá de sus murallas, agrupadas en torno a la plaza del mercado, aparecían unas veinte o treinta pequeñas construcciones de toscos ladrillos, en su mayor parte tabernas y burdeles, y las viviendas de pequeños comerciantes que tenían su clientela entre los soldados. En general se respiraba una atmósfera de inercia. Por doquier se advertían los pequeños detalles reveladores de un relajamiento de la disciplina y de la más absoluta indiferencia, como si los hombres allí destinados hiciera tiempo que hubiesen olvidado que formaban parte del ejército de Assur.

Yo era *shaknu* de un vasto territorio, pero, al igual que en la mayor parte de lugares fronterizos, de poblamiento disperso, no se parecía ni mucho menos a Nínive. Pensé que aquello era lo que necesitaba. Me esperaba una gran tarea que sería mi salvación. No había acudido allí para solazarme en los placenteros palacios de una gran ciudad.

Cuando me aproximaba a la entrada de la fortaleza los guardianes, que se hallaban totalmente absortos en una partida de suertes, no se molestaron en exigirme que me identificase; es más, apenas parecieron advertir mi presencia. Me acerqué a uno de ellos que vestía el uniforme de *ekalli*, y cuando se levantó del grupo en que se encontraba y se volvió para ver quién se dirigía hacia él, le así por el cuello con el extremo de mi látigo y lo derribé contra el suelo.

—¡Vosotros dos! —exclamé señalando al azar a un par de individuos que le acompañaban—. Arrestad a este hombre y metedle en una jaula en la empalizada, donde permanecerá tres días y tres noches sin recibir alimentos ni mantas con qué cubrirse. Si cuando concluya ese tiempo sigue con vida, conducidle a mi presencia. Ahora buscad al jefe de esta perrera y anunciadle que ha llegado el *rab shaqe* Tiglath Assur, que se sentirá muy complacido si le concede audiencia… ¡Vamos, apresuraos, escoria!

Los hombres echaron a correr, aunque supongo que sólo se proponían buscar un lugar donde esconderse.

El recinto de la fortaleza ofrecía un aspecto deprimente. El patio de instrucción estaba lleno de fango y cubierto de malas hierbas, niños sucios jugaban en las tarimas de madera que rodeaban las instalaciones cuartelarias que sin duda no habían sido encaladas desde el reinado del Gran Sargón, y no se veía a ningún guardián apostado en las murallas.

Como paño mortuorio se palpaba en el ambiente la más absoluta indolencia. Tendrían que transcurrir muchos meses hasta que aquellos soldados estuviesen en condiciones de enfrentarse a un enemigo en combate: me quedaría poco tiempo para entregarme a mis amargos recuerdos. El rey mi padre había obrado muy acertadamente escogiendo Amat como escenario de mi exilio.

Mientras los hombres de mi escolta desmontaban de sus cabalgaduras y miraban en torno con tanta consternación como la que yo experimentaba, hice señas a Lushakin para que se acercase.

—Cuida de que los hombres sean alojados y alimentados —le indiqué —, y luego echa una mirada por esta pocilga procurando no llamar demasiado la atención y acude a informarme de tus impresiones.

—Sí, príncipe. Estamos muy lejos de casa, ¿verdad?

Mucho más, según resultó, de lo que ninguno de los dos habíamos imaginado. Mientras pasaba por aquellos lodazales en dirección al cuartel general de la guarnición, sede del comandante en jefe, tenía la sensación de haber desaparecido del mundo civilizado: hasta los propios elamitas se hubiesen avergonzado de encontrarse en aquel lugar.

—No imaginábamos que llegases tan pronto —se excusó el joven oficial que acudió a recibirme en cuanto entré en el porche. «Joven» era un término relativo, puesto que sólo debía de ser un año menor que yo. Y me dio la impresión de que se debatía entre el deber de ofrecer una buena acogida al nuevo *shaknu* y el firme deseo de interceptarme el camino.

Nuestro *rab abru* estará ausente durante el día, pues está realizando unas gestiones por la provincia… En realidad, no sé dónde puede encontrarse exactamente. Regresará por la noche, de modo que si me permites…

—Sospecho que sabes dónde se encuentra exactamente el *rab abru* — le dije fijando mis ojos en un banderín de color amarillo encendido que pendía junto al estandarte de la guarnición en la puerta de la fortaleza proclamando la graduación del oficial superior. El mío estaba dentro de mi equipaje y sería izado al anochecer. Siempre lo llevaba conmigo, al igual que cualquier otro oficial.

Sonreí desagradablemente a aquel auxiliar, que después de todo se limitaba a cumplir con su deber protegiendo a un superior.

—Búscale y tráele a mi presencia antes de media hora o enviaré a un destacamento para que os arreste a los dos. ¿Está claro?

—¡Sí, *rab shaqe*!… ¡Muy claro!

El individuo me saludó golpeándose el pecho con tanta fuerza que sin duda le quedó señalado durante quince días y seguidamente marchó corriendo hacia la ciudad con toda la velocidad que le permitían sus piernas.

La frontera del norte no era un destino envidiable. Enviaban a los hombres a aquellos lugares cuando se habían creado enemigos poderosos, habían caído en desgracia o, principalmente, cuando ningún jefe de valía los aceptaba, y allí se aposentaban como una piedra que se deposita en el barro en el fondo de un abrevadero. Sin duda los soldados que se encontraban en Amat, que probablemente no recibían noticias de la capital desde hacía muchos meses, estarían preguntándose qué habría hecho el *rab shaqe* Tiglath Assur para ser desterrado a aquella guarnición. No me importaba lo que pudiesen pensar, pero no tardarían en comprobar en sus propias carnes que entre mis crímenes no se contaba la relajación de la disciplina.

Entré en el edificio donde se encontraba el cuartel general, pues era inútil aguardar en el exterior y siempre sería más conveniente que la entrevista que debía celebrar con el jefe de la guarnición, cuando por fin tuviese lugar, se desarrollase en privado.

Las salas destinadas a uso general presentaban un aspecto deplorable: los suelos estaban sucios, por doquier se veía polvo y copas semivacías de vino, y gran parte del mobiliario parecía a punto de desmoronarse con sólo mirarlo. No me atreví a imaginar en qué estado se encontrarían las habitaciones donde se alojaban los soldados.

Sin muchas dificultades llegué a la conclusión de que sería necesario dar algunas lecciones a los oficiales para que sirviesen de ejemplo. No podía esperarse que los soldados estuviesen en mejores condiciones que aquellos que los dirigían, y no me cupo duda alguna al decidir por dónde empezaría. Al jefe de la guarnición le esperaba una jornada difícil. Confié que mereciese el castigo que me proponía infligirle.

Cuando por fin se presentó, conducido y apoyándose en su ayudante como un ciego o un lisiado, comprobé que no me había equivocado. En cuanto cruzó la puerta percibí el olor que despedía, su uniforme estaba

arrugado y lleno de manchas, al parecer de comida, llevaba la barba grasienta y enmarañada y, aunque apenas eran las dos de la tarde, ya estaba completamente borracho, tanto que cuando intentó decir algo farfulló unas palabras apenas inteligibles. Hubiese sido inútil regañar a aquel hombre en semejantes condiciones; probablemente no habría comprendido una palabra de cada cinco.

—Cuídate de asear a este haragán —ordené a su ayudante, esforzándome por mostrar indiferencia y sin levantar la voz—. Mételo en un baño de vapor hasta que recobre el uso de sus facultades mentales, pero consigue que se halle presentable y sobrio antes de dos horas. Y, a continuación, ordena que se prepare la gente para pasar revista.

—¿Y cuándo tienen que estar preparados, *rab shaqe*?

—Dentro de dos horas. Todo tiene que suceder antes de dos horas, *rab kisir*.

El hombre me miró como si acabase de pronunciar su sentencia de muerte.

Aguardé en el interior del cuartel general. No quería que volviesen a verme hasta que todos los miembros de la guarnición hubiesen formado filas: no los perjudicaría conocer a su nuevo comandante sometidos a los rigores de la disciplina militar. Ningún oficial consideró oportuno molestarme: sin duda se hallaban ocupados en otros menesteres. Únicamente acudió a verme Lushakin.

—¡Por los grandes dioses, príncipe! ¡Este lugar más parece un burdel que una fortaleza! —dijo sentándose y desprecintando una jarra de cerveza que había traído consigo y de la que me ofreció un trago. Hacía mucho tiempo que estaba conmigo y, según su criterio, aquélla era la máxima cortesía que me permitía mi rango—. Según parece hay aquí más rameras que piojos. Hasta este momento por lo menos cinco mujeres distintas se me han ofrecido y llevamos en los cuarteles menos de una hora. Sin embargo están tan sucias como todo cuanto nos rodea y me daría asco tocarlas. A propósito, la comida, por lo menos la que toman los soldados, sólo serviría para revocar paredes.

—La cerveza tampoco es muy agradable —dije rechazando con una mueca el nuevo trago que me ofrecía.

—¡Ah, príncipe, tenemos el paladar acostumbrado a la exquisita cerveza de Sumer! Las aguas del Eufrates riegan la mejor cebada del

mundo. No esperes encontrar algo semejante en esta región tan alejada del norte.

Y Lushakin, para quien todas las cervezas eran iguales, la apuró de un solo trago.

—Aunque te voy a decir otra cosa —advirtió reduciendo el tono de voz—. No confíes entrar en combate con tropas como éstas y salir triunfante. Están hechos una ruina y odian la propia idea de la guerra casi tanto como a sus oficiales. Fíjate en lo que te digo, príncipe, cuando vean brillar las espadas de los salvajes de cualquier tribu, correrán como conejos.

—Entonces tendremos que enseñarles que hay cosas mucho más terribles que el enemigo.

—¡Oh, creo que ya están comenzando a comprenderlo! —repuso Lushakin con una amplia sonrisa—. Como todos los soldados, sienten una gran curiosidad por su nuevo comandante y nuestros muchachos los están aleccionando.

—Bien…, que crean que nos comemos a los niños crudos —contesté sin poder contener una carcajada—. Celebro tenerte como amigo en lugar de enemigo porque eres más retorcido que una víbora.

Mi *ekalli* se limitó a encogerse de hombros como si lo que yo había dicho fuese evidente hasta para una criatura.

—¿Y qué tienen que ver las víboras con la vida militar, príncipe?

Una hora después abandoné el edificio para pasar revista a mi nuevo ejército bajo la pálida y fría luz del sol. Su superior, que aparentemente hubiese preferido estar muerto, pero que ya se encontraba sobrio y lucía un uniforme limpio, estaba al frente de sus tropas y me observaba con expresión hosca y preñada de odio.

Incluso a cierta distancia aquellos guerreros de Assur ofrecían un aspecto deplorable. Sus armas estaban oxidadas, las cuerdas de sus arcos se encontraban tan raídas que parecían rastrojos y de ellos se desprendía una sensación de tedio y suciedad. Aunque soldados, se diría que eran prisioneros en un campo de trabajos forzados y, realmente, para la mayoría, probablemente el ejército era una especie de servidumbre. Habían perdido su orgullo o quizá, para ser más exactos, jamás lo habían tenido.

—He venido a asumir el mando —exclamé desde el porche del cuartel general—. Y os demostraré cómo se hace.

Hice una seña a Lushakin y éste, junto con cinco miembros de mi *quradu*, se adelantaron de sus filas y asieron al *rab abru* por brazos y piernas y le arrastraron al frente de la plaza de armas. El hombre estaba tan asombrado que al principio ni siquiera se atrevió a protestar, pero cuando le ataron los pies y le colgaron cabeza abajo en la barandilla frontal del abrevadero de los caballos prorrumpió en gritos ensordecedores.

Y siguió gritando y profiriendo ruidosas maldiciones con voz entrecortada por la ira, pero que apenas resultaban perceptibles entré las carcajadas de sus propios soldados, lo que evidenciaba hasta qué punto había degenerado la moral para que tanto los complaciera ver así humillado a su superior, que sin duda ofrecía un aspecto cómico con la espalda hundida en el barro y las piernas levantadas de modo que se le había deslizado la túnica hasta la cintura. Pero es preciso que los soldados odien a sus oficiales para que así se regocijen de sus desgracias, y aquel oficial debía de ser una mala persona para haberse granjeado de tal modo su animadversión.

Cuando el *rab abru* estuvo convenientemente atado y le hubieron descalzado, Lushakin se volvió hacia mí, me saludó militarmente y se quedó aguardando órdenes. Sabía muy bien cuáles serían: habíamos planeado detalladamente cómo se desarrollarían los hechos y él mismo había sugerido el castigo a aplicar. Él mismo lo había presenciado en una ocasión en Naharina, donde se le había infligido a un árabe al que habían descubierto haciendo trampas en el juego. Pero era muy conveniente guardar las formas ante los soldados y por eso esperaba mis instrucciones.

—Diez en cada uno, *ekalli*. Y no escatimes fuerzas.

Lushakin había encontrado un látigo tan largo como el brazo de un hombre confeccionado con piel de hipopótamo. Un soldado de mis tropas sujetó al *rab abru* por los dedos de los pies y le obligó a mantenerlos tan planos como la superficie de una mesa. El *ekalli* apoyó suavemente el látigo en las plantas como si midiese su impacto.

Nunca olvidaré los gritos que profirió el *rab abru*, que recordaban a los de una mujer en trance de parto. El pequeño látigo silbaba por los aires y mordía sus talones y en cada ocasión resonaban sus gritos, mezcla de terror, dolor y algo parecido a la indignación. Lushakin obedecía órdenes y cada latigazo despedía una suave rociada de sangre que despellejaba tan eficazmente como un cuchillo. Diez latigazos en cada pie, cuidadosamente dosificados para que la representación no concluyese demasiado pronto, el

silbido del látigo, el impacto seco y nauseabundo que alcanzaba su objetivo y la feroz exclamación del *rab abru*… Y los soldados celebrando incesantemente con risas su tormento. Era un espectáculo muy de su agrado: sin duda hacía meses que no presenciaban algo tan divertido.

Cuando Lushakin hubo concluido, echó agua fría en las plantas del hombre, a la sazón llenas de heridas y en carne viva, y el *rab abru* fue conducido fuera de la fortaleza, donde hasta aquel día su palabra había sido ley. Le sacaron arrastrándole con una traílla, dejando tras de sí sus huellas ensangrentadas en el fango. Si no contaba con ningún amigo en la ciudad que quisiera socorrerle no se salvaría de las privaciones y la muerte, pero en aquella guarnición era menos que una sombra y, en caso de que decidiese regresar, sería condenado a muerte. Aparte eso, a nadie le interesaba la suerte que pudiese correr.

Aguardé a que los soldados concluyeran su jolgorio. Permanecí en silencio, observándolos con desdén, hasta que interrumpieron sus risas y reinó la calma.

—Dentro de un mes entraremos en campaña contra los nómadas de las montañas. Será nuestra última oportunidad mientras dura el buen tiempo y no tengo intención de someterme a vuestras conveniencias. Sólo tenéis un mes para convertiros en un ejército: si no lo conseguís, vuestra única esperanza de sobrevivir consistirá en que los bárbaros se apiaden de los ejércitos de Assur y envíen a mujeres y niños para haceros frente, porque no imagino que la chusma que tengo delante espere vencer al enemigo.

Los soldados ya no se reían. Sin duda algunos que habían combatido al mando del soberano Sennaquerib contra las tribus de las montañas comprendían la veracidad de mis palabras y acaso advirtieran por vez primera hasta qué extremo se habían degradado y comenzaran a sentirse avergonzados. Aquello era el principio.

—Me he mostrado benigno con vuestro jefe, con vuestro ex jefe, cuyo nombre no es preciso pronunciar, porque no quiero manchar el día de mi llegada con su ejecución. Sin duda no es el único ser corrupto, porque ningún oficial deja de cumplir con su deber si cree que sus hombres no van a consentirlo, pero él debe asumir la culpa de todos vosotros. No pienso indagar culpabilidades pasadas: no voy a preguntaros quién ha actuado torcidamente, con cobardía o sustrayendo a sus compañeros alimentos o bebidas… Dejaremos que todo esto permanezca en el olvido. Pero si vuelve a suceder, la próxima vez que seáis convocados para presenciar un

castigo, os encontraréis ante una pena de muerte y veréis colgando de los muros de esta fortaleza el pellejo de los traidores. Recordadlo y no atentéis contra mi ira.

»Esta noche nadie dormirá en su lecho, ni yo ni ninguno de vosotros. Debemos ordenar esta madriguera de sabandijas, aunque sea a la luz de las antorchas.

»Y mañana, una hora después del alba, volveremos a reunimos y comprobaremos si habéis olvidado totalmente la diferencia que existe entre los hombres y las bestias. Si es así, os prometo que recordaréis este día. Vuestros superiores os informarán de cuál es vuestro cometido. Someteos a sus instrucciones.

Pasé el resto de la jornada repasando las tablillas donde se reflejaba la contabilidad, y mi predecesor pudo considerarse afortunado de que no lo hubiese hecho antes porque no sólo le hubiese despellejado los pies. Además de borracho, el hombre había sido un ladrón y sólo los dioses sabían si algo peor.

Cuando me senté a cenar distinguí las llamas de las antorchas y percibí el olor a brea encendida. La comida era bastante aceptable: cordero adobado con especias, pan y queso. Tan sólo la espantosa cerveza local me recordó que no estaba cenando en «Los tres leones». Ante tan exquisita comida hubiera sido fácil olvidar que los soldados se alimentaban con algo que hubiera servido para revocar las paredes y que nadie puede luchar con el estómago lleno de paja. Decidí que aquella misma mañana daría orden de que oficiales y soldados recibieran el mismo rancho.

Como los miembros de la guarnición pasarían la noche trabajando, tampoco yo podía acostarme, pero no me resultó difícil mantenerme despierto porque los ruidos que producían los equipos de trabajo, las órdenes e imprecaciones que se oían constantemente y las luces casi sobrenaturales de las antorchas que cruzaban ante mi ventana hubiesen despertado a un cadáver y, por añadidura, hacía un frío que en aquella época del año me cogía totalmente desprevenido. Sin duda en Nínive la mitad de la población dormiría en los tejados con la vana esperanza de disfrutar de una débil brisa, pero en Amat, sentado ante un brasero y envuelto en una vieja capa, me castañeteaban los dientes de modo incontenible. Casi envidié a los soldados que en aquellos momentos se encontraban fuera trabajando, que por lo menos estaban acompañados y disfrutaban de compañía y calor; yo me sentía incómodo y solo, y en mi

ociosidad me entregaba a dolorosos recuerdos porque, según descubrí, ni siquiera allí lograba apartar a Asharhamat de mis pensamientos.

«Todas las noches de tu vida recordarás que comparto el lecho de Asarhadón…» En aquellos momentos ya debían de haberse casado y ella dormiría junto a mi hermano, henchida de su simiente, le daría hijos y, con el tiempo, llegaría a olvidar que existió alguien llamado Tiglath Assur. Tal sería su venganza por la cobardía de su amante: olvidar su existencia.

Pero yo nunca dejaría de recordarla. Mis oídos estaban llenos del suave sonido de su voz, mis ojos no podían olvidar su imagen. El deseo y los remordimientos me destrozaban el corazón con sus afiladas garras. Comprendía que ella tenía derecho a odiarme y pensaba que no podría vivir otra noche sin conseguir su perdón y su amor sintiendo el fresco contacto de sus manos. En aquellos momentos sufría como sabía que seguiría sufriendo cada hora de mi vida. ¡Asharhamat!

¡Asharhamat! ¡Enloquéceme, pero no me abandones! ¡Asharhamat!

El pálido resplandor del alba fue como un don de los dioses para mi atormentado espíritu y me predispuso a la clemencia.

El patio de armas estaba totalmente transformado. Los hierbajos habían sido arrancados, las hojas recogidas e incluso las paredes de los cuarteles irradiaban blancura. Y, en cuanto a los hombres, muchos presentaban aspecto macilento, pero por lo menos vestían uniformes limpios y su equipo estaba en orden. Durante aquella noche se había producido una especie de milagro.

Pero me mantuve indiferente: debía demostrarles que ningún esfuerzo me parecía suficiente.

—Por lo menos ya es un principio —dije—. Os concedo tres horas de descanso antes de comenzar la instrucción: entonces comprobaremos si no habéis olvidado lo que significa ser un soldado.

Cuando cerré la puerta a mi espalda llegó a mis oídos el murmullo de miles de voces: aquellas noticias no habían sido de su agrado.

Un ordenanza que formaba parte de mi propio *quradu* recogió mi capa cuando me disponía a acostarme. Aquella noche había sido el hombre más feliz de Amat porque nadie había interrumpido su descanso.

—Despiértame dentro de dos horas —le ordené—. Dos horas: no lo olvides.

Me cubrí con una manta y cerré los ojos sin molestarme siquiera en descalzarme las sandalias.

Si las tribus de las montañas hubiesen presenciado aquel día los ejercicios de instrucción de nuestros soldados hubieran invadido nuestras fronteras como una plaga de langostas. Realizaban las pruebas más rutinarias como si fuesen sonámbulos. Acaso se debiera en parte al cansancio, porque a todos los vencía el agotamiento, pero la culpa de todo la tenía realmente la dejadez. Se diría que aquellos hombres habían sido reclutados aquella misma mañana. Aunque en su mayoría se trataban de soldados veteranos, caían de sus monturas o se lastimaban con sus propias armas. Las bajas que sufrimos hubieran justificado una pequeña batalla, pero en realidad podría decirse que luchábamos contra nosotros mismos.

Aquella apocalíptica representación se prolongó durante toda la tarde. Mi *quradu* se instaló en todas las esquinas estableciendo un simulacro de batalla con espadas de madera y jabalinas cuyas puntas habían sido protegidas. Yo mismo encabecé los ejercicios realizados con los carros porque no quería que aquellos hombres pensasen que su nuevo superior era un petimetre y todos nos esforzamos hasta que ya no pudimos sostenernos de pie.

Y cuando por fin comenzó a oscurecer, nos retiramos casi a rastras a los cuarteles para comer un plato de gachas horribles, malolientes y escasas, pero por lo menos un alimento caliente e igual para todos, sin distinción de categorías, y nos dispusimos a disfrutar de un merecido descanso.

Pero fuimos realizando progresos. Al día siguiente y el sucesivo mejoraron los resultados de los ejercicios y, al tercer día, el oficial encargado de la intendencia acudió a pedirme que le reintegrase a sus anteriores obligaciones porque, al parecer, sus antiguos compañeros le habían amenazado de muerte. Accedí a su petición, ascendí a Lushakin a *rab kisir* y le confié aquella misión, cosa que no le complació en absoluto. Protestó alegando que los dioses no le habían destinado para la cocina, pero a partir de aquel momento mejoró la calidad de la comida e incluso de la cerveza.

Y asimismo, al tercer día, el *ekalli* que había azotado en la puerta de la fortaleza fue puesto en libertad de la empalizada y conducido a mi presencia cuando yo estaba acabando de cenar. Era un hombre de escasa estatura, de hombros caídos y brazos largos y poderosos, en realidad, tenía cierta apariencia simiesca. Estaba macilento, casi grisáceo, tras la prueba a que había sido sometido, pero mientras aguardaba a que yo le hablase, sin duda temiendo lo peor, acaso que ordenase su muerte a latigazos, que lo arrojase de la guarnición desnudo y ensangrentado como al *rab kisir* o que lo degradase, convirtiéndolo en un esclavo, no había perdido en absoluto su orgullo. Había resistido frío, hambre y el terror a un incierto sino, mas no se humillaría para mostrar su debilidad y me miraba con expresión indiferente que parecía significar: «Puedes hacer conmigo lo que quieras y comprobarás que también puedo resistirlo.» Decidí que no podía permitirme perder a un hombre como aquél.

—La próxima vez que estés de guardia cumple con tu deber: no me hubiese costado nada clavarte una jabalina entre los omóplatos y entonces no estarías en condiciones de lanzar ávidas miradas a la espantosa comida de tu superior. ¡Vamos, siéntate y come! Hay suficiente para los dos y no me gusta hablar con un hombre que no me presta la debida atención.

Se sentó y comió con los dedos, con tanta avidez como un animal. Y, cuando hubo concluido, se recostó en la silla y suspiró complacido.

—¿Te ha gustado? —le pregunté deseando únicamente satisfacer mi curiosidad.

—No, era poco mejor que la bazofia que nos sirven a nosotros. Creía que los oficiales se cuidaban mejor.

—Ya ha dejado de ser así.

El tono de mi respuesta debió de recordarle que no se hallaba de visita. Se puso en pie, aunque sin mantenerse en posición firme.

—Vuelve a tu cuartel, *ekalli* —proseguí—. Procura descansar esta noche y cuídate mañana de que estén preparados los hombres una hora después del amanecer para la instrucción. Eso es todo.

—¿Sigo entonces conservando mi graduación, *rab shaqe*? —repuso más sorprendido que aliviado.

—Sí. Pero en lo sucesivo procura demostrarme que no me he equivocado. Y no dejes de informarme de cualquier otra queja que tengas sobre la comida.

—Así lo haré, *rab shaqe*.

Mientras se retiraba a los barracones llegó a mis oídos su complacida risa. Se llamaba Girittu y después de aquel incidente resultó ser un excelente soldado que jamás me dio motivos para tener que arrepentirme de mi clemencia.

Y tampoco se recibieron más reclamaciones por la comida, que quizá fue lo que más se transformó. La mejora de la alimentación conduce inevitablemente a elevar la moral lo que, a su vez, redunda en una mejor instrucción. Todos, hasta el más humilde portador de arco, estaban más contentos, como si hubiesen reencontrado la finalidad de su existencia. Incluso las prostitutas del campamento mejoraron su aspecto. A los diez días la guarnición de Amat volvía a parecerse a un ejército. Decidí que al finalizar la segunda semana me arriesgaría a llevarme algunas compañías a la montaña para realizar maniobras de campaña.

La víspera de nuestra salida recibí un aviso de que alguien seguía recordándome en Nínive.

Me había acostado temprano en mi jergón y, sabiendo que durante los próximos quince días debería dormir sobre una simple manta tendida en el duro suelo, me había permitido el lujo de instalar en mi dormitorio un brasero atestado de carbones encendidos, de modo que mi habitación parecía una sala de los baños de vapor.

Pero estas pequeñas extravagancias suelen pagarse caras y pasé una noche agitada poblada de pesadillas.

Zaqar, el dios que preside las horas de descanso, nos envía sueños a modo de mensajes, que son atisbos del futuro y de los sentimientos que anidan en nuestros propios corazones. Y aunque castiga a los perversos con visiones terroríficas, es un dios amable y compasivo, porque por ese medio procura que alcancemos el perdón y, a través de éste, la paz y el descanso. Aquella noche Zaqar me castigó por haberme instalado un brasero, al igual que castiga a borrachos y glotones, porque mis sueños estuvieron poblados de violencia y muerte.

Me encontraba de nuevo en Babilonia. En los bancos del seco río se amontonaban los cadáveres y yo caía dando tumbos por los aires yendo a parar a aquella masa de corrupción de la que pugnaba por librarme, trepando sobre brazos y piernas escurridizos que se desprendían y quedaban en mis manos. Y en algún lugar de aquella confusa maraña me

aguardaba un hombre que empuñaba una espada y estaba dispuesto a degollarme y dejarme abandonado entre aquellos cadáveres corrompidos. Si no lograba liberarme, me mataría o perecería asfixiado. A mis oídos llegaba su voz llamándome distante, semejante a los chillidos que profieren las ratas, mientras que me hundía por momentos…

Y, de pronto, desperté y comprendí que había alguien en la habitación que se proponía hacerme daño y que el dios me había enviado un aviso.

Sin dudarlo un instante me lancé rodando por el suelo como el tronco de un árbol. Se oyó crujir la madera al astillarse, mientras una hacha de cobre hundía en el suelo su hoja en el mismo lugar donde descansaba mi cabeza hacía unos instantes. A la tenue luz del brasero se recortaban las piernas de mi agresor que se había agachado y trataba de arrancar el arma del suelo para efectuar un nuevo intento. Me abalancé inmediatamente contra ellas.

El hombre pasó por encima de mi cuerpo y ambos nos esforzamos por levantarnos rápidamente. Tenía la jabalina apoyada contra la pared junto a mi alfombra, pero si intentaba acercarme me encontraría al alcance de su hacha. Ambos permanecimos a la expectativa. Mi contrincante empuñaba el arma y sonreía torvamente al ver que me encontraba completamente desarmado.

La habitación era pequeña y yo no podía retroceder. Le bastaría con avanzar unos pasos y descargar un mortífero impacto sobre mí…

Retrocedí y mi pie descalzo rozó el brasero que estaba a mis espaldas, lo cual me causó un súbito y repentino quemazón similar al efecto de una cuchillada.

¡En el brasero y sus carbones encendidos se hallaba mi única oportunidad de sobrevivir!

Me volví rápidamente y me agaché para recogerlo, sosteniéndolo con ambas manos. Era terriblemente pesado y me escocía la piel al contacto del ígneo y negro metal. Creí que iba a consumirme…, no podría seguir sosteniendo aquel terrible peso sin que las manos se me consumieran como hierba seca.

Aún inclinado tomé impulso y lo lancé contra mi enemigo, al que alcancé en el pecho y derribé en el suelo. Los incandescentes carbones llovieron sobre él y por un instante olvidó cuanto le rodeaba al encontrarse cubierto de fuego. Dejó caer el hacha e incluso olvidó mi presencia.

Fue cosa de un instante. Avancé unos pasos jabalina en ristre. El asesino yacía en el suelo profiriendo alaridos de terror, sacudiéndose como enloquecido los carbones mientras trataba de librarse del fuego. Impulsé la jabalina sobre mi cabeza y la hundí en su pecho, acabando con sus gritos igual que si hubiesen sido cortados con un cuchillo.

—¡Por los dioses! ¿Qué ha sucedido?

Me volví. En la puerta se encontraba mi ordenanza. Le aparté a un lado y, sin decir palabra, salí corriendo con las manos terriblemente lastimadas.

Aguardé en el porche sentado en un taburete hasta que extinguieron el fuego, sumido en un estado de absoluta indiferencia. Alguien me trajo un cubo de agua fría en el que sumergí las manos que tenía hinchadas, aunque no demasiado quemadas, cosa que me sorprendió. No experimentaba nada más que aquella sensación de leve sorpresa e indiferencia. Al parecer estaba perfectamente. Hubo un momento en que el fuego parecía haberme penetrado hasta el hueso, pero quizás mi *sedu* había vuelto a protegerme.

Por fin, cuando se disipó el ruido y la confusión y empecé a recuperarme me vi abrumado por miles de interrogantes sin respuesta.

—El fuego ya está apagado, *rab shaqe*.

Me levanté y entré en mi habitación en la que reinaba el más absoluto desorden. Estaba llena de humo y las paredes se habían empapado de agua. Mi frustrado asesino estaba muerto, yacía en el suelo con el cuerpo enroscado igual que si estuviera dormido y de su pecho asomaba la punta de mi jabalina como si señalara el punto por donde había perdido la vida. Le había atravesado con ella y no resultó fácil arrancarla.

—Sacadle a la luz —ordené, entregando el arma a un ordenanza con voz que sonaba extraña en mis propios oídos—. Quiero verle la cara.

Un par de soldados, sin duda para no manchar el suelo, envolvieron al cadáver en mi alfombra chamuscada y empapada en sangre y le trasladaron a la habitación que me servía de comedor en la que se habían reunido ya varios oficiales, algunos de los cuales aún vestían las túnicas que utilizaban para dormir, y juntos examinamos a mi difunto agresor.

—¿Alguno de vosotros le reconoce? —pregunté.

Me respondió un coro de negativas acompañadas de enérgicos movimientos de cabeza: nadie conocía a aquel hombre o, por lo menos, nadie admitía reconocerlo. Le cogí la mano y examiné su palma.

—Reunid a los *rab kisir* y que vean si pertenece a la guarnición, aunque apostaría a que ni siquiera es un soldado. Fijaos en sus manos tan suaves como las de una criatura, no se ve en ellas ninguna callosidad.

Pedí que me trajesen una copa de vino que vertí sobre la cabeza del difunto en calidad de ofrenda para aplacar a su espíritu y seguidamente ordené que pasasen lista a todas las compañías para comprobar si faltaba alguien. Aunque aquel individuo no parecía haber pertenecido nunca al ejército, puesto que vestía el uniforme de soldado deseaba saber dónde lo había obtenido.

—Registrad la ciudad y comprobad si se encuentra en ella algún extranjero… Este tipo no pudo haber surgido de la nada.

—¿Qué hacemos con su cadáver, *rab shaqe*?

No era aquélla una pregunta ociosa. ¿Qué debía hacer en semejante caso cuando se halla en juego algo tan importante como el dominio del mundo y nuestros enemigos llevan nuestra misma sangre? Prefería ignorar quién habría enviado a aquel hombre, pero deseaba asegurarme de que no vendría otro a sustituirlo.

—Decapitadle y conservad su cabeza con sal —repuse, poniéndome en pie y tratando de simular indiferencia, aunque sentía un nudo horrible en el estómago—. La remitiremos a Nínive, de donde sin duda procede. Me propongo enviársela a alguien en calidad de obsequio.

OceanofPDF.com

XVII

A la mañana siguiente, en un callejón situado en la parte posterior de un burdel, apareció el cadáver de un soldado que llevaba atada en el cuello la cuerda con que había sido estrangulado. Le habían despojado de su uniforme y la mujer que vivía con él logró identificar la prenda que vestía el asesino al descubrir un remiendo que ella misma había hecho en su capa.

Di orden de que en lo sucesivo cualquiera que entrase en la fortaleza utilizase un santo y seña que se cambiaría diariamente y traté de echar tierra al asunto: el aviso que había enviado a Nínive sería mi mejor protección contra cualquier otro posible asaltante nocturno, y un comandante no debe excederse en las medidas destinadas a proteger su propia vida.

Además tenía otros asuntos en que ocuparme y durante algún tiempo, quizá unas semanas, me vería obligado a ausentarme de la guarnición acompañado de soldados en los que por lo menos podía confiar que no intentarían degollarme mientras durmiese. Las actividades regulares de la vida militar constituían en sí mismas una especie de refugio.

De modo que al día siguiente de que el cadáver del asesino hubiese sido expuesto a las tropas en formación, monté en mi caballo, proeza digna de consideración puesto que todavía llevaba las manos untadas con bálsamo y vendadas, y al frente de las compañías tercera, cuarta y sexta partimos hacia las montañas para realizar maniobras.

Siempre, durante mi vida de soldado, he disfrutado con los ejercicios que se practican en tales ocasiones. Es un género de vida muy saludable en el que se trabaja, se come y se duerme. Las tareas únicamente pueden realizarse de un modo, no caben ambigüedades ni falsas interpretaciones. Cuenta en primer lugar la pericia del guerrero, por lo general un hombre sencillo y que disfruta de la compañía de otros semejantes que contemplan el mundo desde una óptica muy similar a la suya. Yo soy muy experto con

la jabalina y el arco, excelente auriga y jinete y regular en el manejo de la espada, tales eran mis condiciones como soldado. Mis hombres estaban predispuestos a creer en mis dotes de mando y, por añadidura, prescindiendo de escalafones, habían decidido que me comportaba como uno de ellos: nada más afortunado que esta especie de aceptación tácita. Por lo menos yo no aspiraba a otra cosa.

Las maniobras se desarrollaron perfectamente. El dios había dispuesto que su anterior comandante hubiera sido destinado a Amat hacía tan sólo un año y, por tanto, únicamente había contado con aquel tiempo para sembrar entre ellos la desidia y la indisciplina y los hombres recobraron rápidamente sus habilidades marciales. Pero formábamos un ejército que carecía de enemigos a quienes enfrentarnos. Mas esta situación no iba a prolongarse indefinidamente. Cuando hubimos traspasado los límites de nuestras fronteras y comenzamos a internarnos en las grises y estériles montañas que constituían una tierra sin ley, casi cada noche, montando guardia o reunidos en torno al fuego, nos sentíamos observados por aquellos seres salvajes y extraños que vivían en tiendas hechas de pieles y que no reconocían la soberanía de ningún monarca, y como comprendían que algún día nos enfrentaríamos en combate, nos examinaban tratando de medir sus fuerzas con nosotros, mientras yo me preguntaba qué impresión debíamos producirles.

Cuando regresamos a Amat me encontré con un emisario del rey de Urartu que había acudido a parlamentar conmigo acerca de la guerra.

Urartu había sido una potente y gloriosa nación que se había debilitado bajo el imperio del Gran Sargón. Según podía recordarse, había reinado sobre una liga de estados septentrionales que se extendía ininterrumpidamente hasta el mar Superior, pero en el quinto año de su reinado el gran rey conquistó Carquemish, tras bloquear el paso sobre el Eufrates y dividir la liga en dos partes. Después, al cabo de un año, tras someter a su yugo a los países occidentales, el soberano Sargón marchó sobre los dominios del monarca Rusas, que salvó su vida refugiándose tras las murallas de Tushpa, su inexpugnable capital, limitada en sus tres cuartas partes por escarpadas rocas y, en la cuarta, por el mar Agitado. Pero el señor de Assur asoló el país, capturando el tesoro real y exterminando a millares de súbditos de Rusas. Éste se suicidó abrumado por el pesar y, durante el reinado de su hijo, el país se convirtió en un humilde estado

vasallo que enviaba tributos a Nínive y erigía imágenes de Assur en sus templos más importantes, junto a las de Khaldi, su diosa principal.

Pero con el tiempo aquella gran victoria de Sargón se había convertido en algo muy similar a una derrota, porque Urartu, que había servido como muralla protectora contra los nómadas del norte, estaba demasiado debilitada para enfrentarse a ellos sin ayuda. De ese modo, a no ser por las guarniciones que a la sazón tenía a mi mando, cimerios, escitas y otras importantes confederaciones tribales se habrían precipitado desde las montañas para solazarse en los verdes valles del Tigris. Liberándonos de un enemigo, el Gran Sargón había abierto camino a los demás.

El emisario era un hombre delgado que frisaría los treinta y cinco años y de estatura unos tres dedos inferior a la mía, pero que seguía superando a los hombres de Assur. Tenía la tez oscura de los sumerios, ojos negros y brillantes, gruesa y carnosa nariz y la breve barbilla característica de los individuos de su raza. Exceptuando el forro de piel de su capa, suplemento muy útil en aquellas latitudes, vestía al estilo de Nínive, como todos los hombres de Urartu que yo había conocido, porque, aunque con diferente idioma, su cultura y costumbres estaban tan influidos como los nuestros por Babilonia.

Aquella noche invité a mi huésped a compartir mi sencilla cena de soldado para que pudiera comprobar que las cosas habían cambiado en Amat y le rogué que me aguardase mientras me daba un baño de vapor para liberarme del polvo de veinte días de maniobras y del hedor a animal de carga que despedía. Mientras él esperaba y yo me bañaba con agua caliente, mis oficiales se reunieron conmigo en la casa de baños y entre nubes de vapor me informaron de todo cuanto habían oído o imaginaban sobre las causas por las que el rey Argistis habría considerado oportuno enviar a un embajador desde Tushpa para compartir el pan y la carne con el nuevo *shaknu* del norte.

—Quizá ni siquiera le envíe Argistis: tal vez sólo trate de ganarse tu colaboración para destronarle. Dicen que el rey ha heredado la vena de locura paterna.

—Tal vez trate de conseguir una reducción de los tributos que se les impusieron.

—No importa cuáles sean sus propósitos: confío que venga dispuesto a sobornarnos espléndidamente.

Pero con gran decepción por mi parte, el único soborno que nos ofreció fue un centenar de jarras de vino nairi de los viñedos que crecían a orillas de mar Agitado y que era sorprendentemente dulce y fuerte. El hombre —que se llamaba Lutipri— y yo desprecintamos varias jarras aquella noche y nos embriagamos moderadamente, por lo que, como era de esperar, nos hicimos grandes amigos.

Pero la amistad de los diplomáticos y su inocente embriaguez tienen sus límites. La mente de Lutipri jamás estuvo tan turbada como parecía y en ningún momento olvidó el objeto de su visita. Nos encontrábamos sentados en un banco del porche calentándonos las rodillas con un brasero y respirando el aire fresco de aquella noche estrellada, tratando de purificarnos los pulmones para poder seguir bebiendo hasta que nuestros servidores tuvieran que conducirnos a nuestros respectivos lechos, cuando él servidor de Argistis me dijo:

—Su majestad, mi soberano —comenzó apoyándose en mi brazo como si se dispusiera a confiarme un importante secreto—, tan poderoso que su palabra es ley más allá del río Bohtán, desea informar a su querido hermano Sennaquerib de que los escitas se comportan cada vez con mayor osadía en el país de Shupria, donde han establecido asentamientos e incluso se jactan de haber conducido sus caballos hasta las orillas occidentales del mar Agitado.

—No creo que hayan disfrutado mucho con tal travesía, porque tengo entendido que sus aguas son salobres y no potables.

—No obstante han venido y el rey mi señor reivindica sus derechos sobre todas las tierras ribereñas de esas aguas. No puede arriesgarse a que las tribus montañesas se encuentren a menos de dos días de navegación de su capital.

Consideré sus palabras unos momentos, contemplando los encendidos carbones del brasero —me había aficionado mucho a él desde que me salvó la vida—, y deseé que la cabeza dejase de zumbarme como un avispero para poder concentrarme en mis pensamientos; al pronto sentí grandes deseos de acostarme.

—Por consiguiente deduzco que el poderoso Argistis, cuyo valor es de todos bien conocido, habrá enviado una expedición de castigo contra esos insolentes bárbaros y que en estos momentos habrán sido barridos como paja.

Mi interlocutor no respondió. Volví a llenar su copa con una de las jarras que me había regalado, felicitándome por seguir conservando el juicio para dar respuestas tan poco comprometidas, puesto que el señor Lutipri, que se removía inquieto en su silla y contemplaba con desagrado el vino que le había servido, tan descontento parecía de mis palabras.

—No hubiera sido conveniente tomar tal iniciativa —declaró por fin —. Como sin duda sabrás, en las fronteras del este nos presionan los cimerios, los medas e incluso los mannei. Ciertamente que todos ellos juntos no representan ningún peligro para nuestras gloriosas tropas, pero no por ello son menos perseverantes. Ellos constituyen una amenaza para nosotros (y también para vosotros) más directa que los escitas. Para disuadir a esos salvajes bastaría con una sencilla expedición de castigo.

—Aun así, no veo en qué puede afectarnos. Sin duda vuestro soberano dará buena cuenta de ellos en breve, y mientras no hayan cruzado el río Bohtán hacia el sur…

—Sí, pero…, verás…, ya lo han hecho así.

Me había atrapado. ¡Sí, había caído en la trampa! Aquello me serviría de lección. Aún no era tan prudente ni maduro para poder jugar con las víboras.

—Estamos a mediados del mes de Elul —repuse quizá algo precipitadamente—. Dentro de un mes comenzará a caer la nieve sobre las montañas. No hay tiempo para emprender una campaña…, ni siquiera una expedición de castigo.

—Ese lugar se encuentra más abajo de la costa occidental. Rodeando las montañas un ejército podría llegar allí en unos diez días, efectuar un ataque relámpago y tomar nuevamente dirección sur hasta el nacimiento del río. Tu audacia es de todos bien conocida, Tiglath, así como la derrota que infligiste a los uqukadi y la astucia que demostraste para abrir las puertas de Babilonia y conseguir el dominio de la ciudad. Para ti ésta sería una operación insignificante.

—Tu madre te amamantó con el veneno de los escorpiones, señor Lutipri.

Al día siguiente volvimos a tratar extensamente del tema y en esta ocasión ambos nos encontrábamos sobrios. Me lamenté de los peligros que

entrañaba semejante aventura y al final le arranqué la promesa de que el rey de Tushpa entregaría al señor Sennaquerib veinte minas de oro para compensar nuestros esfuerzos de hacer retroceder a los escitas al otro lado del río Bohtán, pues a nada más podía comprometerme teniendo en cuenta que en aquellos momentos prácticamente había concluido la estación propicia para emprender campañas militares. A todo ello accedió el señor Lutipri bastante rápidamente, puesto que me abstuve de concretar las condiciones en que se realizaría el pago. Un día después emprendió viaje de regreso a su país y yo hice todo lo posible para darle la impresión de que me consideraba ignominiosamente engañado.

Lo cierto era que me sentía muy complacido. Aquel proyecto potenciaría mi imaginación: era precisamente lo que necesitaba la guarnición de Amat para despertar de su letargo y, por añadidura, exactamente lo que yo les había prometido. A la mañana siguiente, tras la primera conversación sostenida en estado de embriaguez con el astuto emisario del rey Argistis, ordené movilización general.

La expedición al país de Shupria no sería empresa fácil. Seguiríamos el curso del Tigris superior evitando siempre que nos fuese posible las montañas hasta que alcanzásemos el extremo de la cordillera Judi Dagh, en que tomaríamos dirección norte, aunque aquélla era una región muy accidentada. En los mapas de que disponía aparecían escasos detalles, por lo que me vi obligado a confiar en aquellos de mis hombres que procedían de tales zonas. No obstante tenía la certeza de que los carros que me proponía llevar deberían ser desmontados y cargados a lomos de los caballos, lo que retardaría nuestra marcha y que ésa sería la mayor velocidad que podríamos conseguir. Según Lutipri alcanzaríamos nuestro destino en unos diez días, lo que sin duda significaba que podríamos considerarnos afortunados si llegábamos en doce. Por mi parte había decidido que nos encontraríamos en la costa sur del río Bohtán en ocho.

—¿Te llevarás las compañías tercera, cuarta y sexta, *rab shaqe*?

—Sí, desde luego. Por el momento son las más aguerridas.

—Pero tras las maniobras necesitan descansar, *rab shaqe*… También tú necesitas un descanso.

—Pasamos quince días en las montañas. ¿Qué campañas duran más de ese tiempo? Partiremos cuando se haya perdido de vista ese embaucador urartu, de modo que tendremos bastante tiempo para recuperarnos. Iniciad los preparativos.

Mis oficiales desistieron de formularme objeciones cuando comprendieron que no pensaba escucharlas y que me había propuesto entrar en combate antes de que comenzasen las nevadas. Sabía perfectamente lo que me hacía: una guarnición paralizada por el invierno es un lugar espantoso para aquellos que comprenden que existe algo distinto a la paz. Los soldados deben aprender que todo se hace por alguna razón y que se entrenan para la guerra porque tal es la finalidad de su existencia. Y semejante cosa únicamente la creerían cuando vieran destellar bajo el sol las espadas del enemigo. No tenía la menor intención de permitir que la fortaleza de Amat se ulcerase como la llaga de una persona en decúbito.

Me proponía dejar a un tercio del ejército en la guarnición porque una gran expedición, al igual que una gran serpiente herida, no puede cubrir velozmente grandes distancias. Me acompañaría mi *quradu* y siete compañías: si con ellos no lograba la victoria mayor número de soldados sólo significarían más cadáveres con que alimentar a los cuervos. Al amanecer del decimosexto día de Elul partí de Amat al frente de muchos hombres, la mayoría de los cuales ni siquiera hacía un mes que estaban a mi mando.

Cuando los soldados están de campaña llevan una existencia más dura que la de los propios esclavos y aquella marcha a lo largo de casi cuarenta *beru* de páramo accidentado y sembrado de rocas fue una prueba tan terrible como una batalla. El primer día en que los hombres aún se sentían frescos, cubrimos siete *beru*, y cuando aquella noche hice una visita de inspección por el campamento, a los soldados que se reunían alrededor de los fuegos ni siquiera les quedaban fuerzas para maldecirme. Al segundo día, cuando habíamos cubierto seis *beru*, apareció a nuestros ojos el río Tigris, una cinta luminosa y brillante que discurría perezosa en la distancia. Aunque los días tercero y cuarto mantuvimos un promedio de cinco *beru*, llegaron a mis oídos muchas murmuraciones, especialmente en la cuarta jornada, e hizo un tiempo horrible en el que los hombres hubieran debido guarecerse en sus tiendas.

A decir verdad, en aquellos momentos sentía cierta inquietud porque temía más que nada que el despertar del invierno nos sorprendiese en el campo, lo que significaría una muerte cierta. Aquello me ponía de muy mal humor, como si estuviese sometido a una vaga e inconcreta amenaza. De modo que anuncié a los hombres que nos hallábamos bajo la protección del dios Assur, que perdonaría todos nuestros pecados, y de mi *sedu*, que era

muy poderoso. Muchos acabaron por creerlo al ver que no éramos asaltados por el camino ni azotados por ninguna plaga…, mas no por ello cesaron en sus lamentaciones, que es lo mínimo que puede permitirse a un soldado, aunque no volvieron a imaginar funestos presagios.

Debíamos levantarnos cada día aún de noche porque yo había ordenado que las marchas comenzasen al amanecer, aunque los hombres aún no se hubiesen desayunado. A mediodía les autorizaba una hora de descanso y luego proseguíamos nuestro camino hasta casi anochecer. Para no suscitar rencores también yo iba a pie, utilizando mi caballo como animal de carga y había ordenado que todos los oficiales hiciesen lo mismo.

A mediodía de la octava jornada, mientras los hombres descansaban, regresaron unos observadores con la noticia de haber visto el río Bohtán tras la siguiente cadena de la cordillera y, a sus orillas, en verdes praderas, muchos carromatos acampados y gran número de cabezas de ganado. Así pues, Lutipri no me había mentido: era bien sabido que entre todos los pueblos nómadas únicamente los escitas viajaban con carromatos.

Dispuse que acampásemos en el mismo lugar donde nos encontrábamos, pues los hombres estaban agotados y no sé encontrarían en condiciones de luchar por lo menos durante un par de días, y no deseaba que nuestros enemigos descubriesen nuestra presencia hasta entonces; pero no permití que encendieran fuego ni que nadie, exceptuando los vigilantes, se aproximara a la cumbre de la colina. Debíamos aguardar, descansar y permanecer a la expectativa.

Aunque no me costó demasiado mantener a raya a mis soldados, que en su mayoría se sentían muy satisfechos de instalarse en un lugar, yo no podía contenerme. En breve me enfrentaría a aquellos nuevos adversarios de quienes tanto se hablaba y tan poco se sabía, puesto que los escitas no eran conocidos por aquellas montañas, desde hacía tanto tiempo infestadas de tribus nómadas que se empujaban unas a otras en sucesivas oleadas, desplazándose constantemente hacia el oeste. Nadie, ni siquiera ellos mismos, sabía de dónde procedían aquellas tribus y qué pautas habían regido sus migraciones.

Dejé mi caballo en el campamento y ascendí hasta la cumbre de la montaña. Pasé toda la tarde sentado sobre una enorme roca observando cómo apacentaban aquellas gentes sus animales en las verdes praderas y cómo se afanaban en los múltiples quehaceres de su singular existencia.

Los escitas, al igual que los cimerios, los mannei, los medas y los uqukadi entre otros, son un pueblo de pastores cuyos desplazamientos dependen de la continua búsqueda de nuevos puntos de pasto para sus bueyes, caballos y ovejas. Por lo demás se comportan como bandidos, sometiendo a pillaje a los pueblos que encuentran a su paso, no practican ningún tipo de cultivos y desprecian a aquellos que trabajan la tierra y abominan de cualquier sistema de vida que los obligue a permanecer en un mismo lugar, alegando que el sedentarismo conduce a la molicie y a la blandura y que únicamente los nómadas viven como auténticos hombres. Como es natural, puesto que se dedican a saquear a otras naciones y deben defender constantemente sus propios pastos de otras tribus, valoran en grado sumo las virtudes marciales, aun más que los hombres de Assur, puesto que entre los escitas todos debían ser guerreros. Eran magníficos jinetes, siempre luchaban a caballo, y como armas utilizaban el arco y la lanza, en el primero de los cuales eran sumamente hábiles. No llevaban espadas, sólo una daga bastante larga que les colgaba del cinto, y, aunque preferían retirarse ante un potente adversario, en la batalla eran valerosos hasta la locura, despreciando incluso la protección de una coraza. La mayor calamidad que podía caer sobre un hombre era ser hecho prisionero por ellos, porque su crueldad era notoria.

Todas estas informaciones las había ido recogiendo en distintas ocasiones y, desde mi ventajosa posición en la montaña, de poco más podía enterarme, unicamente logré advertir dos cosas. La primera, que vestían de un modo muy curioso: llevaban una gruesa chaqueta acolchada que les llegaba hasta las rodillas y debajo de ella asomaba una extraña prenda que yo veía por vez primera, que se bifurcaba en la entrepierna y les cubría por separado cada extremidad, como una segunda piel, hasta los pies. Parecía muy práctica para montar a caballo, pero no me pareció que resultase muy cómoda.

Otra cosa que despertó mi curiosidad fue no descubrir la presencia de mujer alguna. Hombres y muchachos atendían al cuidado de los animales, pero incluso en el campamento, en el punto más próximo a mi vista, no se distinguía ninguna mujer. Deduje que guisarían sus comidas en el interior de los carros, que eran grandes y estaban cubiertos por una especie de tienda con una abertura practicada en lo alto para dejar salir los humos, y llegué a la conclusión de que las mujeres se encontrarían en ellos.

A simple vista parecía haber unos cuatro mil hombres entre los dos campamentos establecidos a ambas orillas del río. Suponiendo que la mitad de ellos estuviese en condiciones de luchar, contaban con una ventaja numérica de tres por uno sobre nosotros.

Por entonces ya me había formado mis planes, y cuando comenzó a extinguirse la luz regresé con mis hombres, tomé un refrigerio y me reuní a conferenciar con los oficiales.

—Ni siquiera se han molestado en montar patrullas de vigilancia —les dije—. Es evidente que no esperan ser atacados. Por consiguiente escalaremos la cumbre de la montaña con siete escuadrillas de combate, tres al frente y cuatro en retaguardia, y mantendremos la caballería y los carros en reserva. Aguardaremos hasta la segunda hora para darles a conocer nuestra presencia a fin de que hayan dispersado extensamente sus rebaños por la pradera y no puedan recogerlos en seguida, viéndose así obligados a enfrentársenos. Mantened callados los tambores hasta que estemos casi encima de ellos, porque no creo que tengamos muchas posibilidades de asustar a esos hombres, aunque es probable que los caballos no estén acostumbrados al ruido.

Aquella noche dormí como un leño. Al día siguiente los hombres reunieron los carros y se dispusieron para la batalla. Yo no me preocupé por tales aspectos, puesto que había impartido órdenes y creía que bastaría con ello, de modo que los soldados debieron de creer que no abrigaba ninguna duda sobre su voluntad o su capacidad organizativa. Regresé a mi punto de observación y estudié el terreno sobre el que iba a librarse el combate.

El declive de la colina era demasiado abrupto y los carros se hubiesen precipitado a excesiva velocidad hasta la llanura; mas aparecía un sendero, quizá algo angosto y que rodeaba lateralmente la ladera, por el que tendríamos que bajar en fila india y en el que quizá las ruedas se atascasen, pero como únicamente habíamos llevado diez vehículos, aquello no representaría ningún problema. Pensaba hacer entrar en combate a los carros cuando la infantería y la caballería ya hubiesen llegado al llano.

Los escitas cruzaban de uno a otro lado el río, pareciendo seguir un proceso gradual, y el Bohtán, cuyo caudal probablemente era más reducido que en ninguna época del año, seguía constituyendo un formidable obstáculo. No podía imaginar durante cuánto tiempo permanecerían sus fuerzas así divididas, pero a aquellos hombres no les quedaba otra opción que presentar batalla: no les sería posible batirse en retirada.

El único temor que sentía era que de algún modo lograran escapársenos: no abrigaba otras dudas. Aquel combate lo había organizado mentalmente hasta tal punto que era como si ya lo hubiese realizado. Acaso encontrase la muerte en aquella verde pradera, tal era el albur que corría cualquier soldado, pero vivo o muerto habría vencido.

Y la probabilidad de mi muerte no me aterraba. Si perecía, cubrirían mi cuerpo con miel y lo enviarían a Nínive, donde aquellos que me querían llorarían mi pérdida. Me vería libre de sufrimientos y remordimientos muriendo como un soldado y triunfando en mi empeño. Y los muertos no sufren los aguijonazos de un amor perdido. Si moría en aquel campo de batalla al siguiente día… Aquella perspectiva me atraía extraordinariamente.

En aquel preciso instante decidí que yo mismo conduciría uno de los carros para que los hombres se sintiesen estimulados y en lo sucesivo dejasen de necesitarme. No me sentía con ánimos para presenciar aquella lucha a distancia. Me metería en la misma boca del lobo y le arrancaría la lengua para obligarle a cantar mi gloria hasta los últimos días del mundo.

Aunque aquella noche no dormí, me sentía muy sereno. ¿Qué temores podía albergar? ¿Qué terrores podría abrigar al día siguiente, cuando ya me había resignado a mi propia muerte? Me bastaba con cerrar los ojos para sentir a Asharhamat a mi lado. Una vez me hubiese liberado de los lazos de mi carne palpitante, así sería eternamente. En realidad, jamás nos habíamos separado. La infelicidad que había sentido no era más que la confusión de las cosas vistas y vividas…, me había cegado la proximidad de la vida. La muerte no era nada más que la pérdida de las últimas ilusiones humanas: había llegado a comprenderlo perfectamente.

A la mañana siguiente del vigésimo sexto día de Elul ordené que formasen filas las siete compañías de infantería bajo la cima de la montaña, donde permanecerían sin ser vistas hasta el último instante. Era el amanecer de un día que se anunciaba magnífico, una suave brisa llegaba hasta nosotros, de modo que los ruidos de nuestros preparativos no serían percibidos por nuestros enemigos ni sus caballos podrían olfatearnos. Estuve observando cómo los jinetes escitas conducían a sus animales a las praderas y aguardé a que se secara el rocío sobre la hierba que pisábamos para levantar el brazo indicando que podía comenzar el avance.

—Hace un día espléndido, ¿verdad, *rab shaqe*?

Era Gadi, mi cochero, quien así se expresaba radiante de placer. Un muchacho tan joven que apenas despuntaba en él la barba: aquél sería su primer enfrentamiento.

—Sí…, es un día magnífico —repuse con una sonrisa forzada.

Hileras de soldados descendían por la ladera unos tras otros, avanzando lentamente para no perder la formación de los escuadrones y tan sólo se percibía el roce de sus sandalias sobre el pedregoso suelo. Su visión me henchía de orgullo.

Desde lo alto de la colina, el río debía de encontrarse a unos quinientos *gar*, distancia que podía cubrir un hombre en una hora a paso rápido. Dentro de otro cuarto de hora mi infantería habría llegado a la llanura, porque el promontorio no era muy elevado. A menos que el enemigo se conformase con retroceder hasta la orilla del río, sólo contaría con una hora de tiempo para enfrentarse a nosotros y necesitaría hasta el último minuto para recobrarse del primer efecto causado por la sorpresa. Por entonces, si todo iba bien, mi caballería y sus carros —en el último de los cuales iría montado yo— habríamos alcanzado la llanura.

Presencié con cierta admiración cómo reaccionaron los escitas cuando finalmente descubrieron lo que se les venía encima. No se dejaron arrastrar por el pánico. Varios jinetes fueron de uno a otro lado dando la alerta y, en breve, varios centenares de ellos reunieron todos los animales posibles y los condujeron como pudieron al otro lado del río, poniéndolos a buen recaudo. En el instante en que nosotros estábamos preparados, ellos también lo estaban. Su caballería formaba filas y aguardaba. Eran muchos más de lo que yo había supuesto: se aproximaban a los dos mil quinientos a caballo, formando cuatro filas que nos atacarían en oleadas.

Monté en mi carro rodeado por seis jinetes, quienes transmitirían mis instrucciones y ordené al cochero que iniciase el descenso. En cuanto llegamos al llano y comenzaron a sonar los tambores, el enemigo ya estaba dispuesto.

Las primeras hileras de caballería escita nos atacaron gritando como halcones y lanzando sus flechas con mayor precisión de la que yo hubiese imaginado que pudieran alcanzar a lomos de un animal. En el último momento nuestras fuerzas se detuvieron y dejaron caer sus largas lanzas de acero en el suelo, formando una empalizada en torno a los cuatro lados en que se encontraban sus formaciones. El enemigo no esperaba que los soldados en el campo de batalla pudieran convertir sus filas en una

fortaleza inexpugnable y aquellos que no quedaron ensartados como conejos o fueron derribados por los caballos enloquecidos de terror se retiraron entre una gran confusión. Comprobé que se habían producido algunas pocas bajas en nuestras tropas, lo que me hizo comprender que habíamos salido victoriosos de la primera escaramuza.

¿Qué harían seguidamente? ¿Qué podían hacer? Aquella decisión les incumbía a ellos y me propuse no darles demasiado tiempo para considerar el problema.

—¡Proseguid el avance! —grité.

Uno de los jinetes que me acompañaba obligó a dar media vuelta a su montura y echó a correr dirigiéndose hacia nuestra formación. Cuando llegó frente al primer escuadrón, se inclinó para cambiar unas palabras con el soldado que tenía más próximo y, al enderezarse, una flecha escita le alcanzó en el cuello y le derribó mortalmente… Pensé que se lo había merecido. Sólo un insensato marcharía hacia el frente exponiéndose de tal modo ante el enemigo. Los soldados que se encuentran en la retaguardia de un escuadrón disfrutan de tan excelente oído como los de las primeras filas.

La segunda oleada de caballería enemiga ni siquiera intentó un asalto directo a nuestras formaciones, sin duda comprendiendo la locura de tal propósito. En lugar de ello dividieron sus filas en dos grupos y nos hostilizaron con sus flechas: aquello era lo que yo estaba esperando.

Los escitas no llevaban armadura, pero estaban en constante movimiento y era prácticamente imposible alcanzarlos aunque arrojábamos sobre ellos una lluvia de flechas y jabalinas. En cuanto a nosotros, permanecíamos inmóviles aunque mejor protegidos, mas las bajas en ambos bandos se producían de modo equilibrado, con la desventaja de que nos superaban en número. Era evidente que trataban de vencernos por agotamiento, sin importarles las pérdidas que pudieran sufrir, pero no lo lograrían.

Ordené que interviniesen los carros, tal fue mi última disposición: había pasado el momento de dar órdenes. Tomé una jabalina de los soportes de mimbre que llevaba en los laterales del carro y, a partir de aquel momento, me convertí en un soldado más, que en nada se diferenciaba de los restantes, como si me viese liberado de una esclavitud. A medida que los caballos aumentaban su velocidad sentía martillear la sangre en mis venas.

El carro es un arma temible, en especial cuando los caballos están protegidos por una armadura formada por escamas de cobre incrustadas en cuero. Cae sobre los enemigos como una espada justiciera sembrando el terror en los corazones humanos y sus ruedas están equipadas con cuchillas algo mayores que un brazo humano que giran al mismo tiempo que su eje y pueden despedazar a un jinete o a su montura al más ligero contacto. Los soldados, a pie o a caballo, temen a los carros más que a ninguna otra fuerza contra la que deban enfrentarse.

Pero presenta ciertos peligros. Un hombre montado en un carro se halla tan expuesto como si montase en un corcel. Basta un leve golpe para derribarle y puede estar seguro de que se convertirá en blanco de muchos proyectiles. Y en el caso de que su caballo sea alcanzado o de que el cochero tropiece con una piedra y se rompa una rueda o se vea proyectado del vehículo, es improbable lograr detener su precipitada carrera y esta imposibilidad es como una condena a muerte.

O su cochero puede encontrar la muerte. Tal fue lo que a mí me sucedió.

Al pobre Gadi, tan sediento de gloria y que sólo era un muchacho, una flecha le atravesó el costado bajo el brazo, causándole la muerte. Cuando se desplomaba se volvió hacia mí —jamás podré olvidar la expresión de su rostro, su mirada llena de dolor y de algo parecido al remordimiento, como si creyese que me había defraudado—. Apenas tuvo tiempo de entregarme las riendas y cayó de espaldas, sin vida, sobre el campo de batalla.

Pero no había tiempo de pensar en Gadi. Me había quedado solo, el suelo del carro se agitaba bajo mis pies mientras sostenía las riendas de los caballos semienloquecidos por el estrépito de la lucha. Comprendía perfectamente aquella sensación que yo mismo experimentaba, aquel sentimiento único y apasionante, mezcla de miedo y júbilo que domina a los guerreros. Me sentía como si fuese un dios, como el propio Adad el Fulminador, que extermina la vida de los seres humanos.

—¡Assur es rey! —grité instintivamente—. ¡Assur es rey! ¡Assur es rey!

Los cascos de mis corceles resonaban atronadores.

Un arquero escita detuvo su montura y apuntó contra mí, pero aguardó demasiado tiempo. Me volví hacia él y le derribé, las cuchillas de mi carro le dejaron a él y a su corcel destripados en el suelo, como si fuesen cerdos.

Un compañero que le seguía de cerca se apartó de mi camino y seguidamente se apostó a un lado e intentó acertarme fijando la flecha en su arco. Pero ya era hombre muerto. Así las riendas con una mano sintiéndome con fuerzas para alcanzarlo y para arrostrar lo que fuese necesario, y con la otra le arrojé mi jabalina, acertando en mi objetivo. El hombre se deslizó de su cabalgadura, aferrándose inútilmente con ambas manos al proyectil para arrancarlo de su pecho entre sus últimos estertores. Crucé precipitadamente el campo de batalla de extremo a extremo levantando una nube de polvo como si fuese fuego. Los jinetes escitas no pudieron mantener sus formaciones y en breve se desperdigaron atropelladamente, agrupándose como abejas, y cuando comenzaron a llover sobre ellos las flechas dirigidas por nuestros escuadrones sembrando de cadáveres sus filas, la verde pradera se convirtió rápidamente en un campo de exterminio.

Pero nuestros adversarios no cedían terreno. De espaldas al río, los escitas, que luchaban en defensa de su ganado y sus familias, cargaban una y otra vez sobre nosotros tratando inútilmente de obligarnos a retroceder, haciendo gala de una insensata obstinación, porque ¿qué probabilidades tenían de conseguir sus propósitos? Mas el valor que desplegaban era digno de admiración. En la lucha cuerpo a cuerpo los exterminábamos con nuestras jabalinas y, a distancia, con una nube de flechas que parecían ocultar el sol. Y volvían reiteradamente a cargar contra nuestros escuadrones y de nuevo caían como chispas de una muela cuya luz se extingue cuando se pierden en el vacío. Si trataban de reagruparse eran dispersados por nuestros carros u obligados a amontonarse confusamente enredados como vainas de cebada.

Parecían decididos a no rendirse. Despreciaban semejante posibilidad y su posición les estaba ocasionando una terrible carnicería.

A mediodía, cuando el sol se levantó, cambió el cariz de la batalla, que en aquellos momentos se desarrollaba a dos tiros de flecha del campamento escita. Como un joven que pierde el atolondramiento propio de la edad para asumir una sobria y serena madurez, así nuestra lucha que ya había dejado de consistir en un enfrentamiento entre fuerzas similares se transformó en la torva, triste y siniestra tarea del exterminio. Conservar la propia vida y aniquilar al enemigo, tales eran los propósitos que nos obsesionaban a todos y que realizábamos como penosa obligación que nos hubiese sido impuesta. Los flancos de mi caballo brillaban sudorosos y me

dolían los brazos. «¡Ojalá concluya esto en seguida! —pensaba—. ¡Quiera dios que finalice semejante locura!» Y arremetía implacable contra el enemigo quitándole la vida y deseando que dejasen de resistirse, que se replegaran para poder mostrar alguna clemencia hacia ellos.

Y, por último, cuando ya casi llegábamos a sus carromatos y los fuegos que tenían encendidos, algunos escitas se apartaron a cierta distancia, disponiéndose a iniciar la retirada hacia el otro lado del río, poniendo a salvo todo aquello que les fuese posible mientras que los restantes aún ofrecían mayor resistencia y el ruido de la batalla se hacía ensordecedor. Pero aquello representaba el principio del fin…, por lo menos comprendimos que ya no podía prolongarse por mucho tiempo.

Me encontraba dando un rodeo y me disponía a lanzarme de nuevo a la carga, cuando acerté a mirar al suelo y tendido entre la hierba descubrí el cadáver de mi cochero cuya existencia casi había olvidado. Allí se encontraba Gadi, cuya madre jamás volvería a verle y que fijaba en mí sus ojos vidriados e inexpresivos. «¿Acaso no te importo en absoluto? —parecía decirme—. ¿Ni siquiera has advertido mi ausencia? Estoy muerto, me he convertido en polvo y tú me has olvidado.» En aquel momento sentí tal remordimiento como si yo mismo le hubiese quitado la vida y seguidamente me invadió una furia terrible y salvaje. Decidí que aquellos bárbaros pagarían cara la pérdida del muchacho: yo me cuidaría de que otros muchos siguieran a Gadi al Arallu. Fustigué mis corceles y el carro se precipitó hacia delante, aumentando su velocidad mientras las ruedas rechinaban metálicamente.

Y en aquel momento una flecha me acertó en la espalda.

A continuación la batalla concluyó rápidamente. Viendo que los escitas se retiraban en masa, ordené a mis tropas que detuvieran su avance. Permanecimos en el campo que en aquel momento ya dominábamos y los observamos mientras recogían sus animales y carromatos tratando de huir al otro lado del río. No había ninguna razón para perseguirlos: habían perdido un número considerable de efectivos humanos y de caballos y no tenía ninguna intención de dirigir una masacre.

Mientras el enemigo se mantuvo al alcance de nuestra vista, nadie advirtió que yo estaba herido. En cuanto me di cuenta de que había sido

alcanzado —al principio no experimenté ningún dolor, simplemente el impacto como si un amigo me hubiese palmeado la espalda—, rompí el asta de la flecha y la arrojé al suelo sin ni siquiera mirarla y el breve fragmento que sobresalía bajo el omóplato quedó oculto bajo mi capa. Rodeado de mis oficiales, había detenido mi carro y presenciaba cómo nuestra victoria se consumaba plenamente. Apenas hablaba y permanecía casi inmóvil, porque sentía el arañazo de la punta de la flecha contra el hueso cada vez que respiraba.

Sufría horriblemente soportando de tal modo semejante situación. El metal ardía en mis carnes y estaba bañado en sudor. Bajo mi coselete sentía gotear la sangre de la herida. Apreté las rodillas y me así con fuerza a la rueda del carro para no caerme, mientras veía abandonar el campo al último jinete escita. Si mis hombres descubrían que su comandante estaba herido, hubiese podido cundir el pánico entre ellos y provocar como mínimo la confusión y el peligro. Debía esperar, aguardar a que los soldados de Assur paladeasen su triunfo y disfrutasen un poco antes de conocer la noticia.

—*Rab shaqe*, corre sangre por tu pierna. ¿Qué sucede?…

Apenas podía oírle, su voz me llegaba de muy lejos. Me volví para ver quién me hablaba, pero mis ojos parecían haberse velado.

—No es nada…

Supongo que debí de desvanecerme porque cuando recobré el conocimiento estaba tendido sobre una improvisada litera en la que me trasladaban al campamento. No fue un trayecto agradable: a cada paso la punta de lanza que tenía en la espalda parecía introducirse más profundamente en mis carnes.

A media tarde, tendido en un camastro en mi tienda, me esforcé por embriagarme mientras que el cocinero —era de suponer que sabría sajar mejor las carnes que cualquier otra persona— ponía al rojo vivo su navaja en un brasero, disponiéndose a extraer la punta de la flecha de mi omóplato, donde sin duda se había albergado. La perspectiva de tal operación no me entusiasmaba, como supongo tampoco a él.

—Asegúrate de que actúas con rapidez —le apremié. Parecía como si también él hubiese bebido, pero consideré que quizá fuese mejor aguardar a que hubiese cobrado ánimos—. Corta profundamente, extrae el objeto con unas pinzas y seguidamente cauterizas la herida. No tienes por qué

precipitarte: suceda lo que suceda nadie te echará la culpa. Pero, ¡por favor!, una vez hayas comenzado, no titubees.

—Sí, *rab shaqe*. Así lo haré, *rab shaqe*.

Ambos aguardábamos en silencio, observando cómo la acerada hoja, semioculta por las brasas, se volvía casi blanca.

—¡Mira qué hemos encontrado, *rab shaqe*! ¿Qué te parece este pájaro?

Alguien había abierto el faldón de mi tienda y por ella apareció flotando —y esta palabra me parece muy acertada porque hasta que cayó de bruces en el suelo no pareció tocarlo siquiera con los pies— lo que a primera vista me pareció el cadáver de una persona. Me enojé considerándolo una broma de mal gusto, mas en breve descubrí que el hombre estaba maniatado y que se esforzaba por ponerse de pie.

En el exterior se encontraban tres soldados, uno de los cuales reconocí: era el *ekalli* Girittu, que tenía el rostro sucio de polvo pero sonreía orgulloso.

—Le encontramos entre los muertos. Debió de caerse de su caballo y golpearse la cabeza contra una piedra porque recobró el conocimiento cuando nos hallábamos prácticamente encima de él. Como sin duda comprenderás, *rab shaqe*, tratábamos de encontrar algo de provecho… Los hombres han de obtener algo por su jornada de trabajo. ¡Fíjate cuánto oro lleva encima! Suponemos que debe de ser una especie de rey.

Y para demostrar cuanto decía, Girittu entró en la tienda y obligó a levantarse al hombre que aún seguía arrodillado, para que pudiese ver la pechera de su chaqueta cubierta con áureas y redondas lentejuelas del tamaño de un puño cosidas a la prenda. Evidentemente se trataba de algún personaje importante.

—¡Fíjate qué herida tiene en la pierna, *rab shaqe*! Le hemos obligado a venir andando y ni siquiera se ha tambaleado. A pesar de todo es preciso admitir que esos escitas no son unos afeminados.

En efecto, tenía un agujero en la pierna, exactamente sobre la rodilla, sin duda producido por una jabalina. Por fortuna para él —o por desdicha según cual fuese la decisión que yo tomase— no se había desangrado mortalmente, pero había de ser una herida muy dolorosa. Mientras aguardaba a que el cuchillo del cocinero se pusiese al rojo vivo no pude menos que sentir cierta simpatía hacia él.

Aquél era el primero de mis enemigos que veía de cerca o, por lo menos, que podía examinar detenidamente, puesto que aquel día había tenido muy próximos a muchos de ellos, y me sentía muy interesado por él. Nunca había visto a un hombre con semejante aspecto. Era de tez rojiza, como aquellos que han estado muy expuestos al viento, aunque más moreno, pero lo más extraño no era el color de su piel, sino la configuración de su rostro. Sus pómulos eran altos y muy pronunciados y tenía los ojos rasgados y muy pequeños, como simples rendijas. Al principio me dio la impresión de que era muy parecido a un gato, impresión que intensificaba su escasa barba. Únicamente se le distinguían algunas hebras negras de vello sobre el labio superior y la barbilla, como los bigotes de un gato. Me pregunté de qué lugar de la tierra procederían aquellas gentes que tenían tales rostros, dónde vivirían hombres así.

Calculé que se encontraría entre los treinta y los cuarenta años, aunque es difícil adivinar la edad de una persona de diferente raza.

—Habéis hecho bien en traerle —dije—. Ya cuidaré de que seáis recompensados por ello.

Mis hombres saludaron y se fueron. Me dirigí a un oficial que se encontraba junto al prisionero.

—Córtale las cuerdas.

—¡Pero, *rab shaqe,* ten en cuenta…!

—¡Te he dicho que le cortes las cuerdas! No te preocupes, no permitiré que te muerda.

Y, tras otra breve vacilación, el *rab kisir*, un hombre de escasa estatura, ojos muy pequeños en un ancho rostro que le daban una constante expresión preocupada, desenfundó la daga de su cinto. Por un momento brilló un destello de algo parecido a la sorpresa en los ojos felinos del escita, acaso imaginando que había ordenado que le degollasen, pero no exteriorizó ningún otro sentimiento. En cuanto le dejaron en libertad las muñecas, examinó sus manos como si deseara comprobar que estaban ilesas.

—*Rab shaqe,* el cuchillo está listo.

El cocinero no parecía muy complacido al formular tal afirmación, pero era una cuestión que debíamos abordar cuanto antes. Los efectos del vino habían comenzado a abandonarme y temía llegar a avergonzarme ante aquel bárbaro.

—Entonces comienza cuanto antes —repuse—. Imagínate que estás troceando un asado, pero apresúrate.

No tardó más de un tercio de minuto en extraerme el fragmento de flecha de la espalda, pero me pareció una eternidad. Aferrado a las patas del lecho y apretando los dientes, me esforcé por no proferir un grito.

No me resultó difícil, puesto que contaba con un público ante el que dar muestras de valentía y, por otra parte, con un cuchillo candente en la espalda, apenas me atrevía a respirar. De modo que conseguí superar la operación con cierta dignidad. Por lo menos el escita, que estaba pendiente de ella, al parecer sumamente interesado, no demostró ningún desprecio hacia mí.

Cuando el cocinero hubo concluido, tras proteger la incisión de mi omóplato con un ungüento, me entregó la punta de la flecha.

—Ha sido fabricada en Nínive —dije en arameo—. Debía haber comprendido que no podía alcanzarme una flecha escita.

Los ojillos de mi prisionero se iluminaron un instante, lo que me hizo comprender que me había entendido.

Me incorporé en el lecho. Me resultaba muy incómodo moverme y estaba debilitado por el dolor y la pérdida de sangre, pero un príncipe de Assur no trata con extranjeros tendido de bruces.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Soy Tabiti, hijo de Argimpasa —contestó por fin tras un instante de vacilación, sin duda decidiendo que su honor no se vería lastimado si me respondía—. Soy jefe de la tribu sacan de los Scoloti.

Scoloti se asemejaba bastante al nombre acadio de Ishkuzai, por lo que comprendí a quien se refería.

—Entonces, Tabiti, hijo de Argimpasa, puesto que eres un hombre respetable, levántate del suelo y siéntate.

Hice señas a un ayudante, que trajo una silla, y fue tan necio que ayudó al jefe de la tribu sacan a ponerse en pie. Tabiti esquivó su contacto, pero aceptó el asiento que le ofrecíamos.

—¿Por qué has atacado mi poblado? —preguntó.

No era en modo alguno una acusación: simplemente deseaba enterarse.

—Porque las orillas del río señalan las fronteras de los dominios del dios Assur…, y a mi monarca le molestó vuestra intrusión.

Tabiti, hijo de Argimpasa, hizo una señal de entendimiento.

—Nosotros no aceptamos fronteras —repuso.

—Pues en esta ocasión os convendrá aprender a respetarlas.

No respondió, parecía como si no hubiese oído mis palabras. De pronto observé qué me estaba mirando el pecho.

—Para ser tan joven has sido herido muchas veces. No eres muy afortunado.

Se expresaba con aire cada vez más felino. Sin duda esperaba respuesta.

—He combatido en muchas batallas —expliqué—, por eso tengo tantas heridas. No puede considerarse desdichado aquel que es herido en la lucha, a menos que perezca en ella… o sea derrotado. Jamás he sufrido tales desgracias, por lo que no me considero desdichado.

No hubo reacción alguna por parte del prisionero, aunque, desde luego, tampoco la esperaba. Sin duda aquel hombre habría sido insultado en más de una ocasión.

—Tengo dos opciones —proseguí sonriendo levemente, confiando que aquel ser tan orgulloso no creyera que me mofaba de él o le despreciaba—. Puedo darte muerte y perseguir después a un pueblo sin caudillo más allá del río Bohtán hasta su total exterminio, cosa que, como comprenderás, me sería sumamente fácil, o tratar de llegar a un acuerdo contigo que evitará muchos derramamientos de sangre.

—No temo el fin que puedas darme.

—¿Acaso he sugerido semejante cosa?

Aquella respuesta le sorprendió. Permaneció callado unos momentos, al parecer sin atreverse a respirar como si estuviese ponderando mi propuesta.

—Desde luego, siempre que puedas hablar en nombre de tu pueblo… y pueda confiarse en ellos.

—Mi palabra es ley entre los sacan —aseguró en un tono de fría cólera, como si me escupiera en el rostro—. Y la palabra de un sacan es como un juramento de sangre.

—Celebro que hayamos concretado este punto.

Estábamos sentados uno ante el otro, separados al parecer por algo más que unos simples codos de aire. Nos encontrábamos enfrentados por una hostilidad insuperable, tan extraños entre nosotros mismos como si

ambos no fuésemos seres humanos. ¿Debía ser realmente así? Abrigaba la instintiva convicción de que era alguien a quien podía comprender y en quien confiar dentro de unos límites razonables.

—Supongo que comprenderás que si perseguimos a vuestro pueblo no podrán escapar. Y con ello no pretendo cuestionar en absoluto su valor: desde esta fecha ningún guerrero de la tribu sacan necesitará demostrarme su arrojo. Estoy hablando de hechos, de guerra, y del modo de emprenderla contra un pueblo que huye, de la destrucción de sus animales y de cómo morirán de hambre sus mujeres y niños cuando padres y esposos hayan perecido. Tú eres su jefe y debes procurar por su futuro. ¿Me he expresado con claridad?

El hombre no respondió. Durante largo rato ni siquiera se movió. Por fin asintió lentamente con la cabeza.

—Ahora…, Tabiti, hijo de Argimpasa, jefe de la tribu sacan de los Scoloti, ¿accederás a pronunciar el juramento de sangre reconociendo el dominio del soberano Sennaquerib, soberano de las Cuatro Partes del Mundo, Rey de Reyes? ¿Te comprometerás a ayudar al monarca Sennaquerib en su lucha contra sus enemigos? ¿Renunciarás a emprender la guerra contra el país de Assur y respetarás los límites que el rey ha instituido? ¿Empeñarás en ello tu palabra?

Guardó de nuevo silencio, como si escuchase una voz interior, y finalmente volvió hacia mí sus astutos ojillos.

—Sennaquerib no representa nada para nosotros —dijo—. No hemos sido testigos de su poder ni de sus proezas y los sacan no se inclinarán ante un nombre carente de sentido. ¿Cómo te llamas?

—Soy Tiglath Assur, hijo del soberano Sennaquerib y príncipe real.

—Entonces hago tal promesa a Tiglath Assur, hijo de rey que ha vencido al pueblo sacan en honroso combate…, y a nadie más que a él. ¿Te conformas con eso?

—Creo que bastará.

OceanofPDF.com

XVIII

Al día siguiente, de mutuo acuerdo, ambos bandos recogimos a nuestros muertos. Di orden de que se suspendieran los saqueos y que no se cortaran manos ni cabezas como trofeos. Nuestras pérdidas no llegaban al centenar, pero, entre los escitas, Ereshkigal había cosechado múltiples víctimas cuyos cadáveres cubrían la llanura como mies segada. Singularmente no parecían abrigar ningún resentimiento hacia nosotros: se diría que la derrota que les habíamos infligido sólo revestía para ellos la naturaleza de un desastre natural, impersonal, algo que debía soportarse, pero de la que nadie era culpable.

El jefe sacan Tabiti y yo habíamos acordado que nuestras fuerzas le seguirían en su retirada a las playas occidentales del mar Agitado. Aquel viaje se prolongaría durante tres días y mi intención era marchar en dirección este hacia Tushpa antes de que cayesen las nieves para regresar después a Amat. Aunque el señor Lutipri lo ignoraba, yo tenía intención de recoger mis veinte minas de oro. Puesto que había prohibido a mis hombres saquear al enemigo, vivo o muerto, no podía negarles su botín y la parte destinada al soberano proporcionaría el mantenimiento de la guarnición durante quizá dos o tres años. Aquélla, pensé, sería una excelente jugada a los urartu para que jamás olvidasen que no debían bromear con el *shaknu* del norte.

Pero primero debíamos sepultar a los muertos. Cavamos una larga zanja a orillas del Bohtán para que los camaradas que habían perdido la vida tuvieran la satisfacción de yacer en la tierra que habían conquistado con su sangre, viéndose acompañados de ofrendas de alimentos y bebidas para tranquilizar sus espíritus. Era una tarea sencilla que concluiría aquella misma tarde, porque la gente que vivía junto a las rápidas aguas del Tigris no abrigaba muchas esperanzas respecto a la existencia de otro mundo. Las

obligaciones con los muertos sólo servían para garantizar que descansarían en paz sin alterar la existencia de los vivos.

Sin embargo no parecía ser tal la opinión predominante entre los escitas. En primer lugar, observando cómo reunían los cadáveres de sus guerreros, me sorprendió que no cavasen tumbas a uno u otro lado del río. En lugar de ello los introducían en grandes sacos de piel que cosían después y parecían tener muy a mano —sin duda cada uno de ellos lo llevaba consigo constantemente durante sus viajes hasta el día de su muerte — y seguidamente los cargaban en sus carromatos.

Aquella noche los supervivientes organizaron una extravagante ceremonia de duelo en la que danzaron alrededor de hogueras que resultaban visibles a gran distancia, profiriendo penetrantes chillidos que atravesaban el aire frío y sereno y hacían estremecer a hombres curtidos en los avatares de la guerra. Despaché a varios soldados para que espiasen secretamente y me informaron de que muchos escitas, sumidos en estado de trance, se habían autodisparado flechas a sus propias manos siniestras en aquella ceremonia funeraria, y en el curso de los próximos días vi a varios de ellos que presentaban semejantes heridas. Tales festejos fúnebres se prolongaron durante varias horas y concluyeron cuando comenzaba a despuntar el alba.

Y, al amanecer, la caravana de los escitas emprendió la marcha hacia el norte del mar Agitado.

En cuanto el último de sus carromatos abandonó el campamento, crucé el Bohtán con el pleno de mis huestes, pensando que sería conveniente que advirtiesen que les pisábamos los talones y recordándoles que regresaban a las montañas como un pueblo sometido. Deseaba asegurarme de que Tabiti había comprendido que no había escapado totalmente de mis manos.

Poco después de mediodía uno de sus jinetes regresó portador de una invitación de Tabiti, hijo de Argimpasa, a Tiglath Assur, hijo de Sennaquerib, para compartir aquella noche su cena en medio de su pueblo. Se proponían acampar al anochecer al pie de un punto elevado al que daba el nombre de Surti. Sin prestar oídos a las enérgicas objeciones de mis oficiales que temían que peligrase mi vida, acepté su invitación. El escita sonrió abiertamente al oír mi respuesta, como si se tratase de una victoria personal, y se despidió partiendo a galope tendido.

Acaso mis oficiales estuviesen en lo cierto, tal vez aquella gente fuese capaz de cualquier traición, pero no podía rechazar la propuesta sin que mi negativa hubiera constituido un insulto que representase la ruina de mis proyectos. Debo confesar que sentía demasiada curiosidad para permitirme una negativa.

Al anochecer partí con mi caballo al trote, introduciéndome sigilosamente entre la caravana de los sacan en busca de Tabiti, que como es natural viajaría a la vanguardia de la expedición. Aquel paseo serviría para revelarme muchos aspectos desconocidos de mis antiguos enemigos, y las escasas horas que pasé con ellos fueron las más interesantes de mi vida.

Por vez primera vi algunas mujeres escitas que seguían a pie los carromatos vestidas con gruesos y amplios faldones que llegaban al suelo y que habían sido teñidos con los más vivos colores, blusas de lino con amplias mangas que llevaban enrolladas hasta el codo y chalecos que adornaban con bordados y pequeños discos de oro y plata cosidos en la tela. Cubrían sus cabellos con chales, pero no el rostro, como las desposadas en mi país, por lo que pude verlas sin dificultad alguna.

Deduje que los escitas tomaban esposas de diferentes países ya fuese mediante permuta o conquista porque entre ellas se veían ejemplares de piel rojiza, cabellos negros y ojos felinos como la mayoría de hombres, y que ciertamente predominaban en las mujeres, y encontré muchachas de cabellos claros y cutis blanco, urartu de prominentes narices y barbillas que se hundían hacia adentro, una o dos mujeres negras y varias que hubieran podido proceder de Sumer.

Pero lo más corriente entre todas ellas, y lo que más vivamente me impresionó, fue la amargura de sus lamentaciones.

Todas ellas, sin excepción, mostraban su desesperación y gemían como si estuviera en juego su vida, las lágrimas corrían por sus mejillas y los cabellos les caían en desorden por el rostro. Sin duda eran las viudas recientes —¿por qué no se mostraba a la curiosidad pública las esposas de los supervivientes?—, y al principio se me ocurrió que los escitas debían de ser excelentes esposos para inspirar tales sentimientos. Pero más tarde pensé que aquel llanto, aquellos gemidos y sollozos no eran expresión de pesar, sino de temor, de un pánico cerval. ¿Acaso las asustaba lo que el destino pudiese depararles? Era un enigma para mí.

Advertí que todos los carromatos eran conducidos por muchachos, en su mayoría entre ocho y diez años, en los que era evidente la mezcla de

razas. Pero no se veían otros niños ni mujeres, aparte las afligidas viudas. Los hombres iban a pie junto a los carromatos, sujetando a los caballos por la brida o montados en ellos.

Los sacan daban la impresión de ser tribus ricas. Sus caballos, aunque más pequeños que los nuestros, eran hermosos y robustos y, considerando las proporciones de quienes los acompañaban, calculé que cada familia tendría seis o siete y, algunos, muchos más. Hombres y mujeres demostraban gran afición a los ornamentos: eran muchos los que decoraban sus túnicas con los discos de oro y plata que había visto anteriormente, e incluso los que parecían más pobres lucían brazaletes de cobre. Bastantes hombres, por lo general más espléndidamente ataviados que las mujeres, vestían camisas y túnicas de una tela que destellaba a la luz como si fuese metálica, teñida en vivos colores, rojo, azul y verde. Más tarde me enteré de que a aquel tejido se le daba el nombre de *seric* por la gente que la fabricaba y que procedía de un país que se encontraba a muchos meses de camino hacia el este. También me dijeron que el hilo era tejido por gusanos que anidaban en los árboles, pero no pensé en dar crédito a semejantes infundios.

La gente me miraba cuando pasaba por su lado, con la curiosidad lógica que se siente hacia un extraño. Nadie intentó molestarme ni se mostró impertinente conmigo y tampoco demostraron el menor indicio de hostilidad hacia el comandante del ejército que tan sólo dos días antes había sembrado la muerte entre sus filas como un rayo. Al mismo tiempo tampoco me dio la impresión de que me temieran o se sintieran acobardados por su derrota. A decir verdad, eran una gente asombrosa.

—¡Bien venido, Tiglath Assur, hijo de Sennaquerib! ¡Anunciad su llegada!… Esta noche acamparemos aquí.

Tabiti volvió hacia mí su montura y la obligó a detenerse. Ante aquella orden proferida en voz baja e inexpresiva, varios jinetes salieron a galope tendido en dirección a la caravana como si transmitiesen órdenes de ataque inmediato.

El hombre sonrió mostrándome su blanca y regular dentadura sin que me fuese posible aventurar las intenciones que ocultaba.

—Avanzamos a buena marcha —me dijo animadamente en el tono con que hubiera podido dirigirse a un amigo íntimo con el que hace meses que viaja, aunque sin ofrecerme su mano—. Pasado mañana acamparemos en las orillas del mar Agitado, supongo que cerca de mediodía. Agua y

hierba son allí magníficos, aunque el mar está muerto. Es un espléndido lugar que jamás debimos haber abandonado.

—¿Por qué lo hicisteis?

El jefe de los sacan se encogió de hombros y exhibió de nuevo su felina y enigmática sonrisa.

—No es conveniente que nos instalemos demasiado tiempo en un sitio… Fíjate en los urartu. Tushpa es una espléndida ciudad con muchos siglos de antigüedad, sin embargo los hombres que la gobiernan dependen del rey de Nínive para su defensa.

—Yo vine aquí a defender al país de Assur, no al de Urartu.

—¿Es así realmente? —preguntó Tabiti hijo de Argimpasa enarcando incrédulo las cejas—. Entonces me pregunto qué otros asuntos pudo negociar su embajador en Amat.

—¿Estás enterado de ello?

—Sí…, aunque poco provecho logré obtener de tal conocimiento. Jamás hubiese sospechado que… Desplazas a tu ejército a gran velocidad, señor Tiglath. Supongo que habrás sido generosamente recompensado por tantas molestias.

—Me pagarán veinte minas de oro.

—¿Semejante suma?

Como movido por la sorpresa, el jefe de los sacan desmontó de su cabalgadura y tendió las riendas al muchacho que había conducido su carromato y supuse debía de ser uno de sus hijos. Le imité y ambos avanzamos por el camino que habían formado las ruedas de su caravana. Durante largo rato se abstuvo de hacer comentario alguno. Parecía abstraído en sus pensamientos, como si hubiese olvidado que no se encontraba solo.

—Entonces —comenzó al fin— me sorprende que hayas consentido en nuestro regreso. En Tushpa no se sentirán satisfechos al vernos. Acaso te retengan las veinte minas de oro si no fuiste bastante astuto para cobrarlas por anticipado.

—No me hubieran entregado tal cantidad por anticipado, pero sí me la pagarán ahora… No pienso darles otra alternativa. Además, no me importa que puedan sentirse molestos. Si deseaban echaros de estas tierras, que lo hubiesen hecho ellos mismos. Creo que mi señor de Nínive se conformará

con que os instaléis permanentemente en el mar Agitado, confundiendo al rey Argistis con sombríos presentimientos.

—¡Pero si el rey decide obligarnos a abandonar el país…!

—Estoy convencido de que no será así. Dudo que tenga las fuerzas necesarias para ello. ¿Por qué iba a enviarme un emisario en tal caso? Creo que antes moriréis de úlceras de decúbito que seréis molestados por ellos.

—Y ahora, en lugar de un aliado, el señor Sennaquerib contará con dos que se odian mortalmente. Eres más artero que una serpiente, señor Tiglath Assur, no tienes nada que envidiar a los Scoloti.

Echó atrás la cabeza y profirió ruidosas carcajadas con las que celebraba su propia ocurrencia al tiempo que se llevaba las manos a la espalda como si intentara autorrefrenarse. Pese a ser un bárbaro, de pronto se me ocurrió que aquel hombre hubiera podido fácilmente gobernar un imperio, que en realidad podría hacerlo si los grandes de la tierra se descuidaban y descubrí que me agradaba enormemente, por lo que deseé no tener que arrepentirme nunca de no haberle quitado la vida.

—Y ahora vamos —observó, cogiéndome del brazo por encima del codo—. Charlemos, comamos y embriaguémonos un poco juntos. Tengo entendido que a tus oficiales no les gusta que estés lejos del alcance de su protección. ¿Acaso temen que vaya a envenenarte? ¿Imaginan realmente que iba a ser tan necio?

Los escitas no tenían conceptos muy complicados sobre comodidad. Tabiti y yo compartimos nuestro festín sentados en el suelo frente a un fuego del campamento comiendo pedazos de buey mezclados con mijo silvestre en un cuenco de cerámica que regamos con una bebida a base de leche de yegua fermentada llamada *safid atesh*, que significa algo, parecido a fuego blanco, de espantoso sabor, pero fortísima, que según entendí preferían con mucho al vino, que consideraban un lujo femenino.

El jefe de los sacan lo escanció para ambos de un recipiente metálico utilizando un cazo de cobre. El *safid atesh* se conservaba fresco en una bolsa mojada de piel de cabra. La única singularidad radicaba en nuestras copas, consistentes en unos tazones de plata maciza fijos en dos calaveras humanas cuyas bocas se mantenían cerradas con alambres plateados. Tabiti, que sostenía la suya insertando el pulgar y el índice en las cuencas vacíos

de los ojos, me explicó que aquéllos eran los restos de dos hombres que él mismo había matado en lucha cuerpo a cuerpo y que era costumbre entre los escitas distinguir de tal modo a un adversario notable.

—Éste —indicó sosteniendo su copa en el aire para que yo pudiese admirar su descarnada y sonriente expresión— era el primogénito del jefe de una tribu aria de escasa relevancia. Entonces yo tenía dieciséis años y le quité la vida con una daga cuando él había dado muerte a mi montura, partiéndome el tobillo. Se apeó de su cabalgadura creyéndose a salvo y en condiciones de poder recrearse conmigo, pero se entretuvo demasiado admirando su obra y le rajé el vientre, derramando sus tripas como pescado recogido en unas redes. El otro era un hombrecillo de poca monta que en una ocasión intentó cuestionar mi condición de jefe…, y convertí su cráneo en copa simplemente para escarmentar a su familia y que les sirviese de advertencia y supieran mantenerse en el lugar que les correspondía: en todas partes hay gente envidiosa.

Todo ello me hizo sospechar que si los avatares de la guerra me hubiesen sido adversos en el río Bohtán, seguramente también me habrían aserrado la tapa de los sesos y me habrían forrado el cráneo de plata.

—¿Por qué se lamentan de tal modo las mujeres? —pregunté con cierta curiosidad, aunque en realidad deseaba cambiar de tema.

—¡Ah! ¿Acaso te remuerde la conciencia? —repuso riendo y dándome un manotazo en el hombro porque ya estaba bastante bebido—. No tienes por qué preocuparte. Se lamentan porque deben seguir a sus señores al otro mundo: eso es todo.

—¿Cómo?

Lo había dicho con tanta sencillez que me costaba creer que hablase en serio, pero así era.

—¿Acaso vosotros no tenéis esa costumbre? —preguntó asombrado, abriendo los rasgados ojos hasta que alcanzaron un tamaño casi normal—. Sí, me ha extrañado bastante que tus hombres se tomasen tantas molestias enterrando a sus compañeros, pero en esta cuestión existen prácticas muy diversas. Nosotros creemos que los hombres deben llevarse consigo a la otra vida cuanto les ha servido de placer en ésta y por ello enterramos a los grandes guerreros con sus carromatos y sus bienes, comprendidos caballos y mujeres. Los caballos son degollados y ellas estranguladas, ignoro la razón de que exista tal diferencia porque se deriva de una antigua

costumbre. En cuanto al ganado y las ovejas, los heredan sus hijos, puesto que no sería justo que quedaran en la miseria, pero sus mujeres los siguen a la tumba como siguen al carromato que traslada su cadáver.

Aquella noche regresé a mi campamento con muchas dificultades. El *safid atesh*, que, tras las primeras copas, dejó de parecerme tan repulsivo, era más fuerte de lo que había imaginado. Tabiti, viendo el lamentable estado en que me encontraba, me ofreció un lecho junto a su propio fuego, pero, comprendiendo que no podría responder de las acciones de mis soldados si no regresaba, decliné su invitación. Cuando llegué a mi tienda, creo que ya casi estaba sobrio, pero aquella noche dormí como un leño.

A la mañana siguiente, antes de amanecer, la caravana escita reanudó su camino hacia el norte y no tardamos en seguirla. Durante las primeras horas creí tener la cabeza llena de carbonilla, pero una vez me hube desayunado y respiré un poco de aire fresco me recuperé rápidamente. Las indisposiciones que puede sentir un hombre cuando está de campaña, lejos de los complicados problemas de la vida cotidiana, siempre tienen un límite; entonces todo es más sencillo y puede sentirse dichoso.

Y si podía aplicárseme a mí semejante máxima, otro tanto sucedía con mis tropas. A la sazón, habiendo superado la terrible impresión de la batalla, estaban totalmente transformados, o quizá se habían convertido en auténticos hombres. Habían recobrado la confianza en sí mismos y aprendido a comprender los límites del temor, lo que se evidenciaba en sus más insignificantes acciones, en el modo en que preparaban su equipo y cuidaban sus armas y en el trato que tenían entre sí y con sus oficiales. Habían encontrado la finalidad de sus existencias y ese descubrimiento los había liberado de su desidia, dejando de autodespreciarse. Ya nunca volverían a ser como antes. En el río Bohtán habíamos conseguido mucho más que una simple victoria.

De modo que mientras atravesábamos aquel agreste entorno, sin duda uno de los lugares más terriblemente hermosos de la tierra, me sentía muy satisfecho. Nadie me apremiaba y disfrutaba de paz espiritual para admirar los gigantescos abetos que se levantaban imponentes sobre nosotros como los muros de una prisión, para escuchar con casi infantil complacencia el rumor de los innumerables riachuelos que atravesábamos, de aguas tan rápidas y frescas que los dedos se entumecían a su contacto y de embelesarme cuando, de repente, el bosque se dividía ante una montaña de granito que parecía mofarse de nosotros como un dios indiferente.

Comprendía fácilmente que los escitas fueran tan adictos a su existencia nómada, pues aquel día que marchábamos con ellos era imposible no sentirse dichoso.

Poco después de mediodía envié un emisario al encuentro de Tabiti y le invité a cenar conmigo. Más que un simple intercambio de cortesía deseaba volver a cambiar impresiones con él porque era un hombre de lo más singular.

Los ejércitos en marcha no pueden estar rodeados de lujos, por lo que envié a mi cocinero al campamento escita para adquirir todo el cordero que le entregasen por treinta siclos de plata, creyendo que me bastaría para agasajar a mi invitado y proveer a los soldados durante cinco o seis días de suministros de carne fresca, pero o bien los escitas concedían escaso valor a las monedas o el encargado de mi gestión era un mal negociante, porque regresó únicamente con doce cabezas de ganado, que tan sólo bastarían para alimentar a unos seiscientos soldados una noche. No obstante, aquella velada celebramos nuestro banquete y Tabiti, sentado en una silla forrada de piel, compareciendo ante todos como un rey rodeado de su corte, se llenó la panza de tan buena gana como yo esperaba.

Aquella noche bebimos menos y hablamos más, hasta que se extinguieron los últimos rescoldos de la hoguera, y tuve ocasión de enterarme de muchas cosas sobre las tribus escitas, acerca de su modo de vida y de sus relaciones con otros países nómadas. Tabiti me informó por qué, con excepción de las viudas condenadas a muerte, no había visto a ninguna de sus mujeres que parecían vivir constantemente encerradas en los carromatos de sus esposos y padres. El jefe de los sacan se volvía cada vez más comunicativo a medida que entraba la noche y me contó la historia de su vida y de los desplazamientos de su tribu hasta donde le eran conocidos. Me describió países y poderosas ciudades que se encontraban muy lejos hacia el este, que incluso su abuelo había conocido de oídas, haciéndome comprender que su mundo era más vasto que el mío, que las Cuatro Partes donde el rey Sennaquerib mi padre pretendía ser Rey de Reyes en nombre de Assur, sólo debían constituir un limitado reducto…, como un toro solitario en un campo podría imaginarse rey de la creación.

—Y tú, señor Tiglath Assur, ¿por qué eres más alto que los restantes miembros de tu raza y tienes la barba de distinto color, como arena mojada en lugar de negra? ¿Acaso por ser hijo del rey?

—No, porque mi madre es una jonia que recibió en su harén procedente de las islas allende el mar Superior.

—¡Ah, jonia! Eso explica muchas cosas. Algunos de mis súbditos han comerciado con los jonios con asnos, joyas y objetos similares. Son astutos y maliciosos. Siempre están urdiendo nuevos proyectos y han estado en todas partes y visto todo cuanto existe en el mundo. Sin duda a ello se debe que seas retorcido como una serpiente.

—¿Acaso la raza es hereditaria?

—¡Oh, sí! —repuso, mirándome como si hubiese formulado una pregunta pueril—. El lugar en que uno nace es puramente accidental; lo importante es cuanto tenemos dentro del pellejo. Aunque quizá, puesto que tan sólo es jonia tu madre, hayas llegado a convertirte en algo parecido a los habitantes del río, que se conforman con hundir los pies en el barro. Las madres apenas cuentan: la mía fue una campesina que mi padre raptó de su aldea en las orillas del Ponto Euxino y, sin embargo, mírame, no parece haberme afectado en absoluto.

Me observó de reojo, al parecer preocupado de que sus palabras hubiesen podido ofenderme. Le tranquilicé con una sonrisa.

—¡Ah, este vino de Urartu! —prosiguió—. Ya lo había probado antes, en una incursión que hicimos por las proximidades de Tushpa. En realidad no es muy malo, y cuando has trasegado bastante puedes acabar embriagado.

—Has acertado —repuse—. El vino es de Urartu. Fue parte del soborno del rey Argistis, en total cien jarras.

—¿Tan sólo cien jarras? Una cantidad tan ínfima es casi insultante.

—Espero obtener algo más próximamente.

Tabiti sonrió con fiereza, recordando las veinte minas. Sus ojillos se convirtieron en dos hendiduras y me asió del brazo con férrea mano, estrujándomelo como si se propusiera romperlo.

—Harás bien en quitarles su oro si puedes conseguirlo, pero no fíes demasiado en ese monarca ni en ninguno de sus súbditos… Un hombre prudente no construye su carromato con maderos podridos.

Debí de parecer sorprendido porque soltó mi brazo y bebió largamente sin apartar sus ojos de mí.

—Si piensas detenerte en Tushpa de regreso a tu hogar, no tardarás en comprobarlo, señor Tiglath.

Al día siguiente, tan sólo una o dos horas después de mediodía, como había previsto el jefe de los sacan, llegamos a las salobres aguas del mar Agitado. Y allí, inesperadamente, tuvo lugar una peculiar y conmovedora ceremonia ante los guerreros de ambas naciones. En cuanto desmonté de mi cabalgadura, Tabiti ordenó que le llevaren una de sus copas, la asió hundiendo el pulgar y el índice en las cuencas de los ojos y la levantó en el aire para que todos pudieran verla.

—Declaro que desde esta fecha el señor Tiglath Assur, hombre valeroso y príncipe de sangre real, es mi hermano —gritó—. Y, en prueba de ello, le invito a compartir el juramento de sangre de los escitas.

Ordenó que llenasen de vino su copa y seguidamente, desenfundando la daga de su cinto, cerró el puño en torno a la hoja y abrió por último la mano mostrando la palma totalmente abierta. De la herida manaba abundante sangre, que no intentó restañar sino que, por el contrario, la vertió en el vino en cantidad.

Y, a continuación, con gran solemnidad, me ofreció el arma.

Aquélla era una de esas ocasiones en que debe actuarse con rapidez, instintivamente y sin ponerse nervioso porque nada hay más terrible que autoinfligirse una herida. Apreté la daga en mi puño bruscamente, presa de gran agitación. Cuando abrí la mano me sentí aliviado al comprobar que el corte, que comenzaba en el dedo pulgar, no había profundizado hasta el hueso. Vertí mi sangre en el vino y envolví seguidamente la herida con un trapo. Por entonces estaba empapado en un sudor pegajoso y sentía punzadas de dolor hasta el codo, pero ya había superado la prueba.

Tabiti, hijo de Argimpasa, se llevó a los labios la copa y bebió largamente y yo le imité. Cuando ambos hubimos concluido, los escitas se golpearon el pecho con la parte plana de sus dagas y prorrumpieron en exclamaciones de aprobación, como graznidos de buitres. Mis soldados, para no ser menos, levantaron sus armas gritando: «¡Assur es rey! ¡Assur es rey!» Al final nos sentíamos muy satisfechos unos de otros.

—Todos los hombres de verdad son hermanos, y este mundo es un lugar extraño —dijo el jefe de los sacan—. Recuerda este juramento cuando necesites a tu hermano.

Me estrechó la mano y, al mirar su rostro, se me nublaron los ojos recordando a Asarhadón, a la sazón *marsarru*, que un día sería mi rey y

señor. Mi hermano Asarhadón, mi amigo, con quien compartía el lecho mi amada.

«Todos los hombres de verdad son hermanos.» Aquel hombre salvaje y extraño creía sinceramente en sus palabras y las había hecho realidad. A decir verdad, el mundo era un lugar extraño.

¿Cómo describir el mar Agitado? Hasta aquel día jamás había visto semejante extensión de agua. Me parecía como si hubiese alcanzado los límites más lejanos de la tierra. Creía encontrarme en las orillas de aquel enorme río que rodea el mundo en infinito abrazo. Más allá acaso no hubiese nada. Por mucho que forcé la mirada no logré distinguir ninguna playa al otro extremo de aquella azul extensión acuática.

—Me has engañado —dije a Tabiti en tono de chanza—. Si embarco en estas aguas, desapareceré para siempre en sus confines.

—No temas: a los dos días de navegación, si cuidas de mantenerte a la derecha de la playa, arribarás a Tushpa. No sabes lo que daría por ver el rostro del rey Argistis cuando tenga conocimiento de tu llegada.

—Es imposible que salga con vida de ese desierto marino. A propósito, ¿por qué se le conoce como el mar Agitado?

—En estas montañas sufrimos muchos terremotos y, cuando se producen, las aguas del mar se mueven muchísimo. Mas en tales ocasiones los hombres corren igual peligro en el mar que en la tierra.

—Tus palabras me inspiran mucha confianza. Bien sabes que los hombres de Assur no somos marinos.

—Permite que te muestre algo que disipará tus temores —buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó de él una punta de flecha de cobre—. Fíjate.

Arrojó aquel objeto en el agua —nos encontrábamos a pocos pasos de la orilla—, que se sumergió con un leve chasquido y desapareció de nuestra vista.

—Adelántate y observa —añadió con una sonrisa que ocultó por completo sus ojos felinos.

Jamás hubiese creído que pudiera suceder algo semejante si no lo hubiese visto con mis propios ojos: al cabo de unos segundos aquel objeto apareció de nuevo en la superficie flotando como una astilla de madera.

—¿Cómo es posible? —exclamé—. ¿Ha sido cosa de magia? ¿Has obrado algún encantamiento?

—Si existe algo de magia, no es cosa mía. Aunque desconozco la razón, aquí flota cualquier fragmento de materia e incluso el cuerpo de un hombre.

Me adentré en las aguas hasta mojarme las pantorrillas para recoger la punta de flecha. Algunas gotas me salpicaron las manos y la herida me escoció como si me hubiese picado una avispa, obligándome a proferir un ruidoso juramento.

—Acaso sea esta calidad salobre la que hace flotar toda clase de objetos —prosiguió como si recordase en aquel momento tal hecho—. Aunque no comprendo por qué debería ser así. El gran mar que se encuentra al oeste también es salado, pero si arrojas a él un trozo de metal se hunde como una piedra.

—¿Sugieres tal vez que puedo llegar flotando a Tushpa con, un ejército de más de seiscientos hombres y que los caballos y demás efectos flotarán como si fuesen de corcho?

—No. Envía la caballería y los animales de carga por tierra, dando un rodeo y llegarán más ligeros que si arrastran tras de sí a una multitud de soldados de infantería. Alquila cierto número de barcos de los saladores que residen aproximadamente a una hora de camino hacia el norte y ellos podrán transportarte con unos cuatrocientos hombres más hasta Tushpa en menos de dos días, y cuando estés apremiando a su soberano para conseguir tus veinte minas de oro, el resto del ejército habrá llegado a las puertas de la ciudad para reforzar tu elocuencia.

—Sí, me parece muy acertado. —La mano aún me escocía, pero aquello ya me parecía una nimiedad—. Lo creo muy acertado. Eres un tunante y un ladrón, pero no eres ningún necio.

Se rió golpeándose los muslos, muy complacido conmigo y consigo mismo.

—El señor Tiglath Assur aprenderá algún día que los soberanos solos se engrandecen. ¿Qué diferencia existe entre un ladrón y un poderoso monarca? Que el ladrón únicamente roba fruslerías.

Aquella misma tarde Tabiti y yo fuimos a caballo hasta el poblado de los salineros y nos sentamos en la cabaña del anciano del lugar, compartiendo con él una repugnante pócima que sabía a intestinos de

pescado, mientras concretábamos las condiciones de nuestro transporte a Tushpa. Fue un proceso tedioso… Tabiti, que se expresaba en su lengua, regateaba como un tratante de alfombras, mientras que el anciano se mesaba la blanca barba y se lamentaba de su pobreza con palabras que no requerían traducción. Yo me limitaba a escucharlos, frunciendo el ceño de impaciencia de vez en cuando y tratando de parecer un despiadado e implacable conquistador que podía pasar a sangre y fuego toda su colonia si mostraban más avaricia de la que estaba dispuesto a tolerar.

Al final llegamos a un acuerdo con el viejo bandido, que se volvió hacia mí mostrando sus negros y escasos dientes en una amplia sonrisa de aprobación. Sólo debería pagarles a él y a sus barqueros veinte siclos de plata por cuatro días de trabajo, suma sin duda muy superior a la que lograrían obtener durante un año trabajando en las salinas. Partiríamos a la mañana siguiente con dos compañías de infantería y su equipaje.

Aquella última noche celebramos cautamente nuestra despedida con los sacan. Mis soldados habían llegado a confundirse libremente con aquellos bárbaros nómadas, pero estaban en guardia, procuraban beber poco y se mantenían apartados de sus carromatos y mujeres porque les había puntualizado claramente que pasaría por las armas a quienquiera que provocase un derramamiento de sangre. Era difícil adivinar hasta qué extremo llegaba la hospitalidad de aquellos hombres y, puesto que entonces ya eran nuestros aliados y podían sernos útiles en el futuro, no deseaba tener problemas con ellos, e intuía que Tabiti también mantenía a raya a sus gentes de igual forma y por idénticas razones.

Aunque entre nosotros reinaba gran amistad y mutuo respeto, tenía la clara impresión de que no le importaría perdernos de vista a mí y al ejército que yo dirigía.

Al amanecer, cuando los salineros hubieron aparejado sus barcos y nuestros soldados embarcaron, algunos de ellos pálidos de terror, zarpamos hacia Tushpa.

OceanofPDF.com

XIX

Se dice que un auténtico hombre de Assur no se siente cómodo confiando su existencia a mayor extensión de agua que la del río Tigris y que el ancho mar es patria de innúmeros demonios, y mis soldados continuamente maldecían su destino por tener un comandante tan necio que creía poder contener las aguas con los costados de madera de un barco, pero por mi parte disfruté plenamente hasta el último instante de aquella travesía. El agua estaba constantemente en calma y no había peligro. Navegamos dos días y medio sin perder de vista la playa y cada noche recalamos en la costa y dormimos en tierra firme.

Pero, a pesar de todo, aquélla era una auténtica aventura. Quizá por mi origen semigriego no llegó a molestarme el estómago en ningún momento ni sentí ningún mareo por el suave cabeceo de las olas que constituyen un tormento para tantos y que no parece posible disipar con ningún ensalmo ni encantamiento. Todo resultaba nuevo e interesante para mí: en aquel viaje a Tushpa disfruté de todo el tranquilo encanto de la novedad.

Entre otras cosas me enteré de que el mar Agitado no es un desierto sin vida, como muchos creen. Cada anochecer, cuando anclábamos nuestros barcos, los salineros echaban sus redes en las olas que lamían las playas y en menos de una hora y adentrándose escasamente, recogían bastante pesca para atender por lo menos a su propio sustento. Mis soldados, sin excepción, se negaban incluso a mirarlos y se conformaban con alimentarse de pan y carne seca de cabra, con lo que demostraron ser más sensatos que su comandante, porque cuando el jefe de nuestra flotilla, cual si fuese una exquisitez, me trajo un ejemplar de sus capturas magníficamente cocinado y presentado sobre una capa de agujas de pino de sabroso aroma, fui bastante necio como para comérmelo. Aquel pescado tenía un intenso sabor a barro y era tan salobre como las aguas que lo habían engendrado. Sonreí y chasqueé la lengua elogioso, pero, en cuanto

el decoro me lo permitió, me interné en el bosque próximo e, introduciéndome los dedos en la boca, alivié mi estómago de tan desagradable carga.

Los propios salineros parecían subsistir a base de una dieta muy distinta. El vino que bebían, según comprobé horrorizado, estaba confeccionado con tripas fermentadas de pescado, y la única verdura que los vi comer era una variedad bulbosa parecida al ajo silvestre que extraían de la tierra húmeda del bosque. Los ingresos que obtenían de la sal que destilaban los invertían casi exclusivamente en carne fresca, pero su producto no alcanzaba suficiente pureza para exigir un gran precio y probablemente hubieran muerto de hambre si no hubiera sido por las capturas que lograban con sus redes.

Aquellas gentes eran de lo más primitivo que había visto en mi vida. Toda su prosperidad dependía del mar Agitado; en realidad, el propio mar era su principal dios y la existencia que de él se derivaba era tan estéril como aquel salobre páramo. Las artes de la metalurgia, albañilería y carpintería les eran desconocidas, de modo que, aunque vivían en un país donde abundaba la madera y la piedra, construían sus albergues con cañas trenzadas sobre estructuras de estacas curvadas. Su existencia estaba protegida por la pobreza en que vivían porque, aunque no comprendían nada sobre la guerra y estaban rodeados por tribus de salteadores, no poseían nada que valiese la pena arrebatarles, salvo sus mujeres, que, siguiendo la costumbre de los escitas, mantenían escondidas de la codicia ajena.

Sin embargo, pese a las míseras circunstancias en que vivían, se caracterizaban por poseer un ánimo muy sereno. En su trato diario con aquella chusma de soldados armados, nos trataban con respeto, pero sin ninguna muestra de temor y parecían deseosos de compartir con nosotros lo poco que tenían. Se diría que consideraban aquel viaje a Tushpa como una gran diversión, unas vacaciones, un don de sus generosos dioses. Me resultaba imposible despreciarlos.

Una hora antes de mediodía de la tercera jornada establecimos nuestro primer contacto con las cuatro galeras de guerra que los urartu habían enviado para interceptarnos el paso, aunque fue un misterio para mí, que al principio no logré averiguar, la razón de que necesitaran efectuar tal despliegue ante la presencia de doce o trece barcos pesqueros.

Tabiti había asegurado a los salineros que yo era un príncipe poderoso capaz de barrer cualquier obstáculo que se presentase ante él y que disfrutaba de la protección de un gran dios, y aquellas promesas los habían estimulado a aventurarse lejos de sus fronteras del mar Agitado y a introducirse en aquellas aguas donde los buques de guerra del rey Argistis guardaban celosamente el acceso a Tushpa. Subí a la proa del barco principal para exhibir mi uniforme, puesto que ello constituía mi única defensa, ya que sólo podía confiar en la impresión que causara a los urartu.

Aquella mañana no soplaba viento y los grandes buques habían arriado sus velas y avanzaban impulsados por los remeros, ocultos tras los negros costados de madera, que surgían de las aguas como rocas flotantes. En el último instante, cuando ya estaba convencido de que los urartu se disponían a abatirse sobre nosotros y hacer astillas nuestra pequeña flota, todos los remos se levantaron en el aire al unísono y quedaron suspendidos un instante, y un oficial, por lo menos así lo deduje por su porte, se inclinó sobre la barandilla y me examinó como si fuese el cadáver de una curiosa y repugnante criatura marina que se hubiese enredado en las cuerdas de su ancla. Era un hombre de rostro anguloso, espesas cejas y abundante y negra barba que al punto me desagradó.

—Habéis entrado ilegalmente —dijo flemático, primero en su propia lengua y, al ver que no respondía, en arameo.

—Los ejércitos de Assur no entran ilegalmente —repuse en acadio—. En todo el mundo, por doquiera que van, se encuentran en su patria. He venido invitado por el señor Lutipri, que acudió a Amat a implorar mi ayuda contra los escitas apenas hace un mes. Los escitas han sido vencidos y, si no me tratas con más cortesía, ordenaré a mis soldados que suban a tu barco y te arranquen la lengua.

Tal como esperaba, el hombre se quedó estupefacto y durante largo rato se abstuvo de responderme, sin duda porque no sabía qué decirme. Hacía un instante se había creído un ser todopoderoso y ya no estaba tan seguro de ello. No era un hombre inteligente: podía aventurarme a adivinar sus pensamientos.

Por fin decidí evitarle la incertidumbre en que se encontraba.

—Estas buenas gentes desean regresar a sus hogares —dije—. Sería mejor que nos permitieseis subir a vuestros barcos y nos transportaseis el resto del camino.

Al ver que esta sugerencia no merecía una inmediata aprobación, aguardé unos diez segundos en los que percibí claramente los latidos de mi corazón y seguidamente me permití el lujo de perder la paciencia.

—¡Te he dicho que bajes la escalerilla, patán! ¿Tan medrosos sois los hombres de Tushpa que teméis ser dominados por unas fuerzas inferiores a doscientos soldados? ¡Si me haces esperar, aunque sea otro medio cuarto de minuto, te cortaré la cabeza!

Por fin pareció penetrar en su confuso entendimiento la idea de que posiblemente no estaba tratando de intimidarle —¿qué hubiese ganado con ello sino verme conducido hasta el tajo del verdugo?— y ordenó que nos echasen las escalerillas de embarque.

Mi idílico estado había llegado a su fin y había vuelto a convertirme en soldado y diplomático. Me despedí de los salineros, con los que no había cruzado una sola palabra en mi idioma, y me dirigí a Tushpa.

A media tarde apareció ante nuestros ojos la ciudad, que podía catalogarse entre las más hermosas del mundo. Jamás había visto edificios tan grandes, totalmente construidos en piedra, y nunca volvería a ver otros tan deslumbrantes. Los templos y palacios de Egipto son vastos, de construcción muy artificiosa y grandiosos, pero sus infinitas hileras de columnas de color de arena resultan agotadoras. Tebas y Menfis son lugares en los que se aprende pronto a vivir sin fijarse realmente en ellas; sin embargo, Tushpa es una delicia constante, un joyel colorista, un lugar maravilloso. Esto se advierte ya desde sus murallas, tras las cuales se alzan paredes a franjas alternas de piedra negra y blanca, tan delicadas y majestuosas como una mujer de noble cuna.

Según descubriría posteriormente, el comandante de las naves urartu repartió a mis soldados entre las restantes naves y me acogió en su barco sin duda siguiendo la teoría de que las víboras son inofensivas cuando se les arranca la cabeza. No tenía por qué preocuparse, pues yo me sentí muy satisfecho de sentarme en su camarote y beber su vino, y cuando llegamos al puerto despachó a un mensajero a toda prisa para que informase de nuestra llegada y aguardó instrucciones.

De todos modos la espera no fue larga. Al cabo de una hora se abrió la puerta del camarote y apareció el propio señor Lutipri en persona, no menos sorprendido que mi involuntario anfitrión, al que despidió con brusco ademán. Se sentó frente a mí y me observó pestañeando como un mochuelo a la luz crepuscular.

—Señor Tiglath Assur —comenzó por fin—, aún no hace quince días que…

—Desde que cenamos juntos en Amat. Sí, señor. He venido a anunciarte una gran victoria. Los escitas se han retirado de las orillas del río Bohtán, aún empapadas en su sangre.

El astuto hombrecillo me observó en silencio entornando los párpados. Le sonreí como un muchacho que ha realizado una travesura, pero comprendió lo que estaba pensando. Al cabo de un instante se encogió de hombros como si se desechase un pensamiento trivial.

—Desde luego, príncipe, conociéndote tan bien, jamás se me hubiese ocurrido dudar de tu palabra, pero debes comprender que, mi soberano… En fin, no me atrevo a hablar de pruebas.

—¿Qué otra prueba quieres exigirme aparte el hecho de estar aquí vivo? —La sonrisa se convirtió en una mueca que desapareció de mis labios—. Si necesitas alguna otra prueba ve a visitar las tumbas recién cavadas a orillas del Bohtán y envía emisarios a los escitas, que actualmente acampan en las costas occidentales del mar Agitado. No me hables de pruebas, señor.

—¿En las costas occidentales? —El señor Lutipri se levantó sobresaltado de su silla—. ¡Pero ése es terreno de Urartu!

—Se lo he cedido…, deben instalarse en algún sitio, mi señor. ¿O acaso creías que iba a exterminarlos totalmente cuando sólo me había comprometido a expulsarlos del río?

—¡No tenías ningún derecho!

—Tenía el derecho que otorga la necesidad. ¡Y, además, tal ha sido mi voluntad!

El servidor del rey Argistis, que ya había recobrado su compostura y seguía sentado frente a mí, se limitó a encogerse de hombros de nuevo, lo que me demostró que era demasiado prudente para rebelarse ante un hecho consumado.

—Y ahora, mi señor… —proseguí—. Está pendiente la cuestión de las veinte minas de oro.

Aquella noche olvidamos toda posible diferencia. Mis soldados fueron alojados en el recinto de palacio y les facilitaron alimentos, bebida y mujeres, mientras que el rey celebraba un banquete en mi honor. Aquello significaba tan sólo que los urartu deseaban actuar prudentemente, que necesitaban ganar tiempo para considerar las actuales circunstancias y tratar de encontrar algún medio de eludir el pago de su deuda.

Sin embargo yo me sentía muy complacido porque ello me facilitaba una excelente ocasión de estudiar a Argistis y su corte de cerca. Estaba sentado a su lado, en su diestra, junto a aquel rey a cuyo padre mi abuelo obligó a quitarse la vida y le oía llamarme su amigo, su compañero en obras gloriosas, pero su visión provocaba en mí un estremecimiento íntimo de desagrado.

Como la mayoría de miembros de su raza, era alto, de esbeltez casi femenina. Aunque no tendría muchos más años que yo, en su barba se veían algunos mechones plateados y sus ojos tenían una mirada obsesionada, como si el peso de su cargo le abrumase en exceso.

Me pregunté qué le depararía el futuro. Estaba rodeado de enemigos y se decía que los nobles del reino intrigaban para derrocarle. ¿Se derrumbaría moralmente ante alguna calamidad hasta seguir el ejemplo paterno, hundiéndose una espada en el pecho o le evitaría ese trabajo cualquiera de sus nobles? En todo caso, creía verle rodeado de una especie de aura que parecía vaticinarle una muerte violenta.

Pero fuese cual fuese el tiempo que pudiese vivir, era evidente su decisión de rodearse de esplendor. El propio soberano Sennaquerib hubiese envidiado la opulencia de aquel banquete en el cual el más modesto de sus cortesanos aparecía ataviado con los más suntuosos bordados y muchos de ellos, comprendido el propio rey, lucían túnicas recamadas en oro y plata. Las paredes del salón donde se celebraba el festín eran de fina piedra verde, muy parecida al vidrio, y las mesas, de perfumado cedro. Amenizaban la velada músicos procedentes de Lidia y Egipto y cortesanas de cutis blanquísimo que bailaban con misteriosa habilidad ondulando el vientre y los senos a los acordes de las flautas. Las más hermosas se sentaban junto a los invitados del rey, expresándose en diferentes idiomas y ofreciéndoles dulcísimos dátiles, vino y sus encantos. Su propia risa tenía un sonido musical. La que me había sido destinada tenía los cabellos del color del cuero pulido y los ojos tan verdes como los higos maduros; su cuerpo olía a miel y a refinados ungüentos e introducía furtivamente su mano bajo mi

túnica para acariciarme el miembro, que sin duda debía estar erecto como la hoja de una daga.

El rey Argistis parecía encontrar todo aquello muy divertido. Al final me puso la mano en el hombro e, inclinándose sobre mí, murmuró:

—Es una criatura muy singular, ¿verdad? Mi padre la adquirió para su harén cuando era lactante y ha consagrado toda su vida a complacerme. Más tarde la enviaré a visitarte a tus habitaciones…, como una pequeña muestra de la estimación que te profeso.

Le respondí con una sonrisa y una inclinación de cabeza. ¿Qué iba a hacer, puesto que no es posible desdeñar las muestras de aprecio de los monarcas? Pero no pude menos que preguntarme si aquel necio imaginaba que olvidaría mis veinte minas de oro por pasar una noche en brazos de una ramera.

—Te quedo sumamente reconocido por el trato que dispensas a mis soldados y a mí, señor. Con excepción del rey nuestro amo, somos tus leales servidores.

Al oír estas palabras el rey Argistis sonrió y me respondió con otra inclinación de cabeza. No era tan necio que no hubiese comprendido el significado de mis palabras.

—Y sin embargo tengo entendido que los escitas todavía se encuentran dentro de las fronteras de mi país, príncipe. ¿Cómo es eso posible?

—Con ello se garantiza tu propia seguridad, señor —repuse tal vez demasiado de prisa, como si hubiese preparado la respuesta—. A menos que establezcas una guarnición en la costa occidental, e incluso quizá aunque así lo hicieses, porque no luchan como mujeres, siempre tendrás que contar con la presencia de alguna de esas tribus. A mi parecer es mejor que sean ellos tus vecinos que otras gentes, puesto que han sufrido en sus carnes el poder de Assur. Su jefe Tabiti, hijo de Argimpasa, me considera su hermano y hemos cambiado un juramento de sangre que garantiza nuestra mutua lealtad. En tanto que los reyes de Nínive y el rey de Tushpa sean amigos, no tendrás ningún motivo de queja por parte de los escitas.

Pese a que Argistis captó rápidamente la amenaza que aquella promesa encubría, el rey Argistis sonrió de nuevo y desvió la conversación hacia otros temas.

Sin embargo, aunque se trataba del banquete de un monarca, las conversaciones que se celebraban en aquella mesa eran insulsas, insípidas, jactanciosas. El rey se refería a los éxitos de sus generales cual si fuesen propios, como suelen hacer todos los monarcas. Pero Argistis era único en su aparente incapacidad para distinguir entre los logros de sus servidores y los propios, que parecía considerar como una simple extensión de su propia voluntad. Ni siquiera mostraba bastante astucia para sentirse celoso. Diríase que se creía un ejemplar único en su reino, rodeado por bloques de madera en lugar de seres sensibles.

—Estuve muy acertado consiguiendo tu ayuda —me dijo al azar, sin darle importancia—, aunque no esperaba tan rápida victoria. Ahora esos bárbaros escitas habrán aprendido a temer a los poderosos urartu.

¿Acaso había olvidado la existencia del señor Lutipri o la mía propia? Y, por añadidura, cabía imaginar que los escitas habrían extraído consecuencias muy dispares.

Me constaba que el rey mi padre no ansiaba más conquistas, pero cuando reinase mi hermano sin duda volvería su ambiciosa mirada hacia el norte. Pensé que representaría una fácil victoria, casi un juego para Asarhadón, arrancarle las plumas a aquel pavo real.

Escarmentado ya de tratar con necios y canallas, aquella noche apenas probé el fuerte vino de Urartu. Sin embargo, varios de los presentes se embriagaron hasta tal punto que cuando intentaron montar a alguna de las cortesanas la borrachera les impidió satisfacer sus instintos. De modo que cuando el rey se retiró y todos nosotros quedamos en libertad de abandonar la sala, fuimos pocos los que logramos llegar a nuestras habitaciones sin necesidad de ayuda. Más yo no me encontraba en tal situación. Me levanté de la mesa y me asomé a una terraza donde estuve respirando a solas el aire fresco de la noche, que me recordó, si acaso lo había olvidado, que no tardarían en llegar las nieves invernales, hasta que se disiparon de mi cabeza los vapores etílicos y me sentí tan fresco como un corderito.

De todos modos no siempre es conveniente estar sobrio. No me sentía solo ni decaído, pero… no sabía discernir exactamente mis sentimientos, salvo que experimentaba un gran vacío en el alma.

¿Qué me quedaba, pues, tras haber vencido a los enemigos del rey, mientras que mis soldados dormían apaciblemente en sus lechos? ¿Qué sería de mí? ¿Acaso quedaba vida en mi cuerpo?

Con todo, consideré que aquellos pensamientos eran propios de alguien que había estado desvelado demasiado tiempo y que siente el mal sabor del vino agriado en la boca. Me acostaría y al día siguiente contemplaría el mundo desde una óptica más optimista.

El rey Argistis me había destinado unos aposentos próximos a los suyos, excelentemente situados para que no pudiera escapar de su vigilante y observadora mirada. Al entrar en mis habitaciones me complació ver el brasero alimentado con carbones encendidos. Me había desnudado y lavado el rostro en una jofaina de agua fría cuando advertí la presencia de una muchacha que me observaba tendida en el jergón que me serviría de lecho. A decir verdad la había olvidado por completo.

Las sombras y la media luz prestan un encanto especial a todas las cosas, por lo que aún me pareció más hermosa allí tendida, apoyada en sus brazos mientras que sus senos, que se movían rítmicamente a impulsos de su respiración, me tenían hipnotizado. Me sonrió como si nos conociésemos de toda la vida y no tuviese secretos para ella. Aquella sonrisa me dio la impresión de encontrarme ante un gato que acorralase a un ratoncillo cuya captura considerase fácil.

—Mi señor está cansado —dijo en un tono suave como la seda—. Ven y refrescaré tu frente con mis manos.

«Sí —expresaba su sonrisa—, conozco las debilidades de los hombres.» No tardé un instante en comprender que no sentía ningún deseo de recibir el contacto de aquellas frías manos.

—He bebido demasiado —le contesté—, me temo que perderíamos el tiempo.

La joven movió los hombros en un leve gesto de rechazo, como si pensase que en nada hubiese podido emplear mejor su tiempo que dedicándose a mí.

Me senté en un pequeño escabel de madera y la observé en silencio. Cuando le resultó evidente que esperaba que se marchase, se levantó del jergón y acudió a mi lado, se arrodilló junto a mí y me puso las manos en los brazos, rozándome la piel con los labios como por accidente.

¿Acaso no era yo un hombre? ¿No podía sentir nada, ni siquiera deseo? Sí, aquello fue lo que sentí. La cogí por los hombros y la miré largamente a la tenue luz. La estuve observando como si fuese un mapa de

algún país desconocido y, por fin, la aparté bruscamente, de modo que cayó golpeándose contra el pavimento y me cubrí el rostro con las manos.

—¡Déjame! —exclamé con voz ahogada—. ¡No deseo herirte, pero déjame!

Percibí el roce de sus pies descalzos en el suelo y seguidamente el ruido de la puerta al cerrarse y, por último, reinó el más absoluto silencio.

«Deseo que nuestro amor se convierta en una maldición para ti —había dicho Asharhamat—. Espero que te atormente hasta la muerte.»

Permanecí con los ojos abiertos hasta el amanecer.

A la mañana siguiente no recibí ningún aviso del rey. Sin duda se había reunido con sus ministros y servidores y escuchaba atentamente sus opiniones acerca de lo que debía hacerse. Por consiguiente, una vez hube visitado los cuarteles donde se habían alojado mis soldados, me consideré en absoluta libertad para pasear a solas por la gran ciudad de Tushpa y disfrutar de su milagrosa belleza como un extranjero anónimo.

Me pasé todo el día vagando por sus calles sin dejar de maravillarme. El templo del dios Khaldi, patrono de los urartu, estaba construido con grandes piedras que se levantaban en capas alternas negras y amarillas y sus puertas se hallaban enmarcadas en rojo granito. En la parte interior de las murallas y con los más vivos colores aparecía representado el ritual del culto a la divinidad, junto con imágenes diabólicas capaces de helar la sangre en las venas, y escenas cinegéticas y agrícolas. Aquella gente dominaba el arte de tallar la piedra; sus frisos realizados al estilo de Nínive eran sorprendentes; pero, aparte eso, habían descubierto el sistema de modelar figuras en relieve. La imagen de su terrible deidad era tan real que parecía que iba a moverse en cualquier momento, parpadeando entre el humo de las ofrendas que ardían a sus pies y mostrando los blancos dientes en una sonrisa. Los templos de los dioses menores, los palacios del rey y los nobles, arsenales y guarniciones, incluso humildes tiendas y hogares, exhibían una decoración exquisita y gran perfección de líneas. Pese a todo su poder, si los mismos dioses decidiesen algún día construir una ciudad para residir en la tierra como los seres humanos, no lograrían superar las maravillas de Tushpa.

Regresé al palacio del rey muy animado, disfrutando de esa singular alegría que nos invade cuando durante algunas horas nos liberamos de nosotros mismos y llegamos a olvidar nuestra propia existencia. Eso es lo que siente un hombre cuando juega con sus hijos o, según dicen, el artista que ha realizado su trabajo, el patrón de aquel artista o el campesino más sencillo contemplando una puesta de sol. Tal fue la sensación que me inspiró Tushpa, libremente, sin darse siquiera cuenta de que podía infundir tal sentimiento. Y no fue cosa de un instante, sino que se prolongó durante todo el día, y desde entonces amé siempre aquella ciudad y lamenté como una gran desgracia que estuviese gobernada por un ser necio y débil.

Cuando llegué a palacio encontré al señor Lutipri aguardándome en mis habitaciones.

—Ayer despediste a la muchacha —me espetó cuando nos hubimos sentado ante sendas copas de vino—. El rey se sorprendió y, debo confesarte, que se sintió ofendido.

—¿Se ofendió el soberano porque yo no tenía deseos de yacer con ella o porque debe pagarme veinte minas de oro, haya o no echado mi simiente en su ramera?

A Lutipri le pareció aquella una observación tan divertida que tuvo que cubrirse la boca con las manos para contener una sonrisa. Pensé que aquél era un modo diplomático de decirme que no debía expresarme con descortesía de su amo.

—Mi señor príncipe, debes comprender que es imposible reunir semejante suma en toda la ciudad de Tushpa. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Fundir las estatuas de nuestros dioses?

—Tushpa es rica y tu rey es poderoso. ¿Acaso no he tenido pruebas de ello? —Me encogí de hombros—. Sin embargo, el resto de mi ejército llegará mañana o tal vez pasado y no tardarán en caer las primeras nevadas invernales. Si al señor Argistis no le importa albergar un ejército extranjero compuesto por unos setecientos hombres hasta el deshielo primaveral, me conformaré con permanecer en Tushpa. En justicia, no puedo partir hasta que se haya cerrado el trato que ambos hicimos en nombre de nuestros respectivos señores. ¿Cómo atreverme a ello? ¿Cómo explicar semejante cosa al poderoso rey de Assur?

—¿Has dicho setecientos hombres?

—Sí, con sus caballos y efectos personales. ¿Acaso imaginabas que vencí yo solo a los escitas?

El señor Lutipri depositó su copa en la mesa y frunció ligeramente los labios como si el sabor del vino ya no le complaciese.

—Como recompensa —comenzó sin mirarme a la cara— y en prueba de su amistad, mi soberano está dispuesto a ofrecerte diez minas de oro.

—Y en derecho y como satisfacción de esa deuda, mi soberano se conforma con aceptar veinte.

—Considero que por el momento es inútil que sigamos hablando de esto, señor.

—Eso creo.

—Por tanto voy a dejarte.

Se levantó de su asiento y me ofreció su mano en prueba de amistad.

—Confío que mañana todos nos comportaremos más sensatamente —concluyó.

Aquella noche cené solo, preguntándome cuánto dinero podría sacarle a aquel astuto sirviente y a su necio amo. Decidí que no me detendría hasta llegar a quince minas, que después de todo era una suma considerable, pues no quería pasar el invierno en aquellas montañas. Era un *shaknu* del norte, no el gobernador de Tushpa, y en mi país me aguardaban otras obligaciones. Quince minas eran realmente una suma importante: me conformaría con ellas.

Y decidí que también me conformaría si el rey volvía a enviarme aquella noche a su concubina. Me estaba conduciendo con suma prudencia con su amo, pero la noche anterior había sido un gran necio rechazándola.

Desde que salí de Nínive no había tenido trato carnal con ninguna mujer. ¿Por qué? ¿Qué intentaba demostrarme a mí mismo? Había perdido para siempre a Asharhamat y tenía que encontrar el modo de seguir viviendo. Y un hombre que no conoce mujer sólo vive a medias: si regresaba, le haría justicia.

Pero no se presentó. Pasé la noche solo, muy descontento conmigo mismo.

Por su parte terrestre, los únicos accesos de Tushpa los constituyen escarpadas rocas, con senderos estrechos y tortuosos muy propicios para emboscadas y, en lo alto, las murallas de la ciudad son muy elevadas y están formadas de la misma piedra, de modo que, aunque un ejército pudiese asolar la campiña circundante, la capital resultaría inexpugnable. Eso ya lo sabía el Gran Sargón diez años antes de que yo naciese.

Pero el señor Sargón no había contado con un contingente de ciento cincuenta hombres dentro de la propia ciudad.

A fin de recordar tal cosa a los urartu, al instante en que recibí noticias de que había sido advertida la llegada de mi ejército ordené que se reuniesen las dos compañías que habían venido conmigo con el propósito de hacerlas desfilar hasta la gran plaza que se encontraba en las puertas de la ciudad, a la vista de las murallas, que desde luego no habían sido construidas para defenderse por la retaguardia, y allí aguardamos la llegada de mis camaradas. Éramos los invitados del rey Argistis: si nos atacaba, atraería sobre él la cólera del rey Sennaquerib, y yo estaba muy preparado para hacerle reflexionar sobre las dificultades de la situación.

El señor Lutipri, que se encontraba en lo alto de la muralla para presenciar la llegada de aquella especie de invasores, me invitó a reunirme con él. Mis oficiales tenían orden de observar desde la plaza, y me hubiera bastado con levantar un brazo para que ejecutasen mis instrucciones, pero él lo sabía tan bien como yo. Cuando nos estrechamos las manos pasó junto a nosotros una ráfaga de frío viento.

—En todo caso, príncipe, no es un gran despliegue de fuerzas —manifestó señalando hacia la línea de caballos y efectivos que se desplazaban por el fondo del valle en la lejanía avanzando hacia nosotros.

—No, no es un gran contingente…, sólo una parte del poderoso ejército que mi augusto soberano Sennaquerib tiene a su mando, una pequeña parte.

Los observamos en silencio por espacio de unos cinco minutos, al igual que eran observados por los soldados de Urartu que se encontraban en las murallas. Sin embargo, nadie intentó detenerlos cuando iniciaron su dificultoso ascenso por los senderos trazados desde hacía siglos en la superficie rocosa. Por fin el señor Lutipri me puso la mano en el brazo.

—Mi soberano es generoso —declaró—. Te has ganado su afecto y accede a entregarte catorce minas de oro.

Me volví hacia él con el rostro tan inexpresivo como una roca.

—Diecisiete —repuse.

—De acuerdo.

Nos estrechamos las manos y volvimos a ser amigos.

—Pero ¿sería posible que partieseis mañana mismo? —preguntó entornando los ojos mientras miraba a lo lejos—. No quisiera parecer inhospitalario, mas…

No pude contener la risa.

—Ni yo quisiera morir en la nieve cuando regrese a mi guarnición, señor. Sí, naturalmente, mañana mismo.

Y cumplí mi palabra. Las compañías que acababan de regresar de occidente y que sin duda esperaban disfrutar unos días de descanso, no estuvieron muy complacidas, pero ya nos encontrábamos en el quinto día del mes de Tisri y el aire soplaba como hielo. En las montañas el invierno siempre se anticipa.

Tardamos doce días en regresar. Al principio tomamos dirección oeste y cruzamos la cordillera Toprah hasta que nos encontramos con el nacimiento del Gran Zab. A continuación nos limitamos a seguir el curso del rió. Era un largo camino, pero pronto dejamos atrás las montañas. La nieve ya se anunciaba en el aire cuando a un día de marcha de Amat encontramos el primero de los observadores de la guarnición, que estuvo una hora con nosotros y seguidamente partió al galope para anunciar nuestra llegada.

Aquella noche acampamos a menos de dos *beru* de la entrada de la guarnición. Hubiéramos podido dormir en nuestros lechos aquel mismo día, pero no quise que el ejército llegase desorganizado a la ciudad a medianoche, como una partida de vagabundos: aquellos hombres eran unos vencedores y deseaba que se sintieran como tales y que en Amat se comprendiera también así. Los soldados necesitan saber que son soldados y no animales de carga, de modo que una noche más dormimos en el frío suelo.

Y a la mañana siguiente entramos en la guarnición acompañados del redoble de tambores y entre los vítores de los ciudadanos. Aquéllos no eran los mismos hombres que habían salido de allí hacía un mes ni tampoco yo era el mismo. Éramos los soldados de nuestro rey y los servidores de nuestro dios que regresábamos victoriosos. Mientras cruzábamos la entrada

de la fortaleza entre los gritos de «¡Assur es rey!», lo que a la sazón ya era cierto, y con un ejército a mi espalda, me sentía feliz y orgulloso.

Y también cansado. Me moría de ganas de encontrarme en mis habitaciones, tomar una comida caliente, darme un baño de vapor y dormir por lo menos doce horas

Pero me encontré con algo que me liberó inmediatamente de mi cansancio, como por arte de magia. Se trataba de Kefalos.

Mi antiguo servidor apenas había cambiado, únicamente estaba más grueso. Llevaba una túnica magníficamente bordada y su barba castaña olía a mirra. Al verme se arrojó a los pies de su hediondo y sucio amo, a cuyas rodillas se abrazó.

—¡Señor…, loados sean los dioses!

—¡Respetable médico! ¿Qué haces aquí, en nombre de Adad?

Le ayudé a levantarse y, mientras enjugaba sus lágrimas de reconocimiento, porque no he visto a nadie tan proclive al llanto como mi esclavo Kefalos, aceptó que le sirviera una copa de vino.

—¡Ah, señor, a tu venerado hermano el *marsarru* no pareció gustarle el pequeño obsequio que le enviaste! Agitó violentamente ante mi rostro aquella horrible cabeza, la cosa más repugnante que he visto en mi vida, sosteniéndola por los cabellos mientras gritaba: «¡Puedes decir al señor Tiglath Assur cuando le veas que no tiene nada que temer de mí!» Pues bien, joven señor, no esperé nuevas sugerencias… Comprendí que Nínive había dejado de ser un lugar seguro, de modo que hice mi equipaje y te he seguido a este lugar salvaje.

Miró en torno con escaso entusiasmo.

¡Naturalmente, la cabeza! ¡Casi me había olvidado de ella! Pero no importaba. Me levanté y, conmovido, puse las manos en los anchos hombros de Kefalos, porque era una persona querida por mí.

—¿Y te has traído a todos los tuyos? —pregunté—. ¿Cómo encontrarás sitio para ellos en esta ciudad tan pequeña?

—En absoluto, señor… No me acompañan Filina ni el joven Ernos. —Se encogió de hombros y profirió un gemido como si aquél fuese un doloroso recuerdo—. Al final, señor, cuando me cansé tanto de sus abrazos como de sus continuas quejas, le permití que reanudase su antigua profesión de prostituta, en lo que obtuvo notable éxito y amasó suficientes riquezas para comprar su libertad…, como yo había previsto desde el

principio, y pudiendo disponer asimismo de una dote tan crecida que incluso yo la hubiese encontrado atractiva si no la hubiese conocido tanto. Se ha casado con un comerciante de pieles de la calle de Ishtar, un pobre diablo. En cuanto al muchacho, temo que no le vayan demasiado bien las cosas. Marchó por ahí dispuesto a cortar cabezas. Le abracé riendo.

—¡Kefalos, tunante! ¡Cuánto te he echado de menos!…

OceanofPDF.com

XX

—Tu real hermano, Asarhadón, apenas se deja ver por Nínive últimamente —me informó Kefalos mientras dábamos cuenta de la cena preparada por su cocinera, que prefirió muy acertadamente a la mía—. Ha instalado su propia corte en Kalah y reina allí como si ya fuese rey. Dicen que el soberano Sennaquerib y él no se soportan.

El distinguido médico eructó ruidosamente porque había cenado muy bien y bebido más de la cuenta. Al cabo de una semana de su llegada a Amat se sentía como en su propia casa y había llegado a apreciar extraordinariamente mi vino nairi. Según me informaron, habían desaparecido varias jarras de mi bodega.

—No sé cómo decírtelo… Cuando salí de Nínive se rumoreaba que la señora Asharhamat esperaba un hijo…

—No es de extrañar —repuse tratando de expresarme con indiferencia, aunque ignoro hasta qué punto lo conseguí—. ¿Acaso tener hijos no es el objeto de los matrimonios reales? Y me consta que Asarhadón ya ha engendrado muchos vástagos en sus concubinas.

—Algunos…, muchos creen que tú eres el verdadero padre de ese niño, señor.

—La única que puede saberlo es la señora Asharhamat. Y tal vez ni siquiera ella.

—Sí, señor. Me consta que es así.

Enmudeció largo rato, ladeando la cabeza y observándome con fijeza. Yo no era tan ingenuo como para no comprender su actitud.

—Creo —prosiguió finalmente—, creo que esta opinión ha surgido de la esperanza de que pudiera ser cierta, porque el señor Asarhadón no goza de gran popularidad.

Alcé la mano con gesto enojado. Me molestaba escuchar tales cosas, que por añadidura resultaban impropias para mis oídos, y Kefalos se interrumpió. Nos sumimos en un incómodo silencio que me sentí obligado a interrumpir.

—¿Has visto a mi madre? —le pregunté.

El rostro del esclavo se iluminó.

—Sí, señor. Me detuve en «Los tres leones» cuando venía hacia aquí. Se encuentra bien y espera con ansiedad el día en que pueda reunirse contigo, aunque dios sabe que, salvo tu radiante persona, existen pocos atractivos en Amat para que alguien desee venir a este destierro.

Me eché a reír y le serví otra copa de vino porque Kefalos tenía razón.

—Y por esa causa, amigo mío, entre otras, celebro que hayas venido, porque me propongo llevar a cabo algunos proyectos. Dime, ¿sigo siendo rico?

—Sí, señor, tan rico como siempre —afirmó, asintiendo al propio tiempo con la cabeza, al tiempo que se enjugaba las manos en la parte delantera de su túnica como si la sola mención de las riquezas provocara su sudoración—. Más rico que nadie en la tierra de Assur, con excepción del rey, de tu hermano Asarhadón y del señor *turtanu*, aunque he creído conveniente…

—¿Conveniente…, qué? ¡Habla, tunante! —le insté sonriente, demostrándole que tan sólo estaba bromeando—. ¿De qué modo has tratado de arruinarme?

—Me ha parecido prudente colocar una pequeña parte de tus riquezas, señor, al igual que he hecho con las mías, porque vivimos unas épocas muy agitadas y debemos ser prudentes, en manos de los mercaderes de Tiro y Sidón, e incluso de Egipto. Y he realizado tales inversiones con nombre supuesto para que nadie pudiera saber cuántos talentos de oro y plata pertenecen al señor Tiglath Assur, hijo de Sennaquerib.

Debí parecerle sorprendido porque Kefalos frunció el entrecejo.

—Temo que llegará un día, señor, en que los dos nos veremos obligados a huir de este país…, si aún estamos a tiempo, y tendremos que ir muy lejos para escapar de tu hermano Asarhadón cuando sea rey.

—¡No tengo nada que temer de Asarhadón, esclavo, ni él de mí!

—Señor, posees muchas virtudes a las que yo no puedo aspirar, pero en estas cuestiones eres como un niño y debes conformarte con ser guiado

por tu esclavo, cuya naturaleza es menos admirable que la tuya, pero que, por contra, está mucho más versado en los manejos de un mundo muy poco admirable.

Y, desde luego, Kefalos estaba en lo cierto y atendía mejor a mis intereses que yo mismo. Fijó obstinadamente la mirada en su copa de vino como si le avergonzase mirarme cuando, en realidad, era yo y no él quien debía sentirse incómodo.

—Lo siento, amigo mío —dije, poniéndole la mano en el brazo—. Me he dejado llevar por la ira. No te sientas ofendido por mis infantiles reacciones.

—No me siento ofendido, señor. Lo que me has dicho es cierto, por lo menos ahora, pero lo que actualmente resulta válido, tal vez no lo siga siendo eternamente. La situación puede cambiar por completo sí un ser de débil naturaleza se siente dueño del mundo.

Le miré sonriendo, comprendiendo que me había perdonado y dándome cuenta de que había sido muy prudente preparándose por si llegaba aquel día que yo jamás creía que pudiera presentarse y, aunque no me preocupara pensar en semejantes cosas, tampoco me sentía más dignificado por ello.

Sin embargo consideré oportuno cambiar de tema.

—Pero ¿sigo siendo rico? —insistí—. No habrás enviado a Sidón y Tebas hasta mi último siclo de cobre, ¿verdad?

—No, señor. Sigues siendo rico como corresponde a un príncipe.

—Bien. Entonces envía recado a Nínive para que me hagan llegar parte de mis riquezas. Las necesito para levantar un magnífico palacio para mi madre y deseo asimismo reconstruir la guarnición y la ciudad… Me propongo convertir a la sencilla Amat en una gran ciudad, y no de ladrillos sino de piedra…

»Y para ello, si deseo evitar ser engañado y saqueado por cualquier bribón que tenga algo que suministrarme, aunque tan sólo sea la fuerza de sus músculos, necesito contar con un esclavo que también sea un tunante, el gran médico Kefalos, que es más retorcido que una serpiente.

Mi fiel servidor marchó al lecho tambaleándose muy embriagado y satisfecho. Le había confiado una magnífica misión, un don de

sorprendente valor: debía encargarse de construir una gran ciudad y calculaba que tan sólo los sobornos que obtendría con semejante proyecto le permitirían vivir rodeado de lujo hasta muy avanzada edad.

—Tu madre, la señora Merope, me describió cuál era tu estado de ánimo, dijo que eras como un hombre que parte al galope al encuentro de la muerte. A mi llegada he realizado algunas indagaciones por mi cuenta. ¿Y sabes qué he descubierto? Todos me dicen lo mismo: que te entregas exclusivamente a tus obligaciones militares. El encargado del burdel se queja de que no has pasado por allí desde que llegaste, y entre las esclavas que tienes a tu servicio no he encontrado una sola mujer que merezca la pena. Te advierto, señor, que no lograrás jamás mantener tu respetabilidad si sigues comportándote de este modo. No es apropiado, racional ni equilibrado para quien todavía se encuentra en la flor de la juventud que solamente utilice su miembro para orinar. Debes cuidar tu salud y procurar guardar las apariencias. O, fíjate en lo que te digo, este comportamiento únicamente servirá para provocar comentarios desagradables.

—Y cómo médico y amigo ¿qué me recomiendas, Kefalos?

Éste movió pensativo la cabeza y se puse el dedo junto a la nariz como una especie de saludo a la sabiduría que demostraba pidiéndole consejo.

—Ya he tomado medidas, señor —repuso.

¿Medidas? ¿Qué clase de medidas? Una hora más tarde, cuando fui a acostarme y me encontré a una mujer tendida en mi jergón, no pude disimular mi sorpresa. La habitación estaba caldeada por un brasero que casi se había apagado y la habitación únicamente iluminada por la lámpara de aceite que llevaba en la mano. Aun así no necesité el resplandor del sol para apreciar su hermosura.

—Me llamo Naiba —murmuró cuando me agaché a su lado para mirarla a los ojos, que eran grandes y negros y me recordaban muchísimo a mi perdida Asharhamat.

Y apartó la manta que la cubría, mostrándome su cuerpo desnudo en un gesto que parecía declarar su condición de esclava y la sumisión por la que deseaba alcanzar el favor de su nuevo amo.

—Soy Naiba, augusto señor.

—Sí, ya lo he comprobado —respondí.

La muchacha sonrió al oír aquellas palabras porque su nombre significaba «hermosa» en el idioma de las tribus nómadas. Hacía honor a él

y me alegré de haber aprendido aquellas palabras de los sacan.

—¿Te agrado, augusto señor?

—Sí, me gustas.

—Entonces tómame y descansa a mi lado.

Era poco más que una niña. Me tendí junto a ella y sus senos infantiles apenas llenaron mis manos. Sin embargo, cuando mi boca buscó la suya, introdujo su lengüecita puntiaguda entre mis labios con tal avidez que comprendí que no carecía de experiencia amorosa. Rodeé con la mano el cuello de la lámpara y apagué de un soplo la luz.

Entre la oscuridad me sentí en libertad de dar rienda suelta a mi imaginación y aquella noche se convirtió para mí en otra Asharhamat. Creí volver a encontrarme en aquella reducida estancia del templo de Ishtar y el antiguo ímpetu amoroso fluyó en mí como una oleada de sangre nueva. Cuando entré en ella y su cuerpo se estremeció bajo el mío, su nombre se formaba en mis labios como un grito desesperado que no llegué a pronunciar.

El deleite que experimenté con Naiba se convirtió en el único idioma por mí conocido. Si hubiese tratado de decir algo, mi voz habría quedado sofocada por los sollozos. Volví a estrecharla entre mis brazos y, por unos momentos, dejé de sentirme solo.

Aquella noche, antes de quedarnos dormidos uno en brazos de otro y convencerme de que ella también gozaba, aunque es una cuestión de la que ningún hombre puede fiar, la conocí tres veces. Desde luego me constaba que ella no era Asharhamat, aquella ilusión sólo me duró la primera vez, pero no creo que la muchacha llegase jamás a imaginar lo que había significado aquella noche para mí. Sin embargo, sí comprendió en cierto modo que había depositado parte de mi propio secreto en sus manos, y si así fue —y aunque no fuese así, ¿qué derecho tenía a exigir su comprensión?—, me sentí reconocido hacia ella. Y aquella gratitud duraría eternamente.

—Es una de las cautivas que tomaste como tributo a los uqukadi —me confió Kefalos mientras nos desayunábamos—. La he tomado a mi servicio sin que perdiera su virginidad hasta hace un año, de modo que se ha convertido en una mujer experta sin perder su lozanía. Confío que no hará avergonzarse a tu servidor. ¿Estás complacido, señor?

Todo aquello lo decía ante la propia Naiba, mientras ésta, cubierta con una tenue túnica que se adhería a sus senos como si fuese desnuda, permanecía arrodillada junto a mí, sirviéndome sonriente cerveza y una pasta de cebada azucarada, como si se tratase de un bloque de madera o no estuviese presente.

—¿Cómo no iba a estar complacido? —repuse acariciándole los cabellos que olían a aceite de cedro. La joven volvió levemente la cabeza y me besó la mano—. ¿Cuántos años tenías cuando te arrebaté a tus padres, muchacha?

—Acababa de cumplir once aquel invierno —repuso—, pero mis padres no sintieron mi pérdida porque mi madre ya había muerto y mi padre se encontraba entre aquellos que ordenaste decapitar.

Y aunque pronunciaba aquellas palabras sonriendo, como si aludiese a hechos carentes de importancia, sentí que se me formaba un nudo en la garganta.

—Entonces debes odiarme porque te he causado daño.

—¿Cómo es posible, augusto señor? —repuso alzando levemente los hombros, al parecer llena de asombro.

—Porque tu padre murió ante tus ojos por mi culpa.

—¡Oh! Me cubrí el rostro para no verlo y, además, tú eras el conquistador. Sólo mataste a los jefes del clan, mostrando así tu clemencia. Si mi padre hubiese triunfado… —Ocultó el rostro entre las manos y se echó a reír ante semejante perspectiva—. Y desde entonces he sido esclava doméstica en Nínive, donde hasta los perros callejeros viven mejor que los uqukadi, cuyas mujeres deben caminar por la nieve tras los caballos de los hombres, y actualmente comparto el lecho de un gran príncipe.

—¿Lo ves, mi insensato y joven amo? —repuso sonriente Kefalos, cruzando divertido las manos sobre su enorme vientre—. Pese a los escrúpulos que pueda sentir tu delicada conciencia, el mundo es tal como es e incluso esta insignificante criatura lo sabe mejor que tú. No debes temer que te hunda un cuchillo de cocina entre las costillas cuando estés dormido para vengar a un padre que probablemente trataba a sus perros de caza con más amabilidad. Para ella eres Tiglath Assur, augusto señor, poderoso príncipe y guerrero, cuya simiente cualquier mujer se sentiría orgullosa de llevar en su vientre. Esta muchacha ha hecho un buen negocio y es bastante inteligente para comprenderlo.

—Y tú me has conseguido una auténtica perla, amigo.

—Así lo espero, señor —repuso y, adelantando el busto sobre la mesa, me puso la mano en el hombro—. Sin duda habrás advertido su semejanza con cierta dama cuyo nombre no es preciso mencionar. La descubrí cuando no era más que una chiquilla flacucha y la he estado guardando para ti, sabiendo que llegaría el día que necesitarías hallar este consuelo. Hubiese tenido que ser un necio para no comprender qué final aguardaba a aquel triste negocio. Utilízala como gustes y piensa lo que quieras hasta que al fin llegues a creerlo tú mismo porque es malsano que un hombre guarde para sí su propia simiente como un miserable permitiendo que se pudra y envenene su mente y su cuerpo. Cualquier mujer es mejor que ninguna, y ésta mejor que muchas.

Kefalos no decía más que la verdad porque durante meses y años sucesivos Naiba llegó a parecerme preciosa. La noche que la encontré en mi lecho no debía tener más de trece años y, sin embargo, desde aquel momento se comportó como una mujer en mi hogar, ocupándose de mis ropas, regañando a mis sirvientes y vigilando la administración económica de la casa. Cuando salía de campaña rezaba por mi seguridad a Assur y a sus propios dioses y, al regresar, me acompañaba a la casa de baños, se desnudaba y me daba masajes con aceite caliente a mis fatigados músculos. No comía una sola vez bajo mi techo sin que fuese ella quien me sirviese con sus propias manos, sonriéndome con toda la dulzura de su infantil corazón. Escanciaba vino a mis invitados y me ayudaba a llegar al lecho cuando había bebido demasiado. Y todas las noches, sobrio o ebrio, dormía a mi lado, pasándome el brazo por la cintura y apretando sus firmes y diminutos senos en mi espalda.

Y entre nosotros existía afecto, respeto y, así lo confío y creo, incluso pasión. Pero amor, no. Por lo menos no el amor que hubiese llegado a apartar a Asharhamat de mis pensamientos. Estoy completamente seguro de que, aunque Naiba nunca decía palabra, conocía aquella historia y era bastante inteligente para evitar que sus sentimientos hacia mí superaran cierto afecto. Era su señor y se complacía en el contacto de mi cuerpo, pero eso era todo y a mí no me desagradaba que fuese de tal modo.

Porque por aquel tiempo yo apenas podía ocuparme de mi vida doméstica. No había olvidado, ni se me permitía, que era el *shaknu* del norte y comandante de la guarnición de Amat, y que ello me enfrentaba a los enemigos de Assur tras la angosta línea divisoria de las montañas.

Para ello me bastó con leer las tablillas que me aguardaban a mi retorno de Urartu.

Entre ellas se encontraba una del rey.

¿Por qué no me envías noticias? —comenzaba—. *¿Te han degollado los bandidos dejándote por muerto en alguna hondonada rocosa o has olvidado a quienes te quieren bien? Soy un anciano agobiado por muchos problemas y mis ojos ansían verte. Envíame alguna noticia para que pueda saber que sigues con vida y recuerdas el nombre de tu padre.*

Aquella misma mañana de mi llegada a Amat, tomé un estilo y respondí a mi padre.

Al rey, mi señor, de su servidor Tiglath Assur. Deseo que sigas bien de salud. Que Assur y Shamash concedan su gracia a mi soberano y señor. Acabo de regresar de una campaña al norte del río Bohtán y me place informarte que he obtenido un gran triunfo…

Y seguidamente le describía la batalla, el valor de los escitas, mis encuentros con su jefe Tabiti y la alianza que había establecido en su nombre. Y le mencionaba las diecisiete minas de oro que había conseguido de los urartu y mis impresiones sobre aquel lugar.

No se trata de una amistad de la que podamos fiarnos porque su monarca es un necio y la potencia de sus ejércitos apenas supera la de una roca en el río en torno a la cual, cuando llegue el momento, se precipitarán vastos contingentes de tribus montañesas. Basta con la reciente experiencia sufrida con los escitas. Creo que la nieve que inunda sus valles

y los desfiladeros de sus montañas durante siete meses del año constituye una barrera más efectiva contra los nómadas que todo su poder y que debemos confiar en nosotros mismos para garantizar nuestra seguridad.

Rogaba al señor Sennaquerib que me enviase refuerzos a fin de poder emprender una serie de campañas contra las tribus del este y que me concediese su autorización para reservarme el oro y utilizarlo para fortalecer y consolidar la guarnición.

Cuando la respuesta del monarca llegó a mi poder no hallé en ella referencia alguna a mi informe. Al parecer las fronteras del norte estaban demasiado alejadas para que pudieran interesarle. Sus mayores preocupaciones procedían del seno de su familia y se recreaba mostrándose quejumbroso.

Tu hermano, el señor Pollino, me irrita constantemente a propósito de Babilonia. ¿Podrías creer que sería capaz de reconstruir la ciudad que tantos esfuerzos nos costó destruir alegando el temor que siente ante la ira de Marduk?

Se ha instalado en Kalah, lejos de mi alcance, o por lo menos así lo imagina, rodeándose de magos y sacerdotes, y se da aires de soberano. Se cree de tal modo predilecto de los dioses que si se levanta con migraña tras una borrachera o sus concubinas favoritas aparecen infestadas de piojos, consulta inmediatamente a los oráculos para interpretar el significado de hechos tan extraños y antinaturales. Por lo menos eso es lo que me han dicho. Los seres humanos deben prestar la debida reverencia a los dioses, pero incluso un rey puede permitirse exonerar su vientre sin tener que interrogar primero a los dioses. En todos estos absurdos se adivina la intervención de su madre…

Sí, me parece muy bien que dispongas a tu voluntad del oro y te enviaré siete nuevas compañías de infantería y cinco de caballería cuando hayan pasado las inundaciones estivales, aunque me gustaría que vinieses tú a Nínive a recogerlas, porque ello significaría que podrías estar conmigo una vez más; pues si tu exilio es amargo, más lo es el mío…

Cuando uno es hijo del rey y hermano del heredero del trono, resulta prudente andarse con tiento respecto a las habladurías familiares. Por consiguiente, en mi respuesta, no aludí a sus lamentaciones sobre Asarhadón. En lugar de ello me interesé por la salud del señor Sennaquerib y le sugerí que si se sentía deprimido cuidase su dieta e hiciese más ejercicio, recomendándole la caza como la actividad más apropiada para el buen funcionamiento de su hígado. Aparte esto, le describía las mejoras que me proponía realizar en el complejo de la guarnición, explicándole claramente que entre ellas se encontraba la construcción de una residencia palaciega para mí, que se levantaría entre los muros de la fortaleza. Deseaba hacerle comprender que me proponía instalarme largo tiempo en Amat y que no pensaba regresar a Nínive, por lo que tendría que solventar sus problemas con el *marsarru* sin contar conmigo.

Pero el rey no dio muestras de sentirse defraudado. Durante todos los años que viví en el norte siguió informándome regularmente sobre «el señor *Pollino*»… No puedo recordar que aludiese a Asarhadón con otro nombre.

El rey mi padre —que pretendía haber ambicionado únicamente dos cosas en su vida para su reino: destruir para siempre el poder de Babilonia y transferir el país de Assur a alguien digno de sucederle y comprendía que en Asarhadón se frustrarían ambos propósitos—, el señor Sennaquerib, que dominaba en las cuatro partes del mundo, decaía casi por momentos en una melancólica vejez.

Me escribía él mismo todas sus cartas, porque no confiaba en ningún escriba. Y lo hacía con la más candorosa ingenuidad porque no albergaba secretos para mí, y no me costaba nada leer entre líneas la amargura de aquel que está cansado de vivir.

Pero me dije a mí mismo que todo aquello ya no me afectaba, que yo era el comandante de una guarnición, un *shaknu* y nada más, y que mi participación en la dirección del estado se limitaba a una reducida extensión de páramo montañoso. Sólo era príncipe por nombre y estirpe y mi única responsabilidad consistía en ser un soldado del monarca. En cuanto al soberano que gobernase, no era asunto de mi incumbencia.

Ya antes de mi regreso, Kefalos había adquirido la casa más grande que pudo encontrar en Amat, una exigua y modesta vivienda comparada con la mansión que había ocupado en Nínive, pero de proporciones bastante aceptables para rodearse de ciertas comodidades. La diferencia consistía en que las nociones de comodidad de mi servidor no eran en modo alguno razonables.

—Te suplico que disculpes la sencillez de mi mesa, señor —me anunció la primera vez que me invitó a cenar—, pero la cocina de esta casa es como una fábrica de humos. Mi cocinera apenas puede limpiarse el hollín de los ojos y comprenderás que en tales condiciones no pueden disfrutarse de grandes lujos.

Observé el servicio de plata que tenía frente a mí y en el que aparecía tan rica variedad de alimentos que el propio monarca de Tushpa hubiera considerado suficientes para satisfacer las apetencias de sus visitantes extranjeros: pato guisado al estilo hitita, cordero asado en espetones, algarrobas almibaradas, pescado seco, cebada, calabaza, lentejas, diversas clases de quesos y abundante fruta de infinita variedad. El vino, como era de esperar, procedía de mi propia bodega.

—En semejante desierto uno debe acostumbrarse a pasar privaciones —prosiguió suspirando sonoramente.

Y a continuación se lavó los dedos en un pequeño bol de bronce, enjugándose las manos en una toalla que le entregó una de las cuatro o cinco muchachas, todas ellas de extraordinaria belleza, que entraban y salían silenciosas de la habitación.

—Quizá con un esfuerzo y algo de buena voluntad podremos conseguir que este lugar resulte digno de ti —dije secamente porque su autocompasión me resultaba bastante cómica.

—Sí, señor…, las riquezas siguen implacablemente al poder y siempre he sabido que estando a tu servicio lograría llegar a la vejez siendo un hombre rico. —Fijó en mí su mirada con un brillo entre codicioso e irónico —. Después de cenar permíteme que te exponga ciertos planes que tengo que favorecen tus intereses y que imagino no te desagradarán.

Los proyectos que yo abrigaba eran grandiosos. Me proponía extender las murallas exteriores de la fortaleza para abarcar una, zona que quintuplicase las dimensiones del actual recinto y aquella ampliación se realizaría en piedra, que por fortuna se encontraba en considerable

abundancia en las montañas a sólo un día de marcha, lo que se aventuraba como una tarea gigantesca, pero necesitaba aquel espacio porque era parte de mi proyecto incrementar las fuerzas de la guarnición de Amat de treinta a cien compañías y ello en unos cinco años.

Y necesariamente debían derivarse otros trabajos. Habría que construir cuarteles, y las cocinas, dependencias, talleres y establos tendrían que ser ampliados. Un ejército como el que yo imaginaba requeriría plazas de armas para entrenar a los soldados y hordas de artesanos del cuero y del metal para equiparlos. Y puesto que soldados, artesanos y escribas deben ser pagados y consiguientemente encontrar lugares donde gastar su dinero, deberían aumentarse las diversiones de la ciudad, aunque esto último sospechaba que sería un problema que se resolvería por sí solo.

Había mucho trabajo en perspectiva para varios años, pero gracias a Kefalos aquel invierno impulsamos enérgicamente las obras. Se inició la extracción de la piedra y al cabo de un mes los primeros bloques habían comenzado a dirigirse a Amat sobre troncos de árboles que hacían las veces de rodillos.

Los hombres de Assur son grandes constructores. Tal es el verdadero secreto del éxito de sus conquistas. Comprenden tan perfectamente el arte de fortificar que todas las ciudades que someten a asedio están condenadas porque aquellos que socavan una muralla deben saber primero cómo fue construida. Consecuencia de ello es que en los ejércitos de Assur ningún hombre era únicamente soldado sino que poseía además las habilidades del carpintero, albañil, ebanista o incluso de los arquitectos, por lo que disponía de los más expertos obreros que pudiese necesitar.

Pero no basta con la habilidad para obrar milagros. La tierra no se excava por arte de magia y los bloques de piedras, por muy perfectos que hayan sido cortados, no se moverán por sí solos. Para conseguir tales cosas es preciso contar con un vasto contingente de hombres no dotados únicamente de fuerte musculatura y un par de manos.

La solución de semejante dificultad se hallaba a mi alcance, puesto que mi designación como *shaknu* me otorgaba asimismo los usuales derechos de requisa. Además descubrimos que los campesinos de los contornos, que durante los meses del invierno se veían reducidos a la inactividad, se mostraban muy dispuestos a trabajar a razón de medio siclo de cobre diario, suma que, pese a su modestia, les permitía comprar una

medida de dátiles, lo que para ellos constituía una riqueza que superaba cualquier expectativa.

Hacia el mes de Tebet, cuando ya cubría el suelo un dedo de nieve y los canteros dividían los bloques vertiendo agua en las hendiduras que practicaban con las hachas, dejando que ésta se helara por las noches, las nuevas murallas de mi fortaleza se habían levantado hasta la cintura de una persona y ya comenzaba a abrigar la esperanza de que estarían concluidas en unos dos años. En cuanto a mi palacio, que asimismo sería sede del cuartel general militar y del gobierno de las provincias del norte, incluso avanzaba más de prisa y confiaba que estaría a punto de poder ocuparlo cuando llegase la estación de las crecidas.

Los hombres de Assur viven de la agricultura y de la guerra, ocupaciones que deben realizarse durante los largos y tórridos meses del estío, cuando el frío amaina y han llegado y desaparecido las crecidas. En esa estación es cuando, a falta de algo mejor, el hombre se concentra en sí mismo: es el momento de entregarse a recuerdos y a atormentadores ensueños: esa estación llena de amargura mi corazón.

De ahí que estuviera tan ansioso en mantenerme ocupado. Si hubiese sido destinado al sur, donde no existe la piedra, habría pasado una época terrible, pero en Amat apenas tuve un instante para entregarme a la autocompasión. Por las mañanas trabajaba en mi despacho, me entrevistaba con mis oficiales, examinaba informes y atendía a los centenares de tareas menores por las que una guarnición de tres mil hombres puede mantenerse en orden y facilitar los suministros necesarios. Y por las tardes marchaba a caballo para vigilar el desarrollo de las obras. Sólo de noche, sumido en las negras sombras, me atormentaban sombríos pensamientos y, si no encontraba alguna ocupación a la que entregarme, invitaba a mis oficiales a cenar o visitaba a Kefalos en su casa para charlar un rato con él. Y, por añadidura, estaba Naiba.

Y constituye un inmenso placer ver cómo se levantan lentamente murallas y edificios bajo nuestras propias órdenes. En el momento en que se comenzaron a sentir los primeros atisbos del tiempo cálido, los muros de la gran fortaleza habían alcanzado la altura de la cabeza de un hombre, tres nuevos cuarteles estaban dispuestos para recibir a sus ocupantes y mi palacio, salvo el techo y el interior de las habitaciones, estaba casi concluido y confiaba que podría trasladarme a él dentro de pocos meses.

Todo ello me producía gran deleite y me compensaba de otras muchas cosas.

Porque yo seguía siendo un hombre muy joven, y un joven, por muy grandes que sean sus contrariedades, no puede estar siempre afligido. Tenía una misión que cumplir, lo que hacía que cada día de mi vida fuese importante, y no sufría ninguna de las privaciones de la carne. Aunque tuviese que superar sombríos momentos, en especial cuando la lámpara de aceite se apagaba y agotada mi simiente aguardaba a que el sueño cerrase mis ojos, eran tan sólo unos instantes comparados con largas horas de olvido y tranquilidad. Aunque no me sintiera dichoso, por lo menos estaba satisfecho.

Pero llegó el tiempo en que comenzaron a desaparecer las nieves del suelo y llegaron las crecidas y comencé a sentirme inquieto. Las obras se desarrollaban bien y no dependían de mi supervisión diaria, y los refuerzos no llegarían de Nínive hasta el mes de Iyyar, lo que representaba dos meses de inacción. Los muros de Amat me oprimían, me sentía como un animal enjaulado que se restriega contra sus barrotes para conseguir que el lugar donde se halla confinado sea lo más amplio posible, por lo que decidí realizar una visita de inspección a las provincias.

Las aldeas del norte son pequeñas y se hallan muy distanciadas entre sí porque la tierra no es tan fértil como en el sur. Mis nuevos súbditos eran demasiado pobres para poder agasajar a su *shaknu*, y si me presentaba acompañado de un fuerte contingente de soldados, les ocasionaría considerable quebranto económico y me considerarían como un vulgar saqueador de sus propiedades. Además, en cierto modo me proponía hacer comprender a aquellas gentes que la guarnición de Amat a la que pagaban tributos y enviaban a sus hombres como jornaleros, se proponía protegerlos. ¿Qué pensarían si me veían aparecer acompañado de un ejército, como si ni siquiera yo mismo me sintiera seguro para desplazarme por mis propios territorios? ¿Cómo podrían sentir a salvo sus vidas y propiedades? Por consiguiente tan sólo me acompañó una guardia personal de diez hombres.

Emprendimos la marcha un fresco amanecer, el más frío desde hacía muchos días. El aliento de mis caballos se condensaba en el aire formando pequeñas nubes, y en los rastrojos que quedaban en el campo tras las cosechas del otoño brillaba el hielo. Naiba me despidió en el porche de mi casa cubriéndose los hombros con una manta, con aquella característica

mirada de incertidumbre con que las mujeres ven marchar a los hombres en misiones incomprensibles. Me despedí de ella sonriente y monté en mi cabalgadura. Hacía un tiempo magnífico para sentirse vivo.

Seguimos el curso del Zab Superior hasta después de mediodía y luego tomamos dirección este, introduciéndonos en una sucesión de fértiles valles alimentados por un río que en todos los mapas que había visto aparecía como una simple línea y que estaba limitado a ambos lados por cadenas montañosas cuyos nombres eran desconocidos para todos nosotros. El río, que venía crecido por el deshielo, se había convertido en un torrente y distinguíamos perfectamente el ruido que producían las enormes piedras que arrastraba violentamente en su fondo. En la orilla opuesta el paisaje era mucho más llano y despejado, pero hasta el anochecer del segundo día no hallamos un punto que nos pareciese adecuado para atrevernos a cruzar la corriente y jamás habíamos visto unas aguas tan frías.

A la mañana del tercer día, una hora después de haber levantado nuestro campamento, nos encontramos con la primera aldea desde que partimos de Amat. Constituían aquella comunidad unas sesenta o setenta familias que se cobijaban en un grupo de viviendas de adobe y que quizá se hallaban instaladas en aquel lugar desde hacía un milenio.

Siguiendo la ceremonia que rige tales ocasiones —porque incluso el *shaknu* del rey no puede imaginar que los hombres de Assur permitirán ser tratados como miembros de una raza conquistada—, detuve mi caballo a unos veinte pasos del perímetro del poblado y aguardé. Cuando llegó el momento oportuno, el anciano del lugar, un hombre de cabellos blancos y piel curtida, cuyo rostro recordaba a un león, acudió a recibirme, luciendo en la mano el bastón distintivo de su cargo. Me saludó con una leve inclinación de cabeza que expresaba cortesía mas no servilismo y permaneció en silencio.

—Pareces una persona dotada de autoridad —le dije—. Vengo a saludarte en nombre de nuestro augusto señor, el soberano rey de Nínive, servidor del dios y señor del mundo. Me llamo Tiglath Assur y soy el *shaknu* de esta región.

—Tu nombre es conocido en este lugar, señor príncipe. Te doy la bienvenida, poderoso hijo de un padre poderoso, como si fueses el propio rey.

Aquella noche sacrificaron un cordero en nuestro honor y celebramos un magnífico festín. Yo estaba invitado en la casa del anciano y bebía

cerveza con él, con sus hijos y con los hijos de sus hijos. Desde el exterior llegaban a mis oídos las risas de los soldados, que en su mayoría probablemente habrían nacido en algún lugar similar a aquél y sin duda se sentían como en su propia casa. Incluso yo, que había sido criado en la corte del rey Sennaquerib, me sentía muy a mis anchas entre aquellas blancas y acogedoras paredes de las que en cierto modo proceden todos los hombres de Assur, porque la aldea es el origen de nuestra existencia.

Todos nosotros, el anciano, su progenie y su invitado el *shaknu*, estábamos sentados en el suelo sobre esteras de caña bebiendo en jarras de arcilla junto al confortante calorcillo del brasero. Y el anciano me hablaba de los días en que había sido soldado en el ejército del gran rey Tiglath Pileser y había combatido en las tierras de occidente.

—Entonces yo era un muchacho y nunca había estado a más de medio día de distancia de la casa paterna. También tuve el privilegio de servir a las órdenes del soberano Sargón, penúltimo monarca. Era un hombre poderoso. A juzgar por el color, tus cabellos color de cuero y tus ojos azules se diría que eres su personificación.

—No soy digno siquiera de parecerme a su sombra, padre, pero me siento muy halagado de que creas que mi abuelo revive en cierto modo en mí. Nací en el instante en que él falleció, y me temo que éste es el único legado que me dejó.

Y extendí mi mano para mostrarle la señal de nacimiento que tenía en la palma.

—Recuerdo la estrella de sangre que anunció tu venida al mundo y la desaparición de Sargón —asintió gravemente el hombre—. Debe de ser algo terrible verse así marcado por el dios. Ello me hace agradecer al poderoso Assur el humilde destino que me ha dado.

—No es tan terrible haber nacido príncipe y vivir en un palacio.

El que así se expresaba era uno de sus nietos, que tendría mi misma edad y que había bebido en exceso.

—Yo no desdeñaría ser hijo de un rey. Pregúntale al señor Tiglath Assur si desea cambiarse conmigo.

Se produjo un embarazoso silencio. El joven tragó saliva y bajó la mirada al suelo.

—Este necio nacido de mis lomos no pretendía ofenderte, príncipe —se disculpó por fin el anciano.

Me limité a sonreírle, como si se hubiese tratado de una broma, y brindé chocando mi copa con la suya.

—En ningún momento lo he creído así, padre. Ambos decís la verdad: la vida de un hombre se la hace uno mismo, aquel que es desdichado en un palacio sólo debe culparse a sí mismo.

—No, príncipe…, la vida de un hombre es el dios quien la dirige.

En todas las aldeas nos recibieron con cálida hospitalidad porque los hombres de Assur respetan a su rey y sus servidores y no desprecian a los extraños en su medio. Descubrí que mi fama me había precedido incluso en lugares tan remotos, lo que me enorgulleció, pero no volví a aludir a mi abuelo ni mostré a nadie más la señal que tenía en la mano. En cierto modo había estado alardeando porque me enorgullecía descender de grandes soberanos y me había visto castigado por ello. No me agradó que me recordasen que sólo era un juguete en manos del dios.

Continuamos nuestro camino por una sucesión de valles hasta llegar a un desfiladero que asimismo cruzamos iniciando el retorno por el Zab Superior, que deseaba cruzar antes de que las crecidas hiciesen impracticables los pontones. Atravesamos la parte occidental de las tierras que estaban sometidas a mi autoridad en el mes de Nisan, el día en que finalizaba en Nínive el festival del año nuevo y el ídolo divino era devuelto a su templo.

Aquella zona estaba escasamente cultivada por los hombres y en muchas ocasiones tardamos varios días en encontrar algún pueblo o un campo sembrado. Pero el clima era benigno y en ningún momento carecimos de caza, por lo que no sufrimos privaciones. Como sentía una gran curiosidad y no deseaba regresar a Amat antes del tiempo previsto, conduje una vez más mi pequeña tropa hacia la parte alta del país por lugares que únicamente visitaban las caravanas, habitados tan sólo por los espíritus en los que de buena gana me hubiese quedado para siempre.

Por fin, a mediodía, tras coronar una serie de colinas, nos encontramos ante una montaña, grande y solitaria, que no formaba parte de ninguna cordillera, como un monarca orgulloso que no deseara verse comparado con nadie porque pareció enfrentársenos sin previo aviso y cuya cumbre se perdía entre la niebla, solitaria e inasequible.

Hasta entonces habíamos estado desplazándonos más o menos al azar, sin seguir ningún camino específico y, sin embargo, cuando contemplé aquellas laderas escarpadas, poderosas y llenas de grandeza, no pude superar la impresión de que había sido conducido hasta allí para encontrarme con algo que había estado buscando constantemente.

Uno de mis soldados procedente de una aldea que se encontraba a menos de tres días de distancia a caballo declaró conocer la zona. Le ordené que compareciese a mi presencia para interrogarle.

—¿Qué montaña es esa que tenemos enfrente? —le pregunté señalándola con la mano.

—Es el monte Epih, *rab shaqe* —repuso sonriente como si aquella visión le complaciese en extremo—. En él reside el poderoso Assur desde los orígenes del mundo.

—¿Acaso le has visto en alguna ocasión?

—¡Oh, no, *rab shaqe*! Está prohibido acercarse a ese lugar. Pero no cabe duda: el dios la ha señalado con su impronta. ¡Fíjate!

Sí, lo advertí al punto. Pese a las nubes que envolvían la cumbre, se distinguía en ella una pálida luz amarillenta que parecía fluctuar ligeramente, como una lámpara de aceite que alguien hubiese depositado junto a una ventana.

—La cúspide está constantemente cubierta por un manto de nubes —prosiguió—, pero la presencia del dios es siempre visible. Dicen que si la luz desaparece, Assur habrá abandonado a su pueblo, condenándolo a su destrucción.

—¿Y está prohibido subir la montaña?

—Sí, *rab shaqe*. Nadie puede aventurarse a escalarla salvo quienes han sido convocados por el dios…, por lo menos nadie regresa de ella. Los huesos de aquellos que se han arriesgado a adentrarse en ese reducto se blanquean al sol sobre la piedras sagradas y sus espíritus errarán eternamente sin que nadie les haga ofrendas de vino y alimentos. Es un lugar por el que conviene pasar de largo.

«Vengo del monte Epih —me había dicho el *maxxu* hacía mucho tiempo—. ¿Lo conoces?» Y ante mi respuesta negativa, alegando que pocos habían estado allí, había respondido: «Pocos, sí, pero tú irás un día.» Y parecía que por fin había llegado ese momento.

—Esta noche acamparemos al pie de la montaña —ordené, observando cómo se desorbitaban sus ojos con un temor supersticioso—. Y mañana subiré a esa montaña. No temáis…, creo que he sido llamado por el dios —concluí sonriendo para tranquilizar sus temores—. En todo caso lo sabremos si logro regresar, ¿no es eso?

—Sí, *rab shaqe*. Entonces lo sabremos.

Mis soldados no parecieron muy entusiasmados ante aquel último antojo de su comandante. Recibieron mis órdenes entre un hosco silencio, y cuando nos encontrábamos a medio *beru* de la montaña detuvieron sus caballos y aguardaron a que me volviese hacia ellos: a juzgar por la expresión de sus rostros era indudable que no avanzarían un paso más.

El *ekalli* que había combatido a mis órdenes en el río

Bohtán y que no se asustaba fácilmente hizo un ademán ambiguo como si se disculpase.

—Te seguiríamos hasta las propias garras de la muerte —declaró como si le avergonzase reconocer su debilidad—. Sabes muy bien que por ti no dudaríamos en enfrentarnos a cualquier enemigo, pero tememos ofender al dios si nos haces profanar este lugar sagrado con nuestras pisadas. Te suplicamos, *rab shaqe*…

—No te atormentes, Sinduri —le tranquilicé, impresionado por su ruego que en nada se parecía a una sublevación.

No podía censurarlos: tenían derecho a asustarse por lo que me proponía llevar a cabo y no abrigaba el propósito de someterlos a la ira del dios.

—Nos detendremos aquí, a cierta distancia del reducto de Assur, y mañana partiré solo. Si obro equivocadamente, sólo yo sufriré las consecuencias.

Aquellas palabras los tranquilizaron. Montamos nuestras tiendas junto a un manantial que brotaba de la roca como presagio de paz. Encendimos una hoguera y cenamos, disponiéndonos a disfrutar de un descanso reparador.

Pero aquella noche no pude conciliar el sueño. No sentía temor sino una extraña excitación, como la del que aguarda la víspera de su boda. La existencia de cada hombre constituye un enigma para él… No era yo el único en experimentarlo de ese modo. Pero me sentía como aquel que ha alcanzado el límite de esa revelación que todos perseguimos mientras late

en nosotros la vida. Aún era bastante joven para no atemorizarme ante nada.

Una hora antes del amanecer descargó un trueno; no cayó una gota de lluvia ni apareció ningún relámpago en el cielo, pero aquel retumbante y atronador sonido resonó en mis oídos cargado de sombríos presagios. Permanecimos en torno a los rescoldos del fuego aterrados y envueltos en nuestras capas, aguardando a que despertase el alba.

—¡Olvida tus propósitos, *rab shaqe*! —me rogaron—. El dios que lee en nuestros corazones como si fuesen transparentes está enojado…; por muy poderoso que sea tu *sedu*, no podrá protegerte de la ira de Assur.

—Iré —repuse, aunque pese a todo mi valor estaba tan agitado como una caña a impulsos del viento—. El dios se limita a anunciar su presencia. Si soy capaz de asustarme ante un poco de ruido, no soy digno de comparecer ante su presencia.

Pero estaba asustado. Aun después que pasó la tormenta y brilló el sol no fui capaz de ingerir bocado. Sin embargo me parecía que debía llevar a cabo la empresa aunque no podía explicar la razón.

Tras realizar los rituales de purificación y las ofrendas de pan y sal y recortar algunos fragmentos de mi barba, me despedí de mis camaradas como aquel que se encamina hacia la muerte, despojándome de todas mis armas, con excepción de la espada, símbolo especial de Assur.

—Pasado mañana es un día aciago —me advirtió el *ekalli* Sinduri, mirándome como si se dispusiera a enterrar a su hermano—. Por tanto deberás descender de la montaña mañana por la noche.

—Si por entonces no he regresado, podréis dar por supuesto que el dios me ha exterminado.

—Aguardaremos y ofreceremos sacrificios y plegarias para que Assur te perdone semejante locura.

Me separé de ellos cuando la hierba aún estaba húmeda de rocío.

Al pie de la montaña me descalcé, me arrodillé y dejé mis sandalias junto al sendero para demostrar al dios que no pretendía profanar aquel sagrado lugar, que sólo tocaría con la carne de mi cuerpo, y que me sometía a su voluntad, e inicié el ascenso que me llevaría a un lugar ignoto.

En breve perdí de vista nuestro campamento porque el sendero que seguí durante las seis primeras horas hasta mucho después de mediodía se internaba sinuoso por la montaña como una serpiente. Cada paso me

elevaba un poco más y el camino era angosto y en algunos lugares estaba cubierto de escombros y piedrecillas puntiagudas que me herían repetidas veces los pies. El sendero zigzagueaba cada vez más, elevándose por momentos, fatigándome inexorablemente como el viento pule una piedra. Sin embargo distinguía con toda claridad el camino y me alegraba que así fuese porque comprendía que no se prolongaría eternamente.

Por fin quedó atrás el sendero y me encontré trepando sobre fragmentos de granito, viéndome obligado a asirme a las hendiduras de la roca, a algún matorral que amenazaba con desprenderse al primer tirón o a la lisa superficie de alguna piedra recalentada por el pálido sol, como las paredes del horno de un alfarero. Aquella marcha parecía interminable: sin duda Assur se proponía guardar celosamente sus secretos.

Tras la tercera hora después de mediodía me tendí a descansar a la sombra de un promontorio, sintiéndome demasiado fatigado para proseguir y tratando de recobrar el aliento. Brazos y piernas, e incluso el pecho, me dolían por el esfuerzo realizado. No recordaba haber estado nunca tan cansando y, al parecer, aún me quedaban muchas horas para llegar a la cumbre.

Decidí que jamás la alcanzaría. Estaba tan agotado que seguramente daría un paso en falso y me partiría la cabeza contra las rocas. Y, además, en breve oscurecería: seguir escalando entre sombras era provocar una desgracia.

Podía intentar el regreso, detenerme a pasar la noche si me faltaba la luz y concluir el descenso a la mañana siguiente, pero en ningún momento se me ocurrió hacer algo semejante. Después de llegar tan lejos, hubiese sido absurdo intentar huir de la cólera divina. Para mí no existía otra alternativa que seguir ascendiendo: mi vida o mi muerte dependerían de la voluntad de Assur, puesto que me había sometido a él totalmente.

Al cabo de un rato decidí que había llegado el momento de proseguir el camino y me levanté. Me encontraba ante una estrecha cornisa rocosa que se iba reduciendo hasta desaparecer tras la curva de la ladera y, aunque no parecía una dirección muy prometedora, era la única que se me ofrecía. Me adosé contra la lisa y monótona superficie de la roca de granito e inicié el avance con la mayor precaución.

En cuanto perdí de vista el punto donde había descansado, comprobé que la cornisa se ensanchaba formando un sendero escarpado y ascendente

que no parecía presentar obstáculos y se dirigía abiertamente hacia la cumbre. Después de todo, el dios me había librado de la muerte.

Era un camino muy practicable y que sin duda había sido utilizado con anterioridad. Durante milenios los santos varones de mi raza habían acudido a aquel lugar para ser recibidos en presencia del dios, donde tratarían de descifrar los designios que abrigaba hacia los hombres de Assur.

Aquí y acullá aparecían retazos de escritura garabateados en las rocas, fragmentos de oraciones y, en ocasiones, únicamente el nombre del dios. A veces las palabras se habían borrado.

Me encontraba en aquel lugar movido por un propósito. A la sazón comprendía que no había ido allí siguiendo los impulsos de mi voluntad, sino porque tal era el deseo de aquel en cuyo instrumento me había convertido. Aquel que había creado el cielo y la tierra del cadáver destrozado de Tiamat, que había formado al hombre de barro del río, inspirándole toda pericia, todo conocimiento y sabiduría, era el mismo que me había impulsado a realizar aquel viaje.

Mientras seguía el sendero ascendente, el dios me dio dos muestras de su presencia: fui testigo de dos presagios, uno favorable y otro adverso. Entre el polvo del suelo descubrí un reguero de agua formando la silueta de una serpiente, señal que concuerda con la desgracia. El agua estaba aún fresca en el suelo, como si acabasen de verterla. Y a unos quinientos pasos de distancia sorprendí una bandada de codornices que levantaron el vuelo hacia la izquierda. Ignoro cómo pudo haber sido derramada aquel agua en un lugar donde apenas nunca llueve, ni cómo anidaban allí los pájaros sin que hubiese una brizna de hierba para alimentarlos. Únicamente podía comprender tales hechos como voluntad de Assur, que deseaba hacerme conocer lo malo y lo bueno, uno tras otro sucesivamente.

El sol de Assur enrojecía en la parte occidental del horizonte cuando el sendero concluyó en un pequeño claro que parecía nivelado artificialmente. Me encontraba en la cumbre: ya no podía seguir adelante. Me senté y, arrebujándome en mi capa, observé cómo se cernían sobre mí las sombras.

No puedo explicarme dónde se encuentra esa luz por la que se dice que el dios manifiesta su presencia en aquel lugar y que resulta tan claramente visible desde lo lejos, pareciendo bañar la cumbre con su divino resplandor, oculta entre nubes. Sin embargo, mientras permanecí allí

sentado en la misma cúspide, me encontraba absolutamente solo en la negra noche; el poderoso Assur se ocultaba en su santuario, seguía envuelto en misterio.

Corrían rachas de un fresco viento, pero ni siquiera tenía ánimos para estremecerme. Estaba sumamente agotado, puesto que no había probado bocado durante todo el día y me sentía débil y mareado, pero sólo contaba con mi capa para protegerme del frío, y cuando se alcanza cierto nivel de sufrimiento resulta imposible conciliar el sueño. Pensé que seguramente pasaría la noche en vela y que el dios se me manifestaría de algún modo.

Desenfundé la espada y hundí su punta en el blando suelo a modo de altar en aquel páramo.

Permanecí a la expectativa. El viento había cesado, mas hacía un frío cortante como el hielo que calaba mi capa, mi carne y mis propios huesos. Si brillaban estrellas o había salido la luna, no se mostraron a mis ojos. La oscuridad era tan profunda que aunque hubiese una mano ante mi rostro no habría podido distinguir los dedos. No tenía modo de calcular el paso del tiempo: hasta mi propio cerebro parecía haberse paralizado.

Lo que experimenté seguidamente debió de tratarse de un sueño, pese a que en ningún momento tuve la sensación de quedarme dormido. No llegué a despertarme, las imágenes se desvanecieron dejándome en blanco, como si estuviera vacío, hasta que el primer destello del amanecer trajo consigo el retorno de la vida, pero no pudo ser más que un sueño, porque las cosas que suceden en ese trance nunca nos sorprenden bruscamente y lo que se mostró ante mí aquella negra noche, si hubiese estado despierto para verlo con mis propios ojos, me habría hecho perder la razón. Y, sin embargo, ello no fue menos cierto que si habría sido un sueño y lo que vi no fue otra cosa que lo que tenía que acontecer.

Assur es la misma luz de la vida, el sol que resplandece en todas partes y que ciega al hombre con su gloria. Él cegó al *maxxu* para poder revelarle las cosas que debían suceder, como ciega a otros hombres para que puedan pasar por el mundo sin ver. Si aquella noche le tuve ante mis ojos —y moriré creyendo que así fue—, se me apareció en forma de luz y fuego.

En aquella ocasión fui testigo de muchas cosas que no comprendí. Yo no estaba cegado como el *maxxu* para distinguir las sombras de las cosas y contemplar únicamente la verdad, y cuando regresara de la montaña

seguiría estando cegado por el mundo, creyendo que la verdad era un sueño, y el sueño, verdad.

Vi al gran Tigris, madre de ríos, con sus aguas en ebullición. Desde la orilla opuesta a Nínive, la ciudad desaparecía entre una cortina de llamaradas. Ignoro si aquellas aguas bullentes la consumirían: sólo sabía que se perdía para siempre y que jamás podría volver a cruzar sus puertas.

Y luego, de repente, me encontré en la ciudad, que era una jaula metálica y mi hermano Asarhadón estaba fuera de ella vistiendo uniforme de soldado, con el rostro convulsionado por la ira y golpeando su espada contra mis barrotes. De pronto se abrió la puerta de la jaula y Asarhadón señaló con el arma hacia los páramos infinitos y exclamó: «¡Márchate!», y la jaula en la que me hallaba encerrado desapareció y me encontré solo en el mundo.

Y vi a mi padre Sennaquerib, el gran soberano, adorando la imagen del dios. En su túnica resplandecía el oro, pero era un anciano de cabellos blancos al que habían abandonado las fuerzas. Su gloria se había extinguido y el dios le aplastaba bajo su mano de madera.

Y la mano del dios se convirtió en la mano de Asarhadón, que sostenía la mía y sentí cómo se aflojaban sus dedos a mi contacto.

Y luego todo se desvaneció entre una luz blanca que inundó el universo sin dejar lugar a otra cosa. Así fue cómo terminó el sueño: con una luz cegadora.

Concluyó y volví a encontrarme a solas en la oscuridad. Ignoro cuántas horas estuve aguardando hasta que amaneció: el tiempo parecía haberse detenido eternamente.

Pero por fin despuntó el alba. En breve logré distinguir la silueta de mi espada que seguía hundida en el suelo. Intenté arrancarla, pero fue inútil. Tiré de ella hasta que creí que iba a rompérseme, mas no cedió. Parecía como si hubiese quedado anclada en los cimientos del mundo, de modo que decidí dejarla allí.

Apenas recuerdo el camino de regreso. Me sentía tan extenuado que casi no podía arrastrar los pies y la cabeza me zumbaba como un avispero. Aquellas turbadoras visiones acudían una y otra vez a mi mente como los fantasmas de víctimas que persiguieran a su asesino, pero sin duda el dios protegió mis pasos porque al fin, cuando ya llegaba la noche, me encontré

al pie de la montaña, desde donde distinguí el fuego de nuestro campamento.

—¡Has regresado *rab shaqe*! ¡Sin duda gozas de la bendición del dios!

—Yo no lo creería así —indiqué en tono inexpresivo, mientras me sentaba ante el fuego contemplando sus llamaradas y el *ekalli* Sinduri me cubría los hombros con una manta porque sin duda había olvidado mi capa en la cumbre de la montaña. Estaba tiritando de frío y tenía el cerebro embotado. Cuando por fin logré comprender sus intenciones, tomé la copa de vino que me ofrecía y bebí con avidez.

—Has regresado con vida de un lugar temible y sagrado, *rab shaqe*. Eso en sí ya es una bendición.

—Sí, pero el dios me ha maldecido por mi impotencia. Me ha mostrado el futuro, mas sin darme a conocer su significado: creo haber sido condenado a no reconocer el porvenir hasta que se presente.

OceanofPDF.com

XXI

En ciertos aspectos que me resultaba difícil explicar, aquel encuentro con lo inexplicable me transformó radicalmente, o acaso sería más exacto decir que no me cambió a mí sino al modo en que me reconocía a mí mismo. No podía decir lo que había ganado en la cumbre del monte Epih, por lo menos entonces, pero era bastante evidente lo que había perdido. El dios me había despojado de mi sensación de poder, me había hecho presenciar hechos en los que yo no podía ejercer ningún control, me había hecho comprender que yo no era nada, que mi voluntad no importaba, que sólo era el simple instrumento de un futuro que se resolvería únicamente según su albedrío. Los hombres, pese a la arrogancia que les inspiran sus escasas fuerzas, no tienen ningún poder. No existe otro poder bajo los cielos que el del propio destino, que expresa únicamente la voluntad del poderoso Assur.

Había sido una lección muy intensa para asumirla de una vez. Me sentía agitado y no deseaba seguir acometiendo extrañas aventuras. Obligamos a dar media vuelta a nuestros caballos y nos dirigimos a nuestro hogar, hacia el sol naciente, empleando otros diez días en el retorno a Amat.

Por fin apareció ante nuestros ojos la guarnición tras de la cual, en el otro extremo junto al río, se ocultaba la ciudad. Me complació comprobar que la altura de las murallas había aumentado dos codos en nuestra ausencia. A medida que nos acercábamos, los soldados, sorprendidos en sus quehaceres, abandonaban sus útiles de trabajo y corrían a recibirnos.

—¡Assur es rey! ¡Assur es rey! —proferían muchas gargantas y a mi paso los hombres trataban de tocarme.

Incluso Kefalos, gordo como una cerda preñada, acudió corriendo junto al camino agitando los brazos en el aire y gritando como un caravanero.

—¡Vaya! —exclamó jadeante, palmeando la cruz de mi montura mientras caminaba a mi lado—. ¿De modo que después de todo no has dejado la piel en aquel desierto? ¿Has visto cuánto ha crecido la muralla? Los soldados del campamento aún trabajan más de prisa desde que regresaste porque te has ganado su voluntad.

Observé su rostro radiante y abotargado y sentí una oleada de alegría y gratitud porque los dioses me hubiesen concedido juventud, vida y el leal afecto de aquel extranjero ladrón. Estuve a punto de proclamarlo así, pero me contuve a tiempo estallando en ruidosas carcajadas.

—Cena conmigo esta noche y me pondrás al corriente de cuanto ha sucedido, Kefalos.

—No, señor —repuso moviendo negativamente la cabeza—. Permite que te invite yo, porque tu cocinero es un soldado que sólo saber guisar carne de cabra adobada con su propia y pestilente grasa. Sin embargo yo te serviré algunos de tus exquisitos vinos que me he permitido escoger de tu bodega.

Ante nosotros aparecía un despliegue de bandejas de frutas, algarrobas almibaradas, carne de cordero sazonada y un extraño y fragante mijo. El vino era escanciado en copas de oro por una linda esclava llamada Sahish. Vivir en las fronteras del imperio había intensificado la afición al lujo de mi servidor.

—¿Qué tal fue tu viaje, señor? —preguntó en un tono cortés que evidenciaba claramente cuan necio me consideraba por perder el tiempo en expediciones inútiles—. Supongo que habrás advertido que durante tu ausencia he conseguido duplicar la altura de los muros de la fortaleza.

Hinchó el pecho al tiempo que pasaba la mano por el hombro de la muchacha hasta apoyar el pulgar en su seno. Ésta, como si se tratara de una especie de señal, volvió a llenarle la copa hasta el borde.

—¿Tan alta, Kefalos? —pregunté esforzándome por contener la risa —. E imagino que con tus propias manos, sin ayuda de nadie.

Se encogió de hombros, como si su dignidad estuviera a salvo de cualquier chanza.

—En breve será así, señor, porque, como sabes, los obreros prestados deberán volver a sus campos y la construcción se retrasará entonces hasta

el final del tiempo cálido.

—Así es. Una gran ciudad no es obra de un solo invierno, y aquí nos encontraremos los dos para impulsar esta tarea en el transcurso de los próximos años.

Kefalos guardó silencio largo rato, al parecer no muy complacido ante semejante perspectiva.

—Durante tu ausencia has recibido algunas cartas —me dijo finalmente. Y en voz baja, recostándose contra los cojines que rodeaban su asiento, añadió—: una de ellas procede de Nínive y lleva el sello real y, la otra, es de Kalah. Ambas llegaron hace cinco días, con escasas horas de diferencia.

—Y supongo que no tendrás idea acerca de su contenido —repuse preguntándome por qué se sorprendería de que yo recibiese cartas del rey.

—¡Vamos, señor…! —Kefalos se removió incómodo en su asiento—. ¿Cómo iba a permitirme curiosear tu correspondencia privada? Y, además, sabes bien que tan sólo distingo escasos símbolos de la escritura cuneiforme.

—Kefalos…

—¿Señor? —sonrió tímidamente comprendiendo que al final le arrancaría la verdad. Ambos sabíamos perfectamente que sobornaba a mis escribas y que éstos le servían como si dependieran de él.

—¡Habla, Kefalos! ¿Qué noticias hay de Kalah?

—Nada, señor. Únicamente que este verano el señor Asarhadón se propone hacer una visita de inspección a la guarnición.

—¿De inspección? —repetí sin apenas dar crédito a mis oídos—. ¿Ha utilizado esa palabra dirigiéndose a mí?

—Sí, señor. Así es.

—¿Y qué más?

—Desea anunciarte el inminente nacimiento de su hijo. Dice que los adivinos están convencidos de que la señora Asharhamat dará a luz antes de los diez últimos días del mes de Iyyar.

Comprendí que ambos pensábamos lo mismo. El decimosexto día del mes de Ab me había encontrado por última vez con Asharhamat, y Kefalos sabía llevar las cuentas como nadie.

Irritado ante semejante certeza, contempló su copa vacía con desagrado.

—¡Sahish, perezosa criatura! —gritó en acadio—. ¿Permitirás que tu amo y su invitado mueran de sed? ¡Cumple con tu deber, muchacha, o te encontrarás barriendo las habitaciones de algún burdel!

En su carta, el rey no mencionaba a Asharhamat. Si su hijo y heredero estaba a punto de verse bendecido con el nacimiento de un sucesor, mi padre no consideraba oportuno mencionarlo. Acaso tal perspectiva no fuese de su agrado, puesto que se refería principalmente a los abusos de Asarhadón.

El Pollino *ha estado en el sur adorando a los dioses sumerios y haciendo acopio de adivinos…, aunque debemos admitir que los grandes hombres tienen derecho a divertirse a su modo. Me veo acosado constantemente con observaciones acerca de la reconstrucción de Babilonia para evitar que se agote la paciencia de los dioses y pienso que tal vez sea necesario mostrar algún intento en ese sentido antes de que nuestra división se convierta en foco de discordia. El* Pollino *no es popular, por lo que debo despejarle cuidadosamente el camino hasta el trono.*

Ahora se propone dar una vuelta por el norte y sin duda cree que te abrumará con su recién adquirido esplendor. Como le quieres más que yo, espero disfrutes con su visita. Desde luego no le causará ningún daño separarse de su madre durante algunos meses. Desde que he envejecido y he perdido el placer por sus hermosas carnes, comprendo claramente el error que cometí cubriéndola con el velo y llamándola «esposa», pero los dioses castigan a los ancianos abriéndoles los ojos a sus locuras cuando ya son irremediables.

Los fantasmas revolotean sobre mi cabeza y deprimen mi espíritu. ¡Hijo mío!, ¿habrá sido todo inútil?…

Pero aunque mi padre sólo percibía el batir de alas de la muerte a su alrededor, el mundo despertaba al nuevo año. Cada día el sol brillaba un poco más derritiendo las últimas nieves del invierno. El Zab Superior, con

sus aguas cargadas de cieno, estaba a punto de desbordarse: la vida había dejado de sentirse como una aflicción.

Puesto que los nuevos cuarteles casi estaban concluidos, envié a un grupo de oficiales al sur en busca de los refuerzos que emprenderían la marcha hacia Amat en cuanto concluyesen las inundaciones. A su regreso tenían orden de detenerse en «Los tres leones» y recoger a mi madre y algunas de sus damas. La primera fase de mi vida en aquel lugar había concluido y ansiaba enormemente llevar una existencia lo más estable posible para un soldado. Aguardaba la llegada de Merope y la estación propicia para emprender las campañas militares que comenzarían con el verano.

La noche de mi regreso fue la última que pasé en mis habitaciones del antiguo cuartel general de la guarnición porque, a la mañana siguiente, iniciamos el traslado al nuevo palacio. Las oficinas y los salones destinados al público aún no estaban concluidos, pero el ala que me había sido destinada, donde viviría no como *shaknu* sino mi existencia privada, estaba dispuesta para recibirme.

Los aposentos de mi madre aún olían a yeso fresco y había ordenado que los pavimentos de madera fuesen tratados con arena y pulidos con cera para que todo estuviese dispuesto para acogerla. Naiba trabajaba de sol a sol para ordenar su nuevo hogar, llena de ansiedad y preocupándose de que todo estuviera dispuesto para recibir a la gran dama Merope, como ella la llamaba. Después de todo Naiba era poco más que una chiquilla y yo no lograba convencerla de que no tenía nada que temer, porque la gran dama era una bondadosa e inofensiva criatura que también había sido esclava en casa de un señor.

Naiba, como mi madre y yo mismo, era una extraña en aquel lugar. Ambos formábamos una singular pareja. No podía menos que preguntarme qué pensaría Merope cuando llegase..

Pero en primavera obtendría la respuesta a esa y a muchas otras preguntas. No teníamos otra cosa que hacer que esperar a que el río, tras distribuir sus dones, volviera a su cauce y que los campesinos uncieran de nuevo los bueyes al arado. Mis soldados, nerviosos y presos de tedio, hablaban de campañas y saqueo, y los escuadrones de combate de Assur nuevamente formaban filas en el patio de armas de Amat. Había llegado el momento de acometer nuevas empresas; la hora en que una vez más todo parecía posible.

El primer día de Iyyar algunos observadores anunciaron haber visto a menos de tres días de marcha de la ciudad carros, caballerías y columnas de infantes, por lo que di orden de que se preparasen a recibir las doce compañías de refuerzos que el rey me había prometido.

Pero antes de que llegasen, cuando me adelanté a contar sus efectivos a distancia, comprobé que sólo eran ocho, cinco de a pie y tres a caballo. Los despachos que llevaban no contenían explicaciones, de modo que debí conformarme con lo que recibía.

Aun así realizaron una espléndida exhibición cuando llegaron ante las puertas de la fortaleza a presentar sus estandartes. Una hora antes de que el primer centinela anunciase desde lo alto de la muralla que distinguía el polvo que levantaba la expedición al viento, llegó a nuestros oídos el retumbar de sus tambores de guerra.

Los ciudadanos se alinearon en las calles para vitorearlos, y yo, montado a caballo con casi toda la guarnición dispuesta para el desfile, los aguardé para darles la bienvenida en la entrada. El sonido de los tambores se hizo más atronador y me vi obligado a sujetar con energía las riendas de mi caballo, que se agitaba nervioso ante aquel despliegue sonoro. El corazón me latía fuertemente en el pecho con orgullo militar porque el ejército del dios constituía un espléndido espectáculo.

Pocos minutos después de mediodía el comandante de las fuerzas, que lucía el uniforme de *rab abru*, se adelantó desde la columna de mando y acudió a mi encuentro a medio galope para cumplir con el protocolo de presentarme sus saludos e informarme del número y disposición de las compañías. Cabalgaba en un magnífico corcel negro, perfectamente consciente del glorioso espectáculo que ambos ofrecían. Cuando llegó a mi lado reconocí que se trataba de Arad Malik, mi real hermano, al que no había visto desde nuestro encuentro bajo las murallas de Babilonia.

El joven obligó a detenerse bruscamente a su caballo, saludó y me tendió su bastón de mando. No pude menos que advertir su astuta sonrisa cuando lo recogí y se cruzaron nuestras miradas.

—Transmito saludos del rey al señor *shaknu*, príncipe real, el poderoso Tiglath Assur, azote del Dios —dijo repitiendo su saludo—. Y si me lo permites, también el mío.

—Gracias, príncipe real —repuse, preguntándome quién podía haberle enseñado semejante discurso—. Sé bienvenido, pues he aprendido a cerrar

los ojos al pasado.

Me sonrió significativamente, dándome a entender que comprendía la intención de mis palabras y juntos cabalgamos en dirección a las tropas.

—La señora Merope y sus damas viajan en un carromato tras la primera columna para evitar en lo posible el polvo del camino.

Le respondí con una inclinación de cabeza, no deseando exteriorizar excesivamente mi reconocimiento porque ignoraba las razones de la presencia de Arad Malik y no deseaba comprometerme.

Las tropas desfilaron ante mí y recibí y devolví su saludo. Por un instante distinguí el rostro de mi madre tras las cortinas de su carro. Me sonrió y me saludó con la mano de un modo algo indeciso, como si se sintiera insegura. No podía corresponderle de igual modo, por lo que me limité a devolverle su sonrisa y pensé que le bastaría.

—La mayoría de ellos aún son bisoños —observó Arad Malik de pronto. Al punto me quedé sorprendido, pero luego comprendí que había de referirse a los refuerzos que traía—, pero parecen de buena madera. ¿Te propones emprender alguna campaña próximamente?

—Sí…, a menos que los medas vengan a rendirme acatamiento.

Se echó a reír celebrando mi chanza demasiado ruidosamente y a continuación permanecimos en silencio viendo desfilar las columnas de soldados. Durante todo aquel tiempo no dejé de advertir que me observaba de reojo, pero procuré esquivar su mirada. ¿A qué se debería que tras detestarnos toda la vida de repente deseara congraciarse conmigo? ¿Y dónde habría aprendido él, que incluso comparado con los soldados podía considerarse un patán, aquellas nuevas artes de agradar? Supuse que las circunstancias y el tiempo despejarían tales interrogantes.

Cuando hubieron concluido las formalidades y las ocho nuevas compañías fueron autorizadas a retirarse a los cuarteles acudí a recoger a mi madre a su carruaje y la conduje a su nuevo palacio silenciosamente, seguidos por sus damas de compañía.

Habían transcurrido tres estaciones de aquel año sin verla. Me pareció algo envejecida, aunque quizá sólo se debiera al cansancio del viaje. Caminaba cogiéndose fuertemente de mi brazo como si temiera caerse.

—Espero que este lugar no te resulte demasiado desagradable —le dije, esforzándome por sonreírle, mientras ella me miraba con ojos húmedos y expresión inquieta, como solía hacerlo cuando era niño, cuando

no confiaba que tanta felicidad pudiera ser duradera—. Los inviernos son fríos, pero el calor no es agobiante en verano. He descubierto que este clima me sienta bien.

Ella no respondió, sonrió y desvió la mirada, asiéndose con más fuerza de mi brazo.

—¿Has comido, Merope?

Movió negativamente la cabeza.

—No he probado bocado desde ayer por la mañana, hijo mío… Me era imposible. Ya sé que es absurdo, pero…

—Entonces vamos a comer ahora. Así estaremos juntos porque esta noche debo asistir a un banquete que se celebra en honor de los oficiales, y estas reuniones suelen prolongarse hasta mucho después de haberse retirado las personas decentes. De todos modos podemos pasar algunas horas juntos.

—¿Está contento, Lathikadas? ¿Te sientes en paz?

—¿Quién puede sentirse en paz en este mundo? —repuse con una risita nerviosa—. He aprendido a soportarme, que no es poco, y mi trabajo me absorbe. No me siento desdichado: ahora que estás aquí, todo será mejor.

—¿Todavía te acuerdas de ella?

No sentía deseos de contestar directamente a aquella pregunta. Me encogí de hombros y volví a sonreírle.

—Vivo con una mujer… Me la cedió Kefalos, que entiende de esas cosas. Te la presentaré cuando comamos: espero que te guste.

—Si te complace, también me complacerá a mí.

Subimos la escalera, cruzamos el pórtico y los guardianes nos abrieron la puerta. Mi madre miró en torno unos momentos al parecer maravillada.

—Es un auténtico palacio —manifestó por fin—. Digno de un rey.

—Aquí soy un rey, Merope, por lo menos represento al soberano y debo rodearme de cierta dignidad. Pero te prometo no encerrarte en el gineceo.

Merope rió suavemente y por primera vez pareció sentirse dichosa. Realmente era un buen inicio.

En los muros del salón donde se celebraba el banquete no aparecían bajorrelieves en los que se inmortalizasen mis victorias bélicas ni mis proezas cinegéticas. Aunque Kefalos solía lamentarse de semejante omisión, pues consideraba que en nada favorecía mi majestad de *shaknu*, mis antiguos y nuevos oficiales que asistían al banquete eje bienvenida no echaron nada de menos que contribuyese a su placer y comodidad. Mi buen servidor, siempre atento a la importancia de guardar las apariencias, había tenido especial cuidado en la preparación de los alimentos y en la organización de los festejos. Durante tres días su cocinera y un vasto ejército de auxiliares se habían afanado preparando exquisiteces dignas de satisfacer cumplidamente a mis invitados y, por añadidura, cuando paseé la vista por la sala, me sorprendió descubrir tantas cortesanas atractivas como jamás hubiese imaginado que existiesen en Amat. Y lo mismo había sucedido con los músicos: desde mi llegada no había oído siquiera el sonido de una simple flauta, pero Kefalos incluso había encontrado músicos que amenizasen la velada.

—He tenido que comprar hasta la última gota de vino decente que pude encontrar en este infecto lugar —me contó nervioso, asiéndome de la manga cuando me disponía a sentarme—. Espero que sea suficiente, señor, porque, si no, dentro de una o dos horas, cuando todos estén bastante ebrios, comenzaré a sustituirlo por alguna calidad inferior.

—No debes preocuparte, amigo mío: los soldados sólo beben para alegrarse y sentirse felices y únicamente exigen que el vino tenga bastante graduación.

En realidad, a juzgar por las ruidosas aclamaciones con que los presentes acogieron mi llegada, en aquellos momentos ya estaban demasiado embriagados para captar semejantes sutilezas.

Cuando también yo comenzaba a sentirme algo alegre, advertí que entre mis invitados se encontraba uno que no era militar y que jamás llegaría a serlo. Sentado junto a un ángulo del cuadrado formado por las mesas, se hallaba mi real hermano, el escriba Nabusharusur, al parecer sobrio y desdeñado por cuantos le rodeaban. Apenas había cambiado desde la última vez que nos vimos, la víspera de mi primera campaña, cuando ambos éramos aún unos muchachos.

En el lugar en que se encontraba me habría pasado por alto si no hubiese sido porque una de las rameras, con el despecho propio de las mujeres hacia aquellos que son inmunes a sus encantos, se dedicaba a

importunarle, atrayendo la atención de sus compañeras sobre su fino rostro de eunuco e intentando sentarse en sus rodillas. Como si ya estuviese acostumbrado a ese género de bufonadas, Nabusharusur se limitaba a rechazarla mirando torvamente al vacío.

Hice señas para que se acercase uno de los guardianes.

—Echa a esa ramera de aquí —le ordené—, pero antes sacúdele las nalgas con la parte plana de tu espada para que aprenda a no molestar a mis invitados. Procura que le quede el trasero bien blando para que no pueda sentarse en las rodillas de nadie durante quince días.

—Se hará como lo deseas, *rab shaqe* —repuso sonriéndome. Al parecer la orden había sido de su agrado.

—Y pregúntale al príncipe mi hermano, el docto escriba, si desea venir a mi lado.

Cuando Nabusharusur se acercó a mi mesa me levanté y le tendí la mano y los oficiales que me rodeaban le hicieron sitio para que pudiera sentarse.

—Esta tarde no te vi durante el desfile de la tropa —comenté por decir algo, pues su silenciosa y triste figura no propiciaba la conversación.

—Como no monto muy bien a caballo, he viajado con las doncellas de tu madre.

Sonreía levemente como si reconociera una incapacidad evidente. De aquel modo me sugería que no agradecía mi intervención, que aunque de mala gana se había conformado con su destino y que hubiese preferido que reservase mis generosos impulsos para otras personas. En cierto modo su actitud inspiraba bastante respeto.

—Veo que te sorprende mi presencia en este lugar —prosiguió sin perder su triste sonrisa—, y tal vez desees saber por qué he emprendido tan largo viaje. He sido designado escriba de tu hermano Arad Malik.

—Nunca habría imaginado que lo necesitase —repuse recordando los lucidos discursos que había pronunciado aquella misma tarde.

—Sí —repuso, intensificando su sonrisa como si reconociese lo acertado de mi observación—, es un cretino, pero bastante inteligente para comprender que debe depender de mí. Me parece útil.

—¿Para qué? ¿Para empuñar una espada por ti?

—Como apoyo contra Asarhadón. —Encogió sus estrechos y femeniles hombros, consciente de lo arriesgado de sus palabras y al parecer

indiferente a ello—. Es príncipe, soldado y un hombre. La gente le respeta por todo ello y las palabras que pongo en su boca son escuchadas con atención.

—Jugar a traiciones puede ser peligroso. Asarhadón no olvida los desaires que recibe y algún día reinará.

—¿Estás seguro de que llegará a ser rey? ¿Quién puede saberlo? En estos casos sólo cuenta la voluntad del dios.

—El dios ya ha dado a conocer sus deseos.

Nabusharusur volvió a encogerse de hombros, dándome la impresión de que no le afectaba tanto la opinión de los dioses como sugería.

Como no era un tema en el que me interesase profundizar, también yo guardé silencio, concentrando mi atención en el espectáculo que se representaba en el espacio limitado por nuestras mesas, donde una de las prostitutas, desnuda y con el cuerpo brillante de aceites, danzaba como una posesa, agitando rítmicamente sus senos a los enloquecidos redobles del tambor y gimiendo en un arrebato que parecía desbordar el éxtasis de la lujuria.

—No comprendo que este espectáculo pueda divertir siquiera al que no ha sido víctima del cuchillo castrador —murmuró Nabusharusur como si estuviera monologando—. Esta mujer que gustosamente se vendería a cualquiera por medio siclo de plata se convierte por unos momentos en foco de la atención general. Es extraño este poder de la carne, resulta incomprensible para un pobre eunuco como yo.

—Pero imagino que comprendes perfectamente otras clases de poder que más proceden de la mente que de los instintos.

Pensé que quizá había hablado más de la cuenta. Nuestras miradas se encontraron y Nabusharusur sonrió.

—Es agradable saber que todos los hijos del señor Sennaquerib no son unos necios. Volveremos a hablar de esto, Tiglath Assur.

Y así lo hicimos en más de una ocasión durante los diez días que mis reales hermanos permanecieron en Amat invitados por la guarnición. Nabusharusur, pese a sus delgados brazos y suave rostro, era de ingenio tan vivo como cuando asistíamos a las clases de Bag Teshub, cualidad a la que se sumaba el frío cinismo que había adquirido en el transcurso de los años, característico de aquel para quien la vida no ofrece promesas. Un pedazo de bruto como Arad Malik podía desplegar gran valor en un campo de

batalla. Desde el punto de vista militar era un excelente soldado, pero en tales ocasiones el valor más bien demuestra una gran falta de imaginación. Nabusharusur era un caso totalmente distinto. Discernía la realidad con fría claridad, no temía nada porque nada le importaba. El *marsarru* le ignoraba, pero en el escriba tenía un enemigo mucho más peligroso que en el propio Arad Malik.

Mas era este último quien atizaba constantemente el resentimiento contra Asarhadón entre mis oficiales. Cuando llegaron a mis oídos semejantes rumores, hice acudir a mi presencia al escriba en lugar del *rab abru*.

Era un día caluroso. La conversación tuvo lugar bajo el emparrado de mi jardín: no quería que nadie pudiera oír nuestras palabras.

—Esta situación tiene que acabar —le espeté—. Espero la visita de Asarhadón dentro de tres meses y él sabe hacerse popular entre los soldados. Arad Malik se está ganando su condena a muerte.

—¿Lo crees realmente así? Mientras el rey viva puede considerarse a salvo, porque a él no le importa lo que pueda decirse de su sucesor y, por otra parte, considero que valoras en exceso las dotes personales del *marsarru*. Por añadidura, si Asarhadón llega a ser rey durante el próximo reinado, Arad Malik sabe muy bien que su vida no valdrá la más ínfima moneda.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque se lo he dicho yo. Y además se halla bastante familiarizado con el violento carácter de tu hermano para creerme.

—¿Y qué será de ti? —pregunté, aunque sospechaba que ya conocía la respuesta—. ¿Por qué has establecido semejante alianza con él? ¿Qué puede importarte quién suceda al señor Sennaquerib?

—Es cierto…, siempre que no sea Asarhadón. Dime, hermano: ¿te bastaría creer que se trata simplemente de rencor?

Nabusharusur me miraba con expresión inquisitiva y algo desdeñosa, como si comprendiese mi falta de agudeza intelectual.

—¿Sabes lo que se murmura por Nínive, Tiglath Assur? —me preguntó finalmente—. ¿No han llegado a tus oídos rumores acerca de que el *baru* Rimani Assur se suicidó presa de remordimientos por haber traicionado a Shamash, Señor de la Decisión, designando a Asarhadón como sucesor? ¿Crees sinceramente que el dios hubiera preferido a ese

asno que sólo sirve para luchar brutalmente en el campo de batalla antes que a ti?

En un extremo del jardín había un árbol cuyas ramas se disputaban varios mirlos que desde hacía días revoloteaban por el cielo en número cada vez más creciente. Las aves agitaban inquietas las alas entre la copa desnuda del árbol y sus graznidos amenazadores e inarmónicos tal vez fuesen audibles dentro de palacio. Aunque no era supersticioso, sentí deseos de provocar la desbandada de aquellos pájaros arrojándoles una piedra.

—¿Por qué iba a hacer Rimani Assur algo semejante? —pregunté instintivamente, sin saber con exactitud qué me proponía—. ¿Qué ganaría con ello? Me consta que los sacerdotes deseaban que fuese proclamado Asarhadón. Pero ¿qué tenía que temer el *beru* mientras contase con la protección del rey?

—Hay cosas de las que ni el propio rey podía protegerle —repuso suavemente Nabusharusur, casi en un murmullo—. Era la propia ira del soberano la que temía, o por lo menos eso dicen, porque Rimani Assur había sucumbido a su debilidad, o si lo prefieres a sus apetitos, y se había alimentado en la misma mesa del rey.

—¿Un apetito? ¿Qué clase de apetito?

—Uno del que yo no puedo participar. Y que, si debemos dar crédito a lo que se dice por ahí, también tú has saciado.

OceanofPDF.com

XXII

No intenté comprender el significado de las palabras de Nabusharusur ni deseaba entenderlas. Aunque lo que había dicho fuese cierto, me era imposible reparar los yerros del pasado. Asarhadón había sido aceptado como *marsarru* y Asharhamat era su esposa. A Nabusharusur no le asustaba la perspectiva de una guerra civil, pero a mí sí. Enfrentarse a las pretensiones de mi hermano representaría inundar de sangre el país de Assur. ¿Y quién podía segurar que cuando todo hubiese concluido el vencedor no se habría convertido en presa fácil para las naciones que merodeaban en nuestras fronteras como chacales en torno a un león herido?

Pero no podía alejar mis recuerdos. No lograba olvidar la expresión de Rimani Assur cuando observaba el cuerpo desnudo de Shaditu mientras ella realizaba los sacrificios en la ceremonia del Akitu, ni las palabras que me dirigió mi hermana la última noche que nos vimos en Nínive: «Tiglath Assur, favorito de los dioses, verdadero rey. ¿Creías que iba a permitir que esa lagarta se quedase contigo?» ¿Cómo había podido ser tan necio?

Shaditu había seducido al *baru* y seguidamente debió de amenazarle: «Se lo diré al rey —le diría—. Es viejo y me quiere ciegamente. Le diré que me has violado y te condenará a morir de tal modo que nadie te envidiará.» Y Rimani Assur, temiendo la ira del monarca, había mentido a favor de mi hermano Asarhadón cuando dio a conocer la decisión divina.

Era tan increíble impiedad semejante que no me atrevía a dar crédito a tal posibilidad. ¿Cómo creer que un hombre como Rimani Assur hubiese traicionado de tal modo al dios que había servido durante toda su vida? ¿Por qué? ¿Simplemente por librarse de la muerte? Semejante acción era peor que la propia agonía y, de todos modos, al final se había suicidado. Apenas podía creerlo. Y, sin embargo, así tuvo que haber sido. Me resistía a admitirlo.

Me costaba menos atribuir a mi hermana Shaditu un crimen tan impío. Tampoco tenía que esforzarme mucho por encontrar el móvil. ¿Acaso no me lo había confiado ella misma? «¿Creías que iba a permitir que esa lagarta se quedase contigo?» Si la mujer que yo amaba se hallaba a salvo en el gineceo de Asarhadón, ¿por qué no recurrir a mi amante hermana? ¿Acaso no era precisamente lo que había hecho? Ni siquiera me sentía halagado porque ella se hubiese arriesgado tanto por mí porque para Shaditu seguramente todo aquello no debía de haber sido más que un juego, la clase de juego a que sin duda debía dedicarse desde que había sido bastante mayor para descubrir su poder. Los hombres son como arcilla en manos de las mujeres inteligentes.

Pero ¿qué habría visto Rimani Assur en las entrañas de la cabra para haber sentido tales remordimientos? Quizá tan sólo que Asarhadón no era el elegido del dios. Acaso sólo fuese eso. No me parecía probable llegar a descubrirlo.

¿O quizá el *baru* se había quitado la vida por cualquier otra razón, algo que no se le había ocurrido a nadie? En realidad, no me importaba, puesto que ello no alteraría mi situación. Asharhamat era la esposa de mi hermano y estaba destinada a ser madre de una estirpe de reyes que gobernarían el país hasta que los dioses se convirtieran en polvo, y yo no podría reinar sin llevar al país a la ruina.

¿Sería mío el hijo que llevaba en sus entrañas? Tal vez fuese aquélla la jugada definitiva del temible Assur, que yo, que no podía reinar, fuese padre de reyes. Todo aquello era un tremendo embrollo y pensar en ello me producía dolor de cabeza.

Cuando al cabo de diez días mis reales hermanos regresaron a Nínive, no me sentí apenado. Desde lo alto de la semiconstruida fortaleza estuve observando cómo se perdían a lo lejos con su escolta entre una nube de polvo, confiando que ninguno de ellos regresara para volver a atormentarme, pues me sentía cansado de sus maquinaciones. Cuando llegase el momento, tendrían que rebelarse sin contar conmigo.

—Recuerdo cuando eran pequeños —dijo mi madre.

—Ya no lo son. Cuando el rey muera, nos llevarán de cabeza.

—¿Qué quieren de ti, hijo mío?

—¿Qué quieren? —Me encogí de hombros y me eché a reír, aunque la broma me parecía de mal gusto—. ¿Qué pueden querer las personas como

Nabusharusur? Difundir el veneno como si fuese néctar. Conseguir que el mundo sea tan estéril como sus propios corazones. Nabusharusur odia a Asarhadón porque en una ocasión fue tan necio que se rió de él y me odia a mí porque éramos amigos en nuestra infancia. Pero más que a nadie se odia a sí mismo, por lo que el cuchillo castrador y la repugnancia que siente hacia sí mismo han hecho de él. En cuanto a Arad Malik sólo puedo decir que no es más que el receptáculo en el que Nabusharusur vierte su bilis…, únicamente tiene cabida para ello.

Mi madre se abstuvo de responderme porque era inteligente y comprendía que por mi boca se expresaba tanto mi ira como la ajena.

Pero cuando consideré las desdichas que se avecinaban y mi impotencia para enfrentarme a ellas, sentí que se ensombrecía mi mente y decidí conformarme con vivir el presente. Contaba con el amor de Merope, la amistad de Kefalos y los complacientes abrazos de Naiba. Disfrutaba de mucha más felicidad que la mayoría de personas sin que ninguna sombra empañara mi dicha, porque mi madre y mi concubina convivían en perfecta armonía.

A decir verdad, más que armonía, porque Merope, que sabía muy bien lo que representa vivir en esclavitud entre extranjeros, había cobrado gran afecto a mi esclava y llegaron a convertirse en algo parecido a madre e hija. Naiba siempre se dirigía a ella como si fuese el ama de la casa, pero nunca llegué a descubrir cuál de ellas en realidad llevaba mi hogar, porque parecían tomar toda decisión, incluso las que convenían a la preparación de mi almuerzo, tras largas deliberaciones. Constantemente las encontraba juntas cuchicheando con aire conspiratorio sobre los escandalosos precios a que iba el cordero en el mercado. Mis servidores, que en su mayoría también tenían familia, comprendían perfectamente esta actitud, y lo que decía una de ellas se interpretaba como decisión de ambas. Si mi madre tenía algún motivo de queja o deseaba pedirme algún favor, podía estar seguro de que sería primero Naiba quien me lo formularía en cuanto acabase de acostarme, y Merope abogaba por ella de igual modo. Por entonces ya sabía bastante de la vida para comprender que tal era el habitual comportamiento de las mujeres, y que así establecen sus alianzas para llegar a dominar a los hombres.

De ese modo se desarrollaba la vida sin complicaciones, haciéndome casi olvidar que existía un mundo distinto a Amat, hasta que se acercó el mes de Tammuz y con él la visita de mi hermano Asarhadón.

Cuando las aguas de los ríos volvieron a sus cauces, la primavera fue insólitamente cálida y seca. La tierra, castigada duramente por el implacable sol de Assur, se resquebrajaba y desmenuzaba, y vientos abrasadores levantaban grandes remolinos de polvo que cegaban a hombres y bestias y desecaban los pozos. Las cosechas se agostaban en los campos. Fue una estación dura.

Con semejante tiempo los hombres están tensos como las cuerdas de un arco: el calor es excesivo para trabajar y las únicas evasiones son la bebida y las pendencias. Perdí la cuenta del número de soldados que tuvieron que ser azotados para mantener una apariencia de orden. ¡Y aquél fue el momento escogido por el *marsarru* para realizar su «inspección»!

Tuve noticias de su llegada con muchos días de antelación. El señor Asarhadón viajaba acompañado de una escolta de doscientos soldados que para mayor comodidad seguían el curso del río. Mis observadores encontraron a sus heraldos en las proximidades del punto en que el Gran Zab forma una amplia curva, como un codo humano, en la que cambia su curso de este a oeste, y regresaron a toda prisa para describirme la pompa de que se rodeaba la escolta de mi hermano. Ordené que diez hombres escogidos estuviesen dispuestos a primera hora y a la mañana siguiente partí al frente del pequeño grupo para recibir a tan honorable visitante.

Un gran príncipe que desea acompañarse de majestad avanza lentamente, por lo que tuvimos que acampar tres noches hasta que desde la cumbre de una colina logramos distinguir la caravana de los viajeros que se extendía interminablemente por el camino paralelo al río como un ejército de hormigas sobre alquitrán fresco.

Asarhadón ya no montaba a caballo corno en los viejos tiempos, sino que viajaba en carroza, lo que convenía más a la dignidad de un *marsarru* en sus desplazamientos. Si hubiese marchado a la guerra, no dudo que habría sido muy distinto, pero se trataba de una visita oficial que realizaba a provincias. Pese a la distancia que nos separaba, podía distinguirle, o más bien al dosel que habían levantado para protegerle del sol. Me adelanté hasta el frente de la caravana que se había detenido al vernos. Seguidamente desmonté y, tras despojarme de mis armas, me introduje entre sus filas. Cuando llegué junto a mi hermano apoyé la mano en la rueda de su carro y me arrodillé en el polvo inclinando la cabeza como si

me encontrase ante el rey. Seguidamente levanté los ojos hacia él y descubrí que estaba sonriendo.

Presentaba un magnífico aspecto con su túnica recamada en oro y plata, su barba perfumada y cubriéndose la cabeza con un turbante en el que resplandecían las joyas. Pero seguía siendo Asarhadón. Profirió una ruidosa carcajada y, cogiéndome del brazo, me izó a su carroza como si fuese un leño. A continuación despidió al cochero de una patada que le derribó en el polvo.

—¡Vamos!… ¡Conduce tú! —ordenó, echándome las riendas en las manos, pero reservándose el látigo.

Y, de pronto, los caballos emprendieron una frenética carrera y soldados y cortesanos nos abrieron paso precipitadamente para evitar ser mortalmente atropellados, mientras Asarhadón no dejaba de reírse viéndolos correr y fustigando continuamente a los caballos.

Fue una carrera desenfrenada, avanzando locamente por el camino. Las ruedas rebotaban sobre las piedras, amenazando a cada momento con romper los ejes y precipitarnos a una muerte segura. En su enloquecedora huida los caballos resoplaban como endemoniados, levantando una nube de polvo que debía de resultar visible a varios *beru* de distancia.

—Hemos llegado al lugar apropiado —exclamó finalmente tratando de hacerse oír entre el estrépito de los cascos y los crujidos del carruaje—. ¡Detente aquí!

Cuando por fin conseguí inmovilizar los corceles, Asarhadón saltó del carruaje y emprendió una veloz carrera hacia el río, despojándose de sus lujosas ropas por el camino. Por último se desprendió incluso de su taparrabo y se echó a las aguas, desapareciendo largo rato bajo la superficie, hasta que finalmente reapareció y permaneció tendido de espaldas con las manos cruzadas tras la cabeza, al parecer sumamente complacido consigo mismo mientras agitaba los pies contra la corriente.

Me zambullí tras él y al cabo de unos momentos nos salpicábamos mutuamente el agua cargada de cieno, riendo como chiquillos.

—¡Por los sesenta grandes dioses! —exclamó cuando hubimos salido y nos sentamos en la playa, secándonos de espaldas al sol—. Te voy a explicar las desventajas que tiene verse encumbrado en la gloria, Tiglath, hermano. Todo el oro y la plata que adornan tu túnica te hacen sentirte como si te encontraras dentro de un horno. Creí que iba a morir abrasado.

¡Oh, alabado sea Assur!… ¡Cuánto celebro verme libre de ese artefacto por unos momentos!

Se tendió unos instantes de espaldas sobre la piedra, de la orilla y cerró los ojos sonriendo satisfecho.

—¡Bien venido al norte, oh augusto príncipe! —le deseé con voz solemne y al instante estallamos en sonoras e incontenibles carcajadas.

Aquella noche, tras despedir a los escribas y oficiales de su estado mayor, nos emborrachamos juntos en su tienda y, para edificación de las cinco concubinas favoritas que acompañaban a mi hermano desde Kalah, cantamos todas cuantas canciones obscenas pudimos recordar de nuestros tiempos en la Casa de la Guerra.

Pasamos unas horas magníficas, gozosos de encontrarnos nuevamente juntos: nuestra mutua compañía nos embriagaba más que el propio vino.

Aquélla sería la última ocasión que disfrutaríamos durante muchos años porque, al amanecer, Asarhadón ya estaba sobrio y receloso y había recordado de nuevo que era el *marsarru* y que, como tal, no podía amar ni confiar en nadie, y menos aún en un hermano. Mientras cabalgaba junto a su carroza por el camino que conducía a Amat, no tuve necesidad de interrogarle sobre el significado de su silencio.

—Tal vez aún no te hayas enterado de que mi esposa, la señora Asharhamat, me ha obsequiado con el nacimiento de un varón —prorrumpió por fin—, aunque parece indecisa en cuanto a la paternidad de la criatura. Le hemos dado el nombre de Siniddinapal, pero me parece que hemos perdido el tiempo: es una criatura enfermiza y no creo que viva mucho tiempo.

Pronunció aquellas palabras sin mirarme, aunque observándome de reojo, y exhibiendo constantemente una débil y triunfal sonrisa, como si supiera perfectamente que la criatura era mía y le alegrará saber que con toda probabilidad no tardaría en morir.

—De todos modos, la madre se encuentra perfectamente y me dará otros hijos… Espero que muchos.

En los cinco días que tardamos en llegar a la fortaleza, Asarhadón pareció ensombrecerse por momentos. Comimos y bebimos junios sin la anterior despreocupación. Tras la tercera copa, yo me encerraba en un profundo silencio. Sólo Asarhadón, hoscamente decidido a encontrar el olvido, seguía bebiendo hasta embriagarse. El vino provoca la verdad, y

cuando mi hermano se había saciado de él, comenzaba a inquietarse y recelar de cuantos le rodeábamos, como si todos fuésemos sus enemigos secretos, y hablaba de espías y usurpadores. Jamás me acusaba directamente, pero la implicación era evidente.

Durante aquel tiempo me tenía constantemente a su lado como si no pudiera soportar mi ausencia, o quizá temiendo perderme de vista. Pero casi nunca estábamos solos.

Por fin apareció Amat ante nuestros ojos. En el último *beru* de nuestro trayecto, antes de llegar a la entrada de la fortaleza, desmonté de mi cabalgadura y, asiendo la brida del caballo de Asarhadón, avancé junto a su carroza como un vulgar palafrenero para que ciudadanos y soldados le aclamasen únicamente a él. Aunque por su calidad de *marsarru* tenía derecho a tales muestras de sumisión y lealtad, mi actitud le complació en extremo.

Aquella noche, en el banquete que celebramos en el comedor de los oficiales, me pasó el brazo por los hombros como si nada hubiese cambiado.

—El rey habla de nombrarte su *turtanu* —declaró en tono confidencial y secreto—. Ignoro si lo es simplemente para humillarme o si se propone sinceramente hacerlo así, pero eso es lo que dice. Creí que debía informarte.

—Pero ¿y el señor Sinahiusur? —pregunté recordando a mi antiguo protector.

Asarhadón movió la cabeza apesadumbrado:

—Hace un año que está resentido de las piernas y camina con ayuda de un bastón. Algunos hombres, habiendo superado la flor de su juventud, envejecen rápidamente, y nuestro tío parece uno de ellos. ¿Quién sabe cuánto puede durar? ¿Dos, tres años? Creo que el rey necesitará en breve otro *turtanu*.

Me apenaron aquellas noticias. ¡Era tanto lo que debía al señor Sinahiusur, que me había evitado seguir el destino de Nabusharusur, guiando desde entonces mis pasos! Siempre le había considerado un anciano, pero lo que hasta entonces había sido simple prejuicio propio de mi tierna edad, ahora parecía haberse hecho realidad. El gran hombre, segunda autoridad del país de Assur, había iniciado su decadencia. Pensé que me gustaría volver a verle antes de su muerte para agradecerle todas

sus bondades y pedirle su bendición, pero comprendí que tenía escasas probabilidades de conseguirlo.

—¿Ocuparás su puesto cuando sus huesos reposen en una urna de piedra en la ciudad santa? ¿Regresarás a Nínive como nuevo *turtanu* real?

—No —repuse deseando que Asarhadón hablase de otra cosa. Hubiese querido quedarme solo, cubrirme el rostro con las manos y derramar algunas lágrimas en homenaje a mi pariente y amigo, pero ni siquiera aquello parecía posible—. No, seguiré siendo el *shaknu* de las provincias del norte mientras los dioses lo permitan. Si logro no regresar a Nínive será como una bendición para mí.

—¡Cielos, me alegra oírlo!

Asarhadón retiró la mano de mi hombro y cogió un espetón de algarrobas almibaradas que devoró de un bocado. Aquel manjar le había agradado en extremo.

—¿Recuerdas cuando regresé de occidente? —prosiguió chupándose los dedos—. Aquélla fue la primera ocasión en que ambos consideramos la posibilidad de que uno de nosotros llegase a reinar, y entonces te dije que si tenía que ser yo quien ostentase la corona te nombraría mi *turtanu*, ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—No quiero que seas *turtanu* hasta entonces, Tiglath, hermano mío, porque el *turtanu* tiene prioridad sobre el *marsarru* y no sería adecuado que yo, que debo reinar, tenga que ceder en algo ante mi hermano.

Me volví a mirarle con el rostro absolutamente impenetrable, aunque presa de una fría e incontenible ira.

—No seré *turtanu* del rey ni tuyo cuando reines. Tampoco me parece conveniente.

Aunque siguió sonriendo un momento, comprendí que se había disgustado. Lo advertí por el modo en que cambió la luz de sus ojos y me pareció muy bien, puesto que tal era mi propósito.

—Crees que fui yo quien envié a ese tipo para que te asesinase, ¿no es eso? Por ello me obsequiaste con su cabeza. ¡Pues no tuve nada que ver en ello!

—Lo sé. Tampoco lo ignoraba entonces.

—¿Pues por qué…?

—Porque ambos sabíamos quién era el culpable. Dime: ¿remitiste el obsequio a la señora Naquia?

Asarhadón sonrió… Con cierto pesar observé que no se había ofendido. Le resultaba incomprensible que alguien pudiera creer que se ofendería al sugerirle que su madre trataba con asesinos.

—Es una mujer muy inteligente, Tiglath… Te convendría no menospreciarla.

—Existen pocas probabilidades de que cometa ese error.»

—Pero es cierto que…, en fin…

Se encogió de hombros como si aludiese a alguna debilidad ridícula e incongruente.

—Podría decirse que si alguna vez tuvo leche en sus senos, hace mucho tiempo que se transformó en el veneno de las víboras. Sí, le mostré la cabeza, ¿y sabes qué dijo? ¿No? Pues no voy a decírtelo. Sin embargo le he hecho comprender ciertas cosas y no debes temer nuevas visitas nocturnas procedentes de Nínive.

—Bien: celebro que se haya resuelto este desagradable malentendido.

Pero, al parecer, Asarhadón era inmune a la ironía. Por la expresión de su rostro comprendí que ya estaba pensando en otra cosa.

—¿Por qué no deseas regresar a Nínive? —preguntó por fin, frunciendo el entrecejo entre inquieto y enojado—. ¿Es por causa de Asharhamat? Sabes que sigue allí. Pese a que es mi esposa, el rey la mantiene a su lado. Tres veces al mes debo desplazarme desde Kalah, una distancia de casi cuatro *beru*, únicamente para yacer con ella. Es un gran inconveniente.

—No ignoraba que estuviese en Nínive. Pero aunque no tuviese otra razón, ésta bastaría para mantenerme alejado.

De todas las respuestas posibles, aquélla pareció la que deseaba oír. Tamborileó los dedos en la mesa y miró en torno como si buscase alguna víctima para su enojo.

—No sé cómo has llegado a dar tanta importancia a sus abrazos, hermano —dijo por fin enrojeciendo de ira—. De todas las mujeres del mundo…, conmigo es fría como el agua de una cisterna.

Ignoro qué era lo que esperaba. Sólo sé que le así por el antebrazo con tanta fuerza que creí estar a punto de fracturarle el hueso.

—Será mejor que no volvamos a hablar de esto, hermano —repuse con voz sibilante, casi en un susurro—. Será lo mejor.

—¡Bien, bien! Como quieras. Creí que, después de tanto tiempo… —se disculpó liberándose con dificultad de mi mano.

—Entonces aún eres más necio de lo que el propio rey imagina.

De pronto se levantó de la mesa como si hubiese visto a una serpiente. Todas las miradas convergieron en él e incluso la música de las flautas enmudeció repentinamente. Jamás había visto una expresión como la suya: fue como si le hubiesen golpeado.

Y dando media vuelta salió de la habitación.

Sin duda aquel incidente constituyó el tema de muchas conversaciones entre la guarnición, y es posible que formase parte de muchos despachos secretos que me constaba encontrarían ávido destinatario en Nínive, aunque no podía adivinar qué consecuencias se derivarían de ellas.

Durante los dos días siguientes no vi a Asarhadón, que celebró reuniones privadas con los miembros de su séquito. Pretextando resolver asuntos «oficiales», comía solo y se perdía de vista. Aquella actitud no me sorprendió. Parecía muy prudente que permaneciésemos lo más alejados posible uno del otro. Ni siquiera me preocupaba lo que pudiera estar tramando.

—No es feliz, hijo mío —sentenció Merope—. Los dioses, con su especial sabiduría, os han asignado diferentes destinos, y él está tan descontento con el suyo como tú con el que te ha caído en suerte. Asarhadón es de temperamento despreocupado y alegre: si hubiera sido un simple soldado, la existencia le habría resultado más amable, pero condenado a ser *marsarru* se siente inseguro y no, sabe qué hacer ni en quién confiar. Ese manto habría estado mejor sobre tus hombros.

Le respondí con un encogimiento de aquellos hombros tan apropiados para sostener el peso del poder porque mi madre se expresaba con gran sensatez.

—¿Qué debo hacer entonces? —le pregunté.

—Limítate a compadecerle y ser su amigo…, pase lo que pase.

Pero me resultaba difícil ser amigo de mi hermano.

Al tercer día, cuando Asarhadón se aventuró de nuevo a asomar a la luz del sol, se presentó ante mí uno de sus oficiales.

—El señor *marsarru* desea que le organices una cacería —anunció imperiosamente, como si se dirigiera a un copero.

—¿Una cacería? —repetí asombrado, menos del contenido de la orden que de su forma.

—Concretamente una caza. No es necesario que sea nada muy complicado. Dispón que haya algunos batidores y poco más. ¿Hay algo en esta zona que merezca la pena?

Me sonreía levemente. Era alto, esbelto y de aspecto cuidado. Tendría unos treinta años y parecía considerar cuanto le rodeaba, incluso a mí, con despectiva compasión, como si yo me hubiese pasado la vida quitándome el polvo de los ojos en Amat. No pude menos que preguntarme dónde habría encontrado mi hermano a semejante individuo, puesto que era precisamente el tipo de funcionario palaciego que Asarhadón siempre había detestado. Pero, al parecer, los gustos cambian según las circunstancias.

—Creo que podremos conseguir algunos jabalíes —repuse secamente —. Puedes decir al señor *marsarru* que todo estará dispuesto para mañana.

Había imaginado que se trataría de una expedición de tres o cuatro días y pensé que sería muy conveniente que Asarhadón pasara algunas noches bajo las estrellas, lejos de sus cortesanos, viviendo nuevamente como un soldado, mas no tardé en descubrir mi ingenuidad.

Mi primer error consistió en subestimar los deseos de sencillez de mi hermano. Cuando salió de sus habitaciones al despertar el día señalado y observó los preparativos que había hecho, sonrió y movió la cabeza asombrado.

—El señor Tiglath Assur se ha tomado demasiadas molestias —repuso en un tono bastante fuerte para que todos pudiesen oírlo—. ¿Qué te parece, hermano? ¿Nos limitamos a atar otro par de caballos tras un carro y salimos solos? ¿Nos lanzamos al campo y desaparecemos todo un día como cuando éramos niños?

Respondí con una sonrisa a su propuesta porque me complacía en extremo y, echando una bolsa de provisiones en mi carro, al cabo de cinco minutos Asarhadón y yo abandonamos a solas la ciudadela.

En las llanuras situadas al este de la ciudad abunda la caza. Gran número de gacelas, antílopes y jabalíes vagan por ellas y, como en las

montañas se habían secado los pozos, merodeaba por allí algún león o pantera que se aventuraban hasta las proximidades de las viviendas humanas. Sin embargo, únicamente logramos distinguir a distancia a alguno de esos grandes felinos porque eran demasiado prudentes para ponerse a nuestro alcance sin ayuda de los batidores.

Cruzamos el pontón sobre el río cuando aún brillaba el rocío sobre la hierba y Asarhadón montó en su caballo. Habíamos planeado que yo marcharía en dirección sur y él hacia el norte y que entre ambos trataríamos de arrinconar algún rebaño.

—Dame la bota, Tiglath —me pidió, tendiéndome el brazo—. Perdona mi egoísmo, pero la vida cortesana me ha vuelto delicado y sentiré más el calor que tú.

—No te preocupes, hermano, porque previendo que esto pudiese suceder he traído dos.

Cogió riendo la bota que le tendía y se marchó al galope, dejando tras de sí una nube de polvo y perdiéndose de vista durante varias horas.

Envidié a Asarhadón porque no era un terreno apropiado para cazar en carro. Pese a que los campos estaban agostados por el sol, aquél era un terreno dedicado al cultivo, atravesado por múltiples canales de riego, bastante estrechos para no ofrecer dificultad a un hombre montado a caballo, pero que me obligaban a vigilar constantemente los endebles puentecillos de madera que los campesinos habían instalado para cruzarlos con sus carretas. Conseguí descubrir un jabalí, pero fue bastante inteligente para escapar por la primera zanja que encontró, perdiéndose de vista. Por fin me dirigí hacia el pie de las colinas donde la caza sería escasa, pero por lo menos podría maniobrar mejor mi vehículo. Tuve la fortuna de encontrarme con un rebaño de antílopes que huyeron despavoridos al verme, pero estuve persiguiéndolos y acerté con mi jabalina a dos de ellos. Era un excelente deporte y tendríamos una magnífica cena, pues las ancas de antílope son exquisitas. Cuando el sol ya llevaba dos horas en su cénit, comencé a preocuparme por encontrar a mi hermano.

—¿Has tenido suerte? —grité cuando le descubrí al otro lado de la reseca llanura.

Había atado su corcel y estaba sentado bajo un saliente rocoso. Entre las sombras únicamente distinguí su perfil.

Asarhadón me saludó con la mano, comprendiendo la inutilidad de intentar hacerse oír a tanta distancia. Fustigué mis caballos, a los que obligué a correr de nuevo a medio galope.

En el momento en que había bloqueado las ruedas del carro observé que mi hermano había dedicado escaso tiempo a la caza. En el suelo, junto a él, se veía una bolsa de dátiles y tenía la bota en el regazo, bastante más trasijada que hacía unas horas, cuando se la había entregado. No dijo nada, pero tampoco era necesario. Le brillaban los ojos y la expresión de su rostro era intensa y concentrada, lo que significaba que había estado bebiendo copiosamente.

—Has hecho bien en protegerte del sol —le dije—. Pero si únicamente querías emborracharte, podías haberte quedado en Amat.

—No, este lugar es más solitario. Además, no estoy borracho.

Parecía casi melancólico, por lo que decidí dejar de atosigarle. Fui a buscar la bota de agua de mi carro y me eché un chorro por las manos para refrescarme el rostro. Ignoro en qué momento sucedió, pero de pronto advertí que mi hermano había desenfundado la espada y la tenía a su lado.

—Tiglath —prorrumpió de pronto—, ¿por qué no quieres ser *turtanu* cuando yo reine? ¿Acaso porque confías en ser tú el soberano?

Miré en torno y comprobé que no trataba simplemente de aguijonearme. Se inclinaba hacia delante con las manos colgando entre sus rodillas, como si le interesara realmente saberlo.

—No puedo ser rey mientras vivas, Asarhadón, y no deseo comentar este asunto contigo cuando tienes los sesos infestados de vino.

—Quizá todavía abrigas esperanzas, ¿no es eso? —prosiguió como si no me hubiese oído—. Quizá pienses que alguno de tus múltiples amigos logrará clavarme una daga por la espalda y cuando esté pudriéndome en el polvo podrás conseguirlo todo: a Asharhamat, el favor real, todo…

—¡Cállate, Asarhadón, antes de que olvide el amor que te tengo!

—¿Y si me amas por qué conspiras con mis enemigos, Tiglath, hermano?

Se había puesto en cuclillas y empuñaba su espada. Fijó sus ojos en los míos y en ellos pude leer que estaba ebrio y cargado de ira.

—¿Por qué aceptaste a Arad Malik y a Nabusharuzur en tu casa sabiendo cuánto me odian? ¿Por qué, Tiglath? ¿Acaso Arad Malik te ofreció el trono si te unías a ellos para derrocarme?

Me sentí tentado de compadecerle. ¡Arad Malik…! Era muy propio de Asarhadón interpretar torcidamente las cosas.

—No eres tú quien debe decirme a quién puedo recibir en mi casa ni estoy en condiciones de despedir a aquellos que vienen delegados por el rey.

—¡Lo sabía…, fue cosa del rey! —Estaba tan agitado que pateó en el suelo, algo que no le había visto hacer desde que era un niño—. ¡Siempre el rey! Me odia, ¿y sabes por qué? Sencillamente porque te prefiere a ti.

Como espadachín Asarhadón no tenía rival. Siempre me había superado en la lucha cuerpo a cuerpo, pues consideraba que la jabalina era un arma de cobardes. Y quizá tuviese razón porque en mi fuero interno me veía obligado a reconocer que tenía miedo.

—¿Acaso niegas que te han ganado para su causa? —gritó. En aquellos momentos ya estaba de pie y parecía comprobar el peso de la espada en su mano—. ¿Te atreverás a negar que te has confabulado con ellos en contra de mí?

Comprendí que desde el primer momento se había propuesto conducirme a aquel lugar aislado para matarme. Hasta tal extremo le habían impulsado sus celos y su desconfianza. Pero aún así el antiguo amor que me profesaba le impedía realizar su crimen a sangre fría: tenía que ofuscar su mente con vino a fin de hacer acopio de las fuerzas necesarias para levantar su espada contra mí.

¡Mi pobre hermano…! Descubrí que, pese a todo, no podía menos que compadecerle. Como había dicho mi madre: «… Se siente perdido, no sabe qué hacer ni se atreve a confiar en nadie.» Salvo que entonces parecía haberse convencido de que debía quitarme la vida.

Por mi parte hubiese podido zanjar rápidamente aquel asunto. Me hubiese bastado con impulsar la jabalina y atravesarle el corazón con ella, pero los dos sabíamos que no lo haría. Asarhadón deseaba enfrentárseme en un duelo, en una noble lucha entre iguales: no era un cobarde ni un villano, ni propio de él asesinar a un hombre indefenso. Como tampoco yo, por lo que me dispuse a darle lo que deseaba.

Se tambaleaba ligeramente, estaba muy bebido, pero aún así era un formidable enemigo. Sólo podía confiar en que estuviese más borracho de lo que parecía.

—No negaré que te odian —repuse con leve sonrisa sin poder contener mi indignación—. Y no intentaré ocultarte que me hablaron de ti, de tu impopularidad y de tu incapacidad para ser rey. Todo esto es cierto. ¿Acaso puedes negarlo?

—Lo niego —rugió tensando los músculos de su rostro—. ¡Lo niego! ¡El dios me prefirió a ti!

—¿Estás seguro? ¿No sería por causa de algún arreglo al que llegaste con el *baru* Rimani Assur, por el que acabó ahorcándose de vergüenza? Me han llegado rumores acerca de que nuestra hermana…, que supongo tampoco te serán desconocidos.

—¡Soy el escogido del dios Marduk, Rey de Dioses! ¡Soy su preferido, su preferido!

¡De modo que se trataba de eso! ¡Eso era lo que había logrado imbuirle su madre durante todos aquellos años!… Apenas podía creerle.

—Y ahora te propones comprobar a quién favorecen los cielos, ¿no es eso? —repuse con una mueca de odio porque, pese a que empuñaba mi espada, no podía olvidar el amor que sentía por él—. ¡Entonces, ven… Veremos quién es el protegido de los dioses! ¡Quién sucumbe y quién se salva!…

El sol caía implacable sobre nosotros y su calor hacía irrespirable la atmósfera. Me adelanté a plena luz y Asarhadón también avanzó frotándose los ojos con los dedos. Avanzaba lentamente, con las piernas muy separadas. No, tampoco él disfrutaba con aquella lucha. Me detuve aguardando a que tomase la iniciativa.

Estaba bastante próximo para poder alcanzarme con la punta de su acero. Si realmente estaba borracho, no lo demostraba: su aspecto era sólido e imponente, mientras se balanceaba sobre las puntas de los pies estudiando el momento de iniciar el ataque.

Uno frente a otro, girábamos lentamente, tratando de encontrar un punto débil del contrario, al igual que habíamos hecho miles de veces cuando éramos niños sin llegar a imaginar que algún día podríamos luchar en serio.

Asarhadón lanzó una primera estocada que atravesó los aires con violencia, aunque sin tratar todavía de alcanzarme. Seguro de sí mismo, únicamente intentaba comprobar mis reacciones: se comportaba como un gato que jugara con un ratón acorralado.

Le devolví su acometida que rechazó sin dificultades, como yo había esperado. Sin embargo no trató de aprovechar la ocasión… No era tan necio como para caer en una trampa. Incluso bajó un instante su guardia, invitándome a intentarlo de nuevo, pero aquel ardid también me era conocido.

Se frotó nuevamente los ojos con la mano izquierda. Sudaba copiosamente y parpadeaba bajo el sol. Realmente había bebido demasiado para poder combatir a la brillante luz del atardecer y se sentía agobiado, como un fardo lleno de piedras, lo que me concedía cierta ventaja, algo que me compensaría de su extraordinaria habilidad.

Por fin se abalanzó contra mí, con un mandoble de izquierda a derecha que me hubiese abierto el pecho como un higo bajo las ruedas de un carro si no hubiese logrado esquivarlo a tiempo. Pero en esta ocasión aprovechó la oportunidad repartiendo estocadas a diestro y siniestro, una, dos, tres veces, acercándose peligrosamente, hasta que en el último momento me desgarró la túnica en el hombro derecho, bañándome el brazo en sangre. Me apresuré a apartarme de él sin ni siquiera comprobar cuan profunda había sido la herida: estaba demasiado ocupado tratando de conservar la vida para sentir dolor.

Y de pronto pareció vacilar un instante, breve pero que me bastó para recuperar el equilibrio. Se detuvo y me miró fijamente, parpadeando como si de repente no recordase quién era yo o por qué se encontraba allí. Fue cosa de un instante porque al momento reanudó su ataque. Pero en esta ocasión detuve el impacto de su espada con la mía, logrando desviarla.

Advertí que comenzaba a sentirse fatigado. Aquélla sería mi oportunidad para agotarlo.

Tenía el rostro y los brazos cubiertos de sudor y empezaba a dar muestras de desesperación. Había sido el primero en derramar sangre, pero sabía que no tendría mucho tiempo para disfrutar de aquella ventaja. Se proponía acabar conmigo antes de que le fallasen las fuerzas, por lo que siguió acosándome, rechazando mis avances como si tratara de abrirse camino por un cañizal. Cada vez resultaba más fácil defenderse de él.

Por fin cometió un error. Se adentró excesivamente en mi terreno y logré acertarle en el dorso de la mano con la punta de mi espada.

Fue poco más de un arañazo, suficiente para cortarle la piel y, aunque sin duda le escoció muchísimo, creo que le sorprendió más. Lanzó un

chillido y dejó caer el arma: no necesité otra invitación.

Por alguna razón incomprensible en ningún momento se me ocurrió matarle. Arremetí simplemente contra él, gritando con toda la fuerza de mis pulmones, tras propinarle un terrible impacto con el hombro en la boca del estómago. Asarhadón tosió expeliendo el aire de sus pulmones y caímos rodando por el suelo sin que mi hermano tratara de ofrecerme resistencia: estaba demasiado ocupado esforzándose por regular el ritmo de su respiración.

Cuando logró recuperarse yo me encontraba encima suyo. Apoyaba la rodilla en su pecho y la hoja de mi espada en su garganta, mientras que él profería breves estertores en un intento de llenarse de aire los pulmones. Tardó unos momentos en darse cuenta de que estaba sobre él.

—Te sentías demasiado seguro —mascullé entre dientes ciego de ira. En aquel instante me creí capaz de matarle. Quizá le salvaran mis deseos de hacerle saber cuánto había conseguido que le odiase—. ¡Que los dioses te maldigan eternamente! ¡Estabas demasiado seguro! Te has vuelto débil, hermano. Te has convertido en un borracho necio y estúpido. De otro modo no estarías en el suelo con el filo de mi acero en el cuello.

—¡Entonces acaba en seguida! —rugió—. ¡Adelante…, haz lo que deseas! ¡Mátame!

Se quedó rígido aguardando el golpe. Levanté el arma. Era hombre muerto: lo había decidido. Podía considerarse degollado.

Pero mi brazo no me obedeció. Entonces comprendí que no podría hacerlo, que me sería imposible quitar la vida a Asarhadón.

Apoyé el filo del arma en su cuello hasta que brotó una tenue línea roja de sangre.

—¿Y quién te vengaría si lo hiciese, hermano? ¿Quién? ¿Acaso el ejército? ¿Lo crees así? ¿O el rey? No… El rey se sentiría muy dichoso y rogaría a los dioses que me pusiesen en tu lugar. ¿Cuánto tiempo crees que tardaría en entrar en la Casa de Sucesión, hermano? Y entonces lo tendría todo, incluso a Asharhamat. ¿Piensas que ella lloraría tu pérdida, que yo no podría dormir tranquilo temiendo el odio de tu viuda?

No respondió. Aunque quisiera intentarlo, aunque llegase a comprenderme, las palabras no salían de sus labios. Se limitó a mirarme furioso, aguardando la muerte en cualquier momento.

—¿O tal vez confías que tu madre tranquilizaría tu espíritu con mi sangre? ¿Lo crees así, Asarhadón? Yo no. Imagino que mi padre, que es bastante inteligente para aplastar los escorpiones que encuentra en su camino, ordenaría que fuese decapitada en seguida que tuviese noticias de tu muerte. ¿Qué piensas que detiene mi mano?

Movió los labios como si se dispusiese a pronunciar alguna palabra sin apartar un instante sus ojos de mí. Por fin se humedeció los resecos labios y lo intentó de nuevo.

—No pienso suplicarte clemencia —susurró—. ¡Mátame, maldito seas!

Yo casi lloraba de rabia. Le así por la túnica y le obligué a levantarse, apartándole de un golpe capaz de romperle las costillas con la parte plana de mi espada.

Pero Asarhadón se limitó a gruñir sorprendido. Por fin, cuando volvimos a sentarnos, hundió la cabeza entre las rodillas y vomitó, manchando el suelo de vino rojo y agriado. Regresé al carro y le ofrecí la bota de agua para que se enjugase la boca.

—¿Por qué no me has matado? —preguntó por último—. No hubiera podido reprochártelo.

No me sentía con ánimos para responder. Me aparté de él agitado por una emoción mezcla de ira y horror. Durante largo rato no logré articular palabra.

—¿Por qué no me mataste? —repitió.

Me sorprendió advertir que parecía muy tranquilo.

—Estás vivo… ¿No te basta?

Siguió sentado apoyando los codos en las rodillas y mirando al infinito. Parecía agotado.

—Supongo que debería ser así.

No respondí.

—No pienso pedirte perdón, Tiglath —murmuró, contemplando su mano herida, mientras abría y cerraba el puño—. De todos modos no lo merezco.

Tampoco tenía que pedírmelo porque, aunque no podía decírselo, ya le había perdonado. Sin embargo, ambos sabíamos que jamás podríamos olvidar aquel incidente, que se interpondría para siempre entre nosotros.

—¿Cómo está tu hombro? —preguntó.

Lo cierto era que había olvidado mi herida. La examiné y comprobé que era limpia y poco profunda. Me dolía mucho, pero aquélla era una buena señal.

—No me causará la muerte —repuse—. ¿Y tu mano?

—Sólo es un rasguño, pero me duelen las costillas.

—Celebro que sea así.

Nuestras miradas se encontraron y Asarhadón sonrió. Parecía sinceramente apenado. Yo le respondí con una leve sonrisa…, era lo máximo que podía hacer. Me senté a su lado y bebí un trago de agua.

—Pero Arad Malik y Nabusharusur conspiran contra mí, ¿verdad?

—Desde luego. Apenas hablan de otra cosa.

—Por lo menos podías haberme advertido.

—¿Acaso te hubiese informado de algo que ignorases?

Movió negativamente la cabeza.

—El rey los incita a ello…, o por lo menos simula ser ciego y sordo. Nuestro padre apoya a todo aquel que cree que puede debilitarme. En cuanto ocupe el trono mataré a Arad Malik.

—Arad es tan inofensivo como un recién nacido. Es preferible que elimines a Nabusharusur.

—¿A ese eunuco?

—Sí, ese eunuco. No durarás mucho tiempo en el trono si no aprendes a desconfiar de seres como Nabusharusur, hermano. Aunque su vaina esté vacía, esconde la daga en la espalda.

Asarhadón asintió como si hubiera comprendido.

—Será mejor que vendemos nuestras heridas —observó—. Y urdamos cualquier historia para justificarnos a nuestro regreso. ¿Qué te parece si decimos que se volcó nuestro carro, Tiglath?

—Sí…

—No volveré a desconfiar de ti.

No pude contener la risa, que sonó amarga en mis propios oídos.

—No me crees, ¿verdad?

Regresamos a Amat, y Asarhadón, con gran consternación de su séquito, ordenó que se dispusieran a partir para Kalah a la mañana siguiente. Nos despedimos con un abrazo porque estábamos acompañados

de mucha gente, pero ambos éramos muy conscientes de que la próxima vez que nos encontrásemos no sería como amigos.

OceanofPDF.com

XXIII

Cinco días después de la marcha de Asarhadón tuve noticias de que se había producido una incursión en la frontera del este. En sí no constituía un incidente muy importante: un grupo de bandidos medas había irrumpido en nuestra provincia de Zamua y atacado a un grupo de aldeas no lejos de la cabecera del río Turnat, algo que podía esperarse que sucediera ocasionalmente, cuando hacía años que los hombres casi habían olvidado el estrépito de la lucha. Sin embargo, aquél era el pretexto que yo había estado esperando.

Escribí al rey a Nínive pidiéndole permiso para ponerme al frente de las guarniciones del este para emprender una campaña en los montes Zagros. Me proponía llevar mis estandartes de guerra hasta las puertas de los bárbaros y recordarles, puesto que parecían necesitarlo, que las tierras de Assur no eran como el puesto de un bazar que podían saquear cuando les pluguiese.

La respuesta del soberano no se hizo esperar:

He aprendido a transigir con tu impaciencia, hijo mío, aunque tal vez sea cierto que hace demasiado tiempo que estamos en paz y las tribus del este comienzan a creer que nos hemos afeminado. Te doy plenos poderes en este asunto. Obra según tu voluntad.

Pero yo ya había tomado medidas cursando órdenes para que las guarniciones del norte me enviasen la mitad de sus fuerzas que debían reunirse conmigo en una zona específica próxima a la ciudad fronteriza de

Musasir, hacia la que me dirigí acompañado de las mejores compañías de la fortaleza de Amat y de aquellos antiguos cantaradas del *quradu* que seguían con vida, comprendido Lushakin, quien aseguraba estar harto de dedicarse a la instrucción y decidido a venir, aunque hubiese tenido que seguirnos en la retaguardia con las muías de carga. Y así comenzaron mis dos años de lucha contra los medas.

Es una gente extraña, en ciertos aspectos nada parecida a todos aquellos que he encontrado en una vida llena de sorprendentes contrastes. Y desde los días de mi juventud en que combatí contra ellos, habían llegado a convertirse en una gran nación. Ya entonces creían que el futuro estaba en sus manos y posiblemente estaban en lo cierto, porque no les faltaba astucia ni valor. Es posible que llegue un día en que se extiendan por el mundo como una plaga de langostas, pero confío no vivir para verlo… Ejercerían un nocivo influjo sobre la tierra de mis antepasados.

Durante el reinado de Sennaquerib hacía ya casi doscientos años que combatíamos contra ellos, desde los tiempos de Raman Ninari, tercer rey de este nombre, que condujo sus ejércitos hasta las tierras del este y allí se encontró con una raza de jinetes que llevaban los cabellos muy cortos, luchaban con lanzas y se daban a sí mismos el título de «arios» o «nobles».

Aquellas tierras son buenas, pese a que no están tan bien regadas como las llanuras del Tigris, y por entonces la mayoría de tribus, aunque no todas, habían dado fin a su existencia nómada y se habían instalado en pueblos y aldeas por las accidentadas laderas de los montes Zagros, donde practicaban la agricultura en los valles y apacentaban su ganado y sus caballerías en las estepas que se extienden en suave declive hasta los desiertos salinos del norte. Ignoro de dónde procedían y, aunque ellos aluden a su país de origen como un lugar donde crece alta la hierba, jamás conocí a nadie que me lo confirmase. Sin embargo me consta que llegaron como conquistadores, y que cada tribu sometió a los antiguos habitantes en su propio territorio como si fuesen los amos, siendo considerados por ellos con el mayor desprecio porque se creían realmente elegidos por los dioses, y ello los hacía comportarse con crueldad. No obstante, esta inclemencia se veía limitada por su debilidad, porque, aunque se reconocían a sí mismos como un pueblo, estaban divididos en muchas tribus que guerreaban entre sí con tanta fiereza como contra las restantes naciones. Pero esta situación comenzaba a dar un cambio.

Unos diez años antes de mi nacimiento, durante el reinado del Gran Sargón, una partida de bandidos atacó nuestra guarnición de Kharkhar y sorprendió a los vigías, a los que infligió una terrible carnicería. Su cabecilla, un tal Ukshatar, tomó el título de rey o, según dicen en su lengua, de *sha* de todos los medas, y realmente había logrado reunir una confederación de tribus que tuvieron en jaque a los ejércitos de Assur durante varias campañas. Finalmente Ukshatar fue capturado y exiliado al oeste, donde murió, pero dejó un heredero, un joven llamado Daiaukka, cuyo nombre había oído muchas veces desde que llegué al norte.

Las distintas tribus establecen a veces alianzas poco firmes o hallan algún objetivo concreto bajo la dirección de un jefe enérgico, pero semejante unidad únicamente se mantiene hasta que llega la victoria, o la derrota. Si triunfan, si combinando sus fuerzas consiguen desembarazarse de un enemigo más débil, entonces, inevitablemente, los indeseables comienzan a disputar por el reparto del botín. Y si sus fuerzas se disipan en difíciles batallas, y aquello era precisamente lo que el destino había decidido reservar a los medas, entonces pierden la fe en sus caudillos y sus grandes señores acaban siendo decapitados, mientras los hombres sencillos suplican misericordia al enemigo. Yo no temía a Daiaukka ni a ningún otro cabecilla que al frente de algunos miles de lanceros osara atribuirse el título de sha de los arios. No era por sus hombres que los medas se habían vuelto repentinamente peligrosos, sino por sus ideas. Daiaukka sólo era el vehículo escogido dé una nueva fuerza que se había infiltrado en la imaginación de sencillos pastores y campesinos, haciéndoles creer que eran más importantes porque habían encontrado un nuevo objeto de adoración y un nuevo dios.

Los hombres de occidente son politeístas y eso los hace mutuamente tolerantes. A los egipcios no les importa que los babilonios adoren a Marduk, ni a éstos que los hititas veneren a Telepinu. Únicamente entre ellos se dirime el orden de prioridad de tales dioses, y es opinión generalizada que los hombres honrados deben realizar sacrificios en los altares de sus antepasados. Es cierto que los hebreos adoran en Judá a un solo dios, a quien consideran señor del universo, pero son un pueblo insignificante y pendenciero: los medas eran algo muy distinto.

Ignoro de dónde procede su nueva religión. Los medas hablan de un gran maestro, un profeta de su propia raza llamado Zaratustra, pero jamás be podido descubrir quién era o si por entonces seguía viviendo. A juzgar

por la veneración que se le profesaba no podía compararse a ningún otro conocido en el mundo y se expresaba en unos términos amenazadores, transmitiendo un mensaje de destrucción y fuego en un mundo bañado en sangre inocente.

Sus principios son bastante inofensivos: existe un solo dios llamado Ahura Mazda, Señor de la Sabiduría, o simplemente Ahura, que debe ser venerado sobre todos los demás. Ahura es todo pureza, su cuerpo es el cielo y el sol sus ojos, y ha creado a todos los restantes y nobles dioses, los Spenta Mainyu o Generosos Inmortales, que son seis. En el extremo opuesto se encuentran los demonios del mundo, el primero de los cuales es Ahrimán.

Esa gente cree que todo este proceso se divide en tres etapas, cada una de las cuales comprende tres mil años. La primera fue una edad de oro en la que Ahura y Ahrimán eran uno y creaban el mundo. Como el conocimiento de una cosa depende de su contrario, entonces no existía el mal. Pero finalmente se separaron, convirtiéndose uno de ellos en «Aquel que es la Vida» y el otro en «Aquel que es la Muerte», y así comenzó la segunda etapa, una época de confusión y luchas entre el bien y el mal. La tercera etapa comenzó con la aparición del maestro Zaratustra y concluirá, cuando llegue el día, con el triunfo del bien y la reconstrucción del mundo, que entonces durará eternamente.

Todo esto no difiere gran cosa de las creencias de otros pueblos que adoran a un único dios como señor de todos los demás y reconocen la existencia de espíritus malignos. La diferencia consiste en el sistema de acceso a esos dioses y espíritus malignos, porque mientras que los babilonios, los egipcios, los hombres de Assur e incluso los griegos —es decir, todas las naciones civilizadas del mundo— creen que es justo ofrecer plegarias y sacrificios a todos los dioses, tanto buenos como malos, haciéndolos proclives a la clemencia, los medas únicamente profieren maldiciones contra Ahrimán y sus seguidores. Toda iniquidad, aunque emane de los propios dioses, debe ser escarnecida, y el objeto de la oración y los sacrificios consiste en fortalecer a Ahura en su lucha contra Ahrimán, infundir valor a su espíritu y mortífero poder a sus miembros. Por ello los hombres se convierten en soldados en ese enfrentamiento de los dioses, con la facultad de acelerar el triunfo definitivo de la luz sobre las tinieblas. Tan grande es la fe que les inspiran sus oraciones, a las que dan el nombre de «*mantra*», que imaginan que las palabras tienen una fuerza independiente

de los dioses, por lo que creen que los protegerán de los malos espíritus, aunque sean pronunciadas por un extraño, por alguien que desconozca incluso su significado. Como ya he indicado, es un culto extraño.

De modo que todo cuanto atañe a la existencia resulta muy claro para ellos. Habitan en un mundo dividido entre luz y oscuridad, bien y mal, perfección y corrupción, y las diferencias entre ambos son perfectamente claras: o se rinde culto a Ahura o a los demonios. No existe una vía intermedia. Los seguidores del verdadero camino serán premiados en esta vida y en la otra; los demás se verán sometidos a las más terribles condenas.

La extrema sencillez de estas creencias ha contribuido en gran manera a hacer de los medas un pueblo virtuoso porque comprometen toda su existencia en sus aspiraciones de pureza. Son excelentes campesinos porque su profeta predica que cultivar la tierra y hacer fructificar los desiertos son labores que agradan a Ahura. Jamás mienten, aunque traten con un infiel, ni violan el menor apartado de un contrato porque Ahura rechaza toda falsedad. Son cariñosos con los animales, en especial y preferentemente con el caballo, el camello, el perro, el gallo y la vaca, porque son los predilectos de Ahura, y no sacrifican a los animales ni interpretan el futuro en sus entrañas porque también lo prohíbe su dios.

En realidad, a los medas los preocupa tanto evitar todo tipo de contaminación que identifican con Ahrimán y las fuerzas del mal, que la muerte constituye un gran problema para ellos. Puesto que los tres elementos, tierra, fuego y agua, están consagrados a Ahura, ninguno debe ser profanado con el contacto de un cadáver y, por consiguiente, no pueden ser enterrados, incinerados ni arrojados al mar. ¿Cómo disponer entonces de los cadáveres?

Esas gentes han encontrado la solución exponiéndolos en los tejados de altas torres de piedra a las que dan muy acertadamente el nombre de «torres del silencio», donde son rápidamente descarnados por las aves carroñeras. Todos aquellos que están en contacto con un cadáver se ven asimismo contaminados y deben purificarse lavándose con orines de vaca.

Se halla muy difundida entre ellos la creencia de que el País de la Muerte se halla presidido por un dios llamado Yama, que envía cada día a sus perros a olfatear a aquellos a quienes ha llegado su hora y los agrupan como un rebaño para conducirlos ante su presencia a fin de ser juzgados para toda la eternidad. Esos animales son negruzcos, de ancho hocico y

tienen cuatro ojos, y por esa razón siempre destinan a un perro blanco con orejas amarillas, que consideran su sustituto adecuado, para proteger a los cadáveres de los malos espíritus.

Pero las enseñanzas atribuidas al profeta Zaratustra son algo distintas. Está escrito que los hombres, a su muerte, cruzarán el puente del Segador. Si durante su vida han seguido un sendero tenebroso, resbalarán y caerán en la Casa de las Mentiras, pero si han recorrido el camino de Ahura se les permitirá entrar en la Casa de la Alabanza, residencia de los seres puros.

Los medas creen que la pureza que conduce a la gloria eterna también tiene su premio en este mundo y que éste puede transmitirse de generación en generación. Ahura protege a sus seguidores concediéndoles ganado, caballos, numerosos hijos y larga vida. Y los difuntos que han llevado una existencia virtuosa se convierten en una representación a escala reducida de la divinidad y reciben ofrendas de sus descendientes, que pueden invocar su ayuda contra el poder de Ahrimán, obteniendo de ese modo toda clase de bendiciones.

Y así es cómo esas tribus montañesas que hasta época tan reciente no habían llegado a fundar ciudades y llevar una vida sedentaria, se convirtieron en una amenaza para todas las naciones civilizadas. Porque sólo la duda y el temor de la muerte posibilita una apacible convivencia de los pueblos, y esas gentes se habían visto libres de tales limitaciones con su nueva religión. Su orgullo racial les hacía creerse distintos del resto de la humanidad y, por añadidura, su profeta les había imbuido la virtud y el desprecio hacia aquellos que no siguieran el camino de Ahura, prometiendo recompensarlos en este mundo y en el otro. La lucha contra el mal se había constituido en su objetivo en esta vida y, fuera del mágico círculo de su propia nación, veían el mal por doquier. Para tales seres la muerte es una bendición, conquistar un deber y la clemencia la más odiosa de las debilidades. Con semejantes elementos y constituidos en un ejército disciplinado, un rey dotado y ambicioso podía barrer la tierra.

De modo que no era a Daiaukka a quien yo temía, sino a la voz de su profeta.

En el quinto día del mes de Tammuz dirigí mi mirada al sol naciente y partí hacia el país de los medas al frente de un contingente de seis mil

hombres. Debía reunirme con otros tantos en Musasir, desde donde marcharíamos hacia el sudeste, siguiendo la línea de las colinas que finalmente se concretan en los montes Zagros, hasta que llegásemos a Zamua y a la fortaleza de Hamban.

Aquella ciudadela pequeña y amodorrada se había visto repentinamente invadida hasta rebosar por una multitud de campesinos hambrientos y sucios de polvo que, tras reunir en algunos fardos todas las pertenencias que pudieron acarrear, llegaban a raudales de las extensas llanuras de oriente, buscando la protección de aquellos muros de adobe y de los soldados de su dios y su rey. Venían huyendo de la furia de los medas y en sus rostros aún se leía el terror de cuanto habían visto y sufrido, aunque a la sazón pasaban grandes privaciones porque en la fortaleza no había bastante grano para alimentarlos.

—Son como lobos, señor…; no conocen la piedad —me dijo un anciano que yacía sobre una estera junto a la muralla de la ciudad aguardando la muerte—. Nos roban los bueyes e incendian nuestras casas y nuestros campos; asesinan a todo aquel que encuentran a su paso. Yo soy viejo y no me importa, pero han caído tantos jóvenes… —Y se le llenaron los ojos de lágrimas, como si estuviera presenciando de nuevo todas aquellas atrocidades que no se atrevía a mencionar—. Prefiero morir aquí: no deseo regresar a mi casa.

—Yo iré en tu lugar —le dije—. Y todo volverá a ser como antes porque prevalecerá la justicia divina.

Se volvió a mirarme, fijando los ojos en mi rostro como si no me hubiese comprendido.

—Dios —dijo por fin—. Sí, dios…

Así nos enteramos de lo que íbamos a encontrarnos cuando marchásemos hacia el este y entrásemos en la devastada región conocida como Dur Tuqe.

«Dur» significa «fortaleza», pero si los soldados de Assur tuvieron alguna vez una guarnición allí, hacía mucho tiempo que se había retirado a las ciudades más cómodas y fácilmente defendibles de la cuenca del río porque, a simple vista, no se distinguían en aquel lugar murallas de adobe, torres de vigilancia, patios de armas ni carreteras surcadas por las ruedas de los carros de guerra. En aquellas tierras crecía la cebada y, desde hacía

siglos, ningún hombre se había armado con algo más ofensivo que un simple azadón. Y allí era donde los medas habían sembrado la destrucción.

Yo era un soldado endurecido por crueles experiencias, pero cuando miré en torno me sentí enmudecer por la ira ante aquel paisaje en el que reinaba el horror. Los pájaros carroñeros estaban tan ahítos que apenas podían volar y se posaban junto a las zanjas de riego atestadas con los cadáveres de los propios campesinos que las habían construido y en las llanuras aparecían diseminadas los siniestros y ennegrecidos restos de las aldeas incendiadas. Cabalgamos durante horas oyendo únicamente el rumor del viento: no había nadie, todos habían huido o sido asesinados. Todo aquello había sido obra de los medas, de los arios, los nobles. Entonces aún no lo sabía, pero mientras recorría con la mirada aquellas tierras desoladas estaba contemplando la gloria de su dios Ahura y la fuerza de su palabra, y cuanto veía era muerte y destrucción.

«Cuando llegue el momento les devolveré toda esta devastación —pensé—. Los mataré a miles, convertiré en esclavos a sus mujeres e hijos, incendiaré sus ciudades y sus campos. Y recordarán mi nombre hasta el fin de los tiempos porque cerraré mis oídos a la piedad.»

Aquella noche acampamos junto a un acantilado en el que aparecía esculpida la imagen del Gran Sargón, cuya figura, que duplicaba el tamaño de un ser humano, lo representaba para dejar constancia de su gloria. A los pies del soberano figuraba una inscripción que era una advertencia y una maldición: «Extranjero, te dispones a entrar en el país de Assur, Señor de los Cielos, Dispensador de Victorias, Hijo de la Sabiduría y el Poder. En este lugar prevalece la ley de los monarcas que son poderosos en la guerra. Los enemigos de Assur se bañarán en su propia sangre.»

De la mano del rey surgían sendas cuerdas que sujetaban a cuatro caudillos medas arrodillados a sus pies con los brazos levantados en actitud suplicante y los labios ensartados con argollas para mantenerlos sumisos como ganado. Había llegado el momento de justificar la jactancia de mi abuelo.

Los oficiales más antiguos que me acompañaban en aquel ejército apresuradamente organizado, junto con algunos que habían combatido en el río Bohtán e incluso en Babilonia, y otros casi desconocidos, formaron un círculo en mi tienda, mientras que yo les explicaba los planes que tenía para la campaña. Ante nosotros, dibujada en carboncillo sobre una piel de toro, se encontraba una copia del mapa utilizado diez años antes de que yo

naciera por el soberano Sargón en su lucha contra los medas. Las señales eran muy escuetas: más allá de una accidentada sucesión de montañas se veía uno o dos ríos y aparecían los nombres de diez o doce núcleos habitados que tanto podían corresponder a pueblecitos de unas cincuenta familias como a grandes ciudades.

—Tendremos que avanzar con cuidado —los previne—. Enviaremos observadores con dos o tres días de antelación para que exploren el terreno… Vamos a luchar con desconocidos en su propio país y es conveniente obrar con prudencia.

—Creerán que estamos asustados —comentó el *rab abru* de la guarnición de Arzuhina, un tipo robusto, moreno y achaparrado que se llamaba Bel Itir y que tenía fama de bravucón—. ¿Qué necesidad hay de desplegar semejantes fuerzas y avanzar torpemente por estas tierras, como búfalos ahítos de ortigas?

Y me dirigió una relampagueante mirada como si ya le pareciese escuchar las risas de sus enemigos, haciéndome único responsable de tan insoportable humillación.

—Deja que los medas piensen lo que quieran. Si este año únicamente les cortamos las puntas de los dedos, el año que viene volveremos a por todo el brazo —repuse sonriendo, sabiendo que a un hombre como Bel Itir le costaría comprenderme.

»Me propongo reducir a esos bárbaros al silencio —proseguí en términos más generales—. Cuando hayamos concluido nuestra misión, no se aventurarán a salir de sus montañas durante una generación, y quizá ni siquiera entonces. Pero ésta no será obra de una sola campaña. De modo que conviene hacer creer a estas gentes que tan sólo hemos venido a incordiar a algunos poblados y que, satisfecho nuestro honor, nos apresuramos a regresar a nuestras cómodas y grandes ciudades. Si imaginan que nos hemos vuelto delicados, no tardarán en convencerse de su error.

»Por tanto ahora propongo que sigamos esta sucesión de montañas hasta llegar a Ellipi y, una vez allí, nos dividiremos en tres secciones que convergerán en este punto llamado Ecbatana…

De modo que partimos en dirección este hacia el país de los medas con un ejército de doce mil hombres y sintiendo a cada instante sobre nosotros la mirada de nuestros enemigos, que no eran más que eso, una

presencia invisible que enrarecía el ambiente y a la que tardaríamos más de doce días en ver el rostro.

Nunca olvidaré la primera vez que me encontré aquella raza de guerreros. Apenas había pasado una hora desde la salida del sol y aún no habíamos cubierto un *beru* de nuestra marcha diaria, cuando de repente alcé los ojos y los descubrí. Era un grupo formado por unos veinte jinetes que había aparecido en la cumbre de una pequeña colina, como si brotase de la tierra. No pude imaginar cómo habrían conseguido pasar inadvertidos para mis espías, pero no me sorprendió puesto que se encontraba en su propio terreno y nosotros éramos extranjeros.

Levanté el brazo ordenando a toda la columna que se detuviera.

Habíamos llegado a las estepas de los montes Zagros, una inmensa pradera que se extiende interminablemente. A nuestra izquierda, hasta el propio límite del horizonte, se distinguía una tenue y pálida cinta de luz confusa en el horizonte anunciando la existencia de un vasto desierto de sal en el que se decía que el sol podía aniquilar a una persona en una hora derritiéndole los sesos como si fuesen agua. A nuestra derecha se levantaban montañas estériles e inhóspitas ricas en escondrijos y pequeños valles sorprendentemente fértiles, al parecer refugio secreto de aquellas tribus medas.

Y en aquellos momentos, puesto que un grupo tan reducido no podía abrigar ninguna esperanza de enfrentársenos, comprendí que debían de estar preguntándose qué desagradable asunto nos habría conducido hasta allí.

Cuando finalmente comprendieron que los estábamos esperando, espolearon sus monturas y descendieron por la colina, avanzando en hileras de ocho o nueve jinetes al frente, para parlamentar. Sin duda se trataba de algún jefecillo local y de los principales de su clan y no se apresuraban.

El grupo se detuvo a unos sesenta pasos de nosotros, en lo que seguramente consideraron terreno seguro y bastante neutro, y yo me adelanté a su encuentro con mis principales oficiales.

Entre ellos se encontraban algunos ancianos en cuyo rostro parecía haberse grabado su experiencia en los avalares de la vida; otros, bastante viejos como para haber luchado contra mi abuelo cuando inició sus campañas en el este y que tenían el talante característico de quienes han pasado toda su vida ejercitando el mando y a lomos de un caballo,

mostraban una inmensa dignidad… Advertí que dos de ellos, de cabellos blancos como la nieve, no apartaban su mirada de mí y conferenciaban excitados en voz baja. Algunos eran más jóvenes y unos pocos, como suele suceder, parecían bastante necios.

Uno de ellos, un hombre atractivo, de mediana edad y como la mayoría alto y esbelto, se mantenía algo apartado del resto y aguardaba entre un silencio expectante, observándome con calma casi desdeñosa, igual que si considerase aquel encuentro un asunto que debía resolverse estrictamente entre los dos. Llevaba muy cortos los cabellos, en los que aparecían algunas hebras grises y que sujetaba en la nuca con una cinta roja, y su barba estaba cuidadosamente rizada. Calzaba pesadas botas y vestía pantalones como los escitas y una chaqueta de piel de cordero forrada de lana, pero su aspecto le distinguía como el cabecilla de todos ellos.

—Soy Uksatar, hijo de Ianzu, preferido de Ahura y *parsua* de los miyane —anunció con la seguridad del que se sabe fácilmente reconocible.

—Y yo Tiglath Assur, hijo del soberano Sennaquerib, que reina en el país de Assur.

—Te conozco, señor, y deseo saber qué te ha traído aquí.

—Conociéndome puedes imaginar la respuesta, Uksatar, hijo de Ianzu, porque ¿qué podría traer a un descendiente de los soberanos del mundo a un lugar como éste, salvo la exigencia de imponer justicia?

Y acompañé mis palabras con un amplio ademán que barrió el horizonte, como poniendo despectivamente de relieve la pobreza de aquel páramo.

Uksatar, *parsua* de los miyane, se mostró indiferente al insulto.

—¿Tratas acaso de vengarte de la destrucción de algunas chozas de adobe y del robo de una cabezas de ganado? —preguntó enarcando las cejas con aparente sorpresa—. Si únicamente te propones castigar a un grupo de indeseables, te acompaña un ejército demasiado grande y no lograrás darles alcance; si has venido dispuesto a conquistar el país de los arios, tus fuerzas son insuficientes.

—Me basta con lo que llevo. A aquel que cuida ovejas le bastan algunos perros fieles.

—Veo que el hijo de Sennaquerib, rey de Nínive, sigue teniendo una lengua mordaz —dijo alguien que se encontraba detrás de Uksatar.

Ambos nos volvimos para ver de quién se trataba y descubrimos un caballo que se adelantaba hacia nosotros y, aunque su jinete ya no vestía la túnica azul y el chaleco negro de los uqukadi, lo reconocí al punto. En su rostro redondo y embotado seguía luciendo una sempiterna sonrisa, como si nada hubiese cambiado desde nuestro último encuentro, y quizá para él así hubiera sido. Su pueblo había sido dispersado, sus compatriotas habían muerto o estaban sometidos a cautiverio, pero a él aquello no parecía importarle porque era un caudillo que únicamente mostraba fidelidad hacía sí mismo.

—Observo que has sobrevivido —observé devolviéndole su saludo con una ligera inclinación de cabeza—. Y, evidentemente, también has prosperado.

—Un hombre inteligente siempre logra huir con alguna parte de sus riquezas, señor Tiglath, y los hombres ricos no carecen de influencias.

El hombre intensificó su sonrisa como si esperase recibir mi felicitación. En realidad parecía aguardarla sinceramente.

—Pero ya hace mucho tiempo que nos conocemos —prosiguió finalmente encogiendo sus gruesos hombros—, ¿verdad, señor? Algunos de estos notables temen que seas un poderoso espíritu que ha aparecido para castigarlos de algún antiguo agravio, pero yo les he asegurado que eres…

—¡Basta ya, Upash! —le interrumpió el *parsua* de los miyane. Sin duda al señor Uksatar no le complacía ver cómo me desvelaban sus secretos—. Charlas como una mujer. Sólo debemos hacer comprender a este extranjero que no le tememos y que, de todos modos, los que saquean las tierras de su impuro dios, no han quebrantado ninguna ley reconocida por nosotros.

Se volvió hacia mí y me observó con los ojos entornados como si deseara fulminarme con su mirada.

—Regresa a tu patria, Tiglath Assur, hijo y nieto de reyes. Aquí no encontrarás más que ruinas y muerte.

—En todo caso, la muerte de uno de los dos —repuse sonriente. Era una baza que ya había jugado en otras ocasiones—. Por el momento te deseo que pases una mañana agradable e incluso estoy dispuesto a creer que eres tan valeroso como pretendes.

Alcé la mano saludándole, pero el señor Uksatar se echó hacia atrás como si temiera que descargase un golpe sobre él. No fue el único en

reaccionar de tal modo: varios de sus acompañantes obligaron a retroceder a sus caballos y entre ellos circuló un murmullo de voces en las que vibraba una nota de pánico.

—*¡Dastesh!* —gritó uno de ellos, como si de pronto se sintieran sobrecogidos—. *¡Dastesh—setare—ye—kohn—e—Sargon!*

Y como un solo hombre obligaron a dar media vuelta a sus caballos y partieron al galope, sin detenerse, hasta perderse de vista.

—¡Por los sesenta grandes dioses, *rab shaqe*! —exclamó Lushakin, rascándose la barba, sorprendido mientras regresábamos a nuestras columnas—. ¿A qué se deberá que estén tan alterados?

No supe qué responderle. Me limité a mover la cabeza tan asombrado como él.

—Yo os lo diré.

Había sido el *rab abru* Bel Itir quien había pronunciado aquellas palabras. Se acercó a nuestro lado con los hombros caídos y mirada ausente, esbozando una tenue y cruel sonrisa.

—Conozco algo su lengua —declaró finalmente—. Cuando uno es destinado a estos páramos siempre aprende algunas palabras. Los ha asustado la marca de nacimiento que el *rab shaqe* tiene en la palma de la mano. Esa estrella de sangre, como la llaman, es la misma señal que anunció la desaparición de nuestro soberano Sargón. Por lo visto temen que haya abandonado su tumba y se haya reencarnado en su nieto para vengarse. Creen que es su fantasma quien dirige nuestras tropas.

Aquella noche tuve un sueño. Un águila levantaba su vuelo hacia el cielo girando en grandes círculos a impulsos del viento que la elevaba por momentos. Por fin se detuvo a descansar en un afloramiento rocoso; mirando hacia abajo y a través de sus ojos pude contemplar el terreno que se extendía ante mis pies como una alfombra rugosa. A la mañana siguiente di orden de abandonar las estepas e iniciamos el ascenso a los montes Zagros.

Mis oficiales debieron de creer que me había vuelto loco porque no pude darles ninguna explicación que justificase militarmente nuestra marcha de las llanuras, donde por lo menos no debíamos temer ninguna emboscada. Parecía no existir razón alguna, al menos previsible por mí,

pero una voz interior me inspiraba aquella conducta y estaba convencido de que debía seguir sus dictados.

Durante muchos días no volvimos a ver a los medas, que sin duda observaban nuestro avance; estaba seguro de ello, me parecía sentir sus ojos sobre nosotros, aunque se mantenían ocultos a nuestras miradas. Contrariamente a lo que era de esperar, no nos atacaron; se mantuvieron a distancia, a la expectativa. Todos parecíamos estar esperando.

La marca del Gran Sargón, la roja estrella que llevaba desde el instante en que nací, en el mismo momento en que él encontraba la muerte en algún lugar de aquellas montañas. Su *sedu* protegía mis pasos: así me lo había dicho hacía mucho tiempo el *maxxu* ciego, y tal vez fuese cierto. Si en alguna ocasión estuvo a mi lado, si me evitó algún daño y me hizo ver con sus propios ojos, fue entonces, en el país de los medas, mientras vagábamos por las escarpadas cumbres del Zagros tratando de oír la voz del dios.

Y por fin llegó hasta mí. No fue el sonido de ninguna voz interior, sino la certeza de haber estado antes en aquel lugar, de haber escalado los desfiladeros de aquellas montañas, sintiendo el viento en mi rostro. Todo aquello me resultaba familiar, sabía lo que debía esperar y comprendía que, cuando lo encontrase, reconocería el punto donde debía ocurrir. Y entonces, por fin, perdí mis temores porque me sentí protegido por la mano de Assur.

Hacía siete días que habíamos abandonado la seguridad del llano cuando descubrimos un lugar de rocas calcáreas y calizas bajo las que brotaban las aguas de un manantial como sangre de una herida fresca. Allí se encontraba un pastor solitario con sus perros y su rebaño, que nos observó con expresión asustada, dudando entre huir precipitadamente o correr el riesgo de quedarse. Todo aquello yo ya lo había presenciado con los ojos de mi espíritu, despierto y soñando. Ordené a los soldados que levantaran el campamento, puesto que íbamos a instalarnos allí.

Convoqué a Bel Itir a mi presencia porque únicamente él comprendía algunos términos del lenguaje de aquellas tierras.

—¿Has interrogado al pastor? —le pregunté.

—Sí, *rab shaqe*. Me pareció una medida prudente, aunque pretende no saber nada. ¿Ordeno que le degüellen?

—No…, déjale partir como una ofrenda a los dioses. ¿Te ha dicho a qué tribu pertenece?

—A los kullumitas, *rab shaqe*. Según dice, en otro tiempo muy importantes, pero que en la actualidad casi han desaparecido de estas montañas.

—¿Te ha dicho qué lugar es éste?

—Dice que se llama «la región de los huesos». Pero que ignora de dónde procede tal nombre.

Aunque yo sí lo sabía, me abstuve de informarle. Y, a la sazón, ya comprendía por qué me había conducido hasta allí el *sedu* de mi abuelo, que tanta gloria alcanzó con las armas. «La región de los huesos»… ¡Naturalmente! El Gran Sargón hubiera podido explicar cómo llegó a dársele tal nombre; Nargi Adad hubiese mirado en torno y lo habría recordado. ¿Qué otro nombre hubiese sido más adecuado? Los ancianos de la tribu miyane tenían razón sintiéndose asustados.

—Apostad vigías en todos los altozanos —ordené—, y destinad brigadas para que caven zanjas y dispongan trampas contra los caballos enemigos… Nadie debe descansar hasta que se haya realizado el trabajo. Deseo que este lugar quede fortificado como si tuviésemos que enfrentarnos a un asedio. Esta noche, y todas las noches si es necesario, dormiremos con las armaduras puestas. Los soldados, e incluso los oficiales, montarán turnos de guardia, relevándose cada media hora mientras dure la oscuridad.

—¿Acaso esperas que se presenten aquí? —preguntó sonriendo levemente como si me creyese loco.

—Vendrán, Bel Itir, y estaremos dispuestos a recibirlos. Y no temas porque el suelo se teñirá con su sangre.

—Será como tú ordenes, *rab shaqe*.

No, sería como los dioses lo deseasen. El poderoso Assur, señor de los cielos, aquel cuyo poder jamás podría ser humillado, cuya luz ciega como el propio sol, era quien nos había conducido hasta aquel lugar, escogiendo como instrumento a Tiglath Assur, hijo y nieto de reyes, un simple mortal al que conduce como a un perro que obedece a su amo.

Mientras duró la jornada envié observadores que exploraron todos los accesos. Apostamos centinelas en lo alto de las rocas, donde incluso entre la oscuridad nocturna podrían percibir la proximidad de las fuerzas

enemigas, aunque los caballos llevasen envueltos sus cascos con trapos. Nuestros carros de suministros, los pocos que habían sobrevivido al viaje, fueron echados de lado, a modo de obstáculos, para impedir la carga de la caballería. Los soldados prepararon sus armas contra un enemigo que jamás habían visto, de cuya existencia solamente podían fiar por mi palabra. Nadie descansó. Cuando el sol se ocultó, seguimos trabajando a la luz de las antorchas.

Y por fin concluyeron nuestros preparativos. Los cocineros guisaron la cena, descuartizando algunos caballos para que los soldados pudieran alimentarse con un poco de carne, pero estábamos demasiado cansados para comer, y aquella noche, mientras aguardábamos, sólo disfrutamos de unas horas de reposo.

Los observadores habían ido regresando todo el día, informándonos en todo momento de que no habían visto a nadie, ni un solo hombre armado, ni un simple pastor con un palo para matar serpientes. Nuestros enemigos nos rehuían, aunque nunca dudé que estaban bastante cerca para tenernos a su alcance en el momento en que lo desearan. Aquellas montañas estaban llenas de pequeños cañones en los que podían ocultarse miles de hombres durante muchos días, incluso meses, y mis espías podían pasar por su lado infinitas veces sin advertir en ningún momento las angostas hondonadas cubiertas con matorrales que debían conducir a sus escondrijos. Los medas estaban en su propio terreno, ¿por qué íbamos a ver siquiera sus sombras antes de que ellos se dignaran aparecer a nuestra vista? Y sin embargo estaban allí.

Los oficiales se reunieron conmigo en mi tienda y les esbocé mis planes y mis esperanzas, y asigné a cada uno de ellos un papel en la futura batalla. Ellos, que me creían a medias, me escucharon atentos y en silencio, aunque con hosca expresión. Creo que algunos hubieran estado dispuestos a relevarme del mando y devolverme a Nínive atado a una estaca, pero habría sido una grave medida alzarse contra el propio hijo del rey, por lo que se guardaron mucho de formular sus opiniones y, por el momento, acataron mis órdenes en silencio.

Cuando salí de la tienda me aguardaban los soldados. También ellos dudaban, pero eran hombres sencillos para quienes la palabra del *rab shaqe* era ley, y por ello, una vez concluido su trabajo, aguardaban pacientemente para recibir instrucciones y ponderar por sí mismos la finalidad de su presencia en aquel lugar. Y esto debía decírselo el señor Tiglath Assur,

shaknu de las provincias del norte, hijo y nieto de reyes: tenían derecho a ello.

Me subí sobre uno de los carros volcados y contemplé aquel mar de rostros, aquella multitud que murmuraba a la vacilante luz de los fuegos y antorchas del campamento. ¿Qué podría decirles para llegar a su entendimiento y ganarme su confianza? Lo ignoraba. Abrí los labios y comencé a improvisar:

—¡Hombres de Assur, servidores de un dios prudente! Al igual que el águila, también él vuela describiendo círculos sobre nosotros, pero siempre regresa al mismo nido. Assur no confía en hombre alguno, mas alimenta en su seno su venganza y aguarda pacientemente. Él nos ha traído hasta aquí para que podamos satisfacer sus deseos y contemplar con nuestros propios ojos la fuerza invencible de su voluntad.

»En estos momentos nos encontramos en un suelo que ha santificado para recibirnos porque aquí, en esta meseta alta y rocosa, hace veintitantos años que el Gran Sargón, rey del país de Assur y predilecto del dios, sucumbió a manos de sus enemigos. Aquí fue donde encontró la muerte. Esta tierra dura como el pedernal se empapó de su sangre y ahora el rey de los cielos y la tierra nos ha conducido hasta ella para que por fin sea vengada la muerte de nuestro soberano.

Sus vítores ahogaron mis palabras como truenos y su eco se repitió de roca en roca hasta obligarme a guardar silencio. Me pregunté si habrían dado crédito a mis palabras a la fría luz de la mañana.

—¡Assur es rey! —gritaban—. ¡Assur es rey! ¡Assur es rey! ¡Assur es rey!

Y en la noche resonaba el eco de sus voces.

Ignoro si me creían. Sólo sé que había logrado transmitirles mi voluntad y que bastaría una sola palabra mía para que diesen la vida por la gloria del dios. En los corazones de la gente sencilla se encuentra la única verdad.

Alcé mi brazo conminándolos a guardar silencio.

—Todos conocéis la historia de la estrella de sangre que surgió en oriente la noche en que murió el poderoso Sargón; algunos de vosotros incluso quizá la vierais, puesto que brilló en los cielos como una antorcha. ¡Y todos habéis visto la marca que tengo en la mano!

Les mostré la palma para que pudieran verla y un murmullo recorrió sus filas, porque los hombres temen tales cosas. Y es justo que así sea.

—Esta señal la he tenido desde el momento en que nací, el mismo instante en que el rey Sargón, padre de mi padre, encontraba su *simtu* en esta tierra. Yo nací cuando él moría.

Y aquella noche la estrella de sangre brilló en el cielo como una herida en la propia carne del dios… ¡Y el bendito Assur, que tenía un propósito bien definido cuando me impuso esta señal!

—¡Assur es rey! —gritaron, retumbando sus voces como el eco de tambores—. ¡Assur es rey! ¡Assur es rey!

—¡El enemigo acudirá aquí a nuestro encuentro! —grité cuando comprobé que podían oírme—. Tal vez esta noche, quizá la próxima, pero vendrán arrastrándose entre las sombras como chacales. Los conocéis: son los herederos de aquellos que asesinaron a nuestro rey, que le arrebataron la vida y retuvieron su cadáver para obtener un rescate de su hijo, que a su vez es padre mío, quien se vio obligado a pagarles con oro y plata para conseguir enterrarlo en la tierra de sus antepasados. Ellos volverán aquí, como hemos regresado nosotros, creyendo que de nuevo van a infligir una enorme carnicería entre nuestras filas, ¡pero en esta ocasión serán ellos quienes perezcan!

El poderoso Sargón, predilecto del dios, orgullo de su nación… No había un solo soldado en el ejército real que no reverenciase su nombre y su recuerdo. Sí, aquellos hombres sencillos lucharían, me creyeran o no, porque fiaban en él y en la grandeza que había conseguido para su nación. Lucharían para vengar su muerte acaecida hacía tantos años. Y, si no fuera por eso, por el honor de morir donde él había muerto.

Cada hombre ocupó aquella noche su puesto con el corazón henchido de esperanzas. Nadie cerró los ojos…, a todos nos fue imposible conciliar el sueño. Aguardamos en silencio, como hermanos, hijos del mismo padre espectral, unidos en un solo espíritu y voluntad. No se pronunciaban palabras porque no había lugar para ellas. Todos habíamos comprendido sin necesidad de expresarnos oralmente. Y, en aquel aspecto, yo era como uno más.

En las últimas y frías horas que preceden al alba recibí la señal que me susurró uno de nuestros centinelas, advirtiéndonos de la llegada de muchos caballos.

De todos los innumerables horrores de la guerra, el peor es la espera. Estábamos dispuestos a absorber todo el ímpetu del ataque enemigo cuyas fuerzas y número desconocíamos, un enemigo vago, sin rostro, cuya negra sombra se proyectaba amenazadora sobre nosotros. Y su furiosa arremetida llegaría con las sombras de la noche, lo que en cierto modo la hacía aún más terrible. Morir a plena luz del día era espantoso, pero de noche… Los hombres tienen la sensación de que su espíritu errará ciego y perdido, sin hallar descanso, sometido a infinitos tormentos y preso de los demonios. Y en esto yo no me diferenciaba del más humilde soldado y experimentaba iguales sentimientos, por lo que, mientras aguardábamos en «la región de los huesos», me sentía enfermo de miedo.

Cuando por fin oímos sus gritos de guerra y llegó a nuestros oídos el atronador estrépito de los cascos de sus caballos sentimos una sensación de alivio. Ya venían contra nosotros… La espera había concluido y por fin llegaría el desenlace.

Hice una señal en silencio y al instante se encendieron centenares de hogueras que disiparon las tinieblas que nos rodeaban: de aquel modo conocerían los medas nuestra importancia numérica y perderían la oportunidad de atacarnos por sorpresa.

Pese a todo, siguieron adelante. Sus caballos galopaban a nuestro encuentro a lo largo de la rocosa llanura, pero nosotros permanecimos inmóviles, expectantes, viendo cómo se nos acercaban, comprendiendo que ignoraban la trampa que les habíamos tendido.

Nuestros hombres habían excavado una amplia zanja a la entrada de nuestro campamento hasta despellejarse las manos y seguidamente habían amontonado la tierra formando un terraplén que debió de parecer a los jinetes enemigos como un tosco perímetro defensivo levantado por aquellos que no esperaban ser atacados y que un caballo y su jinete podían escalar fácilmente. No advirtieron la zanja, que había sido disimulada con cañizos y cubierta de tierra, que no hubieran logrado pasar por alto para nadie a la luz del día, pero que resultaban casi invisibles de noche, como tampoco las puntiagudas estacas que erizaban el fondo y que quedaban ocultas a su vista. Únicamente las descubrirían cuando fuese demasiado tarde.

Los medas avanzaban al galope a nuestro encuentro; la tierra retumbaba a su paso y apenas podíamos distinguirlos con claridad, pues aparecían a nuestros ojos como una negra nube. Pero eran muchos. Debían

de ser ocho mil o diez mil jinetes…, no una sola tribu que defendiera su territorio. No luchábamos simplemente contra los miyane o los sagari, hombres leales a su clan y a una extensión de pastizales, sino a una confederación poderosa, a una nación. Aquello era lo que yo había estado temiendo en todo momento. Los veía cruzar la llanura, levantando chispas del suelo como una llamarada que incendiara la hierba seca.

A una orden mía, nuestros arqueros, como un solo hombre, dispararon sus flechas empapadas en brea y encendidas como antorchas que iluminaron la noche, confiriéndole un extraño resplandor diurno impregnando el aire de humo y de un fantástico fulgor negro—rojizo. Los medas no morirían entre la oscuridad.

Pero sucumbían en gran número, caían derribados de sus cabalgaduras con nuestras flechas ardiendo en su pecho. Los lanzadores de jabalina, que a la sazón distinguían claramente sus objetivos, proyectaban la muerte silbando por los aires como el vuelo de los pájaros. No puedo calcular el número de nuestros enemigos que cayeron antes de llegar a la zanja.

Y cuando llegaron a ella…, ¿cómo podría describirlo? Cuando el suelo cedió bajo sus pies y sus caballos relincharon presa de pánico, destrozándose los lomos en la caída y con los vientres y cuellos atravesados por crueles estacas, el espectáculo fue terrible. Incluso para nosotros, que lo habíamos planeado, cuyas vidas estaban a salvo de aquella mortífera trampa, resultó una impresión indescriptible. Nos encontrábamos sobre el terraplén y ellos sucumbían a nuestros pies, sumergiéndose en horrenda confusión de muertos y moribundos. Y aquellos que no encontraban la muerte al punto, los matamos cuando trataban de escalar el foso. Los exterminábamos con flechas y jabalinas y les abríamos las tapas de los sesos con enormes piedras y, en ocasiones, los aniquilábamos con nuestras espadas y los degollábamos con las navajas que llevábamos en el cinto. Obsequiamos con un espléndido banquete a la señora Ereshkigal, en un espectáculo nauseabundo para nosotros mismos.

Cuando los medas se dieron cuenta de que su primera acometida había sido detenida, retiraron su caballería, comprendiendo que aquella batalla no la ganarían sus jinetes. Pero las zanjas no detienen a los soldados de infantería que surgieron entonces en cantidades ingentes pululando ante nosotros como avispas enfurecidas.

Sin embargo estábamos preparados. También nuestros soldados cruzaron los terraplenes y luego las zanjas, que ya estaban atestadas de

cadáveres enemigos. Y no era una turbamulta, sino un ejército disciplinado que disponía de carros.

En cada extremo de la zanja habíamos dejado despejado un pequeño sendero que bastaría para permitir el paso a nuestros carros de combate, que habíamos conducido hasta allí a piezas, montándolos apresuradamente para utilizarlos en el campo de batalla, donde desempeñarían su siniestra función.

Yo dirigía el vehículo que iba en cabeza, por lo que a la grisácea luz de aquella terrible hora que precede al alba presencié cuanto sucedía. No fue una batalla sino una masacre. Los medas, desorganizados, aterrorizados, viendo trastornados sus planes, abandonaban toda esperanza de victoria y luchaban con inútil valor, cayendo como espigas ante la guadaña del campesino. Nuestro ejército los eliminaba con implacable eficacia sin darles ninguna oportunidad: eran seres condenados.

Cuando el sol se levantó sobre las montañas, todo había concluido. Los pocos que pudieron, o quisieron, habían huido de aquella carnicería y sólo se veían moribundos y cadáveres. Un espantoso silencio cubrió la faz de la tierra.

Ordené a mi cochero que se detuviese y me apeé del vehículo. Deseaba inspeccionar detenidamente el campo de batalla, comprobar mi obra de cerca, pero sentía una extraña mezcla de orgullo y repugnancia, acaso no tan extraña porque era una sensación que ya había experimentado anteriormente y que tal vez sea propia de cualquier comandante victorioso, porque el fin de la paciente labor de todo soldado no es otro que la muerte.

—Mira, *rab shaqe*…, hemos encontrado a un superviviente vivito y coleando —me hizo notar un soldado—. ¡Fíjate, no tiene ni un rasguño!

Acudí a su lado abriéndome paso dificultosamente entre la confusión de cadáveres que yacían por el suelo y comprobé que era cierto. Se trataba de un soldado de caballería que presentaba un rasguño en la frente, sin duda producido por alguna flecha y que probablemente tan sólo había quedado aturdido por el impacto. Probablemente habría recobrado el conocimiento y estaba en cuclillas mirando en torno con hosca y asustada mirada a sus aprehensores que le rodeaban feroces empuñando sus espadas, aguardando impacientes la ocasión de acabar con él.

Era un hombre gallardo que se enfrentaba a la muerte con valentía. Se veía joven, debía de tener mi edad, por lo que sin duda no le resultaba fácil

superar aquel trance. Probablemente habría presenciado cómo trataban sus compatriotas a los prisioneros e imaginaba lo que le esperaba.

—¿Me comprendes? —le pregunté en arameo. Parecía de noble cuna, por lo que cabía la posibilidad de que hubiese disfrutado de cierta instrucción.

Me agaché a su lado y le puse la mano ante los ojos para que pudiese ver la señal que yo tenía en la palma. Entonces comprendió quién era yo, reconoció la estrella ensangrentada, la marca de Sargón. Todo aquello se reflejó en su expresión.

—Cuando regreses —le dije— preséntate al *sha* y pregúntale qué le indujo a creer que caería por segunda vez en la misma trampa.

Nunca había visto tal expresión de terror en los ojos de un hombre. Realmente creía que acababa de dirigírsele un aparecido: yo no era para él el señor Tiglath Assur, sino que encarnaba la cólera del difunto.

Me levanté y miré en torno como si no me importase encontrarme en un campo cubierto de cadáveres.

—¿Acabamos con él, *rab shaqe*? —preguntó el soldado.

Casi sentí lástima por él porque lo deseaba sinceramente.

—No…, procúrale un caballo y que regrese con los suyos.

OceanofPDF.com

XXIV

Y así nació la leyenda del regreso de Sargón a los montes Zagros. Enarbolamos el estandarte de la estrella sangrienta que ondeó en el aire junto al pendón del ejército real, exactamente bajo el disco alado de Assur, sembrando el terror en el corazón de nuestros enemigos.

Yo era el antiguo campeón que había vuelto a la vida para tomar venganza. Los medas lo creían así… Que el dios me perdonase porque yo mismo casi llegué a creerlo.

Durante el mes siguiente proseguimos nuestra marcha por la vertiente norte de las montañas, recibiendo la sumisión de varias aldeas y pueblos en los que tomamos rehenes, caballos, alimentos y todo cuanto necesitamos. Los aldeanos, que siempre son los prisioneros y las víctimas más importantes de la guerra, acudían a veces a recibirnos con ofrendas, echando flores al paso de mi carro, como si yo fuese realmente un espíritu furioso y de aquel modo intentasen aplacar mi ira. En ocasiones, sus sacerdotes trataban de ahuyentarme con extraños ritos y mantras. Me había convertido en una figura mítica, lo que me producía una sensación de vértigo, como aquel que se halla en la orilla del río en época de crecida y experimenta una irresistible atracción por las oscuras aguas. Igual me sucedía, cual si estuviera sufriendo una enfermedad o fuese culpable de algún pecado. Oraba constantemente a Assur y al *sedu* de mi abuelo rogándoles que me perdonasen aquella treta que había urdido si ofendía a su divinidad, pero tampoco de aquel modo hallaba consuelo.

Únicamente en dos ocasiones nos presentó batalla el enemigo y a modo de pequeños asaltos por sorpresa que fueron rápidamente rechazados. Combatían valerosamente, provocando muchas bajas en nuestras filas, pero era como si nos estuvieran probando, como si quisieran encontrar alguna debilidad en nosotros. Y la batalla importante y decisiva jamás llegó a producirse.

Pero no desperdiciábamos el tiempo. Nuestros observadores batían extensas zonas acompañados de cartógrafos y escribas que anotaban todo cuanto veían y oían. Las tierras de los arios se estaban convirtiendo en algo más que en una vasta y desértica extensión y, cuando algún día regresase con otro ejército como me constaba que así lo haría, no avanzaría a tientas entre la oscuridad.

En el primer día del mes de Elul nos encontrábamos a diez jornadas de marcha de la ciudad de Ecbatana, objetivo que me había impuesto, y los medas seguían evitándonos, ocultándose en sus montañas. Mas semejante tipo de conquistas no me producían satisfacción.

No es posible conquistar las tierras: sólo las naciones pueden someterse a yugo. La tierra es siempre la misma, sean quienes sean sus ocupantes, y aunque en aquellos momentos yo dominase tanto territorio, en el instante en que marchase retornaría a poder de sus antiguos habitantes. Y debía partir porque no tenía ninguna intención de instalar guarniciones donde no había otra cosa que custodiar que rocas, hierbas y lechos de pequeños y sinuosos riachuelos que permanecían secos las dos terceras partes del año. No me interesaba adueñarme de aquel lugar: únicamente deseaba evitar que a sus habitantes se les ocurriera abandonarlo para apropiarse de las fértiles tierras de Assur. Y para conseguirlo tenía que inspirarles tal sensación de derrota que no quisieran correr nuevamente semejante riesgo. Mas para ello tenía que obligarlos a luchar porque la victoria siempre es una especie de colaboración entre conquistado y conquistador, y en ese aspecto ellos no me complacían.

Nos apoderamos de una aldea cuya estratégica situación nos permitía vigilar los accesos a Ecbatana. Sus habitantes la habían abandonado antes de nuestra llegada y en algunas casas todavía seguían humeando los rescoldos del hogar. En aquel lugar mis oficiales y yo comenzamos a elaborar los planes decisivos para asaltar la ciudad, capital de Ellipi, cuyos «reyes» ya habían prestado sumisión a Sargón en el anterior reinado y que, por consiguiente, podían considerarse traidores. Sería un triunfo costoso, aunque en modo alguno decisivo, porque, al fin y al cabo, ¿qué es una ciudad sino únicamente una acumulación de piedras y ladrillos?

Y allí me informaron que un centinela había observado que un jinete solitario portador de bandera blanca se dirigía hacia el poblado.

Ordené que le permitiesen el paso, puesto que no podía causar ningún daño. Al cabo de dos horas el noble uqukadi llamado Upash se inclinaba

ante mí como un mercader de alfombras.

—¡Que los dioses te bendigan…, poderoso conquistador, ante el que todo el mundo…!

—¡Vamos…, vamos! —le interrumpí, haciéndole señas para que se levantase porque tal servilismo me impacientaba y me corroía la sospecha de que aquel untuoso salvaje intentaba burlarse de mí—. ¿Qué has venido a decirme, bárbaro?

El hombre no dio muestras de desánimo ante tan fría acogida y se refugió en una jocosa actitud de orgullo herido que ya había adoptado la primera vez que nos vimos hacía cinco años. Se llevó la mano a la cabeza para asegurar el bonete de piel que ceñía sus cabellos cortados casi a cero y sonrió.

—Soy portador de un mensaje de Daiaukka, *sha* de los medas, que desea parlamentar contigo, señor.

—No veo ningún inconveniente en ello: si quiere verme, le extenderé un salvoconducto.

—Desea entrevistarse a solas contigo, señor…, y en algún lugar seguro. Recela tanto de ti como tú de él.

Me encogí de hombros: no podía esperarse otra cosa.

—Bien: entonces podríamos reunimos mañana, una hora después de mediodía, en la llanura que se encuentra a media jornada a caballo al norte de este poblado. Iré desarmado y me acompañará una escolta de veinte hombres. Que se atenga a las mismas condiciones y hablaremos los dos… a solas.

—Estoy seguro de que aceptará tu propuesta. Y ahora ¿podemos cambiar unas palabras en privado?

Y, como si no se hubiese expresado con bastante claridad, miró significativamente a los oficiales que me acompañaban. Los despedí y me senté en la única silla que había en la habitación, desenfundando la espada y depositándola sobre la mesa, al alcance de mi mano, por si mi visitante abrigaba algún deseo de venganza.

—Estás equivocado conmigo, príncipe —protestó, mirando fijamente el arma, como si calibrase su longitud—. No soy enemigo tuyo.

—Sí lo eres…; los seres como tú sois enemigos de todos los hombres.

—Quizá. He vivido demasiado, joven señor, y he perdido muchas ilusiones. Y, de todos modos, aquellos que tienen elevados ideales suelen

ser poco útiles para los conquistadores —repuso, sonriendo con aire de complicidad, como si ya hubiésemos llegado a un acuerdo.

—Así pues, supongo que habrás venido a venderme a tus actuales protectores como si fuesen cestas de dátiles, ¿no es eso?

—¿Qué clase de lealtad puedo deber a los medas, señor? —me respondió con un ademán ambiguo, como rechazando semejante posibilidad—. Por favor, recuerda que te vi guerrear hace tiempo y sabía que serías tú el vencedor y no Daiaukka… Antes o después tenía que ocurrir así: los hombres deben ser prácticos.

—Bien: entonces dime qué deseas y qué puedes ofrecerme a cambio.

Y allí mismo hicimos nuestros tratos. Aquel individuo no me agradaba ni tenía ningún motivo para confiar en él, pero le prometí que le engrandecería en la tierra de los arios y, a cambio, él se comprometió a transmitirme todo cuanto se tratase en el consejo de los nobles de Daiaukka. Me informaría del número de jinetes y soldados de infantería que tuviera a su mando cada *parsua* de las tribus medas, de los límites de su lealtad, de los celos que pudiesen existir entre ellos y de sus debilidades. Actuaría como un perfecto traidor. Su colaboración me sería sumamente útil porque un conquistador no se impone por las virtudes de los hombres, sino por sus defectos. Sin embargo seguía sin gustarme.

—¿Puedes anticiparme algo acerca de esa reunión? ¿Qué es lo que desea Daiaukka? ¿Se trata de una trampa?

—Nada de eso, señor, porque Daiaukka dice que no es así, y esa gente no se deshonra de tal modo. Tal vez confíe en establecer una paz digna.

Yo no lo creía, mas Daiaukka había obrado acertadamente no fiando de aquel personaje, por lo que consideré que debía de ser una persona prudente. En breve tendría ocasión de comprobarlo.

Daiaukka, *sha* de todos los medas, cabalgaba en un espléndido corcel negro que le elevaba por lo menos dos palmos sobre los hombros de sus compañeros. Decían que aquel caballo era el único lujo que se permitía, porque era un ser dotado de la más absoluta integridad, exento de avaricia, codicia ni temor. Jamás mentía, pero se las ingeniaba para comportarse con más astucia que una víbora. No conocía crueldad ni piedad, pues consideraba que sólo servían para desviar al hombre de sus fines, y su voluntad era más firme que el granito. Como imaginara su padre Ukshatar, fallecido en el exilio, se había propuesto que los arios llegaran a convertirse

en un gran nación sobre la que él reinaría. Estaba decidido a que su pueblo fuese un día el dueño del mundo, el heredero de la raza de Assur, a quienes contemplaba con manifiesto desdén.

Mientras le observaba a unos doscientos pasos de distancia, separados por la ondulante hierba, advertí la habilidad con que dominaba su nervioso y bizarro caballo y la elegancia y comedimiento de su porte, y empecé a comprender que probablemente era el enemigo más peligroso que podía tener. Me inspiraba respeto y admiración y confiaba que encontrase la muerte en sus montañas y por mi propia mano rogando al santo Assur que no prodigase en este mundo la pureza de seres como Daiaukka, *sha* de los medas.

—Acaso se trate de un engaño —murmuró Lushakin, que había insistido en ponerse al frente de mi guardia personal alegando que un príncipe insensato necesita de un bribón inteligente que le sirva de guardaespaldas.

—No puede haber engaño alguno porque ha empeñado su palabra.

—Entonces no debes ser tan remilgado. Ve armado con tu jabalina y, en cuanto se encuentre a tu alcance, húndesela en el vientre como una estaca. Él constituye el único nexo que mantiene unida a esa confederación… Mátale y los medas volverán a disgregarse en luchas intestinas.

—Hasta que otro ocupe su lugar. Imposible, Lushakin, piensa que también yo he empeñado mi palabra.

—Los nobles tenéis los sesos de serrín.

Me eché a reír y espoleé a mi montura, adelantándome y dejando atrás a Lushakin y su selecta escolta del *quradu*. Daiaukka se reunió conmigo en el centro de la llanura.

Durante unos momentos ninguno de los dos pronunciamos palabra. Nuestros corceles resoplaban nerviosamente como si comprendieran el antagonismo que existía entre nuestras razas, mientras *sha* y *rab shaqe* nos examinábamos mutuamente entre un silencio expectante.

Daiaukka tendría entonces unos treinta años, pero debía haberse pasado la mitad de su vida guerreando, reconstruyendo las alianzas que se habían ido desmoronando a la desaparición de su padre, y todos aquellos años de intensa lucha se reflejaban en su rostro, que estaba curtido y arrugado como una chaqueta vieja de cuero. Pero resultaba imposible

conjeturar su edad por su aspecto físico: tan sólo sus ojos negros e inquietos dejaban adivinar la existencia de un ser humano tras aquella máscara indescriptible.

—Tú eres Tiglath Assur —comentó por fin, como si me estuviera revelando algo que yo desconociera—. Te han dado ese nombre en recuerdo de vuestro impío dios y tu padre reina en las tierras de occidente, donde adoráis a los demonios. Como ves, me consta que no eres un espíritu sino un hombre como los demás.

—Y tú eres Daiaukka, *sha* de los bárbaros, a cuyo padre mi abuelo envió al exilio. Tal vez cuando hayamos concluido de insultarnos, querrás decirme qué deseas.

—Deseo la paz.

—Su precio es la sumisión.

—Entonces una tregua.

—También debe pagarse para obtener una tregua.

—Te propones conquistar la ciudad de Ecbatana —continuó, dirigiendo una mirada hacia el horizonte, por encima de mi hombro izquierdo, como si nuestra conversación le resultase indiferente—. Nosotros pensamos defenderla denodadamente, y su pérdida y la muerte de los hombres que traten de salvaguardarla no representará gran cosa para mí; mas imponer semejante asedio, aunque constituya un éxito, sería muy gravoso para un ejército como el tuyo, tan alejado de su patria y rodeado de enemigos. Ambos debemos decidir qué nos resulta más provechoso: si guerrear o establecer una tregua.

—No he llegado hasta aquí para marcharme con el rabo entre las piernas.

—No, has venido para obtener una gran victoria sobre nosotros, aunque me pregunto la razón. Me resisto a creer que como represalia al saqueo de algunas de vuestras aldeas por una partida de imbéciles.

—No, no es por eso.

—¿Por qué entonces?

Parecía genuinamente interesado. Sus ojos negros, de inquieta mirada, se fijaron en mi rostro, entrecerrándose por el interés. Comprendí que a nadie perjudicaría nuestro mutuo entendimiento.

—Porque si no tomamos estas medidas dentro de poco los medas comenzarán a suspirar por las ricas tierra en que reina Assur.

—Sí…, eso es cierto —afirmó como si hablásemos de temas que le resultaban indiferentes, haciendo que de tal modo incluso la verdad resultase engañosa.

—Me propongo dar fin a vuestras ambiciones.

—Y para ello debes obtener una victoria. Pero esto puedo impedírtelo por el simple medio de rechazar tu reto. Puedo ocultarme en esas montañas hasta que las nieves te obliguen a retirarte.

—Y mientras que tú te ocultas, puedo devastar esta nación que estás construyendo, incendiando pueblos y campos y sacrificando el ganado, y cuando lleguen las nieves tu pueblo tendrá que enfrentarse al hambre y te maldecirán…, justamente porque es deber de un soberano proteger a sus súbditos. Y si no puede hacerlo, no es digno de ser rey.

—También eso es cierto. Por consiguiente, ambos saldremos beneficiados si acordamos una tregua.

—¿Por cuánto tiempo?

Se abstrajo unos instantes en sus pensamientos, considerando aquella cuestión.

—Durante dos años —dijo finalmente.

—¿Qué habrá cambiado por entonces?

—Por entonces yo estaré dispuesto para la lucha. Y entonces podrás conseguir tu victoria…, o yo la mía.

—De todos modos debes comprar esta tregua.

—¿Por qué? Representa una ventaja para ambas partes.

—Pero es más provechosa para ti que para mí. Si me quedo, puedo dar al traste tu gran alianza por el simple medio de haceros morir de hambre. No, debes comprar esta tregua con oro, esclavos y caballos. Los hombres de Assur no guerrean por obtener únicamente la gloria y no pienso regresar junto a mi padre como un mendigo.

—Será como tú dices, Tiglath Assur. No esperaba otra cosa, puesto que los hombres de tu raza sois unos ladrones. Te enviaré una embajada para que acuerde las condiciones contigo. Dentro de dos años volveremos a vernos.

Y habló con tal rapidez que me dejó sin aliento, obligó a dar media vuelta a su caballo y se alejó al galope para reunirse con su escolta personal. Nuestra entrevista había concluido y con ella mi primera campaña en tierras de los arios.

Sin duda Daiaukka debía haber instruido a sus emisarios en la necesidad de obtener una rápida solución, porque tardé menos de cinco días en ponerme de acuerdo con ellos acerca del pago del tributo. Abandonaría los montes Zagros con cuatrocientos caballos, igual número de esclavos dotados de provisiones para el viaje, a fin de que no tuviera que alimentarlos a mis expensas, y cinco minas de oro, que no era una gran cantidad, pero que bastaría para pagar a mis soldados. Me sentía satisfecho con el beneficio obtenido porque, aunque Daiaukka no parecía haberse dado cuenta, me había otorgado una baza de considerable valor. Aquel astuto y prudente monarca había cometido un gran error en la naturaleza de los esclavos que me había concedido.

Un rey que condenase a su propio pueblo a cautiverio sería tachado de cruel y, al parecer, el *sha* de los medas se dejó llevar por sus sentimientos porque casi todos los hombres y mujeres que me fueron entregados eran cimerios del norte, capturados en las constantes batallas libradas entre ambos pueblos, que, aunque apenas se diferenciaban en aspecto y costumbres, ni siquiera en su idioma, se odiaban recíprocamente con todas sus fuerzas; de modo que los cautivos nos consideraron sus liberadores y entre ellos muchos se mostraron propicios e incluso deseosos de colaborar con los cartógrafos y los escribas e incluso dispuestos a combatir junto a los soldados de Assur: es un error desprenderse de un enemigo que ha permanecido sometido durante mucho tiempo en tu propia casa.

Daiaukka me envió otro obsequio adicional: la persona de Ukshatar, *parsua* de la tribu miyane, y cuatro de sus notables en reconocimiento del desliz cometido cuando fueron saqueados los poblados de Dur Tuqe. Aquélla fue la razón que se nos dio, aunque no me cupo duda alguna de que el *sha* consideraba ante todo sus propios intereses. Quizá había ideado aquel ardid para desembarazarse de algún futuro enfrentamiento a su dominio o aquellas incursiones habían sido realizadas en contra de sus deseos y deseaba dar un ejemplo. O tal vez fuese por ambas razones. De cualquier modo pensaba disponer a mi albedrío de aquellos individuos, lo que significaba que me proponía darles muerte.

Y así lo hice. Cuando nuestro ejército cruzó la frontera del país de Assur, ordené que los cinco fueran estrangulados con las cuerdas de nuestros arcos, puesto que el modo en que se les diera muerte carecía de

importancia y no había ninguna razón para organizar un espectáculo con ellos, y seguidamente dispuse que sus cadáveres fuesen empalados en altas estacas y orientados en dirección este, de espaldas a su patria, dejándolos allí expuestos como advertencia para algún compatriota suyo que se propusiese saquear las tierras donde imperaba la voluntad de Assur.

Tales hechos se llevaron a cabo el sexto día del mes de Tisri, en el año vigésimo primero del reinado del soberano Sennaquerib. Al día siguiente, que era una jornada aciaga, los soldados descansaron y se abstuvieron de salir de sus tiendas, pero a la mañana de la próxima jornada iniciamos la marcha, dirigiéndonos primero hacia Musasir y emprendiendo a continuación el regreso a Amat, donde nuestros conciudadanos nos acogieron con exclamaciones entusiastas en el segundo día del mes de Marcheswan, cuando en aquellas latitudes el viento nocturno ya transmite el helado soplo de las primeras nieves.

Los nuevos edificios de la guarnición estaban totalmente acabados, reforzados con piedra que resistiría hasta el fin del mundo, y los muros de la fortaleza levantados casi por completo. Incluso la ciudad, donde al partir únicamente dejé un núcleo de chozas de adobe, había aumentado el número y esplendor de las edificaciones, de modo que resultaba irreconocible. Los trabajos se habían realizado satisfactoriamente y aquello se debía en exclusiva a los esfuerzos de mi esclavo Kefalos. Éste aún había engordado más durante mi ausencia y, como su contorno era un índice infalible de su prosperidad, no me cupo duda de que había seguido obteniendo pingües beneficios de un animado tráfico de sobornos.

—A ti, señor, no te ha ido tan bien en esta campaña —dijo, acariciándose su poblada y brillante barba, moviendo la cabeza con resignada tristeza—. El rey de los medas te ha engañado porque semejantes cautivos, unos bárbaros ignorantes que aún tienen las orejas llenas de barro, no alcanzarán gran precio en el…

—Esos cautivos en su mayoría serán devueltos a sus hogares cuando pase el invierno. Son cimerios y deseo estar en paz con esa nación, porque son cruentos enemigos de los arios. Algunos, y eso lo decidirán ellos libremente, permanecerán a nuestro servicio cuando regresemos a zanjar las cuestiones pendientes con Daiaukka.

Paseábamos por el jardín de la parte posterior de su mansión, poco inferior al palacio que yo me había hecho construir como *shaknu* de las provincias del norte. El aire estaba embalsamado con el perfume de los

árboles de incienso y a mis oídos llegaba el musical sonido de las aguas de una fuente, sensaciones muy gratas tras haber pasado tantos meses de campaña.

Kefalos se limitó a proferir un gruñido de protesta, como si con la pérdida de aquellas comisiones le estuviesen arrancando carne de su propia carne.

—Bien, señor: así será si así debe ser. Por lo menos aún nos quedan los caballos.

—Los caballos están destinados al ejército.

—¡Augusto señor, esto es demasiado! —gritó, deteniéndose para dar una patada en las losas del camino—. Me consta que te gusta interpretar el papel de *rab shaqe*, el noble soldado que únicamente piensa en su deber; pero, ¡por los grandes dioses!, un hombre que no piensa en ningún momento en sus propios intereses no es digno de confianza en ningún otro aspecto. Si persistes en este propósito, por lo menos permíteme *vender* los caballos al ejército; mediante semejante ardid el resultado será casi el mismo y tu conciencia estará tranquila.

—Los caballos serán donados al ejército, Kefalos, como participación del rey en el botín.

—Entonces casi no me atrevo a preguntarte qué te propones hacer con las cinco *minas* de oro.

—Ya han sido repartidas entre los soldados: la gente sencilla lucha confiando en el botín.

Me sorprendió que en esta ocasión no protestara. Me volví a mirarle para ver si le sucedía algo, pero comprobé que estaba sonriendo.

—¿Qué has hecho, Kefalos?

—Los soldados invierten su botín en vino y rameras —me dijo como si me explicase un principio básico—. Tengo establecido un convenio con todos los taberneros y propietarios de burdeles de Amat por el que yo, es decir, nosotros, recibimos una quinta parte de los ingresos que obtienen de todos los clientes que frecuentan sus establecimientos a cambio de ciertas… podríamos calificarlas de «consideraciones». O, mejor aún, no las califiquemos de ningún modo, porque los hombres prudentes no agitan el barro del fondo de su pozo. De cualquier modo, señor, mi sagacidad nos ha salvado en cierta medida de tu insensatez. Puedes estar satisfecho del

afecto que te profesa tu esclavo y de cuánto se preocupa en la difícil tarea de evitar que te veas condenado a la mendicidad.

No protesté. Me limité a reír pensando que si alguna vez cambiaba de idea y decidía convertirme en rey del país de Assur el medio más sencillo de conseguirlo sería pidiéndole a Kefalos que me comprase el derecho a ocupar el trono, puesto que sin duda ya debía ser bastante rico para conseguirlo.

—¿Has respondido las cartas de tu padre? —preguntó, mirándome de reojo.

Por si me quedaba alguna duda, aquel interrogante implicaba que ya conocía su contenido.

—No, pero deberé hacerlo pronto.

—¿Y regresarás?

—Según parece, no me queda otro remedio. Es el rey quien lo ordena.

—Pero si te niegas, lo comprenderá.

—No… es el rey y me ha ordenado que regrese. Sabe que aunque lo deseara no podría desobedecer sus órdenes.

—Entonces, después de tanto tiempo, vas a meterte en la boca del lobo.

—Lo sé.

Caminamos en silencio. Se había levantado algo de viento y ya no era agradable seguir paseando.

—¿Me acompañarás? —le pregunté. En realidad ya conocía la respuesta, pero me hubiera gustado que fuese conmigo.

Kefalos movió la cabeza compungido.

—No, señor. Mientras tu padre viva, tú estarás a salvo en cualquier lugar del país, pero Nínive es una ciudad peligrosa, donde pueden ocurrirle cosas desagradables a aquel que ha enojado al *marsarru*. Me quedaré aquí para que el señor Asarhadón no sienta tentaciones de mancharse las manos con mi sangre.

—Considero que estás equivocado, amigo mío.

—¿Lo dices sinceramente? —repuso Kefalos con frialdad—. Yo no lo pienso así, señor. Pienso que te ciega el afecto y no te resignas a admitir en qué se ha convertido tu hermano. Prefiero no pensar lo que será de nosotros cuando ciña la corona.

El señor Sennaquerib no habría aceptado ninguna excusa. Ya no era una cuestión a resolver entre padre e hijo: el rey ordenaba que ante él compareciese su *shaknu* y, como súbdito leal, debía regresar a Nínive.

La misma noche en que celebré mi conversación con Kefalos, dos días después de mi llegada a Amat, le escribí diciendo que acataba sus deseos. Acudiría a Nínive y me presentaría ante el monarca antes del primer día del mes de Kislef. No podía demorar por más tiempo mi llegada.

Seguidamente acudí al gineceo y traté estos asuntos con mi madre, que me escuchó en silenció, como de costumbre, hasta que hube acabado.

—¿Me llevarás contigo o deberé permanecer aquí, hijo mío?

—Me acompañarás por lo menos hasta «Los tres leones». Creo que es mejor que me aguardes allí hasta que vea lo que me espera en Nínive.

—¿Y qué crees que te espera en Nínive, Lathikadas?

—Lo ignoro. Pero me temo que nada bueno. Preferiría permanecer aquí hasta que se desprendiera la carne de mis huesos, pero nadie puede negarse a los deseos del rey.

—El rey únicamente desea ver a su hijo —repuso, sonriéndome como si con ello aclarase todas mis dudas—. ¿Por qué no iba a ser así? Se siente orgulloso de ti y te ama.

Guardé silencio porque no podía darle ninguna respuesta.

—Estaré preparada dentro de dos días —prosiguió finalmente—. Soy una anciana y pocas cosas me retienen.

—No eres vieja, Merope, y sigues siendo hermosa. Sin duda el rey así lo creerá.

—El rey sin duda ha dejado de reparar en la belleza de las mujeres, hijo mío. Pero tú aún no estás en tal situación. ¿Te llevarás a Naiba?

—Sí…, me la llevaré. No tienes que temer que tu hijo cometa por dos veces la misma locura.

No volvimos a hablar del tema y ninguno de los dos mencionó el nombre de Asharhamat.

¡Asharhamat! Durante casi dos años había estado ausente de Nínive desplegando una febril actividad. Otra mujer compartía mi lecho y, sin embargo, no pasaba un día sin que su recuerdo turbase mi espíritu. Su imagen me acompañaba constantemente como un fantasma; me visitaba silencioso y perseverante sin dejarme ni un instante de libertad.

Según me había informado mi padre estaba embarazada de nuevo. El *baru* había vaticinado el nacimiento de un hijo que ostentaría la corona de una gran nación, de modo que la profecía que la había apartado de mí parecía haberse cumplido.

Y yo regresaba… no junto a Asharhamat, sino a las murallas de Nínive. De nuevo bebería en las aguas del Tigris, madre de ríos, volvería a contemplar sus magníficos templos y discurriría por sus calles en las que se hablaban todos los idiomas del mundo. Era hijo de aquella ciudad y ansiaba volver a ella, aunque su visión me desgarrase las entrañas, porque los hombres no pueden avanzar continuamente por senderos desconocidos convirtiéndose en extraños para sí mismos. ¡Nínive! ¡Cómo la amaba mientras dirigía mi mirada hacia ella de regreso al hogar! Como la amaría mientras viviese, aunque de ella tan sólo quedase el nombre.

Tal era la amargura que me invadía durante mi viaje, porque los hombres se recrean fácilmente en su dolor y el recuerdo embellece todas las cosas y principalmente aquellas que se han perdido.

Había partido de Amat con el propósito de regresar dentro de dos meses. Durante aquel tiempo Kefalos se haría cargo de mis proyectos de construcción, y Lushakin, a quien había ascendido a *rab abru*, dirigiría la guarnición. Había confiado a mis escribas el gobierno civil, quienes me mantendrían informados mediante despachos que recibiría tres veces al mes.

En el momento de mi marcha el tiempo era insólitamente fresco, pero las carreteras estaban en buen estado y avanzábamos de prisa, aunque llevásemos una escolta de cuarenta hombres. El carruaje en el que viajaban mi madre y sus sirvientas no constituía ningún estorbo. Llegamos a «Los tres leones» al anochecer del decimosegundo día, a tiempo de cenar una cabra recién sacrificada.

—Los dioses se han mostrado propicios: las riadas han sido abundantes y en tu ausencia hemos tenido magníficas cosechas.

—Acaso los dioses aún se mostrarían más propicios si yo no regresara nunca —repuse.

Pero aquélla no era una broma que Tahu Ishtar estuviese dispuesto a comprender, por lo que se inclinó solemnemente ante mí y se abstuvo de hacer comentario alguno. Mi capataz apenas había cambiado desde que nos conocimos hacía años, pero su hijo Qurdi se había convertido en un hombre.

No fui el único en advertir tal hecho. Los jóvenes atractivos causan impresión a todo el mundo y la noche anterior, cuando mi madre supervisaba a sus sirvientas que ordenaban la casa, observé que Naiba y él cruzaban algunas miradas inconfundibles. Por la mañana, mientras acompañaba a su padre y a mí en una visita de inspección por los anexos de la hacienda, en ningún momento se decidió a levantar la mirada del suelo, como si se sintiera avergonzado de haber deshonrado el lecho de su amo, situación que me pareció sumamente divertida.

Nos encontrábamos en el establo donde Tahu Ishtar me estuvo mostrando un magnífico potrillo de color plateado nacido hacía tan sólo cuatro días. El animal se encontraba junto a su madre y se sostenía sobre sus delgadas e inseguras patas y mi capataz lo acariciaba con su experta y poderosa mano.

Aquel hombre honrado que jamás defraudaría la confianza depositada en él se sentía muy satisfecho del animal, que había nacido para el servicio de otra persona y que le parecía magnífico.

—Es un ejemplar precioso —le dije—, tan potente como los caballos de los montes Zagros, de los que tan orgullosos están los medas. Tanto como el enorme bruto de color negro que monta su rey. No quiero separarme de él. Lo entrenaré para la guerra y será el que yo monte.

—¿Cómo quieres llamarlo, señor?

—*Espectro* —repuse, sorprendiéndome más que nadie ante mi respuesta, porque se me había ocurrido en aquel preciso instante—. A los medas los asustan mucho los espíritus.

—Será como tú ordenes, señor.

Abandonamos el establo, cuya puerta cerró, y salimos a la luz del sol. El día era espléndido y fresco y sentía correr la sangre por mis venas como si fuese vino. Era agradable sentirse vivo y en posesión de tantas cosas amables de la vida. En aquel momento no envidiaba a nadie.

—Has trabajado muy bien, Tahu Ishtar —le dije—. Mi hacienda prospera gracias a tu trabajo y al interés que te tomas por ella. Puedo considerarme afortunado por haber confiado mis propiedades a una persona como tú.

Tahu Ishtar no respondió. Se limitó a fruncir el entrecejo y dirigir una furtiva mirada a su hijo, en cuyos negros ojos también pareció acusarse el mensaje.

Aquella noche, cuando se extinguió la luz de la lámpara que teníamos junto al lecho, deslicé la mano por las caderas de Naiba, quitándole el camisón. Ella se acercó a mí mansamente para que pudiera acariciarla y su boca se fundió en la mía al tiempo que me introducía en ella, tratando de descubrir si sus abrazos eran menos apasionados y qué representaba yo para ella en aquellos momentos en que arqueaba su cuerpo y su respiración se hacía jadeante. A las mujeres las ciega el placer y llegan a confundir a sus amantes con el hombre que les agrada.

Se quedó dormida en mis brazos como tantas otras veces, suspirando entre sueños.

«La he perdido —pensé—. Poseo su cuerpo, pero ya no me pertenece.»

¿Y qué me importaba en realidad? Yo jamás me había entregado a ella. No me sentía herido ni siquiera en mi orgullo. Se trataba de una especie de jugada que nos habían hecho los dioses.

Esperaría. Naiba era de mi propiedad y hasta entonces nadie había atentado contra mis posesiones… Su espíritu no me importaba. Tal vez las cosas no fuesen a mayores y todo quedase en nada. Y si no era así… Pero hasta entonces había tiempo. Esperaría a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Permanecería otros cinco días en «Los tres leones», que, al parecer, bastarían para establecer algo…, quizá tan sólo un simple entendimiento, el conocimiento del mutuo corazón a través de una mirada…, porque parecía haberse establecido algún lazo entre mi concubina y el hijo de mi capataz. Naiba era aún semisalvaje y, por añadidura, toda una mujer, que había adquirido una gran experiencia de los hombres en casa de mi sirviente Kefalos. Sin duda asumiría cualquier riesgo para ganarse un sincero afecto y dios sabía cuántas simulaciones me vería obligado a soportar. Mi esclava me servía puntualmente en el lecho cada noche como si nada hubiese

cambiado, pero Qurdi, aquel muchachito de firmes miembros que en otro tiempo acariciara la piel del león que su padre me había entregado atisbando curioso por sus abiertas fauces, acababa de atravesar el umbral de la infancia y en sus ojos se reflejaba la turbación de su mente. Su noble naturaleza le impedía mantener algo oculto.

Yo era muy consciente de todo aquello.

Y sin embargo resultaba sorprendente que me sintiera tan poco afectado por la cuestión. No amaba a Naiba, pero el amor constituye una ínfima parte en los vínculos que unen a un hombre y una mujer. Era tan mía como si la hubiese cubierto con el velo y la llamase «esposa». Un año atrás hubiese sentido… ¿tal vez ira? Sí, por lo menos ira. Y la ira que hubiese descargado sobre aquella mujer que me pertenecía y su amante hubiera sido terrible. En aquellos momentos únicamente confiaba que se comportasen discretamente, que la situación no llegase a un extremo en el que me creyese obligado a actuar. Y, por encima de todo, deseaba evitarme castigar una ofensa que no sentía.

Pero ¿acaso mi corazón estaba vacío, puesto que no ardía de indignación? No. ¿Qué sucedía entonces? Hurgué en él y descubrí que me sentía aliviado. Me complacía secretamente porque por lo menos aquella mujer no vertería amargo llanto cuando me separase de ella. No se repetiría el caso de Asharhamat.

¡Asharhamat! Con sólo pronunciar su nombre, susurrarlo en la intimidad de mi inquieto espíritu, todo resultaba evidente para mí. Había retornado a ella por el simple hecho de consentir en el regreso a aquella ciudad en que habían muerto mis esperanzas, donde quizá, si el dios lo hubiese querido, hubiera podido sentarse a mi lado como reina y consorte. Cada mojón de la carretera que conducía a Nínive me aproximaba más a ella. Su imagen llenaba mi mente como si únicamente esperase aquel momento, eclipsando a la pequeña Naiba, que me había resguardado en sus brazos protectores.

Tales eran mis pensamientos cuando me despedí de Merope y me disponía a partir hacia la ciudad, donde de nuevo sería hijo de un padre poderoso y me vería cubierto de gloria y honores, como el predilecto del imperio, señor de todo menos de mis propias y silenciosas pasiones.

OceanofPDF.com

XXV

De nuevo volvimos a encontrarnos: parecía aguardarme sentado entre el polvo antes de que yo alcanzase el último mojón de la carretera de Nínive. Comprendí de quién se trataba a lo lejos, en cuanto discerní que aquel bulto correspondía a un hombre y que no era uno de esos efectos engañosos que produce en sol con los objetos distantes. Ni siquiera me sorprendió su presencia.

Apenas había cambiado desde la última vez que nos vimos, hacía unos siete años. Detuve mi caballo ante él y mi sombra se proyectó sobre el lugar en que permanecía sentado. El hombre levantó hacia mí sus ojos vacíos y sin vida y me sonrió.

—Por fin regresas a tu hogar, señor Tiglath Assur —dijo—. Sé bien venido.

Indiqué al *ekalli* encargado de mi escolta que siguiese avanzando por la carretera, pues me reuniría más tarde con él, y me quedé mirando fijamente al *maxxu* con expresión casi horrorizada y en silencio.

—¿Quién me da la bienvenida, anciano? —pregunté—. ¿Hablas por ti mismo o en nombre de otro?

—¿Acaso no has sido llamado, príncipe?

Los ciegos siempre parecen ver más allá de donde posan sus ojos, como si pudiesen penetrar en los oscuros velos de este mundo. Tal sucedía con él. Se diría que trataba de calar en mi mirada, pero en realidad captaba la insensible verdad oculta tras la máscara de mi rostro. Entreabrió los resecos y marchitos labios como si intentase reírse, mas no profirió ningún sonido. Parecía burlarse de mí en silencio.

—Me consta que eres un enviado del dios —exclamé con el ánimo sobrecogido—. Habla…, ¿qué quieres de mí?

—¿Yo, señor? ¡Nada! —repuso alzando los delgados hombros con aire indiferente—. ¿Es posible que hayas visto tantas cosas y aprendido tan pocas? ¿Tú, que escalaste al monte Epih para orar y recibir revelaciones…? ¿Acaso el dios no te arropó en sus manos en la región de los huesos? ¿Ya pesar de todo me preguntas qué quiero de ti?

—Entonces ¿qué has venido a decirme? ¡Habla! Ten clemencia porque estoy sumido en tinieblas.

—Eso está mejor, señor. Aprende a someterte porque la voluntad del dios se manifiesta de distinto modo en el destino de cada hombre. Simplemente debo transmitirte este mensaje: has de endurecer tu corazón porque ha llegado la hora de las despedidas. Durante los próximos años pronunciarás la palabra adiós hasta que se te entumezca la lengua.

—Tal es el destino de todos los hombres.

—Sí…, al final de su vida. Pero tú aún eres joven.

—¿Para ello he venido a Nínive? ¿Para despedirme?

—No, sino para cumplir la voluntad del dios. —Alzó sus delgados hombros y pareció alejarme de sus pensamientos—. Vete ya, príncipe, porque tus ojos aún siguen cegados. Ve.

Debí preguntarle algo más porque eran muchas las cosas que deseaba conocer, mas comprendí que hubiera sido en vano y guardé silencio: no era más que un anciano sentado entre el polvo junto al camino, ciego y pobre ante un príncipe poderoso, pero el príncipe se había convertido en un objeto en el que no valía la pena reparar. Yo no era nada: se diría que había olvidado mi existencia.

Espoleé mi caballo y me alejé sin mirarle. No me hubiese atrevido.

¿Cuánto tiempo puede perturbarnos un hecho cuando ya ha sido olvidado y cuya sombra todo lo oscurece y lo hace invisible?

Los emisarios del rey acudieron a recibirnos unos dos *beru* antes de llegar a las puertas de la ciudad y seguidamente se adelantaron a anunciar mi llegada. Las murallas de Nínive estaban engalanadas con estandartes y nos acogieron con ofrendas de pan, vino y flores. Cabalgué por la calle de Ishtar entre los vítores de la gente retumbando en mis oídos, mientras me dirigía al encuentro de mi padre, que me esperaba en la escalera de palacio

y que me abrazó ante todos. Yo ya había olvidado cuanto me había dicho el *maxxu* acerca de despedidas, apartándole totalmente de mis pensamientos.

El rey exultaba alegría.

—¡Hijo mío! —exclamaba con voz enronquecida por la emoción—. ¡Mi hijo, conquistador de naciones! ¡Nadie más glorioso que tú, orgullo de Assur!

Y la gente me vitoreaba como si hubiese regresado con un centenar de príncipes extranjeros encadenados a mi carroza. Las multitudes siempre aclaman a aquellos que son ensalzados en su presencia: hubiesen obrado de igual modo con el esclavo que limpiaba las sandalias del rey si éste le hubiese dado igual acogida. Sin embargo no creo que lo hiciese así porque a mí me quería realmente.

El rey estaba acompañado por todos los dignatarios de la corte, es decir, casi todos. Advertí la ausencia de Asarhadón y también del señor Sinahiusur.

Observé que mi padre estaba muy envejecido.

—Esta noche celebraremos un banquete en tu honor —indicó, conduciéndome hacia las grandes puertas de bronce que tenían la altura de cuatro personas superpuestas—. Nos embriagaremos, nos alegraremos y desecharemos cualquier negro pensamiento, ¿verdad? ¿Te parece bien?

—Sí, me parece muy bien.

¿En qué estaba pensando mientras hablábamos? El rey seguía mis pasos apoyando la mano en mi hombro y aferrándose a mí como si tuviese miedo de caerse. Estuve a punto de olvidarme de él porque, de pronto…

Acaso no fuese más que una sombra en aquel vasto salón de muros pintados y columnas de cedro tan enormes que dos hombres no hubieran podido abarcarlas. La distinguí un instante porque se retiró rápidamente entre las sombras y desapareció. Sin embargo no pude dejar de reconocerla.

Era Asharhamat, cuyo rostro se me aparecía todas las noches entre la oscuridad. La reconocí inmediatamente, pese al velo con que se cubría, como la hubiera reconocido aunque me hubiesen arrancado los ojos de las órbitas. Ella sólo me dirigió una mirada en la que pude leer… tal vez nada. Acaso únicamente un odio mortal. Lo ignoro.

Estaba muy adelantada en su embarazo. De modo que por lo menos aquello había sido cierto.

—Sí. Mañana tendremos tiempo para tratar de los asuntos de estado, ¿de acuerdo? Mañana volveré a ser el rey.

Y me apretó el brazo, movimiento que me sacó de mi abstracción.

«Mírame —parecía decirme—. Soy tu padre y te quiero. Y por el momento soy el rey.»

Sin embargo no pude evitar advertir que su turbante enjoyado ya no podía ocultar sus blancos cabellos y que continuamente parecía faltarle la respiración. Su rostro estaba intensamente arrugado y tenía las mejillas hundidas: no recordaba en nada aquel que había sido.

Aquella noche nos alegramos y nos emborrachamos, pero no fue el vino lo que enturbiaba su mente. Iniciaba una historia y se interrumpía en mitad de la descripción porque había olvidado lo que quería decir y se enfurecía si alguien intentaba recordárselo. Y en sus arrebatos de ira, siempre acababa mencionando a Asarhadón.

—¡Maldito muchacho! Porque nunca será más que un muchacho, un pajarillo asido a las faldas de su madre. Jamás se convertirá en un hombre y tal vez sea voluntad del dios que no llegue a reinar.

—El dios ya ha expresado su voluntad en este sentido —repuse, apoyando la mano en el brazo del señor Sennaquerib, porque algo tan leve como ese contacto que hacía diez años le hubiera irritado como una impertinencia intolerable ahora conseguía distraerle y tranquilizarle—. Y siempre ha sido un excelente soldado. Deberías darle el mando de un ejército para que emprendiese una gran guerra y te aseguro que no tendrías ocasión de avergonzarte.

—Ya me siento avergonzado.

El rey, hosco y resentido, apretó los puños y golpeó ligeramente la mesa.

—¿Dónde está la señora Shaditu? —gritó de pronto—. ¿Dónde se encuentra? ¿Por qué no ha venido a agasajar a su hermano?

Paseó la mirada en torno buscando a alguien en quien descargar su ira por aquella ofensa. Por fin descubrió a un chambelán, un viejo eunuco llamado Shupa que le servía desde hacía treinta años.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? ¡Ve a buscarla!

El chambelán, que conocía los arrebatos de su amo, inclinó la cabeza repetidamente ante el monarca como un pájaro que picoteara las semillas.

Miré en torno a los restantes personajes que se sentaban a la mesa, los hermanos del rey y sus hijos, mis propios hermanos que por razón de su cuna habían estado más o menos tan encumbrados como yo, a los hombres de humilde origen a quienes la fortuna o sus virtudes habían elevado al poder al lado del rey, hombres que habían sido grandes en el país de Assur, algunos de ellos antes de que yo naciera. Muchos no pudieron, o no quisieron, mirarme a los ojos. Todos parecían asustados. ¿Estaban enterados de lo que había sucedido entre Shaditu y yo aquella última noche? Nabusharusur lo había sabido o intuido. Quizá en todo Nínive tan sólo lo ignorase el rey.

Pero ¿acaso necesitaban ser sabedores de ello para sentirse asustados? ¿No bastaba quizá con seguir siendo servidores del monarca en el declive de su existencia, cuando su heredero estaba tan lleno de odio? Oían a mi padre burlarse de su sucesor y no decían nada, ¿qué hubieran podido decir? ¿Cuántos de estos personajes verían caer su cabeza rodando por los suelos el día en que Asarhadón tomase el cetro real en sus manos? No…, ya tenían bastante que temer sin que mi leve pecado turbase sus mentes.

¿Y el rey? El rey ya había olvidado a Shaditu. Una muchacha árabe de cutis pálido como el humo danzaba haciendo resonar unos pequeños crótalos entre los dedos al son de la música de un flautista ataviado con la túnica plisada característica de los egipcios. El rey reía y palmoteaba y la muchacha le sonreía con los ojos. Mi padre había bebido demasiado y no podía seguir el compás, mas ello carecía de importancia. Y su ira se había evaporado en aquel instante de ocioso placer.

—¿Verdad que es magnífica, Tiglath, hijo mío? —susurró dándome un codazo que estuvo a punto de hacerme volcar la copa que tenía en las manos—. ¡Es una muchacha preciosa!, ¿verdad? ¿Y te has fijado cómo le brillan los senos y el vientre ungidos con óleos? Esta muchacha sería capaz de dejar exhausto a un hombre, ¿verdad? Te la voy a regalar… ¿Has oído pequeña? ¡Te cedo a mi hijo, el poderoso Tiglath Assur, predilecto del dios! ¡Ja, ja, ja!

—Augusto señor, la señora Shaditu…

—¿Cómo? ¿Qué deseas, Shupa? —repuso volviéndose hacia él con el ceño fruncido, aunque supuse que tan sólo estaba sorprendido.

—La señora Shaditu…

—¿Qué sucede con ella?

—Te ruega que la disculpes, augusto señor, pero le duele la cabeza y no vendrá.

—¿Sí? Bueno, ¿y qué importa? ¿Por qué me molestas, Shupa? ¿No ves que estoy con mi hijo?

Y, por fin, cuando a altas horas en que el vino y su propia debilidad le dejaron extenuado, acompañé al señor del mundo a su lecho, le descalcé las sandalias, le cubrí con una capa y me senté a su lado hasta que se quedó dormido. El rey era viejo y su vida, como el vino derramado, se perdía goteando sin apenas hacer ruido.

Yo, que me había hecho hombre en aquel gran palacio, no necesitaba ninguna lámpara para encontrar mi camino. Salí al patio, que estaba vacío y envuelto en sombras. No había nadie, sólo reinaba la noche, tranquila y silenciosa. Me senté en un viejo banco de piedra sosteniendo entre las manos la copa de vino que había llevado conmigo mientras me sumergía en mis recuerdos.

«¡Soy Tiglath Assur, hijo de Sennaquerib, señor de la Tierra, Rey de Reyes!»

Aquellas palabras resonaban en mi mente como si alguien acabase de pronunciarlas. Yo había levantado la cabeza y, en aquel mismo lugar, hacía muchos años, había descubierto al rey, radiante como el sol.

Señor de la Tierra, Rey de Reyes. Y, a la sazón, tan sólo un anciano, mi padre, que yacía roncando en su habitación. ¿Y qué había sido de Tiglath?

Fugazmente, tras una columna, había aparecido ante mis ojos Asharhamat espiando a su antiguo amante. ¡Asharhamat, en cuyos ojos podía perderse un hombre! Por lo menos no me había olvidado, aunque sin duda hubiera sido preferible.

Tomé un trago y eché la copa a mis pies: el vino había perdido sabor para mí y la noche era demasiado larga.

—Señor…

Me volví, pero no vi nada. De pronto alguien surgió entre las sombras…, era una mujer. Por un momento pensé…, ¡pero no! Se trataba de la muchacha árabe.

—Nadie ha sabido decirme cuál era tu habitación y he venido a buscarte.

¿De qué me estaría hablando? De pronto recordé que se trataba del obsequio de mi padre. ¿Y por qué no? ¿Qué diferencia podía existir?

—Ven —le dije haciéndole señas para que se aproximase—. Acércate para que te vea.

La joven se adelantó avanzando silenciosa con sus pies descalzos. Le tendí la mano y ella la cogió y se arrodilló ante mí. Percibí su olor a madera de sándalo y a ungüentos.

—Me han dicho que eres un gran conquistador —susurró—. Esta noche podrás conquistar Arabia.

Su risa sonaba en mis oídos como un tañido de campanas. Abrió su túnica, que se deslizó por sus hombros, sabiendo que la encontraría hermosa.

—Busquemos un lugar donde estar cómodos —dije levantándome—. Podemos ir a la Casa de la Guerra y echar a algún cadete de su lecho.

Quizá había bebido más de lo que pensaba. Acaso fuese dando traspiés. Tropecé con la copa que había dejado apoyada en el suelo y el vino se derramó por las piedras como si fuese sangre.

—Ya no estás en el gineceo, príncipe.

Me había quedado dormido apretando la nariz contra un suave seno que olía a refinados ungüentos. Cuando desperté, antes de que pudiese darme cuenta de lo que sucedía, descubrí que alguien me arrastraba del lecho tirándome de un tobillo.

Se trataba de Tabshar Sin.

—Te has perdido el desayuno y te castigaré a limpiar los establos hasta la cena —me dijo sonriéndome. Y con el muñón que asomaba bajo la manga de su verde uniforme señaló hacia el jergón—. ¿Quién es tu amiga?

No lo sabía. De pronto recordé que no tenía la menor idea.

—¿Quién eres? —le pregunté, volviéndome hacia ella.

La joven sonrió como si se tratase de una broma.

—¡El *rab kisir* desea saber tu nombre y yo también porque eres encantadora! ¿Quién eres?

—Como prefieras llamarme, señor, aunque me bautizaron con el nombre de Zabibe. Me lo puso mi madre en recuerdo de una reina.

—Y estuvo muy acertada.

Tabshar Sin me tendió una jofaina de agua y me lavé el rostro, sintiéndome ya totalmente despierto y satisfecho de verle.

—Sin duda me habían asignado habitaciones en la casa de mi padre, pero no logré encontrarlas. Ve a buscarlas y espérame allí, Zabibe.

La joven recogió sus ropas y se marchó con gran alivio de mi parte. Las mujeres son muy útiles de noche, cuando uno se siente solo y desea estar cómodo, pero la luz del día pertenece a los hombres.

—Ven —le indiqué a Tabshar Sin, pasándole el brazo por los hombros y comprobando que era más bajito de lo que yo recordaba—. Debes contármelo todo mientras tomamos unas jarras de cerveza, porque siento grandes deseos de beber cerveza de Nínive…

Nos sentamos apoyando las espaldas contra la pared del antiguo cuartel de cadetes, disfrutando del sol y ya algo bebidos.

—¿Recuerdas? —me preguntó por fin con los ojos cerrados y una débil sonrisa en los labios—. Precisamente aquí fue donde te di las primeras lecciones de esgrima. Pensé: «Es tenaz, pero que dios le ayude en un duelo.» Confío que hayas mejorado desde entonces.

—Un poco —repuse recordando a Asarhadón—. Bastante para evitar que me degüelle cualquier borracho armado, pero no es mi arma favorita.

—No…, era el arma preferida de Asarhadón. Mas eso fue antes de que se convirtiese en el *marsarru* y olvidase que es un soldado.

No le respondí, mas no Creí que mi interlocutor esperase una respuesta.

—Sólo me queda un cadete —repuso suspirando como aquel que expone sus aflicciones—. Otro príncipe real… que se alistará en el ejército la próxima temporada.

Algo en su tono de voz me incitó a mirarle, a fijarme en él por vez primera y observé lo que antes me había pasado sin advertir: Tabshar Sin, al igual que todos, había envejecido. Su barba era más canosa que negra y su rostro, cuando cerraba los ojos, casi recordaba el de un cadáver.

—¿Y qué harás entonces? —le pregunté.

—No lo sé, ni me preocupa. Supongo que volveré a mi hogar, al pueblo donde nací y en el que ya no conozco a nadie, y regaré las palmeras.

—Ven conmigo a Amat e instruye a los soldados que debo llevarme en mi próxima campaña contra los medas.

—¿Lo dices en serio? —exclamó sorprendido, mirándome con ojos muy abiertos como si acabase de despertarse.

—Sí.

—Entonces podría tener la suerte de encontrar la muerte en la lucha.

—¿Vendrás?

—¡Desde luego que sí! ¡Gracias, príncipe…, será como en los viejos tiempos!

—¡No, mucho mejor!

Cogí la jarra de cerveza que había estado apoyada en su regazo y me la llevé a los labios hasta apurar su contenido muy satisfecho de mí mismo.

—¿Dónde se encuentra Asarhadón? —pregunté algo indeciso.

—En Kalah. Pero llegará mañana porque el rey le ha llamado. No pierde ocasión de humillarle y le hace venir aprovechando que estás aquí para que sea testigo del amor que el pueblo profesa a su hermano.

—¿Crees que me aman?

—Sí, pero no debes enorgullecerte demasiado de ello. Cierto que te ensalzan por luchar contra los medas y por el odio que demuestras hacia los babilonios, pero te distinguen principalmente porque no eres Asarhadón.

—Y sin embargo él fue el escogido de los dioses.

—Pero de nadie más —concluyó Tabshar Sin, alzando los hombros como si el frío le molestase—. Habrá problemas. Me gustaría mucho encontrarme lejos de Nínive cuando el señor Asarhadón comience su reinado.

—Aún pueden suceder muchas cosas antes de que llegue ese momento. El rey todavía puede vivir muchos años.

—Sí, pero no reinará muchos más. Ya le has visto, príncipe. ¿Cuánto tiempo tardará tu hermano en convertirse en rey… de hecho, aunque no de nombre?

Recuperó la jarra de cerveza, mas únicamente para depositarla nuevamente sobre sus piernas. La asió con fuerza y pareció olvidarla por completo.

—De modo que, como comprenderás —prosiguió finalmente, cerrando una vez más los ojos—, no sentiré ningún pesar por marcharme de aquí ni me importa morir a manos de los medas: todo me da igual.

El resto de la mañana me vi muy solicitado por oficiales y soldados, con algunos de los cuales había luchado en el sur, mientras había otros a quienes no conocía. Me sentía siempre centro de un grupo de hombres, que me interrogaban acerca de la estrategia que había seguido con la caballería escita y se interesaban por saber si había encontrado carros útiles para combatir en terreno escarpado o se limitaban a escucharme en silencio. Algunos incluso me ofrecían sus servicios para luchar contra los medas. Parecía que los informes que había enviado desde el norte habían encontrado una amplia difusión en la Casa de la Guerra, ya que era mayor que nunca mi popularidad entre el ejército.

Pero, como Tabshar Sin había señalado, se debía menos a mis méritos que por influencia de mi hermano. Yo era distinto á él y no compartía su amor hacia los babilonios, lo que me granjeaba su adhesión.

Desde que el soberano Sargón pasara a saco la ciudad de Marduk condenándola a destrucción y convirtiéndola en refugio de raposas y nido de lechuzas, se habían formado dos partidos con dos tendencias muy diferenciadas en el país de Assur:, una de ellas consideraba que el rey había obrado inicuamente al destruir el antiguo poder de Babilonia, a la que se referían como a una madre, y puesto que temían la ira de su dios deseaban volver a levantar sus murallas, purificar sus santuarios y que el rey o uno de sus hijos asumiera el poder reinando en Sumer bajo la égida de Marduk. Tal era la voluntad de los sacerdotes y de miles de personas sencillas. El otro partido, y éste era el más poderoso, pues contaba con el favor del ejército y la gente del pueblo, deseaba que Babilonia siguiera eternamente en ruinas. «¿Para qué levantar otra nación enemiga? —decían—. ¿Acaso no tenemos a los bárbaros en el norte y en el este? ¿No nos basta con ellos?»

Mientras viviese el rey, los muros de Babilonia no se levantarían: aquélla era la voluntad real. Pero cuando el rey muriese… Se sabía que los sacerdotes ejercían gran influencia en Asarhadón y que él solía aludir a los graves crímenes cometidos contra los antiguos dioses. Y muchos estaban asustados.

De modo que la gente y el ejército buscaban a alguien preferible a Asarhadón, y por ello me respetaban a mí y a él le despreciaban y mi nombre era elogiado por todos.

Pero pretender rivalizar con mi hermano era quebrantar el derecho legítimo de sucesión y la voluntad de los dioses, y yo no estaba dispuesto a

adoptar semejante postura. Cuando por fin se comprendiese mi posición, el pueblo me sustituiría por otro ídolo. Tal era la advertencia de Tabshar Sin.

Y Tabshar Sin era más inteligente que yo, que aún era bastante joven para que me halagase despertar la atención popular. Según dicen, la vanidad de los soldados es como un agujero cavado en la arena: todo se lo traga.

Sin embargo, el rey había envejecido y comenzaba a chochear y ya no recordaba, o había dejado de preocuparle, que un día podría reinar otro monarca en el país de Assur, porque aguijoneaba mi orgullo y odiaba a Asarhadón, del que hubiese podido desembarazarse siguiendo una política más prudente. La intervención del monarca me había creado un enemigo en mi propio hermano y ambos pagaríamos cara algún día aquella irreflexión.

Pero, como he dicho, me sentía halagado. No creía que fuese perjudicial verme tan exaltado. ¿Acaso merecía menos yo, conquistador de tantas naciones? Asarhadón poseería el trono, ¿por qué no iba yo a tener la gloria?

Asarhadón poseería el trono…, ¿y acaso él como *marsarru* no era ya dueño de algo que para mí significaba más que el propio trono en la persona de la señora Asharhamat? Había sido un error regresar a Nínive, ahora lo comprendía claramente, pero ya la había visto y no podía evitar que aquel veneno me emponzoñase la sangre.

Yo no podía provocar ningún daño interponiéndome en su camino. ¿O acaso no era eso lo que ella había hecho? Unos momentos, unas palabras… no iba a pedirle nada más. Ella estaba embarazada, por lo que todo sería absolutamente inocente: no habría lugar a escándalo: Tal era lo que me decía a mí mismo e incluso creía.

Pero era imposible imaginar que se trataría de una entrevista secreta. En el palacio real no existen secretos, y sin duda la señora Asharhamat se encontraría rodeada de espías: la señora Naquia, cuando no su hijo, desearían estar bien informados. Y, de todos modos, si Asarhadón volvía a cambiar de opinión en algún momento y decidía mi muerte, no sería por los celos que yo le inspirase a causa de su mujer.

Por tanto resolví que aquella misma noche acudiría a visitarla en su jardín. Tal vez ella, por prudencia, no accediese a verme, pero yo iría de todos modos.

A la postrera luz del día me encontraba sentado en un banco de piedra junto a la fuente de cantarinas aguas. Había llegado hasta allí acompañado por un eunuco que se retiró seguidamente en busca de su ama, y estaba solo, o casi solo, porque contra mis espinillas se frotaba una gata envarada y excesivamente gruesa para saltar a mis rodillas. La recogí porque éramos antiguos amigos.

—¡Hola, querida *Lamashtu*! —murmuré acariciándole la papada. La gata ronroneó y hundió levemente sus garras en mi muslo llena de júbilo—. Has envejecido mucho desde la última vez que nos vimos. Parece que tu ama te sigue queriendo.

—Su ama ha sido siempre constante en sus afectos.

Levanté la mirada sorprendido ante la proximidad de aquella voz y descubrí la presencia de Asharhamat, que se apoyaba en el borde de la fuente. Había llegado tan sigilosamente que ni siquiera percibí el frufrú de sus ropas.

—Algo que tú no puedes afirmar —prosiguió con aire totalmente inexpresivo—. ¿Para qué has venido, Tiglath?

—Creí que, por lo menos, eso no requeriría ninguna explicación —repuse sonriente, pensando que yo había cometido una insensatez.

—¿No sientes escrúpulos visitando a la mujer de tu hermano? Aunque, claro, lo había olvidado: Asarhadón se encuentra en Kalah.

Esbozó una sonrisa que no reflejó ninguna alegría, como si le costase un gran esfuerzo o se hubiese olvidado de sonreír, aunque me pareció que había alcanzado su objetivo.

—Sí, está en Kalah. Llegará mañana y nos reuniremos en presencia del rey, pero sin duda tú le verás antes. Si lo deseas, puedes decirle que he venido a verte.

—¿Quieres hacerme creer que no le temes? —exclamó sorprendida, sentándose a mi lado y cogiendo a la gata de mis rodillas para depositarla en su regazo—. En fin…, te creo. Jamás pensé que tu cobardía se debiese a Asarhadón.

—¿Has sido desdichada, Asharhamat?

Me respondió con una mirada en la que se leía tal asombro y disgusto que no creo haber sentido jamás tanta vergüenza como en aquellos momentos, aunque en estos instantes ignoro la razón, porque, en realidad, no había tenido otras alternativas.

—Sí, he sido muy desdichada —repuso con voz temblorosa, esforzándose por contener el llanto—. Soy infeliz ahora y sin duda lo seguiré siendo hasta que llegue la muerte, la suya o la mía, como una liberación. ¿Cómo puedes preguntarme si he sido desdichada si hace casi dos años que soy su esposa?

Bajó la mirada hacia su vientre, redondo como un melón, y lo oprimió con las manos como si tratara de ocultarlo de mi vista. La gata se escabulló silenciosa acaso percibiendo la tensión que se respiraba en el ambiente.

—A mi pequeño, al que tanto amaba, le llamaron Siniddinapal, pero murió cuando tenía pocos meses. «No desesperes —me dijeron—, tendrás otros hijos.» Y ahora vuelvo a estar embarazada, pero odio a este niño antes de que nazca…, porque será suyo, hijo de Asarhadón. Está destinado a reinar como su padre, pero si yo pudiera… ¡Desearía que mi señor esposo tuviese un cadáver por heredero!

Se expresaba con esa amargura que sólo pueden experimentar las mujeres, que refleja la sensación de injusticia de que se sienten víctimas ante la tiranía de sus propias pasiones al creerse traicionadas por la implacable lógica de la misma naturaleza y que sitúa a muchas de ellas fuera de ese mágico círculo que nosotros denominamos inocentemente los avatares de la vida, como si se hubiese extinguido para ellas toda posibilidad de dicha y resucitaran cual espíritus vengadores. Todo eso lo comprendí en aquel preciso momento mirando los ojos enrojecidos por el odio de Asharhamat.

Pero aquélla fue una intuición instantánea que desapareció al ver su rostro surcado por ardientes lágrimas. La cogí entre mis brazos sin que ofreciese resistencia.

—Lo siento muchísimo —susurré, besándole los cabellos—. ¡Cuánto lo siento! Sólo me proponía acatar la voluntad de los dioses y he atraído la desgracia sobre nosotros.

—¡Oh, no me hables de tu dios! —exclamó, apartándose bruscamente de mí, reavivada su cólera como brasas recién atizadas—. ¡Cómo ha jugado con nosotros tu dios! ¡Un niño que arrojase piedras a un nido de pájaros no habría mostrado menos piedad! Tú llamas a esto «la voluntad de los dioses». ¡La voluntad de los dioses!… ¡Por algo tan mezquino me arrojaste al lecho de Asarhadón!

Intenté decir algo, pero las palabras murieron en mis labios y me limité a sostenerla por los hombros, sintiendo la terrible emoción que la agitaba.

—¿Sabes lo que ha representado para mí compartir su lecho, Tiglath? —Una sonrisa terrible y patética asomó a sus labios—. En nuestra noche de bodas me dijo: «Veamos tu trasero, mujer: muéstrame qué te ha enseñado mi hermano de las artes de complacer a un hombre.» Aquéllas fueron las primeras palabras que oí tras recibir el velo del matrimonio. Yo había sido instruida para ofrecer sumisión, pero, pese a ello, no creo que mi marido haya encontrado mucho placer en mí. ¿Sabes qué suele hacer cuando está embriagado? Envía a sus rameras para que me instruyan. A veces incluso se presenta con ellas. ¿Te divierten estas intimidades de mi vida conyugal, Tiglath? ¿O acaso te sientes incómodo?

Debo reconocer la imposibilidad de expresar lo que sentía en aquellos momentos. Había enmudecido por completo, hasta el aire de mis pulmones parecía haberse solidificado corito hielo. Me sentía incapaz de experimentar sensación alguna, al igual que las baldosas que pisaban mis sandalias. Era como en ese instante en medio de una batalla en que recibimos una gran herida y de repente quedamos cegados, paralizados como ante un relámpago…, sabemos que aparecerá el dolor, pero por el momento aún no se ha presentado.

Mas, aun así, debía surgir. Cuando recobré el ritmo de mi respiración deseé gritar de rabia, sentir en las manos el contacto de un arma, a ser posible un hacha, pues hubiera querido derramar la sangre de Asarhadón en el polvo. No me proponía matarlo simplemente: hubiese querido despedazarle en pequeños fragmentos y alimentar con ellos a los perros. ¿Por qué no habría acabado con él cuando tuve ocasión de ello, cuando su garganta estuvo bajo la hoja de mi espada?…

Me levanté temblando de ciega ira. No podía mirar a Asharhamat, no podía.

—¡Dios…, cuánto me alegra decírtelo! —añadió con voz serena, totalmente inexpresiva—. ¡Mira adonde nos ha conducido la voluntad de Assur, porque no es piedad lo que espero inspirar sino vergüenza!

—Entonces has conseguido tus deseos porque me siento terriblemente avergonzado.

—Pues lo celebro —dijo, tocándome el brazo con su pequeña y blanca mano—. Porque llegará un día en que te pediré que des la espalda a tu dios y vuelvas conmigo.

OceanofPDF.com

XXVI

Aunque el rey aguardaba mi presencia en el banquete que celebraba aquella noche, no me sentí con ánimos para cumplir mis deberes de súbdito e hijo. Apenas recordaba la existencia del monarca: sólo sabía que me resultaba imposible permanecer una hora más en la ciudad de Nínive.

De modo que no elaboré pretextos ni envié mensajes. Simplemente acudí a recoger mi caballo de los establos de la Casa de la Guerra y salí en dirección al campo. La sombras de la noche cubrían el mundo con sus alas, pero apenas me di cuenta de ello. Las sienes me palpitaban como si la cabeza fuese a estallarme ante el menor sonido.

—¿Tanto me ha degradado el contacto de tu hermano que ya no puedes amarme, Tiglaht? —me había preguntado ella burlonamente—. Si deseas conocer algo más acerca de sus visitas a mi lecho, sólo tienes que preguntarme porque no voy a ocultarte nada. ¿Quién con más derecho a conocer las intimidades que existan entre Asarhadón y yo y las sutilezas de que se vale para granjearse el afecto de una mujer? ¿Quieres que te lo cuente todo, Tiglath?

Parecía a punto de llorar o reír sucesiva e incluso simultáneamente. Por último se echó en mis brazos sollozando como una criatura.

—¡No me dejes en esta oscuridad, Tiglath!… ¡Te lo suplico! ¡No vuelvas a abandonarme!

No cruzamos más palabras. Ni siquiera recuerdo cuándo me separé de ella, pero aún me parece ver su rostro bañado por las lágrimas.

De modo que salí con mi caballo en la oscura noche semienloquecido y cegado por la ira.

Durante lo que me parecieron interminables horas seguí galopando, hostigando mi montura hasta que sus flancos estuvieron cubiertos de espuma, hasta que no pudo seguir corriendo y se detuvo, esforzándose por

regular su respiración, jadeando ruidosamente su amplio pecho ante el esfuerzo realizado.

Desmonté y anduvimos juntos, dejando muy atrás las luces de las atalayas de la ciudad.

El viento era frío como el hielo y se filtraba por mi capa como miles de alfileres. La oscuridad era tan intensa que no distinguía el suelo que pisaba.

Por fin, cuando comenzó a aclarárseme el cerebro, sentí una oleada de frío que me obligó a volver a la realidad y traté de localizar algún refugio a mi alrededor. No tardé en descubrir una choza en ruinas, sin duda la residencia de algún campesino ya fallecido. El techo había desaparecido y los muros de adobe estaban destrozados por el paso del tiempo, pero aún era bastante sólida para ofrecer cierta protección contra el viento. Aseguré mi caballo y me acurruqué en una esquina, tras arrebujarme en mi capa. No era un lugar que ofreciese muchas comodidades, pero por lo menos allí no moriría de frío y no estaba en condiciones de mostrarme demasiado exigente.

Toda desesperación encuentra su fin y la mía tampoco fue eterna. En las frías horas del amanecer se había reducido a un hosco resentimiento, profundamente sombrío pero que, por lo menos, ya no me desgarraba el pecho como una comadreja atrapada en un saco. Comencé a considerar con cierta satisfacción la posibilidad de degollar a Asarhadón. Aquella idea me complacía en extremo y por un momento experimenté algo parecido al placer. Llevar a cabo semejante acción sería imposible, porque la persona del *marsarru* era tan sagrada como la del propio rey, pero aun así no podían privarme de la satisfacción de imaginarlo: éste es siempre el primer paso que emprende la mente para sanarse, la ilusión de que todo puede zanjarse con una sola acción.

Seguidamente me planteé soluciones más prácticas. Si no podía matar a Asarhadón, sí me sería posible pedirle que repudiase a su mujer: ella no le importaba, y una vez le hubiese dado un heredero saludable… Pero también eso era imposible. De todos era bien conocida la profecía según la cual ella debía ser madre de reyes. Asharhamat era el sello de legitimidad de Asarhadón en sus pretensiones a la corona. Si ella tenía hijos con otro hombre y los presagios les eran favorables, los descendientes de Asarhadón jamás estarían a salvo.

«Vuelve la espalda a tu dios… y regresa conmigo —había dicho ella —. Vuelve la espalda a tu dios.» ¿Cómo iba yo a hacer algo semejante?

No podía permitirme matar a Asarhadón honorablemente, en leal enfrentamiento, pero sí me era posible maquinar su asesinato. Sí, la gente moría diariamente sin despertar sospechas. ¿Acaso Arad Ninlil no había hallado la muerte? No me costaría encontrar cómplices voluntarios entre los que poder escoger, porque pocas veces un heredero real había gozado de menos simpatías que Asarhadón. Quizá una copa de vino envenenado…

Pero ¿sería yo capaz de hacer algo semejante? No, me era imposible. Había llegado a odiarle, mas por mi parte podía sentirse seguro: no me sentía con bastantes arrestos para ello.

¿Qué era, pues, lo que me quedaba? ¿Únicamente algunos encuentros furtivos con Asharhamat? ¿O quizá ni siquiera eso?

Aquélla era una terrible encrucijada.

Despertaba tímidamente el alba. El sol de Assur se levantaba tras las montañas del este. Al principio únicamente se intuía su confuso contorno, mientras que el cielo tomaba paulatinamente una gris tonalidad hasta que, por fin, el dios le insufló su fuego y el astro irradió de nuevo la luz expulsando a los oscuros fantasmas de la noche: un día más el mundo disfrutaba de aquel don de vida.

No podía considerarme muy inteligente. Tenía las piernas entumecidas por el frío, sentía hambre y mi mente estaba embotada por un hosco y pertinaz resentimiento, como los vapores del vino tras una noche de crápula. Me sentía de tan sombrío y emponzoñado talante que todo cuanto me rodeaba, incluso el resplandor del sol, me parecía injusto.

Estaba a muchos *beru* de la vivienda más próxima. Ni siquiera se apreciaba la proximidad de ningún sembrado y, sin embargo, mirando en torno, tenía la vaga sensación de identificar el lugar donde me hallaba. Posiblemente habría pasado por allí en alguna ocasión saliendo de caza. Fuese como fuese me era familiar…

Al cabo de tres horas llegué accidentalmente a un pueblo, aunque no me había propuesto encontrarlo. Los campesinos se agolparon alrededor de mi caballo gritando: «¡Es Tiglath Assur! ¡Tiglath! ¡Tiglath!» Y, en cuanto desmonté, me vi acosado por mujeres que me ofrecían cerveza en grandes jarras de arcilla y bandejas de fruta y cordero asado.

Entre los hombres se encontraban algunos que habían combatido en Khalule. Nos sentamos alrededor del fuego —al parecer el núcleo de la población consistía en unos sesenta o setenta aldeanos comprendidos niños y ancianos— y celebramos un improvisado banquete.

Ante tan insistente hospitalidad es difícil concentrarse en las propias desgracias personales, por lo que, absorto en aquella distracción, tardé bastante tiempo en recordar que era el más desdichado de los hombres. Me avergonzó haberlo olvidado, pero, como es natural, por entonces ya era demasiado tarde, puesto que, aún contra mi voluntad, me sentía muy animado, y agradecía a los grandes dioses que hubieran bendecido a los hombres otorgándoles corazones infantiles e inconstantes para que sus pesares pudieran tener tan limitados alcances. Mas aquella constatación no me enorgullecía.

—¡Quédate con nosotros! —me dijeron los notables del lugar—. Tu compañía nos traerá buena suerte y la bendición de los dioses.

«¿Por qué no?», pensé. Sí, permanecería con ellos algún tiempo, refugiándome en aquel poblado.

Pero en el país de Assur no había lugar donde el señor Tiglath Assur pudiera ocultarse. A la mañana siguiente se presentó en el pueblo uno de los heraldos del rey, de cuyo bastón de mando pendían varias cintas plateadas.

—El señor Sennaquerib, soberano de las Cuatro Partes del Mundo, saluda al príncipe real, señor Tiglath Assur —anunció como si se dirigiera a una multitud en vez de a un solo hombre. Era alto y barbilampiño, realmente de porte muy arrogante, característico de esos cortesanos que lucen espadas incrustadas de pedrería—. Soy uno de los múltiples emisarios enviados para indagar la repentina desaparición del señor Tiglath Assur.

Aquello era algo que podía haber esperado. Mi padre, que por su avanzada edad solía ser presa de súbitos temores, probablemente había ordenado a sus servidores que me buscaran por todas partes, conminándolos a no regresar sin llevarle noticias mías. Posiblemente su guardia estaría registrando codo a codo toda la ciudad, tratando de encontrarme vivo o muerto. Me había comportado muy cruelmente, debía haberle avisado.

—Puedes decir al rey que me has encontrado —respondí—. Estoy aquí y permaneceré algún tiempo.

—El señor Sennaquerib te suplica que regreses inmediatamente —repuso muy erguido. Realmente era un tipo sumamente afectado.

—Eso es imposible.

El hombre sonrió. ¿Cómo no iba a sonreír si transmitía las palabras del rey?

—¿Y por qué es imposible?

—¡No es posible porque no es ésa mi voluntad! —grité perdida la paciencia—. ¡Ve, di al rey mi padre que iré cuando quiera! ¡Vete!

Di una patada en el suelo sumamente disgustado y el hombre se sobresaltó. Esos eunucos palaciegos no se distinguen precisamente por su valor. Al cabo de un instante había vuelto a montar en su caballo y regresaba a Nínive, tras levantar una nube de polvo.

Mientras permanecí entre los aldeanos salí cada día de caza. Regresaba cargado de venados y jabalíes y mis sencillos anfitriones estaban encantados con tal abundancia de carne fresca, aunque yo disfrutaba escasamente con aquel deporte.

Únicamente deseaba estar solo, y por ello pasaba la mayor parte de la tarde sentado a la sombra de una acacia, devanándome los sesos sobre los extraños giros que habían tomado las existencias de Asharhamat, Asarhadón y la mía. Aunque mis cavilaciones no conducían a ningún lugar porque no existían soluciones, pues el dios así lo había querido, pero las características del problema se revelaban gradualmente con descorazonadora claridad.

Todos estábamos atrapados: Asharhamat en un matrimonio que se basaba en la amargura y el odio; Asarhadón encumbrado en una posición demasiado elevada para sus deseos y su capacidad. Y yo… amaba a una mujer que no podría conseguir, lo que constituía un hecho bastante común, y también podría vivir perfectamente sin la gloria del reinado. ¿Por qué entonces sentirme tan desdichado? No lo sabía y aquél era mi tormento, ignorarlo.

Cada noche, sentado entre los hombres del pueblo, hablábamos de la guerra y de los cultivos, únicos temas apropiados, y bebíamos cerveza

hasta que llegaba la hora de dormir y mis sueños no me atormentaban. Así transcurrieron cinco días.

Al tercer día el rey envió otro de sus heraldos, al que también despedí, aunque más cortésmente que al primero y, al anochecer del quinto día, mucho después de que los residentes del pueblo se hubieron retirado a descansar, se presentó otro emisario, al que le anuncié que regresaría a Nínive. Respondió que le habían ordenado que me acompañase, pero le dije que no pensaba permitirlo: no era un muchacho que hace novillos en la escuela y debe ser arrastrado por una oreja y regresaría solo, como me había marchado.

A la mañana siguiente, mientras montaba en mi caballo, una mujer me dio una jarra de agua y un cesto de mimbre lleno de pan y carne seca.

Me alejé sin mirar atrás y sin oír otro sonido que el eco de los cascos de mi caballo.

La puerta de Nergal, que da a la carretera de Tarbisu, aún estaba cerrada cuando llegué, de modo que tuve que llamar a gritos al vigía e identificarme para que me permitiese entrar. Crucé simplemente por ella y pasé casi sin ser advertido, como un jinete más entre tantos peatones. Cuando un príncipe no va acompañado de su escolta se convierte en un ser anónimo, carece de especial majestad y nadie le reconoce. A veces es conveniente recordar algo así.

Apenas había entrado a mis aposentos para despojarme de mi capa y quitarme el polvo del camino cuando un paje irrumpió en mi habitación e inmediatamente tras él el propio rey.

—¡Debería ordenar que te cortasen los pies por marcharte de ese modo! —exclamó abrazándome—. Negar acatamiento al soberano es un crimen que se castiga con la muerte. Hijo mío, por mucho que te ame, debería condenarte a perder la vida por tal insolencia. ¡Si no fuese por tu hermano! Tu ausencia ha obligado al *Pollino* a quedarse en Nínive, aguardando más de lo que le hubiese agradado y a mí me ha divertido enormemente su ira y su impaciencia. Siempre es un placer verle enojado, pero en esta ocasión está casi fuera de sí, no deja de hablar de tu «desmedida desfachatez» y de que si él fuese rey te hubiese desollado vivo. Por fin has tenido la fortuna de que te haya reconocido como su enemigo. Ven…, mis invitados están esperando en tu honor.

Nuestra entrada en el gran salón causó cierta sensación, porque nadie sabía la razón de que yo hubiese abandonado la ciudad e ignoraban si a mi regreso seguiría disfrutando del favor real. Los palacios son foco de constantes murmuraciones y posiblemente la mitad de los hombres que cenaban con nosotros aquella noche esperaban que se produjese algún cambio importante, como si fuese a barrerlos un terremoto, a hacerles perder o ganar el favor real.

Y, como colofón, estaba la reacción de mi hermano Asarhadón al ver aparecer al rey apoyándose en mi brazo, lo que le hizo palidecer de ira.

De modo que el banquete de mi padre fue causa de gran inquietud y, como solía suceder en los últimos años de su reinado, degeneró rápidamente en orgía y desenfreno. Apenas había transcurrido una hora, cortesanos que solían comportarse con la mayor dignidad, con los ojos inyectados en sangre a causa del vino, se arrojaban entre sí proyectiles de carne asada, y por lo menos tres danzarinas acabaron echadas sobre una mesa y fueron poseídas sucesivamente por distintos hombres que aguardaban turno riguroso. Era un escenario digno de un cuartel militar de provincias tras dos meses de campaña.

Pero el rey disfrutaba con ello. Se reía y profería chistes obscenos, animando a aquellos que aún se contenían para que se incorporasen al jolgorio general. Sus placeres parecían haber quedado reducidos a aguijonear a Asarhadón y a presenciar la depravación de sus nobles. Por fin se levantó de la silla, fue hacia un rincón y vomitó ruidosamente, consintiendo en retirarse a continuación a su lecho.

Y durante todo aquel tiempo mi hermano y yo, como siguiendo un tácito acuerdo, bebimos escasamente, apenas hablamos con quienes nos rodeaban y evitamos cuidadosamente cruzar nuestras miradas. Cualquiera hubiese imaginado al vernos que incluso nos resultaba insoportable reconocer nuestra mutua existencia.

Pero cuando finalmente el rey salió, también yo me retiré a descansar, dejando el campo libre a Asarhadón. Estaba cansado de Nínive: sólo deseaba regresar al seguro retiro de mi guarnición de Amat, donde los únicos enemigos se encontraban en el campo de batalla. Me hubiera sentido muy dichoso si hubiese podido abandonar toda aquella ruidosa corrupción a mi hermano, que sin duda se sentía más a gusto que yo. «Que tal sea su castigo, pensé: reinar en esta perrera hasta que la repugnancia corroa sus partes vitales y acabe con él. En cuanto el rey me deje en libertad, huiré

volando como un pájaro de estas redes de oro y me resarciré con creces amontonando los cadáveres de los medas como monumentos a mi gloria inmortal.»

Tan sencilla resulta la enmarañada red de la vida a un hombre joven, porque aún seguía siendo joven, aunque me sentía viejo y lleno de cínica sabiduría.

Una vez en mis habitaciones, Zabibe, la joven árabe, me ayudó a desnudarme y me frotó los miembros con aceite intensamente perfumado. Bajo sus sabias manos quedé casi dormido.

—Mi señor ha estado ausente muchos días —murmuró mientras bañaba mi rostro con agua mezclada con pétalos de flores—. Temo que mi señor haya olvidado a su esclava.

Así había sido: ni por un momento me había acordado de ella, pero me pareció una descortesía reconocerlo y me limité a sonreírle.

—Zabibe sólo vive para complacerte, señor—prosiguió con voz tan leve como el aleteo de un pájaro y acariciándome suavemente mi miembro, que en breve quedó erecto como si fuese de bronce. En su pálido rostro se reflejaba la luz de la lámpara de aceite, convirtiéndola en el único objeto real de la estancia—. Mi señor debe aprender a liberarse de toda preocupación, a desecharla como una prenda sucia. Mi señor debe permitir que Zabibe alivie su corazón.

A mis oídos llegaba su voz como si fuese un niño que se siente acunado, conscientemente aunque sin importarme que aquellas palabras no fuesen más que la experta labia de una ramera. ¿Qué importaba si era o no real? ¿Por qué debía preocuparme? Sólo existía aquel momento, aquel instante que yo podía considerar mío. La felicidad era una sombra, mas el placer, por lo menos, era real.

A la mañana siguiente desperté con una terrible jaqueca. El brasero, frío desde hacía horas, había dejado en el ambiente un tenue olor a humo y Zabibe roncaba como un búfalo de agua. Aquél era el final de la pasión: una mañana de invierno, la cabeza aturdida y una mujer que en cuanto abriese los ojos sin duda esperaría que se la reconociese como una bendición del cielo. Me cubrí con mi túnica y abandoné sigilosamente la habitación. Por la noche tal vez volviese a desear el consuelo que me

ofrecía la esclava, pero por el momento no podía enfrentarme a ella. Me escabullí a la Casa de la Guerra, donde podría depurarme el alma con el vapor de los baños y disfrutar del almuerzo de los soldados a base de cerveza y mijo cocido.

—¡El augusto señor Sennaquerib, soberano de las Cuatro Partes del Mundo, saluda al príncipe real Tiglath Assur!

Su voz resonó como un tambor de guerra hasta los más recónditos rincones de la mesa de los oficiales. Yo estaba sentado de espaldas a la puerta y no me habría sorprendido tanto si alguien me hubiese hundido la punta de una espada en los omóplatos. Me volví y descubrí al heraldo provisto de su bastón de mando con las cintas de plata, y el corazón me dio un vuelco en el pecho.

—El augusto señor Sennaquerib solicita…

—Bien, bien. Dime dónde debo acudir —le interrumpí.

Estaba comenzando a cansarme su complicado ritual.

—Si te dignas acompañarme ahora mismo…

Hizo un ademán ampuloso indicando el camino y yo me levanté dócilmente para seguirle.

Afuera me aguardaba una litera. Jamás había sido conducido de aquel modo, puesto que siempre había pensado que tenía dos piernas fuertes y resistentes y no me parecía aquél momento apropiado para comportarme como una cortesana regalada, de modo que la despedí y seguí a pie al emisario. Recorrimos los parques de palacio, cruzamos la puerta de Igisigsig y seguidamente los jardines que se extendían desde el recodo formado por el río y la parte norte de la muralla de la ciudad, lugar predilecto de mi padre, y donde le encontré sentado bajo un emparrado con una copa de vino en la mano. Le acompañaba Asarhadón con aspecto tan malhumorado como la noche anterior.

—¡Por fin se digna el héroe concedernos un momento! —exclamó levantándose de la silla con mirada iracunda—. Me sorprende que se haya tomado semejante molestia.

El rey se echó a reír y arrojó el contenido de su copa en el suelo, bajo un matorral florecido.

—El *marsarru* me estaba diciendo que tu campaña contra los medas ha sido totalmente infructuosa. Dice que sólo estaremos realmente a salvo evitando la cólera de los dioses.

Volvió a reírse y dio una patada en el suelo para acentuar la intención de sus palabras, y Asarhadón frunció el entrecejo y gruñó como un toro aguijoneado por las moscas. Era evidente que aquella cuestión se prolongaba desde hacía rato.

—Como siempre, el señor *marsarru* tiene razón —repuse—. Sólo un necio provocaría la cólera del gran Assur, pero no creo que le moleste que recordemos a los medas que es Él y no Ahura el dios de los países occidentales.

—Me refiero al templo de Marduk en Babilonia —repuso Asarhadón sentándose nuevamente.

Parecía como si temiera que fuese a darle la mano.

—El lugar está en ruinas. ¿Recuerdas cómo colaboramos ambos en su destrucción? Y Marduk ha abandonado su ciudad y rinde acatamiento a Assur en su templo de Nínive. ¿Acaso sugieres que debería ser de otro modo? —le respondí con una sonrisa.

En aquel momento le odiaba más profundamente que a nadie en mi vida. Mas no pensaba en los medas, en los templos en ruinas de Babilonia ni en el honor de los dioses inmortales, sino en Asharhamat.

—Sí, mi señor *marsarru* —intervino el rey—, ¿acaso crees que debería ser de otro modo?

Estaba sentado con las manos entre las rodillas y nos miraba alternativamente a uno y a otro. Le brillaban los ojos de malicia, pero el sol resplandecía implacable sobre sus blancos cabellos, que revelaban su avanzada edad.

Asarhadón cogió una piedrecita y la proyectó contra un pájaro que se había posado en la rama de un árbol, a unos veinte pasos. Erró el tiro y el ave revoloteó por los aires.

—Los medas no son más peligrosos que ese pájaro —observó. Mas leí en sus ojos cuan consciente era de haber eludido una respuesta directa.

—¿A qué te refieres, mi querido hijo…, a ese pájaro o a la infalibilidad de tu brazo?

—El dios de Babilonia debe ser restituido a su ciudad —repuso Asarhadón, pareciendo omitir la ironía del rey—. Marduk, que no pasa por alto ninguna ofensa, ha concebido una gran ira contra el país de Assur. No podremos prosperar hasta que su ciudad sea reconstruida. Si no cumplimos con este deber, nuestra dinastía será exterminada.

—Yo no nací en el país de Sumer —dije—. Soy hijo del norte y me someto a la misericordia de Assur.

—No era necesario que nos recordases que casi eres extranjero, señor Tiglath.

—Tampoco los demás olvidamos que tu madre se vendía en las tabernas de Borsippa, señor *marsarru*.

Asarhadón se levantó preso de terrible ira y llevó la mano a la empuñadura de su espada. Creo que si no hubiese sido por la presencia del rey habríamos dirimido allí mismo nuestras diferencias de una vez para siempre, pero mi padre se levantó a separarnos.

—¡Cómo os atrevéis! —gritó—. ¡Cómo os habéis atrevido! ¿Acaso soy un patán con los pies llenos de barro para ver cómo mis hijos se aguijonean mutuamente y se enfrentan? ¡Os lo prohíbo! ¡Siéntate, Asarhadón, puesto que tú eres el más digno de censura! Estábamos hablando de los medas…

La crisis se superó tan rápidamente como había comenzado. Asarhadón volvió a sentarse, pero desde aquel momento pareció como si hubiese ensordecido, tal fue el impacto que le habían causado nuestras palabras.

—¿Puedo entonces hablar de los medas? —pregunté.

Al parecer ya habíamos concluido con los restantes tópicos.

—Sí, hijo mío. Hablame de ellos.

—Son un pueblo insignificante, carecen de importancia —explicó mi hermano sin mirarme siquiera.

—Los sagari, los miyane y los iranzu, algunas tribus arias son realmente insignificantes y, aislados, carecen de importancia. Pero si se unen y logran constituirse en una nación, llegarán a ser peligrosos. Y eso es lo que está comenzando a suceder bajo el dominio de un hombre llamado Daiaukka, que se da a sí mismo el título de rey. Yo le he conocido personalmente y podría convertirse en un temible enemigo. Además, han descubierto un nuevo dios…

Estuve hablando durante algún tiempo, explicándoles todo cuanto había aprendido en las montañas del este, y el rey escuchó con gran atención. De vez en cuando me interrumpía para hacerme alguna pregunta, tal vez un nombre o el significado de una palabra extranjera, pero, por lo demás, mantuvo un silencio impenetrable.

—¿Y crees que avanzarán en dirección oeste? —preguntó por fin, cruzando las manos en su regazo.

—Sí, augusto señor. A menos que los detengamos a tiempo, bajarán de sus montañas como lobos. Debemos hacerles pagar caras sus ambiciones y, si la lección es bastante dura, acaso nos dejen en paz durante una generación.

—Y para ello sin duda necesitas un gran ejército —intervino de pronto Asarhadón—, un ejército muy superior al que actualmente tienes a tu mando.

—Sí, necesitaré más hombres. Quizá otras sesenta compañías.

Mi hermano asintió como si aquella fuese la respuesta que estaba esperando y exhibió una tensa sonrisa que daba a entender que se habían confirmado sus sospechas.

—Mi señor rey —preguntó por fin—, ¿has considerado con qué finalidad reúne mi hermano tantas fuerzas? Sin duda no será para luchar contra los medas. No es posible que esos bárbaros montañeses, que sólo amenazan nuestras provincias orientales, justifiquen una respuesta masiva. Creo que las razones de que el señor Tiglath Assur desee fortalecer su ejército en el norte tienen muy poco que ver con ellos.

—¿Y qué razones serían ésas, mi señor *marsarru*?

El rey aguardó una respuesta observando a su hijo con ojos entornados y mirada inquisitiva.

—Pienso que se prepara para el día en que deba reinar un nuevo monarca en Nínive y que se propone ser coronado él mismo.

Asarhadón cruzó los brazos sobre el pecho y se volvió a mirarme. «Te he descubierto —expresaba su mirada—. Te parece que has sido muy inteligente, pero conozco tus intrigas desde el primer momento.»

—Si es eso lo que mi hermano cree, puedo darle una respuesta muy sencilla —repuse sonriendo, aunque en aquel momento mi cariño hacia Asarhadón se había extinguido—: que se ponga él mismo al frente de ese ejército, que lo convierta en su arma y no en la mía. Es un excelente soldado y sin duda saldrá victorioso. Que disfrute él y no yo de la gloria de la conquista.

—Así podrás quedarte en la capital y conspirar con mis enemigos, ¿no es eso? ¿Acaso me crees tan necio, Tiglath?

—Si preparo un ejército en el norte dices que trato de usurparte la corona —respondí ladeando la cabeza divertido—. Y si opto por permanecer en Nínive también te arrebato tus derechos. Decídete, Asarhadón. ¿Cuáles crees que son mis intenciones? Debes resolver de una vez de qué modo crees que voy a traicionarte.

El rey se echó a reír, y al ver que mi hermano intentaba responderme le hizo señas conminándole a guardar silencio.

—Ahora hablemos de cosas serias —ordenó—. Dices que puedes detener a los medas durante una generación, Tiglath. ¿Crees que luego volverán?

—Sí, augusto señor. Volverán en cuanto encuentren otro rey que les haga olvidar el poder de Assur.

—Sí…, así debe ser —movió tristemente la cabeza—. En los tiempos de mi juventud, cuando luché contra los hebreos en las ciudades de Tiro y Sidón, estuve en las costas del mar del norte y tuve ocasión de ver cómo lamían la arena, las olas de aquel mar. Avanzan y retroceden sucesivamente y cada una es más potente que la anterior hasta que llega la novena y última. ¿De modo que ese Daiaukka que se dice rey no es como la última ola?

—No, señor. Su padre acaso fue la primera y él tal vez sea la segunda.

—Entonces trata de ganar el mayor tiempo posible a nuestro favor, Tiglath, hijo mío. Me alegro de ser viejo para no verme sometido a tantos trastornos.

Al oír aquellas palabras Asarhadón se levantó y se alejó sin ni siquiera mirarnos. El rey no intentó detenerle.

—¿Serías capaz de hacer algo semejante? —preguntó por fin—. ¿Declararías la guerra al señor *Pollino* para reinar en su lugar?

—No.

—Es una lástima, pues serías mejor rey. Pero nunca puede preverse lo que los dioses nos deparan. Odio pensar en lo que sucederá cuando yo haya muerto.

Se acarició la barba, que ya era muy blanca, y se quedó contemplando el jardín, aunque fijando su mirada en un punto indefinido. ¿O acaso estaría viendo los tiempos que le sucederían? Lo ignoro.

—Librarás esa gran batalla contra los medas —anunció finalmente—. Pero creo que será el último don que recibirás de mis manos. Soy viejo y

estoy cansado. Las fuerzas me abandonan por momentos y no puedo enfrentarme yo solo a Asarhadón.

—¿Solo, augusto señor?

—Sí —Me miró cambiando repentinamente de expresión—. ¿Acaso no lo sabías? Mi hermano el señor Sinahiusur se está muriendo.

—No, no lo sabía. Tenía entendido que se encontraba enfermo, pero…

—Sí, se muere. Ve a verle, hijo, porque siempre ha sido tu amigo.

Mientras aguardaba en el vestíbulo del palacio de mi tío me impresionó el silencio allí reinante. Muchos eran los que habían acudido a presentar sus respetos al *turtanu*, sin duda en su mayoría confiando obtener un postrer favor, pero nadie hablaba. Era como si todos esperasen en cualquier momento la aparición de algún personaje y desearan no perderse tal ocasión.

«¡Ojalá no me suceda algo semejante y pueda encontrar mi *simtu* entre el fragor de la batalla, en el momento más inesperado!», pensé.

—El señor Sinahiusur desea verte ahora mismo —anunció el chambelán casi susurrando las palabras en mi oído—. ¿Te dignas acompañarme, príncipe?

Los presentes nos siguieron con la mirada cuando salimos del salón. Me pregunté cuántos de ellos me envidiarían neciamente.

La habitación del *turtanu* era muy pequeña y estaba decorada con sobriedad, únicamente contaba con un par de cómodas de cedro. Pese a que estaba a punto de exhalar su último suspiro, el señor Sinahiusur, *turtanu* real, yacía en un sencillo jergón. Me senté a su lado y cogí su mano entre las mías. Me sorprendieron sus escasas fuerzas. Al parecer su enfermedad le había consumido porque tenía el rostro muy afilado.

Pero cuando se dirigió a mí su voz aún sonaba firme.

—Sé que has visto al rey —murmuró—. ¿Ha dado su aprobación para que combatas a los medas?

—Sí, señor… Parece que estoy destinado a ser un conquistador.

No me devolvió la sonrisa, aunque supongo que captó mi ironía.

—Sí, un conquistador —asintió. Cerró un momento los ojos y luego volvió a abrirlos, diríase que con un terrible esfuerzo de voluntad—.

Cuando llegue el momento también Asarhadón será un conquistador. Me preguntó qué consecuencias reportará ello para el país de Assur.

—¿Crees que obro equivocadamente, señor?

—¿Equivocado…? No, pero ya no importa lo que crea. Ni el rey ni yo importamos ahora. Él también lo sabe. Asarhadón y tú debéis dirimir el futuro entre vosotros.

Me disponía a responderle, a decirle que seguramente se recuperaría y que aún viviría muchos años, pero no lo hice. ¿Qué hubiese ganado mintiéndole cuando él mismo habría sabido que mis palabras no eran ciertas? En su rostro se leía la certeza de su próximo fin, aunque no parecía importarle.

—Cuando muera, los médicos me destriparán para tranquilizarse y asegurarse de que no he sido envenenado —sonrió como si se tratase de una chiquillada—, y encontrarán mis entrañas corrompidas porque no muero a manos de ningún enemigo, Tiglath. Me pregunto cuánto habré ofendido al dios para que me condene de este modo.

—Eres un hombre piadoso, señor… No puede existir pecado en ti.

—¿Lo crees así? —preguntó estrechándome la mano—. Quizá sea cierto, pero no estoy tranquilo. Todos hemos obrado muy equivocadamente, Tiglath, aunque no acierto a descubrir dónde. Es probable que los augures nos hayan imbuido de falsas esperanzas. Tal vez pecamos creyendo conocer la voluntad divina.

Permanecimos en silencio largo rato, mientras el señor *turtanu* parecía rememorar el sinuoso decurso de su vida. Seguía sosteniendo mi mano, pero tenía la impresión de que había olvidado mi presencia. Era como si por un momento se hubiese ausentado para proseguir su prolongada agonía, y aquello era algo que se vería obligado a hacer por sí solo.

—Hubiera deseado verte antes —prosiguió por fin, interrumpiendo mis pensamientos y produciéndome un sobresalto—, pero abandonaste tan rápidamente la ciudad… No, no necesitas explicarte. Como es natural, también yo tengo mis espías y conozco la razón. ¿Qué harás, Tiglath, hijo mío? ¿Qué harás?

—¿Hacer, señor? ¿Qué puedo hacer?

—Sólo el dios lo sabe.

—Sin embargo no se manifiesta —repuse, preguntándome cómo habría surgido aquel tema—. Mantiene ocultos sus designios y nos vemos

obligados a andar a tientas entre la oscuridad de nuestros deseos.

—Sí…, ocultos. En esto y en tantas otras cosas… Pero ¿acaso no es todo lo mismo, Tiglath? ¿No es la vida como una túnica sin costura? Debes volver a verme.

—Sí, señor. Siempre que lo desees.

Le compadecí…, aunque solamente porque sabía que se estaba muriendo. Entonces no me daba cuenta de que quizá había llegado a comprender que el mundo era más perverso y los designios divinos más sinuosos de lo que aquel ser prudente y piadoso jamás podría entender. Tal vez por fin había llegado a la conclusión de que no comprendía nada: acaso sea éste el último don que los dioses otorgan a quienes los sirven.

Sinahiusur sonrió de un modo enigmático.

Pero no volví a verle. En el instante de mi marcha ya había oscurecido y el señor *turtanu* moriría al ponerse el sol del siguiente día. Mas cuando regrese a mis aposentos, yo ignoraba todo esto: sólo sabía que me sentía deprimido. Encontré a Zabibe esperándome.

—Has tenido una visita, señor —me comunicó con voz insólitamente tensa, como si algo coartase sus palabras—. Vino una mujer, una esclava doméstica, según creo, pero de modales muy refinados. Quería verte, mas no pudo esperar, de modo que me entregó algo para ti. Está ahí, sobre la mesa.

Era un paquetito atado con un delicado pañuelo. No lo abrí inmediatamente, aunque ella parecía estar esperando que así lo hiciese. Descubrí que no sentía deseos de satisfacer su curiosidad.

—¿No se dio a conocer? —pregunté.

—No, señor.

—Bien, entonces ordena que me sirvan la cena inmediatamente.

Me quedé inmóvil, sin pensar en nada hasta que por fin deshice el nudo. En el interior apareció un broche de lapislázuli de esos que las mujeres utilizan para recogerse el velo. Estaba tallado, decorado con figuras de gatos, y procedía de Tiro. Por lo menos eso había sido lo que me dijo aquel mercader la mañana que lo compré en un bazar para obsequiar a Asharhamat, al parecer hacía tanto tiempo.

OceanofPDF.com

XXVII

Durante todo aquel invierno, Nínive fue como un perro viejo que se muerde a sí mismo durmiendo. Se produjeron disturbios, altercados tabernarios que degeneraron rápidamente en tumultos, y se provocaron incendios en los distritos más pobres. La gente hablaba de presagios y del nacimiento de monstruos. Reinaba inquietud general, cuya causa se desconocía. Todos parecían esperar que sucediese algo, aunque nadie sabía qué podía ser. No había paz.

Para mí todo comenzó con la muerte del señor Sinahiusur. En su testamento me nombraba único heredero, puesto que no había tenido descendencia. Entré en posesión de sus palacios, de sus vastas propiedades a lo largo del Eufrates superior y de cantidades incalculables de oro y plata. Si sumamos a esto cuanto el rey me había dado, me convertí, después de mi padre y de mi hermano, en el hombre más rico del país de Assur.

Pero, al parecer, la riqueza no era todo lo que estaba destinado a heredar porque el rey no designó ningún sucesor al cargo de *turtanu*. Corrían rumores —la ciudad estaba llena de ellos— de que mi padre sólo esperaba que yo se lo pidiese. Y con toda probabilidad eso era lo que pensaba Asarhadón y posiblemente yo mismo.

Cuando aún estaban preparando el cadáver del señor Sinahiusur para ser sepultado junto a los restos de sus antepasados, acudió a visitarme a mis habitaciones una delegación de oficiales veteranos del *quradu*.

—El rey está demasiado viejo para gobernar solo —me dijeron—. Si no asumes el cargo de tu difunto tío, gran parte, quizá la mayoría de sus poderes, pasarán a Asarhadón.

—¿Y sería eso tan terrible? Asarhadón debe reinar algún día… No le irá mal aprender a ejercer autoridad. Además, el rey puede escoger a cualquier otra persona como *turtanu*.

—¿A quién? ¿Quién resultaría aceptable para Asarhadón?

—Tampoco yo sería aceptable para él. Pero Asarhadón aún no es rey, ¿por qué debe depender de él la elección?

—Porque los hombres le temen.

—¿Por qué?

—Porque el *marsarru* ha jurado que todo aquel que se encuentre por encima suyo en este reinado, no vivirá una hora en el próximo.

—¿Acaso eso no me afecta también a mí? Soy tan vulnerable como cualquiera y mi hermano ordenaría que me cortasen el cuello antes que a nadie.

—Si tú eres el nuevo *turtanu*, tal vez podría evitarse que Asarhadón llegase a reinar.

—No soy mago, caballeros. No entra en mis posibilidades mantener eternamente vivo a mi padre.

—El señor Tiglath Assur no parece dispuesto a comprendernos.

Así se desarrolló nuestra entrevista. Pero ¿acaso podía decirles que ya había empeñado mi palabra en aquel asunto? ¿Qué aún me sentía ligado a la promesa hecha a Asarhadón cuando todavía éramos amigos? Ni siquiera yo mismo lo sabía, pero, de todos modos, aquello era una incongruencia.

Los oficiales del *quradu* sabían perfectamente que hubiese sido muy fácil. En mi calidad de *turtanu* y con el pleno apoyo del rey, me hubiese ganado al ejército, convirtiéndolo en único instrumento de mi voluntad, de modo que, cuando llegase el momento, estaría en condiciones de dejar arrinconado a Asarhadón y asumir el trono por derecho propio o, si lo prefería, dejándole aparecer como un hombre de paja y reservándome toda la autoridad real. Incluso hubiese podido obligarle a separarse de Asharhamat para poder casarme con ella. Como *turtanu*, mi poder no conocería límites siempre que tuviese arrestos para usarlo.

Pero el obstáculo consistía en que yo no estaba preparado para despojar a mi hermano de los derechos que legalmente le correspondían. Asharhamat me había dicho que diese la espalda a mi dios, pero no podía. El dios había impuesto su marca tanto en mi espíritu como en mi cuerpo. Me había hecho sentir demasiadas veces su presencia para que pudiera ignorar su voluntad, y ésta era la de que Asarhadón reinase. En resumen, me asustaba cometer aquel acto de impiedad que tantos me instaban a llevar a cabo. Temía tener que arrostrar la ira de Assur. Antes de llegar a

eso, aunque no fuese por otra cosa, estaba dispuesto a comportarme como un cobarde.

¿Qué era lo que el *maxxu* me había dicho? «En los próximos años te despedirás tantas veces que se te entumecerá la lengua.» Aquél era mi inalterable destino, la voluntad del dios. No podía ser de otro modo. Así fue cómo en los ritos funerarios del señor Sinahiusur, mi protector y amigo, comencé a pronunciar la palabra «adiós».

Durante tres días el cadáver del *turtanu* estuvo expuesto en su casa, para que toda la ciudad pudiera acudir a rendir homenaje a aquel gran hombre que había sido primer ministro del estado. Asarhadón había regresado a Kalah y el rey, siguiendo una antigua costumbre, no intervino en el duelo: de toda mi familia únicamente yo velé al difunto. De día iba y venía la gente, examinaban al cadáver y se retiraban. El poderoso *turtanu* no era ya más que un objeto de curiosidad. Se diría que la gente no recordaba de quién se trataba, al igual que un ser extraño que ya antes de estar sepultado en su tumba hubiese sido olvidado, como si, al final, aquella vida que había estado tan llena de actividad no significase nada.

Y, por fin, tuvo lugar la procesión, una ceremonia silenciosa e imponente que pareció señalar el tránsito de la inocencia por el mundo. En mi calidad de heredero presidí la fúnebre comitiva tras el sencillo féretro de madera en el que su cuerpo fue trasladado a la sagrada ciudad de Assur, a un sarcófago de piedra. En la cámara funeraria real no se percibía ningún sonido; la misma multitud que se había congregado ante el palacio real había enmudecido respetando el silencio que ya había descendido sobre el *turtanu* cuando aún estaba con vida.

Al llegar a las puertas de la ciudad el féretro fue colocado sobre una carroza. Seguido de la guardia de honor inicié un viaje de cinco días a Assur. Durante el camino por carretera cada día era igual al precedente. Nadie decía palabra.

El señor Sinahiusur, ungido su cuerpo con fragantes óleos, fue finalmente depositado en su tumba. La losa de piedra cubrió sus restos y fue sellada en bronce. Jamás volvería a ver la luz del día. ¿Sería ésta realmente una despedida?

Morir, convertirse en algo vago, en un espíritu, o quizá ni siquiera eso. Tal vez sólo en polvo invisible, esparcido por la tierra por un viento indiferente. Era un pensamiento horrible.

En nuestro camino de regreso a Nínive me parecía oír la risa del dios burlándose de mí, de todos nosotros.

Pero aunque los hombres mueren, la vida continúa. Llegó el momento en que Asharhamat, a quien no había visto desde la primera vez que regresé a Nínive, daría a luz a su hijo y envió en busca de mí.

—El hijo de Asarhadón se llamará Shamash Shumukin —dijo tendida en el lecho. Nos encontrábamos en sus aposentos, yo me sentaba a su lado y ella entrelazaba sus largos y delgados dedos en los míos—. ¿Te das cuenta de cómo trata de sobornar al Señor de la Decisión? «Shamash ha creado un nombre.» Temo que el primer acto de esta criatura consista en dar muerte a su madre. Sufro horribles pesadillas, Tiglath. Estoy llena de temor y ni siquiera conozco la razón. Puesto que el dios no me concede su favor, tampoco debería temer su ira. ¿Por qué debo asustarme si daría por bien recibida la muerte?

—¿Qué pesadillas son ésas, Asharhamat?

—Sueño en un incendio…, todo está lleno de fuego, llamaradas rojas y doradas como lenguas de serpientes. Alrededor mío arden los muros de un gran palacio y soy yo quien lo ha prendido con una antorcha. Muero por mi propia mano, pero en realidad no soy yo. Lo veo todo como a través de los ojos de otra persona.

—¿Has consultado a un *sha'ilu*?

—¡Oh, sí, a varios! —Se echó a reír como en un repentino acceso de histeria que concluyó en un segundo y me estrechó con más fuerza la mano —. En casa de tu hermano abunda todo género de adivinos. Una vez hice mi elección, se acariciaron las barbas con aspecto grave y me aseguraron que me dirían la verdad. Uno de ellos dice que las llamas representan la ira de Assur por alguna obligación que he incumplido; otro me asegura que llevo en mis entrañas al propio sol que iluminará el mundo. ¿Imaginas que alguien pudiera creer algo semejante de la simiente de Asarhadón? He oído tal cantidad de insensateces de esos doctos varones como para decidirme a olvidar el asunto. Sin embargo creo que el dios se propone vengarse de mí, que se ensaña anunciándome mi propia muerte.

—No morirás, Asharhamat —murmuré pasándole el brazo por el cuello y atrayéndola hacia mí. Intuía que lo que le decía era cierto, aunque no sabía de dónde provenía tal certeza—. Nuestro amor no puede acabar tan pronto.

Me miró a los ojos sonriendo y no pude menos que preguntarme por qué iba el dios a vengarse en Asharhamat. ¿Qué había podido hacer que le hubiese ofendido? En aquel momento me rozó los labios con la punta de los dedos y observé que sus grandes ojos negros estaban llenos de lágrimas.

—¡Perdóname…, perdóname por haberte abandonado! —exclamé.

—¿Cómo no iba a perdonarte, Tiglath? —repuso alzándose y estrechando contra mí su cuerpo tembloroso. ¿O quizá fuese yo quien temblaba?—. Hace mucho que te perdoné, mi amor. Aunque debes saber que abominé de ti. Pero si vuelves a amarme como entonces retiraré mi maldición.

—No, no lo hagas porque tu maldición me obligaba a verme eternamente perseguido por tu amor, y eso no es un castigo. En este tiempo he comprendido que cuando no tengo tu imagen ante mí estoy casi muerto.

Nos abrazamos llorando porque habíamos vuelto a vivir. Sólo nos importaba saber que nos pertenecería mos mutuamente hasta el último soplo de nuestro aliento. «Vuelve la espalda a tu dios», me había dicho. ¿Y aún no había encontrado yo el valor necesario? ¿Acaso no seguía siendo mía pese a los dioses y a los hombres?

Pero el señor Assur es sabio, más sabio de lo que yo imaginaba.

El ciego permanece entre la oscuridad imaginándose bañado en luz. «Tus ojos te ciegan», había dicho el *maxxu*. Pero yo también debía haber estado sordo porque sus advertencias no significaron nada para mí. Me sentía nuevamente dichoso, deslumbrado por el amor de Asharhamat.

¿Estaba ella tan ciega como yo? No lo creo, las mujeres son muy astutas. Asharhamat había obrado mal a conciencia y sin que le importase: no temía a hombres ni a dioses. Tenía un valor genuinamente femenino.

—Me he enterado de que tienes una concubina árabe —me reprochó —. Ninsunna, mi doncella, la vio cuando fue a visitarte.

—Se trata de un obsequio del rey —repuse algo avergonzado y sonriendo como un necio—. Si lo deseas, la despediré.

—No, no lo hagas. Si lo hicieras, la gente murmuraría porque una mujer desdeñada, aunque se trate de una esclava, siempre habla. Consérvala y acuéstate con ella, hazle creer que disfruta de tu favor.

Nosotros podremos vernos pocas veces y no me importa cómo gastes tu simiente mientras me reserves tu corazón.

Los hombres somos unos necios cuando imaginamos ser muy astutos: sólo las mujeres y las víboras lo son.

Veinte días después Asharhamat dio a luz un niño robusto al que llamaron Shamash Shumukin, de acuerdo con los deseos de su padre, y sus temores no se vieron confirmados. Siguió con vida y seguía viviendo tras las celebraciones del Akitu y las inundaciones de primavera, cuando ella se despidió de mí en el instante en que emprendía el viaje de regreso a Amat.

Pasé primero por «Los tres leones» para visitar a mi madre y disfrutar de unos días de descanso antes de reunirme con las nuevas compañías de soldados que me acompañarían a la guarnición. Me proponía dedicarme a cazar y compartir algunas jarras de cerveza con mis trabajadores al anochecer. Aguardaba muy ilusionado aquellos días sin imaginar que en mi casa me aguardaban otras intrigas.

Aquella noche, a la hora de cenar, Naiba no apareció en ningún momento. Pregunté por ella, pero mi madre bajó simplemente los ojos y murmuró algunas palabras confusas que no entendí.

—¿Acaso deseas decirme algo, Merope? —le pregunté.

—No, hijo mío —repuso aún sin mirarme—. No deseo decirte nada.

El leve énfasis con que pronunció aquella frase era harto elocuente. No…, no deseaba decirme nada.

—Pero si sucediese algo me lo dirías, ¿verdad?

Silencio.

¿Qué posibilidades tenía? ¿Por qué me molestaba siquiera en preguntar, puesto que ya podía imaginar lo que había sucedido durante mi ausencia?

—Ordena a Naiba que comparezca ante mi presencia mañana por la mañana —dije levantándome de la mesa. A mi lado tenía una jarra semillena de vino. Decidí llevármela, puesto que no tendría con quien compartir mi lecho—. Hasta entonces no quiero verla, pero deseo que me sirva el desayuno.

—Lathikadas, yo…

—¿Qué, madre?

—Nada —repuso. Y seguidamente levantó hacia mí sus ojos secos y ardorosos—. Salvo que te muestres comprensivo con ella: hazlo por mí.

—Sí, madre. Mañana por la mañana decidiré hasta qué punto puedo ser comprensivo. Cuida de que Naiba se presente ante mí.

Y me retiré a mis habitaciones.

Aquella noche dormí más profundamente que nunca, sin verme perturbado por ninguna pesadilla, y a la mañana siguiente me sentía mucho mejor.

Naiba me sirvió el desayuno. Estaba muy silenciosa y evitaba mirarme directamente. No necesité explicaciones.

—¿Te has enamorado de ese muchacho? —le pregunté súbitamente, aunque me había propuesto no decirle nada—. Sabes a quién me refiero: a Qurdi, el hijo de mi capataz.

—Señor, yo… —balbució, mirándome con los ojos llenos de lágrimas, aquellos ojos tan parecidos a los de Asharhamat.

Sin duda estaba asustada. Pero yo ya me había cansado de tanto llanto femenino.

—Bien: si le quieres, no veo inconveniente en que consigas tus deseos —dije con suavidad, cogiendo un pedazo de pan y sumergiéndolo en la cerveza—. Esta mañana hablaré con su padre y me enteraré de la dote que desea recibir… ¡No te arrodilles, muchacha! ¡Ya basta!

Se había postrado en el suelo, a mis pies, y se abrazaba a mis tobillos. Me asombró comprobar cuan fácil había sido hacer dichosa a aquella mujer.

—¡Basta Naiba! ¡Basta ya! Eso está mejor. Ya hablaremos de esto cuando todo se haya resuelto. Márchate…, déjame desayunar en paz.

Por fin Naiba se secó los ojos y se marchó. El suave roce de sus pies descalzos sobre las baldosas se perdió a lo lejos como el viento arrastra las hojas caídas.

Se presentó uno de mis servidores a retirar la vajilla del desayuno y le ordené que encendiera fuego en la casa de baños y que me sirviese una jarra de vino nairi que me había traído de Amat y casi había agotado, aunque no me importaba porque el rey Argistis sin duda en breve me enviaría otro embajador tratando de conseguir nuevos favores. Acudí al baño de vapor y estuve sentado durante casi una hora entre aquel ambiente

cálido y húmedo. Seguidamente me vestí, ungí mi barba y cabellos con aceites, sintiéndome de nuevo como un ser humano y a continuación hice acudir a mi presencia a Tahu Ishtar.

—Capataz, ¿está tu hijo dispuesto a tomar esposa?

Comprendí que le había cogido por sorpresa. Frunció el entrecejo preocupado e hizo una profunda reverencia.

—Señor, me siento avergonzado —comenzó—. Este asunto… es como un insulto que te ha sido inferido…, y me duele muchísimo.

—Sólo te he preguntado si Qurdi desea casarse. No quiero hacer más averiguaciones. La esclava Naiba sabe comportarse en el lecho y hará feliz a tu hijo. Cierto que es bárbara e imagino que algunos años mayor que él, pero eso no es necesariamente un inconveniente: sólo lo sería si ambos fuesen niños. También es trabajadora. Te daré diez siclos de plata para que no llegue a su esposo como una pordiosera. ¿Qué me respondes, capataz?

No pude imaginar qué debía esperar Tahu Ishar porque en aquel momento perdió su grave dignidad y se quedó boquiabierto, incapaz de pronunciar palabra. Tuve que hacer un esfuerzo para contener una sonrisa.

—Perdón —proseguí cuando me resultó evidente que no iba a recibir respuesta—. ¿Tienes algo que objetar de esa muchacha?

—No, señor. Habiendo sido tu…, mi hijo puede sentirse muy honrado… Y diez siclos de plata es una suma importante.

—¿Consideramos entonces el trato en firme?

Le tendí la mano y se la quedó mirando como si no supiera que hacer hasta que por fin la cogió estrechándola con fuerza.

—Mi hijo estará en deuda contigo toda la vida, señor —dijo casi llorando—. Has honrado mi casa cuando hubieses podido…

—No hablemos más de este asunto —repuse, desprendiéndome con dificultades de su mano y emprendiendo el regreso a mi casa—. Los casaremos este invierno, cuando vuelva de Amat. Entretanto, mientras yo me encuentre en «Los tres leones», me comprometo a no llevarme a esa muchacha al lecho y podrá vivir bajo la protección de mi señora madre, que la quiere como a una hija.

—Por lo que se refiere a tu lecho no es necesario que te prives de ella —repuso Tahu Ishtar, muy convencido, pues era hombre respetuoso con la propiedad ajena—. Seguirá siendo tuya hasta que tome el velo de mi hijo:

un príncipe real no es un hombre cualquiera. Mi hijo no puede reprocharte nada.

—No obstante prefiero que sea considerada como una hija de mi casa. Hasta que Qurdi esté dispuesto a reclamarla, no pienso volver a conocerla.

Y en ello quedamos. Me separé de Tahu Ishtar y acudí a mi casa para comunicar a Naiba y a mi madre que tenían que prepararse para celebrar la boda. Luego, cansado de hablar, ordené que ensillasen mi caballo y partí a cazar jabalíes con un carcaj lleno de jabalinas y no regresé hasta que hubo anochecido.

Una semana después, cuando desde el tejado de mi casa se distinguía el polvo que levantaban las columnas de caballos de mis nuevos soldados, me despedí de mi madre.

—Estaré ausente tres o cuatro meses —le anuncié—. Pasaré todo este tiempo con las tropas, por lo que será mejor que te quedes aquí.

Me respondió con una inclinación de cabeza y me dio un beso. Al cabo de dos horas me había reunido con el ejército.

Me dirigí hacia el norte acompañado de unos tres mil hombres, la primera parte del contingente que mi padre me había prometido para emprender la guerra contra los medas. Los adiestraría durante todo el verano y, tras pasar el invierno en Amat, podrían incorporarse a las filas de los soldados ya curtidos en la anterior campaña.

Pero no podía centrar todas mis esperanzas en las fuerzas del ejército de Assur, porque tenía intención de someter a Daiaukka a una prueba más difícil de lo que él podía imaginar, a cuyo fin había enviado un mensajero al norte por las montañas Kashiari y cruzando el río Bohtán hasta el país de Shupria portador del siguiente mensaje:

Al señor Tabiti, hijo de Argimpasa, jefe de la tribu sacan de los Scoloti, con los saludos y todo el respeto de su hermano de sangre el señor Tiglath Assur, hijo de Sennaquerib, que reina en el país de Assur. En recuerdo del afecto que el señor Tabiti juró profesar al señor Tiglath Assur, éste espera que monte en su caballo antes del día primero del mes de Iyyar y se apresure a reunirse con él en la guarnición de Amat, donde compartirán unas copas de vino nairi y planearán la conquista de una fértil tierra.

Y allí se encontraba. Cuando llegué le encontré junto al río, donde había acampado acompañado de cincuenta guerreros.

—Has engordado —observó con su característica sonrisa felina, mientras sostenía la brida de mi caballo aguardando a que yo desmontase. Ni siquiera pasé junto a las murallas de la fortaleza, sino que acudí directamente a su campamento—. ¿Acaso las conspiraciones de Nínive no te han permitido hacer un poco de saludable ejercicio?

—¿Por qué no os habéis alojado tú y tus acompañantes en el recinto de la guarnición? Di orden de que os recibieran con todos los honores y os encuentro instalados junto al río. ¿Acaso no han cumplido mis instrucciones o simplemente es que los Scoloti desprecian toda clase de comodidades?

Tabiti se echó a reír y me pasó el brazo por los hombros, mientras nos dirigíamos a su tienda.

—No, no han desobedecido tus instrucciones. Tus oficiales nos han tratado con la mayor amabilidad. Especialmente ese obeso jonio que viste como un príncipe…, cuyo nombre he olvidado.

—Kefalos —respondí con una sonrisa—. No es un soldado sino un tipo muy astuto y amigo mío.

—También yo soy astuto. Ese jonio trata de negociar con oro y caballos, pero puesto que dices que es tu amigo sólo le engañaré un poco.

—Si confías hacerte rico, te aconsejo que busques a otra víctima.

—Sin duda me aconsejas bien porque debes conocer el proverbio: «Confía en un hebreo antes que en un fenicio y en un fenicio antes que en un jonio, pero no confíes jamás en un jonio.» ¡Perdón, olvidaba que eres medio jonio!

Nos echamos a reír, mas no pensaba desanimarme tan pronto.

—Aún no me has dicho por qué estás aquí —insistí—, en tiendas de pieles, en lugar de disfrutar de la hospitalidad de mi guarnición.

—He estado tratando de explicártelo, príncipe Tiglath, pero no me escuchas.

Se sentó sobre una manta de caballo que estaba tendida a la sombra del faldón de su tienda y me hizo señas de que siguiera su ejemplo. Cuando ambos estuvimos instalados, dio una palmada y un pequeño, sin duda uno

de sus innumerables hijos, nos trajo unos paños humeantes para limpiarnos la cara y las manos y un par de copas de cobre, así como un pellejo de leche fermentada de yegua llamada *safid alech*, esta última una atención a la que gustosamente hubiese renunciado.

—No me inspiraba demasiado confianza —prosiguió finalmente, tras apurar su bebida y volver a llenar nuestras copas—. Mis hombres creerían que estoy loco si me instalase en ese lugar acompañado de unas fuerzas tan reducidas y no dormirían tranquilos rodeados de extranjeros armados dentro de los altos muros de tu fortaleza. Te respeto como soldado, príncipe, y te quiero como si fueras mi hermano, hijo de los mismos padres, pero tus soldados han sido hasta hace muy poco mis enemigos en el campo de batalla y los hombres deben dar muestras de cierta prudencia. Espero que no te sientas ofendido.

No lo estaba. En realidad, cada vez sentía más consideración hacia él y mayor era mi convencimiento de haber obrado acertadamente incluyéndole en mis planes.

Pero, como es natural, uno de nosotros debía decir algo.

—Veo que estás aumentando la importancia de tu guarnición —prosiguió finalmente—. Debes haber venido acompañado de unos tres mil hombres de Nínive y he creído contar veinte carros. En el río Bohtán no tenías ni la mitad de tales fuerzas. También me ha llamado la atención el número de caballos que están paciendo en estas proximidades.

—Parece que no se te ha escapado gran cosa.

—Los nómadas mantenemos los ojos bien abiertos —repuso Tabiti, jefe de los sacan. Se encogió de hombros como un enorme gato que se estirara bajo el cálido sol y sonrió—. Tengo la impresión de que te preparas para un enfrentamiento definitivo con el señor Daiaukka, ¿es así? A mis oídos han llegado noticias del desarrollo de tu última campaña, librada el pasado verano. Supongo que me has hecho venir porque buscas aliados para luchar contra los medas, ¿es así?

—Y deduzco que la razón de que hayas acudido es porque tal aventura es de tu agrado.

Pero mi bárbaro amigo, que por su astucia podía compararse a mi esclavo Kefalos, se limitó a llenar de nuevo nuestras copas con su poderoso e infecto licor.

—He venido por el afecto que te profeso —repuso mirándome de reojo y sonriendo levemente—. La guerra es otra cuestión, una cuestión práctica en la que el caudillo debe considerar el bienestar de su pueblo. Lo cual significa que como buen Scolotti, digno hijo de mi padre, estoy deseando enterarme de qué clase de soborno te propones ofrecerme, hermano mío.

Tardamos poco tiempo en llegar a un acuerdo. A la hora de cenar Tabiti y yo habíamos convenido que los sacan atacarían por el norte y obligarían a abandonar la confederación de Daiaukka a los mannai, una tribu menos importante por sus habilidades bélicas que por su posición estratégica, que amenazaban Musasir y las cabeceras del Zab Menor. La única dificultad previsible procedía de los urartu.

—Tendremos que trasladarnos a la costa norte del mar Agitado y luego hacia el sur —propuso Tabiti, dibujando la trayectoria en el polvo con los dedos, como una cabra que se estirara para alcanzar las uvas de una parra—. Nos mantendremos alejados de Tushpa, pero el rey Argistis sigue atribuyéndose la propiedad de todos aquellos territorios y es improbable que nos permita pasar libremente.

—Lo hará si sabe que no vais a deteneros. ¿Por qué no podéis cruzar sus fronteras cuando ya os habéis adentrado en ellas? Esto es algo que puedo solucionar.

—¿Lo crees así? Será mejor que te asegures porque, si tengo que declarar la guerra a los mannai, el próximo verano tendré que pasarme todo este tiempo viajando y no puedo permitirme llegar tarde: las tierras de los urartu son muy inclementes cuando llegan las nieves.

—Confía en mí. Atacaremos a los medas por el norte y el oeste como dos manos que se cerrasen en su garganta.

—Me parece muy bien, porque estoy cansado de Shupria y a mi pueblo le conviene una temporada de lucha. Ningún Scolotti que se precie muere en su lecho…, no sería digno de él.

Eran muy entradas las sombras cuando finalmente atravesé las puertas de la fortaleza. Al principio los soldados de la guardia no me reconocieron.

—No estábamos seguros de que volvieses, *rab shaqe* —gritaron desde las empalizadas cuando los saludé y reconocieron mi voz—. Empezábamos

a pensar que tal vez habías decidido quedarte para siempre en Nínive.

—No hay nada que pueda retenerme lejos de Amat. ¿Acaso no es el jardín del mundo? ¡Abrid la entrada, perros, u ordenaré que os azoten!

Se echaron a reír y al pronto me encontré rodeado de soldados que me alumbraron el camino. Eran tantos que mi caballo estuvo a punto de enloquecer por temor a las antorchas. Debo confesar honradamente que me sentí como si de nuevo estuviera en mi casa, porque ante todo era un soldado y el verdadero hogar de un soldado se halla entre su guarnición.

La fortaleza se hallaba prácticamente terminada. Las piedras recién cortadas de la gran muralla, cuyas aristas brillaban por efecto del cincel, se levantaban sobre las hileras de cuarteles de adobes, patios de instrucción y establos. Los soldados y sus mujeres estaban sentados al aire libre disfrutando del fresco y húmedo ambiente nocturno y sus lámparas de aceite chisporroteaban en la oscuridad circundante, como estrellas que hubiesen caído del cielo por gracia divina. Se distinguía el murmullo de innumerables conversaciones, entre las que de vez en cuando brotaban carcajadas y, a veces, llegaban asimismo a mis oídos los relinchos inquietos de los caballos y el sonido de sus cascos golpeando la dura tierra. Los fuegos de los hogares estaban ya casi fríos, pero aún se percibía el olor a carne, a mijo y a cebollas asadas. Sí, realmente aquél era mi hogar: atrás quedaba Nínive con sus calles pavimentadas y sus intrigas.

En las ventanas del palacio que Kefalos había construido para mí se veían luces encendidas: sin duda mis criados se preguntarían por qué me retrasaba. Un palafrenero se hizo cargo de mi caballo y subí la majestuosa escalera de piedra hasta las altas puertas de cedro que se abrieron para recibirme. Las domésticas se arrodillaron al verme y los escribas inclinaron el espinazo en profundo saludo. El *shaknu* había regresado y con él el poder real. La íntima sensación de regreso al hogar había desaparecido.

—Señor príncipe, hay muchos asuntos pendientes de resolución.

—Y que sin duda también podrán solucionarse mañana, Ushnu —repliqué, haciéndole señas para que se apartase—. De modo que esperaremos hasta entonces. El camino de Nínive es muy fatigoso y me siento como si hubiese cabalgado todos sus *beru* en un solo día.

Mi escriba principal se inclinó de nuevo, al parecer poco complacido por mi respuesta. Comencé a quitarme el pectoral mientras que una de mis esclavas me descalzaba las sandalias.

—¿Deseas que te prepare algo para cenar, augusto señor? —preguntó al tiempo que me limpiaba el polvo de los tobillos con un paño húmedo. Me miró, sonriéndome insegura, como si temiese que fuese a golpearle en el momento más inesperado. Me pregunté si realmente parecía tan impaciente.

—No, Gamelat, gracias —respondí, quitándole suavemente el paño de la mano. Era una esclava de mi madre que estaba a nuestro servicio desde que nos instalamos en «Los tres leones» y que hacía años que me conocía —. Quizá tomaré un poco de vino antes de acostarme.

La mujer se levantó como un perro al oír la voz de su amo.

—Sí, mi señor. Ahora mismo.

—A propósito, Gamelat, ¿dónde está el señor Kefalos? Me sorprende no haberle visto esta noche.

—Vino a verte, señor, pero… tuvo que marcharse. ¿Deseas que le haga llamar?

—No, no se trata de nada importante.

Me quedé sentado en un salón tomando el vino que Gamelat me había servido, satisfecho de sentirme solo, pero, por el momento, demasiado fatigado siquiera para arrastrarme hasta mi lecho. Durante unos minutos se me quedó la mente en blanco y luego, muy gradualmente, me sumí en la grata añoranza de los recuerdos.

—¡Asharhamat! —murmuré.

Aquel nombre parecía tener vida propia. ¡Asharhamat! Me bastaba con evocarlo para que su imagen dominase mis pensamientos. ¿Me recordaría ella también? Me complacía pensar que así era.

Me levanté decidido a abandonar tales recuerdos y retirarme a dormir.

¿Dónde se encontraría Kefalos? Era insólito que no hubiese acudido a recibirme tras tan larga ausencia. Gamelat había dicho que había venido a verme… ¿Qué le obligaría a retirarse?

Pero no importaba. Por lo menos por el momento. Al día siguiente de nuevo me vería absorbido por mis escribas, soldados, amigos y enemigos, pero aquella noche no deseaba ser el señor Tiglath Assur, *rab shaqe* del ejército real, *shaknu* del norte, hijo del señor Sennaquerib y amo de un griego gordo y granuja que me trataba como si fuese yo quien le perteneciese. Aquella noche no deseaba ser nadie, sólo quería dormir.

Percibí una luz titilante en mi habitación. Sin duda alguna esclava solícita, me había dejado una lámpara encendida. Podía considerarme un hombre afortunado por verme rodeado de tales atenciones. Pensé que debía hacer algo para demostrar mi reconocimiento. Pero también eso podía aguardar al día siguiente.

Aparté a un lado la cortina y me quedé paralizado por la impresión al descubrir a Zabibe aguardándome junto a mi jergón. La fluctuante y amarillenta luz proyectaba en su rostro ceniciento un reflejo casi diabólico, como si su belleza encerrase algún placer prohibido.

—¿Acaso me había olvidado mi señor? —me preguntó sonriendo con inquietud. Cruzó los brazos ante su pecho y con las puntas de los dedos hizo caer las mangas de su túnica, descubriendo sus senos—. Si dejas postergada a tu pobre esclava puedes destrozarle el corazón.

—Esa mujer es un diablo, señor. Desde que llegó aquí hace tres días ha sembrado el terror entre tus sirvientas. Me echó de tu casa la misma noche en que llegaste, con tan terribles maldiciones, que no me atreví a volver.

Y mientras hablaba, Kefalos se acariciaba la barba tembloroso y agitado y miraba en torno como si, incluso en su propia casa, temiese no hallarse a salvo de Zabibe.

—Se comporta como si ya fuese la dueña del palacio del *shaknu* —prosiguió finalmente—. Como si ocupase el lugar de Naiba o el de tu señora madre, y nadie se atreve a contradecirla. ¡Confío que no habrás sido tan insensato como para pensar en cubrir a esa mujer con el velo!

—No, Kefalos…, no temas. No he pensado en ningún momento en tomar esposa.

—Bien, señor, pero lo importante es saber qué espera ella. Ve con cuidado, es de las que arrojan proyectiles.

—¿Arrojar proyectiles?

—Sí, naturalmente: copas de vino que estallan contra las paredes como el granizo sobre las tejas. —Se encogió de hombros como si le sorprendiera que yo pudiese ser tan bobalicón como para haber esperado otra cosa—. Pégale, señor. Recuérdale quién es el dueño en el palacio del príncipe real. Es lo más razonable que puedes hacer. Coge un látigo de piel

de hipopótamo y azótala hasta que le hayas despellejado el trasero, porque si no le recuerdas que debe mantenerse en su lugar, te hará tan desdichado que ansiarás marchar a la guerra para liberarte de su dominio.

—Sí, así lo haré. Aunque sólo sea por complacerte y restablecer el buen orden entre mi servicio doméstico, le pegaré.

—No olvides hacerlo, señor.

Kefalos se fue tranquilizando poco a poco, consolándose gradualmente ante las seguridades que le di y por la abundancia de mi propio vino. Mientras aguardábamos a que sus servidores nos preparasen el almuerzo —sabiendo que mi digno esclavo jamás se levantaba hasta dos horas antes de mediodía, tampoco yo me había desayunado—, me contó todo cuanto había sucedido en Amat durante mi ausencia y me describió especialmente sus argucias para enriquecernos a ambos.

—Ese bárbaro que vive en una tienda de cuero —me confió como aquel que está revelando un secreto— ese Tabiti, tiene unos caballos magníficos y gran riqueza en oro. Me gustaría saber dónde los obtiene.

—Expoliando a tipos incautos como tú —bromeé, ofreciéndole mi copa para que volviese a llenarla—. Déjale que disfrute de momento de su prosperidad. Tras la próxima campaña del verano tendrá muchas más propiedades que podrás sustraerle.

—Eso me parece muy inteligente —repuso el erudito físico, asintiendo gravemente. Por entonces ya estaba demasiado borracho para captar mi sarcasmo, pero, como siempre, seguía estando muy lúcido para que no se le escapase el factor principal—. Vas a engrandecer a esa tribu de ladrones nómadas que se convertirán en una nación temible. Y ese Tabiti, según tengo entendido, es tu amigo. En años venideros, cuando tu hermano ocupe el trono, necesitarás amigos así.

—No estoy maquinando ninguna traición, Kefalos. Te expresas como las malas lenguas de Nínive: todos están urdiendo historias acerca de mis posibles proyectos para traicionar a Asarhadón.

—Yo no he hablado de traición, señor, pero un hombre que cuenta con poderosos aliados siempre es digno de respeto.

Cerré mis oídos a tales palabras. Desde que mi hermano había sido nombrado *marsarru* me había propuesto negarme a escuchar todo cuanto no deseara oír. Al cabo de un rato salí de la casa de Kefalos y acudí a reunirme con mis escribas, que se hallaban deseosos de agobiarme con

montañas de trabajo. Cuando el cielo comenzó a oscurecerse, había olvidado por completo mi prudente alianza con los escitas, que, de todos modos, ya habían recogido sus tiendas y emprendido el camino de regreso al país de Shupria. Los ojos me escocían y sólo pensaba en evadirme media hora en los baños de vapor, cenar y acostarme.

Mientras me encontraba en el baño viendo brotar el vapor del brasero encendido, me acordé de Zabibe. ¿Cómo se habría atrevido aquella zorra a seguirme desde Nínive sin mi permiso? Ni siquiera una esposa habría actuado de tal modo.

Aunque lo cierto era qué no me había seguido: había llegado a Amat con unos tres días de antelación, transportada en una silla de manos como una gran dama. No era sorprendente que mis sirvientas estuvieran atemorizadas.

¿Quién le habría facilitado su escolta? Una esclava no emprende semejante viaje por su cuenta. Alguien le habría ordenado que acudiese, proporcionándole protección y medios económicos. Alguien la había enviado y me preguntaba cómo no se me había ocurrido antes.

Se trataba de una espía.

No me molesté en preguntarme por cuenta de quién: mis movimientos e intenciones interesaban a muy pocas personas.

¿Habría sospechado algo Asharhamat? «Hazle creer que disfruta de tu favor», me había aconsejado. Sí, Asharhamat debía haber comprendido todos estos manejos mejor que yo. Yo, que ni siquiera había prestado atención a mi esclavo cuando me había aconsejado que me buscase la protección de amigos poderosos.

Por unos momentos consideré la posibilidad de devolver a aquella ramera árabe al gineceo de mi padre, pero fue cosa de un momento. Después de todo, ¿de qué podía enterarse en Amat que yo no quisiera que se supiese en Nínive o más probablemente en Kalah?

No… permitiría que se quedase. ¿Para qué crear dificultades a Asarhadón y a su madre buscando a otra que la sustituyese? La utilizaría como las rameras de las tabernas y le permitiría que fisgonease los secretos que quisiera.

Pero, por lo menos en este aspecto, aquella noche seguiría el sabio consejo de mi amigo Kefalos y le arrancaría algunos jirones de piel para que no se le ocurriese volver a hacer el papel de dama distinguida. Me

bastaba con recordar las miradas llenas de terror de mis servidoras para que volviera a encenderse mi ira.

—*Ekalli*, ve a la orilla del río y corta una vara verde del tamaño de mi brazo. Asegúrate de que es bien recta y lisa y quítale la corteza salvo en el extremo más grueso.

El hombre sonrió exhibiendo todos sus dientes, manchados de jugo de dátiles. Era un muchacho recién llegado de alguna aldea y había comprendido que no serían sus lomos los que recibirían la azotaina: aquello era lo único que le importaba.

El bastoncillo crujió en el aire con un sonido que recordaba a las abejas enfurecidas. En aquellos puntos donde había sido descortezado aún seguía siendo resbaladizo. Sonreí pensando cómo haría bailar a aquella intrigante árabe.

Junto a mi dormitorio había una estancia de reducidas dimensiones que utilizaba cuando cenaba solo. Allí la encontré con otras dos o tres domésticas que me preparaban la mesa. Se cubría únicamente con una leve túnica de lino que apenas le llegaba a las rodillas y que estaba mojada y se le adhería al cuerpo. Estaba en cuclillas, junto a mi silla, como si la considerara de su pertenencia.

Comprendí que mis esclavas la temieran: era la concubina de su señor, la que disfrutaba de su favor, la hembra en la que él vertía su simiente. Debía jactarse de que detentaba el poder, tal vez incluso alardeara de tener en sus manos la vida o muerte de cualquiera de ellas, suposiciones que sin duda se esforzaría por estimular.

Pues tales pretensiones concluirían aquella misma noche.

Zabibe me recibió sonriente, pero al ver el palo que llevaba en la mano la sonrisa se heló en sus labios y en sus negros ojos brilló una mirada de terror.

Las mujeres que la acompañaban desaparecieron en silencio como ratones asustados.

—¡Augusto señor, yo no…!

La concubina enmudeció repentinamente en cuanto apoyé con suavidad la punta del palo en su hombro desnudo.

—Te has excedido —manifesté en un tono casi indiferente—. No eres más que una ramera de bonito cuerpo, que sabe bailar al son de la flauta y

los crótalos y despertar un poco de pasión, y ello te ha hecho creer que eres poderosa.

—Si a mi señor le place… —balbució bajando los ojos que por entonces ya expresaban una profunda humildad.

Como muchas mujeres, comprendía que su fuerza radicaba en alardear de su debilidad. Sí, lo mejor era hacer creer a aquel insensato que repentinamente se había vuelto sumisa.

—A tu señor no le place que los servidores en los que ha confiado durante muchos años demostrándole su fidelidad sean expulsados de su casa como perros sin amo. No, no estoy complacido.

Repentinamente la así por la manga, obligándola a arrodillarse. El tejido cedió rasgándose y dejándola semidesnuda. Zabibe se acurrucó a mis pies con el rostro hundido en el suelo, pero la así por su larga y negra cabellera y la obligué a echar atrás la cabeza y a mirarme.

—¡E—res me—nos que na—da! —silabeé apretando los dientes, enfurecido y acompañando mis palabras con sendos zurriagazos—. ¡En es —ta ca—sa no e—res na—die!

A cada golpe aparecía en su espalda una tenue línea rojiza, y mientras me miraba una leve capa de sudor cubrió su frente y percibí sus suaves quejidos. Al principio creí que eran de dolor, pero me equivocaba, por lo menos no sólo eran de dolor.

—¡Oh, señor! ¡Oh, mi amo!

La voz parecía brotar de su más profundo interior. Sus manos, que se aferraban a mis piernas, se deslizaron por el borde de mi túnica apartando a un lado mi taparrabo. Intensifiqué el golpe de mi látigo de modo que pareció hundirse en su carne como el filo de una espada, empapándola en sangre, pero aquello aún pareció excitarla más.

—¡Mi señor!

Sus palabras me llegaban confusas y ahogadas. Apretó el rostro contra mi sexo y de pronto cogió mi miembro entre sus labios. Respiraba entrecortadamente, al tiempo que parecía devorarme como una mendiga muerta de hambre.

No soy de piedra y mis sentidos estaban muy despiertos. De pronto me abandonó la indignación y fue sustituida por una pasión mucho más salvaje y sin darme cuenta se me cayó el látigo en el suelo.

Zabibe se echó hacia atrás un momento sin soltarse de mis piernas, fijando en mí sus ojos llenos de lágrimas. Pero no lloraba de dolor ni temor, sino por ver insatisfechas sus ansias.

—¡Señor, te lo ruego!…

Me sentía como en trance. Al cabo de un instante me recuperé y la aparté con tal violencia que se golpeó en el suelo. Di media vuelta y salí de la habitación, sintiendo como si la cabeza fuese a estallarme.

Durante dos horas permanecí sentado en el exterior en un banco de piedra del jardín empapándome del fresco nocturno. Los pensamientos se agolpaban tumultuosamente en mi cerebro, sucediéndose unos tras otros con tal rapidez que se reproducían en imágenes confusas. Me pregunté qué era lo que había visto en mi interior que me llenaba de tan terrible y delicioso temor. ¿Qué era yo? ¿Una bestia o un hombre? Lo ignoraba…, y prefería seguir ignorándolo. Sin embargo no podía alejar de mi mente tal conocimiento que me perseguía de forma obsesiva.

Pensé en Asharhamat y en mi hermano. ¿Sucedería de igual modo entre ellos? ¿Era yo solo quien así se veía limitado…, o acaso Asarhadón era mucho más experto?

Sí, naturalmente. Asarhadón, con su deliberada, torpe y burda lujuria…, por lo menos se comprendía a sí mismo.

Por último incluso llegaron a cansarme mi introspección y mis remordimientos. La cabeza me zumbaba, pensé tomar unas copas para tranquilizarme y poder conciliar el sueño.

Cuando entré en mi habitación encontré a Zabibe aguardándome, todavía cubierta por la leve túnica de lino que se había convertido en puros andrajos.

Me sorprendió verla, puesto que no esperaba ni deseaba su presencia. Pero, de todos modos, se había presentado. En un extremo de mi alfombra descubrí una jarra de plata llena de vino fresco de la bodega y junto a ella una copa de oro.

Y sobre mi almohada estaba el látigo aún manchado de sangre.

Zabibe me sirvió el vino y llevó la copa hasta mis labios. Bebí dócilmente, trasegando el líquido con dificultades y, aunque había llegado a odiarla, despertaron de nuevo mis deseos.

La muchacha comprendió tales sentimientos y los aceptó gustosamente.

—¡Muéstrame tu espalda! —le indiqué.

Zabibe se puso en cuclillas, apoyándose en rodillas y codos y con la cabeza recostada en la pared. A la luz de la lámpara las marcas de sus hombros se veían casi negras. Percibí su respiración jadeante como entrecortada por una violenta pasión.

Cuando separé sus nalgas y me introduje en ella únicamente brotó de sus labios un gemido mezcla de dolor y placer.

Al parecer aquella mujer había encontrado lo que buscaba: aquello era algo que no me interesaba tratar de comprender.

OceanofPDF.com

XXVIII

Zabibe guardó el látigo que cada noche depositaba al pie de mi jergón con una jarra de vino y una sola copa. Mi deber consistía en utilizarlo y, si no lo hacía, ella se inquietaba primero y luego se volvía fría e insensible, pero se preocupaba muy seriamente de mantenerlo escondido, guardándolo como si fuese un tesoro. Aquel instrumento provocaba en ella un intenso despertar de los sentidos, una excitación similar a un frenesí religioso, como si la vara flexible se hubiese convertido en su ídolo, en el símbolo de su dios al que suplicaba que la liberase mediante sumisión y dolor.

Al principio cubrí su espalda y nalgas con feos verdugones, señales que le duraban varios días, pero con el tiempo me bastaba con rozarla suavemente, hacerle notar en la piel la dura y lisa superficie del látigo para provocar sus sollozos de deseo. Suplicaba, pero nunca que le evitase el castigo. Deseaba que la amenazase, que la golpease provocándole el dolor o acaso la muerte. Quería sentir daño. A veces le pellizcaba un seno hasta dejárselo magullado. E incluso hacía cosas peores, cosas que me avergüenza recordar. En una o dos ocasiones perdí la cabeza y estuve a punto de matarla, y ella casi pareció desearlo, como si ello hubiera significado el colmo de la dicha: aquélla era una fiebre inexplicable.

Y, en cuanto a mí, me sucedía algo parecido. Durante meses practicamos este cruel juego casi cada noche sin llegar jamás a saciarnos, igual que si esta afición se nutriese en sí misma convirtiéndose en una obsesión.

Los vínculos entre hombres y mujeres son tan diversos como los dibujos que el sol forma en las ondas de las aguas y de mutaciones tan rápidas. No hablo de amor, porque por mi parte no intervenía tal sentimiento: no amaba a Zabibe ni ella a mí. Compartíamos la pasión, y una pasión que coexiste con el desprecio e incluso con el odio, no es igual que el amor. Llegué a disfrutar de un modo frío y exquisito con aquella

mujer, con su carne y su insaciable deseo mezcla de dolor, pero eso fue todo.

¿Y qué había sido de Asharhamat? ¿Acaso me había olvidado de ella? ¿Tan absorto me encontraba alimentando mi nuevo apetito por la crueldad que la había alejado de mis pensamientos? Nada de eso, en realidad parecía que cuanto más prendido me hallaba en las redes de Zabibe más deseaba a Asharhamat.

«No me importa con quien gastes tu simiente —me había dicho—, mientras me reserves tu corazón.» Yo había llegado a temer la sabiduría de las mujeres, y en este aspecto Asharhamat demostraba serlo en gran medida. Le constaba que no tenía rivales. ¿A quién podía yo amar que no fuese ella? Exprimía mis lomos en Zabibe en un frenesí cada vez mayor y, sin embargo, día tras día, había llegado a odiar su misma presencia.

E imagino que sus sentimientos no diferían de los míos. Mientras nos afanábamos en nuestra mutua lujuria creo que aprendimos a odiarnos uno a otro.

Pero Zabibe no era lo único existente en Amat. Yo no había sido destinado a aquel lugar para solazarme con una ramera sino para combatir al frente de los ejércitos de mi padre. Tenía que preparar un ejército para la guerra, y durante horas, y en ocasiones días, apenas me acordaba de ella mientras me entregaba a la honesta y estimulante tarea de adiestrar a mis hombres.

Ascendí a varios miembros de las compañías que habían combatido en las campañas emprendidas durante los dos últimos años y los puse al frente de los reclutas recién llegados de Nínive. Tabshar Sin se encargaba de instruir a la guarnición, y cuando podía garantizarme que los muchachos se habían convertido en soldados capaces de formar decentemente en la plaza de armas, me llevaba a las montañas cuatro o cinco compañías a la vez para realizar maniobras, emprendiendo marchas forzadas que duraban doce o incluso quince o veinte días.

Regresábamos a Amat con los rostros curtidos por el sol y los pies ensangrentados, porque sabía que aquellos hombres deberían enfrentarse a los medas en su terreno y, por consiguiente, no escatimaba ningún esfuerzo para que aquellos aldeanos que habían salido de Amat retornaran a ella como auténticos soldados.

E invariablemente mi antiguo instructor me rogaba que le permitiese acompañarnos y siempre le daba la misma respuesta:

—¿Pretendes avergonzarme ante esos principiantes, Tabshar Sin? En mi calidad de comandante en jefe, curtido en muchas batallas, gozo de cierto prestigio ante ellos, pero ¿qué pensarían de mí si me vieran al lado de un veterano como tú que perdió una mano luchando en las filas de mi abuelo?

—Te comprendo muy bien, príncipe —respondía, mirándome con los ojos entornados y expresión acusadora—. Temes que sea demasiado viejo y me quede rezagado, ¿no es eso?

—Más bien me asusta que podamos quedarnos rezagados nosotros, amigo mío.

—Entonces prométeme que cuando el próximo verano marchéis hacia los montes Zagros no me dejarás aquí. Aún me quedan algunas batallas que luchar y deseo ver a ese bribón de Daiaukka, a quien tanto admiras para juzgar por mí mismo si es tal como tú le describes.

—Será como lo deseas. Pero el próximo verano, no éste.

¿Acaso confiaba que Tabshar Sin cambiaría de idea? Ignoro lo que imaginaba, pero que dios me perdone por haber realizado semejante promesa… y haberla cumplido.

De ese modo pasábamos los días, esforzándonos en el oficio de los soldados, dichosos de agotarnos en el ejercicio de las armas y con las sandalias cubiertas de polvo, soñando constantemente en la proximidad de la gloria y de la muerte. Así transcurrieron los tórridos meses del verano, preparando la llegada de las próximas lluvias invernales y mi regreso a Nínive.

Aunque, en cierto modo, jamás debí haber partido.

Tras la muerte del señor Sinahiusur, el rey no había designado otro *turtanu* y se había esforzado denodadamente por gobernar solo. Era un experimento condenado de antemano al fracaso, porque el imperio de Assur era demasiado vasto y mi padre había envejecido. Sin embargo lo intentó. Yo podía calibrar la intensidad de sus esfuerzos por las cartas que me llegaban casi diariamente al cuartel general de la guarnición.

Hoy he recibido embajadores de Ashdod en audiencia pública. Me han traído obsequios de su monarca y mensajes en los que me califica de bondadoso padre de su pueblo, pero en privado me han dicho que están cansados de su gobierno y me piden permiso para derrocarle e instalar en el trono a su hijo. El muchacho, hijo de una de mis mujeres que fue donada a Sharruludari cuando le puse al frente del país tras la revuelta de Zedekiah de Ascalón restableciéndole en el trono de sus antepasados, es una criatura perversa.

Me han informado que se ha declarado la peste en la ciudad de Dilbat y que durante tres noches sucesivas han visto gotear sangre a la luna. Los sacerdotes dicen que debería ayunar y afeitarme la barba en señal de contrición por haber pecado contra Sin y Nergal; pero si así fuera, ¿por qué los dioses dejan caer su ira sobre Dilbat, esa abominable pocilga cuyos ciudadanos, como tú recordarás, se unieron a los elamitas y a esos hijos de perra babilonios en una cruel rebelión que me arrebató la vida de mi primogénito? No acabo de comprender por qué debo incomodarme…

Pese a que me consta que aún es pronto, he hecho estudiar los augurios del nuevo hijo que Asharhamat ha parido para tu querido hermano, el señor Pollino. *Lo considero una precaución razonable, puesto que lamentablemente el mocoso no da muestras de favorecernos con su desaparición como el anterior. Según parece, disfruta de tan excelente salud como su padre, pero los dioses, en su gran sabiduría, han mitigado este agravio declarando que, por lo menos, jamás ocupará mi trono. Según me dijeron, el hígado de la cabra estaba lleno de gusanos, y su corazón era tan negro como si lo hubiesen sometido al fuego…*

Sometido al fuego… Recordé los sueños de Asharhamat acerca de un incendio mortal y me pregunté qué se habrían propuesto revelarle los Señores de la Decisión.

Como siempre me mostré muy cuidadoso en mis respuestas y evité darle consejo alguno, pese a que el rey mi padre así me lo había solicitado. Yo no sería *turtanu*, de nombre ni de hecho, en Nínive ni en Amat. Asarhadón debía reinar y yo no veía la necesidad de intentar impedir lo inevitable.

De modo que el primer día de Kislef, cuando las carreteras aún estaban llenas del barro producido por las primeras lluvias invernales, emprendí la marcha hacia el sur con una guardia personal de cien hombres. Zabibe viajaba con nosotros en un carro, pero no disfrutaba del viaje y me abrumaba con sus quejas cada vez que me aventuraba a aproximarme a ella, lo que no sucedía con frecuencia. Sólo intenté poseerla en una ocasión: la noche que nos detuvimos en un pueblo cerca de Elkosh, cuando, tras haber bebido más cerveza de lo aconsejable, la derribé sobre una mesa y me liberé de una semana de abstinencia. A la mañana siguiente se quejó amargamente diciendo que había estado casi hasta el amanecer quitándose las astillas de los senos y del vientre.

—Contén tu lengua, mujer —la amenacé—, o te venderé a algún conductor de caravanas que huela peor que sus camellos.

Al cabo de diez días, cuando nos aproximábamos a los terrenos que pertenecían a mi propiedad, dejé al *rab kisir* a cargo de mi escolta y del carro para que los condujera hasta Nínive. Deseaba pasar unos días tranquilos en «Los tres leones» y me habría sentido muy avergonzado si mi madre hubiera llegado a tener conocimiento de la existencia de Zabibe.

Es magnífico regresar al propio hogar tras muchos meses de ausencia. Desde que me había convertido en el heredero del señor Sinahiusur había entrado en posesión de magníficas propiedades, la mayoría de las cuales ni siquiera conocía, pero «Los tres leones» era mi verdadero hogar. Allí no era el *rab shaqe* ni el *shaknu*, ni siquiera el hijo del rey o rival de un gran príncipe, sino simplemente un terrateniente y un campesino. En aquel lugar comía mi propio pan y bebía mi propia cerveza. Y allí, bajo mi propio techado, confiaba que un día reposarían mis huesos.

La última cosecha del año había sido ya recogida y los campos estaban cubiertos de secos rastrojos. El barro que se extendía por las orillas del canal parecía granito, y el agua, que apenas cubría el fondo, no llegaría hasta el vientre de un buey. El cielo tenía un tono plomizo y a lo lejos se distinguía el eco sofocado del trueno de Adad, pero aquella noche aún no llovía. En el instante en que me acerqué al patio de la granja distinguí los relámpagos que se dibujaban en el cielo, tras las montañas del este.

Las sirvientas de la finca se habían reunido en un grupo en el porche de la casa y murmuraban entre sí mirándome como si no pudiesen imaginar la razón de mi presencia en aquel lugar. Un muchacho acudió a hacerse cargo de mi caballo para conducirlo a los establos.

—Bien —pregunté con una amplia sonrisa, inquiriéndome qué problema podía haberse suscitado—, ¿no vais a servirme una copa de cerveza? ¿Dónde se halla mi señora madre?

—Estoy aquí, hijo mío —repuso, adelantándose de entre las sombras de la puerta—. ¡Benditos sean los dioses que te han permitido regresar a mi lado!

La besé en los labios y juntos entramos en la casa, donde me lavé la cara en una jofaina de agua caliente. Durante todo aquel tiempo mi madre permaneció a mi lado con las manos cruzadas en su cintura como si estuviera suplicando. No dejaba de preguntarme qué nueva catástrofe doméstica se habría abatido sobre nosotros, hasta que Naiba entró en la habitación, tan silenciosa como un felino y apostándose compungida junto al hogar con la mirada fija en el suelo, como si contemplase su vientre, que se había hinchado bajo su túnica hasta alcanzar las dimensiones de un melón.

Al verla estallé en sonoras carcajadas, y ella huyó sollozando ruidosamente, cubriéndose el rostro con las manos.

—Habría sido conveniente que mantuvieran cierta discreción antes de que se celebraran los esponsales —dije finalmente, cuando logré dominar mis risas—. Tendremos que casar en seguida a esta gata en celo o el joven Qurdi será padre antes de convertirse en marido.

—¿Entonces no estás enfadado, Lathikadas?

Mi madre me observaba con una expresión que reflejaba la inquietud que la había dominado hasta entonces y la sensación de gratitud y sorpresa que experimentaba en aquellos momentos, como si se sintiera aliviada al detectar cierta debilidad en mí.

—No, Merope, no estoy enfadado —repuse, pasándole el brazo por los hombros—. Sabes muy bien que hace casi un año que no frecuento a esa muchacha porque comparte tu habitación y no la mía, de modo que no tengo ningún interés en este asunto. Si Qurdi no se siente disgustado, menos razones tengo yo para estarlo.

A la mañana siguiente comparecieron ante mi presencia Tahu Ishtar y su hijo. Por tratarse de una visita protocolaria los recibí ante la puerta de mi casa. Me hicieron una profunda reverencia y me ofrecieron ricos presentes,

bordados, joyas de cobre, pan, vino de dátiles y frutos almibarados, que acepté en nombre de mi esclava, dando de tal modo consentimiento a los esponsales. Por fin Naiba salió de la casa acompañada de mi madre y su futuro esposo vertió aceite perfumado sobre sus cabellos. Al principio la muchacha se ruborizó complacida y luego, casi al punto, estalló de nuevo en llanto y tuvieron que acompañarla al interior de la casa, protegida siempre por Merope como una clueca que vigilase a su polluelo.

—Mi esposa se comportaba de igual modo cuando estaba embarazada —me confió Tahu Ishtar cuando las mujeres desaparecieron—. Parece como si tuvieran el diablo en el cuerpo. Es una gran bendición haber nacido hombre.

Los tres brindamos con cerveza y Tahu Ishtar y yo acordamos que, dadas las circunstancias, sería conveniente que el matrimonio se celebrase antes de que yo me viese obligado a regresar a Nínive. Qurdi permanecía silencioso mientras hablábamos y hundía los pies en el polvo. Aunque antes de tres días tendría esposa, aún no era más que un chiquillo.

Al día siguiente y al otro estuvo lloviendo desde mediodía hasta la puesta de sol y ni siquiera pude distraerme saliendo de caza. Intenté mantenerme alejado de mi madre, que al parecer estaba sumamente ocupada con los preparativos del banquete nupcial de Naiba y, por último, me retiré a uno de los establos, donde me senté sobre sacos de mijo y me embriagué de cerveza. Me sentía fuera de lugar y hubiese preferido encontrarme en Amat.

Pero al tercer día el sol apareció de nuevo y a la hora tercera de la mañana, cuando el patio de la granja estaba lleno de campesinos de los poblados vecinos, conduje a Naiba a casa de Tahu Ishtar, que en adelante sería su suegro. La muchacha se sentó en un banco ante la puerta y Qurdi la cubrió con un velo y manifestó en voz alta, para que todos pudieran oírle, que se había convertido en su esposa. Parecía muy complacido consigo mismo y fue muy aclamado porque era muy apreciado por todos. En cuanto a Naiba no lloró tanto como yo esperaba. Al final me adelanté y entregué solemnemente su dote a Qurdi, contando ostensiblemente los diez siclos de plata para que todos pudieran ver que el hijo de mi capataz se había convertido en un hombre respetable.

Los criados asaron siete cabras para dar de comer a los invitados y consumimos muchas jarras de cerveza. Todos estaban contentos y, al ponerse el sol, Qurdi condujo a su nueva esposa a casa de su padre por vez

primera, aunque ignoro si lograría entrar en ella dado lo adelantada que se encontraba en su embarazo. Sin embargo me pareció que ambos se sentían muy satisfechos con su suerte.

Poco después me acosté, llevándome por toda compañía una jarra de fuerte vino de dátiles. Me congratulaba de los acontecimientos vividos aquella jornada, porque deseaba toda suerte de bienes para Qurdi y sentía gran aprecio hacia Naiba, mas debo confesar que mi alegría estaba empañada de cierta tristeza.

«Jamás cubriré a ninguna mujer con el velo —pensé—. Y si tengo hijos, serán engendrados en concubinas.» Me bastaba con cerrar los ojos para ver el rostro de Asharhamat… Asharhamat, mi amada, que se había convertido en la esposa de mi hermano y madre de su hijo.

Cuando los hombres beben vino de dátiles en abundancia se ven libres de sus pesadillas y roncan como cerdos sin que nada los moleste: así es cómo los grandes dioses les dispensan su clemencia.

—¿Acaso a mi señor Tiglath Assur, poderoso *rab shaqe*, no le agrada el vino? ¡Perdón, había olvidado que sólo bebe sangre fresca de los medas!

Aquellas palabras se vieron coreadas por múltiples carcajadas. Nos encontrábamos en un banquete ofrecido por Nabu Pashir, hijo de uno de los hermanos menores del rey, un hombre que a la sazón carecía de importancia, aunque confiaba alcanzarla en el próximo reinado. Ni siquiera logro recordar por qué asistí, puesto que podía haber imaginado que en aquel lugar nadie se aventuraría a demostrarme amistad.

Pero aquella agudeza fue muy celebrada, y Asarhadón, entre otros, también se permitió exhibir su ingenio.

—Cuando llegue la primavera mi noble hermano librará una gran batalla —prosiguió tal vez estimulado por mi silencio—. Se propone dirigir más de veinte mil hombre hacia las montañas del este… Será una especie de expedición para capturar caballos.

De nuevo estallaron las carcajadas porque era muy tarde y todos estábamos bebidos, incluso las rameras. Los flautistas se sentaban en un rincón apoyando las cabezas en las rodillas y dormitaban plácidamente. La mesa estaba cubierta con charcos de vino derramado.

Aguardé sin decir palabra. Los comensales que tenía más próximos desviaron sus miradas hacía mi hermano, esforzándose todo lo posible por ignorar mi existencia. En cuanto a los demás, todos se sentían fuera de mi alcance y, por tanto, en condiciones de permitirse ciertas ironías y repartían su atención entre Asarhadón y yo. Era una especie de juego: en aquel entorno se sentían inmunes para manifestarme su enemistad.

Me dije que él era el *marsarru*, que su persona era sagrada y nadie podía insultarle públicamente. Si le respondía como merecía, únicamente conseguiría ponerme en ridículo.

Sin embargo seguía siendo Asarhadón, mi amigo de la infancia, mi hermano a quien en otro tiempo tanto había querido y que en aquellos momentos se enjugaba los grasientos dedos en su túnica recamada de plata y me sonreía odiando mi propia presencia. ¿Cómo era posible que hubiésemos llegado hasta aquel extremo?

—¡El gran guerrero! ¡Se ha instalado en ese pueblucho de chozas de adobe al que califica de fortaleza y proyecta incursiones contra tribus nómadas que no han dormido dos veces en un mismo lugar desde que nacieron! ¡Oh, todo eso es muy glorioso!

—¡Y su madre era camarera en un taberna jonia y ni el propio rey…!

Ni siquiera conocía el nombre de aquel perro que se sentaba a escasa distancia de Asarhadón y me observaba con mirada vacía e inexpresiva. Quizá fuese tan necio que imaginase estar protegido por un mágico círculo que le hacía invulnerable, mas sin duda debió de advertir en mi rostro el error que había cometido porque concluyó su perorata farfullando ininteligiblemente sus palabras.

Los presentes enmudecieron ante la determinación con que me levanté de la mesa y se apresuraron a apartarse de mi camino, comprendiendo que uno de ellos había firmado su sentencia de muerte, mientras que yo separaba de una patada la parte de la mesa que se interponía entre nosotros.

—¡No! ¡No! ¡Yo no pretendía…!

Nadie trató de intervenir y aquel individuo estaba demasiado borracho y asustado para intentar defenderse. Le así por la barba con la mano izquierda y con la derecha desenfundé mi daga y le asesté una cuchillada tan profunda en su magro pescuezo que la hoja del arma arañó el hueso.

La sangre manó a borbotones, cubriéndome a mí, la mesa y la pared que estaba a mis espaldas, sin que el desdichado lograse proferir un

gemido. Le solté y cayó inerte, de espaldas sobre el banco en que se hallaba sentado.

—Me he cobrado este insulto —exclamé, paseando entre ellos una mirada desafiadora—. Y si alguien desea exigirme alguna satisfacción por este hecho ya sabe dónde encontrarme.

Y dando media vuelta salí de la estancia. Mientras me acercaba a la puerta, lo que me pareció un trayecto larguísimo, llegaron a mis oídos las palabras de mi hermano.

—¡Maldito seas, Tiglath! —exclamó—. ¡Pagarás cara tu hazaña! ¡Maldito seas!

Pero nadie intentó retenerme, y a mi paso, camino de regreso al hogar, la gente con la que me cruzaba se limitaba a mirarme sin entremeterse conmigo, pensando que no era de su incumbencia averiguar por qué mis manos, mis ropas e incluso mi cara y mi barba estaban manchadas de sangre: debía de tener el aspecto de un carnicero.

Y era un carnicero: había matado a un hombre por la única razón de que había tratado de insultar a mi madre. ¿Le había matado realmente por eso? No, lo había hecho porque no era Asarhadón y, por tanto, sí me era posible darle muerte. La sangre que había empapado mi túnica y que se estaba secando como el barro debía haber sido la de Asarhadón.

Mis esclavos acudieron a recibirme en la puerta. Habían pertenecido al señor Sinahiusur al igual que el palacio en el que yo vivía y, por consiguiente, apenas me conocían. No hicieron ningún comentario, pero cuando me desnudé y con el cuerpo sucio de sangre les pedí vino, agua caliente y aceites perfumados, me pregunté qué debían haber imaginado. Ni siquiera entonces me molesté en pensar.

No me arrepentía de lo que había sucedido: no permitiría que se burlasen de mí. De aquel modo el señor *marsarru*, el escogido de Assur, sabría que no podía humillarme. No lamentaba nada, nada…

El rey, como es natural, se enfureció. A la mañana siguiente me ordenó que compareciese ante su presencia. Le encontré en el jardín, sentado en un banco de piedra y acompañado de Asarhadón.

Pero, por lo menos, aquél no era un acto público; en aquellas circunstancias no le debía ningún respeto especial a mi hermano.

—Deseo saber cómo te has atrevido a hacer semejante cosa —me espetó mi padre con voz grave e inexpresiva—. Quiero saber por qué imaginas que puedes degollar a un hombre ante veinte o treinta de mis nobles y creer que no vas a ser castigado.

Dirigí una mirada hacia Asarhadón, que sonreía forzadamente. Al parecer, por razones que yo ignoraba, también él deseaba enterarse.

—En primer lugar no eran tus nobles, sino los de tu hijo y heredero el señor *marsarru*. Y, en segundo, si él desea difamar a alguien amparándose en la protección que le brinda su rango, yo me propongo enseñar a sus monos amaestrados a mantener sujetas las lenguas, porque no disfrutan de igual privilegio. Si maté a un hombre, caiga mi responsabilidad sobre Asarhadón…, porque no es propio de mi naturaleza sufrir pasivamente los dicterios de los esclavos.

—¿Es eso cierto? —preguntó el rey, volviéndose hacia mi hermano—. ¿Es cierto lo que dice Tiglath? ¿Cometió ese perro la insolencia de insultar a mi hijo?

—El señor Tiglath Assur se expresa con frases incendiarias, como corresponde a un conquistador, pero no por ello está Girittu Marduk menos muerto.

—¿Tal era su nombre? —pregunté devolviendo a Asarhadón su tensa y despectiva mirada—. No comprendo que semejante gusano aspirase a la dignidad de ostentar un nombre.

—Deberías ganarte la vida degollando a las personas, Tiglath. Te harías famoso en las callejuelas de Nínive.

—Y mi señor *marsarru* podría haberse establecido como encargado de un burdel, puesto que ese género de vida parece tan de su agrado.

—¡Basta ya! ¡Estoy harto de oíros! —gritó el rey, poniéndose bruscamente en pie, como si de repente su asiento estuviese al rojo vivo—. Soy viejo y me niego a seguir escuchándoos… La cabeza me duele cuando os oigo dar gritos. ¡Basta he dicho!

Asarhadón siguió sonriendo inmutable, pero en aquel momento dirigía su desprecio contra mi padre en lugar de hacia mí.

—Lamento haber puesto a prueba tu paciencia, augusto señor, pero puesto que implicaba un desprecio a la dignidad real…

—¡Naturalmente…, la dignidad! —repitió el rey como si aquella palabra formase parte de una invocación, mientras pasaba su mirada de

Asarhadón a mí inquieta e insegura—. Sí, la dignidad de mi casa…

El humor de los ancianos es tan mudable como el cielo en primavera. Al cabo de un instante, al parecer sin transición, mudó su continente.

—¡Ahora recuerdo! —Me asió del brazo, apretándome como si quisiera comprobar sus fuerzas—. Tenías que responder a su insulto… Ese perro se atrevió a menospreciar a mi hijo. ¿Qué fue lo que te dijo, Tiglath? Aunque, de todos modos, no importa…

Volvió a sentarse y desapareció la ansiedad de su rostro. Apoyó las manos en las rodillas al parecer muy satisfecho y en paz consigo mismo.

Asarhadón y yo cambiamos una mirada sobre la cabeza del rey y mi hermano enarcó las cejas como si dijese: «¿Te das cuenta de cómo está?»

—Pero debes protegerte, hijo mío —prosiguió el soberano Sennaquerib, señor de las Cuatro Partes del Mundo, alzando hacia mí su mirada en la que se reflejaba de nuevo la preocupación—. Ve a casa de ese hombre, ese tal Girittu Marduk, y deposita ofrendas de pan y vino si no quieres que su espíritu se vengue de ti.

—Me parece muy oportuno que tomes tales precauciones —intervino Asarhadón, asintiendo gravemente.

—¿Lo ves? Asarhadón está de acuerdo conmigo —insistió el rey, paseando de uno a otro su mirada—. Ve, Tiglath, ve inmediatamente. Y ahora dejadme solo. Me gusta dar de comer a los pájaros que se detienen en mi jardín cuando vuelan hacia el sur. Me conocen y no me tienen miedo, pero si hay alguien conmigo no se acercan. Idos.

Me marché, pero no fui a casa de Girittu Marduk para aplacar su espíritu, porque me inquietaba muy poco la cólera de un ser como aquél, tanto vivo como muerto. Las sombras de todos aquellos a quienes había matado podían abandonarme tranquilamente a mis enemigos vivos.

Asarhadón había aprendido algunas cosas desde que recibió la bendición divina. Fuese como fuese había adquirido cierta sutileza, por lo menos la necesaria para saber cómo manejar al rey. Sí, desde luego, mi padre estaba acabado y dentro de pocos años sería Asarhadón quien detentaría el poder en el país de Assur, tal como habían previsto los oficiales del *quradu*.

Pero yo ya me había hecho a la idea de que me movía en un nido de escorpiones y nada me producía vértigo.

Cuando llegué a mi casa aguardaba en mi puerta una silla de mano cuyos portadores lucían el distintivo de la casa real.

En la sala de audiencia que en tiempos de Sinahiusur estuvo atestada de cortesanos que acudían a formularle mil peticiones, se encontraba únicamente la señora Shaditu.

—Dijiste que me matarías cuando volvieras a verme —murmuró. Estaba sentada sobre una mesa y bajo su leve túnica se le transparentaban las piernas—, pero no creo que acabes hoy conmigo. Confío que por el momento te hayas saciado de sangre.

Sonreía con aire de complicidad, dándome a entender que comprendía mi actitud y que mis crímenes aún me hacían más atractivo. Y aunque sabía que era perversa y que su cuerpo era un instrumento que conducía a la desgracia, no podía apartar de mi mente el pensamiento de que también era muy hermosa.

—No, no te mataré, pero si no me dices en seguida por qué has venido te arrancaré la piel a tiras.

—¿Me utilizarás como a tu esclava Zabibe? —repuso intencionadamente con una dulce sonrisa, como si aquella perspectiva no le disgustase demasiado—. ¿Sabías que es una espía?

—Sí, enviada por la señora Naquia.

—Al parecer mi querido hermano ha crecido en sabiduría con el paso de los años. ¡Bésame, Tiglath!

—¿Por qué has venido?

—¡Bésame primero y luego te lo diré! ¡Bésame!… ¡Sé que ardes en deseos de hacerlo!

No se equivocaba porque lo cierto era que experimentaba una extraña desazón. Me incliné a besarla y ella me echó los brazos al cuello e introdujo su puntiaguda lengua entre mis labios. Apoyé mis manos en sus senos y sentí en mis palmas sus duros pezones que pellizqué hasta hacerle daño. La joven dejó caer los brazos y gimió dolorida, pero no se defendió. Sólo sus ojos llenos de lágrimas me miraron suplicantes.

—Se diría que mi traidora concubina y tú sois iguales —siseé.

—Sí…, somos iguales.

Así lo revelaba su ávida expresión.

Por fin la solté y ella se cubrió los senos con los brazos.

—No juegues conmigo, Shaditu: no soy uno de tus serviles cortesanos.

—¡Ojalá lo fueses, Tiglath, amor mío! Me gustaría que tú… ¡Oh, creo que llevaré las huellas de tus dedos hasta la tumba!

—Dime de una vez para qué has venido o irás a parar a ella antes de lo que imaginas.

—Preferiría que me enterraras en tu lecho —susurró, volviendo a abrazarme y a besarme en la boca—. ¡Te amo, Tiglath, porque eres el único hombre de Nínive que no me teme!

Me libré de sus brazos y retrocedí, apartándome de ella porque en realidad su proximidad me alteraba profundamente.

—Te temo más que nadie.

—No tienes miedo de mí sino de ti mismo, o acaso te asuste traicionarte. Puedes considerarte afortunado porque nunca has sentido temor, o tal vez sea cierto que eres más fuerte que todos nosotros.

—¿Y tú, hermana?

—¡Oh, sí, naturalmente! ¡Estoy muerta de miedo!

Lo advertí claramente. Se leía en sus ojos y, sin embargo, no era terror hacia los seres humanos ni a los hechos que éstos pudieran realizar ni a la misma muerte. Era una inquietud que nacía del alma, el temor al abandono y a la desesperación, el pavor que experimenta quien se ha sumergido en las tinieblas y sabe que jamás podrá salir de ellas.

—¡Vamos, habla! —la apremié, rechazando todo sentimiento de piedad, puesto que no tenía por qué compadecer a Shaditu—. ¿Qué has venido a decirme?

La joven se irguió en la mesa, coqueta y distante, y jugueteó con sus uñas pintadas, al parecer dispuesta a hacerse de rogar.

—¿Qué quieres saber? —me preguntó sin mirarme, como si estuviera totalmente concentrada en sus manos.

—¿Por qué te encuentras aquí?

—Ya te lo he dicho… Porque te amo. Y porque debes tomar partido rápidamente.

No le exigí explicaciones. Toda la ciudad tomaba partido o intentaba obligarme a ofrecerles un bando por el que optar.

—El rey pronto dejará de reinar —prosiguió manifestando un hecho evidente—. Porque está viejo y cansado y debe sustituirle un hombre

joven. La cuestión es quién será su sucesor, si tú o Asarhadón. Yo preferiría que fueses tú, pero, velando por mi seguridad, debo formar parte de los que mueven la balanza a favor del ganador.

—Este problema ya se ha resuelto. Asarhadón fue designado por el dios: es el *marsarru* y será rey.

—¿Lo crees realmente? —repuso levantando la mirada hacia mí con una sonrisa, como si hubiese dicho algo divertido—. Tal vez si tú lo deseas Asarhadón será rey, pero tú podrías ser su *turtanu*. El ejército irá donde tú ordenes y el ejército puede conseguir lo que se proponga. No sería la primera vez que un *turtanu* ha dominado con mano férrea al rey. Tal vez sea ésa la voluntad divina.

—Shaditu, hermana, ¿por qué se suicidó el *baru* Rimani Assur? ¿También por decisión divina?

La joven desvió un instante su mirada y permaneció sentada con las manos cruzadas sobre el halda, fijando su mirada en un punto indefinido. Pese a toda su maldad no era cobarde y no recordaba haberla visto demostrar una sola vez auténtico temor, pero en aquel momento sí lo sentía.

—¿Por qué iba a saberlo? Me interesan los cuerpos de los hombres, no sus corazones.

Y lanzó una risa estridente, como las carcajadas carentes de alegría de los dementes, desviando su mirada de mí.

—Tú le sedujiste, ¿verdad? — insistí, cogiendo su rostro entre mis manos y obligándola a mirarme—. Te metiste en su lecho y le obligaste a traicionar su deber.

—¿Cómo lo sabes?

—Es de dominio común… Yo he sido el último en enterarme. Me lo dijo en Amat alguien que quizá tú no conoces.

—¡No es cierto! ¡No lo es! ¡La señora Naquia…!

—¿Cómo? ¿Te obligó ella? ¿O acaso descubristeis que ambas compartíais idénticas ambiciones?

Shaditu se apartó de mi lado y al instante fijó en mí una mirada feroz y desafiante, característica de quien ha sacado fuerzas de flaqueza. No, no me lo diría, pero tampoco lo negaba.

—¿Qué descubrió Rimani Assur entre los presagios, hermana? ¿Lo sabes?

—Si te lo dijera y ese conocimiento te ayudase a arrebatarle la corona a Asarhadón, ¿te quedarías con su esposa o conmigo?

—Me quedaría con Asharhamat.

—Entonces me temo que la verdad murió con Rimani Assur.

Volvió a reír con profunda amargura, porque ya había tomado partido.

La abofeteé enérgicamente y cayó en el suelo. Cuando se volvió a mirarme tenía la boca llena de sangre, pero seguía riendo.

Aquella noche visité a Asharhamat en sus aposentos sin importarme que alguien pudiera enterarse. Asarhadón permanecería en Nínive durante otros diez días… Si llegaba algo a sus oídos y deseaba pedirme cuentas, estaba dispuesto a darle su merecido.

«Vuelve la espalda a tu dios», me había dicho ella. Pero parecía como si hubiera sido Assur quien me hubiese dado la espalda a mí. Si había decidido ocultar sus designios, yo me sentía en libertad de seguir mis propios impulsos.

Esperaría a que Asarhadón protestase y en aquella ocasión mi mano no se detendría.

Asharhamat me recibió en una habitación anexa a su dormitorio. Tenía aspecto extenuado, como si el reciente parto hubiese minado sus fuerzas, y sus senos estaban henchidos de leche.

—No pienso amamantar al hijo de mi marido —indicó, pareciendo regodearse ante tal pensamiento—. Sólo tendrá que deberme la vida. Han traído a algunas campesinas para que se encarguen de su crianza. Nada más apropiado para un hijo de Asarhadón.

—¡Déjame que te lleve conmigo! Vamos a Amat y que Asarhadón acuda a buscarnos allí si tiene arrestos para ello.

No pareció haberme oído. Se diría que no advertía mi existencia, tan obsesionada se hallaba con su infortunio.

¿Hasta qué extremo habíamos llegado por mi causa?

—Se desarrolla muy bien —prosiguió. Pensé si estaría desvariando—. Es sano y robusto como su padre, pero nunca ceñirá la corona de Assur.

—¿Aún me deseas, Asharhamat? Entonces ven conmigo, acompáñame. En la habitación contigua podré reposar mi espalda. No es

necesario que vayamos a Amat porque no habrá diferencia alguna.

Se levantó decidida, me cogió del brazo con ambas manos y me empujó hacia su dormitorio. La puerta estaba entornada. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—¿Qué podría hacer Asarhadón si nos sorprendiera? —prosiguió sonriendo, mientra cruzábamos el umbral—. Debo parir el hijo que le suceda en el trono, y ese hijo aún ha de ser engendrado en mi vientre. ¿Qué puede hacer Asarhadón?

Llegamos a una habitación pequeña en la que se encontraban dos de sus doncellas, acurrucadas en un rincón, doblando y recogiendo piezas de lencería, entregadas a ocupaciones femeninas cuya utilidad únicamente ellas comprenden. Nos miraron y, al descubrir mi presencia, se levantaron dispuestas a abandonar la estancia. No se demoraron un instante: en sus ojos brillaba el temor porque comprendían que su ama estaba cometiendo una locura. Salieron y cerraron la puerta silenciosamente.

Sin decir palabra Asharhamat se despojó de su túnica por la cabeza, apareciendo desnuda ante mí. Seguía siendo hermosa, para mí más hermosa que la propia vida, pero ya no era tan joven. Sus senos, en otro tiempo menudos y erguidos, estaban henchidos, a punto de estallar, y en su vientre aparecían las señales propias de los embarazos sufridos. Me arrodillé ante ella, hundiendo la mejilla en sus pobres carnes, y los ojos se me llenaron de lágrimas de piedad.

—¿Acaso me he vuelto tan horrible, Tiglath? —murmuró, acariciándome los cabellos—. ¿He perdido tu amor?

—¡Oh, no, amor mío! ¡Amor mío! —repetí una y otra vez sin poder encontrar otras palabras—. ¡Amor mío!

Permanecimos largo rato abrazados a la fluctuante luz de una lámpara hasta que perdí la noción del tiempo. Olvidé cualquier cosa que no fuese a Asharhamat y perdí mi vergüenza, temores y sentido del deber: era como un recipiente vacío que ella había llenado con su amor.

Aquella noche nos convertimos de nuevo en una sola carne. Entré en ella y fuimos un único cuerpo. Con Asharhamat era absolutamente distinto que con otras mujeres, porque yo no pensaba en el placer. Experimentaba un sordo júbilo que hería mis sentidos, pero que no era simplemente fruto del deseo. No podía resistir la idea de separarme de ella, ya que mi espíritu

le pertenecía y, sin ella, vagaría por los aires como un fantasma. Comprendía que vivía sólo para ella, que éramos sólo uno.

—¡Ven conmigo! —le dije cuando por fin logramos pronunciar palabra—. ¡Acompáñame y estaremos juntos hasta la muerte!

—¿Y cuánto puede tardar en producirse?

—¡No importa! ¡Jamás te dejaré!

—Debes hacerlo…, sabes que debes hacerlo.

—Sólo sé que te amo.

—No me iré contigo, Tiglath —repuso, interrumpiendo nuestro abrazo e incorporándose en el lecho—. Ha pasado el momento oportuno. Únicamente expresas tus deseos, no te das cuenta de lo que es inevitable. Ya hiciste tu elección, o acaso tu dios la hizo por ti.

—Tú me importas más que cualquier dios.

—Así lo crees en estos momentos, pero mañana o pasado pensarás de otro modo. Le perteneces a él, no a mí. Ahora lo comprendo y no me resisto: entiendo perfectamente que debe ser así.

—¿Por qué?

—Porque tal es su voluntad.

Sabía que lo que ella decía era cierto y que era más fuerte que yo, pero me atormentaba la idea de marcharme, de pasar días o años sin verla y en mi fuero interno maldecía el nombre del dios.

El *maxxu* me había dicho que había llegado la hora de las despedidas y que se me entumecería la lengua diciendo adiós.

En la oscuridad, mientras el mundo aún seguía velado por las alas de la muerte, me levanté y me fui.

—¿Ya no encuentro favor ante los ojos de mi señor? —gemía la astuta Zabibe, arrodillada a mis pies como una penitente, cubierta de harapos y con los brazos desnudos—. Has dejado de honrarme. Me has desterrado de tu presencia y, desde que regresaste de Nínive, pueden contarse con los dedos de una mano las noches que visito tu lecho. Si he pecado inconscientemente contra mi señor, castígame, si es preciso con la muerte, pero no me alejes de ti, no me atormentes con esta terrible agonía.

Humillaba la cabeza en el suelo y se abrazaba a mis tobillos bañando mis pies en lágrimas. Resultaba muy convincente, pero nada hay más peligroso que una mujer cuando se muestra débil y sumisa. Comprendí que había cometido un error al menospreciarla.

—¡Tráeme el látigo! —ordené.

Pero sabía que no la satisfaría eternamente despellejándole la espalda y entreteniéndola con algunos arrumacos y revolcones salvajes. Zabibe sabía que tenía una rival y no descansaría hasta descubrir quién era. De todos modos tal era el propósito que la había conducido hasta mí: investigar mi vida privada. Pero lo cierto era que yo ya me había cansado de soportar sus imposturas y abrigaba ciertos planes respecto a ella.

Dentro de quince días regresaría a Amat al frente de diez compañías de soldados, que dotarían la guarnición, mientras partía con mi nuevo ejército a los montes Zagros, en cuyo momento confiaba haber dejado limpia la tablilla de mi vida.

—Debemos aguardar y observar —le había dicho a Asharhamat—. Tal vez encuentre la muerte en el campo de batalla, o Asarhadón, en una de sus borracheras, caiga por una escalera y se rompa la cabeza, o el dios se canse de tanta insensatez y destruya el mundo. No nos queda más que esperar.

Era cierto. Durante todos aquellos meses que estuve en la ciudad, la vi tan sólo cinco veces y los días intermedios nos limitamos a esperar. Yo vivía pendiente de las pocas horas que pasábamos juntos, vivía sólo para ella. Incluso me invadía una sensación de vacío cuando pensaba en mi lucha contra los medas: la gloria y el peligro no eran nada para mí si me apartaban de sus brazos. No había desdeñado a Zabibe a impulsos de una exagerada delicadeza: se trataba simplemente de que, en ocasiones muchos días, había llegado a olvidar su existencia.

Durante aquellos meses pasados en Nínive habían llegado a mis oídos muchos comentarios a los que apenas había prestado atención. El rey era un anciano con un pie en el otro mundo, pero la muerte de una persona representaría la vida de muchos y las conspiraciones se multiplicaban como los gusanos en la carroña de un león y circulaban rumores por doquier.

Yo estaba constantemente reunido con personajes, a veces conocidos, en encuentros que parecían fortuitos. Por ejemplo, recibía invitaciones para incorporarme a una partida de caza y entre un centenar de personas acababa

teniendo como compañero a algún *rab abru* que estaba al frente de una guarnición estratégica que se hallaba disfrutando de permiso. Charlábamos sin apresurarnos durante la caza y, en el curso de nuestra conversación, surgían alusiones a la situación actual y quejas sobre la política que Asarhadón seguía con Babilonia. Yo respondía de modo poco comprometido y, de pronto, mi interlocutor me ofrecía su apoyo si me decidía a disputar el derecho al trono de mi hermano. Situaciones como ésta se me presentaron en múltiples ocasiones.

Algunos encuentros no fueron tan fortuitos. El quinto día previo al comienzo del festival del Akitu, dos horas antes de amanecer, me despertó el mayordomo de la casa diciendo que se había presentado un visitante que no se atrevía a despedir. El recién llegado acudía en una silla de manos y vestía túnica con capucha que le ocultaba el rostro. Mi servidor ni siquiera estaba seguro de que fuese un hombre e incluso temía que se tratase de un asesino.

Recogí la jabalina que tenía apoyada contra la pared y acudí al encuentro del extraño visitante. Cuando estuvimos solos, el hombre dejó caer su capucha en la espalda, descubriéndose el rostro: se trataba de mi real hermano, el escriba Nabusharusur.

—Se diría que te sorprende verme —me saludó, frunciendo los labios en una sonrisa.

—Todo cuanto pueda sucederme en Nínive ha dejado de sorprenderme —repuse—. Sin pretender ofenderte, hermano, ¿podrías decirme qué deseas de mí a estas horas?

Nabusharusur jugueteaba nervioso con la manga de su túnica y se le formaban algunas arruguitas en el rabillo de los ojos como si estuviera aguzando la mirada. Era un hombre —en caso de que pudiese darle tal título— cuya vida siempre estaba pendiente del filo de una navaja.

—Vengo a decirte que tienes muchos enemigos.

—No me sorprende, puesto que no he llevado precisamente una existencia intachable.

—¿Te burlas de mí, hermano?

—No, hermano —respondí, sonriendo con tan escasa alegría como el propio Nabusharusur—. Me burlo de mí mismo. No soy tan necio como pareces creer.

—Entonces debes saber que albergas espías en tu propia casa. Por ejemplo, esa mujer, Zabibe.

—Ya me habían advertido de ello. Pero ¿qué voy a hacer? La mitad de los habitantes de esta ciudad se ganan el pan espiando a la otra mitad. Dime qué es lo que ignoro.

—Para ganarse el pan, esa mujer ha prometido a la señora Naquia que te envenenaría. Yo no aceptaría ni una copa de vino de sus manos… Como ves, te he dicho algo que ignoras.

—En efecto… ¿Me permites que te pregunte por qué te has preocupado por ello y cómo lo sabes?

—Me preocupa porque todavía no he perdido las esperanzas contigo, Tiglath —repuso con un leve encogimiento de sus delgados y femeniles hombros, como si hiciese mucho tiempo que hubieran muerto sus ilusiones —. Eres un insensato a quien ciega el pasado impidiéndole ver el futuro, pero no siempre será así. Y, según mis conocimientos en esta materia…, tal como has sugerido, ¿qué secretos no son venales en esta ciudad?

Se despidió con una inclinación de cabeza y como siempre me sentí aliviado al verle partir. Nabusharusur era un individuo inquietante y su constante desasosiego creaba una atmósfera que le acompañaba dondequiera que se encontrase, contagiando a todo aquel que respirase su mismo aire. Regresé a mi habitación, perdida toda esperanza de descanso, aguardando a que despuntara el alba.

Y al anochecer del siguiente día, cuando fui a acostarme, encontré junto a mi lecho a Zabibe con su látigo y una jarra de vino. La muchacha me sonrió y comprendí que Nabusharusur me había salvado la vida.

—No tengo sed —le dije—. Pero bebe tú si lo deseas. Bebe antes de que se caliente.

Negó con la cabeza.

—No, no me gusta el vino.

Pero yo recordaba haberla visto beber de aquel mismo vino en innúmeras ocasiones.

—Bien, pues si lo prefieres, castígame…

Sonrió al verme coger el látigo. Sin duda creía que el deseo me resecaría la garganta y que en algún momento antes de amanecer bebería y encontraría la muerte.

Zabibe levantó el borde de mi camisón e introdujo mi miembro en su boca y, al tiempo que yo le azotaba la espalda, gemía haciéndome sentir la presión de su lengua. Durante todo el tiempo que me estuvo succionando, yo seguí azotándola hasta que vi brotar la sangre. Aquella noche entré en ella dos veces, mas me abstuve de tocar el vino.

A la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, la dejé durmiendo y me llevé la jarra. Las cocineras ya se habían levantando, de modo que entré en la cocina y cogí una de las rebanadas largas y delgadas de pan que come el servicio sin que nadie se sorprendiese de ello.

El jardín de la parte posterior de la casa estaba abandonado desde los últimos años en que vivió el señor Sinahiusur. Abundaban las malas hierbas y pululaban las ratas, atrevidas criaturas grandes como gatos que no temían a hombres, animales ni dioses.

Me senté en un banco de piedra y me entretuve en desmigar el pan, empaparlo de vino y echarlo seguidamente en el suelo.

Al cabo de un rato acudió una rata que se paralizó al verme observándola, con sus crueles ojillos y, por fin, cuando se aseguró de que no iba a entremeterme, se acercó a olfatear un pedazo de pan. Se lo comió, y luego otro y otro. Aguardé mientras el roedor husmeaba en torno buscando más comida y arrastrando tras de sí su cola larga y pelada.

Y de pronto levantó las patas delanteras y cayó fulminado. Me acerqué a su cuerpo y le di una patada para asegurarme: se quedó tan inmóvil como un leño.

De modo que era cierto…, no cabía duda. Vertí el resto del vino en el suelo.

Zabibe no pudo ocultar su sorpresa al verme con vida.

—Ordena a una sirvienta que me traiga el almuerzo —le dije—. ¡Rápido, estoy hambriento!

Y así era en verdad. Todo sabe excelentemente a un hombre que se siente feliz por haber salvado la vida: sabía que estaba en deuda con mi hermano Nabusharusur.

Y Zabibe lo pagaría caro: yo me cuidaría de ello.

Por la mañana partimos hacia Amat. Los cuarteles de la Casa de la Guerra estaban totalmente iluminados con antorchas a fin de que los soldados preparasen su equipo para una larga marcha. Pertenecían a los nuevos reclutamientos y sabían que algunos de ellos irían a la guerra: sin duda aquella noche dormirían poco. Comprendía perfectamente lo que debían sentir, me bastaba con recordar la larga marcha a Khalule.

Pero en mi cerebro no resonaba el fragor de las armas ni el estrépito de los cascos de los caballos. Aquellos sonidos habían perdido su aterrador impacto para mí y, además, me aguardaban los brazos de una mujer amada. Separarme de ella sería más terrible que la misma muerte.

Asharhamat me esperaba en su dormitorio. Confiaba que sus doncellas impedirían cualquier posible intrusión hasta quizá una hora antes de que apareciesen las primeras luces. Asarhadón había pasado casi todo el mes en Kalah, según decían esperando a que yo regresara al norte.

Junto a su lecho se veía una sola lámpara de aceite. Se volvió hacia mí sonriente, recostándose en un brazo. Me arrodillé a su lado y me acarició el rostro, apoyando levemente las yemas de los dedos en mi piel y besándome en la boca. Nos besamos con avidez, casi con violencia, sin cruzar palabra: no había tiempo para ello. Hicimos el amor como hambrientos en un festín, como si el mundo fuese a desaparecer al cabo de un instante.

—¿Qué haremos durante todo el tiempo que dure nuestra separación? —preguntó por fin, acurrucándose en mis brazos cuando agotamos nuestra pasión.

—Sufrir —repuse, puesto que no existía otra respuesta—. Seguiremos alimentando nuestras esperanzas y aguardaremos.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé.

—Depende de la voluntad divina.

—Así es.

—Sí.

Los grillos cantaban en el jardín. La madre Tigris estaba en plena crecida y el mundo despertaba un año más. Y al amanecer yo partiría para luchar contra los medas.

—Tiglath…

—¿Sí?

—Es posible que haya quedado embarazada.

La estreché con fuerza en mis brazos sin moverme, tal vez incluso sin respirar. ¿Qué sentía en aquellos momentos? Experimentaba una fría emoción, me sentía intensamente sorprendido.

—¿Será de mí?

—Confío que así sea. Podría ser de Asarhadón porque cumple muy fielmente con sus regios deberes, pero no lo creo. Pienso que es tuyo, aunque sólo sea porque siento que ya quiero a esta criatura.

—Entonces me alegro.

—También yo.

Recordé que dentro de una hora, quizá menos, tendríamos que separarnos. ¿Cómo podría soportarlo? Ahora sería más difícil que nunca el alejamiento.

Pero lo resistí. Y aunque tenía el corazón destrozado, también pude resistirlo. La áurea alborada de Assur iluminó mi marcha al frente de tres mil soldados, espectáculo que fue aclamado por todo Nínive. Yo ya no pertenecía a Asharhamat, ni a mi hijo aún no nato, ni siquiera a mí mismo, sino al rey, al ejército y a la multitud que deseaba vitorear a su héroe del momento, gritar su nombre hasta enronquecer y olvidarlo después: volvía a ser un objeto sagrado, un gran hombre.

Pasé una noche en «Los tres leones» para despedirme de mi madre —el *maxxu* no se había equivocado porque había llegado a cansarme de tanta despedida— y luego marchamos en dirección norte siguiendo los senderos de las montañas, que eran dificultosos pero acortaban el trayecto y, en todo caso, constituían una experiencia muy conveniente para la campaña a la que debíamos enfrentarnos.

Zabibe viajaba en un carro en algún lugar del tren de equipaje sin que yo la hiciese acudir a mi presencia. Me limitaba a esperar.

Por fin alcanzamos la cumbre de las montañas y ante mi vista apareció el Gran Zab serpenteando brillante a la luz del sol como una serpiente plateada. Cuando nuestros caballos pudieran abrevarse en sus aguas nos encontraríamos a menos de dos jornadas de distancia de Amat.

Aquella noche dormimos en las proximidades de una aldea de respetables dimensiones llamada Adini, cuyo jefe acudió a mi tienda y, tras una profunda reverencia, me pidió la bendición real. Se la concedí y

seguidamente le pregunté si en su pueblo había algún obrero que trabajase los metales que pudiese arreglarnos el eje de un carro. Respondió afirmativamente.

—Es preciso que sea un hombre fuerte, porque es un carro muy pesado… Necesitamos cuatro bueyes para tirar de él.

—¡Oh, no será ningún problema para él, señor, porque tiene las fuerzas de un buey!

—Bien, entonces envíamelo.

El eje podía haber esperado hasta que llegásemos a Amat, pero yo no. Al cabo de media hora apareció el herrero, que respondió perfectamente a mis expectativas: era un gigante, de brazos tan poderosos como los muslos de un hombre, y tenía el pecho y el rostro cubierto de cicatrices producidas por el horno. Era muy feo y en algún accidente había perdido un ojo, cuya cuenca vacía cubría con un siclo de cobre. Le estuve observando mientras trabajaba, y cuando hubo concluido le invité a tomar una jarra de cerveza conmigo. La compartimos en perfecta armonía, como si nos hubiésemos conocido toda la vida. El herrero se rascaba el negro vello del vientre mientras bebía. Comprendí que satisfacía perfectamente mis expectativas.

—Dime, herrero, ¿tienes esposa? —me interesé.

—Lamentablemente, no, señor —repuso con necia sonrisa—. La tenía, pero murió. Ahora sus hijos no tienen madre y no hay nadie que cuide de mí.

—Tuvo que ser una pérdida terrible para ti. ¿Era hermosa?

—En absoluto, señor. Era demasiado seca y tenía el cutis basto como granito, pero ¿qué puede esperar un desgraciado tuerto como yo? Y, por añadidura, tenía lengua de víbora.

—Supongo que le pegarías.

—¡Oh, sí, señor! Le pegaba como todo hombre que se precie. Pero no con ello conseguía amansarla.

No necesitaba oír más. Entré en mi tienda para recoger algo que había adquirido en Nínive, un magnífico látigo no mayor que el brazo de un hombre, pero tejido con piel de jabalí y que había sido empapado en agua salada.

—Acompáñame, herrero —le indiqué.

Nos dirigimos al tren de equipaje, donde localicé el carro en el que viajaba Zabibe, a la que encontré desnuda como cuando vino al mundo,

pintándose las uñas de los pies. La muchacha sonrió al verme, pero, sin darle tiempo a pronunciar palabra, la así por la muñeca y la arrastré hasta el polvo. Al verla se iluminó de placer el único ojo del herrero, y sin duda justamente, puesto que dudo que en su pueblo existiera otra mujer que pudiera comparársele.

—Aquí tienes a tu nueva esposa, herrero…

—¡No, señor, no! —vociferó Zabibe, tratando inútilmente de liberarse de mi mano. La así con más fuerza—. ¡Clemencia, augusto señor, no me sometas a algo semejante! ¡No!

No me digné responder a sus gritos. Aquel asunto debía zanjarse entre hombres, por lo que me dirigí exclusivamente al herrero.

—Debo confesarte que también es muy deslenguada, pero te aseguro que si le pegas siempre que sea necesario llegará a quererte. Como dote te regalo este látigo.

Y propinándole un fuerte empujón la envié tambaleándose hacia su nuevo esposo, que la recibió con bastante habilidad.

Zabibe arremetió contra él con sus uñas, pero el hombre se echó a reír y le propinó un travieso mojicón que la proyectó sobre el blando barro del suelo. La mujer se incorporó llorando a raudales con un cardenal en la mejilla que sin duda le duraría muchos días.

—Señor, te lo ruego… —gimió, tendiéndome la mano en ademán de súplica.

—¡Cállate porque aún mereces mucho más! ¿Acaso esperabas que acogiese a una asesina en mi lecho?

El herrero la asió por la muñeca y la obligó a levantarse. Finalmente, con las desnudas piernas cubiertas de barro, la mujer se quedó inmóvil. Sus ojos llenos de lágrimas imploraban clemencia, pero sin duda comprendía que no la encontraría.

—Gracias, señor…, es magnífica —exclamó el hombre, acariciándole el hombro y el seno sin importarle que ella se estremeciera a su contacto—. Es bastante hermosa para que no me importe lo deslenguada que pueda ser.

—Sí, pero no olvides pegarle. Arráncale la piel de la espalda —le sugerí, sonriendo con torva satisfacción, disfrutando ante la pareja que formaban—. Y te advierto que a menos que estés hastiado de la vida no olvides hacerle probar los alimentos antes de comerlos. Es árabe y utiliza algunas especias exóticas. Ve con cuidado no mueras de una indigestión.

Zabibe me lanzó una mirada asesina…, tan asesina que por Un instante lamenté separarme de ella. Sí, era evidente que me odiaba. Pero ¿acaso me había importado antes su odio?

—Llévatela antes de que cambie de idea, herrero.

Los gritos que profirió Zabibe mientras el hombre se la llevaba fueron oídos por todo el ejército; sus maldiciones vibraron prolongadamente en el aire.

—¡Que los dioses te abandonen, Tiglath Assur! —vociferaba—. ¡Que tengas una muerte horrible en el país de los medas y los perros devoren tu cadáver!

Eran tantas las mujeres que me habían maldecido en mi vida que me pregunté si los dioses se molestarían en escucharlas.

OceanofPDF.com

XXIX

Durante aquellos dos años los buitres habían realizado su trabajo. Exceptuando los huesos que se mantenían unidos por jirones de carne descompuesta, apenas quedaban restos de los cadáveres de Uksatar y los cuatro notables de la tribu miyane. Las mismas ropas que vestían en el instante en que murieron habían quedado destruidas, por lo que ni siquiera aquellos que como yo habíamos presenciado su ejecución logramos distinguirlos.

Espectro, mi corcel, que a la sazón ya era un magnífico semental, un caballo destinado a la guerra educado para enfrentarse en batalla y no verse afectado por el olor a sangre, relinchó nervioso y levantó la tierra con sus cascos cuando me detuve un instante para contemplar aquel macabro espectáculo: los cinco esqueletos de aquellos hombres que habían sido empalados como escarmiento, allí olvidados para que contemplasen con las vacías cuencas de sus ojos las montañas del este desde las que habían osado declarar la guerra al país de Assur.

Pero, naturalmente, la advertencia había sido inútil. En el transcurso de aquellos dos años, de modo intermitente y en especial durante el invierno que acababa de transcurrir, bandas de salteadores medas habían atravesado aquellas fronteras, sometiendo a pillaje todas las aldeas del contorno. No había nada sorprendente en ello. Puesto que sabían que de todos modos iba a regresar, ¿para qué iban a refrenar aquellos nómadas su natural codicia?

Y aunque yo no estuviera dispuesto a reconocerlo fácilmente, tales incursiones no me molestaban demasiado, puesto que justificarían la guerra que estábamos a punto de declarar al pueblo de Ahura.

De todos modos no éramos unos vulgares depredadores a quienes impulsaba el ansia de asesinar y robar cuanto pudiéramos, sino que representábamos al brazo justiciero de nuestro dios, que no toleraba ver

sometido a su pueblo a tantas vejaciones. Pero lo más importante de aquel hecho era la limitación que demostraba en el dominio que Daiaukka ejercía sobre su confederación tribal.

Daiaukka no era en modo alguno un necio, y sabía que incendiar los poblados situados al oeste del río Diyala y arrebatarles su ganado propiciaría la conflagración que inevitablemente debía producirse. Tampoco ignoraba que mi política militar contaba con una fuerte oposición, y que aún debía ganarme la voluntad de mi padre para que auspiciase tal empresa y era bastante inteligente para comprender que en Nínive estábamos perfectamente informados de todas las chozas que se incendiaban, los campesinos que eran exterminados y las medidas de cebada que se sustraían, y que todo aquello servía para reforzar mi tesis de que los medas constituían una amenaza que debía ser aplastada.

Por consiguiente le constaba que aquellas provocaciones fronterizas eran desatinadas y no las impedía porque le era imposible. Su voz apenas tenía fuerza de ley entre las tribus del Zagros, por mucho que se atribuyese a sí mismo el título de *shah—ye—shah*, rey de todos los reyes de los arios. Peor para él.

De modo que mientras observaba los restos de aquellos miyane a quienes había ordenado dar muerte, con sus cráneos únicamente cubiertos por algunos restos de carne reseca y agostada por el sol, sonriendo diabólicamente ahora que ya disfrutaban de bastante serenidad para reconsiderar la ridícula locura de sus crímenes, no lamentaba que mi aviso hubiese sido despreciado y prometía a Assur que los medas no volverían a necesitar semejantes advertencias durante muchos años en el futuro.

Regresé al campamento, una extensión de tiendas que constituían casi una ciudad sobre la inmensa llanura, donde el ejército de Nínive disfrutaba de un prolongado y último atardecer apacible antes de mojar nuestras sandalias en el Diyala por postrera vez para introducirnos en las tierras de los medas.

Me veía obligado a refrenar a *Espectro*, que tensaba sus bridas deseoso de emprender la carrera. Sus largas y plateadas crines flotaban al viento y los músculos de su poderoso cuerpo se dibujaban tensos y arqueados bajo la piel. Era un magnífico corcel, potente y rápido, y estaba convencido de que me traería suerte.

Cuando entré en el campamento los hombres me recibieron entre vítores y aclamaciones. Si encontraba algún rostro conocido sonreía y le

devolvía su saludo porque los soldados deben estar convencidos de que sus superiores se preocupan por ellos. Me habían confiado sus vidas aun sabiendo que los conducía contra un enemigo de notorio valor y ferocidad y, como deseaban salir triunfantes y airosos de aquella empresa, habían creado un ídolo al que llamaban Tiglath Assur. Siempre sucede igual: se enaltece a un hombre para favorecer los propósitos y esperanzas de muchos.

Y aquel año de nuevo enarbolamos la enseña de la estrella ensangrentada que ondeaba en nuestros estandartes bajo el signo alado de Assur, porque esperaba que no sólo mis hombres creyesen en el mito del *sedu* del poderoso Sargón.

Sin embargo no confiaba únicamente en la magia de mi propia reputación. El ejército que conducía hacia el Zagros estaba formado por veinte mil hombres fuertes, disciplinados y aguerridos, conscientes de lo que de ellos se esperaba, muchos de los cuales eran veteranos de antiguas campañas y conocían el terror de la batalla. Si éramos derrotados, sería yo quien habría fracasado y no ellos. Pero estaba seguro de que venceríamos.

—¿Cuándo levantamos el campamento, *rab shaqe*? —preguntó Lushakin sujetando las bridas de *Espectro* para que yo desmontase.

—Una hora antes del amanecer —repuse—. Cuídate de que los soldados estén dispuestos para partir con las primeras luces. Deseo que los medas se den cuenta de que, aunque somos numerosos, estamos organizados.

—¿Crees que nos vigilan?

—Me consta que así es —repuse mirándole fijamente y enarcando las cejas con fingida sorpresa, como si no pudiese creer que pudiera ser tan ingenuo—. Sus observadores nos llevan unas cinco horas de ventaja desde el tercer día que salimos de Amat. Si marchases en vanguardia conmigo, habrías podido ver los excrementos que han dejado sus caballos por el camino.

Tabshar Sin se echó a reír:

—Deberías ir con más cuidado, príncipe, o este bobalicón acabará creyéndote.

Lushakin también se rió al comprender que le había gastado una broma. Conocía a aquellos hombres desde mi más tierna juventud y podía permitirme semejantes confianzas.

—No obstante están ahí —aseguré—. No son tan necios como para dar a conocer su situación, pero me consta que se encuentran próximos: presiento que nos están vigilando.

En mi tienda guardaba excelentes mapas levantados de los territorios situados al este del Diyala, proyectados sobre pergaminos por los esclavos cimerios que habíamos liberado del cautiverio en nuestra última campaña. En ellos aparecía hasta la última piedra de las estepas del Zagros: por lo menos no avanzaríamos a ciegas.

—Debemos mantenernos en las llanuras —sugerí a mis oficiales—. Un ejército de estas dimensiones no puede maniobrar ventajosamente por las montañas y, además, ¿para qué dar ocasión a Daiaukka de que nos tienda una emboscada? Contamos con una ventaja numérica a nuestro favor. Pese a la caballería que logren reunir los medas, no pueden confiar en aplastarnos y un gigante no se introduciría en una jarra de cerveza para emprender una batalla.

—Acaso simplemente decidan ignorarnos y aguardar en las montañas hasta que llegue el invierno en que nos veremos obligados a retirarnos.

—Daiaukka luchará. Sabe muy bien que un rey no lo es de hecho si no puede proteger a su pueblo. Devastaremos de tal modo los Zagros que se verán obligados a luchar.

Cuando la entrevista hubo finalizado, Lushakin y Tabshar Sin se quedaron conmigo y los tres tomamos unas copas y hablamos de los gloriosos tiempos pasados hasta muy entrada la noche. Habíamos perdido las esperanzas de dormir y en tales ocasiones es mejor no encontrarse solo.

En el instante en que el sol comenzaba a asomar por el grisáceo cielo, los ejércitos vengadores de Assur ya estaban en marcha, y a mediodía cruzamos el río y pisamos la tierra que nuestros enemigos consideraban suya.

Al caer el crepúsculo del segundo día regresaron nuestros observadores y nos informaron de que habían divisado la primera aldea meda. Por la mañana impartí instrucciones:

—Llevaos una compañía y destruidlo todo: que no quede un muro en pie ni una cabaña… ¡Todo! Incendiad las cosechas y regresad con todos los animales que podáis: no tenemos por qué privar a nuestros soldados de alimentos. En cuanto a los demás, matadlos y arrojad sus cadáveres a los pozos. Exterminad a cualquier hombre armado que encontréis o que

ofrezca resistencia; llenaremos el país de mendigos y vagabundos que Daiaukka tendrá que alimentar… si le es posible. Que nadie moleste a las mujeres: debemos demostrarles que no somos unos bárbaros.

Los medas construyen sus casas de piedra, pero los tejados son de madera. A la mañana siguiente aún seguían ardiendo, tiñendo el cielo de aquellas latitudes de un ominoso negro rojizo. Mis soldados se regocijaron con ello. ¿Y cómo no iban a nacerlo puesto que nuestros enemigos nos habían castigado de igual modo? Pero ante aquel espectáculo se me helaron las entrañas.

Durante muchos días se repitieron tales hazañas. Compañías de hombres se separaban del contingente principal del ejército y se entregaban al saqueo y al pillaje. Nuestras reservas de grano estaban a rebosar y contábamos con caballos, ganado y cabras que bastarían para abastecer a unas fuerzas que decuplicasen nuestros efectivos. Encontramos oro y plata, que repartí en calidad de botín entre los soldados, reservándome como de costumbre una quinta parte.

En breve —al igual que sucediera en nuestra última campaña— acudieron a nuestro encuentro los notables de las aldeas y nos ofrecieron tributos para que respetásemos sus vidas y sus haciendas, pero yo me mostraba implacable.

—Habéis prestado adhesión a un rey perverso —les decía—. Él es el culpable de que sufráis nuestra venganza por enfrentarse al país de Assur. Todo cuanto estáis sufriendo mi propio pueblo lo ha padecido antes que vosotros…, y mucho más. Los seguidores de Daiaukka deben enterarse de cuál es el precio que exige mi dios a aquellos que se burlan de su poder.

Al oír mis palabras los notables se lamentaban en tonos desgarrados y se mesaban las barbas.

—¡Pero nosotros sólo somos pastores y campesinos, augusto señor! ¡No guerreamos ni empuñamos las armas contra el país de Assur! ¡Perdónanos!

—¿Acaso los míos no eran también campesinos y pastores? ¿No acompañan vuestros hijos al ejército de Daiaukka? Sin embargo mostraré cierta clemencia hacia vosotros, sin duda más de la que ha hecho gala aquel de quien me propongo tomar venganza: os concederé un día de gracia. Reunid los bienes que os sean posibles y marchad a las montañas. Deberéis dejar vuestros carros, pero podréis llevaros todo cuanto logréis cargar en

vuestras espaldas. Partid al encuentro de Daiaukka. Le explicaréis cuál es vuestra situación y le exigiréis que os dispense su protección, como es de justicia. Decidle que el señor Tiglath Assur, hijo de rey y príncipe de los países occidentales, no cejará en su avance destructor hasta que sea arrojado del país por la fuerza o venza a sus enemigos en franco combate.

Y alcé la mano a modo de despedida para que pudiesen ver la estrella ensangrentada de mi palma y comprendieran quién les había hablado.

Y así, mientras mis palabras circulaban de pueblo en pueblo, las estepas de los Zagros se llenaron de lamentos y los senderos y caminos se atestaron de peregrinos. Al igual que las aguas se rompen ante la proa de un buque, así la gente que se autocalificaba de aria se desperdigó ante las columnas de nuestro ejército. Desde la distancia veíamos ininterrumpidamente las nubes de polvo que levantaban sus pies descalzos mientras emprendían una desesperada huida para librarse de la destrucción.

Y siempre encontrábamos sus poblados vacíos, las cabras todavía atadas en los patios y los graneros intactos, porque sabían que si quebrantaban el pacto los perseguiríamos y mataríamos, abandonando sus cadáveres para alimento de los perros: todo aquello que no podíamos llevarnos lo quemábamos y destruíamos.

En muchas ocasiones incluso nos encontramos algunas mujeres abandonadas o que se habían quedado por voluntad propia. Una vez hallamos dos hermanas en la choza de un notable, según me dijeron, esposas de un hombre de setenta y tantos años. Cansadas del destino que les había tocado en suerte, me rogaron que les encontrase esposos jóvenes entre los soldados de Assur. Las jóvenes me aseguraron que podían satisfacer a cualquier hombre digno de considerarse como tal y me invitaron a comprobarlo por mí mismo. Hacía muchos días que estaba solo, y por tanto me sentí muy satisfecho de poder complacerlas. Seguidamente les entregué dos siclos de plata a cada una y les dije que estaban en libertad de seguir al ejército, pero que cuando reinase la paz podrían escoger entre aquellos que más las hubiesen agradado y tomar el velo según la costumbre de mi país, con lo que parecieron muy satisfechas.

La mayor parte del país sufría los rigores de una estación dura. Poco a poco el terreno ganaba aridez. Aquel invierno se haría sentir el hambre, y muchos de los que habían huido de sus hogares no vivirían para regresar a ellos y perecerían en las colinas, acogiendo la muerte como una liberación

de sus penalidades. Era un triste destino cuya responsabilidad recaía sobre Daiaukka y él lo sabía muy bien.

De modo que no me sorprendió que me anunciaran la llegada de un mensajero en son de paz.

Cuando los medas desean parlamentar envían un emisario con una lanza de cuya punta surgen cintas blancas. A medida que se aproxima, el hombre agita la lanza sobre su cabeza y las cintas resplandecen al sol, precaución inútil, puesto que un solo hombre a caballo no basta para asustar a un ejército, y nosotros le hubiésemos permitido atravesar nuestras líneas sin tan ostentosa exhibición de sus intenciones.

En cuanto se encontró dentro del campamento, desmontó y, sin cambiar palabra, fue conducido inmediatamente a mi tienda acompañado de un centinela.

—¿Te envía Daiaukka? —le pregunté.

—Soy portador de un mensaje del *shah—ye—shah* —repuso como si desease afearme mi impertinencia al aludir a tan eminente personaje simplemente por su nombre—. Desea reunirse contigo a solas, garantizándote tu seguridad.

Era un hombre joven, alto y apuesto, de ojos grandes como una mujer y barba negra y brillante cuidadosamente rizada. Sonreía mostrando sus dientes como si estuviera muy consciente de la impresión que causaba.

—¿Por qué debemos fiar la vida de nuestro príncipe a tales garantías? —le preguntó Lushakin. Aquella pregunta casi equivalía a un claro desafío —. ¿Por qué hemos de creer en las palabras de Daiaukka?

—Porque también yo las creo —anunció el mensajero, ostentoso como un pavo real—. Soy Tanus, primogénito de Rameteia, *parsua* de la tribu de los upasha y me quedaré aquí hasta que el señor Tiglath Assur regrese ileso.

Y paseó una mirada en torno como si esperase que le felicitásemos por su heroísmo.

—¿Dónde debo encontrarme con el *shah—ye—shah*? —pregunté—. ¿O acaso tiene que ser un secreto?

—Te aguarda a menos de dos horas de aquí, en el lugar donde las colinas inician su ascenso… allí.

Allende las estepas distinguí un muro yermo y resquebrajado. Contra las verdes praderas se recortaban afiladas rocas que parecían haberse

hendido desde gran profundidad, como espíritus de algún antiguo universo que hubieran retornado para dominar aquel mundo verde. Y más allá se encontraban los montes Zagros envueltos en una neblina negro azulada, del color del metal quemado. Daiaukka me esperaría allí solo, en algún lugar escondido escogido por él mismo, lejos de la vista y de cualquier posibilidad de ayuda.

—Muy bien —dije sin permitirme un instante de vacilación—. Al pie de las colinas. ¿Cómo daré con él?

—No debes preocuparte, señor. Él te encontrará.

Y me sonrió entornando los ojos. Tenía la arrogancia característica de los hombres primitivos que apenas han visto el mundo fuera de su propio pueblo. No me agradó.

—Entonces no me preocuparé. Ni en ése ni en otro punto —repuse imitando su sonrisa—. Lushakin, acompaña al señor Tanus a mi tienda. Cuida de que le den de comer y acomódale hasta mi regreso.

Tabshar Sin me siguió cuando iba a recoger mi caballo, reflejando una intensa ira en todos los movimientos de su sólido y viejo cuerpo, pero por lo menos tuvo la delicadeza de aguardar a que nuestro huésped no pudiera oírnos.

—¿Has perdido el seso, príncipe? —dijo con voz sibilante, echando una mirada sigilosa en torno para asegurarse de que nadie era testigo de tamaña insolencia—. ¿Has perdido él sentido de lo que debes a estos hombres a quienes has conducido hasta el fin del mundo? Ese *shah—ye—sha*, ese bárbaro nacido bajo una manta de montar, sin duda te estará aguardando con veinte asesinos para degollarte.

—¿Quieres que los medas imaginen que el *sedu* del Gran Sargón les tiene miedo? —repuse, pasándole el brazo por los hombros.

—Sí… Quisiera que les hicieras comprender que los hombres de Sargón no están dirigidos por un insensato que desprecia su vida como si se tratara de una sandalia rota.

—¡Oh, no tengo la intención de hacer semejante cosa! —contesté riendo, porque quería como si fuera mi padre a aquel viejo *rab kisir*, terror de los hijos del viejo Sennaquerib—. Y si descubro que me he equivocado puedes castigarme haciéndome limpiar los establos de la Casa de la Guerra.

—Te enviaría allí dentro de un saco de cuero —continuó, casi mascando las palabras—. Por lo menos que te acompañe una escolta…

Llévate algunos hombres.

—No. Daiaukka ha pedido que vaya solo.

—¿Por qué tenemos que cumplir las órdenes de Daiaukka? Deja que te acompañe. No tendrá nada que objetar ante la presencia de un anciano manco.

—Si te viese sin duda creería que te propones darle muerte. No, ha especificado muy claramente que debo ir solo. No le temo y confío absolutamente en su palabra.

—¿Qué puede esperarse de un hombre que vive entre los bárbaros?

—De la palabra de ese bárbaro podemos fiarnos totalmente.

Hacía casi una hora que el sol había descendido en su tránsito hacia occidente, cuando mi caballo acabó de atravesar las altas hierbas de las estepas e iniciamos nuestra escalada por las rocosas colinas de los montes Zagros. *Espectro* escogió cuidadosamente un camino entre las escarpadas piedras. Parecía intuir el peligro que encerraban aquellos angostos senderos llenos de recovecos y bruscas pendientes, en los que detrás de cada escarpe podían ocultarse veinte hombres prestos a caer sobre nosotros y donde nuestras vidas peligraban a cada instante tras atravesar algún pequeño claro, y erguía las orejas esforzándose por captar el menor ruido. Pero el silencio era absoluto: Daiaukka tal vez estaría aguardando en algún lugar más alejado, silencioso como la propia muerte. Aunque había fiado en su palabra y en mi *sedu* protector, me sentía inquieto.

—Veo que has accedido a venir. Por fin podremos hablar y entendernos de hombre a hombre.

Había surgido repentinamente ante mis ojos sin que le hubiese oído acercarse. Seguía montando su espléndido corcel negro e iba acompañado de otro de muy lucida estampa montado por un hermoso y robusto muchacho de ocho o nueve años, sin duda hijo suyo y que, pese a su barbilampiño rostro, ya había perdido la juvenil dulzura de la infancia. Sospeché e incluso temí que cuando creciera se asemejara a su padre en todos sus aspectos.

Daiaukka no llevaba otra compañía ni exhibía más arma que una espada de hoja corta que sujetaba en el cinto. No me había equivocado con él: no era hombre que se denigrase con viles traiciones.

—Es mi primogénito —indicó sin mirarle siquiera—. Se llama Khshathrita y le he traído conmigo para que pueda conocerte y aprender cómo se comportan los hombres.

Aquella explicación era innecesaria. El niño no apartaba los ojos de mí, como si deseara grabar mi imagen en su mente hasta el último detalle. Su padre le había llevado consigo para hacerle comprender que aquella guerra no concluiría con una o diez batallas, sino que se transmitiría de una en otra generación mientras persistiera la simiente de los ukshatar, y acaso aún después. Daiaukka deseaba demostrarme que mi enemigo no era un hombre sino una nación y que las naciones siempre vuelven a resurgir. Sus intenciones no me habían pasado por alto.

—He visto tu ejército —prosiguió tras una breve pausa—. Es un espectáculo imponente que siembra el terror en el corazón de los sencillos aldeanos, pero que hallará su destrucción en las praderas de Media. Uno u otro ejército serán destruidos…, aunque aún no podemos aventurar cuál de ellos. Sin embargo confío que sean los soldados de Assur quienes yazgan expuestos al sol.

Sonreí al muchacho, que por un instante olvidó ante quién se encontraba y me devolvió la sonrisa. No pude menos que preguntarme qué pensaría de aquellas invectivas que cruzaba con su padre. ¿Comprendería que carecían de sentido, que eran una especie de conjuro para suscitar fantasmas en los que nadie creía? Me parecía improbable.

—Los hombres que me siguen triplican las fuerzas de tu ejército —prosiguió Daiaukka—. Nuestra caballería es innumerable. Vale más que te retires ahora si confías regresar a tu patria. ¿Acaso crees conseguir la victoria?

—He vencido en más de una ocasión a fuerzas muy superiores a las mías. Puedes estar al frente del ejército más poderoso, pero de todos modos te venceré. No somos chusma, Daiaukka, sino soldados de Assur, y hemos conquistado un mundo más vasto de lo que puedas imaginar. La hoja de una daga tal vez no sea más larga que tus dedos, pero te atravesaría el corazón, mientras que una espada de barro se desmoronaría bajo su propio peso.

Daiaukka no respondió porque sobraban las palabras. En la altanera mirada de sus negros ojos comprendí perfectamente que no era hombre que se amedrentara ante algunas amenazas. Sí, libraría mi gran batalla, puesto

que ello colmaría tanto los deseos de Daiaukka como los míos. Tan sólo quería hacerme comprender que confiaba degollarme con su espada.

—Si tanto desprecias la vida, supongo que te decidirás a bajar de las montañas con tu ejército —aventuré.

No era aquélla una cuestión que me importase en sí misma, sino la que de ella se desprendía: cuándo pensaba hacerlo.

El *shah—ye—shah,* señor de los arios, se limitó a asentir en silencio.

—Sí —dijo por fin—, seré yo quien escoja el tiempo y el lugar, pero volveremos a encontrarnos. Mediremos nuestra virtud y veremos quién es el protegido de Ahura.

—La guerra tiene poco que ver con la virtud, Daiaukka, y triunfa aquel que comete menos errores.

Me sonrió como si lamentase la mezquindad de mi espíritu.

—Voy a hacerte un regalo —añadió. Y sin volverse tendió la mano a su hijo que le entregó una bolsa—. Como dices, triunfa aquel que comete menos errores.

Dejó caer la bolsa en el suelo y sin añadir palabra obligó a dar media vuelta a su caballo y emprendió la marcha por el pedregoso camino. Aguardé hasta que él y su hijo se perdieron de vista, y entonces desmonté para recoger la bolsa y la abrí. En el interior se encontraba la cabeza de Upash, el noble uqukadi que había creído que podría venderme a su nuevo amo como si fuese varias medidas de mijo. Le así por los cabellos y examiné su rostro. No hacía mucho que había sido decapitado y aún hedía a sangre fresca. Sus ojos, velados por la muerte, estaban desorbitados, como si le hubiesen cogido por sorpresa, y quizá así hubiese sido. Parecía que en aquella ocasión no había podido liberarse de su *simtu*.

Regresé a las herbosas estepas y desde allí emprendí la marcha hacia el campamento. Una hora antes de anochecer resonaban los tambores de los centinelas que anunciaban mi llegada.

Taunus, el upasha, fue el primero que acudió a recibirme.

—Veo que has regresado con vida —observó como si me censurase haber dudado de la palabra de su rey.

—Sí, aquí estoy y no volveremos a vernos hasta el día en que el césped se tiña de sangre.

Mi interlocutor se echó a reír. Estaba convencido de su triunfo y lo demostraba ruidosamente. Lo único que comprendía era que se aproximaba

una gran batalla, seguramente la primera en que intervendría en su vida, y por tanto debía creer que sólo podía ser suya la victoria. Era bastante joven para pensarlo así. Fustigó su caballo y marchó al galope; regresó a sus montañas para reunirse con su gente y su poderoso señor.

«Es un pobre necio —pensé—. No se da cuenta de nada.»

Mientras atravesaba el campamento en dirección a mi tienda, los soldados me aclamaban a mi paso, manifestando de aquel modo su alegría al ver que no había hallado la muerte por ningún barranco y que volvía a encontrarme entre ellos para conducirlos salvos al hogar cuando hubiésemos acabado con el último meda. Eso es lo que piensan todos los soldados y el comandante que lo ignora es hombre perdido.

Y vociferaban mi nombre hasta enronquecer, golpeando sus escudos con las espadas cuando yo levantaba la mano mostrando la estrella ensangrentada. Eran como niños asustados en la oscuridad y el *sedu* del Gran Sargón y yo nos habíamos convertido en su única luz.

—Tabshar Sin —dije al anciano cuando acudió a mi encuentro con una copa de vino—. Vamos a enfrentarnos con una carnicería como no se había visto desde Khalule o incluso peor, porque los medas combatirán hasta que los hayamos destrozado bajo las ruedas de nuestros carros.

—¿Hemos venido a cumplir una misión imposible, príncipe? —preguntó.

Su mirada me hizo comprender que se limitaba a comprobar mi valor, porque no existía hombre que menos temiese a la muerte que mi *rab kisir*. Me eché a reír.

—No. No tenemos otra elección —le dije por fin—. No podemos renunciar a esta batalla porque, si ahora no lo hacemos, dentro de un año tendremos que rechazarlos bajo los muros de Nínive. No nos queda otra opción.

—Entonces los derrotaremos —repuso como si manifestara algo evidente—. El dios no nos abandonará.

—Sí, los venceremos.

Aquella noche, cuando me acosté, recordé la sonrisa con que Daiaukka se había despedido de mí: también él creía contar con el favor de los dioses.

Durante diez días avanzamos lenta y cautamente. No tenía intención de dejarme sorprender por la repentina aparición del ejército de Daiaukka, por lo que enviaba observadores que peinaban la zona en todas direcciones, incluso por las montañas, y nos informaban seguidamente de todo cuanto se movía a unos veinte *beru* de nuestras columnas. No los vimos en ningún momento: eran tan invisibles como el viento y, sin embargo, no me cabía la menor duda que los medas estaban cerca y se concentraban para presentarnos batalla.

Al atardecer del décimo día, en medio de una tormenta de polvo procedente del desierto del norte, que sofocaba a hombres y caballos, y bajo un cielo que parecía a punto de desplomarse sobre nosotros como si fuese la bóveda de la tierra, un jinete solitario llegó a nuestro campamento. Vestía el uniforme de los medas y se cubría nariz y boca con un gran pañuelo orlado de moneditas de plata de modo que únicamente eran visibles sus ojos. Cuando los centinelas le exigieron el santo y seña, rogó que le condujesen a mi presencia.

—¿Qué es lo que deseas? —le interpelé impaciente, muy disgustado al encontrarme sometido al crudo y arenoso vendaval, pues todo aquel que podía evitarlo no se aventuraba a salir de su tienda en semejantes condiciones—. ¿Qué quieres de mí?

El hombre adelantó un paso, dejándome ver sus ojos y comprendí de quién se trataba. Su mirada era astuta e inteligente y tenía una calidad felina: aquel hombre no era meda. Despedí al guardián.

—Entremos en mi tienda —le dije en cuanto nos quedamos solos—. ¿Me traes algún recado del señor Tabiti?

—Hermano, soy Tabiti.

Con un único y diestro movimiento se quitó el pañuelo y al punto me encontré ante el jefe de los sacan, que rió complacido ante mi sorpresa. Nos dimos un fuerte abrazo.

—Confío que el señor Tiglath no haya olvidado traer vino a este siniestro lugar —indicó limpiándose el polvo de brazos y hombros—. Tengo el gaznate reseco, y aunque se trate de ese sucio brebaje que te regalaron los urartu será bien recibido. ¡Por los dioses! ¿Son éstas las ricas praderas que prometiste dar a los Scoloti como si se tratase de un imperio digno de reyes?

—Cuando no corre viento produce mejor impresión. Y, desde luego, sí que tengo vino.

Ordené que asaran una cabra y, mientras aguardábamos a que estuviese a punto, Tabiti y yo comenzamos una jarra y nos embriagamos juntos. Se sentía muy cansado porque había partido de su campamento hacía veinte días para realizar un reconocimiento del terreno y encontrarse con el ejército de Assur.

—Hemos dejado los carros con las mujeres y los niños en las costas del lago Urmia —me informó—. Tengo diez mil magníficos soldados y viajamos a gran velocidad. Me siguen con unos ocho días de diferencia y se encuentran cerca de la falda de las montañas Elburz. He tenido que atravesar el desierto que nos separa de aquel punto, un lugar espantoso donde sólo moran los escorpiones, y allí vi cómo se concentraban los medas. Han escogido una zona muy adecuada para ellos si se deciden a presentar allí la batalla, porque se hallan instalados en una elevación de terreno a unos ocho días de marcha. Daiaukka debe de llevar un ejército de cincuenta y cinco mil hombres.

—Me habló de sesenta.

—Entonces serán sesenta mil. Le creo. ¿Cuántos tienes tú, treinta mil?

—Veinte.

—Treinta contra sesenta… Así sea. —Se encogió de hombros como si lo considerase una minucia—. Venciste a mis tropas en el río Bohtán siendo mucho más numerosos nuestros efectivos.

—¿Conoce el enemigo nuestra llegada?

—Creo que no. Las montañas del norte están pobladas por cimerios que odian a los medas. En cuanto estemos próximos decapitarán a los jefes que Daiaukka les ha impuesto y festejarán alborozados nuestra llegada: dudo que hayan llegado noticias de nuestra venida al sur. Es agradable invadir países donde se nos recibe como liberadores.

No hice ningún comentario porque mis experiencias habían sido muy distintas. Pero tampoco abrigaba yo el propósito de instalarme en aquel lugar como en el caso de Tabiti.

—¿Es importante? —preguntó Tabiti de pronto—. ¿Has basado tus planes en la sorpresa?

Estuve a punto de echarme a reír.

—No, mi señor. Pero abrigo la duda de que algo pueda constituir una sorpresa para Daiaukka, ni siquiera su propia derrota.

—Entonces debe de contar con poderosos nigromantes a su servicio —repuso el jefe de los sacan, frunciendo el entrecejo y moviendo dubitativo la cabeza—. La magia constituye una gran ventaja en la guerra. Quizá deberíamos…

—No…, no se trata de eso —repuse riendo abiertamente, incapaz de contenerme, aunque Tabiti ya estaba demasiado borracho para sentirse ofendido—. Se trata sencillamente de que el *shah—ye—shah* acostumbra a considerar el futuro desde una gran perspectiva. Sus planes no dependen del éxito de esta batalla ni de la próxima, ni siquiera de su propia supervivencia. Prepara los cimientos de una casa en la que nunca residirá, pero que proyecta con gran claridad. Algún día, mucho después de su muerte, los medas se convertirán en una gran nación que gobernará el ancho mundo. En esa empresa se halla empeñado. Sabe que todo esto llegará y parece bastarle semejante conocimiento.

—Entonces está loco…, pero es un loco de los más peligrosos, porque contagia a los demás de su propia locura.

—Sí, amigo mío. —Volví a llenar nuestras copas y bebí un buen trago de vino que pareció aclararme la mente, aunque sentía que sus vapores inundaban mi cerebro—. Es muy peligroso.

Tabiti se quedó con nosotros hasta el día siguiente por la noche y durante aquel tiempo hablamos de todo cuanto había visto desde que entró en las tierras que los arios consideraban suyas. Era un hombre inteligente que iba por el mundo con ojos bien abiertos. Si hubiese sido más ambicioso, habría constituido tan gran amenaza como el propio Daiaukka, pero sus sueños no abarcaban imperios ni aspiraba a servir la avaricia de extraños dioses. Simplemente deseaba unos pastos fecundos para su pueblo y, desde luego, participar de la gloria de los soldados. Tal vez en ese sentido su prudencia fuese envidiable y, por lo menos en aquellos momentos, era un amigo que nada me ocultaba.

—Los cimerios no están deseosos de lucha —me dijo—. Intenté atraerlos a una alianza, pero tienen miedo y, de todos modos, no nos serían de gran ayuda. Sus instintos son como los de los perros y acaso correrían a lamer el suelo que pisa Daiaukka si él los llamase con un silbido. Si no triunfamos en esta gran batalla que te propones emprender, nos volverán rápidamente la espalda.

—Hablame de lo que has visto en el ejército de Daiaukka.

—¿Qué podría decirte? —Escupió en el suelo para demostrar el desprecio que le inspiraban sus enemigos, pero ambos conocíamos la verdad—. Son muchos y tienen importantes contingentes de caballería. Me encontraba en un promontorio a una hora de marcha de su campamento y no tengo ojos de gavilán para contar las plumas de sus flechas. Además, circulaban patrullas por el entorno y no me atreví a permanecer allí mucho tiempo.

—Lo sé. La prudencia es la primera virtud de un comandante. Sólo te preguntaba qué has visto.

Satisfecho con aquella respuesta, Tabiti, hijo de Argimpasa, oteó hacia la nebulosa e indefinida línea de las montañas que se extendían hacia el sur entornando los ojos. Estábamos más allá de los terraplenes que nos servían de parapeto contra un posible ataque por sorpresa y el sol se ocultaba muy lejos a nuestras espaldas.

—Me sorprendió una cosa —contó por fin—. Han construido cercas para sus caballos, una a cada extremo del campamento. Eso es algo que no esperaba, quizá Daiaukka está estudiando la posibilidad de combatir como los hombres de Assur.

Me sonrió creyendo haber hecho un comentario gracioso. Se me formó un nudo en el estómago: si los medas dividían su caballería en los flancos y dejaban la infantería en el centro, ello significaba que habían comenzado a organizarse y que lucharían en unidades en lugar de tribus, como acostumbraban hasta entonces. Y significaba asimismo que Daiaukka había aprendido algo en la campaña que nos había enfrentado hacía dos años y que, por tanto, ya no enviaría a sus hombres sobre nosotros en oleadas informes luchando como bárbaros, obsesionados únicamente por su gloria personal y la perspectiva de obtener algún botín y confiando únicamente en su caballería, su valor y el favor de sus dioses, sino que tendríamos que enfrentarnos con unas fuerzas, aunque torpes, disciplinadas. En definitiva, significaba que Daiaukka había descubierto la táctica militar.

OceanofPDF.com

XXX

Tres días después de que Tabiti marchara para reunirse con sus hombres, mis observadores realizaron su primer contacto con las fuerzas enemigas. Hasta mí llegaron noticias de sus encuentros y de alguna refriega, por lo que ordené qué en lo sucesivo las patrullas saliesen acompañadas por algún contingente de las tropas.

Los medas emprendieron una serie de ataques por sorpresa, más bien insignificantes escaramuzas que auténticas batallas, destinadas únicamente a poner a prueba nuestras defensas. En respuesta envié dos compañías de caballería para que efectuase un ataque nocturno sobre una de las avanzadillas contrarias y regresaron con cuarenta cabezas recién cortadas, después de lo cual cesaron las incursiones enemigas.

Dos días más tarde, acompañado de una patrulla, realicé mi primera visita de inspección al campamento de Daiaukka.

Nos detuvimos en lo alto de un promontorio, quizá el mismo en el que Tabiti se había ocultado para espiar por vez primera a nuestro común enemigo, pero yo no me oculté, no por hacer alarde de valor sino porque, puesto que no estaba solo, me encontraba a menos de tres horas de galope de las líneas de mis centinelas y, por añadidura, deseaba ser visto. A la sazón los medas ya conocían aquel hermoso semental plateado y a su jinete y deseaba hacerles comprender que había llegado y que estaba próximo nuestro ajuste de cuentas.

Un grupo de soldados de caballería cruzó el valle como a medio *beru* de nosotros, pero sólo eran cinco y evidentemente no deseaban enfrentársenos. Por fin se detuvieron y permanecieron a la expectativa, aguardando a ver qué hacíamos nosotros mientras se dedicaban a inspeccionar a los intrusos. Uno de ellos montaba un espléndido caballo negro y, aunque la distancia que nos separaba era excesiva para asegurarse, me pareció que se trataba del propio Daiaukka.

Tabiti tenía razón. El *shah—ye—shah* había escogido acertadamente su posición. Su campamento ocupaba el punto más elevado de una suave pendiente, lo que facilitaría a sus soldados una amplia zona para maniobrar, mientras que las espesas y secas hierbas ocultarían todo género de obstáculos a mis carros. Para situarnos en las proximidades de los puntos de agua tendríamos que instalarnos en el fondo del valle, un angosto paraje en el que, llegado el caso, nos veríamos obligados a retirarnos entre cierta confusión. Y, por añadidura, estaba el viento incesante y endiabladamente tórrido que cambiaba bruscamente de dirección en cuanto el sol alcanzaba su punto más elevado. A partir del mediodía, cuando combatiésemos cuerpo a cuerpo y nuestras flechas y jabalinas más lo necesitasen, tendríamos el viento en contra.

«Seré yo quien escoja el tiempo y el lugar —me había dicho—. Mediremos nuestra virtud con la vuestra y veremos quién es el preferido de Ahura.»

Había escogido su posición y lo había hecho bien. Pero me había jurado que sería yo quien decidiría el momento en que se iniciaría la batalla y que indudablemente sería el que me resultase más provechoso.

—Ya he visto bastante —dije—. Volvamos y levantemos nuestro campamento. Parece que tenemos una cita.

En el camino de regreso me situé a la retaguardia de la columna, deseando evitar cualquier posible consulta mientras trataba de decidir qué debía hacerse. Por fin, cansado de tanta introspección, me dediqué a escuchar la conversación que sostenían los dos soldados que marchaban delante de mí, un par de campesinos recién incorporados a filas que todavía creían que lo más importante del mundo eran sus sencillas aldeas. Sin embargo, su conversación me resultaba bastante entretenida, puesto que no trataban de guerras, estrategias ni de la locura de su comandante…, porque ya tenía la cabeza bastante llena de todos estos temas.

—Fíjate en ese terreno —decía uno de ellos señalando despectivamente hacia el valle donde dentro de pocos días quizá yacería muerto—. Me pregunto por qué se molesta esta gente en luchar por semejante tierra, un polvoriento pedregal. Aquí destrozarías un centenar de rejas de arado de cobre para lograr cultivar un campo con que alimentar a una esposa.

—Sólo si fuera muy refinada —repuso su compañero, riendo y dándole un codazo—, y una prodigiosa meona. De otro modo no sé cómo

podría regar este terreno. ¡Por los sesenta grandes dioses, fíjate en esas hierbas tan resecas! ¡Con este viento, si estallase una tormenta, el primer relámpago incendiaría el terreno hasta donde alcanza la vista!

Dejé de escucharlos…, ya había oído bastante. El corazón me latía tumultuosamente en el pecho como el martillo de un herrero.

Al atardecer del siguiente día habíamos construido nuestros terraplenes en el fondo del valle, donde nos resguardaríamos todo lo posible. Daiaukka no trató en ningún momento de interferirse en nuestras maniobras. ¿Para qué iba a hacerlo si nos estábamos encerrando en nuestra propia trampa?

Aquella noche, cuando los oficiales del ejército del norte se reunieron en mi tienda, no sentían una gran disposición de ánimo.

—Esto es una locura —observaron—. Debemos retirarnos y provocar la lucha en un terreno más favorable.

—No podemos retirarnos —respondí—. Hemos provocado este desafío y Daiaukka lo ha aceptado. Si retrocedemos habrá ganado la partida demostrando que le tememos. Éstas son las mejores condiciones que podemos esperar, puesto que si renunciásemos a una batalla en estos momentos, regresaría a sus montañas pretextando haber salido victorioso, lo que no haría más que robustecer su posición en detrimento de la nuestra. No, debemos luchar ahora.

—Nos falta espacio para maniobrar y al atardecer tendremos el viento en contra.

—Entonces debemos atacarlos en su propio terreno y vencerlos antes de que se desate el viento. Además, por la tarde, nuestros aliados escitas se habrán unido a nuestras fuerzas y los arremeterán por la retaguardia.

—Fías demasiado en ese bandido de Tabiti. Probablemente en estos momentos ya nos habrá vendido a Daiaukka.

Me abstuve de responder y se produjo un frío silencio durante el cual aquellos que hasta entonces habían sido mis hermanos de armas se limitaron a fijar su mirada en el suelo, carraspeando incómodos.

—Las hierbas son demasiado altas —prosiguieron finalmente—. Podemos perder la mitad de nuestros carros antes de que alcancen las líneas enemigas.

—Ya he pensando en eso. Dad orden de que los fuegos del campamento estén encendidos toda la noche y que los hombres se hallen

dispuestos a emprender la marcha tres horas antes de amanecer. Decid a los cocineros que tengan el desayuno dispuesto para entonces: nos espera una larga jornada. Y recordad que si mañana salimos victoriosos y si todo esto es posible, deseo capturar a Daiaukka con vida. Nos enfrentamos a un ideal más que a un hombre. Y ese rey de los medas sería más peligroso muerto que vivo.

Dos horas después de mediodía regresó la última patrulla de reconocimiento: cinco hombres que se habían arriesgado a aproximarse hasta las líneas enemigas a pie y entre la oscuridad. Si hubiesen sido descubiertos, no habrían podido escapar de la terrible suerte que los medas hacían correr a sus prisioneros.

—¿Qué visteis? —les pregunté.

—Poca cosa, *rab shaqe*. Están bailando.

—¿Bailando?

—Sí, bailan y gritan endiabladamente. Se turnan para atravesar corriendo grandes hogueras. Diríase que están terriblemente borrachos, salvo que no creo que el vino haga actuar a los hombres de ese modo.

—Tendremos que ingeniárnoslas para hacerles pasar un día tan entretenido como la noche —repuse sonriendo levemente.

El hombre me miró como si creyese que me había vuelto loco.

—Sí, *rab shaqe*… Como gustes.

Le autoricé que se retirase a descansar una o dos horas hasta que el ejército se preparase para emprender la batalla. Sí, me había creído loco y quizá tuviese razón. La idea que se había configurado en mi mente incluso a mí mismo me parecía bastante descabellada. Un comandante loco dirigiendo a sus soldados contra un enemigo que también lo estaba… no era una perspectiva muy halagüeña para poder descansar a gusto en el jergón.

—Me siento aterrado, príncipe. ¿Qué te propones?

Tabshar Sin se encontraba ante mí. Había llegado tan silenciosamente que apenas había advertido su presencia.

—¿Proponerme? —le saludé con una sonrisa—. Haré lo que me has enseñado, *rab kisir*: triunfar o morir. Y quizá consiga ambas cosas.

—No bromees conmigo, príncipe. Presiento el batido de negras alas sobre nuestras cabezas.

Bastaba con mirarle para comprender que era así. Me sentí avergonzado porque no es muy apropiado que los jóvenes bromeen neciamente sobre temas tan graves.

—¿Te has enterado del informe de la patrulla?

Tabshar Sin asintió con una señal.

—Entonces si a los medas les agrada tanto correr entre hogueras, mañana tendrán una ocasión magnífica para hacerlo. Una hora antes de amanecer, cuando comience a levantarse el viento, ordenaré que incendien los matorrales que crecen más allá de nuestros terraplenes. Provocaremos una línea de llamaradas a todo lo ancho del valle, y al cabo de dos horas el viento las conducirá hasta el campamento de Daiaukka y nosotros no nos encontraremos muy lejos.

—El fuego despejará el camino para nuestros carros —concluyó Tabshar Sin, moviendo pensativo la cabeza mientras consideraba aquella perspectiva—, y los medas, en su elevado promontorio y con el viento de cara, tendrán que enfrentarse a dos enemigos.

—Y cuando atraviesen las llamaradas, si lo consiguen, sus caballos serán presa del pánico y sus formaciones quedarán destrozadas. Tal es como lo imagino, pero teóricamente los planes siempre son perfectos y funcionan. Preferiría enfrentarme con ellos allí, en lugar de en este valle.

—¿Y qué me dices del calor? La mayoría de nuestros soldados van descalzos y si deben avanzar por terreno requemado…

—Los seguiremos un cuarto de hora después de haberse propagado el fuego. Si avanza tan rápidamente como confío, el suelo habrá tenido tiempo de enfriarse.

—¿Y si cambiara la dirección del viento?

Le pasé el brazo por los hombros porque le quería. Sin embargo hubiese preferido que no alimentase los acuciantes temores que me oprimían el corazón.

—Entonces… —dije escudriñando la oscuridad donde los fuegos de los medas aparecían como diminutos puntos luminosos, iguales a estrellas agonizantes—, entonces comprenderé cuan necio he sido y que por fin el dios me ha vuelto la espalda.

Entre las sombras más profundas de la noche, a la fantasmagórica y fluctuante luz de miles de fogatas, el ejército del norte se preparó para el ataque. En el rostro de los hombres se reflejaba el temor, ni siquiera se les permitiría la gracia de hacer frente al enemigo a la luz del día, sino que quizá morirían antes de que el sol saliese y sus espíritus errarían en aquella terrible oscuridad. Era espantoso prepararse para la batalla en plena noche.

Ya había escogido a unos cincuenta miembros del *quradu* al mando de Lushakin, a quienes había conminado al silencio y que, a una señal mía, saltarían sobre nuestros terraplenes y provocarían la terrible conflagración con sus antorchas. Ellos serían los primeros que encontrarían la muerte si la fortuna nos era adversa, con lo que podrían considerarse afortunados.

Salvo aquellos hombres y Tabshar Sin, nadie más conocía mis descabellados planes, que ni siquiera había confiado a mis oficiales. No quería que mis hombres tuvieran tiempo de pensar, de ponderar los riesgos a que estaba sometiendo nuestras existencias. En breve tendrían ocasión de comprobarlos por sí mismos.

Como esperaba, una hora antes del amanecer el viento hizo su aparición. Monté en mi carro y me adelanté para enfrentarme al juicio de mis hombres.

—Nos hemos visto favorecidos por Assur —grité. Mi voz resonaba entre las hileras de soldados llegando a oídos de aquellos que estaban demasiado lejos—. Él nos ayudará a detener a los medas aquí, en las tierras que consideran suyas, y no bajo los propios muros de nuestras magníficas ciudades. Libraremos una batalla terrible porque lucharemos hasta el final…, el suyo o el nuestro. Pero no emprenderemos solos la guerra. Contamos con muchos aliados: quizá antes de que el sol alcance su cénit, Daiaukka descubrirá que los escitas están pisándole los talones. E incluso antes, tal vez sin que un solo hombre de Assur tenga que empuñar su espada, los medas lucharán con un enemigo más terrible que los hombres. ¡Contemplad al brillante fuego de Assur, señor de los cielos!

A una señal de mi brazo, Lushakin y sus hombres cruzaron los terraplenes y aplicaron sus encendidas antorchas a la seca hierba y al cabo de un instante nos encontramos ante una cortina de fuego amarillo y negro rojizo que silbaba como una extensa e iracunda serpiente de terrible aspecto.

—¡Contemplad cómo el viento reaviva el fuego! —vociferé porque apenas podía oír mi propia voz sobre el furioso crepitar de las llamas—.

¡Ved cómo avanza hacia los enemigos de nuestro dios! ¡Preparad vuestros corazones… y disponeos a seguirlo hacia la conquista y la gloria!

Ni siquiera el fuego conseguía sofocar los rugidos de nuestro ejército. Como un solo hombre, veinte mil voces a un tiempo gritaron: «¡Assur es rey! ¡Assur es rey! ¡Assur es rey!» En aquel momento, cuando por fin se encontraron a sí mismos, me habrían seguido hasta las propias llamas.

El incendio se fue propagando hacia delante, con mayor rapidez de lo que yo había imaginado, iluminando la noche con un extraño resplandor que recordaba la luz del día. Era un espectáculo magnífico, no podía dejar de preguntarme qué pensaría Daiaukka cuando lo viese llegar hacia él.

—¡Ahora avancemos lentamente, al paso!… ¡Adelante!

Nos precipitamos entre los relinchos de los caballos, qué apenas podían dominar su terror, cruzamos los terraplenes y hollamos el suelo ennegrecido, que ya sentimos frío bajo nuestros pies. Las llamaradas corrían a lo lejos impulsadas por el inexorable viento: el misericordioso Assur no me había defraudado.

Yo iba montado en un imponente carro de guerra arrastrado por cuatro corceles protegidos con reluciente armadura de cobre. Pese a la capa de humo que envolvía la atmósfera, advertí que el cielo comenzaba a aclararse anunciando la llegada de la aurora.

«¡Que Tabiti cumpla su palabra! —pensé—. ¡Que abata sobre la retaguardia de Daiaukka la fuerza de su caballería…, aunque sólo sea para vengarnos si fracasamos en nuestro intento!»

Cuando apenas había recorrido doscientos codos sobre las abrasadas praderas, descubrí la primera víctima del enemigo, un cadáver retorcido y ennegrecido por el fuego, con los ojos abiertos, los globos oculares desechos por el calor y los labios retorcidos en grotesca mueca. Sin duda se trataba de un espía que se habría visto sorprendido por la repentina muralla de fuego y, sin poder darse a la fuga, había sufrido un terrible final.

Y seguimos encontrando a otros cadáveres, ignoro cuántos, caballos y hombres, cuyos mortales alaridos habrían quedado sofocados por el crepitar del fuego. ¿Nos habría preparado alguna sorpresa Daiaukka? ¿Llegaríamos alguna vez a saberlo?

Habíamos atravesado la mitad del valle cuando volvimos a distinguir indicios de nuestros enemigos. El fuego se propagaba ya a tontas y a locas, pareciendo extinguirse totalmente y reavivándose a continuación. En uno

de aquellos instantes de descansó, los medas irrumpieron en el campo de acción. Eran unos dos mil o tres mil hombres a caballo cuyos ojos habían sido vendados para obligarlos a cargar contra nosotros, pero que aún estaban semienloquecidos por el pánico. Lanzando gritos que recordaban los ladridos de los perros enfurecidos ante el olor de la sangre, arrancaron las vendas de los ojos de sus monturas y se precipitaban hacia nosotros en frenético galope. Los recibimos con una nube de flechas y, aunque la cuarta parte de aquel contingente encontró la muerte desplomándose de sus cabalgaduras, siguieron avanzando en nuevas oleadas. Con el fuego a sus espaldas y dirigiéndose a una muerte cierta, acudían hacia nosotros pronunciando el nombre de su dios en el instante en que se enfrentaban a su trágico destino. Es lícito que un guerrero se enorgullezca de sus enemigos y sin duda aquellos hombres eran magníficos combatientes, hombres valerosos a los que constituía un honor exterminar en el campo de batalla.

Y eso fue lo que hicimos. Entre la ciega confusión producida por el fuego, las formaciones de caballería medas se habían diseminado y aquellos hombres sólo podían atacar en enjambre. Como avispas enfurecidas, no tenían la oportunidad de romper nuestros escuadrones de caballería, por lo que se limitaban a acosarnos y caer derribados ante nuestras flechas y jabalinas y bajo las ruedas de los carros. Luchaban con espléndido valor, perdiendo la vida en su empeño y sucumbían despreciando la misma muerte.

Crucé el campo de batalla de uno a otro extremo diseminando a los jinetes medas que trataban de reagruparse para cargar sobre nosotros. La tierra ennegrecida estaba cubierta de cadáveres y moribundos que yacían por doquier como hojas caídas tras un vendaval, y mi pesado carro blindado, que apenas podían levantar ocho hombres hasta la altura de sus rodillas, saltaba sobre ellos como si fuesen las piedras del camino. A mis oídos llegaban los alaridos que proferían cuando mis ruedas, resbaladizas por la sangre, tronchaban con repentino impacto el pecho de algún hombre. Una de mis víctimas que tenía las piernas destrozadas trató de vengarse en mis caballos, acuchillando salvajemente sus vientres con la espada. Me aparté con toda rapidez, alejándome de su alcance, y al pasar por su lado hundí la punta de mi jabalina en su cuello. El hombre se desplomó mortalmente herido.

Así fue cómo la caballería meda luchó y pereció. Retrasaron un poco nuestro avance, pero al parecer aquella breve demora bastó para justificar

el frenesí de su desesperada carnicería.

Por entonces el fuego había alcanzado la cumbre de la larga pendiente, hasta los terraplenes que rodeaban el campamento de Daiaukka, y, aunque el viento había amainado, aún fue bastante intenso para superar aquel insignificante obstáculo. En breve las tiendas se incendiaron y mientras los últimos enemigos que se encontraban en el campo daban media vuelta para emprender la huida, detuve mi carro para dar un descanso a mis caballos y observar mi entorno. Al cabo de unos momentos el fuego lo había destruido todo como si allí jamás hubiese habido nadie.

Pero ¿dónde se encontraban los medas?

¡Naturalmente! ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Nuestros enemigos habían escapado tras la cortina de llamas y humo y se agrupaban en la lejanía, fuera de nuestro alcance y del fuego. Por ello había cargado su caballería contra nosotros con tal temerario valor, para ganar unos momentos en caso de que cambiase el viento.

Y eso era lo que estaba sucediendo: nuestra buena suerte no podía prolongarse eternamente. Una vez alcanzado el muro del valle y hasta la misma cumbre, el viento comenzó a desaparecer y el fuego pareció quedar atrapado en el campamento de Daiaukka, donde se fue extinguiendo lentamente. Allí sería donde nos encontraríamos con nuestro enemigo, entre las cenizas de su baluarte, y a no tardar mucho se iniciaría la batalla.

Una hora antes de mediodía llegamos por fin a las inmediaciones del incendiado campamento de Daiaukka y en breve mis hombres formaron varios equipos y excavaron distintos sectores de los terraplenes con los que colmaron la zanja circundante a fin de permitir el acceso de nuestros carros a la zona. Así fue cómo tomamos posesión del terreno, pese a que no habíamos conquistado nada, ni siquiera la propia tierra requemada: simplemente habíamos llegado al escenario donde se desarrollaría nuestro enfrentamiento, pues mientras el humo iba desapareciendo advertimos que los medas estaban organizándose para emprender el contraataque.

Así sería cómo medirían sus fuerzas los dos grandes ejércitos, ni tan siquiera separados por medio *beru* de tierra lisa y ennegrecida por el fuego. Combatiríamos en terreno llano, lo que privaría a Daiaukka de aquella ventaja táctica, pero se había retirado con sus tropas en excelente formación y sus fuerzas aún seguían siendo numéricamente superiores. Y a la sazón todos, los medas y nosotros por igual, estábamos cansados, insensibles al temor y embrutecidos por el hedor de la sangre, lo que

significaba que la próxima batalla se desarrollaría con la crueldad de los hombres que ya han perdido toda esperanza y comprenden que deben hacer pagar cara su vida.

Los medas habían formado sus líneas siguiendo las pautas de nosotros aprendidas. Los soldados de infantería se encontraban en el centro flanqueados por la caballería. No tenían carros, instrumento bélico con el que las naciones montañosas habían llegado a familiarizarse, pero nuestro campo de batalla se veía tan limitado que temía no poder utilizar ventajosamente los nuestros: había llegado el momento de entablar la lucha cuerpo a cuerpo, dura e implacable. Sólo faltaba un detonador que diese comienzo al combate.

Reinaba un profundo silencio, esa terrible calma que precede a la tormenta, mientras ambos bandos permanecíamos a la expectativa. A mis oídos llegaba el rechinar del arnés de mis caballos. Todos, incluso los medas, parecían estar aguardando una señal mía para iniciar el combate.

Por fin, cuando no pude resistir por más tiempo aquella situación, levanté el brazo y grité: «¡Assur es rey!», que al instante se vio coreado por veinte mil voces. Hice restallar mi látigo, el carro se precipitó hacia adelante y me encontré avanzando hacia las líneas enemigas.

Advertí que mil lanzas apuntaban hacia mi pecho, pero no me importó: la batalla había comenzado y, mientras chocaba contra lo que parecía una muralla de jinetes contrarios, me sentí tan inmortal como los propios dioses.

No existen palabras bastante expresivas para describir los sucesos que acontecieron durante la siguiente hora, que se sucedieron ante mis ojos velados por una cortina de sangre, mientras me sentía dominado por el fragor de la batalla. Mi carro chocó contra una roca y se rompió el eje de una rueda. Desenganché uno de los caballos del tiro cortándole las cuerdas y apenas había tenido tiempo de montar en sus lomos armado únicamente con mi corta espada y una jabalina, cuando vi venir hacia mí a un meda al galope apuntándome con su lanza, dispuesto a ensartarme como si fuese una manzana. No advertí su presencia hasta que se encontró a unos cuarenta o cincuenta pasos, aproximándose como una exhalación, pero me pareció que disponía de un tiempo infinito. Con un ágil movimiento, retorciéndome igual que una serpiente, proyecté contra él mi jabalina instintivamente. El jinete se deslizó tras los cuartos traseros de su caballo y

cayó muerto casi a mis pies con la punta del arma asomando un palmo de su espalda.

«¡Dioses! —pensé—. ¡Me he salvado!» Apoyé un pie en el pecho del hombre y desprendí la jabalina de un tirón. De tales cosas es capaz un hombre cuando está enfebrecido por la lucha.

Durante aquella jornada me pareció estar protegido por un talismán milagroso: nada podía alcanzarme. Centenares de espadas, lanzas y flechas se dirigían contra mí, pero siempre erraban su objetivo, se desplomaban antes de tiempo o yo era capaz de eludirlas. A veces me veía rodeado por mis enemigos a pie y a caballo y, sin embargo, atravesaba sus filas como si fuese un campo de cebada. No tenía miedo. ¿Qué podía temer si la muerte era un dios que inspiraba mi diestra?

Pero por fin me desprendí de tal encantamiento. De repente me encontré solo. No distinguía ningún enemigo a mi alcance, y cuando escudriñé en torno vi que el campo estaba densamente cubierto de cadáveres y moribundos, tanto medas como de mis propios soldados, que habían sellado esa tregua que subsiste entre los cadáveres de todas las naciones. Había sido una jornada sangrienta y aún no había transcurrido dos horas desde el mediodía.

Habíamos alcanzado un terrible punto muerto en el que ambos ejércitos únicamente podían aniquilarse entre sí, confiando cada uno en infligir el golpe mortal antes de recibirlo en sus propios hombres. La mayoría de los soldados de mis escuadrones de infantería seguían resistiendo, pero los medas, en mayor número y desplegando un valor sorprendente y temerario, los acorralaban de modo implacable. La caballería de ambos bandos había abandonado toda pretensión de mantener una estrategia cohesiva y erraban sobre sus corceles entre multitudes de soldados tratando de acertar todos los blancos posibles.

Comprendí que la situación no podía empeorar: los dioses crearon la guerra para castigar la iniquidad humana. Pero inmediatamente consideré que debíamos superarnos, que debíamos…

Pero ¿cómo? Yo ya no era el *rab shaqe*, sino un soldado más. El tiempo de organizar complicadas estrategias había pasado y aquellos hombres abrazados estrechamente en la más hedionda carnicería sólo se separarían cuando uno u otro bando estuviesen demasiado cansado para seguir resistiendo.

Y antes de que aquello sucediera…

De pronto percibí algo…, un agudo grito de guerra que parecía proceder de algún lugar ignorado, como los gritos del halcón cuando cae sobre su presa. Sin embargo, aquel sonido me resultaba extrañamente familiar, aunque no podía recordar cuándo lo había oído anteriormente…

Y repentinamente recordé. Volví la cabeza sabiendo lo que encontraría: los jinetes escitas que descendían tumultuosamente, de un próximo promontorio, en una avalancha de hombres y caballos: Tabiti había cumplido su palabra.

También mis hombres lo habían oído, al igual que los medas, y aquello pareció dar un nuevo sesgo a la batalla. De pronto, como si hubieran recobrado ánimos, antes de que se hiciese sentir el impacto de la primera carga, los soldados de Assur recuperaron sus bríos. El enemigo comenzó a desmoronarse y seguidamente, por momentos, al igual que cuando se pisa un madero podrido, rompieron la formación de sus líneas.

Tales hechos suelen sucederse rápidamente. Lo que hasta hacía unos momentos había sido una batalla se convirtió al punto en un tumulto. Los escitas, como aves carroñeras, aniquilaron a un enemigo que ya estaba herido de muerte. Los valientes guerreros de Daiaukka, aquellos a los que no obligamos a poner pies en polvorosa, se vieron pisoteados bajo nuestra salvaje y victoriosa acometida y a continuación sobrevino una terrible carnicería.

Y todo aquello prosiguió hasta que la clemente oscuridad nos obligó a detenernos. Mientras se prolongó la luz del día, los medas sufrieron mutilación y exterminio. Los que habían caído heridos, perdido sus caballos o se encontraban atrapados tras la rápida corriente de nuestro avance, perecieron como ovejas en el tajo del carnicero, mientras que los vencedores se desquitaban recogiendo manos y cabezas en calidad de trofeos. En una ocasión recuerdo que alguien arrancó la piel de la mano de un hombre llevándose incluso las uñas rojas de sangre que cuando se secara sin duda constituiría la funda de un carcaj.

Mis soldados se cansaron pronto de practicar este deporte. Llevaban luchando desde varias horas antes del amanecer y se habían saciado de tanto exterminio, por lo que nuestros oficiales no tardaron en restituirlos al orden. Pero los escitas acababan de incorporarse a la lucha, estaban sedientos de sangre y sentían como si les hubiesen escatimado su parte de lucha, por lo que se comportaban como bárbaros, dispuestos a sacar el

mayor provecho de cuanto quedase. No dependían de mí y me hubiese sido imposible contenerlos.

¿Aunque lo deseaba realmente? Lo ignoro. Al principio ni siquiera me cruzó por la imaginación la necesidad de tomar alguna medida. Estaba aturdido por el agotamiento y durante varios minutos permanecí inmóvil, contemplando la carnicería que se desarrollaba ante mis ojos con la impavidez de un animal estulto. Sin embargo, en cuanto los medas iniciaron la huida, mis oficiales acudieron a reunirse conmigo en el campo de batalla, aguardando órdenes. Comprendí que había llegado el momento de volver a la realidad.

—¡Lushakin! —llamé, repentinamente alarmado—. ¡Lushakin, coge los hombres que necesites y ve en busca de Daiaukka! Si sigue en el campo, da con él. Tráemelo con vida si te es posible (nos sería de muy poca utilidad si le hubiese degollado algún bandido escita), pero tráemelo vivo o muerto.

—Nadie si no tú le ha visto con vida, *rab shaqe* —repuso sensatamente—. ¿Cómo podríamos distinguir entre sí a esos sanguinarios medas?

—Entonces coged prisioneros y entre ellos seguramente encontraréis a alguno dispuesto a vender a su señor a cambio de su vida. ¡Apresuraos!

Mientras Lushakin montaba en su caballo, disponiéndose a cumplir mis órdenes, me esforcé por ordenar mis pensamientos. En aquellos momentos ya hubiese tenido que haber tomado instintivamente algunas disposiciones… ¿Cuáles eran? En mi mente parecía incapaz de configurarse otra imagen que la del cuerpo destrozado y ensangrentado de Daiaukka.

No podía escapárseme de aquel modo; no podía permitirlo después de todo cuanto había sucedido.

«Debes reflexionar —me dije a mí mismo—. Hoy te ha correspondido la victoria. Interpreta tu papel de vencedor.»

—Concede una hora a los hombres —ordené—, y luego deseo que concluya todo esto. Y envía patrullas en busca de la caballería meda que ha logrado escapar. No os entremetáis con ellos, limitaos a comprobar el número de sus efectivos.

—¿Y qué hacemos con los escitas, *rab shaqe*?

—Sí, ¿qué hacemos con los escitas, *rab shaqe*?

Ante mí se encontraba Tabiti inclinándose sobre su cabalgadura y sonriéndome conmiserativo. Su aspecto era tan fresco como si acabara de levantarse.

—Los dejaremos al cuidado del ladrón de su jefe —repuse—. ¿Cómo estás, hermano? Hubiésemos podido concluir la jornada sin tu ayuda, pero tal vez los hombres crean que les habéis servido de algo.

El jefe sacan echó atrás la cabeza y rió como un chacal. De pronto, como si hubiese recordado algo, obligó a dar media vuelta a su caballo e inspeccionó su entorno.

—No han escapado muchos soldados de infantería —observó—. La caballería ha sido más afortunada, algo lamentable porque los caballos medas son magníficos. Sin embargo, los ladrones deben tomar el botín que encuentran, hermano.

Volvió a reírse. Tabiti era bastante inteligente y comprendía que no tenía motivos para sentirse insatisfecho con los logros de la jornada.

—Pero no puedo entretenerme —prosiguió tirando de sus riendas—. Mis hombres exigen que los acompañe en su deporte.

—Tabiti…

—¿Qué sucede, hermano? —se interesó, observándome inquisitivamente.

—Si encontrases vivo al *shah* Daiaukka…

—Lo mataré. ¿Es eso lo que deseas, hermano?

—Lo necesito vivo: es totalmente imprescindible.

—Comprendo: deseas matarlo con tus propias manos —respondió exhibiendo los blancos dientes en divertida sonrisa—. Si se interpone en mi camino te lo reservaré. ¡Adiós, hermano!

Y marchó como un chiquillo deseoso de cazar conejos. Envidié su despreocupada visión de la vida.

El silencio que siguió se vio interrumpido por las angustiosas voces y los gritos de los moribundos. Los auténticos horrores siempre surgen al final de las batallas y tal vez sea mejor así, porque gracias a ello los hombres olvidan que la guerra es algo serio y no la acometerían despreocupadamente. Soldados con las túnicas empapadas en sangre se sentaban sobre los cadáveres de sus enemigos y apagaban su sed bebiendo agua de las botas que les entregaban mujeres que aún ignoraban si sus hijos y esposos habían muerto. Mis hombres ya habían comenzado a disputar por

el botín y, en breve, si nadie los vigilaba, acabarían por cortarse los gaznates entre sí. Tal es siempre la gloriosa conclusión de la guerra.

—Estoy cansado de todo esto —manifesté sin dirigirme a nadie en particular—. Preparadme un caballo para regresar al campamento y cuidad de que mis órdenes sean ejecutadas.

Casi había oscurecido cuando volvía a encontrarme en mi tienda. Una vez superado el olor a carnicería aguardaba a que me sirvieran la cena y confiaba poder entregarme al inimaginable lujo de un bien merecido descanso. Mas ello no iba a ser posible.

Un reducido grupo de hombres me aguardaba entre el más absoluto silencio y, a sus pies, tendido, se encontraba un cuerpo envuelto en una manta.

Por fin, con el aturdimiento propio de quienes han visto más de lo que pueden resistir, comprendí que en aquel envoltorio se ocultaba otro cadáver… Si habían sido tantas las víctimas, ¿por qué iba a importarme una más?

Y de pronto sentí que se me formaba un nudo en la boca del estómago. Me arrodillé junto a aquel cuerpo y descubrí su rostro: ante mí apareció Tabshar Sin que me observaba con ojos desorbitados y velados que aún acusaban el mortal impacto.

Había estado en muchas batallas, pero creo que hasta aquel momento jamás llegué a odiar de tal modo a mis enemigos.

Hay ocasiones en que parece imposible embriagarse. Lo intenté, pero me resultó inútil. Cada trago que tomaba intensificaba mi dolor de tal modo que mi mente, al igual que un niño que jugase con una daga, parecía herirse en cada uno de sus torpes movimientos.

De modo que mientras me encontraba sentado junto a una fogata frente a mi tienda con el cadáver de Tabshar Sin a mis pies, envuelto y dispuesto para ser enterrado, me sentía terriblemente abatido. Le había alcanzado una lanza bajo el brazo, cuya asta se quebró cuando la punta le atravesó el centro del pecho. Dicen que heridas tan profundas no causan dolor, que los hombres mueren en cuanto sienten el impacto del golpe que los fulmina: confiaba que aquello hubiese sido cierto.

Había encontrado su *simtu* como cualquier soldado y había pasado inadvertido hasta que alguien recordó que aquél era el anciano que había dado al príncipe Tiglath Assur sus primeras lecciones en el arte de la guerra y que el *rab shaqe* le amaba como si fuese su segundo padre. Y realmente, aunque no pudiese llorarle, le quería. ¿Qué era lo que me impedía verter lágrimas sobre el cuerpo de Tabshar Sin? ¿Por qué mi pesar no encontraba más salida que aquel oscuro odio?

El vino me sabía amargo. La vida era amarga y la muerte tan sólo la última de las crueles burlas del dios. Por la mañana enterraríamos a mi viejo *rab kisir* y me prometía a mí mismo que muchos prisioneros medas aplacarían su espíritu vertiendo la sangre de su corazón sobre la tumba de mi amigo. Pagarían con su vida, aunque la culpa fuese más mía que de ellos, porque debía haberlo dejado en Amat para que viviese en paz hasta que encontrase la muerte en su lecho. Sin embargo, aquello ya no importaba: los medas lo pagarían caro. Buscaría una hacha y yo mismo cortaría sus cabezas, obligándolos a arrodillarse sobre el montículo que coronase su tumba y de ese modo redimirían mi culpa. La falta de descanso, la tensión de la lucha, el dolor y los remordimientos me convertían en un ser cruel.

Quizá estuviese ebrio. Acaso fuese mejor suponer que debía estarlo. De otro modo resulta difícil explicar lo que sucedió cuando condujeron a Daiaukka ante mi presencia.

Aquel proceso se había estado desarrollando durante la tarde y por la noche. Lushakin y sus espías habían estado inspeccionando a todos los hombres de cierta importancia que se encontraban entre los supervivientes medas, aquellos que habían tenido la fortuna de haber sido hechos prisioneros, o los que simplemente fueron descubiertos en algún lugar del campo de batalla aún vivos para que valiese la pena capturarlos. Tal vez fuesen veinte o treinta los que atados de pies y manos aguardaban de rodillas ante mi tienda a que el conquistador decidiese su destino. Sin duda la mayoría esperaban la muerte, pero aún no había decidido qué iba a hacer con ellos. Ante mí compareció un nuevo hombre; le estuve observando unos instantes para confirmar que no se trataba de Daiaukka y luego le obligué a retirarse, sumiéndome de nuevo en mis sombrías reflexiones.

Pero por fin apareció ante mis ojos: estaba vivo y en mi poder. Me levanté y me volví hacia Lushakin, que me observaba sonriente.

—Sí, *rab shaqe* —dijo—. Creí que se trataba de él. Estos esclavos tratarían de venderte tantos Daiaukka como semillas hay en un campo de cebada, pero en esta ocasión su palabra me inspiró más confianza. Nuestro héroe se encontraba en la retaguardia enfrentándose a una multitud de esos bribones escitas con la requemada estaca de una tienda de campaña. Te aseguro que no pareció agradarles demasiado que les privásemos de su diversión. Tu amigo el señor Tabiti te lo puede confirmar porque incluso tuvimos que mutilar a uno de ellos para obligarlos a recuperar sus buenos modales.

—Llévate a los demás y déjanos —ordené.

—No pretenderás quedarte solo con él, *rab shaqe* —sugirió frunciendo el entrecejo—; es un hombre peligroso…

—Es bastante inofensivo —repliqué, esforzándome por no mostrarme impaciente—. No tienes por qué preocuparte por mí, Lushakin. Aún puedo defenderme de un hombre desarmado que tiene las manos atadas a la espalda.

Me obedeció a regañadientes y al cabo de unos momentos el *shahye—shah* se encontraba sentado en un leño al otro lado del fuego, observándome con sus negros ojos de expresión cansada.

—Si me das tu palabra de no violar mi hospitalidad, te dejaré las manos libres —le dije.

Daiaukka consideró un momento mi propuesta y luego asintió.

Desenfundé mi daga del cinturón y corté las cuerdas que le sujetaban las manos. Luego llené una copa de vino y la deposité junto a sus pies. Daiaukka la cogió y apuró su contenido de un solo trago. Volví a llenársela y la vació de nuevo, por lo que acabé dejando la jarra a su lado. Probablemente no habría bebido un sorbo de agua desde la mañana. Volví a sentarme.

—¿Qué parte de tu ejército sigue en pie? —le pregunté—. ¿Acaso un tercio?

—Dudo que sean tantos…, y los mejores han muerto.

Ni su rostro ni su voz impersonal reflejaban la menor emoción. A juzgar por su expresión podíamos estar discutiendo el destino de seres extraños. Volví a tener la impresión, ya recibida en nuestros anteriores encuentros, de que me hallaba ante un hombre notable.

—¿Sabes lo que sucederá seguidamente? —proseguí—. Por la mañana recibiré muestras de sumisión de los nobles medas que han sobrevivido, que se precipitarán tratando de ser los primeros en arrojarse a mis pies, y las tribus se inculparán entre sí de haber iniciado esta guerra… Y todos te acusarán a ti. Has perdido la partida, Daiaukka, y la nación que soñaste crear con estos cabrerizos habrá muerto.

—Por ahora, así es. Pero, al final, tendrás que marcharte de aquí, señor, y los hombres volverán a forjar sus sueños.

Se llevó una vez más la copa de vino a los labios y bebió lentamente, como aquel que se halla en paz consigo mismo. Lo que había dicho era cierto.

—No deseo quitarte la vida —le hice saber, sintiéndome incómodo, como si en cierto modo hubiese sido yo quien hubiese perdido la partida—. Te perdonaré si rindes sumisión al rey de Nínive. Sería mejor que aceptases las consecuencias de esta derrota y que, como has dicho, aguardases tiempos mejores.

—¿Mejores para quién, señor Tiglath Assur? —repuso, sonriéndome como si le divirtiera mi infantil sencillez.

—Mejores para tu pueblo, que espero no vuelva a levantar cabeza durante mi vida…, el cual, si te niegas, se encontrará con un *shah* escogido por mí.

—¿Estás seguro? Sí, desde luego. Sí, quizá sería mejor para ellos.

—¿Te sometes entonces?

—Esta noche no me someteré, mi señor. —Depositó de nuevo la copa a sus pies y se cubrió el rostro con las manos como si intentara despejar su agotamiento—. Si deseas recibir mi respuesta tendrás que aguardar hasta mañana, pero no antes. Mi vida está en tu poder y puedes tomarla cuando desees, pero de ningún modo empeñaré mi palabra simplemente porque me encuentre cansado y desmoralizado.

—Entonces aguardaremos hasta mañana. ¡Guardias!

Lushakin acudió corriendo ante nosotros empuñando la espada, como si esperase encontrar a Daiaukka apretándome el cuello y no sentado al otro lado del fuego, mientras regateábamos como conductores de caravanas. Me pareció que se sentía defraudado.

—Busca un lugar donde el *shah—ye—shah* pueda descansar esta noche —le dije—. Y procura que se sienta cómodo.

—Sí, señor, se hará como tú deseas, *rab shaqe*: tengo preparada una cadena de cobre para sujetarle por el cuello.

Daiaukka se echó a reír: aquel hombre no parecía temer a nadie.

—Destínale un guardián si vas a estar más tranquilo —respondí—. Pero acompáñale a mi presencia mañana cuando envíe a por él.

¿Dormiría Daiaukka aquella noche? A juzgar por la personalidad que iba desvelando ante mí no me hubiera sorprendido enterarme de que así había sido. Por mi parte no pude cerrar los ojos. Permanecí junto a la hoguera del campamento manteniéndome en vela junto al cadáver de Tabshar Sin sin más compañía que una copa de vino hasta que nos alumbró la luz del día.

Quizá estaba muy bebido y los vapores etílicos me nublaron el cerebro hasta hacerme comprender que había atrapado a Daiaukka, a quien me proponía dar muerte con mis propias manos y sacrificarlo como una primera ofrenda al espíritu de mi difunto amigo si no se sometía al poder de Assur. Y le ejecutaría en presencia de todos sus nobles que aún seguían con vida, para que pudieran enterarse del castigo que merecía un acto de desafío. Humillaría al *shah* ante sus ojos o le entregaría a la muerte en presencia de todos. Durante aquella noche me consolé pensando en ello. Sin embargo, a veces nos consideramos sumamente inteligentes y, en realidad, somos unos necios.

Cuando llegó el amanecer ordené que cavaran la tumba de Tabshar Sin al otro lado de los terraplenes de nuestro campamento, en el terreno que él, yo y muchos más habíamos conquistado con nuestras espadas para mayor gloria de Assur y de nuestro rey. Deposité su cuerpo en la profunda zanja y con mis propias manos le cubrí de tierra. Dentro de un año, cuando hubiese vuelto a crecer la hierba, nadie conocería el lugar donde reposaban sus restos. En aquella jornada de luto, Tabshar Sin sería el primero que descansaría en su tumba.

En la ennegrecida llanura realicé los últimos ritos que un hombre puede ofrecer a un viejo amigo y fueron muchos los que presenciaron tales hechos. Los soldados del ejército del norte montaron guardia en silencio, sabiendo que también ellos se verían obligados a realizar la misma tarea por sus camaradas que habían encontrado la muerte en el campo de batalla.

En cuanto a los medas, a la sazón nuestros prisioneros y un día antes nuestros enemigos, presenciaban asimismo aquel espectáculo sin duda

preguntándose si estaban a punto de sumirse en la profunda oscuridad de la muerte. Tabiti se encontraba detrás de mí, sonriendo levemente como si calculase la importancia de los despojos. Daiaukka nos acompañaba también, pero hacía tiempo que yo había renunciado a tratar de averiguar qué pensamientos cruzaban su mente.

Me levanté y me limpié las manos de tierra. Hacía dos días que no dormía, la cabeza me dolía y tenía un sabor amargo en la boca, pero aquéllas no eran más que las heces de la jarra de vino, ni más ni menos lo que yo merecía. Sin embargo, mi espíritu comenzaba a serenarse y en cierto modo me había abandonado la ira y comprendía muy claramente lo que debía hacerse.

—Si los medas así lo desean —grité para que todos pudieran oírme—, la lucha que Assur ha emprendido contra ellos puede acabar en este mismo instante. Os invito a que os arrodilléis y juréis sumisión al rey mi padre, el señor Sennaquerib, que reina en Nínive y Kalah en nombre de Assur, señor de las Cuatro Partes del Mundo y dueño de este lugar y de todo el mundo.

Los nobles medas, los notables arios, se arrodillaron como un solo hombre y juraron… Juraron todos, menos uno. Porque el señor Daiaukka, el *shah—ye—shah*, el único cuya palabra tenía valor para mí, seguía erguido sin prestar acatamiento.

—¿No deseas jurar, mi señor? —le interrogué, sorprendiéndome al comprobar que no me sentía contrariado. Me pregunté por qué me alegraba de que no se sometiera. Tal vez fuese porque era un gran hombre, de los que jamás se humillan…; sí, quizá fuese ésa la razón.

—No —repuso moviendo negativamente la cabeza y cruzando los brazos en el pecho—. Los demás pueden hacerlo, pero yo no. Porque he jurado que si es preciso moriré como *shah* de los arios y arrojaré a mis enemigos de este país o pereceré en tal intento.

—En una ocasión me dijiste que un día nos enfrentaríamos y que entonces veríamos quién era el favorito de Ahura. ¿No puedes aceptar el juicio de tu dios?

En el instante en que había pronunciado aquellas palabras comprendí que había cometido un gran error.

Daiaukka también lo comprendió. Sonrió levemente.

—No, mi señor…, porque tú estás vivo y también yo. El pleito entre ambos sigue en pie y sólo podrá zanjarse entre nosotros, sin que medie

nadie más. En estos momentos mi vida se halla en tus manos, si tal es tu voluntad, pero si me matas no habrás demostrado nada. Debemos enfrentarnos uno a otro y en único combate hasta la muerte.

Percibí el estremecimiento general de todos cuantos habían sido testigos de aquel reto. Tabiti se adelantó y me asió del brazo.

—No debes hacer tal cosa —susurró, tenso—. ¡Mátale ahora mismo… o lo haré yo por ti!

—Nadie más que yo puede matarle —respondí. Me había resignado porque sabía que no era Daiaukka quien me había tendido aquella trampa sino yo mismo—. Tiene razón. Pide que nos enfrentemos en combate, midiendo nuestras fuerzas o, si lo preferís, su magia contra la mía. Si me niego y le mato como a un perro, entonces nunca morirá sino que seguirá reinando eternamente en estas montañas. No me queda otra elección.

Tabiti me soltó comprendiendo que tenía razón.

—Pero voy a imponer una condición —dije en voz alta para que todos pudieran oírme—. Los dioses decidirán quién debe sobrevivir, mas la guerra debe concluir. Si soy yo el vencedor, los *parsua* mantendrán la palabra que en esta fecha han dado a mi padre. Si muero, el señor Daiaukka debe prometerme que durante toda su vida no será violada la frontera existente entre nuestros respectivos países.

—Acepto —repuso. ¿Por qué no iba a acceder? ¿Qué podía perder con ello?—. Y debo pedir otro favor al señor Tiglath Assur: deseo disponer de tres días antes de que nos reunamos para zanjar esta cuestión. No pienso cometer traición alguna, sólo deseo ver a mi hijo una vez más.

—Así sea.

De modo que todo quedó arreglado: dentro de tres días celebraríamos un duelo mortal.

OceanofPDF.com

XXXI

Había abrigado la esperanza de que una vez que Daiaukka cayese en mis manos podría convencerle para que pidiese la paz. No era muy razonable esperar semejante cosa, puesto que cualquiera aceptaría unas condiciones decentes a cambio de su vida, pero una vez esta esperanza había resultado inútil un comandante más inteligente que yo hubiese ordenado que el *shah—ye—shah* encontrase la muerte discretamente, manteniendo así la ficción de que había sucumbido en combate. Los medas lo habrían preferido porque hubieran podido atribuirle la pérdida de la guerra y en años sucesivos se hubiese convertido en un héroe, un mártir cuyo recuerdo utilizarían como símbolo para convocar a las masas cuando se sintieran con bastantes fuerzas para volver a desafiarnos y, por lo menos durante algunos años, aquella situación sería ventajosa para mí, puesto que en mi calidad de conquistador me habría convertido en el heredero del considerable prestigio bélico de Daiaukka. Esto habría representado un pobre consuelo en sustitución del subordinado, humilde y desacreditado hombre de paja en que le hubiese convertido en vida —me pregunto cómo pude imaginar que Daiaukka permitiría ser utilizado para tal fin—, pero habría servido de algo. Lo cierto es que debía haberle cortado la cabeza cuando aún le tenía en mi poder.

En lugar de ello cometí el mayor error de mi vida facilitando a mi más implacable enemigo la oportunidad de desafiarme públicamente, enfrentamiento al que no pude negarme: una vez formulado el reto me era imposible ordenar su ejecución a riesgo de aparecer como un cobarde ante el más importante de todos los públicos: sus desmoralizados y derrotados seguidores.

Se trataría de un enfrentamiento individual en el que opondría mi *sedu* protector a la renovada magia de su nombre y donde mi rival nada tenía que perder. El *shah—ye—shah* me había metido en un callejón sin salida

porque él percibía con meridiana claridad algo que yo por un momento había llegado a olvidar inexplicablemente: que aquella guerra no concluiría con una batalla y una victoria y que la táctica e importancia de los ejércitos importarían menos en último término que las leyendas que rodean a los individuos.

Y yo había dado a Daiaukka la oportunidad de crear una leyenda que su pueblo atesoraría hasta el final de los tiempos.

Pero aún faltaban tres días para que tuviera lugar nuestro encuentro definitivo. Presté un caballo a Daiaukka con el que marchó hacia algún lugar de las colinas sin preocuparme adonde se dirigía porque estaba convencido de que regresaría. No me haría el enorme favor de huir porque era un hombre al que no le asustaba la muerte.

Y yo no podía decir lo mismo. Un duelo, en el que debe morir un hombre para que viva otro, es más terrible que cualquier batalla porque en ésta el peligro es menos personal. Ninguno de tus enemigos tratará únicamente de matarte a ti, y es raro el día en que muere la mitad de los hombres que están combatiendo. Y no me avergüenza confesar que temía a Daiaukka por su valentía, fortaleza y astucia y porque desde su juventud se había entregado a una existencia de guerrero. Para no temerle habría sido preciso no tener ojos que vieran ni cerebro que pensase, y yo no era tan insensible como un madero, por lo que me sentía lleno de temor.

Pero al fin y al cabo aquélla era una preocupación que yo me había buscado y que debía sufrir a solas. El ejército consideraba la cuestión como si se tratase de una importante competición deportiva y, según me dijeron, se cruzaban importantes apuestas.

Durante mis tres días de gracia me reuní con mis oficiales y elaboramos planes para nuestra retirada. Nos proponíamos establecer una guarnición en un lugar llamado Zakruti, no demasiado lejos de nuestras propias fronteras, donde dejaríamos tres mil hombres, y los demás regresaríamos a Amat y a las guarniciones de Zamua y Namri. Todo ello se haría tanto si triunfaba Daiaukka como yo, porque la fortuna de la guerra no depende de la vida de un solo hombre.

La noche previa al regreso de Daiaukka el señor Tabiti, que se daba a sí mismo el título de hermano mío, acudió a mi tienda con los cráneos humanos que le servían de copas y con una bota de *safid atesh* bajo el brazo.

—Los medas se embriagan con *haoma* para cobrar fuerzas, pero esto es mejor —dijo llenando una de las copas y tendiéndomela mientras la sostenía por las cuencas de los ojos—. Toma y bebe. Sé que no te agrada su sabor, pero necesitas algo y el vino te aturdirá los sentidos para mañana. ¡Bebe!

—¿Tan evidente es entonces el miedo que siento?

—No. Lo disimulas como el mejor, pero no necesito que me expliquen qué sensación es esa que hiela las entrañas. ¿Quién no ha tenido miedo alguna vez?

—Quizá Daiaukka. —Tomé un trago de *safid atesh* y no pude reprimir una mueca: no era fácil acostumbrarse a aquel sabor—. Supongo que tal vez Daiaukka no sentirá miedo.

—En tal caso no es un hombre de carne y hueso y, de ser así, puedes matarle valiéndote de cualquier medio sin que se empañe tu honor, porque estarás librando al mundo de un demonio. Dime: ¿has combatido alguna vez de ese modo?

—No.

No me pareció prudente mencionar el incidente sufrido con Asarhadón y en realidad ambos casos no tenían nada en común.

—Entonces debes saber que Daiaukka espera enfrentarse contigo a caballo, armado tan sólo con una lanza y una espada corta. Tal es el modo en que luchan las tribus de estos lugares, los cimerios, los escitas y esos perros medas… Nadie comprendería que rechazases semejante forma de lucha y todos te creerían un cobarde si lo hicieses. Te he visto montar a caballo y te desenvuelves bastante bien para haber nacido entre los muros de una ciudad, pero, comparado con los hombres de esas tribus, no eres muy experto.

—Gracias. Sin duda eres mi amigo, puesto que te refieres a mí en términos tan amables.

—No debes sentirte ofendido porque no digo nada que ignores y lo hago por tu propio bien. Daiaukka es un magnífico jinete. Mientras esté a lomos de un caballo, te hallarás en desventaja. Recuérdalo.

Por entonces yo ya había bebido mucho porque deseaba tranquilizarme, pero comprendía perfectamente que Tabiti me estaba diciendo la verdad.

—Los medas tienen en gran consideración a los caballos: recuérdalo también… Daiaukka cuidará mucho de no herir tu montura, porque provocar la muerte de esos animales sería un sacrilegio por el que debería rendir cuentas a su dios. Sin embargo, tú no te hallas sujeto a tal prohibición.

—¿Qué me sugieres?

—Mata su caballo en cuanto te sea posible. Oblígale a luchar en el suelo, donde por lo menos te encontrarás en igualdad de condiciones. Si fueses vencido, ¿consolaría tu espíritu que fuese yo quien diese muerte a Daiaukka?

—No.

—De todos modos lo haría para quedarme tranquilo. Te considero mi hermano, y si alguien te quitase la vida se convertiría inmediatamente en mi enemigo. Sí, creo que de todos modos le mataría para tranquilizar mi conciencia. Pero en consideración a su delicado sentido de la propiedad lo haría hábilmente siguiendo la costumbre de los Scoloti, le invitaría a cenar y le daría un veneno lento para que nadie pudiese saber que había muerto a mis manos.

—No debes hacer eso, Tabiti, hermano mío. No es un final digno de tal hombre.

—Entonces, si tanto te preocupa, debes matarle tú mismo, señor Tiglath Assur —repuso Tabiti, sonriendo con la astucia de un peligroso animal—. Ahora tengo que partir…, pero recuerda lo que te he dicho: debes dar muerte a su caballo.

Y partió dejándome la bota de *safid atesh*.

Aquella noche la pasé sentado, a la luz de una lámpara de aceite para alejar los espíritus y tan sólo bebí lo suficiente para aturdir mis temores y evitar sumirme en mis pensamientos. Nadie se acercó a mi tienda durante todas aquellas horas, aunque ignoro si sería porque habían recibido órdenes en tal sentido o porque mis hombres consideraban que me perseguía la mala suerte y rehuían mi compañía. En cualquier caso, me sentí satisfecho de que así fuese porque prefería estar solo.

Por fin llegó la mañana y con ella Daiaukka acompañado de un reducido grupo de sus partidarios, unos trescientos hombres armados, que pidieron autorización para presenciar el duelo a fin de comprobar por sí mismos que si su *shah—ye—shah* sucumbía había sido en honrada lid, sin

sufrir traición alguna, aunque no fueron ésas sus palabras, puesto que no pretendía mostrarse descortés, pero creo que deseaba asegurarse a sí mismo de que, en el caso de que resultase vencedor, dispondría de algún medio que le permitiese abandonar con vida el campamento. No tuve nada que objetar porque aquellas precauciones eran muy razonables.

También le acompañaba su hijo Khshathrita. El muchacho cabalgaba junto a su padre y, pese a su juventud, me observaba abierta y varonilmente con sus grandes y graves ojos negros, mientras Daiaukka y yo fijábamos los últimos detalles.

Acordamos que lucharíamos en una angosta planicie existente entre los terraplenes de mi campamento y que él se situaría en la parte norte y yo en la sur, para que ninguno de nosotros contase con la ventaja de tener el sol a sus espaldas. Daiaukka iría armado con una lanza de unos cinco codos de longitud y yo llevaría mi jabalina. Además, ambos nos protegeríamos con un pequeño escudo redondo y un espadín no mayor de un codo.

Daiaukka no montaba el caballo que yo le había facilitado, sino el espléndido semental negro que yo ya conocía de otras ocasiones, por lo que llegué a la conclusión de que, por las razones que fuese, no lo había utilizado durante la batalla. En cuanto a mí, iba a lomos de *Espectro*, el cual, pareciendo intuir que aquella mañana sería testigo de un enfrentamiento mortal, relinchaba y escarbaba la tierra con sus cascos como si le consumiera la ira.

Aunque debían haberse congregado unos cuarenta mil hombres entre medas, escitas y soldados de Assur para presenciar el encuentro, el único sonido que se percibía era el silbido del viento sobre nuestras cabezas. Nadie hablaba, reía ni carraspeaba siquiera. No pude menos que pensar que parecía como si yo ya hubiese muerto.

Avancé hasta el punto de partida a lomos de mi caballo. Daiaukka me aguardaba en el otro extremo del campo y, cuando me detuve frente a él, levantó su lanza a modo de saludo. Le respondí alzando mi jabalina para hacerle comprender que ya estaba preparado.

Uno de sus hombres acudió al centro del campo exhibiendo un estandarte blanco que dejó caer en el suelo, señal convenida para dar comienzo la lucha, y seguidamente acudió a reunirse con sus camaradas: aquélla era una cuestión que únicamente debía dirimirse entre el *shah—ye—shah* y yo.

Permanecimos inmóviles unos instantes, en los que casi creí inimaginable que aquello fuese a suceder y, de pronto, Daiaukka espoleó a su caballo, que emprendió un corto galope. Seguí su ejemplo sometiéndome a la voluntad de los dioses:, era imposible retroceder.

¿Qué haría mi adversario seguidamente? ¿Cómo se desarrollaría la lucha a lomos de un corcel? Es indudable que, en tales circunstancias, un proyectil tiene escasas probabilidades de acertar en el blanco. Yo me había ejercitado en diversas técnicas bélicas, pero desconocía semejantes habilidades. Tendría que aguardar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

No hubo que esperar mucho tiempo. Daiaukka fue ganando rápidamente velocidad y se acercó a mí. Por fin, cuando apenas nos separaban cincuenta pasos, hizo descender la punta de su lanza apuntando contra mi pecho.

No tenía tiempo para apartarme de su trayectoria ni contaba con otra defensa que el escudo que llevaba en el brazo izquierdo. El arma atravesó las distintas capas de piel curtida como si fuese el tejido más sutil. Al cabo de un segundo, cuando Daiaukka pasaba vertiginosamente por mi lado, el escudo cayó rodando por los suelos como el aro de un tonel y la sangre manó de mi hombro, aunque milagrosamente seguí manteniéndome a lomos de mi montura. Me enderecé trabajosamente y me volví mientras sonaban en mis oídos las risas de los medas.

Daiaukka no tenía prisa. Galopó lejos de mí y luego redujo su marcha hasta girar en redondo. Actuaba con calma y deliberación, perfectamente consciente de que había sido el primero en derramar la sangre del contrario y que disfrutaba de ventaja sobre mí. Apoyó la mano en su cadera y me observó con cierto desprecio.

Aquello me enfureció… y fue muy conveniente para mí porque necesitaba algún estímulo que me hiciese reaccionar.

La herida del hombro me escocía muchísimo, pero no parecía que el brazo fuese a envararse. Comprendí que no me causaría la muerte si antes no la recibía de manos de mi enemigo y también decidí que no le daría tal oportunidad.

Había llegado mi ocasión de arremeter contra él. Blandí mi jabalina, y cuando le tuve a mi alcance la lancé contra Daiaukka, desviando rápidamente a *Espectro*, hacia la derecha para evitar la lanza del meda.

Pero fallé el tiro y el arma voló inofensivamente por encima de su hombro y se clavó en el suelo. Pasé corriendo por su lado y me incliné para recogerla.

Pero mi adversario no pensaba darme la oportunidad de recuperarla. Cuando ya tenía la jabalina en la mano oí a mis espaldas el sonido de los cascos de su caballo y conseguí salvar la vida arrojándome al suelo. En cuanto Daiaukka comprobó que le había esquivado, obligó a detenerse a su corcel y le hizo girar en redondo sin apenas darme a tiempo a montar de nuevo en *Espectro* e intentar retirarme.

Los medas volvieron a reírse, esta vez más ruidosamente. El silencio de mis soldados evidenciaba de modo harto elocuente cuan avergonzados se sentían de mí.

Al caerme se había agrandado mi herida de la que manaba abundante sangre sobre mi brazo sucio de polvo. No tenía tiempo para vendarla porque Daiaukka ya estaba tomando posiciones y se disponía a volver a la carga. Intenté levantar la mano izquierda sobre el hombro y sentí un ramalazo de dolor como si alguien estuviera echándome arena en la carne viva.

Espectro relinchó ruidosamente y se levantó sobre sus remos traseros…, por lo menos él no parecía dispuesto a hacer concesión alguna.

Di un amplio rodeo tratando de establecer cierta distancia entre Daiaukka y yo y seguidamente, cuando consideré que disponía de cierto espacio para maniobrar en el momento en que tuviera que repetirse el encuentro, permití a *Espectro* que se adelantara.

Nuevamente le tuve a tiro. Volví a arrojarle el arma, que una vez más erró su objetivo, acaso sorprendiendo al negro semental porque Daiaiukka también había fallado el blanco proyectando demasiado tarde su lanza para poder alcanzarme.

Sin embargo ya no éramos únicamente los hombres quienes guerreábamos sino también los caballos. Los dos enorme brutos se embistieron de frente y todos caímos por el suelo, hombres y bestias. Me puse en pie rápidamente y desenvainé la espada, esforzándome por escudriñar entre las nubes de polvo para averiguar qué había sucedido. Por fin logré distinguir a Daiaukka, que también empuñaba su acero. Los caballos, encabritados, se interponían entre nosotros, golpeándose mutuamente con sus cascos como si hubiesen asumido por su cuenta la

lucha de sus amos. Era un espectáculo salvaje y durante unos momentos ambos adversarios nos limitamos a observarlos, inmovilizados por el terror.

Aquello no podía continuar. Corrí en busca de mi jabalina y conseguí recuperarla antes de que Daiaukka me alcanzase. Al verme nuevamente armado echó a correr tras los caballos. Era evidente que no pensaba arrojarme su lanza ni deseaba interponerse en mi camino.

Silbé llamando a *Espectro*, que acudió remoloneando con el pecho ensangrentado por las heridas que le había infligido su rival.

En esta ocasión tenía tiempo de volver a montar en él porque Daiaukka aún no había alcanzado su negro semental, pero aguardé un instante pensando que en aquel momento me sería fácil eliminar a su montura. Un caballo no es como un hombre y no piensa en escabullirse, me bastaba con levantar la jabalina y lanzarla.

«Mata su caballo —me había dicho Tabiti—, y oblígale a luchar en el suelo, donde por lo menos os encontraréis en igualdad de condiciones.»

Era un excelente consejo, pero ¿con qué lucharía entonces? Sólo contaría con mi espada y Daiaukka dispondría de dos armas, lanza y espada. ¿Acaso sería ello preferible?

Volví a montar a lomos de *Espectro* preguntándome si no habría cometido un error.

De nuevo nos encontrábamos frente a frente. Aguardé a que Daiaukka cargase contra mí, preguntándome qué esperanzas cabía abrigar de esquivarle en aquella ocasión, pero me pareció que vacilaba. ¿Por qué? ¿Qué pensamientos cruzarían por su mente? Ni siquiera podía imaginarlos.

De pronto comprendí qué sucedía. Su corcel avanzaba cabrioleando con la impaciencia características de tan magníficos brutos, pero sus movimientos eran torpes. En su pecho aparecían varias heridas de las que manaba abundante sangre, por lo que comprendí que *Espectro*, más afortunado que su amo, había conseguido por lo menos dejar malparado a su enemigo.

Daiaukka, al darse cuenta de que su montura estaba herida y acaso comenzando a sentir recelos, parecía indeciso y trataba de ganar tiempo para que el corcel recuperase el aliento sin apartar un instante la mirada de la punta de mi jabalina.

Mas no tenía por qué preocuparse porque no iba a lanzarla debidamente. Aunque parecía haber mejorado, aún no había adquirido la

destreza necesaria para acertar con ella a lomos de un caballo. Y aunque alcanzase mi objetivo después de dos o tres intentos, sería únicamente por pura casualidad, lo que me parecía una contingencia muy aventurada en que basar la propia supervivencia: sin duda que Daiaukka acabaría conmigo en la próxima acometida o en la siguiente.

Sin embargo ¿qué otra opción me quedaba? Apearme de mi montura significaba arriesgarme a recibir el primer impacto. Había alcanzado el corazón de muchos jinetes con mi jabalina, pero siempre en el transcurso de una batalla en la que múltiples armas apuntaban a un mismo objetivo. Daiaukka no tenía a otro enemigo más que a mí, por lo que no me perdía de vista ni un instante. Podía esquivarme, mudar rápidamente de dirección y eludirme hábilmente y, por último, incitarme a asestarle el impacto definitivo y, cuando lo hubiese hecho y no me quedase más arma que mi espadín, me obligaría a desmontar, humillándome en el polvo para acabar conmigo a su comodidad. No, no me decidía a abandonar mi caballo.

Mi enemigo ya estaba dispuesto: lo comprendía por la rigidez de sus hombros y por el modo en que deslizaba su mano por el asta de la lanza. Se disponía a atacarme y no me quedaba otra opción que aguardar su embestida, tratando a mi vez de acertarle a su paso.

Di rienda suelta a *Espectro*, que estaba más impaciente que yo, e intenté adaptarme al ritmo de su galope entre el confuso sonido y el traqueteo que producían sus cascos sobre la tierra. Tenía que simultanear mi ataque, escoger el momento oportuno en aquellos instantes en que parecíamos volar juntos por los aires.

Daiaukka se precipitó por la llanura como una fuerza ciega e incontrolable de la naturaleza, apuntándome con su lanza al tiempo que yo proyectaba mi jabalina hacia él con excelente puntería, cayendo sobre mi enemigo como una ave de presa. Pero Daiaukka previo oportunamente mi ataque y se cubrió con el escudo y la jabalina chocó contra el borde, desgarrándolo con su broncínea punta.

Había errado de nuevo, pues el proyectil rebotó por los suelos y se deslizó como una serpiente.

Me había demorado en exceso y no pude escapar: la lanza de Daiaukka me acertó en el costado. Sentí un doloroso desgarrón y la quemadura producida por la herida. Me retorcí, el asta se rompió y caí en el suelo entre angustiosos espasmos con una enorme hendidura en el vientre y la punta clavada bajo las costillas.

«Me ha matado —pensé. Por un instante creí que no lograría levantarme. Las piernas no me obedecían y sentía cómo la sangre se deslizaba entre mis dedos mientras me esforzaba por recuperarme—. Soy hombre muerto, aunque él abandone el campo sin dignarse siquiera mirarme.»

Sacando fuerzas de flaqueza logré arrodillarme primero y a continuación ponerme dificultosamente en pie. No quería morir como un esclavo. ¿Dónde se encontraría mi jabalina?

La descubrí a unos veinte pasos a mi izquierda, distancia que me pareció tan remota como si hubiese aterrizado en otro país. ¿Cómo cubrir siquiera la mitad de aquel trayecto antes de quedar desangrado o de que Daiaukka me pisoteara como a una rana en el camino?

El meda dio media vuelta y se detuvo. Por un instante se limitó a observarme, tal vez esperando que me desplomase mortalmente. Ambos sabíamos que había triunfado, que yo iba a morir y él me sobreviviría. Aunque desde el lugar donde me encontraba no podía verle el rostro, comprendía perfectamente cuáles eran sus sentimientos.

¿Y *Espectro*? ¿Qué había sido de él? El animal corrió un trecho a medio galope, al parecer desconcertado y relinchó ruidosamente. Le llamé, pero no me hizo caso: incluso él comprendía que yo estaba acabado.

Daiaukka desenvainó su espada, cuya hoja relampagueó bajo el sol, y la hizo ondear sobre su cabeza porque deseaba hacerme saber que me esperaba.

No esperaría pasivamente a recibir el golpe de gracia: era hijo de un rey y no quería que mi padre, mi dios ni los soldados que me habían seguido hasta aquel lugar se avergonzaran de mí consintiendo en verme segado como una haz de cebada. Aquellos veinte pasos apenas importaban si señalaban el paso a una muerte viril y honorable.

Sentía como si mis entrañas estuvieran llenas de ascuas encendidas y las rodillas me temblaban, pero aún podía moverme. Avancé un paso, luego otro y otro más. Daiaukka aguardaba al parecer divertido ante aquella situación.

Y de pronto hizo restallar su espada en el cuarto trasero del poderoso corcel y hombre y animal emprendieron la carrera, primero al trote y ganando cada vez más velocidad en dirección hacia mí: había llegado el momento.

Avancé un paso y luego otro: no tenía ninguna oportunidad, ya estaba prácticamente muerto. ¿Qué importaba?

De repente mi caballo pareció recobrar su vitalidad y avanzó al galope hacia nosotros, batiendo enérgicamente el suelo con sus cascos y levantando una densa polvareda: para él no había concluido la batalla, no se daría tan pronto por vencido.

No sabría cómo describir el sonido que profirió: jamás había oído algo semejante. Era un gruñido que recordaba a un gran felino. Y con aquel grito de guerra hizo retemblar el suelo bajo sus remos abalanzándose contra el negro semental.

Espectro le alcanzó y dio un poderoso salto que le impulsó sobre el lomo del animal, golpeándole con sus cascos. Erguía el cuello y exhibía sus grandes dientes como si se propusiera despedazar a su enemigo. De nuevo ambos brutos cayeron por el suelo y Daiaukka rodó con ellos por el campo.

No podía perder aquella oportunidad. Moriría, pero no solo. Recorrí lo más rápidamente posible la distancia que nos separaba con pasos espasmódicos y dolorosos y recogí mi jabalina: con el arma en la mano volvía a sentirme un hombre.

Pero ignoraba si podría arrojarla. Tenía atenazada por el dolor la parte izquierda de mi cuerpo y sentía como si fuese a desplomarme de un momento a otro. Debía intentarlo aunque fuese lo último que hiciese.

Daiaukka se ponía lentamente en pie. Estaba sorprendido y se diría que me había olvidado por completo. Paseó su mirada en torno como si tratase de recordar qué había sucedido y luego se volvió a mirarme.

Aquélla era la última oportunidad que tendría. Esforzándome por olvidar mis dolores, tomé impulso y lancé la jabalina. Daiaukka la vio llegar, mas no pareció comprender lo que sucedía y ambos seguimos la trayectoria del arma por los aires.

Mi enemigo cayó como fulminado por el rayo, sin poder esquivar el proyectil que le derribó con terrible fuerza. El arma le atravesó el pecho bajo el omóplato, hundiéndose en su cuerpo hasta media asta. Daiaukka no llegó a formular ningún sonido, pero, aunque hubiese tenido los ojos cerrados, habría podido adivinar el instante en que se produjo por el enorme clamor que profirieron los medas.

Mi enemigo se desplomó extrañamente, se le doblaron las rodillas y quedó encogido en el suelo sin tan siquiera tambalearse.

Considerando que ya tenía todo el tiempo del mundo me dirigí lentamente hacia él porque no me era posible avanzar de otro modo y desenvainé la espada.

Pero era innecesario. El meda yacía en el suelo al parecer incapaz de moverse. Me arrodillé junto a él.

A menos de veinte pasos los caballos levantaban nubes de polvo en el aire coceando y relinchando salvajemente sin reparar en nosotros. Si no acudía alguien a separarlos se matarían entre sí.

Daiaukka comenzaba a reflejar una inmovilidad mortal. Estaba tendido de costado y le quedaba poco tiempo de vida. Me miró y trató de decir algo, mas no logró proferir ningún sonido. Se humedeció los labios y lo intentó de nuevo:

—¿Crees que…? —Cerró los ojos. Por un momento pensé que había muerto, pero volvió a abrirlos—. ¿Crees que ahora concluirá todo esto?

Comenzaba a percibir el rumor de pisadas de la multitud que se aproximaba deseosa de presenciar los últimos instantes de vida de un hombre: aquello era el fin de toda intimidad. Al cabo de un instante, vivos o muertos, perteneceríamos a nuestros ávidos compatriotas.

—Jamás acabará —repuse.

Sonrió y se quedó absolutamente inmóvil: había exhalado su último suspiro.

Del resto de aquel día, el siguiente y muchos otros que siguieron, conservo escasos recuerdos porque estuve debatiéndome entre la vida y la muerte. El pájaro de negras alas revoloteó sobre mi espíritu.

—¡Por los sesenta grandes dioses! ¡Qué herida! ¡A través de ella se distingue el hígado!

Recuerdo haber oído aquellas palabras mientras me trasladaban al campamento en una manta. Y nada más. La mortal expresión del rostro de Daiaukka, algunas frases…, y el resto, incluso el dolor, se pierde en el olvido.

De modo que todo cuanto conozco acerca de aquel período en que mi vida era tan frágil como una telaraña moviéndose a impulsos del viento, sólo me consta lo que me dijeron: los rumores que circulaban por el

campamento cuando me conducían a mi tienda, las airadas protestas de mis soldados exigiendo venganza contra los medas, el terrible viento que ululaba de modo demencial y que sopló toda la noche dejando absolutamente limpio el suelo donde Daiaukka y yo habíamos vertido la sangre del contrario, lo que fue considerado como un presagio nefasto para ambos bandos… De todo aquello no me enteré porque era como si me encontrase totalmente ausente.

A fin de reprimir cualquier posible intervención meda en tan terribles momentos —¿por que quién podía vaticinar de qué serían capaces aquellos seres derrotados, hundidos en la desesperación si intuían que reinaba la confusión entre sus enemigos?—, los oficiales que habían quedado al mando de mi ejército decidieron tomar como rehén al joven Khshathrita. Era una precaución razonable porque, tras la muerte de Daiaukka, su heredero era el único aglutinante del poder que existía entre las tribus de los Zagros. Sabían perfectamente que sin él dejaban de ser una nación, por lo que permanecían sentados resignadamente aguardando, mientras el hijo de su señor descansaba junto a las hogueras del enemigo.

Aunque mis soldados trataban amablemente al muchacho, porque los hombres de Assur sienten gran cariño por los jóvenes, debió de ser una prueba espantosa para él. Después de todo no era más que un niño y estaba rodeado por aquellos a quienes le habían enseñado a considerar como monstruos de crueldad. Y, por añadidura, ignoraba qué destino le esperaba si yo llegaba a morir, acontecimiento que debía parecerle tan seguro e inminente como la próxima puesta de sol. Y, a pesar de todo, se comportaba con la tranquila dignidad de un hombre, de un descendiente de reyes. Su padre se habría sentido orgulloso porque su espíritu revivía en él.

En una ocasión en que por algunos instantes desapareció la bruma de mi cerebro, abrí los ojos y encontré al niño sentado en el suelo junto a mi lecho, apoyada la cabeza en las manos como si llevase mucho tiempo velando. Me resultó sorprendente encontrar allí el hijo del enemigo al que yo había dado muerte, pero aquel hecho singular no me preocupó: simplemente creí estar soñando. Anteriormente había tenido otras muchas fantasías oníricas aún más extrañas en mi alterado y catatónico estado, por lo que la presencia de un inofensivo muchacho sentado junto a mi lecho no me pareció importante. Si se trataba de un sueño, quizá fuese un mensajero de los dioses que me revelaría si por fin había encontrado mi *simtu*, asunto

por el que dada mi debilitada situación únicamente sentía cierta curiosidad. De modo que me tomé con bastante tranquilidad su presencia.

—¿Vivirás ó vas a morir, señor Tiglath Assur? —me preguntó en voz baja como si fuese un asunto privado que sólo nos concerniese a ambos.

—No lo sé —repuse—. ¿Hace mucho tiempo que se está decidiendo?

Levantó tres dedos.

—Estos días, señor. ¿Cuándo lo sabrás?

—No antes que tú, muchacho.

Cerré los ojos y volví a sumirme en aquel sueño hipnótico que parecía envolverme en las aguas de un mar insondable.

Más tarde, aunque nunca he llegado a sospechar siquiera cuánto tiempo transcurrió, volví a despertarme y conseguí ingerir unos sorbos de cerveza, pero el niño no se encontraba conmigo.

Aquello fue todo cuanto pude recordar hasta que por fin, después de que mis sueños me devolvieron a la realidad tras un largo y dificultoso camino por un país poblado de monstruos, la diosa Ereshkigal tuvo a bien dejarme en libertad.

—¡Ah, por fin pareces volver a la vida! —exclamó Tabiti.

Estaba en cuclillas como una lavandera a la cabecera de mi jergón. Tuve que girar los ojos para verle y aquel esfuerzo me produjo un intenso dolor en las cuencas. En la herida del costado parecía albergar un nido de escorpiones y me sentía bañado en sudor.

—Dame algo para beber —murmuré torpemente—. Algo…

Sin darme tiempo a acabar mis palabras, me acercaron una copa a los labios. En esta ocasión no era cerveza, sino vino mezclado con agua. Nada pudo parecerme mejor tras haber ingerido unos sorbos. Su frialdad circuló por mis venas como si hasta aquel momento hubiesen estado vacías.

—¿Qué es esto?…

Intenté descubrir por qué me dolía de tal forma el costado. Había olvidado todo lo sucedido con Daiaukka y su lanza hasta que el intenso pinchazo de la herida abierta me lo recordó. Sí…, entonces lo recordé todo.

—Te hizo un agujero tan grande que por él hubieran podido salir tus intestinos y pasarlos por la devanadera, hermano. Ahora ya te han cosido, pero fue una tarea muy difícil y perdiste demasiada sangre. La herida se infectó y has estado muchos días febril y delirante, mas ya has superado el trance.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

—Daiaukka lleva diez días alimentando a los cuervos. Hasta esta mañana pensamos que podrían celebrar otro banquete contigo: estuviste a punto de acompañarle en el viaje.

—¿Y mi caballo?… ¿Cómo está *Espectro*?

—Algo maltrecho, pero sigue con vida —repuso Tabiti, riendo suavemente—. ¿Sabes que dio muerte al semental negro? Lo derribó y le coceó las costillas como si fuesen las paredes de un gallinero. Tu caballo es un magnífico animal. Si decides venderlo, espero que me lo ofrezcas antes que a nadie.

—Jamás lo venderé: ¡me ha salvado la vida!

—Lo sé…, él y tu *sedu*. Creo que tardarás mucho en morirte, hermano.

Se inclinó un poco más como si se dispusiese a confiarme un secreto.

—Desde hace algunos días los hechiceros medas han estado vaticinando que te recuperarías. Dicen que Daiaukka fue un insensato por enfrentarse a un ser inmortal y nadie los contradice. Es algo maravilloso.

No insistió porque comprendió que sus palabras habían hecho mella en mí. En lugar de ello volvió a darme a probar el vino en el que probablemente había mezclado algo más con el agua porque en breve volví a quedarme dormido, en esta ocasión con un auténtico sueño que se prolongó durante tres o cuatro horas, y cuando desperté sentí que habían crecido mis fuerzas.

Volvía a parecerme que nuevamente y por algún designio ignorado los dioses habían decidido salvarme la vida.

Durante los días que siguieron no tuve otras visitas que Tabiti, Khshathrita y, en una o dos ocasiones Lushakin, que tenía a su cargo el mando del ejército del norte, pero que no me molestaba con sus problemas. Aún debería transcurrir un mes antes de que me recordaran que yo era un *rab shaqe*, pero primero tuve que acordarme de que estaba vivo.

Al final de aquel mes recibí la visita de la última persona que había esperado encontrar en aquellos parajes medas. Porque una mañana mientras tomaba una cucharada de gachas de avena, el único alimento que consideraban tolerable para mis intestinos, oí que fuera de mi tienda alguien hablaba con el guardián pidiéndole que le autorizase la entrada.

De pronto oí gritar y jurar ferozmente a aquel individuo y advertí que se expresaba en griego. Se oyó un forcejeo y horribles juramentos y el faldón de mi tienda se abrió bruscamente y apareció ante mis ojos, la luz del sol y mi viejo amigo y servidor Kefalos.

—¡Loados sean los dioses de occidente, los señores de la auténtica magia por haberte conservado la vida, señor! —exclamó tras arrodillarse junto a mi lecho con grandes dificultades porque estaba más grueso que nunca, mientras me besaba el brazo y lloraba como una mujer.

Tenía la barba y el rostro llenos de polvo y olía al sudor de muchas jornadas. Sin embargo, su presencia me causó una extraordinaria alegría.

—Hace cinco días, en una aldea cimeria próxima a Heshir, me dijeron que aún seguías con vida, pero me resistí a creer que fuese cierto. En cuanto llegó el mensajero a Amat, augusto señor, cogí mi botiquín y me puse en marcha. ¡Que Apolo, dios sanador, sea siempre loado por haberte salvado la vida!

Y no pudo seguir hablando porque le dominaba la emoción y el llanto sofocó sus palabras. También yo me eché a llorar conmovido ante tales muestras de amor y lealtad. Juntos derramamos copiosas lágrimas en una escena llena de dramatismo y que nos confortó muchísimo a ambos.

Una hora después, más tranquilizados y ante unas copas de vino, mi esclavo me describió los preliminares de su viaje.

—Aunque te cueste creerlo, las noticias de tu victoria en la batalla y la derrota y muerte del rey meda fueron ocasión de gran alegría en toda la ciudad de Amat. Algunos soñaban con la gloria, otros con el fin de la guerra y los peligros y la exención de los impuestos de la campaña. Y las rameras y taberneros con el botín de los soldados, pasando casi inadvertido que tú, augusto señor, habías sufrido lastimosas heridas y que incluso en algunos sectores ya se había difundido la noticia de tu muerte, tan inconstantes son los afectos humanos.

«Acudí al *rab abru*, Marduk Pashir, ese hijo del encargado de un burdel (obraste de modo muy insensato dejándole al mando de la guarnición, señor, porque ese perverso hombrecillo te odia y conspira con tu hermano el *marsarru* a tus espaldas), y con toda la humildad característica de un esclavo le pedí que me concediese una escolta para viajar hasta aquí, ¡y, aunque te cueste creerlo, me fue rechazada! «No puedo prescindir de mis hombres (me dijo con gran descortesía). En las

actuales circunstancias dispongo de escasos efectivos y me es imposible privarme de diez ni siquiera de cinco soldados expertos para que recorran los Zagros satisfaciendo los caprichos de un gordinflón esclavo jonio.» Le respondí que era el médico del *rab shaqe*, que estaba gravemente herido y en peligro de muerte y que debía concederme una escolta para que pudiese acudir en su auxilio. «Tengo entendido que en estos momentos ya ha muerto. ¿Cuánto crees que tardarás en llegar a su campamento? Quizá veinte días si no te cortan la cabeza por el camino. Puedes ahorrarte las molestias, médico. Antes de que consigas encontrar su tienda, estará sirviendo de pasto a los cuervos.»

Kefalos se irguió, aspiró profundamente, llenándose los pulmones de aire y se cubrió la barba como si temiese que alguien tirase de ella.

—¿Adivinas qué le respondí, señor? —inquirió finalmente.

—No tengo la menor idea… Tendrás que decírmelo.

Entornó un instante los ojos como si temiese que me estuviera burlando de él y, tras decidir que fuese como fuese no le importaba, extendió la mano con el ademán propio de un rey administrando justicia.

—¿Y si no muriese? —le pregunté—. ¿O si muriese dentro de un mes por haber carecido de los cuidados necesarios? Me permito recordarte Marduk Pashir que el señor Asarhadón aún no reina en el país de Assur y que el soberano Sennaquerib ama a su hijo y no se mostrará parco castigando a todo aquel sospechoso de haber coadyuvado a su muerte. Partiré a los Zagros al despertar el alba, aunque no me facilites escolta y, si no regreso, en Nínive tendrán noticias de la conversación que hemos sostenido. Y al día siguiente encontré la escolta aguardándome en la puerta.

No me costó nada dar crédito a sus palabras porque Marduk Pashir, que me constaba era partidario de mi hermano Asarhadón, razón por la cual no había querido llevármelo con mi ejército, no era persona que se atreviera a arrostrar la cólera real.

Sin embargo, las aventuras que seguidamente me describió Kefalos estaban demasiado plagadas de embustes para poder admitirlas como ciertas. Se empeñó en convencerme de que durante todo el trayecto había sido acosado constantemente por bandidos y salteadores, viéndose obligado a enfrentarse a violentas escaramuzas con los restos de las fuerzas de Daiaukka y me describió toda clase de absurdos que pudo imaginar. Y en cada historia, que superaba en fantasía a la anterior, hacía gala de su valor y

astucia al igual que un soldado veterano mostraría las heridas recibidas en batalla. Cuando un mes más tarde interrogué a uno de los soldados que le habían acompañado, me confirmó que no había surgido ningún incidente y que el viaje había transcurrido sin problemas, tal como había imaginado desde el primer momento, cuando le escuchaba tendido en mi jergón.

Lo importante era que Kefalos había venido a mi lado, que había emprendido un largo viaje sometiéndose a toda clase de incomodidades y molestias y a la amenaza de peligros mortales, y que todo ello lo había hecho por mí. De modo que escuché sus mentiras sin reírme, ya que mi esclavo, aunque pícaro en otros aspectos, era un auténtico amigo.

Y hasta creo posible que me salvara la vida porque aún no me había librado de ciertos accesos febriles que él me trató con gran éxito, de modo que jamás volví a recaer en aquellos delirios que con tanta insistencia me acosaron durante los primeros días en que sufrí mi herida.

Además, era consolador tenerle cerca. Me trajo noticias de mi madre y de los chismes que circulaban por Nínive, y yo pude expresarme libremente con él porque conocía todos mis secretos.

Fue Kefalos quien decidió que yo no estaba en condiciones de regresar a Amat aquel verano, convenciéndome de que pasara el invierno en la guarnición de Zakruti. Así que, a mediados de Tisri, porque en aquellas montañas las nieves caen tempranamente, me tendieron en un carro lleno de paja y me condujeron hasta allí. Fue un viaje de diez o quince ¿era, pero tardaremos tres días en realizarlo. Y cuando por fin llegamos y dormí por vez primera desde hacía cuatro meses entre unos muros de adobe, me sentía al borde de la muerte.

Khshathrita permaneció con nosotros en calidad de rehén durante todo el final de aquel otoño y el invierno, y entre él y yo se estableció una extraña intimidad. Le agradaba acudir a mi habitación y pasaba algunas horas sentado junto a mi lecho charlando conmigo. No parecía guardarme ningún rencor por la muerte de su padre y, aparte eso, imagino que entre sus aprehensores únicamente yo, que como él procedía de la simiente de un rey y por consiguiente estábamos destinados a grandes empresas, comprendía realmente su posición. El muchacho abrigaba grandes esperanzas hacia su futuro y no mentiría si dijese que se comportaba como

un hombre, pero después de todo no era más que un chiquillo. No hacía falta ser un adivino para comprender que el hijo y heredero de Daiaukka era un ser solitario.

Hablaba mucho de su padre, hacia el que profesaba gran admiración y con entusiasmo infantil me describía las costumbres y religión de los medas, que consideraba la más virtuosa de las razas. Y, en su inocencia, me hizo muchas revelaciones sobre los proyectos que Daiaukka abrigaba para su nueva nación, los arios, predilectos de Ahura, que estaban destinados a barrer a su paso a todos los pueblos del mundo. Por Khshathrita comprendí que aquel hombre peligroso había concedido algunos años de gracia al país de Assur.

—Mi padre me habló mucho de ti la víspera de su muerte —me explicó—. Me contó que si no era voluntad de Ahura salvarle la vida, ello sólo significaría que, aunque el señor Tiglath fuese un infiel, se encontraba bajo la protección del dios, ese *simtu* del que hablan los soldados. También me dijo que debía separarme en paz contigo y no conducir mi nación contra tu rey mientras te encontrases a su diestra, a lo que presté juramento. De todos modos no creía que esto fuese un gran obstáculo porque estaba convencido de que durante el reinado de tu hermano caerías en desgracia.

—Entonces, joven amigo, quizá seas más temible que tu propio padre —repuse sonriente en tono de chanza porque se expresaba con gran seriedad para ser un niño—. Quizá deberías morir para impedir que más adelante puedas perjudicar al país de Assur.

—No…, eso no sería prudente —dijo, negando con la cabeza como si ya hubiese meditado larga y profundamente sobre todas las posibles contingencias—. Tengo otros hermanos con los que mantengo lazos de afecto y, si muero, sin duda me sucederá uno de ellos que no estará comprometido por ningún juramento.

—Entonces será mejor que acepte lo que se me ofrece. Pero ¿puedes asegurarme que está en tu poder consolidar la paz entre las tribus?

—¡Oh, sí, porque ahora yo soy el *shah*! Aún transcurrirán algunos años antes de que pueda hacer valer mi voluntad, pero todavía ha de pasar mucho tiempo hasta que los arios vuelvan a estar dispuestos a emprender la guerra.

Pese a su inexperiencia, el muchacho era muy sensato. Ya había asimilado ese entendimiento de hombres y poder para el que no existe

definición en nuestra lengua, pero que los griegos llaman «política».

Khshathrita y yo nos hicimos grandes amigos. Cuando por fin estuve en condiciones de abandonar el lecho y de pasear un poco valiéndome de un bastón pasamos mucho tiempo juntos explorando los alrededores de Zakruti, lugar demasiado apartado que jamás había imaginado poder visitar. Le cobré gran afecto y envidié a Daiaukka por tener un hijo como él, confiando no verme nunca obligado a ordenar su muerte, porque me hubiese afligido extraordinariamente tener que tomar tal decisión.

Poco a poco transcurrió la época de mi convalecencia y en breve estuve en condiciones de atender mi correspondencia durante algunas horas y ocuparme de mis asuntos. El día que asumí plenamente el mando de la guarnición heló y acusé terriblemente el frío, que pareció infiltrarse en mis heridas —desde entonces no ha pasado un invierno sin que aquella antigua cicatriz no me molestase—, pero estaba curado y recobraba las fuerzas por momentos. Por el tiempo en que comenzó a chispear la nieve sobre las rocas ya podía montar a caballo e incluso salir de caza.

Pero cuando apenas comenzaba a sentarme a la puerta de mi casa con una manta en las rodillas, ya se empezaron a recibir delegaciones, incluso de las tribus que no habían intervenido en la batalla, que acudían a Zakruti para ofrecerme su sumisión. Amontonaban tesoros en el suelo y se arrodillaban respetuosamente ante mí porque, por el simple hecho de haber sobrevivido a la lanza de Daiaukka, parecía haber alcanzado un estatus similar al de un dios, quizá de un espíritu maligno, al que era conveniente aplacar con ofrendas y rindiéndole pleitesía. Y en cuanto me dejaban acudían directamente a ver a Khshathrita y le brindaban su adhesión —él mismo me lo había confesado y además le tenía sometido a vigilancia—, pero no podía censurarlos que hiciesen semejante cosa. Yo estaba al frente del ejército de Assur en los montes Zagros y tenía potestad absoluta de vida o muerte, pero el niño era su *shah* y en él habían depositado su verdadero afecto.

Con la llegada de la primavera y a medida que se aproximaba el momento de regresar a Amat, acudió una delegación de los *parsua* a recoger a Khshathrita. Celebré un banquete al que asistieron aquellos jefes montañeses, al parecer bastante incómodos, sin saber cómo comportarse en presencia de su conquistador y del señor a quien habían jurado fidelidad, y a la mañana siguiente del que resultó ser su décimo aniversario, el *shah—ye—shah* y yo nos separamos como amigos.

Al cabo de pocos días ordené a la guarnición de Zakruti que se preparase para emprender el retorno; ya habíamos permanecido bastante tiempo en aquellas tierras del este.

Fue un viaje sin incidentes, pero lento. Salvo en tiempos de guerra, un ejército de tres mil hombres se desplaza despaciosamente y yo aún no estaba totalmente recuperado para poder resistir tantas horas a caballo. Kefalos se lamentaba amargamente de que no estaba preparado para viajar como un conductor de caravanas y por fin acabó con tales llagas en el interior de los muslos que tuve que ordenar que le habilitasen un carro. Tardamos casi un mes en llegar a Amat.

En mi escritorio me aguardaban muchas tablillas de barro procedentes de Nínive. La primera a la que di lectura era del soberano Sennaquerib.

Me complace comunicarte que la señora Asharhamat ha dado a luz otro hijo y que esta ocasión ha merecido el favor del Señor de la Decisión. De modo que tu hermano el señor Pollino tiene por fin un heredero, aunque no parece demasiado satisfecho. Únicamente añadiré que la señora Asharhamat me ha hecho depositario de sus confidencias, por lo que he ordenado que se dé al niño el nombre de Assurbanipal.

Así pues, había nacido el hijo de que me había hablado Asharhamat, mi hijo, y el rey lo sabía.

Assurbanipal significa «Assur ha dado un hijo a su heredero». No me sorprendía que Asarhadón estuviese descontento.

Pero yo me sentía muy satisfecho: mi hijo, el hijo de Asharhamat y mío, sería un día el rey del mundo.

OceanofPDF.com

XXXII

Aquel verano y el otoño siguientes transcurrieron plácidamente, y si no felices por lo menos fueron satisfactorios. Cada día me entregaba a mis ocupaciones, pero la historia íntima de mi vida seguía siendo una página en blanco. Mi madre regresó a Amat, donde volvió a ocupar su lugar de señora del palacio del *shaknu*, y ella, Kefalos y mis amigos de la guarnición constituyeron prácticamente mis únicas relaciones. De vez en cuando acudía algún visitante, pero aquellas interrupciones eran breves y lo prefería así. No regresé a Nínive. Esporádicamente nos llegaban rumores de alguna que otra intriga, pero a tal distancia y con la ofuscación de mi mente, me resultó fácil ignorarlas. Cumplía con mis obligaciones y disfrutaba de mis pequeños placeres y el mundo, por su parte, prescindía ampliamente de mí.

Aquella situación daría un giro brusco y terminante el primer día del mes de Sebat con la llegada de un emisario enviado por el comandante de la guarnición de Nínive.

Llegó a última hora de la noche y, según me informaron a la mañana siguiente, su caballo cayó muerto de agotamiento en cuanto traspasó las puertas de la fortaleza. El oficial de guardia me indicó que su mensaje no podía esperar. Me despertó asustada una doncella y ordené que hiciesen comparecer a mi visitante en la cámara de audiencias de palacio.

Era un *rab kisir*, un hombre joven, sin duda hijo de alguna familia importante que había conseguido introducirle en el *quradu* como primer paso para seguir una distinguida carrera. Era bien parecido, estaba dotado de personalidad y de elegantes modales e indudablemente jamás había presenciado una auténtica batalla. Sin embargo, ello posiblemente no era culpa suya.

—Príncipe, debo comunicarte a solas mi mensaje —indicó, lanzando una sospechosa mirada a los oficiales que se hallaban presentes.

Ya le habían registrado y recogido su espada, por lo que yo no corría ningún peligro de sufrir un intento de asesinato, de modo que despedí a mis oficiales, advirtiéndolos que permanecieran al alcance de mi voz.

Me pregunté por qué me habría dado el calificativo de príncipe. El hombre había quebrantado la etiqueta militar al no dirigirse a mí designándome por mi cargo.

En cuanto nos quedamos solos apoyó una rodilla en tierra como si se encontrase en presencia del rey.

—El soberano Sennaquerib ha muerto —anunció sin levantar los ojos del suelo.

—¿ Cuándo?

—Hace diez días.

—¿Por qué has tardado tanto? Un buen jinete puede hacer ese trayecto en cinco días desde Nínive.

—Ha habido disturbios en la ciudad y el comandante de la guarnición consideró más conveniente…

—¿Aguardar a que se aclarase primero la situación? Comprendo. Entonces el rey ha muerto y la situación es confusa. —Me esforcé por mantenerme inexpresivo. Mas ¿cuáles eran realmente mis sentimientos? Estaba impresionado. Pero ¿qué más sentía? Lo ignoraba—. ¿No pudo preverse con tiempo? ¿Sufrió mi padre algún accidente?

Antes de que levantase la cabeza comprendí la respuesta, la pude leer en su rostro.

—Señor…

—¡Habla!

—El rey fue asesinado.

Se había puesto en pie. Estuvimos largo rato en silencio ante la espantosa evidencia de que alguien —al menos por el momento una persona sin rostro ni nombre— se hubiese atrevido a levantar su mano contra el escogido de Assur. El propio hecho, absolutamente incomprensible, no dejaba lugar para nada más. No experimentaba dolor, temor ni ira. Aquellas emociones eran demasiado mezquinas para que pudiesen dominarme: me sentía como si la tierra se hubiese abierto bajo mis pies.

—¿Cómo sucedió? —pregunté finalmente, sorprendiéndome ante el sonido de mi propia voz—. ¿Dónde? ¿Cómo fue?

—Estaba entregado al culto en la casa de Shamash. Alguien, un desconocido, asió uno de los ídolos de madera de los dioses menores y lo utilizó para golpearle mortalmente.

Pensé que había sucedido como en mis sueños. Aquél era el futuro que me había sido revelado en la sagrada montaña de Assur y que entonces no había comprendido: mi padre aplastado por la mano del dios.

—Un acto impío… —fueron las únicas palabras que logré articular. ¿Quién sentiría tan poco temor de los cielos para hacer semejante cosa?—. Un hecho perverso e impío… ¿Quién puede haber sido capaz? ¡Habla, rápido!

Así al mensajero por el cuello de su túnica y le sacudí como un perro a un ratón.

—¡Quién! ¡Maldito seas! ¡Habla!

—¡Señor príncipe, no lo sé! Yo… no estoy seguro…

Sí, era evidente que lo sabía. Le solté y dejé que se aplacara la ira que me invadía.

—¿Quién? —repetí con más serenidad.

—Se dice que han sido tus reales hermanos Arad Malik y Nabusharusur…

Sí, naturalmente. ¡Qué idiota había sido al no sospecharlo! ¿¡Quién si no Arad, demasiado estúpido para comprender la enormidad de su crimen, y el inteligente e intrigante Nabusharusur, que no temía a dioses ni a hombres!? Naturalmente, aquellos dos… Sólo cabía sorprenderse que hubieran tardado tanto tiempo en actuar.

—¿Y se han producido disturbios?

—Sí, príncipe. La ciudad se ha sublevado. —Movía enérgicamente la cabeza como si deseara dar mayor énfasis a sus propias palabras—. El comandante de la guarnición te ruega que le des a conocer tus intenciones.

—¿Mis intenciones?

¿Qué quería decir aquel hombre? Me encontraba a casi treinta *beru* de distancia y en plena naturaleza. Hubiera tardado una semana en llegar a Nínive con un ejército. ¿Qué importancia podían tener mis intenciones?

Pero tal vez me estuviera comportando con torpeza, por lo menos eso era lo que reflejaba la mirada del *rab kisir*.

—Príncipe, quizá… —Se interrumpió y aspiró profundamente como si estuviera preparándose para someterse a juicio—. Lo cierto es que Arad

Malik amenaza con proclamarse rey. Tal vez ya lo haya hecho en estos momentos…, y si los rebeldes se ponen a sus órdenes… Príncipe, ¿crees que alguien desea ver a Arad Malik en el trono de Assur?

¿Cuáles eran realmente mis intenciones? Mientras el *rab kisir* aguardaba respuesta a esta pregunta consideré por vez primera la importancia que debía concederse en aquellos momentos a mis intenciones.

Porque, naturalmente, el comandante de la guarnición no simpatizaba con el *marsarru* — ¿por qué no se me había ocurrido hasta entonces que Asarhadón ya debía ser rey?— y me estaba pidiendo que me autoproclamase. Según había oído hasta entonces se suponía que la guarnición se mantendría neutral sin apoyar la insurrección ni reprimirla hasta que recibieran mis noticias.

Por eso había enviado a aquel joven tan elegante, demasiado astuto para declarar abiertamente la situación, pero que no obstante aguardaba a que le informase de si yo estaba dispuesto a aceptar el apoyo del ejército y declararme rey.

Me estaban invitando a acaudillar la revuelta contra Asarhadón.

Y, desde luego, el *rab kisir* seguía esperando una respuesta.

—Puedes decir al comandante de la guarnición —comencé, ponderando cada palabra como si de ellas dependieran muchas vidas, lo que en mayor o menor medida era cierto—, puedes decirle que me propongo escribir una carta de pésame al señor *marsarru*, perdón al rey, en la que le brindaré toda la lealtad y obediencia que en justicia debe esperar de un súbdito y un miembro de su propia familia.

—¿Entonces no piensas…?

—No, no lo haré —repuse fijando en él una dura mirada que reflejaba asimismo el asombro que sentía ante su incomprensión—. Ahora bien, me propongo tomar las siguientes medidas: aconsejar al comandante de la guarnición la conveniencia de restablecer el orden en la ciudad de Nínive y arrestar a los traidores Arad Malik y Nabusharusur. De otro modo el señor Asarhadón puede obtener deducciones funestas para él.

—Comprendo. ¿No tienes otro mensaje, príncipe?

—No.

Ante aquellas palabras se cuadró y me saludó militarmente. A continuación giró sobre sus talones y salió de mi presencia. Ignoro qué sería de él porque jamás volví a verle.

Con toda probabilidad mis oficiales se encontraban detrás de la puerta esperando ser convocados a mi presencia, pero no lo hice. No estaba en condiciones de hablar con nadie, por lo que regresé a mis habitaciones y ordené que me sirviesen una jarra de vino. Necesitaba tiempo para pensar y serenarme.

¿Había obrado correctamente? Y, lo que era más importante, ¿me había comportado con prudencia? Aquellos interrogantes me perseguían y, sin embargo, seguía retornando siempre a la misma inevitable conclusión: que no me había quedado otra elección. Hubiera tenido que rebelarme contra la sucesión de mi hermano mientras vivió nuestro padre, cuando aún podía haber hecho prevalecer mi ascendencia contra Asarhadón de modo que nadie se hubiera atrevido a cuestionarla. En aquellos momentos únicamente cabía provocar una guerra civil y posiblemente la ruina del imperio. Hacía mucho tiempo que había tomado mi decisión y era demasiado tarde para rectificar.

Sin embargo, ¿qué sería de mí ahora que el rey había muerto? No abrigaba ilusión alguna acerca de Asarhadón… El hecho de no haberme unido a aquella insensata rebelión contra él no merecería su simpatía, por ello no me vería eximido. En el instante en que se sintiera con bastantes fuerzas para actuar, tomaría venganza contra mí por los errores que había cometido con el simple hecho de existir y ser el predilecto de nuestro padre.

Pero quizá no llegase nunca aquel momento. Tal vez reconsiderase su postura antes de volver a desafiar al *shaknu* del norte, el *rab shaqe* de un vasto ejército constituido por oficiales leales a su comandante. En Amat, tan lejos de Nínive y Kalah, tan remota de los consejos del estado, yo no era muy inquietante. Acaso prefiriese no correr el riesgo que implicaba satisfacer sus ansias vengativas y se conformase con dejar las cosas como estaban.

Esperaría. Escribiría una carta que expresase a un tiempo mi adhesión y lealtad y le recordaría, por si era necesario, que el ejército del norte no había pasado los últimos cuatro años muellemente atrincherado en los cuarteles. Veríamos qué respuesta recibía de mi hermano y cuál sería su proceder en tales circunstancias.

¿Y si Asarhadón fuese tan insensato que…? En tal caso no sabía cuál sería mi reacción.

El vino no me sirvió de ayuda. Bebí cuatro copas, una tras otra, y sólo conseguí verme obligado a vaciar mi vejiga. Cuando regresé a la cámara de audiencia mis oficiales seguían aguardándome.

—El rey ha muerto —les anuncié— y el señor Asarhadón reina actualmente en su lugar. Se han provocado algunos disturbios en Nínive, pero ello no nos concierne. Durante los próximos siete días guardaremos un período de luto… Mañana, cuando se dé a conocer la noticia en la plaza de armas, únicamente debe decirse que el rey ha muerto. Ahora podéis regresar a vuestros lechos.

Se marcharon sin hacer comentario alguno. Quizá esperaban algo más o tal vez pudieran interpretar el futuro mejor que yo y no les agradaba manifestarlo.

Salí al balcón de la parte oriental del palacio y observé que el cielo comenzaba a agrisarse tenuemente. Mi madre ya estaría levantada y debía ser informada.

Se echó a llorar: fue algo totalmente inesperado para mí. Se cubrió el rostro con las manos y estalló en llanto.

—Era mi señor —adujo cuando se agotaron sus lágrimas—. Era mi señor y el padre de mi hijo. Me resulta extraño pensar que ha muerto.

Estuve un rato sentado con ella y luego salí al jardín, donde únicamente se percibían los distantes rumores de las sirvientas trajinando en la cocina. Merope tenía razón: parecía extraño que el rey estuviera muerto. Había sido lo primero que se me había ocurrido tras considerarlo como un asunto de estado: era el hombre que me había engendrado y en aquellos momentos se convertía en polvo en su tumba. Permanecí sentado en un banco de piedra temblando como la cuerda floja en el arco tras haber arrojado su proyectil, dando rienda suelta a la tensión que hasta entonces me había dominado.

Durante los próximos días distintos mensajeros, en ocasiones oficiales, hombres que por una u otra razón habían abandonado su guarnición y que buscaban refugio en Amat, nos mantuvieron bien informados de los acontecimientos que se sucedían. Arad Malik se había proclamado rey y, lo que era más sorprendente, la guarnición de Nínive le había apoyado. Asarhadón había marchado a Assur para ocupar el trono y

tanto aquella guarnición como la de Kalah le habían jurado adhesión. Mardin, Tishkhan y Samsat, entre otras muchas ciudades del oeste, donde la política propugnada por Asarhadón hacia Babilonia le hacían impopular, se habían unido a los rebeldes, pero todas las guarniciones del sur enviaban destacamentos para luchar en las filas del rey legítimo. Estallaría una guerra civil: yo no tendría nada que ver en ella, pero sucedería igualmente. Incluso era posible, algo que me había señalado alguno de mis oficiales, que hubiese podido evitarla si hubiese obrado de otro modo. Los hombres pueden actuar y pensar como deseen, pero al final los dioses imponen sus designios.

De modo que observaba el desarrollo de los acontecimientos a distancia. Como primer paso para reclamar su herencia, Asarhadón se trasladó a Nínive con un ejército de unos veinte mil hombres. Al verse tan superados en número, los soldados de la guarnición abandonaron su puesto y se refugiaron en una ciudad del Eufrates superior llamada Khanirabbat, donde los rebeldes estaban reuniendo sus efectivos. Según me dijeron, cuando Asarhadón ocupó el palacio de nuestro padre se podía cruzar el Tigris a pie enjuto, pasando sobre los cadáveres de aquellos ciudadanos de Nínive que había ordenado ejecutar por desleales.

La carta que dirigí al nuevo rey era muy discreta. Contenía elogios para el extinto soberano Sennaquerib, plácemes y juramentos de lealtad. No hacía ninguna alusión a la revuelta, ni aparecía en ella ningún ofrecimiento. Si Asarhadón necesitaba el auxilio de mi ejército en aquella guerra civil, sólo tenía que pedírmelo. Decidí aguardar hasta que me llamase: no pensaba arrojarme a los pies de mi hermano.

Sin embargo no recibí sus noticias. Transcurrió el mes de Sebat y Nínive seguía manteniéndose en silencio.

Yo salía casi cada día de caza. El suelo tenía una capa de hielo y escaseaban las piezas, pero era un modo de alejar de mis pensamientos la inminente tormenta y de estar a solas. Estaba cansado de sentirme observado por mis hombres, que me asaeteaban con sus interrogantes miradas, pareciendo preguntarme: «¿Qué piensas hacer, *rab shaqe*? ¿Qué harás?» Los venados de las montañas situadas al oeste del helado río no se cuestionaban su futuro ni el mío y apenas se dejaban ver.

Desde la época de mi convalecencia me había acostumbrado a comer al mediodía; la gente adopta fácilmente malas costumbres cuando se pasa

el día tumbada en el lecho y le aconsejan que debe reforzarse; sin embargo era cierto que necesitaba recuperar algo de peso.

Un día dejé atado a *Espectro* y me senté tras un hueco formado por arbustos achaparrados y retorcidos por el viento. Me disponía a abrir la mochila y descubrir qué me había preparado mi madre para impedir que muriese de inanición y me entretenía mordisqueando una loncha de carne de buey curada y condimentada, cuando distinguí a un jinete solitario que se aproximaba hacía mí decididamente, aunque sin apresurarse, cubriéndose el rostro con la capucha de su túnica. El hombre obligó a detenerse su montura a unos veinte pasos y pareció dispuesto a aguardar tranquilamente hasta que yo diese señales de haberle visto. Iba desarmado y su aspecto no era amenazador.

—¿Deseas echar un trago? —le dije tendiéndole la bota.

El desconocido se quitó la capucha y me mostró su rostro: era Nabusharusur.

Confieso que me sorprendió su presencia. Me sonreía de un modo en él característico, carente de alegría, como si hubiese obtenido una victoria.

—Mis espías me informaron de que acudes aquí cada día —dijo—. Creí que valía la pena arriesgarse para sorprenderte a solas.

—¿Me has «sorprendido» entonces, hermano?

—Es un modo de hablar, Tiglath. Sólo deseo cambiar unas palabras contigo… ¿Me concederás eso por lo menos?

—Eres el asesino de nuestro padre y rey y un traidor a su heredero. Gustosamente te hundiría la espada entre las costillas.

—Sin embargo me escucharás, hermano…

—Sí, supongo que sí.

Desmontó y dejó caer las riendas en el suelo. Advertí que su caballo también estaba castrado, por lo que imaginé que debían compenetrarse perfectamente.

Se sentó a mi lado y de nuevo le ofrecí la bota, que aceptó bebiendo largamente. Después de todo nos conocíamos desde la infancia.

—Hace frío —dijo—. Quizá lo siento más que tú.

—También yo lo acuso. Se infiltra en mis heridas y me duelen.

—Dijeron que estuviste a punto de hallar la muerte.

Sonreía solícito y quizá, sin darse cuenta, con aire burlón. Sí, sin duda pensaba que estaba dando a aquel gran necio la oportunidad de envanecerse

con sus historias de soldados.

Es un error manifestar tan profundo desprecio hacia los demás. Aguardé en silencio.

—Habrá guerra civil —comenzó por fin al ver que no estaba dispuesto a hablar—. Se librará una gran batalla tal vez dentro de pocos días. Asarhadón ya ha marchado hacia el norte. Si me hubieses escuchado, podía haberse evitado.

—Hubiera podido evitarse si no hubieses matado al rey, Nabusharusur. Si hubieses contenido tu mano, reinaría la paz y nuestro padre aún viviría.

—Era necesario y, además, yo no le maté… Estuve presente, pero fue Arad Malik quien le golpeó.

—Algo que nunca hubiese ocurrido si tú no le hubieses inducido a ello. Ahórrate palabras conmigo, hermano…

Me interrumpí para tomar otro trago, diciéndome a mí mismo que era inútil que perdiese mi autodominio.

—¿Por qué era necesario matar al rey? —pregunté finalmente cuando por fin logré dominar mi voz.

—Porque se había sometido a Asarhadón. Ya han comenzado a levantar las murallas de Babilonia: están reconstruyendo la ciudad.

—¿Y eso te preocupa? ¿A ti, tan poco temeroso de los dioses que puedes asesinar a un rey?

—Tienes razón. No temo a los dioses. —Nabusharusur hizo un leve ademán como desdeñando a todos los cielos—. No tiemblo ante los ídolos de madera. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Crees que los dioses existen, Tiglath? ¿Lo crees? —Se encogió de hombros indiferente—. Yo sólo creo en lo que puedo ver. Creo que las murallas de Babilonia se están levantando. Creo que el rey cedió sus poderes a Asarhadón porque era un anciano y ya no le importaba lo que pudiera suceder en el mundo, fuera de los jardines de su palacio. ¿Y quién si no tú tiene la culpa, hermano?

—¿Yo?

—Sí, tú. Al rey se le destrozó el corazón al ver que era Asarhadón y no tú quien debía sucederle.

—Y ahora coronarás a Arad Malik.

—Lo haré si es preciso. Arad Malik es preferible a Asarhadón, aunque sólo sea porque cumple mis órdenes. Y no es Asarhadón. Por ello le siguen

los hombres, porque no es él.

—Y tú conseguirás que la nación guerree entre sí para instalar a un necio en el trono en lugar de otro.

—Si es necesario, lo haré. Eso depende de ti, Tiglath.

Se produjo una pausa inevitable durante la cual sólo tuve tiempo de preguntarme por qué estaba escuchando aquellas palabras. Pensé que tal vez fuese porque deseaba oírlas.

Nabusharusur, que era sumamente astuto, únicamente me dio tiempo para sugerirme aquel pensamiento y nada más.

—Los ejércitos se están concentrando al oeste de este lugar —prosiguió como si sólo se hubiese interrumpido para tomar aliento—. Las fuerzas están muy niveladas y se producirá una gran carnicería durante la batalla… y acaso después. ¿Recuerdas cuando éramos niños, Tiglath? Si Asarhadón no podía leer la lección arrojaba su tablilla contra la cabeza del viejo Bag Teshub.

—Sí, lo recuerdo.

—Nada ha cambiado. Cuando Asarhadón no comprende algo, lo destroza. No comprende esta rebelión ni las razones que la motivan y, si triunfa, destruirá media nación en salvaguarda de su orgullo. Además, como te he dicho, las fuerzas de los ejércitos están muy niveladas y nadie mejor que tú conoce lo que sucede cuando los hombres ahuyentan la piedad de sus corazones.

—No puedo hacer nada.

—¿Lo crees así?

Sentado en el frío suelo y con la bota entre las rodillas, me esforzaba por no pensar. Fijaba la mirada en un punto indefinido tratando de mantener la mente en blanco para que aquella víbora no infiltrase su veneno en mí. Me resistía a aceptar la culpa que trataba de atribuirme. Me negaba a admitirla…

Nabusharusur sonrió al parecer sabedor de cómo acabaría aquello.

—Son muchos los que siguen a Asarhadón sin realmente desearlo —prosiguió desviando su mirada—. Están indecisos porque no se atreven a inclinarse por Arad Malik sabiendo que es el asesino de su rey. Y, como te he dicho, la única ventaja con que cuenta éste es no ser Asarhadón. Pero si tú dices una palabra y te proclamas rey, aun en estos momentos, la fortaleza de Asarhadón se disolverá como el hielo en primavera.

—¿Y qué será de Arad Malik? ¿También él se disolverá?

—Yo me ocuparé de ese necio.

—¿Encontrarás a alguien que le dé muerte? —pregunté volviéndome para mirarle abiertamente y esforzándome por sonreírle de forma ambigua —. ¿Seguirá entonces los pasos del rey nuestro padre? ¿Y, después de él, a quién le tocará? ¿Tal vez a mí?

—Después de él no seré yo quien ostente el poder, sino tú, Tiglath.

—Sin embargo tú me harías responsable de la muerte de mi hermano…, de dos hermanos, Arad Malik y Asarhadón.

Nabusharusur se encogió de hombros con indiferencia.

—De todos modos han de morir dos. Tú debes escoger cuáles son; no importa lo que decidas. Serán Arad Malik y Asarhadón o Arad Malik y yo. No considero que la elección sea fácil, sólo que debes ser tú quien la tome. Nadie más que tú. Y no puedes evadirte porque también esta postura entraña una elección. Pero ante todo hay algo que debes considerar: si decides apoyar a Asarhadón, quizá también tú acabes con la cabeza entre los pies. Asarhadón te odia ¿o quizá lo has olvidado?

Se levantó y sacudió la tierra de sus ropas con aire despreocupado, como si todo aquello no le importase en absoluto.

—No es necesario que me respondas ahora, hermano —dijo—. Piénsalo y cuando te vea en el campo comprenderé qué camino has tomado…, si llegas a decidir algo.

Y sin añadir palabra montó en su caballo y se perdió en la distancia.

Y finalmente, casi en el último momento, recibí respuesta de Nínive. No iba dirigida a mi nombre, sino encabezada al comandante de la guarnición de Amat y *shaknu* de las provincias del norte, ni era en modo alguno lo que yo esperaba.

El rey ordena que se organice un ejército de veinticinco mil hombres procedentes de las fortalezas de Amat, Zamua y Namri, y que estas fuerzas se dirijan inmediatamente a la ciudad de Kalah, en la provincia de Gozan, donde deberán incorporarse al ejército que se encuentra bajo el mando del

propio soberano. Todo esto debe tener lugar antes del último día del presente mes.

Nada más. El escrito no acusaba recepción de mi carta ni mencionaba o sugería en ningún momento que yo fuese algo más que uno de tantos oficiales anónimos al servicio del rey. El comunicado estaba firmado por un tal Sha Nabushu, que me resultaba desconocido.

Apenas podía creerlo. Era evidente que Asarhadón pretendía insultarme, pero si con ello se proponía impulsarme a los brazos de sus enemigos, no podía haber encontrado mejor medio. No me sorprendía que mi hermano deseara manifestarme su desprecio, pero aunque hubiese sido por simple prudencia debía haber disimulado sus propósitos durante algún tiempo.

Pedía veinticinco mil hombres, más bien los exigía. Veinticinco mil hombres dejarían las guarniciones del norte peligrosamente vacías, mas ante la perspectiva de una guerra civil, aquello no parecía importarle a Asarhadón.

Envié emisarios al punto, convocando las fuerzas exigidas para que acudiesen a Amat a marchas forzadas, aunque no tenía ninguna idea de lo que haría con ellas cuando llegasen.

Tales asuntos no pueden permanecer mucho tiempo en secreto en una guarnición de soldados y, al anochecer, probablemente no había nadie en Amat que ignorase la llegada de la carta de Asarhadón. Y, como siempre, en los ojos de todos se leía la pregunta: «¿Qué vas a hacer ahora, *rab shaqe*? ¿Qué piensas hacer?»

Sin embargo, alguien dejó oír su voz suponiendo que sus consejos serían escuchados y, como es natural, éste fue Kefalos.

—Ahora sólo te quedan dos posibles vías de acción —dijo una vez hubo despedido a las esclavas que nos sirvieron la cena.

Me había invitado hacía dos horas a pasar la velada con él de modo que sus intenciones eran bastante evidentes.

—La orden del señor Asarhadón significa que no puedes seguir en Amat manteniendo tu neutralidad. Si así lo haces, sea quien sea el vencedor serás un traidor y, si vence tu hermano, sin duda dirigirá su ejército contra

ti en cuanto haya acabado con los rebeldes y supongo que sus fuerzas superarán en mucho a las tuyas.

—Sus tropas estarán agotadas y debilitadas, mientras que las mías se encontrarán frescas. Además, Asarhadón tiene escasa experiencia en el mando. No me asustaría enfrentarme con él en el campo de batalla, aunque se presentase con cincuenta mil hombres.

—Por tu boca se expresa el orgullo herido, pero sabes que tus palabras son vanas. Además, nunca someterías a la nación a dos guerras civiles, una tras otra. No, debes escoger ahora.

Asentí cansadamente contemplando mi copa de vino y hastiado de la vida.

—Así es —repuse—. Todo cuanto dices es cierto.

—¿Qué harás entonces? En tus manos está el fiel de la balanza. El bando por el que te inclines triunfará. Puedes conseguir que reine Asarhadón o pasarle una anilla por los labios y conducirlo a rastras a Nínive detrás de tu carro. ¿Qué piensas hacer?

Siempre volvíamos a la misma cuestión. «¿Qué harás, *rab shaqe*? ¿Qué harás?»

—Debes tener presente que, si te decides por Asarhadón, te encontrarás en el mayor peligro, amo: tu hermano no te demostrará ningún agradecimiento.

—Hace pocos días me dijeron lo mismo.

—Entonces alguien más que tu pobre esclavo comprende la realidad. No sé si Asarhadón exigirá de ti hasta el último aliento, señor, pero sí estoy seguro de que tratará de hacerte la vida imposible. Tú y tus amigos se encontrarán en dificultades.

Se acarició la gran barba cobriza y me miró con expresión suplicante… Comprendí perfectamente lo que quería decir.

—Además —prosiguió irguiéndose y bebiendo un trago como si se tratase de asuntos que no nos afectasen en absoluto—, tú serías mejor rey que Asarhadón. Si reinase tu hermano, el gobierno estaría en manos de adivinos y magos… y de la señora Naquia. Tú, por lo menos, eres medio griego y, por tanto, menos proclive a sus supersticiones.

—¿Quieres decir? —repuse riendo inconteniblemente—. Es voluntad divina que Asarhadón suceda a Sennaquerib en el trono de Assur. Ésa es la única realidad a la que siempre me veo obligado a volver.

Kefalos se inclinó hacia mí y me puso la mano en el brazo.

—Si es así, señor, no nos queda esperanza alguna.

A la grisácea luz del alba contemplé las compañías reunidas en el patio de armas. Dieciocho mil hombres. En la guarnición únicamente quedaría una reserva de quinientos hasta que llegasen los refuerzos de Zamua y Namri, y siete mil de ellos se incorporarían inmediatamente a nuestras filas para emprender la marcha hacia Kalah. Incluso nos acompañaba Kefalos, aunque le había redimido de su condición de esclavo y había dispuesto que se trasladase en una caravana de mercaderes que le dejaría muy lejos del alcance de Asarhadón. Pero se empeñó en acompañarme.

—Mis recientes aventuras me han enardecido para la lucha armada, señor y, además, si te sientes inclinado a cometer esta locura, no puedo privarte de mis consejos.

Sonreía con aire indiferente y miraba en torno como si se despidiese del mundo. En aquel momento se encontraba en un carro de suministros, ahogando su terror con una jarra de vino. Probablemente sería yo el instrumento de su muerte. Sin embargo, jamás servidor alguno había sido más leal a su amo.

Era un frío y desapacible amanecer. La nieve se había helado en el suelo. No era una época propicia para emprender una campaña militar, pero en la mente de los soldados ninguna estación es buena para luchar y aquellos hombres no iban a combatir entre bárbaros que vivían en tiendas, sino a enfrentarse a sus propios hermanos: en sus rostros se leía la desesperación que inspira una guerra civil.

—Es una fecha aciaga la que nos obliga a separarnos —dijo mi madre, que estaba a mi lado y se cubría con una capa forrada de piel—. Temo que obres erróneamente, Lathikadas.

—¿Luchando por Asarhadón? Sí, Merope, sé que actúo equivocadamente, pero en este caso, haga lo que haga, obraré mal, al igual que si me abstengo de intervenir.

—¿No hay modo de volver atrás?

Se volvió a mí para formularme esta pregunta cuya respuesta conocía tan bien como yo con los ojos llenos de lágrimas. No respondí, me limité a

darle un abrazo. Sus amargos sollozos me recordaban aquel día en que siendo un niño abandoné el gineceo para siempre, sometiéndome a los deseos del rey. ¿Era tan diferente entonces?

—Has sido un gran hombre en el país de Assur —dijo por fin—. Tu dios ha cumplido su promesa. Pero me asusta pensar en el futuro.

—Merope, he ido muchas veces a la guerra. Intenta tranquilizar tu ánimo.

—No encontraré la paz porque algo en mi interior me dice que jamás volverán a contemplarte mis ojos.

¿Qué podía decirle si sabía que aquel mismo mes mi hermano Asarhadón podía decapitarme con su propia espada? Las palabras del *maxxu* resonaron nuevamente en mi cerebro, anunciándome que había llegado el tiempo de las despedidas. No me atreví a decírselo: no podía hacer otra cosa que guardar silencio.

Ni siquiera podía aconsejarle que huyese si me mataban porque ya había dicho que no lo haría.

—Si mueres, ¿qué puede importarme lo que me espere? —había dicho.

Aunque quizá la cólera de Asarhadón no alcanzase a mi madre: debía conformarme con abrigar aquella esperanza.

La besé por última vez y me separé de ella. Había dejado de pertenecerle o pertenecerme, a partir de entonces me debía al dios y a un hermano que me odiaba.

—¡Adiós! —me despedí.

No olvidaré mientras viva la expresión de su rostro en aquellos momentos.

Monté en *Espectro* y atravesé las puertas de la fortaleza seguido de mala gana por el ejército del norte. La multitud que se había congregado a ambos lados del camino para despedirnos estaba silenciosa. Mi madre tenía razón: era un día aciago.

Y entre la multitud distinguí por un breve instante un rostro que en seguida desapareció: el rostro curtido de un anciano cuyos ojos estaban muertos a la luz. Sin embargo, en el momento en que la visión se extinguió, antes de que pudiese darme cuenta de que se había perdido, me pareció que sonreía burlándose de mí porque no podía ver con sus ojos.

OceanofPDF.com

XXXIII

En otra época del año la zona que rodea Khanirabbat podía resultar bastante agradable, pero en invierno era la pura imagen de la fealdad y la desolación. La ciudad estaba vacía y por doquier, bajo las pequeñas colinas y la llanura que se extendía hacia el este, la hierba aparecía marchita y amarillenta y las desnudas ramas de los escasos arbustos se agitaban al viento con los espasmódicos movimientos de los dedos de una anciana. El viento era casi el único sonido que se percibía, porque incluso los cuervos parecían haber desaparecido.

Asarhadón se había instalado a unas tres horas de marcha del campamento rebelde. Sin embargo, las características del terreno permitían a ambos bandos distinguir el humo de las hogueras encendidas por el contrario. De modo que era frecuente la aparición de las patrullas enemigas y ya se habían producido diversos enfrentamientos antes de mi llegada, que tuvo lugar el vigésimo sexto día de Sebat.

Las primeras noticias que recibí al entrar en el campamento fue que el rey estaba muy alterado porque la noche anterior la estrella real de Marduk había aparecido rodeada por un anillo amarillento. Los astrólogos ofrecían distintas explicaciones para tal fenómeno, pero coincidían en afirmar que constituía un presagio adverso para el país de Assur, conclusión muy poco comprometida en vísperas de una guerra que se anunciaba tan calamitosa.

Éstas fueron «casi» las primeras noticias que recibí, porque ante todo me informaron que mi hermano Asarhadón no pensaba recibirme y que debía instalar al ejército del norte en una ala separada, a la izquierda del de mi hermano; es decir, en la parte aciaga, y aguardar sus órdenes.

Me dispuse a acatar sus órdenes. Instalaron mi tienda en un trozo de terreno ascendente y fijaron mi estandarte en la entrada, pero no me aventuré a pasear entre los soldados. Aposté varios guardianes para que no

permitiesen el acceso a nadie salvo a los mensajeros de Asarhadón. Comía solo y permanecía aislado, entregándome a sombríos pensamientos.

Por fin acudió el heraldo real, pero en esta ocasión no pendían de su bastón de mando las cintas plateadas que me hubiesen reconocido como miembro de la familia real. Tras él avanzaba un hombrecillo obeso, de barba rala y ojos inexpresivos y saltones como los de una rana. Al parecer se trataba de Sha Nabushu, el mismo que se había atrevido a darme órdenes en nombre del rey su amo,

—Quedas relevado del mando sobre el ejército del norte —me dijo—. Disfrutarás de absoluta libertad para circular por el campamento y mantendrás tu rango de *rab shaqe* por el momento, pero se te prohíbe participar en la próxima batalla ni siquiera como soldado. Esta victoria debe obtenerla el señor Asarhadón por sí solo.

No le respondí.

—¿Estás de acuerdo con ello? —preguntó en tono que pretendía ser desafiante, pero que reflejaba cierta inseguridad.

—¿Acaso se espera mi conformidad? Soy un servidor del rey: a él corresponde mandar y a mí obedecerle.

Sha Nabushu curvó la boca en instintiva sonrisa.

—¿Quién asumirá el mando? —pregunté.

Por un instante el hombrecillo vaciló, acaso imaginando que Asarhadón pretendía mantenerlo en secreto. Así suele suceder: los servidores de amos caprichosos e insensatos siempre tienen miedo.

—Yo tendré ese honor —repuso finalmente. Pensé que tal vez no fuese únicamente a mi hermano a quien temía—. Darás a conocer a tus oficiales las órdenes del rey y les indicarás que se reúnan conmigo en este mismo lugar a la hora quinta después de mediodía.

—Ya no son mis oficiales y no estoy en condiciones de dar órdenes a nadie.

En aquel momento pareció que habíamos llegado a un callejón sin salida. Sha Nabushu abrió la boca para decir algo y luego, por lo visto, se quedó sin palabras. Me sentí sumamente complacido.

—Sí, naturalmente —dije—. Ya cuidaré de ello.

Mis oficiales —que ya habían dejado de serlo— no se mostraron muy satisfechos.

—¿Quién es ese muñeco? —preguntó Lushakin—. ¡Nadie ha oído hablar de él! ¿Cómo pueden esperar que arriesguemos la vida al mando de semejante tipo?

—Los hombres no accederán. Ellos no reconocen más autoridad que la del *rab shaqe*. Sufriremos deserciones.

—¡Y nosotros seremos los primeros en desertar! ¡Es un insulto intolerable!

—Debemos conformarnos —repuse con la mayor serenidad posible porque, aunque me sentía conmovido por sus muestras de lealtad, no podía demostrárselo—: es la voluntad del rey.

—¿Cuál es tu voluntad, *rab shaqe*?

—Que os reunáis con vuestro nuevo comandante y obedezcáis las órdenes que procedan de la autoridad real. Que olvidéis vuestros sentimientos en esta cuestión o en posteriores situaciones y que os abstengáis de manifestarlos y advirtáis a vuestras tropas que obren de igual modo, porque los hombres pierden fácilmente la cabeza por culpa de su lengua.

—¿Y qué será de ti, *rab shaqe*?

—¿Qué importa? Debo confiar que mi *simtu*, como el de cualquier mortal, se halla escrito en la tablilla del dios. Acaso no tarde en enterarme de lo que me espera.

Y me separé de ellos, estrechando las manos de todos, porque a partir de aquel momento era como si me hubiese muerto. De otro modo, ¿cómo iban a proteger sus vidas? Me marché, embridé a *Espectro* y fui a pasear por las colinas del entorno. Cuando salí del campamento advertí que era seguido por dos jinetes: comprendí que mi hermano no deseaba perderme de vista.

El tiempo de las separaciones. Ciertamente había llegado aquel momento y, como de costumbre, no lo había advertido hasta que me encontré inmerso en él. El rey mi padre, mi madre, el ejército que amaba como un hombre a su esposa, quizá incluso mi propia vida.

Y, naturalmente, Asharhamat. A ella la había perdido antes que a nadie y, sin embargo, su recuerdo aún seguía lastimando mi corazón.

Nunca volvería a verla. Puesto que Asarhadón ya era rey, la encerraría en el gineceo, de donde jamás saldría. Mis ojos no volverían a recrearse en sus encantos, como si me hubiese quedado ciego o se hubiese extinguido la

luz del mundo. ¿Qué importaba todo lo demás y que podía temer si debía enfrentarme con la muerte?

Acataba la voluntad del dios, pero en el fondo de mi corazón le maldecía.

¡Asharhamat, Asharhamat! Su mismo nombre tenía toda la dulzura de la vida. Vivir era recordar y recordar conocer el dolor. No, no temía a la muerte. Y el poder del rey mi hermano se desvaneció como una sombra. ¡Qué hiciese su voluntad!

Permanecí alejado del campamento hasta bien entrada la oscuridad (cuando los soldados ya estaban cómodamente instalados en torno a las hogueras disponiéndose a cenar) sin duda con gran inquietud de mis dos guardianes que se mantenían a quinientos o seiscientos pasos tras de mí sin molestarse en ocultar su presencia. Luego, cuando me aseguré de que mi tienda seguía perteneciéndome, me dirigí a ella. Los soldados que encontraba a mi paso me saludaban cordialmente: aún no se habían enterado de que había perdido el favor real y quizá no importaba que así fuera porque para ellos el rey era un ser tan distante como los propios dioses.

Cené espléndidamente y me quité las sandalias, disponiéndome a acostarme, maravillándome de lo fácilmente que un hombre puede sentirse en paz consigo mismo cuando se ha resignado a la muerte. Me pregunté cómo dormiría Asarhadón y descubrí que no le envidiaba.

Los restantes siete mil soldados no llegarían de Amat hasta dentro de dos o tres días, pero a la mañana siguiente, con sólo mirar en torno, descubrí que, como por arte de magia, las fuerzas el rey se habían multiplicado. La extensión de terreno existente entre nuestro campamento y la zona ocupada por el ejército principal estaba llena de tiendas improvisadas y de hogueras en las que preparaban sus alimentos. Habían aparecido unos tres mil hombres como si surgiesen de la nada, en su mayoría desertores de las filas rebeldes que acudían a congraciarse con Asarhadón cuando aún estaban a tiempo.

Era lo más razonable que podían hacer. Durante los últimos días por lo menos sus espías debían haber informado a los comandantes rebeldes de que el ejército del norte se aproximaba con evidentes intenciones de incorporarse a las tropas reales. La balanza se inclinaba claramente a favor de Asarhadón y, por consiguiente, por mucho que se esforzasen, mis traidores hermanos se habrían visto impotentes para mantener a su lado a

aquellos que se habían adherido a sus filas. Nadie dotado de sentido común desea arriesgar la vida por una causa perdida.

Los soldados que encontré aquella mañana acampando como mendigos a las puertas de Asarhadón eran simplemente la primera oleada de desertores de los seguidores de Arad Malik. Serían muchos más, a menos que estuviese equivocado, los que se pasarían a nuestro bando.

Y Asarhadón no era tan necio como para despedirlos. Sabía cómo crece la desesperación del enemigo viéndose enfrentado a la desmoralizadora esperanza de obtener clemencia.

Por consiguiente, aunque nunca podrían alcanzar gran consideración en el favor real, aquellos desertores de la causa rebelde salvarían la vida y se les permitiría servir al monarca. Asarhadón lanzaría anatemas y amenazas y seguidamente los perdonaría, en su mayoría, y ellos lo sabían muy bien. Y, como lo sabían, el ejército de Arad Malik se fue debilitando progresivamente antes de que llegásemos a empuñar las armas contra ellos.

Así pues, cada noche los centinelas percibían los sofocados rumores de aquellos que se deslizaban entre la oscuridad, a solas, o en grupos de dos o tres, tanto oficiales como soldados de infantería o de caballería, y cada noche los oían cuchichear entre sí, más allá de los terraplenes del campamento mientras, agazapados y temerosos en el frío suelo, esperaban merecer la clemencia del señor Asarhadón. A veces se veían obligados a aguardar toda la noche dejando a sus espaldas una ruina segura y teniendo como única perspectiva la seguridad que podrían alcanzar abrazándose a las rodillas de mi hermano y suplicando su perdón. Y, por fin, a la grisácea luz del amanecer, eran admitidos, se desayunaban y se les permitía dormir en cualquier lugar donde pudieran instalarse.

Y se sentían agradecidos hacia Asarhadón: hasta un perro se muestra reconocido cuando se le permite vivir, pero cuando paseaba entre ellos, descubriendo de vez en cuando a alguien cuyo rostro o incluso su nombre me era familiar, siempre leía idéntica acusación en sus humillados ojos: «¡Fíjate en qué situación nos encontramos, príncipe Tiglath Assur, hijo predilecto del señor Sennaquerib, cuyo padre era señor del mundo y auténtico rey del país de Assur! ¡Fíjate cómo nos encontramos y hasta qué extremo hemos llegado! Ahora debemos inclinarnos ante Asarhadón… Piensa qué futuro nos espera a nosotros y a nuestra nación. Y de todo esto tan sólo tú eres el culpable, nadie más.»

Pero, por lo menos, podían confiar en el futuro. Algunos de los que acudían de noche sólo encontraban la muerte porque la clemencia del rey no alcanzaba a todos. Mi hermano disfrutaba de excelente memoria y algunos descubrían que se habían expresado con excesiva acritud en vida del señor Sennaquerib.

Junto con otros oficiales fui invitado a presenciar la ejecución de un tal Zakir Nergal, *rab abru* de la guarnición de Nínive, y de quien no se conocía crimen alguno. Sin embargo había ofendido de algún modo la majestad del rey y debía pagar por ello viéndose sometido al fuego cargado de cadenas, un castigo tradicional cuya práctica se conocía oralmente, pero que jamás se había puesto en práctica en vida de mi padre y que no prometía ser un espectáculo agradable.

Kefalos me acompañó alegando estar interesado desde un punto de vista clínico. Pese a que le advertí de la crueldad del acto, se obstinó en presenciarlo.

—No tienes por qué preocuparte, señor —repuso sonriendo, como si se propusiera acallar uno temor pueril—, porque los médicos estamos endurecidos ante la presencia del dolor. Puedo asegurarte que he sido testigo de cosas peores cuando asistía a la consulta de mi padre en Naxos… No debes preocuparte.

Ocupamos nuestro puesto en torno al lugar donde debía celebrarse la ejecución: una simple extensión de tierra en la que ardía una hoguera desde la noche anterior. Como la mañana era fría, agradecimos aquel calorcillo mientras esperábamos la llegada del rey, aunque probablemente Zakir Nergal no compartiese nuestra opinión. El trono ya estaba dispuesto cuando por fin se presentó Asarhadón magnificente en sus áureos ropajes y luciendo un turbante cubierto de pedrería. Se sentó y miró en torno como el anfitrión de un banquete sin dar señales de verme.

Era la primera vez que veía a mi hermano desde hacía dos años y puesto que no parecía probable que siguiéramos coincidiendo con frecuencia hasta que decidiera qué iba a hacer conmigo, le observé con curiosidad para comprobar qué cambios se habían producido en él tras recibir la dignidad real, pero no me dio la impresión de que fuese un hombre que encontrase placer en la gloria.

Asarhadón era algo más joven que yo y, sin embargo, mostraba esa expresión vacilante y llena de ansiedad que yo había advertido tantas veces en el rostro de nuestro padre. Estaba sentado y apoyaba la mejilla en la

palma de la mano y todo el oro y las joyas destinadas a deslumbrar a sus súbditos no podían disimular su propia inquietud. Habría sido preferible que le hubieran permitido seguir siendo un soldado de acuerdo con las ambiciones infantiles que ambos habíamos compartido, y creo que él también lo sabía.

Por entonces el fuego ya había quedado reducido a un lecho de ascuas de uno o dos palmos de profundidad, cubiertas con una capa de cenizas bajo las que resplandecían los carbones encendidos. Éstos habían sido recogidos formando un círculo sobre el que se levantaba un enorme trípode metálico de patas muy separadas que convergían a unos catorce o quince codos sobre el suelo y en su cúspide se veía una argolla también metálica por la que pasaba una larga cadena de cobre con una especie de gancho en un extremo.

Asarhadón hizo una señal anunciando que había llegado el momento de comenzar el acto.

Un cuerpo de guardia formado por cuatro hombres trajo al prisionero con las manos y los pies cargados de cadenas, que se iba frotando las muñecas como si las esposas le lastimasen. Hacía diez años que conocía a Zakir Nergal, pero si no hubiese sabido previamente la identidad del futuro ajusticiado, dudo que aquella mañana le hubiese reconocido, tal es la transformación que puede sufrir quien ha pasado toda una noche meditando sobre la proximidad de la muerte y, en especial, de una muerte como aquélla. Hacía tan sólo tres días que disfrutaba de una situación privilegiada ostentando un cargo elevado junto al usurpador Arad Malik y sin embargo en aquellos momentos se veía abocado a tan triste situación.

En realidad ya parecía muerto. Tenía el rostro flaco y demacrado y abría desmesuradamente los ojos, fijando su inexpresiva mirada en el vacío como si no comprendiera exactamente qué iba a sucederle. Y, sin embargo, estaba asustado, semienloquecido por el terror: si sus guardianes le hubiesen soltado, a buen seguro que se habría desplomado en el suelo.

No decía palabra. Tenía la boca abierta y respiraba afanosamente: se diría que había perdido la facultad de expresarse.

Asarhadón se puso en pie como si se dispusiera a decir algo, atrayendo hacía él la atención general.

Pero el rey mi hermano también parecía haber enmudecido repentinamente. Miró al condenado y enrojeció de ira, mas no encontró

palabras para expresar la terrible indignación que le abrumaba con tanta intensidad como las cadenas que sostenían los puños y tobillos de Zakir Nergal. Por último volvió a sentarse y, con ademán distraído y aire impotente, ordenó el inicio del acto.

Durante todo aquel tiempo Zakir Nergal había observado fijamente el trípode, como si no pudiese comprender con qué finalidad había sido instalado allí. Le obligaron a avanzar hasta casi llegar al pie de la capa de carbones encendidos y seguidamente a arrodillarse, para lo que no se requirió gran esfuerzo. Las cadenas que le sujetaban se unían en su espalda a unas argollas metálicas que, a su vez, fueron introducidas en el gancho que pendía de la cadena que descendía de lo alto del trípode. Los guardianes comenzaron a tirar de ella como si fuese el cubo de un pozo, izando a Zakir Nergal, que permanecía arrodillado junto al fuego.

Entonces recuperó la voz y sus gritos de pánico estremecieron el aire.

No le concedieron la misericordia de un rápido fin. Al principio osciló simplemente sobre los carbones, pero aquello tan sólo fue una especie de ensayo. A continuación los guardianes le levantaron rápidamente hasta que se encontró encima del trípode, balanceándose boca abajo, a una distancia en la que percibía el calor del fuego algo más intensamente que aquellos que le observábamos.

Lentamente, codo a codo, le fueron aproximando hacia las ascuas. Había enronquecido tanto que apenas se oían sus gritos, pero seguía muy vivo retorciéndose hacia uno y otro lado, tratando de escapar; cabía preguntarse hacia dónde, puesto que si se hubiera visto libre de sus cadenas habría caído irremisiblemente en el fuego. Pero los hombres siempre luchan para huir de la muerte aunque no tengan ninguna esperanza.

Zakir Nergal se acercaba inexorablemente a las brasas.

Aún seguía vivo y estaba consciente cuando comenzaron a brotarle ampollas en el rostro y en el cuello, enormes globos llenos de sangre y de agua. A continuación se le chamuscaron los cabellos, se quemaron después y, por último, también sus ropas. Sin embargo, aún vivía y seguía retorciéndose en sus cadenas cuando los guardianes decidieron que ya estaba bastante cerca y sujetaron el extremo de la cadena en el suelo a una estaca de hierro.

Por fin se quedó inmóvil. Parecía como si hubieran transcurrido horas, pero el espectáculo de su agonía probablemente sólo duró unos minutos.

Los hombres no fallecen tan rápidamente a causa de las quemaduras, por lo que quizá se asfixiara con el tenue y blanquecino humo. Se quedó balanceándose en el aire, oscilando su cuerpo inanimado sobre los encendidos carbones, como un trozo de asado que se olvida en el fuego. Cuando finalmente se le desprendió la carne de un pie y el hueso se deslizó por el grillete, distinguí junto a mí un sonido sofocado. Me volví y descubrí que Kefalos exoneraba su estómago con la cabeza entre las rodillas.

Asarhadón no se inmutó: seguía observando al ajusticiado sin apartar la mirada de aquel horror que había ordenado, con expresión impenetrable. Parecía haber aprendido mucho acerca de ese aspecto de la majestad que impide exteriorizar los sentimientos.

Cuando se dio por satisfecho se levantó de su trono y nos despidió. Nos sentimos aliviados porque nadie deseaba permanecer en aquel lugar. Acompañé a Kefalos a mi tienda y le obligué a beber unas copas de vino hasta que dejó de sollozar: el espectáculo había superado sus expectativas.

—¡Por los dioses! —prorrumpió finalmente—. ¡Los asirios sois una raza violenta!

Le sonreí aunque con escasa alegría.

—Supongo que sucede igual en todas partes —repuse—. Asarhadón no es peor que los demás: tal es la justicia que dispensan los reyes.

Sin embargo, la justicia del soberano no contenía el raudal de peregrinos que cada noche desertaban del ejército rebelde. Por las mañanas los encontrábamos acampados en las afueras de los terraplenes, cada día en mayor número, y aunque el ansia de venganza de Asarhadón le impulsaba a condenar a algunos, otros vivían y todos deseaban probar fortuna.

Las ejecuciones se sucedían. El trípode metálico se utilizaba diariamente y había ocasiones en que el olor a carne quemada flotaba sobre el campamento como una nube. No censuro a Asarhadón por ello, puesto que es política prudente ofrecer ejemplos de los castigos que la ley impone a los traidores. Acosado por la rebelión, no podía permitirse dar señales de flaqueza. No obstante creo que si se hubiese indagado el móvil de muchas de aquellas ejecuciones, se habría descubierto que más bien obedecían al temor que a la prudencia. Evidentemente mi hermano trataba de acallar sus propios temores.

El último día de Sebat recibí un mensaje de un amigo mío llamado Sinqi Adad, que había renunciado a su alianza con Arad Malik sin haber obtenido clemencia y que al día siguiente debía ser sometido al tormento del fuego y deseaba verme.

—Compartimos los juegos de la infancia —le confié a Kefalos—, y luchó en Babilonia con nosotros. Era amigo mío y también de mi hermano y me parece muy cruel que deba morir de este modo.

—¡Es muy cruel que cualquiera muera de este modo! —repuso mi sirviente con admirable lucidez.

—Si pudiese impedirlo de algún modo, lo haría.

Le miré con aire interrogante y Kefalos contrajo el rostro, receloso. Por fin hizo una señal de asentimiento.

—Sería muy peligroso que nos descubrieran —advirtió, sacando una pequeña redoma de arcilla de su botiquín—. En realidad lo guardaba para ti en caso de que te encontrases en dificultades, pero utilízalo como creas más conveniente, mi insensato amigo.

Le di las gracias y partí a entrevistarme con Sinqi Adad.

El condenado estaba sentado entre el barro, encadenado a una estaca metálica. Tenía los cabellos y la barba sucios y enmarañados y los brazos y espalda surcados por largos cardenales que le habían producido sus guardianes golpeándole con sus lanzas. Se veía débil y agotado. No solían malgastar los alimentos con los condenados a muerte, pero yo le llevé pan y vino, sin que nadie tratase de impedirme que lo introdujese en la empalizada.

Me arrodillé a su lado y le ofrecí la jarra y el pan. El hombre asió con manos temblorosas un pedazo de la hogaza, que comió ávidamente y tomó un trago de vino. Aún tardaría unos minutos en sentirse dispuesto a conversar, pero por fin, cuando hubo mitigado en parte el apremio del hambre, me miró e inclinó la cabeza suspirando.

—Gracias —dijo—. Me disgusta que te hayas afiliado al bando de Asarhadón, pero te lo agradezco igualmente.

—Siempre he manifestado con toda claridad que respetaría el derecho legal de sucesión: nadie tiene derecho a considerarse engañado por mí.

—Quizá no, pero los hombres siempre creen aquello que más les conviene.

Me sonrió, lo que en sus circunstancias era una notable manifestación de valor.

—¿En qué situación se encuentran en el otro lado? —indagué instintivamente.

—¿Situación? —Enarcó las cejas como si se preguntara que qué quería decir—. Tan mal como aquí; es más, peor.

Y con un amplio ademán de su brazo encadenado abarcó el perímetro de la empalizada.

—¿Cuándo crees que Asarhadón emprenderá la batalla? ¿Mañana? ¿Pasado? Saben perfectamente que si son capturados en ese infierno no habrá salvación para ellos. Cuando marché, los soldados ya estaban degollando a los oficiales. Sí, están muy mal.

—Entonces tal vez no se libre ninguna batalla. Quizá cuando llegue el momento, Asarhadón encuentre a sus enemigos de rodillas pidiendo clemencia.

—Antes no eras tan ingenuo, Tiglath —repuso mordiendo otro trozo de pan que devoró con ferocidad mientras me miraba como si hubiese deseado desgarrarme de igual modo el corazón—. Muchos preferirán hallar la muerte honrosamente en el campo de batalla que pasar toda una vida de servilismo sometidos a tu hermano y a los dioses de Babilonia. Yo fui bastante necio y débil para creer que podría salvar la vida sometiéndome: ya ves qué error he cometido. Y ahora voy a morir porque en una ocasión declaré abiertamente a tu hermano que no estaba capacitado ni para cuidar el palomar del rey y mucho menos para sustituirle. Otros mucho más valientes que yo no se enfrentarán al mismo sino.

De pronto dejó caer el pan en el suelo y se cubrió el rostro con las manos, estallando en agitados sollozos.

—¡Oh, que todo haya acabado de este modo! —exclamó por fin, enjugándose las lágrimas con los dedos y sonriendo incómodo—. Y lo más irritante es que ha sido por culpa de Arad Malik. ¿Quién podía desear que reinase semejante individuo? No es mejor que Asarhadón ni siquiera vale lo que él. ¡Pero, Nabusharusur…! ¡Oh, cómo maldigo el día que escuché a ese eunuco de lengua de víbora!

—¿Por qué? ¿Qué sucede con él? —repuse sin comprender nada—. ¿Qué tiene que ver Nabusharusur?

Sinqi Adad me asió del brazo con ambas manos, sacudiéndome como si pretendiera despertarme de mis sueños.

—Difundió por doquier la noticia de que Arad Malik te reservaba su puesto, Tiglath. Hizo creer a todo el mundo que emprendía esta revuelta en tu nombre.

Por último me soltó, dejando caer las manos en su regazo. Parecían haberle abandonado las fuerzas al reconocer el enorme error cometido.

—Ya te he dicho que los hombres creen aquello que mejor conviene a sus deseos.

Extraje del bolsillo de mi túnica la redoma que Kefalos me había entregado, ocultándola de modo que sólo fuese visible para Sinqi Adad.

—¿Qué es? —preguntó al parecer sorprendido.

—Tómatelo mañana antes de que acudan por ti.

—¿Qué es? ¿Un veneno?

—No…, no soy tan arrojado como todo eso. Si te proporcionase un veneno privaría al rey de su espectáculo y acabaría ocupando tu lugar en el suplicio. No, no es veneno.

—¿Qué es entonces?

—Elimina el dolor y el miedo y facilita el tránsito mortal Morirás, pero sin sufrimientos. Tómatelo exactamente antes de que acudan por ti, porque sus efectos no son muy duraderos y entierra el recipiente entre el barro cuando hayas concluido para que no pueda despertar sospechas.

Escondió la redoma entre sus harapos y volvió a cogerme del brazo.

—Te has arriesgado mucho, Tiglath… ¡Que los dioses te bendigan!

—Considéralo como mi rebelión contra Asarhadón. Lamento haberte defraudado, amigo mío.

—Nos hemos defraudado mutuamente; tú no eres peor que todos nosotros.

Nos despedimos y regresé a mi tienda, ocultándome de las miradas de los hombres. A la mañana siguiente no acudí a presenciar el final de Sinqi Adad, pero me informaron que murió como un valiente.

Aquella noche llegó un mensajero enviado por Arad Malik. Portaba un estandarte pidiendo tregua, y Asarhadón devolvió al emisario en un saco de cuero con cien cuchilladas, de modo que en su cuerpo apenas quedó una gota de sangre, haciendo saber así a los rebeldes lo que podían esperar de él.

Era evidente que si iba a producirse una batalla no tardaría en tener lugar. El propio Asarhadón se sentiría defraudado si no la había, por lo que llevó adelante sus planes. No fui convocado a las reuniones del estado mayor, pero un príncipe en desgracia nunca carece de medios de información, por lo que logré enterarme de que se habían dado órdenes de emprender la campaña al día siguiente, que sería el segundo del mes de Adar. Y además recibí instrucciones por medio de Sha Nabushu.

—Tú no vas a intervenir —me repitió—. No debes luchar ni siquiera como un vulgar soldado. La gloria de ese día debe corresponder totalmente al rey.

—Ya me lo habías dicho. Aunque no temas: no empañaré la luz gloriosa del señor Asarhadón. Estaré presente únicamente como observador, puesto que ésa es la penitencia, que creo debo ofrecer a aquellos que van a morir mañana; pero, ¿sabes?, me siento muy dichoso de no combatir en esa batalla. No tengo ninguna inclinación por el oficio de carnicero.

Sabía que aquella respuesta no le agradaría, pero no cabía duda de que Sha Nabushu aceptó mi explicación. Durante todo el día se oyeron rechinar las muelas. Todos sabíamos que mi hermano se había llevado consigo de Nínive un carro cargado de hachas y comprendíamos perfectamente sus intenciones.

Aquella noche Lushakin me invitó a su tienda, donde los oficiales veteranos del ejército del norte que al día siguiente lucharían a las órdenes de Sha Nabushu se entregaban a la bebida para aturdirse. No temían perder la batalla —en semejantes circunstancias a nadie se le ocurre que pueda encontrar la muerte ni siquiera por accidente—, pero el ambiente que se respiraba era propio de seres derrotados.

—El sobrino de mi esposa estaba en la guarnición de Nínive —dijo uno de ellos—, y no le he visto entre los desertores. ¿Qué voy a decirle cuando regrese a Amat?

—Tendremos que purificar nuestras armas y hacer sacrificios: esta clase de luchas no agradan a los dioses.

—Dicen que el señor Asarhadón se propone…

Levanté una mano para indicarles que no deseaba oír ningún comentario desfavorable sobre el monarca y todos guardaron silencio. Creo que también ellos me reprochaban en su más profundo interior haberles

arrastrado a tan penosas circunstancias… Permanecí un rato en su compañía y me marché.

Y a la mañana siguiente, a la grisácea luz que precede al alba, creí que se me abría la cabeza con el estrépito de las trompetas.

—¿Por qué no me han despertado? —pregunté, saliendo atropelladamente de mi tienda a medio ajustar todavía el coselete de mi armadura de cobre—. ¡Y en nombre de la diosa Ishtar!, ¿puede saberse dónde está mi caballo?

El ordenanza movió apesadumbrado la cabeza como si le avergonzase que pudiese atribuirle tales inconveniencias.

—Se lo han llevado, *rab shaqe* —contestó—. En su lugar te dejaron una yegua parda, de la que no puede decirse gran cosa: está tan depauperada que sólo serviría para alimentar a los cuervos.

—¿Dices que mi caballo no está? —repetí, mirándole con ojos desorbitados por el asombro, incapaz de dar crédito a sus palabras—. ¿Que se lo han llevado?

—Sí, *rab shaqe*… Verás: es un animal fácilmente reconocible…

Naturalmente, debía haberlo supuesto. Asarhadón quería asegurarse de que, aunque decidiese seguir el procesó de la batalla a lo lejos, resultaría prácticamente invisible.

—Entonces ensíllame la yegua.

Realmente estaba tan enflaquecida que sólo hubiera servido para pasto de aves de carroña. Se podían contar sus huesos bajo la piel e imagino que si la hubiese obligado a emprender el galope habría caído desplomada. Sin embargo, puesto que no me proponía someterla a tales exigencias, bastaría para satisfacer mis necesidades. Era como la horma de mi zapato, porque ninguno de los dos estábamos en condiciones de intervenir en aquella guerra.

Emprendí la marcha siguiendo una sucesión de colinas de escasa elevación por donde no esperaba encontrarme con nadie, manteniéndome en un punto a cierta distancia entre el núcleo principal de soldados de infantería y las compañías de caballería que marchaban en vanguardia para provocar los contactos iniciales con el ejército de Arad Malik. Y puesto que el dios me convirtió en su testigo, describiré la terrible realidad de aquella jornada en la que presencié matanza tan monstruosa como inútil.

Porque el enfrentamiento de Khanirabbat fue más bien una matanza que una simple batalla.

Faltaba una hora para la salida del sol cuando se produjeron las primeras escaramuzas. La caballería rebelde había tendido una emboscada y protagonizó un ataque contra los jinetes de Asarhadón, arremetiendo contra ellos como un solo hombre. Pese a que me encontraba a medio *beru* de distancia, a mis oídos llegaban sus gritos de guerra y por un momento pareció como si se hubiesen introducido entre las filas enemigas acaso logrando desperdigarlos y venciendo en su empeño. De todos modos, ¿qué pueden hacer trescientos hombres —en el caso de que fuesen tantos— contra cinco mil o cuatro mil? ¿Y cómo lograrían las abejas vencer a un solitario hurón que tratase de irrumpir en su colmena? La caballería real aplastó a los rebeldes rodeándolos, sin permitirles la huida. Al cabo de media hora la lucha había concluido y el suelo estaba sembrado con los cuerpos de caballos y hombres, moribundos y cadáveres de ambos bandos. Sin embargo no había duda acerca de quién sería el vencedor. Aquél era el último combate que la caballería realizaría durante la jornada. Los rebeldes habían perdido hasta el último jinete sobre la reseca hierba.

Dos horas después le llegó el turno a la infantería. Las tropas de Arad Malik, que contaban con veinticuatro o veinticinco escuadrones de batalla formados apresuradamente y procedentes de compañías debilitadas por las deserciones sufridas durante los últimos días, un total de efectivos que no alcanzaba los tres mil hombres, ni siquiera una quinta parte de sus fuerzas originarias, se disponían a enfrentarse al ejército de Asarhadón, que en aquellos momentos debía de contar con setenta mil u ochenta mil hombres.

No me molestaré en describir la táctica militar, ¿porque qué táctica puede emplearse cuando un hombre se enfrenta a veinte o treinta? Los rebeldes quedaron abrumadoramente aplastados por el contrario, aplastados, tal es el calificativo idóneo. Combatieron valerosamente, como es propio de quienes no tienen otra opción que escoger el modo de su muerte, pero luchaban sin esperanzas.

Hacia el mediodía todo había concluido, excepto la carnicería final. Hombres escogidos por Asarhadón se lanzaron al campo de batalla y remataron a hachazos a los heridos que encontraron y tomaron trofeos de los caídos. Seguidamente un carro recogió las cabezas. Los pocos que fueron tan necios o desdichados que siguieron con vida, aún se vieron tratados con menos consideración. Los oficiales fueron desollados allí

mismo, atenazados en el suelo, en cualquier claro que encontraban, y despellejados como conejos.

Tuve ocasión de advertir que por lo menos cuarenta hombres siguieron ese destino y sin duda serían muchos más los que escaparon a mi observación. Los soldados fueron perdonados por el momento. Los rodearon y capturaron sin que tuviesen oportunidad de escapar. Según supe más tarde los obligaron a emprender la marcha desde el campo de batalla a Khanirabbat, distancia que corresponde a unos cincuenta o sesenta *beru*, que hombres bien preparados y pertrechados no habrían podido cubrir en menos de veinte días y que ellos debieron realizar sin facilitarles alimentos ni bebidas. Los escasos supervivientes de semejante prueba fueron condenados a trabajos forzados en la edificación de los muros de adobe del nuevo templo que Asarhadón destinaba al dios Marduk. Me pregunto si alguno de ellos sobreviviría a aquel verano.

Tal es lo que sucedió en Khanirabbat. Juro por los dioses de mis padres que ésta es la verdad.

Yo fui testigo de todo ello desde cierta distancia, felicitándome por no hallarme más próximo. A pesar de todo me reprochaba amargamente, porque me consideraba el verdadero culpable de tal carnicería. Los augures habían manifestado que Asarhadón debía reinar en el país de Assur porque tal era la voluntad de los dioses, y yo, que me resistía a desafiar al dios por el amor de una mujer, me había sometido a ello. No pretendo que mis motivos fuesen más nobles: Asharhamat era lo que más me importaba y renunciaba a ella sacrificándola a mi obediencia.

No obstante, ¿tal era la voluntad del dios? ¿Que sus hijos, los hombres de su nación, fueran entregados como festín de perros y aves carroñeras? ¿Había obedecido realmente o me había envanecido la nobleza de mi gesto al que había antepuesto todo lo demás? ¿Qué había hecho? Había confiado la decisión de mi destino, el destino de miles de personas, quizá de toda la nación y del mundo entero, a las entrañas de una cabra?

Algunas impresiones perduran en la vida de un hombre: yo nunca podré olvidar la matanza de Khanirabbat ni mi sensación de culpabilidad y vergüenza. Aquel día el mundo cambió para mí y perdí para siempre la ilusión definitiva de la juventud: poder mantenerme siempre libre de pecado.

El resto del día hasta que desapareció por completo la luz y el campo de batalla empapado en sangre pudo por fin ocultarse con el decoroso velo de la oscuridad, salieron varias patrullas a escudriñar las colinas en busca de algún posible fugitivo de la venganza de Asarhadón. No creo que llegasen a escapar muchos, pero alguno sí logró burlar los grupos de esclavos y el hacha del verdugo. En cuanto a mi hermano Nabusharusur no murió en Khanirabbat, aunque por extraordinaria casualidad fui yo quien di con él.

Estaba a punto de ponerse el sol. Yo había ido paseando casi al azar, más que nada porque no podía digerir la perspectiva de regresar al campamento. No deseaba contemplar los rostros culpables de los asesinos a quienes había conocido toda la vida: prefería evitarles a ellos y a mí mismo aquella última humillación. De modo que dejé errar a su aire a la yegua parda, preocupándome únicamente de mantenerme alejado del campo de batalla.

Cuando pasaba junto a un enorme montón de rocas, colocadas una sobre otra como cebollas en un plato, me detuve un momento —aparentemente sin razón alguna— y eché un trago de la bota de agua que llevaba colgada de una cuerda en el hombro. No esperaba ni buscaba nada y, de pronto, percibí un sonido, débil pero identificable: era el arañazo del metal contra la piedra.

Me volví a mirar y no distinguí nada. Presté atención y no volví a percibirlo. No había nada: estaba seguro de ello.

Miré nuevamente en torno y por una de las profundas rendijas de aquel montón de rocas distinguí, tenue pero inconfundiblemente, el contorno de una figura humana agazapada y oculta, inmóvil como un cadáver.

Desenvainé la espada y, tras comprobar que no había nadie por aquellos alrededores, la devolví a su funda, sintiéndome como un necio.

—¡Sal, no tienes nada que temer de mí!

La figura se movió y gradualmente apareció a la confusa luz crepuscular la figura de Nabusharusur: era la última persona que hubiera esperado encontrar.

Se sentó en la boca de la hendidura, sosteniendo todavía la daga en la mano derecha y me miró con expresión mezcla de alivio y disgusto.

—¡Dices que no tengo nada que temer de ti! ¡Hermano, me maravilla que llegues a decir tales cosas, en broma o en serio! ¡Nada que temer de ti…, por los dioses!

Parecía agotado y, pese a las pulseras de oro que llevaba en los brazos, su aspecto era tan desastrado como el de un pordiosero. Sin embargo era el de siempre, sin que hubiese perdido un ápice de su orgullo.

—De modo que todo ha concluido —prosiguió—. Dame un sorbo de agua, Tiglath, como si fuera tu amigo.

Bebió con avidez y luego me tendió la bota, pero le dije que podía quedársela.

—Gracias. Y ahora hazme otro favor: mátame antes de entregarme a Asarhadón. Dile que me encontraste muerto.

—¿Dónde está Arad Malik? —le pregunté tanto para desviar aquel tipo de conversación como por curiosidad, ¿porque para qué iba a preocuparme Arad Malik?

—Desapareció…, huyó ayer. El cobarde ni siquiera aguardó a enterarse de la respuesta que daba Asarhadón a su oferta de rendición. No es preciso el cuchillo de un castrador para despojar a un hombre de su virilidad. ¿Están todos muertos?

—Casi todos. Y los que aún no han caído no tardarán mucho o tal vez preferirán haber perecido.

—Tras nuestra conversación en Amat comprendí que todo era inútil. Sabía que no te convencería porque durante toda tu vida sólo has escuchado esas voces que nadie más que tú puede oír y que te obstinas en considerar de inspiración divina. —Movió la cabeza con aire fatalista y de sus labios escapó un espasmo de amarga risa, como un grito de dolor—: Eres un cobarde, Tiglath, peor incluso que Arad Malik, que por lo menos supo demostrar cierto arrojo el día que encontró arrestos para matar al rey nuestro padre. Te sientes encadenado a antiguas fidelidades y al temor de que, en alguna ocasión puedas obrar de modo injusto simplemente porque responde a tus deseos. Desde que renunciaste a la señora Asharhamat te has obsesionado por mostrarte abnegado. Sabía que abrazarías la causa de Asarhadón.

—¿Por qué no huiste entonces?

—¿Como Arad Malik? —sonrió condescendiente como ante una broma de mal gusto—. Aunque sea un eunuco debes concederme cierta

dignidad, hermano. No, yo desencadené este asunto y debo asumirlo hasta el final.

La sonrisa murió en su rostro, dando paso a una expresión de cansancio y resignación.

—Y ahora mátame. He fracasado, pero deseo evitar pagar por mi culpa y no estoy seguro de poseer el valor necesario para darme muerte yo mismo, Tiglath.

En lugar de ello desmonté de mi cabalgadura y puse las riendas en sus manos.

—Ya tengo bastantes cargos en mi conciencia —le contesté—. Además, te debo la vida por tu oportuno aviso sobre la esclava Zabibe. Llévate el caballo y huye…, nada hay que te lo impida, y en la oscuridad tienes muchas probabilidades de escapar. No te detengas ni siquiera un instante hasta que te halles lejos del alcance de Asarhadón.

Sin esperar a que repitiese mi oferta, saltó a lomos de la yegua y se colgó la bota del hombro.

—No creas que te estoy agradecido, Tiglath, hermano —exclamó, lanzándome una mirada llena de odio—. Ni pienses que con esto queda todo zanjado entre nosotros, porque me debes mucho más que tu miserable existencia. Si te hubieses convertido en nuestro aliado, esto no habría ocurrido. E incluso estás en deuda por todo cuanto aquí ha sucedido.

Di una palmada en la grupa del animal, que emprendió un ligero trote, y me quedé observando cómo Nabusharusur marchaba hacia un destino incierto, confiando que jamás volvería a verle.

Llegué al campamento de noche, guiándome por la pálida luz de las hogueras. En mi tienda encontré únicamente a Kefalos. En su rostro se leían las emociones y la resignación características de quien ha presenciado todos los horrores.

—Ha sido un día espantoso —explicó—: he sido testigo de demasiadas barbaridades.

—Sí, ha sido un día horrible. Yo mismo me siento hastiado de la guerra. ¿Qué te parece si volvemos a casa?

—¿A casa, amo? ¿Quieres decir a Amat?

—No, a «Los tres leones». Prefiero estar allí a aguardar en cualquier otro lugar a que Asarhadón decida mi suerte. Sólo necesitamos procurarnos unos caballos.

No aguardamos al día siguiente. Una vez concluida la batalla, *Espectro* reapareció atado ante mi estandarte y conseguí otro corcel para Kefalos. Emprendimos la marcha entre las sombras de la noche, alumbrándonos con unas farolas que colgaban de sendos palos. Después de cuanto había sucedido el camino en dirección sur nos pareció un agradable paseo.

OceanofPDF.com

XXXIV

Estaba convencido de que había alcanzado el final de mi existencia y deseaba estar preparado. En cuanto llegamos a mis propiedades envié a Kefalos a Nínive en busca de un escriba para poner en orden mis asuntos. Cuando regresó, tres días después, yo ya había decidido que lo más conveniente era registrar cuanto antes «Los tres leones» a nombre de mi madre, puesto que, si me declaraban traidor, mis bienes pasarían a poder del rey. En cuanto a mis restantes pertenencias, tendría que dejarlas como estaban porque transmitir parte significativa de las vastas riquezas que poseía a algún ser querido habría provocado el deseo de confiscarlas. En tales circunstancias, mientras que no encontrase justificación para su maldad, Asarhadón no procedería contra mi madre. Asimismo otorgué poderes a mi antiguo esclavo para que dispusiera del modo más conveniente del oro que había depositado en manos de los mercaderes de Sidón y Egipto.

—Te aconsejo que te vayas cuanto antes —le urgí—. Mi hermano aún tardará un poco en recordar los agravios que siente contra ti, pero no llegará a olvidarlos.

—Podría regresar a Naxos y vivir como un potentado —repuso, exhalando un profundo suspiro—. Las islas griegas son el mejor lugar del mundo para poder vivir cómoda y placenteramente… Aquello es un paraíso. ¿Por qué no te decides a huir conmigo, señor?

—No, si privo a Asarhadón de su venganza, ¿en quién crees que descargará su ira?

—¿Estás pensando en la señora Merope?

—Sí, en ella. No tenemos tiempo de ir en su busca y estoy convencido de que me espían constantemente: debo quedarme.

—Entonces también yo me quedaré. Permaneceré aquí por lo menos hasta que se decida tu sino. Tal vez pueda servirte de alguna utilidad y, después, siempre habrá tiempo.

Le abracé y, vertiendo lágrimas de gratitud, le insistí en que deseaba que huyese, pero se negó a escucharme.

—Por voluntad de mi amo soy un hombre libre —anunció en tono grandilocuente—, y por tanto estoy en libertad de ir y venir donde y cuando se me antoje. Y en estos momentos siento gran curiosidad por saber cómo se resuelve este caso. Obraré como crea más adecuado.

—Entonces espero que consideres adecuado ir a Nínive y enterarte de lo que allí sucede. Si te confundes entre la multitud pasarás sin ser advertido. La ciudad está llena de extranjeros y nadie notará tu presencia.

Así lo hizo, dejándome solo para disfrutar lo mejor posible de mis últimos días de libertad.

Decidí aguardar en «Los tres leones» hasta que Asarhadón me convocara a su presencia, lo que no creía que tardase en producirse, porque me constaba que en breve no podría resistir la tentación de demostrarme que estaba en su poder. Pero decidí que hasta que llegase aquel momento le apartaría de mis pensamientos y me entregaría a mis propios placeres. De modo que salí a cazar diariamente, aunque en invierno escaseaban las piezas, bebía más de lo conveniente y dormía todo cuanto podía. Mis sirvientes y arrendatarios no daban muestras de sospechar las dificultades por las que atravesaba: la vida era casi agradable.

A mi regreso descubrí que Naiba era madre de un niño precioso, una criatura que ya comenzaba a gatear torpemente con sus rechonchas piernecillas, y que volvía a estar embarazada. Tanto ella como su marido se veían dichosos: sentí cierta complacencia al pensar que no todas mis acciones habían sido desafortunadas.

Porque aunque pudiera presentarme con toda inocencia ante los dioses, aquella seguridad no me bastaba para aliviarme la sensación de culpabilidad que en cierto modo me había invadido en Khanirabbat. Tal vez Nabusharusur tuviese razón: había creído interpretar la voluntad de Assur y quizá durante todo aquel tiempo me había limitado a escuchar la voz de mis propios temores.

Mi hermano, el eunuco, había estado en lo cierto al atribuir el origen de todo lo sucedido a Asharhamat. Había renunciado a ella imaginando que

actuaba noblemente. ¿Cómo era posible que pudiese ser de otro modo cuando el corazón me sangraba de tal modo? Y cada año que había transcurrido lejos de ella había sido más duro para mí, cada paso me había adentrado más en la oscuridad. Sin embargo había comenzado el viaje y debía proseguirlo hasta donde me condujese.

¿Cómo iba a obrar de otro modo? A medida que Asarhadón se acercaba más al trono, su elección como *marsarru* había parecido más y más descabellada. Sin embargo había sido proclamada la voluntad de los dioses y yo me había obcecado en aceptarla. Habiendo perdido a Asharhamat, ¿cómo podía reconocer ni siquiera interiormente que ambos habíamos realizado tan gran sacrificio en aras del destino para verlo rechazado brutalmente?

Cuanto más esfuerzo cuesta algo, más entrañable resulta. Tal es la ansiedad que ciega y cauteriza. Si yo había quedado cegado por la avidez del espíritu, ¿cómo no iba a hacer lo imposible para que Asarhadón reinase?

Nabusharusur había sido justó al calificarme de cobarde. Al parecer lo temía todo menos la muerte.

Transcurrieron cinco días y luego diez. El poderoso ejército de Asarhadón regresó del Eufrates superior. Una tarde en que había salido a pasear con mi caballo distinguí a los lejos las nubes de polvo que levantaban sus columnas. Por entonces mi hermano se hallaba en Nínive. Había celebrado su triunfo y vigilaba su entorno. Y yo seguía esperando sin prisas.

Por fin llegó el heraldo real. Era un solo hombre: por lo menos no me llevarían cargado de cadenas.

—El rey te ordena que comparezcas ante su presencia —indicó—. Desea que entres solo en la ciudad, de modo que no provoques ningún disturbio.

—Tal vez podría disfrazarme de mendigo —sugerí—. ¿O acaso el rey prefiere que me conduzcan como un vulgar criminal atado a la cola de un carro?

—Ya te he informado de la voluntad real.

—Sí…, lo sé.

Y el mensajero se marchó impasible, sin descabalgar un instante de su montura, aunque por mi parte tampoco me mostré demasiado hospitalario.

De acuerdo. Procuraría que mi entrada en Nínive fuese lo menos espectacular posible. Jamás se me había ocurrido semejante idea, aunque no la hubiera desechado. Marcharía solo, a caballo, sin lucir ningún distintivo de mi rango, como si fuese un aldeano próspero que acude a la capital para atender a sus negocios o a pasar unos días de esparcimiento: Asarhadón no tendría ningún motivo de queja.

Por la mañana acudí al establo acompañado de mi capataz Tahu Ishtar y ensillé un caballo castrado de color pardo con el que pensaba marchar a Nínive. En el establo próximo *Espectro* coceaba contra la puerta y relinchaba nervioso como si se diese cuenta de todo.

—Estaré ausente algún tiempo —le hice saber—. Y deseo que cuidéis ese caballo lo mejor posible. En una ocasión, en Media, me salvó la vida.

—Se cumplirán tus deseos.

Mi capataz acompañó sus palabras con una profunda inclinación, mientras apoyaba la mano en su corazón. Me pregunté hasta qué punto estaría al corriente de la situación, pero decidí que quizá sería preferible ignorarlo.

—Por si no regresara, he cedido la finca a mi señora madre. Confío que la sirvas tan fielmente como a mí, Tahu Ishtar.

—Tanto mi hijo como yo cuidaremos de ella, señor.

—Bien: entonces todo está solucionado. —Salté a la grupa del animal y tendí la mano a Tahu Ishtar, que tomó entre las suyas—. Te deseo que disfrutes de gran prosperidad y que el hijo que Naiba lleva en su vientre sea otro nieto que alegre tu vejez.

—¡Adiós, señor! ¡Que los dioses te acompañen!

Sabía que no volveríamos a vernos: se adivinó en su voz.

—¡Adiós, capataz!

Cuando me soltó la mano espoleé mi montura y abandoné aquel lugar que había sido mi casa.

Alcancé el mojón que señalaba el límite de mis propiedades en la primera hora de la mañana, pero no confiaba cruzar la Gran Puerta de Nínive hasta unas dos horas después del mediodía. Avanzando con ligereza habría podido adelantar mi llegada, pero había desayunado copiosamente,

me sentía perezoso y, de todos modos, no me aguardaba nada muy agradable en aquella ciudad.

Desde el camino distinguía continuamente el río Tigris, que en aquella época del año se mantenía dentro de sus estrechos cauces. Las negras y frías aguas corrían velozmente sobre su lecho de piedra, zumbando como avispas mientras también dirigía su curso hacia Nínive.

Me preguntaba qué sucedería allí. ¿Debería enfrentarme a falsos testigos, hombres comprados para declarar que yo había conspirado con Arad Malik? ¿Se rebajaría Asarhadón hasta tal punto, puesto que él más que nadie conocía mi inocencia?

Aunque ni siquiera en su condición de rey se atrevería a acusarme de mis auténticos crímenes ¿porque cómo admitir públicamente que su hijo y heredero, el pequeño Assurbanipal, predilecto de los dioses, no había sido engendrado por él sino por mí? No, si lo sabía —y sospechaba que así era — lo mantendría en secreto.

¿Qué era, pues, lo que le restaba? ¿Enviar a un asesino a sueldo que empuñase una daga ocultándose entre las sombras? Probablemente. Todos adivinarían la verdad, pero nadie sería capaz de denunciarla. Un soberano puede reinar abrumado por muchos escándalos porque los hombres, si les es posible, siempre creerán lo que desean.

Sinqi Adad así lo había dicho antes de que se desprendieran sus carnes en el fuego. ¿Tal es la sabiduría que atesoran los condenados?

El sol me caldeaba gratamente el rostro. La vida era un don de los cielos, aunque durase una sola hora.

El camino que conducía a Nínive se hallaba muy despejado.

Durante el trayecto, hasta que dejé atrás el último mojón antes de alcanzar las puertas de la ciudad —en el mismo lugar donde había hablado por última vez con el *maxxu*—, me crucé con algunas personas. Al llegar al punto en que más se hunden en el barro los surcos de las ruedas, me encontré con tres o cuatro campesinos con sus carros, que se habían detenido a un lado del camino. Tomaban unas jarras de cerveza y conversaban haciendo un alto en su ruta hacia el mercado. Uno de ellos me miró y en su rostro se reflejó una repentina expresión de sorpresa que me hizo comprender que me había reconocido. Cinco minutos después aquellos hombres pasaron por mi lado montados en sus carros a un rápido trotecillo, pero desviando sus miradas de mí.

Me detuve en el camino para comer en un paraje desde el que ya se distinguían las murallas de Nínive.

¿Cómo había podido suceder? Cada paso de aquella vertiginosa caída aparecía claramente ante mis ojos y, no obstante, aún no podía comprender que Asarhadón y yo, hermanos y amigos, hubiésemos podido llegar a convertirnos en tan implacables enemigos. Parecía extraño y no obstante inevitable. Me resultaba muy amargo descubrir que mi vida estaba arruinada y la suya carente de satisfacciones y que no disfrutaba de paz espiritual. Lo que más lamentaba era aquel odio que reinaba entre nosotros, más aún que la pérdida de Asharhamat, cuyo amor al menos había conservado. Si fuera a abatirse sobre mí la hoja de un arma asesina desde algún lugar escondido, no me importaría que acabase con mi vida. Sin embargo lamentaba que ello se consumase por la intransigencia de mi hermano.

Una vez concluido mi refrigerio emprendí el último trecho del viaje. Cuando me encontraba a unos quinientos pasos de la Gran Entrada, observé que se había congregado una multitud.

Y una vez hube cubierto la mitad de aquella distancia, descubrí que la gente se alineaba en el camino echando flores y monedas de oro a mi paso, vitoreándome mientras trataban de tocarme a mí o a mi caballo.

—¡Assur es rey! ¡Assur es rey! ¡Assur es rey! —salmodiaban con los rostros arrebolados por la emoción.

Sus gritos resonaban en las paredes mientras cruzaba la Gran Puerta. La calle de Ninlil, que conducía al palacio real, estaba atestada de gente, extranjeros, indígenas, niños, hombres y mujeres que trataban de acercarme a sus pequeños para que mi sombra se proyectase sobre ellos. Apenas podía avanzar, tal era la presión de aquella muchedumbre que amenazaba con abalanzarse sobre mí.

Y por doquier sonaban vítores, el mismo grito proferido por tantos miles de gargantas: «¡Assur es rey! ¡Assur es rey!» Era como si estuviesen aclamando a su dios, a mí o a ambos.

«Éste es el momento más glorioso de mi vida —pensé con el corazón latiendo tumultuosamente en el pecho—. Suceda lo que suceda, jamás viviré otra emoción igual.»

Dicen en el este que las tres cosas más apreciables de la vida son el amor, el poder y la venganza. Las multitudes que acudían a darme la

bienvenida a mi regreso a Nínive me otorgaron todas ellas, aunque fuese por un breve instante. Fuese lo que fuese lo que me deparara el destino en horas y días sucesivos, consumaba anticipadamente mi venganza en Asarhadón.

En un día de mercado y con las calles atestadas de gente el trayecto desde la Gran Entrada hasta el palacio real podía cubrirse en cuarenta y cinco minutos. Aquel día, a caballo, tardé más de dos horas. El pueblo de Nínive no me dejaba avanzar. En mi cabeza retumbaban sus aclamaciones y me sentía embargado con el vino de su adoración: por lo menos ellos no me habían olvidado.

La escalera de palacio también estaba llena de gente. Los nobles de la corte, acaso atraídos por la agitación popular, habían acudido ataviados con las mejores ropas, distintivo de sus cargos, a presenciar lo que sin duda jamás habían esperado que aconteciese y que apenas comprendían. Entre ellos descubrí muchos rostros conocidos y otros que no lo eran, y en ellos se leía perplejidad, alarma e incluso temor. Sí, era evidente que tenían miedo.

Y por fin apareció el propio Asarhadón en lo alto de la escalera vistiendo una áurea túnica, que acudía una vez más a someter al pueblo de aquella odiada y rebelde ciudad. Levantó la mano conminándolos a guardar silencio, pero la multitud no le hizo caso y siguió profiriendo imperturbable sus alegres gritos: «¡Assur es rey! ¡Assur es rey! ¡Assur es rey!», como si yo fuese su soberano y me siguieran a modo de séquito a la ceremonia de mi coronación.

Detuve al pie de la escalera a mi nervioso y asustado caballo y desmonté. Asarhadón permanecía inmóvil en lo alto, ante las grandes puertas abiertas de par en par en sus goznes de cobre, y yo abajo: por vez primera nos enfrentábamos.

Subí lentamente peldaño a peldaño. Los cortesanos me abrían paso y a mi espalda seguían oyéndose las aclamaciones del pueblo. Me pareció que aquella escalera jamás concluía, que aquel ascenso se prolongaba una eternidad.

Y finalmente me detuve ante Asarhadón, que me recibió con fría sonrisa, como si hubiese estado esperando en todo momento que yo cometiese semejante traición.

Me arrodillé a los pies del soberano acompañado constantemente del fervor de la multitud.

La gente guardó un repentino silencio. Tendí las manos hacia él, mi rey y señor, en muestra de sumisión y a continuación incliné la frente contra el suelo a sus pies en un gesto que resultaba inconfundible.

La gente pareció quedarse sin aliento. Alcé la cabeza y mis ojos se encontraron con los ojos llenos de odio de mi hermano. Sí, en aquellos momentos me odiaba más que nunca. Me levanté.

Asarhadón no dijo nada. Dio media vuelta y entró en su palacio.

Me informaron que era deseo del rey que yo no habitase en mi antigua residencia, el palacio que había heredado del señor Sinahiusur, sino que residiese en el propio recinto real. En realidad me encontraba sometido a arresto informal. Aunque disfrutaba de libertad de movimientos dentro del recinto y de la Casa de la Guerra, que a la sazón albergaba a las tropas del sur leales a Asarhadón, me estaba prohibido salir a la ciudad.

Era evidente que temían a las multitudes. En cierto modo, pese a mi pública sumisión al rey, seguían recelando que aún pudiera arrebatarle la corona a mi hermano, aunque era difícil saber hasta qué punto seguía teniendo poder para ello.

Yo creía que el pueblo estaría descontento de mí: habían esperado que el príncipe Tiglath fuese su liberador, su campeón, habían confiado en que se produjera un milagro. Como siempre, me había visto ensalzado y elogiado porque no era mi hermano y, a pesar de todo, le había expresado públicamente mi sumisión.

Pero ¿cuánto le había costado a Asarhadón recibir aquel público testimonio de mi lealtad? A nadie puede imponérsele lo que ofrece por su voluntad y debía haberle irritado profundamente verme con el rostro hundido en el polvo honrándole como rey por voluntad propia. La victoria había sido mía; no suya, sino mía. En aquel momento me había resarcido de todo: jamás recobraría su orgullo. Durante toda su vida recordaría cómo le había avergonzado. Los hombres pueden triunfar aunque sea de rodillas.

Y de nuevo aguardaba su sentencia, aunque ya apenas parecía importarme.

Estaba solo. Las esclavas me servían la comida y asistían a mis restantes necesidades con eficacia, pero en silencio. Durante tres días permanecí en absoluta soledad.

Pero al tercer día recibí una visita. Me encontraba sentado ante un brasero en la que había sido mi cámara de audiencia cuando se abrió una puerta y una sombra se proyectó en el suelo. Abrí los ojos y me encontré con mi hermana, la señora Shaditu. Por lo menos no recordaba que ella fuera una asesina.

Las esclavas desaparecieron repentinamente.

—Suponía que en estos momentos ya habías decidido hacia qué bando te inclinabas —dije, agradeciendo a pesar mío cualquier muestra de calor humano por insignificante que fuese.

—Y así ha sido. Pero nuestro hermano no se toma tan en serio a sus concubinas para preocuparle adonde van o con quién se reúnen.

—¿Entonces también eres una de sus mujeres?

—Sí, ¿o quizá pensabas que Asarhadón sería tan remilgado como tú?

Sonrió y se sentó a mi lado en el lecho. Era una simple sonrisa, nada más.

—Los cuervos roban las migajas que encuentran. Asarhadón conoce mi lecho al igual que otros hombres. A veces me pregunto si me reconoce cuando no estamos en él. ¿Qué fue de la esclava árabe?

—¿Te refieres a Zabibe? Se la regalé a un herrero tuerto. Si su brazo y su estómago son bastante resistentes tal vez hasta sea dichosa con él.

Aquello provocó sus carcajadas. Echó atrás la cabeza y rió como un chacal. Y luego me pasó los brazos por el cuello, cubrió mi boca con la suya y sentí cómo deslizaba su lengua entre mis labios. Le cubrí los senos con las manos.

—¡Adelante! —susurró—. ¡No te detengas ante nada!

Y así fue. Cuando la penetré, Shaditu suspiró estremecida de pasión.

Al final todo pasó como si nada hubiese sucedido. Mi hermana se alisó los cabellos con la mano y volvió a sonreírme.

—Te preguntarás por qué he venido… No…, no ha sido por esto. Por lo menos no sólo por esto.

—¿Por qué entonces?

—Para decirte que estás en peligro.

En esta ocasión fui yo quien se echó a reír.

—¿En peligro? —Las carcajadas casi sofocaban mis palabras—. Shaditu, hermana, ¿imaginas que no comprendo que me hallo en peligro?

—Asarhadón está encendido por la ira —repuso, ignorando aquel impropio acceso de alegría—. Cuando entró en la ciudad con los cautivos encadenados a su carro y acompañado de un ejército con el que había obtenido una gran victoria, el pueblo permaneció silencioso: únicamente se oyeron retumbar los tambores. Y sin embargo tú… —Hizo un ademán ambiguo dejando las palabras en el aire—. En eso has convertido su triunfo…, en nada. Menos que nada. «¿Acaso cree que reino gracias a él?», pregunta. Y sus hombres, avergonzados, no saben qué responderle. Si se atreviese, te mataría.

—¿Y crees que lo hará?

—Ya le conoces. Depende de sus sueños, de sus augures… y de su madre.

—Si depende de ella, soy hombre muerto.

Shaditu no respondió. Se levantó y cruzó la estancia en sombras, dirigiéndose a la puerta que aún seguía abierta.

—Adiós, Tiglath —dijo—. Tengo la debilidad de amarte: no puedo evitarlo. Me temo que no volveremos a vernos.

Y desapareció.

Estuve levantado hasta el amanecer y luego me acosté, teniendo como única compañía mi espada.

Por la mañana entró una sirvienta con una bandeja en la que me llevaba el desayuno acompañado de un cuenco de dátiles. Había comido dos o tres cuando encontré un trozo de pergamino no mayor que la palma de mi mano enrollado y escondido en la bandeja y que estaba escrito en griego.

Yo, que he sido uno de ellos, domino el arte de corromper a los esclavos. Si necesitas de mí, susurra mi nombre en el oído de esa perra que te sirve.

¡Naturalmente! ¿Cómo no iba a encontrar Kefalos el modo de introducirse entre los muros del palacio de mi hermano? ¿Qué no habría intentado? Pero de momento no necesitaba de él.

Me anunciaron que debía comparecer a presencia del rey a la tercera hora después de mediodía.

Asarhadón estaba sentado rodeado de sus concubinas. Le colgaban los pies de la parte inferior del lecho y una negra, que por todo atavío lucía sus cabellos trenzados con gruesos hilos de oro, le lavaba en una jofaina de plata. Me puse la mano derecha sobre el corazón e inicié una reverencia.

—¡No te atrevas a hacerme eso otra vez, Tiglath! —gritó, apartando a la esclava de una patada y poniéndose en pie—. ¡No permitiré que te burles de mí por segunda vez!

—¡Señor…!

—¡Basta!

Levantó el brazo señalándome y paseó salvajemente la mirada en torno.

—¡Fuera de aquí todas vosotras! —exclamó—. ¿No veis que estoy ocupado? ¡Fuera!

Por un momento tan sólo se oyó el rápido roce de los pies desnudos en el suelo. Cuando por fin nos encontramos solos, Asarhadón pareció más aliviado.

—¡A veces pueden llegar a ser un verdadero estorbo! —exclamó como disculpándose y luego me miró de un modo curioso, casi suplicante.

De repente parecía como si nada hubiese sucedido entre nosotros.

—¿De dónde has sacado a esa negra? ¿Es nueva?

—Sí —repuso sonriendo instintivamente—. Es un regalo de… ¡Tiglath, me has hecho una sucia jugada!

—Si he ofendido a…

—¡He dicho que basta! ¡Maldito seas! ¡Cuando empleas ese tono sé que te estás burlando de mí!

—Tú eres el rey —respondí, sintiéndome casi capaz de compadecerle.

—¿Lo soy realmente? Sí… ¿Y qué? —Se dejó caer en el lecho con la expresión enfurruñada de un chiquillo malcriado—. ¡Por los sesenta grandes dioses, preferiría no serlo!

—Sin embargo lo eres y es algo que ni tú ni yo podemos evitar.

De pronto me sonrió.

—No…, no podemos hacer nada, ¿verdad?

Permaneció largo rato sin decir palabra, mirando fijamente el techo. Aguardé, puesto que no me quedaba otra alternativa.

—Estuviste en Khanirabbat —me recordó finalmente, sin apartar su mirada del techo, como si se dirigiera a otra persona—. Podías haberte unido a los rebeldes…, quizá reinar en mi lugar y, sin embargo, viniste. Y cuando te envié a ese idiota de Sha Nabushu…

—Tú eres el rey. No sé si recordarás que estuvimos de acuerdo con ello: yo soy un soldado y tu servidor.

—¿Y si exigiera tu vida?

—Entonces supongo que moriría.

—Y debes estar pensando que cuando yo desaparezca el bastardo de la señora Asharhamat me sucederá en el trono. Habrás visto que considero a mi hijo un bastardo, Tiglath, a ese a quien el mundo en su ignorancia cree mi hijo. ¿O quizá imaginas que lo ignoraba?

Volvió a mirarme: si en lugar de ser un hombre hubiera sido un dios, en aquel momento me habría reducido a cenizas. Pero no le respondí.

—¡Será mi hijo quien reine, Tiglath, hermano! ¡Mi hijo y no el de otra persona! No te guardo ningún rencor por ello en particular, Tiglath, porque la odio tanto como ella a mí. Pero será mi hijo quien ostente la corona.

—Eso deberá decidirlo el dios. Él será quien escoja al sucesor al igual que te eligió a ti: es inútil imaginar que las cosas serán de otro modo.

Asarhadón se puso bruscamente en pie, temblando de ira, mientras su rostro se ensombrecía como si pasara por él una nube de tormenta.

—¡Que los dioses condenen tu negra alma, Tiglath!

—¡Que ellos te concedan lo que ambos sabemos que mereces, augusto señor!

Por un momento, un solo momento, creí que Asarhadón iba a pronunciar las palabras que le convertirían de nuevo en mi hermano. Algo en sus ojos me sugirió que experimentaba aquel aguijón de dolor que se produce cuando descubrimos lo que estamos a punto de perder. Nos miramos frente a frente: en aquel instante hubiese podido suceder cualquier cosa, ¡y sin embargo cuan diferente hubiera sido la historia de nuestras dos vidas!

—¡Guardias!

Al cabo de un instante me encontré flanqueado por dos soldados. Y cuando volví a observar el rostro de Asarhadón comprendí que aquel momento había pasado, que lo que había leído en él no era más que mi única, última y vana esperanza. En aquellos instantes sus ojos expresaban un odio implacable y la carencia de remordimientos que caracteriza a los déspotas.

—¡Llevaos al señor Tiglath Assur! —ordenó con la voz sofocada por la ira—. En algún rincón debe encontrarse la jaula metálica en la que encerramos al señor Nergalushezib, rey de Babilonia, cuando se encontró entre nosotros. Buscadla y ponedla a disposición de mi hermano.

Uno de los soldados intentó asirme del brazo, le rechacé bruscamente y le abofeteé derribándole en el suelo.

—¡No te atreverás! —susurré apretando los dientes—. Me iré porque lo ordena el rey, por nada más. ¡Que nadie se atreva a ponerme las manos encima!

Ambos soldados estaban armados y yo no llevaba siquiera una daga, pero aun así retrocedieron un paso. Miraron al rey con aire suplicante, como si temieran que pudiera fulminarlos con la mirada.

Y también Asarhadón parecía asustado.

—Sí, naturalmente —repuso profiriendo una nerviosa carcajada—. Recobrad vuestros modales y comportaos debidamente. Después de todo es el señor Tiglath Assur, un héroe, un príncipe.

Mientras los soldados me llevaban con ellos, a mis espaldas resonó el eco de sus risas.

Nuestra familia, al parecer, no desechaba nada. La jaula estaba en un rincón de los calabozos de palacio y en sus barrotes se había acumulado el polvo de más de diez anos.

El carcelero, que era un anciano amable, un antiguo soldado que había perdido medio pie, la limpió lo mejor posible e incluso me dio un cojín para que pudiera sentarme, pues la jaula no era bastante grande para permitirme estar de pie en ella. Me servía pan y aliviaba mi soledad dándome alguna conversación. Recordaba perfectamente a Nergalushezib,

pues él mismo había ayudado a clavetear la corona en su cabeza. Según me dijo, la jaula no había sido utilizada desde entonces.

Tenía una esposa y vivía en la ciudad. Gracias a sus idas y venidas pude mantenerme al corriente de lo que sucedía y enterarme del tiempo que se prolongaba mi cautividad. Alrededor del día veinte, y según consideré a medianoche, puesto que en aquel sombrío sótano no podía saberse a ciencia cierta, recibí una visita.

Lo cierto era que no esperaba ver a nadie. Había supuesto que, aparte mi carcelero, la primera persona que probablemente vería sería al verdugo encargado de cortarme el cuello. Pero no se trataba de él sino de la señora Naquia, madre del rey.

Aunque por entonces ya debía de rondar los cuarenta o cincuenta años, aparte que sus cabellos habían encanecido, se diferenciaba mucho de la mujer que recordaba de mi infancia. Seguía vistiendo la misma túnica y velo de color negro recamados en plata. Su belleza permanecía inalterable y su sonrisa era igual de enigmática.

El carcelero, que no era mi amigo, sino aquel que le relevaba y que jamás me dirigía la palabra, le trajo una silla, que ella ocupó, despidiéndole con un ademán. Durante largo rato me observó en silencio a través de los barrotes, como si aquel espectáculo la complaciese en extremo.

—¿Cómo está tu madre, Tiglath? —preguntó finalmente.

—Cuando la dejé hace poco más de un mes, se encontraba perfectamente, señora.

—Mi hijo ha enviado un nuevo *shaknu* a Amat, por lo que supongo que ahora se encontrará en esa finca tuya llamada «Los tres leones».

—Donde confío que se le permita vivir en paz, señora.

—Desde luego, Tiglath —repuso sonriente—. Tu madre es un alma candida a la que no deseo ningún daño.

—Me alivia oírte decir eso, señora.

La mujer volvió a quedarse callada. Y de pronto, como si hubiese recordado algo divertido, se echó a reír. Era la suya una risa alegre, desenfadada, de las que por experiencia había llegado a desconfiar cuando las profiere una mujer.

—Acaso no lo recuerdes —me dijo—. Cuando no eras más que un chiquillo dije a Merope que acabarías tus días fabricando ladrillos para los muros de la ciudad.

—Si, lo recuerdo. ¿Será ése mi destino?

—Eso es difícil de decidir. Por mucho que me gustase verte cubierto con un taparrabo, sudoroso y con los codos y rodillas hundidos en el fango, no creo que sea posible.

Y movió la cabeza apesadumbrada, como si le hubiese gustado atravesar los barrotes y consolarme.

—Debemos considerar la posibilidad de que estalle un tumulto popular —prosiguió—. Un hombre que como tú disfruta de la devoción de las masas no puede ser públicamente humillado: la gente no lo toleraría. Y, por otra parte, está mi hijo. Desea matarte, pero no estoy segura de que se atreva a darte muerte y, aunque encontrase valor para ello, ¿sería prudente eliminarte? ¿Cómo podemos matarte cuando la multitud y el ejército te reverencian de tal modo, pese a que te sometiste públicamente a nuestro poder? Y sin embargo debemos hacerlo porque, si no, Asarhadón jamás reinará de hecho mientras permanezca a tu sombra. Como te digo, es una espinosa cuestión. Tendré que tomar una decisión por mi hijo.

Mudó ligeramente la sonrisa que no había abandonado su rostro.

—¿O quizá habías creído que te encontrabas en poder de Asarhadón. No, estás en mis manos, Tiglath. ¿Piensas que confiaría a mi hijo semejante decisión?

—Él es el rey, señora, no tú.

—Sí, él es el rey, pero porque yo lo quise. Y sin mí no duraría mucho tiempo en el trono. Él lo sabe… o se enterará pronto.

—El dios le designó a él, señora.

—No, Tiglath —repuso moviendo admonitoriamente la cabeza, como una madre que aleccionase a su hijo—. El dios nada tuvo que ver en ello. Fui yo quien le hizo rey, nadie más.

¡De modo que era cierto! Los rumores que había oído de labios de Nabusharusur eran fidedignos: los presagios habían sido falseados. No se trataba de una fantasía de los descontentos por la repentina e inesperada elevación de mi hermano, sino de la pura realidad. Me estremecí al pensar que quizá Shaditu no había mentido cuando me calificó de «auténtico rey».

Por primera vez desde la muerte de mi padre sentí que una mano de hielo me atenazaba el corazón… No era temor a la muerte, sino a algo peor. Todos mis sacrificios habían sido vanos. Mi constante renuncia también inútil. Sólo había servido a los intereses de Naquia, no al dios.

Constantemente había servido a Naquia.

—¿Y la muerte de Arad Ninlil?

—No tuve nada que ver con ella, Tiglath, al menos directamente.

Se cubrió la boca con los dedos en un ademán mezcla de piedad y regocijo.

—No sé si atreverme a pronunciar el nombre de Asharhamat o dejar que sigas imaginándola tan pura e inocente. ¡Los hombres sois tan necios y crédulos! Sí, Tiglath, ella hizo aquello que yo no podía, aunque valiéndose de medios ideados por mí. Por una vez actuamos como aliadas. Le administró un veneno con la cena ante su propia madre. La empresa no carecía de valor y exigía poseer unas entrañas tan duras como las mías. Y te aseguro que el castigo que le ha sido impuesto como esposa de mi hijo no es menos del que merece.

No deseaba oír más. Me cubrí el rostro con las manos.

—Dispón como quieras de mí, señora —exclamé—, porque ya me has hecho el más desdichado de los hombres.

—Sí, Tiglath, me consta que es así.

Se levantó considerando logrados sus propósitos y deseosa de dejarme entregado a mis pensamientos.

—Asharhamat no será la única que sufra —casi grité, por fin con el corazón angustiado—. El dios no permitirá que estos hechos queden impunes.

Se detuvo un instante con la mano en la puerta y volvió a sonreírme.

—Quizá no, Tiglath, aunque me preocupan muy poco vuestros toscos dioses del norte. De todos modos parece que no es sobre mí en quien descarga su ira. Observa en qué situación te encuentras: eres tú quien permanece en este calabozo y quien debe seguir en él. Me pregunto si alguna vez lograrás abandonarlo.

Abandoné aquel lugar porque el dios aún no había silenciado su voz. Si hubiese recordado sus promesas, todo cuanto me había revelado, habría comprendido sus designios.

Pero no fue así y mi corazón, durante los días que siguieron, permaneció cerrado a toda esperanza, aguardando únicamente la muerte.

Y un día creí que llegaba realmente.

Pero no era la muerte la que llegaba sino Asarhadón, vistiendo la túnica de soldado. Vino acompañado del cuerpo de guardia de su *quradu* y empuñando una espada.

—¡Sácalo de ahí! —ordenó al carcelero. Y como si no pudiera contener su ira golpeó la jaula con la espada—. ¡He dicho que le saques!

Sucedía igual que en mis sueños. Tal como me había prevenido el dios: la ciudad era una jaula y Asarhadón golpeaba su acero contra los barrotes…

Adivinaba perfectamente en su rostro que habría deseado fulminarme, pero, aunque Naquia no me lo hubiese advertido, comprendí que no se atrevería. Le sonreí. Sabía que no podía temerle porque el dios así me lo había prometido.

El carcelero descorrió el cerrojo y abrió la estrecha puertecilla. Era la primera vez desde hacía casi un mes que me ponía en pie y las rodillas no me sostenían.

—¡Sal de ahí, perro! —rugió mi hermano, con el rostro congestionado por la ira.

Por fin tuvieron que ayudarme dos soldados. Me levanté apoyándome en la jaula en la que había estado encerrado como un zorro en su trampa y me burlé de Asarhadón. No tuve necesidad de hablar: me bastaba con mirarle al rostro, porque era él quien tenía miedo y no yo.

—¡Adelante! —susurré—. Estás empuñando una espada y nadie va a detenerte. Mátame y reina eternamente…, si es que alguna vez has sido un hombre de verdad.

—¡Tiglath, no me…!

—¡Mátame! —grité sin hacerle caso—. ¡Ha de ser ahora o nunca!

Ambos sabíamos que no lo haría.

Permaneció largo rato indeciso. Su rostro reflejaba de modo manifiesto sus sentimientos en pugna.

¡Deseaba matarme: había venido para ello!

Aun en estos momentos creo que sólo la mano del dios pudo contenerle. Por fin arrojó la espada al suelo.

—¡Aseadle! —ordenó—. ¡El señor Tiglath Assur, mi real hermano, parece salir de una pocilga…!

Miró en torno sonriendo, esperando un aplauso ante su ingenio, pero por toda respuesta recibió el silencio.

—No debes aguardar a oír mi decisión como si fueses un esclavo —me espetó, bajando el tono de voz y fijando sus ojos en mí como si estuviese monologando—. Conducidle a mi presencia antes de tres horas.

Y dando media vuelta salió de la estancia.

Tenía tres horas. Me condujeron a mis habitaciones. Al principio apenas podía dar un paso, pero gradualmente fui recuperando esa facultad perdida, y allí me bañaron y me dieron de comer esclavas que jamás había visto, no sirvientas mías sino de Asarhadón. Y no pronunciaron palabra.

Me seguían manteniendo solitario y cautivo, pero era mejor así.

«Que haga su voluntad —me dije—. Que me mate si así lo desea, pero no sobrevivirá a la vergüenza de ese día.»

Me consolaba pensarlo creyendo que en cierto modo había salido victorioso, que todavía podía obtener algún triunfo.

Al final del plazo previsto me habían vestido con la túnica recamada de plata propia de los príncipes y conducido a presencia del rey en el gran salón donde Asarhadón me aguardaba, aunque no solo.

El gran salón era un lugar noble. A su entrada se encontraban los enormes toros alados de cabeza y barba humanas que son los genios protectores de los reyes. En las paredes aparecían bajorrelieves policromados, monumentos dedicados a las gloriosas victorias de nuestro padre. Yo había visto miles de veces allí al señor Sennaquerib celebrando algún banquete con sus nobles, administrando justicia y recibiendo los tributos de los jefes de pequeños feudos. Todo el poder y fausto del país de Assur aparecía allí representado, al igual que en sus ejércitos y en los templos de sus dioses. Cuando los extranjeros llegaban a aquel lugar temblaban; cuando acudíamos nosotros, los príncipes, y la gente vulgar, quienes creíamos que por boca del rey se expresaba el Gran Assur, nos estremecíamos de orgullo.

Y allí se encontraba Asarhadón rodeado de sus nobles y de la gloria de su reinado, resplandeciendo como el sagrado sol con su áurea túnica y sosteniendo la espada también de oro, símbolo de su dignidad, manteniéndose aislado, con expresión hosca y reconcentrada.

Cuando entré en la sala todos guardaron silencio y fijaron sus miradas en el rey. Me puse la mano en el pecho y me incliné ante mi soberano.

Aquello era algo que no podía alterarse: debía acatar su autoridad.

Asarhadón levantó el brazo y apuntó su espada contra mi pecho.

—El príncipe es mi enemigo —declaró con voz estentórea que llenó la sala—. En su corazón no respeta a ningún rey. Ya en tiempos de mi padre, el señor Sennaquerib, se comportó como un rebelde. Él desearía enmascarar su rebeldía, pero no le es posible porque sólo yo conozco los entresijos de su mente, yo que he sido su hermano.

Bajó la mano y paseó la mirada en torno sin volver la cabeza para asegurarse de que era escuchado.

Sin embargo comprendí perfectamente que aquellas palabras no eran suyas sino inspiradas por Naquia. Por su boca se expresaba la voz y la astucia maternas. Ella le había indicado cómo debían desarrollarse los hechos…, ya me lo había prevenido claramente a solas. Y por ello me sentía obligado a compadecer a Asarhadón, porque él no parecía comprenderlo.

—Por tanto, ¡le condeno al destierro!

Se oyó un murmullo de voces, muchas voces manifestando distintas palabras que significaban lo mismo. Y mientras zumbaban como moscas sobre una carroña, mi hermano, aquel que había sido mi hermano y que había declarado que ya no lo era, y yo cruzamos una silenciosa mirada que se expresaba con harta elocuencia.

—¡Que abandone esta ciudad! —prosiguió sin apartar sus ojos de mí —. Que abandone para siempre el país de Assur y todas aquellas tierras sometidas al poder de su rey. Dentro de cinco días enviaré emisarios por doquier para que proclamen mi veredicto y, a continuación, cualquiera que le encuentre deberá darle muerte. Recompensaré a quien me traiga su cabeza.

Así fue cómo obtuve cinco días de gracia, cinco días en los que tomar ventaja de mis perseguidores, cinco días en que poder ponerme a salvo.

—Dejadle que se oculte en las oscuras tierras donde no alcanza el sol. Que tema el regreso porque su rey le odia. Que desaparezca de mi vista. ¡Vete!

Me obligaron a salir… Apenas recuerdo dónde me condujeron, porque asaltaban mi mente confusas sensaciones… ¡Cinco días! Tenía cinco días para abandonar la tierra que me había visto nacer, para errar en el exilio hasta mi muerte. Jamás volvería a ver…

Asarhadón, señalando con su espada hacia un vasto desierto donde no existían vestigios humanos, murmuraba una sola palabra:

—¡Vete!

En otro tiempo el dios lo había expresado de igual modo.

Y así comenzó mi existencia errante, ante mí se proyectaban jornadas llenas de aflicción. Creí que mi vida había concluido, que por fin el dios me había abandonado. Desde la hora de mi nacimiento, aquella noche en que surgió la estrella ensangrentada, sólo habían transcurrido veinticinco años.

OceanofPDF.com

Epílogo

Mi nieto el menor es padre de una niña llamada Deianira, que tiene cuatro años y manifiesta una gran curiosidad por mis escritos. Ahora se halla sentada a mi lado, en un banco, observando cómo rasgueo los caracteres en un pergamino de piel de cabra. En el exilio me he enriquecido y puedo permitirme semejantes lujos.

Puesto que es muy trabajoso y además nadie en estos contornos podría leerlo, hace cincuenta años que no utilizo los caracteres cuneiformes y otro tanto que no me expreso en mi idioma natal, el acadio. Al parecer me he convertido en un auténtico griego, y como tal formo las letras que constituyen el nombre de Deianira. A veces ella salta al suelo, coge un palo y las dibuja en el polvo: no tardará en aprenderlas.

Es una criatura muy inteligente y que me da muchas alegrías. Me agrada pensar que si llega a vieja acaso lea esta historia a sus propios biznietos y que recordará con cierto afecto al anciano que la escribió, así como este momento en que estamos sentados uno junto al otro y yo relleno de letras el pergamino. Y de ese modo no moriré del todo: en tales vanidades hallan consuelo los viejos.

En su primera juventud los nombres lo esperan todo de los dioses: riquezas, inmortalidad, gloria, placer, amor…, como si a todo tuvieran derecho. El envejecimiento es un proceso por el que aprendemos que los dioses no prestan oídos a tales peticiones. La voz que responde en el viento habla de otras cosas, de sabiduría y paciencia, que llegan progresivamente con el tiempo. La riqueza, la gloria, el placer y la inmortalidad son cosas vacías: sólo el amor es real. Ser dichoso es conocer todo esto y es el único don que conceden los dioses. Cuando desean cegar o condenar a un hombre le otorgan los demás. Y si se muestran clementes, a veces se los arrebatan. Que me permitan seguir a la sombra de mi emparrado, enseñándole el alfabeto a la hija de mi nieto y me sentiré lleno de gratitud.

Es curioso el destino de los hombres. Un niño nacido en la angustiosa hora de mi destierro sería ahora un anciano arrugado y, como yo, a punto de morir. Y yo sigo viviendo. Todos han desaparecido ya: Asarhadón, Naquia, Asharhamat…, ¡todos! Son fantasmas que he revivido en las páginas de esta historia, mi historia que aún no ha concluido. Porque yo estaba equivocado: el dios no me había abandonado.

Tuve que conocer el exilio y la oscuridad, la dicha, el pesar y, a veces, los corazones humanos. Y un día regresé al país de Assur, aprendí los secretos que allí se escondían y me fue revelada la voluntad de los cielos. Mi vida, que yo creí concluida, estaba comenzando.

Pero las fuerzas de un anciano tienen sus límites y esa historia deberá aguardar otro momento.

***

OceanofPDF.com